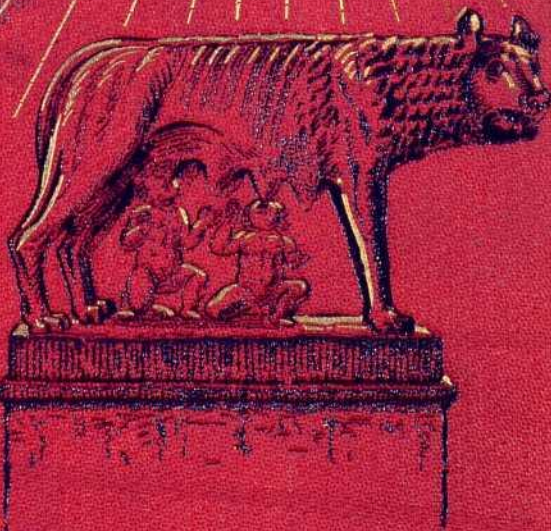




HISTORIA

DE

ROMA



III)

436

3971(III)



LIBRERÍA
DE
ESTEBAN JUAN
—
PALENCIA


HISTORIA DE ROMA



EL PROGRESO EDITORIAL

HISTORIA DE ROMA

desde los orígenes itálicos hasta la caída del Imperio de Occidente

ORIGINAL DE

FRANCISCO BERTOLINI

ILUSTRADA POR LUIS POGGIAGHI

OBRA PREMIADA POR EL

CONSEJO SUPERIOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE ITALIA

versión española de

SALVADOR LÓPEZ GUIJARRO

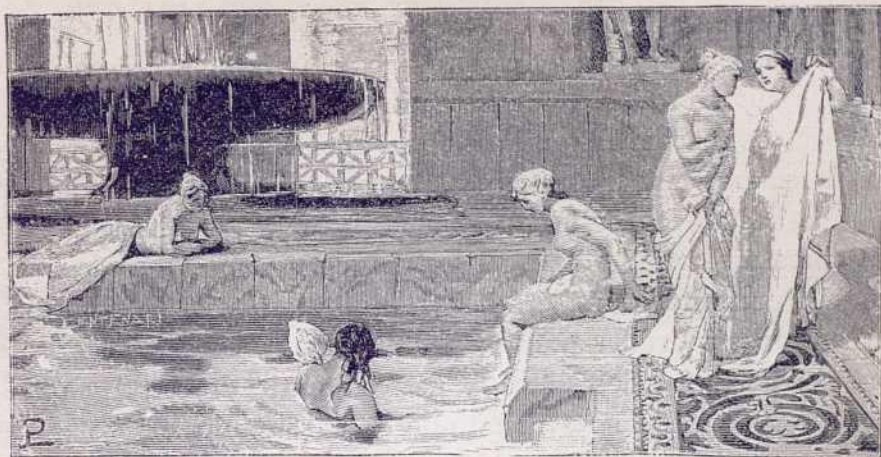
TOMO TERCERO

MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL
Calle de San Marcos, número 37.

1888



ES PROPIEDAD



LOS BAÑOS.

CAPÍTULO X

EL IMPERIO REPUBLICANO



I. Octaviano Augusto: su política; grandes hombres, grandes obras; conquista de los Alpes; guerra romano-germánica; la familia de Augusto; Marbod y Tiberio. — II. Tiberio: la transmisión del poder; Germánico; gobierno de Tiberio. — III. Cayo Calígula: tiranía y demencia. — IV. Claudio: su carácter, sus obras, sus inspiradores. — V. Nerón: primera tragedia; últimos fastos militares; el parricidio; Nerón artista; incendio de Roma; primera persecución de los cristianos; la casa aurea; guerra judaica; guerra civil. — VI. Galba. — VII. Oton. — VIII. Vitelio.

OCTAVIANO AUGUSTO ¹

I.—Su política.



UANDO volvió Octaviano á Roma, después de la incorporación del Egipto y del arreglo de las cosas asiáticas, al que consagró el invierno y la primavera del 725-29, todas las miradas se volvían hacia

¹ Fuentes históricas: 1.º Dión Casio, Dión floreció en el siglo segundo de Jesucristo (155-230). De su *Historia universal romana*, escrita en griego, no poseemos más que 18 libros enteros. — 2.º Suetonio (75-160 de J. C.), en su *Vida de Octaviano*, que forma parte de su obra *De vita Caesarum*. — 3.º Velejo Patérculo, *Hist. Rom.* escrita hacia el año 30 de J. C.

este hombre que tenía en sus manos el imperio del mundo, esperando ver el uso que haría de tanto poder. Sus primeros actos fueron tranquilizadores: apenas celebrado el triple triunfo, cerró el templo de Jano, que estaba abierto 205 años hacía; concedió una amnistía general, é hizo abundantes repartos de dinero á los pobres.

El presente, pues, era halagüeño; ¿pero y el porvenir? El porvenir estaba trazado por el pasado. El historiador Dión Casio nos describe á Augusto discutiendo con Agripa y Mecenas sobre la monarquía y la república. Pero tal discusión no era un mero pasatiempo: aun sin tener en cuenta el hecho importante de que las instituciones republicanas habían quedado, después de 60 años de guerras civiles, como cuerpo sin alma, no es menos cierto que con la extensión de la ciudadanía romana á los pueblos de Italia y á muchas de las provincias, el gobierno republicano era materialmente imposible. Lo que se llamaba el pueblo era un mundo, un mundo que no podía gobernarse como una ciudad. Todavía, sin embargo, la república romana era un gran nombre: y ¡ay del que lo tocara! Octaviano se guardó bien de hacerlo: el fin de su padre adoptivo no era para él vana enseñanza. Esto explica su aparente vacilación para aceptar los honores que el servilismo del Senado ponía á sus pies, y su resuelta negativa á aceptar la dictadura manchada con tantos recuerdos sangrientos. Y con la dictadura, rehusó los templos y los altares que se intentó alzarle; y tuvo no palacios, sino una simple casa; ni cortesanos, sino amigos; ni chamberlanes á su alrededor, sino sus esclavos y libertos, como cualquiera otro ciudadano acomodado. La historia de su patria le enseñaba que las prerrogativas mal definidas de las antiguas magistraturas bastaban para encubrir la monarquía bajo apariencias republicanas, sin arrostrar los efectos peligrosos de una innovación de derecho. Él era cónsul desde el año 723-31: y entonces con-

servó por otros seis años este cargo, que le confería casi todo el poder ejecutivo, hasta que pudiera prescindir de este título legal; y para esto restituyó al consulado la potestad censoria que había tenido antes de que los patricios hiciesen de ella una magistratura de su pertenencia; y con la cooperación de su colega Agripa, realizó en 726-28, los dos principales actos de los censores: el censo y la depuración del Senado ¹.

No se había hecho censo alguno en 70 años: el de Octaviano y Agripa dió una cifra de 4.063.000 ciudadanos, es decir, el décuplo de la cifra dada por el último anterior ². El Senado, por los numerosos nombramientos de César y de los segundos triunviros, se componía ya de 1.000 miembros, muchos de los cuales eran hombres indignos, que habían explotado la confusión de las guerras civiles. Octaviano hizo la depuración, reduciendo el número de senadores á 600, cifra que quedó luego invariada. Conforme á la antigua costumbre de los censores, Agripa nombró á su colega *príncipe del Senado*, cuyo título daba á Octaviano el privilegio de emitir antes que nadie su opinión, lo que, en la posición del nuevo príncipe, equivalía á dar sus órdenes; y con esto se halló el Senado en el fondo, y sin ninguna alteración de forma, en la misma condición que la Asamblea de los padres tuvo bajo los reyes, esto es, en la de un cuerpo meramente consultivo.

En los primeros días del año 727-27, recibió el Senado una inesperada sorpresa: Octaviano se presentó en la Curia á decir que quería deponer sus poderes. Era una comedia preparada con sus íntimos para engañar al pueblo con la hipocresía de la abnegación, y obligar á la Asam-

¹ El mismo Octaviano escribió que este censo fué hecho por él como censor: *in consulatu sexto censum populi, collega M. Agrippa egi*. Véase el *Corpus inscript. lat.*, III, 2.

² Este grande aumento se debía principalmente á César, que confirió la ciudadanía á ciudades y provincias enteras.

blea á aumentar su poder mismo con la sanción general; y de esta comedia salió, en efecto, Octaviano con la dignidad de *Imperator*, que le daba el mando supremo de las fuerzas de mar y tierra, y el imperio proconsular sobre todas las provincias. Quiso el Senado concederle como vitalicia esta soberana dignidad; pero él la aceptó sólo por 10 años, rehusando también el gobierno de todas las provincias, y aceptando sólo el de las turbulentas ó amenazadas por los bárbaros, como las Galias, la España Citerior, la Siria y el Egipto: á la Curia dejó las tranquilas y prósperas del interior. Hubo así dos gobiernos provinciales: el civil en las del Senado, y el militar en las imperiales. Á los representantes del primero se les reservaron títulos y honores, á los del segundo el poder; y se convino también en que el mando militar de las provincias senatoriales sería ejercido por lugartenientes (*legati*) de Augusto, y no procónsules. Y á pesar de estas restricciones, que hacían ilusoria la soberanía del Senado y del pueblo en sus provincias, la servil Asamblea quiso tributar nuevos y peregrinos honores de su gratitud al amo; y en la sesión del 16 de Enero del 727-27, á propuesta de Munacio Planco, le confirió el título de *Augusto*¹ que sólo se daba á los dioses y á los lugares sagrados. Merced á este título, que luego pasó á la nomenclatura de las monarquías, Octaviano, sin aumento aparente del poder material del *Imperator*, quedaba alzado sobre todos sus conciudadanos, en una región casi celeste; y si el *Imperator* inspiraba temor por su fuerza, el *Augustus* inspiraba reverencia por su naturaleza sobrehumana: la leyenda del origen divino de la gente Julia, recibía así del Senado su sanción plena.

Desde este momento se percibe claramente el objetivo

¹ El nombre *Augusto* sólo significa, gramaticalmente, *conspicuo (ab augendo)*; pero en el lenguaje jerárquico tenía un significado místico.

político de Augusto, que era convertir las instituciones republicanas en instrumento del naciente principado, sin alterar su naturaleza extrínseca. Tal como aquéllas habían existido, el consulado anual y colegiado era en su seno un obstáculo insuperable para el gobierno personal. Por esto Octavio cuando llegó á su décima magistratura, depuso el cargo, que era un impedimento más bien que una ayuda, y en premio de esta nueva abnegación, recibió del Senado la potestad tribunicia por toda su vida (27 de Junio de 731), que era justamente lo que ambicionaba. Con efecto, esta potestad, aparte de sus prerrogativas propias, le ofrecía la gran ventaja de unir el nuevo régimen con las instituciones más vitales de la república: la monarquía recibía nominalmente una base democrática, y el pueblo podía hacerse la ilusión de poseer aún la soberanía, puesto que quien la ejercía tomaba del poder tribunicio la razón jurídica de su cargo. De aquí la grande importancia que Augusto y sus sucesores dieron á esta dignidad. Desde el día en que se le concedió á perpetuidad, hizo que se contasen en el calendario los años de su posesión, como se hacía con el consulado. Quedaba, pues, abierta en realidad la era monárquica de Roma: Augusto no es rey, ni dictador, ni siquiera cónsul; es solamente príncipe en el Senado, *Imperator* en el ejército, tribuno en el Foro, procónsul en las provincias; y lleva un nombre nuevo, puro de todo recuerdo odioso, que lo exalta sobre todos los hombres, y lo coloca entre el cielo y la tierra. En esta ficción y en esta conjunción de poderes un tiempo divididos, está la revolución toda.

Los años 727-27 y 731-23 fueron los decisivos en este cambio. Para afirmarlo, y justificar á la vez su nuevo poder, se alejó Augusto en estos dos años de Roma, y fué á reorganizar las provincias. En el primero ordenó la Galia y la España: aquélla fué dividida en tres provincias con

los nombres de *Aquitania*, *Lugdunensis* y *Belgica*. La Narbonense pasó al número de las provincias senatoriales. Pero militarmente las tres provincias quedaron bajo un solo mando, ejercido por los legados del *Imperator*. Respecto á los tributos, dividióse la región en 64 distritos, cada uno con su capital administrativa; y estas capitales fueron luego las ciudades principales de la moderna Francia. Augusto cuidó también de promover la difusión del romanismo en la Galia, dando á la clase popular más libre posición frente á la nobleza y al sacerdocio druidicos; y para abatir mejor á este último, dispuso que nadie pudiese obtener la ciudadanía sin separarse previamente de su seno. Por lo demás, lo que no consiguieron para su objeto las amenazas y las promesas, lo consiguió el sistema de envolver la idolatría céltica con exterioridades del antiguo Olimpo: sistema que la Iglesia cristiana adoptará más tarde, y con no menor eficacia, contra el paganismo.

La España necesitaba, antes de ser ordenada, pacificarse. Los cántabros en las montañas septentrionales del golfo de Vizcaya, y sus confinantes los astures y vaceos, tenían ocupadas con sus continuas luchas é invasiones las armas romanas; y mientras esta perturbación durase, el dominio de Roma en España peligraba y la paz definitiva del país era imposible. Tras una serie de tentativas infructuosas contra la ciudad de Segisa, de los vaceos, el legado Cayo Antistio consiguió al fin al año siguiente (728) batir en una jornada decisiva á los cántabros en Velica; y como consecuencia de esta derrota, perdieron su fortaleza principal, Lancia (cerro de Lance). Bloqueados luego en su refugio del monte Vidio (Peñas Blancas), después de breve resistencia se rindieron (729). Para pacificar establemente la región, Augusto vendió como esclavos á los prisioneros, transportó buena parte de los montañeses á las lejanas llanuras, y rodeó el país de fuertes colonias militares (*Bracara*

Augusta, hoy Braga; *Lucus Augustus*, Lugo; *Augusta Asturica*, Astorga, etc.); hizo luego nueva división territorial: la España Citerior tuvo el nombre de *Tarraconense*, con notable variación de límites, y la Ulterior fué dividida en *Lusitania*, situada entre el Duero y el Guadiana, y en *Bética* al Sur del Guadiana y con *Corduba* (Córdoba) por capital.

En 731-23 Augusto dejó á Roma para visitar el Oriente y tomar en aquellos pueblos sabias medidas que remediasen las calamidades de las últimas guerras romanas. Había allí también recientes desastres militares que reparar. Cayo Atilio Galo, prefecto de Egipto, había emprendido en 730-24 una desgraciada expedición á la Arabia, yendo sobre el Yemen con objeto de proteger el comercio del mar Rojo; pero volvió sin victoria, con sus tropas diezmadas y rendidas por las desastrosas marchas en los abrasados desiertos. Su sucesor Cayo Petronio tuvo mejor fortuna contra los nubios, que aprovecharon la ausencia de las legiones invadiendo la región superior y ocupando las ciudades de Elefantina, File y Siena. Petronio entró en la Nubia, derrotó á los bárbaros en dos batallas y ocupó su capital Napata (731).

En esta situación llegaba Augusto al Oriente. Su primer cuidado fué subvenir á las necesidades económicas de las poblaciones asiáticas, extremadas por la rapacidad de los gobernadores antonianos: condonó los tributos atrasados y disminuyó los corrientes. Después se dedicó á la ordenación de las provincias: concluyó con la reina de Nubia, Candace, que le había enviado sus mensajeros, un tratado que aseguraba la frontera del Egipto meridional al reino asiático de la Lacia, cuyo trono había quedado vacante por la muerte del rey Aminta (730), en vez de darlo á los hijos con calidad de cliente de Roma, lo incorporó al Estado romano constituyéndolo en provincia imperial. M. Lolio

fué su primer gobernador. Chipre quedó bajo la dirección del Senado.

Dispensó Augusto particular favor al rey de los judíos, que desertó á última hora de las banderas de Antonio para pasar á las de su rival. La historia especial del pueblo judaico cuenta las atrocidades cometidas por aquel monarca idumeo, Herodes, exageradas sin duda por el espíritu de partido. No impidieron ellas, sin embargo, que Herodes pasase á la historia con el nombre de Grande, por la prosperidad material que logró dar á la Judea. Él puso término para siempre á las incursiones de los parthos, y favoreció la romanización de aquel país. Augusto tuvo pruebas solemnes de su devoción: el nombre de *Cesarea* dado á la antigua *Turris Stratonis* y el templo que erigió en su honor y adornó con su estatua, atestiguaban el respeto del rey judaico al emperador romano; así como el águila colosal esculpida sobre la portada principal del templo de Jerusalén, por Herodes reconstruido, proclamaba su profunda reverencia hacia la potente Roma. Por lo demás, sólo era rey en el nombre; de hecho era un procurador del Imperio; y éste mantenía en Jerusalén una legión con la apariencia de protegerlo, y guardaba en Roma á sus dos hijos como rehenes de su fidelidad.

En este viaje de inspección á Oriente, logró también Augusto terminar la gran lucha con los parthos, de modo bastante honroso para Roma. Antiguas contiendas de la corte de Ctesifonte se lo facilitaron: un pretendiente llamado Tiridates había enviado á Augusto á Roma el hijo del rey partho; y Fraates, para recobrar su hijo, prometió restituir las insignias militares ganadas á Craso en la jornada de Carre, y los prisioneros hechos en las infelices expediciones de Antonio. Pero una vez recuperado el hijo, olvidó su promesa; y Augusto, para recordársela, envió á su hijastro Tiberio á la Grande Armenia con fuerte ejército. Tam-

bién este país era presa de internas turbulencias: contra su rey Artasiates, hechura de Fraates, luchaba un partido que quería por soberano á Tigranes, hermano menor de aquél. Al aparecer Tiberio, invitó á Fraates á cumplir la prometida restitución; pero no tuvo necesidad de usar la fuerza para abatir al rey armenio: sus propios adversarios le dieron muerte, y su hermano subió al trono con el nombre de Tigranes III y con la calidad efectiva de procurador de Roma, como Herodes (734). Cuando Augusto, después de tres años de ausencia, regresó á Roma, halló la ciudad agitada y malcontenta á causa de las calamidades que hacía tiempo la afligían: epidemias, inundaciones y carestías atormentaban al mísero pueblo, el cual, viendo la impotencia de los gobernantes para aliviarlo, puso en Augusto todas sus esperanzas. El Senado, oprimido por la multitud que amenazaba pegar fuego á la Curia, nombró á Augusto dictador y censor vitalicio; pero el astuto *Imperator* no quiso aceptar tan peligrosas dignidades, y sólo, y á pesar suyo, aceptó la superintendencia de víveres; y bajo aquel curador la carestía desapareció como por encanto: el tesoro del Estado y el Egipto hicieron el milagro. De la censura sólo aceptó algunas atribuciones comprendidas en el nombre de *prefectura de las costumbres* (735). La dictadura fué por él rechazada en absoluto, diciendo que la potestad tribunicia bastaba para todas las necesidades; y las costumbres hubieran también sentido su influencia mejoradora, si las leyes hubieran podido corregir una corrupción tan profunda. Entre las que Augusto dictó para remediarlas, están las referentes á los matrimonios. Impresionado al ver las familias romanas disolverse en brevísimo tiempo, las antiguas gentes disminuirse y avanzar una general extinción de sus elementos; y pensando que la frecuencia del celibato era principal causa de tanto daño, propuso en 736-18 una ley encaminada á promover los matrimonios.

Rechazada por los comicios de la plebe, la volvió á proponer más tarde, enmendada, y pasó (757). Proponíase Augusto con esta ley tres objetos: el uno social, que era el proveer á la conservación de la estirpe romana; el otro moral, que era reparar con el matrimonio la corrupción de las costumbres; y el otro financiero, que era procurar al tesoro y al Estado una nueva y fecunda fuente con las cuantiosas multas impuestas á los célibes.

Vista la ineficacia de sus leyes matrimoniales, indujo el año 763 (9 de J. C.) á los cónsules M. Papio Mutilo y Q. Popeo Sabino á dictar la famosa *lex Papia Poppæa*, que después de la Doce Tablas, es el principal monumento de la legislación romana. No sólo, en efecto, regulaba esta ley el matrimonio, sino también el divorcio, la dote, las donaciones entre cónyuges, la herencia, los legados: renovaba, en suma, casi todo el derecho civil privado. Hacía esta ley del matrimonio un cargo público, un tributo debido al Estado: castigaba la viudez prolongada, contra la antigua moral opuesta á las segundas nupcias, y honraba á la mujer monógama. El que á los 20 años no hubiese contraído matrimonio; el que después de dos años de viudez, ó 18 meses de divorcio, no se hubiese vuelto á casar; el hombre que no tuviese mujer propia á los 60 años; la mujer que no tuviese marido á los 50, todos ellos eran declarados célibes y castigados como tales. El castigo consistía en no poder heredar sino de los parientes más próximos. Pero la ley no castigaba solamente á los célibes: teniendo como tenía por objeto el fomento de la población romana, era severa hasta con los cónyuges que no tuviesen hijos, y les prohibía disponer en el testamento, el uno para el otro, más que del décimo de sus bienes; y les prohibía igualmente recibir más de la mitad de los legados de sus parientes. Por el contrario, respecto de los que tenían hijos legítimos, era muy generosa: el que tuviese tres (*jus*

trium liberorum) era declarado exento de todo tributo personal; y si era pobre, recibía doble parte en las distribuciones frumentarias, y se le prefería para los honores públicos: el latino que presentáse al magistrado un hijo de un año de edad, declarando que estaba casado y que deseaba tener otros, adquiría la ciudadanía romana. Pero las cosas no cambiaron ni aun después de la promulgación de esta severísima ley: el concubinato continuó manteniendo, á despecho de la sanción legal, su impuro predominio; y viendo Augusto tan ineficaz el rigor, trató de dar á la medida toda la autoridad de las clases más importantes: á cuyo efecto leyó en el Senado la oración de Q. Metello sobre la necesidad de aumentar la prole (*de prole augenda*), y la hizo conocer al pueblo por medio de un edicto. Pero este nuevo esfuerzo indirecto fué casi perjudicial, porque demostró que las antiguas costumbres habían muerto, y que la decadencia tenía ya hondas raíces. Y por esto pudo decir Augusto, al contar su propia vida, que había propuesto á la República la resurrección de los buenos ejemplos pasados: con no menos razón pudo añadir que su buen deseo fué inútil.

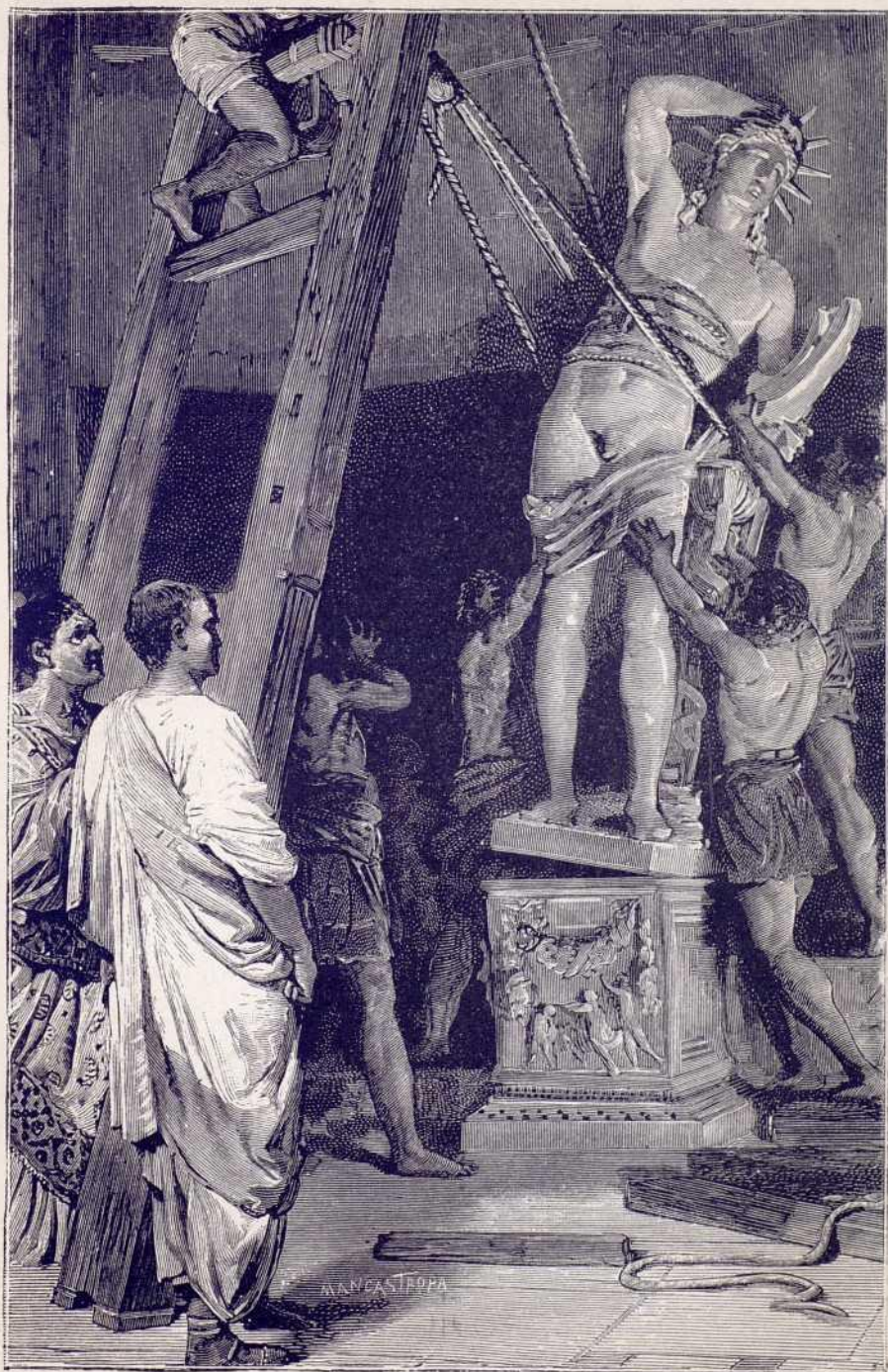
Augusto no había aceptado el poder sino por 10 años: al espirar el decenio (736), el Senado se lo confirmó por otro quinquenio, y al final de éste por otros 10 años, y así sucesivamente mientras duró su vida. En memoria de estas repetidas abdicaciones de los padres y del pueblo, sus sucesores celebraron el décimo año de sus respectivos reinados con fiestas solemnes que recibieron el nombre de *sacra decennialia*.

Á medida que el principado subsistía, la obra de su complemento se iba realizando. El año 742-12 quedó vacante, por muerte del viejo triunviro M. Lépidio, el cargo de pontífice máximo, y fué conferido á Augusto. Esta unión de las dos supremas potestades civil y religiosa, que

se cumplió entonces, duró hasta en los tiempos cristianos: Graciano ejerció también el pontificado máximo, que desde Constantino constituyó asimismo la dignidad superior del sacerdocio del cristianismo.

Ya hemos visto cómo Augusto se valió de la prefectura de las costumbres para refrenar la corrupción, y hemos visto también lo infructuoso de sus intentos: pues lo mismo quiso utilizar el pontificado, para restaurar la antigua religión y purificarla de todo ingerto extranjero. Esperaba con esto realzar el sentimiento religioso; pero también esta esperanza suya se frustró. Hizo quemar gran copia de profecías griegas y latinas, y conservó sólo los libros sibilinos: levantó gran número de templos, que entre nuevos y restaurados sumaron 95. Marte vengador, Apolo palatino¹, Júpiter Tonante, Quirine, Vesta, El divino Julio, La Fortuna de Roma, La libertad, tuvieron cada uno un nuevo templo; y Agripa levantó el Panteón para hospedar las tres deidades mayores (729). Para el servicio del culto de los nuevos templos aumentó Augusto el número de los sacerdotes, á quienes dió nuevos privilegios. Pero los tiempos corrían siniestramente para las creencias y las prácticas paganas, y no era fácil encontrar ministros para la divinidad, ni aun mujeres libres que quisieran consagrarse al culto sacrosanto de la grandeza romana: por lo que Augusto tuvo que admitir por una ley las hijas de los libertos al ministerio de Vesta. Pero si no se encontraban sacerdotes ni para Júpiter ni para Vesta, hallábanse en cambio fácilmente para el culto del dios visible, dispensador de

1 El templo de Apolo palatino se erigió en memoria de la batalla de Azio. Su pórtico se unía con dos grandes salas adornadas por obras maestras de arte, y que servían para biblioteca y acaso también para las reuniones del Senado. Después del incendio de la casa de Augusto, ocurrido el año 751 (3 ant. d. J. C.), se construyó en su lugar un vasto edificio que siguió sirviendo de estancia á sus sucesores, y que por la altura en que se levantaba se llamó palacio de los Césares.



AUGUSTO MANDA COLOCAR LA ESTATUA DE APOLO EN SU ANTECÁMARA.



honores y mercedes, y árbitro de los destinos del mundo imperial. En vano Augusto se inspira en la mayor prudencia para moderar los excesos de la apoteosis que se le consagra, y no consiente en ser adorado más que en compañía de la diosa Roma (*Romæ et Cæsaris*). La Italia y las provincias le dedican á él solo templos, sacerdotes y juegos. Alejandría no solamente le dedica un templo, sino una ciudad entera, con pórticos, bibliotecas y paseos: el gran Herodes le levanta estatuas y altares y da en honor suyo fiestas en Jerusalén: entre los reyes de Oriente á él sometidos, se hace una suscripción para acabar de dedicarle el templo comenzado en Atenas de Júpiter Olímpico. Por último, Augusto no tuvo otro medio, para hacer adorar los olvidados dioses, que el de asociarlos á su propia grandeza: trasladó, por tanto, á su palacio el santuario de Vesta, y colocó á Apolo en su propia antecámara. De esta manera el mundo romano, prostituyéndose en la obediencia de un dios César, preparaba el reinado de los Claudios, Calígulas y Neronés. Pero en tanto que en Occidente, en el centro de la civilización y del poder universal, se realizaba la terrible unión de las dos potestades política y religiosa, en una oscura región del Oriente nacía Aquel que venía á anunciar al mundo la destrucción de aquellas potestades, y á preparar una nueva sociedad constituida sobre la libertad de las almas. El gran poeta de aquel siglo, presintiendo vagamente esta renovación, creyó entreverla en la vuelta de la primitiva edad de oro ¹. Pero la revolución social no debía consistir, como justamente observa un historiador moderno ², en la vuelta del pasado que soñaba

¹ Son notabilísimos á este respecto los versos de Virgilio en su égloga IV, en que canta el nacimiento del hijo de Asinio Polión: *magnus ab integro*, etc. Cuyos versos inspiraron al divino Dante aquellos no menos famosos que pone en boca de Stacio en el *Purgatorio* (c. XXII, 67-73).

² Zeller, *Les Empereurs romains*. París, 1865, pág. 23.

Virgilio; ni podía proceder de aquel coloso que cargaba á la sociedad con nuevas y duras cadenas; sino que nacía de Aquel que, por medio de la conciencia, recomenzaba la obra de la libertad.

II.—Grandes hombres: grandes obras.

Mientras el envilecimiento de los pueblos ponía el último sello al absolutismo imperial con la apoteosis del monarca, la fortuna conquistaba á Augusto la admiración de la posteridad, poniendo al servicio de su fama todos los ingenios de aquella edad tan pobre de altivos caracteres y virtudes civiles, como rica de literatos y poetas de altísimo valor; y en este sentido mereció literariamente el nombre de edad de oro, la que fué de hierro en lo demás ¹. Como primer privilegio de aquella fortuna de Augusto debe considerarse el que tuvo en la amistad de dos amabilísimos consejeros que le ayudaron admirablemente en el tránsito de la espirante libertad á la servidumbre naciente, y consiguieron á su vez el premio de asociar sus nombres á su propia gloria. Estos dos hombres son M. Vicsanio Agripa y Cayo Círnio Mecenas: el primero, rudo militar, es la imagen de la república que muere; el otro, astuto y blando, retrata al Imperio que comienza. Dión Casio, para demostrar el contraste de aquellos dos caracteres, nos presenta á Augusto, como hemos visto, sentado entre ellos disputando sobre república y monarquía. El *Imperator* había conocido á entrambos

¹ Este apelativo, dado al siglo de Augusto por su fecundidad literaria, no puede aceptarse sino restrictivamente; porque el dictado no le conviene, por cierto, cuando aquellas obras literarias se consideran bajo su impropio carácter de *instrumentum regni*.

desde su juventud, durante su estancia en Apolonia, y les fué siempre fiel; pero esta fidelidad no envuelve un gran mérito, porque la amistad de aquellos dos hombres le prestó servicios inestimables: los tratados de Brindisi y de Tarento y el matrimonio de Augusto con Scribonia, fueron obras de Mecenas: la sumisión de la Galia, la derrota de Sexto Pompeyo y la victoria de Azio, se debieron principalmente al genio de Agripa.

Mecenas provenía de una rica casa etrusca de Alezo, y pertenecía á la clase de los caballeros: hacía sin embargo poco caso de su nobleza, y dejaba, sin conmovérsele, que Horacio magnificase su regio origen. En cambio gozaba muy á gusto de sus riquezas, que le permitían satisfacer sus instintos epicúreos. Por esto, cuando el período de la lucha terminó, y el Imperio dejó de necesitar sus talentos diplomáticos, abandonó los asuntos públicos, y transportó á su sibarítica y célebre mesa el campo de su actividad política. Y aquí también encontró el modo de prestar importantes servicios á su poderoso amigo; porque en aquella mesa se hicieron muchas conversiones al nuevo orden de cosas, y se disolvieron en el seno de la voluptuosidad los últimos restos de austeras virtudes.

Agripa, á pesar de ser *vir rusticitati proprior quam deliciis*, como lo llama Plinio ¹, quedó también, aun después del triunfo final de Augusto, cerca de su persona, no tanto para compartir los honores, como para ayudarle en el arreglo del vasto Imperio. Á él debió Roma muchos espléndidos edificios, entre ellos el gran templo que aún subsiste y que la nueva fortuna de Italia destina á ser mausoleo de sus reyes. Su nombre de Panteón atribúyese á haber sido consagrado á todas las deidades del Olimpo; pero no lo fué más que á la gran trinidad de Júpiter,

¹ *Hist. nat.*, XXXV, 4.

Marte y Venus; á los progenitores de la casa Julia Eneas y Rómulo, y á Julio César. Augusto rehusó contarse entre aquellos inmortales, por lo que su estatua fué colocada fuera de la puerta, y la de Agripa al otro lado. Entre las obras públicas de Agripa en Roma, figuran particularmente sus acueductos: uno de ellos, llamado del *Acqua Vergine* lleva hoy todavía, después de diez y ocho siglos á media Roma el agua fresca y límpida de la *fuentes de Trevi*.

Debióse también á Agripa el catastro general del Imperio, gran trabajo que César había empezado y que la muerte le impidió terminar. Agripa lo emprendió con el concurso de cuatro geómetras, lo concluyó el año 735-19, é hizo esculpir su dibujo, que fué colocado bajo un pórtico. Sirvió esta obra al doble objeto de la distribución equitativa de los impuestos y de guía para la construcción de las grandes vías militares que cruzaban el Imperio en todas direcciones, y en las cuales tuvo también Agripa principalísima parte.

Dividiase aquella red de caminos en cuatro ramificaciones más importantes, convergentes todas al *miliare aureo* construido por Augusto en el Foro de Roma (734). Una de ellas conducía á Regio por la via Apia, y proseguía más allá del estrecho, desde Mesina á Palermo, y en África desde Cartago Nova á Tánger por un lado, y á Alejandría por el otro. Desde esta última, en fin, partían otras dos vías: la una, remontando el Nilo iba hasta el confin de la Nubia; la otra, torciendo á Oriente, atravesaba el istmo de Suez y llegaba hasta Antioquía.

Otra ramificación comunicaba á Roma con el Norte. Después que Druso y Tiberio subyugaron á los pueblos alpinos, el camino que arrancaba en Mutina de la via Emilia hacia Aquileya, fué continuado á través de los Alpes hasta Valdidena (Wilten); aquí se encontraba con la via principal de los Alpes, que partiendo de Verona con-

ducía, por el Brenner á la misma Veldidena, y más allá hasta *Augusta* sobre el Lech. Los Alpes occidentales tenían también sus grandes senderos: uno por el Monginebra, hasta Arelate; otro desde Aosta, por el pequeño San Bernardo, hasta Ginebra y Estrasburgo; y otro desde Aosta, por el gran San Bernardo, hasta Maguncia.

La tercera ramificación unía á Roma con Oriente. En Dirrachio se destacaban de la vía Egnacia dos líneas que, cortando la Grecia septentrional por sus lados occidental y oriental, iban á Atenas. El Peloponeso tenía también sus caminos. La misma vía Egnacia iba por Tesalónica á Tracia, y desde allí por un ramal á Bizancio, y por otro á Galípolis sobre el Helesponto: otro gran camino militar, arrancando en Lampsaca y cruzando el Asia Menor en toda su longitud, acababa en la Antioquía.

Por último, la cuarta ramificación comunicaba á Roma con el Occidente por medio de la vía Aurelia, que, costeanado el Tirreno, conducía á Génova, Marsella y Arelate; desde aquí iba hasta el Pirineo por Narbona, lo atravesaba en Juncaria (la Junquera), y proseguía á Barcelona, Tarragona y Tortosa: allí salvaba el Ebro y se extendía hasta *Gades* (Cádiz), extremo meridional de España.

Agripa contribuyó también al nuevo orden administrativo dado por Augusto á Italia, que fué dividida en doce regiones comprensivas de toda la antigua Galia Cisalpina. La Italia superior, á que se agregó la Istria hasta el río Arsia, comprendía cuatro regiones, llamadas Italia Transpadana, Liguria, Venecia y Emilia. La Italia central comprendía cinco; la Etruria, la Umbria, el Piceno, el Samnio y la Campania. Por último, la Italia meridional contaba dos: la una formada por la Apulia y la Calabria, y la otra constituida por la Lucania y el Brucio. La región XII comprendía á Roma y su territorio.

Faltan datos para conocer con certeza esta nueva divi-

sión que Augusto hizo de Italia. Es de presumir, sin embargo, que con ella no se tocó á la autonomía de las ciudades¹; y á juzgar por el hecho de que sobre la base de aquellas regiones se repartieron el censo y los tributos de sucesiones y libertos, se puede lógicamente deducir que no sólo fueron razones estadísticas, sino también administrativas, las que determinaron aquel reparto.

Augusto concedió á Italia bastantes mejoras materiales en el nuevo orden de cosas: la excluyó del reclutamiento militar en circunstancias ordinarias, formando sólo con soldados itálicos el contingente de los pretorianos y la guarnición de la metrópoli: en las legiones no hubo en lo sucesivo más italianos que los voluntarios, aunque este privilegio, recibido entonces con entusiasmo por la península, entrañase graves peligros para el porvenir. Con esto se anunciaba al mundo que la Italia conquistadora entraba en reposo. Tuvo también la Italia su privilegio en el sistema tributario: Augusto confirmó su exención del *tributum*, y no la sujetó más que á pequeñas imposiciones que recaían sobre las clases acomodadas, como eran el impuesto de 1 por 100 sobre las ventas, introducido después de las guerras civiles; la tasa del 5 por 100 sobre las sucesiones agnáticas en los grandes patrimonios, instituida el año 760, y la tasa del 4 por 100 sobre la compra de esclavos, establecida el año 761.

III. — Conquista de los Alpes.

El trabajo de la ordenación interna del Imperio fué interrumpido por las guerras contra los bárbaros del Norte.

¹ Esta autonomía fué sancionada por Julio César en su *lex Julia municipalis* del año 708-46.

Al volver Augusto de su expedición á la isla de Samos (735), declaró ante el Senado que los romanos debían contentarse con la extensión que ya tenían sus dominios, y renunciar para siempre á nuevas conquistas. Pero los sucesos le impidieron dar por su parte el ejemplo de esta conformidad. La conveniencia de tener libres los valles alpinos, fué la primera causa de las guerras que sostuvo contra los pueblos del Norte. Ya los sarasios, vecinos de los taurinios, habían pagado con su servidumbre sus provocaciones hostiles, y la colonia *Augusta praetoria* se había establecido en su país para vigilarlo (729), cuando los dos hijos de Augusto, Tiberio y Druso, aparecieron en los Alpes; el primero remontando el Rhin, y el segundo el Adigio.

Esta doble expedición produjo la conquista del país alpino de los vindelicios y de los retios: la colonia *Augusta Vindelicorum* fué mandada á conservarla.

Después tocó la vez á los ligurios, que fueron sometidos el año 746-8, y entonces tuvo el Imperio abierto el camino de aquellas otras costas. La espontánea sumisión del rey Cocio, á quien se premió con la ciudadanía romana, había puesto á Roma en posesión de los países del Cenisio, del Ginebra y del Monviso; de manera que, al abrirse la nueva época, la frontera del Imperio llegaba al Danubio, y toda la cadena de los Alpes pertenecía al territorio romano. En memoria de estas gloriosas empresas, fueron alzados algunos años después, en Segusio (Susa) y en Torbia (principado de Mónaco), dos arcos triunfales en honor de Augusto, adornados con inscripciones ¹. Los nuevos dominios fueron erigidos parte en provincia y parte en prefec-

¹ Del arco de Torbia quedan todavía algunas ruinas. La inscripción decía que bajo Augusto los pueblos alpinos del uno y del otro mar, en número de 46, entraron en la dependencia del pueblo romano. Véase Mommsen, vol. V, 16.

tura: la provincia tuvo el nombre de *Recio*, y comprendió el territorio de los vindelicios y los Alpes Peninos; las prefecturas fueron dos: una comprensiva de los Alpes Cocios, que estuvo bajo el gobierno de la familia de Cocio hasta su extinción, y la otra que abrazaba el territorio de los Alpes marítimos.

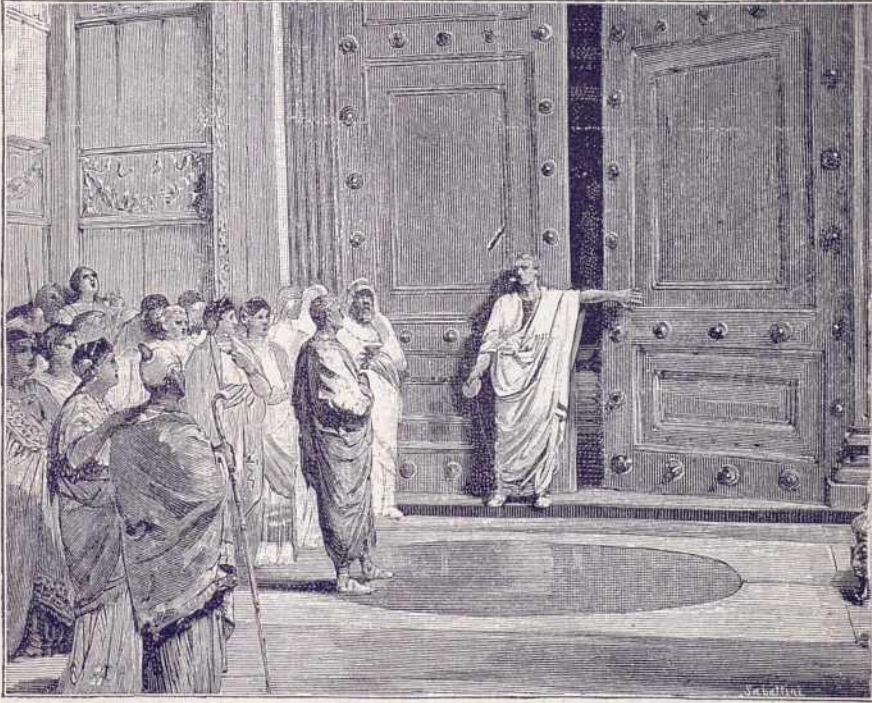
IV. — Guerra romano-germánica.

El país nórico fué objeto de un tratamiento especial: Augusto se lo reservó personalmente, y lo hizo administrar por un virrey con el título de procurador; condición que luego duró hasta el tiempo de Claudio, por quien fué erigido en provincia. El rápido éxito de la empresa alpina, y la gloria que en ella adquirieron los jóvenes príncipes Tiberio y Druso, hicieron comprender á Augusto que la tendencia expansiva del Imperio, lejos de estar agotada, era todavía capaz de producir fecundos resultados. Expuso pues, su programa ante el Senado, y decidió llevar la guerra tanto contra los germanos, de quienes había que aislar á los pueblos célticos sometidos, como más allá del Rhin hasta el Elba y el Danubio. En este punto debe observarse que los romanos conocían muy imperfectamente la geografía de la Germania, y creían que navegando hacia Oriente por el mar del Norte, se llegaba al Caspio, tenido por ellos como un golfo del grande Océano indio.

Al viejo Agripa confió Augusto la conquista de la Pannonia, y al hijastro Druso la sumisión de la Germania del Norte. Agripa murió cuando se preparaba á su empresa (Marzo de 742), y Augusto substituyó aquel valiente con su otro hijastro, Tiberio, que había ya dado en la guerra

alpina pruebas de valeroso capitán. En dos campañas sometió Tiberio la Panonia (746), y la defendió después bravamente contra los dacios, que acudieron el año 744-10 á vengar á sus hermanos.

No menos felices fueron las primeras operaciones de



AGRIPA DEDICA Á LOS DIOS EL PANTEÓN.

Druso en el Norte. Cuando apareció en el Rhin, lo halló fuertemente defendido por baluartes y tropas. El territorio que se extiende por la orilla izquierda desde la Alsacia al delta del río, que era el territorio á que los romanos habían dado oficialmente el nombre de Germania, debía servir al joven capitán de base para la conquista de la Germania



verdadera. Antes de entrar en acción quiso Druso reforzar esta base levantando castillos en toda la ribera, y en breve tiempo llegaron á 50 aquellos baluartes, que fueron más tarde núcleo de otras tantas ciudades. Además hizo venir al Rhin muchos buques de guerra, á fin de poder mantener por ellos la comunicación de las fortalezas, y servirse de ellos también para la construcción de los puentes. Tampoco olvidó las operaciones hidráulicas: el canal que de él recibió el nombre de *Fossa Drusiana*, evitó á su flota la peligrosa navegación de las costas de Holanda.

Los primeros en sentir los golpes de las nuevas armas romanas fueron los sigambrios, situados en la región entre el Lippe y el Lahn, así como también sus clientes los usipetos y los tencterios. Una contienda surgida entre los mismos sigambrios y sus vecinos los catios, ofreció á Druso ocasión propicia para invadir el territorio y llevar sus armas victoriosas hasta el Weser; pero allí se vió falto de víveres, y tuvo que retroceder.

Esta inesperada invasión acalló por un momento las discordias de las tribus germánicas; y sigambrios, cheruscos y suevos se unieron para atacar simultáneamente la frontera del Rhin. Seguros de la victoria, se habían ya repartido en proyecto los despojos enemigos: á los suevos el oro y la plata, á los cheruscos los caballos, á los sigambrios los prisioneros. Habían contado con el auxilio de los galos; pero estos pueblos no eran ya los mismos: el hábito de la servidumbre y las astutas artes empleadas por Augusto y Druso para ganarse el favor de sus jefes habían amortiguado mucho el espíritu de independencia en aquella nación, que no pensaba sino en hacer menos sensible, halagando á sus triunfantes enemigos, el peso de su irremediable dependencia. De ello resultó bien elocuente prueba en el grandioso monumento que erigieron en Lugduno el año 742, apenas Druso les invitara á demostrar su devoción

á Augusto levantándole un altar. El altar fué un colosal santuario consagrado al emperador y á la diosa Roma. Ante él se alzaba la estatua de Augusto, de 60 pies de alta, adornada con figuras alegóricas que representaban plásticamente las estirpes gálicas.

No podía, pues, este pueblo mirar á los invasores germanos como á sus libertadores y amigos; y por el contrario, en vez de ayudarlos en su empresa, ayudaron á los romanos en su defensa, y contribuyeron á hacerla triunfar.

Druso aprovechó el temeroso asombro causado al enemigo por la resistencia, para adelantar su base de operaciones: erigió un fuerte castillo en Aliso para vigilar la frontera; alzó otro en el país de los catios (acaso en la moderna Castel), y preparó allí su marcha para la conquista de la Germania central (743). Después de varias expediciones coronadas por el mejor éxito, sus armas llegaron hasta el Elba, río nunca antes de él visto por los romanos; pero en una retirada entre el Saal y el Rhin, sufrió tal caída del caballo, que le causó la muerte (14 de Septiembre 745).

Lloró Augusto amargamente la muerte del valeroso joven á quien amaba como á un hijo y había destinado á sucederle. Á seguir su obra mandó á su hermano Tiberio; el cual, empleando, más que sus armas, sus finas astucias, en las cuales era maestro, llevó en breve tiempo á término la empresa, y aseguró las conquistas de Druso. Augusto mismo le ayudó en este nuevo género de guerra: cuando fué á Lugduno para oír las proposiciones de los enviados germánicos, declaró que no trataría sin la presencia de los sigambrios. Éstos se apresuraron entonces á enviar sus jefes, y Augusto se apoderó de ellos pérfidamente y los distribuyó en diversos municipios, donde aquellos miseros engañados se dieron la muerte para que su ejemplo decidiese á sus hermanos á la venganza. Sacrificio inútil: los

sigambrios, sin capitanes, fueron fácilmente derrotados por Tiberio, que acabó con su nación transportándolos, en número de 40.000, á la orilla izquierda del Rhin, en las tierras de los ubios, menapios y bátavos.

En 747-7, el propósito de Augusto respecto al ensanche de la frontera del Norte parecía plenamente realizado: la Panonia estaba sometida y la frontera romana llevada al Elba. Á esto sucedió un período de quietud de 12 años, precursor, no obstante, de mayor tempestad. Esta inesperada paz tuvo varias causas: por un lado la necesidad material de suspender algún tiempo las costosísimas expediciones, y la conveniencia de dejar que el tiempo y el contacto con los vencedores suavizasen las ásperas costumbres de las sometidas tribus germánicas; por otro la situación en que Tiberio llegó entonces á encontrarse dentro de la misma corte; situación que dió por resultado su desdeñosa y brusca retirada de los negocios públicos. Y en medio de aquel transitorio silencio de las armas, fué cuando nació el que traía á la humanidad la *buena nueva*: un Dios en el cielo y la caridad sobre la tierra. Aprovechemos este silencio para narrar los tristes episodios de la familia de Augusto.

V.—La familia de Augusto.

La fortuna que había protegido con fiel constancia la carrera política de Augusto, le fué extrañamente adversa en su vida doméstica, y contraria á sus esfuerzos para escogerse un sucesor que fuese grato á su corazón. Si la transmisión del poder es para todo nuevo gobierno la más difícil prueba, lo era doblemente para Augusto por la naturaleza

especial de su poder mismo: éste existía sólo de hecho, puesto que el derecho era siempre la república. Augusto por tanto, tenía que disimular, digámoslo así, la herencia, para traspasar á su heredero todos sus poderes y dignidades, y necesitaba que la persona destinada á sucederle supiese gobernar con el arte que él había usado, á fin de que la naciente monarquía no se desplomase con la desaparición de su fundador. ¿Quién era, pues, el heredero que la fortuna destinaba á Augusto?

De las tres esposas que éste había tenido, sólo la segunda le había hecho padre de una hija, Julia. Pero aun antes de que ésta viniese al mundo, él se había prendado de otra mujer, Livia Drusila, hija del republicano M. Livio Druso, muerto en Filippi. De 15 años apenas, Livia se había casado con su tío materno, Tiberio Claudio Nerón, del cual tuvo dos hijos, Tiberio Nerón y Druso. Todavía llevaba á éste en su seno cuando Augusto indujo al marido á cedérsela, repudiando por su parte á la pobre Scribonia. La entrada de Livia en casa de Augusto dió á éste grandes amarguras, y fué precursora de grandes calamidades: la unión de las dos familias Julia y Claudia, hizo, en efecto, degenerar en tiranía el naciente Imperio: ¡y qué tiranía!

No habiendo Livia tenido hijos de Augusto, su constante pensamiento fué procurar la sucesión á uno de los de su primer matrimonio: hembra astutísima, desplegó todas sus artes para conseguir su objeto, y después de una larga lucha en que se vió ayudada por las circunstancias, triunfó. La madre quedó satisfecha; pero su satisfacción debía costar bien cara á Roma y á las naciones que de ellas dependían.

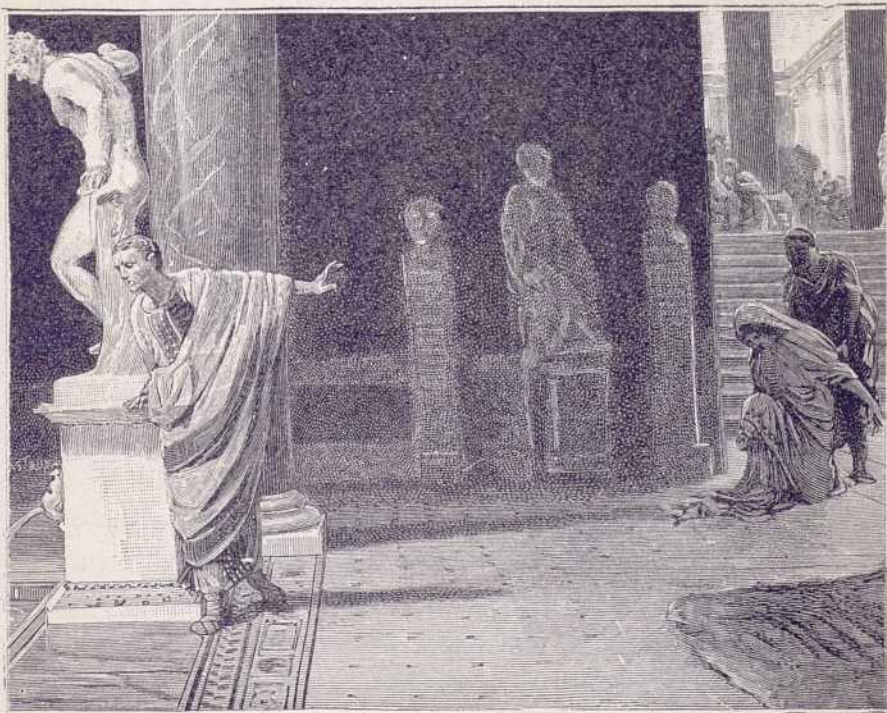
Augusto había primero señalado por sucesor al joven Marco Claudio Marcelo, hijo de su hermana Octavia: por esto le dió como esposa á su hija Julia, de 14 años esca-

sos (729), y lo adoptó. Pero á los dos años de matrimonio Marcelo murió en Baya.

Los tumultos que estallaron en Roma, cuando Augusto hacia su viaje de inspección á las provincias orientales, le determinaron á mandar á la capital como vicario suyo al viejo Agripa, haciéndole venir de las provincias imperiales de Asia, cuya legación se le confirió dos años antes. Desde este momento Agripa fué el heredero presunto de Augusto. Estaba casado con una hija de Octavio, Marcela: Augusto se la hizo repudiar, y le dió en matrimonio á la viuda Julia, de quien tuvo cinco hijos: Cayo, Lucio, Julia, Agripina y Agripa Póstumo. En el año 735-19 Augusto designó públicamente como su heredero al yerno Agripa, asociándole á la potestad tribunicia, que era escabel de la imperial. Pero también esta elección fué inutilizada por la muerte: el año 742-12 dejó Agripa de existir, y todo volvió á quedar de este modo en tela de juicio. Livia, que tanto trabajaba por el porvenir de sus hijos, vió al fin cumplidos sus votos: el mayor de ellos, Tiberio, sustituyó á Agripa en el tálamo de Julia; y su mujer Vipsania, que le amaba y era amada, y que lo había hecho padre de dos hijos, tuvo que sacrificar su derecho y su amor á la razón política, en la esperanza de que algún día sus mismos hijos tendrían la recompensa de su sacrificio.

Pero Tiberio comprendió pronto que si había sucedido á Agripa en el parentesco, no le pasaba lo mismo respecto á la confianza y al afecto del príncipe, quien lo dedicaba por completo á los dos hijos mayores de Agripa, Cayo y Lucio, á quienes colmaba de precoces honores, y á quienes parecía reservada la herencia del Imperio. El despecho de Tiberio llegó á ser tan grande, que le hizo dejar desdeñosamente á Roma y á la Italia, é irse á vivir privadamente en Rodas (748). Dejóle Augusto partir y permanecer allí siete años; y acaso no se hubiese vuelto á acordar

de él, si la desventura que cayó terriblemente sobre su casa no le hubiera obligado á sofocar sus rencores hacia el soberbio yerno. La primera causa de sus dolores vino de su hija Julia: por largo tiempo se ocultaron al padre los desórdenes de aquella extraviada mujer: cuando al fin lo



AUGUSTO ECHA DE SU CASA Á SU HIJA JULIA.

supo todo, castigó á la hija mísera con la fiereza de un magistrado de la Roma antigua: hizo saber por una carta al Senado las turpitudes de la desgraciada, castigó con la muerte y con el destierro á sus cómplices, y relegó á la adúltera en la isla Pandataria, cerca de Campania (hoy Ventotene), privándola de toda comodidad material y de toda comunicación externa (752). El rigor era tan legítimo

como había sido acerbo el desengaño que lo provocó; pero aquel reformador de costumbres, que castigó los extravíos de su hija hasta excluyéndola después de muerte del túmulo de la familia imperial, no pensaba en la suerte que había reservado á su madre, á la honrada y pura Scribonia. Esta infeliz quiso compartir con la hija el cautiverio, movida, más que por el afecto materno, por la piedad que en ella despertaba aquella infeliz, arrebatada desde niña á su custodia.

La desgracia de Julia no cambió el ánimo de Augusto para con su marido: los dos hijos mayores de aquélla y de Agripa continuaron siendo los favoritos del viejo emperador. Cayo fué enviado por él á combatir una nueva rebelión en Armenia, lo que consiguió, demostrando gran pericia y grandes condiciones. Tiberio, el desterrado voluntario, supo con secreta envidia los triunfos de su hijastro, y no creyéndose seguro en Rodas, pidió permiso á Augusto para volver á Roma. Augusto se lo concedió, pero mandándole al mismo tiempo que no se mezclase en los asuntos públicos.

Poco después del regreso de Tiberio á Roma llegó al emperador la triste noticia de la muerte de Cayo, ocurrida en el asedio de Artagira, donde un jefe armenio le hirió con su puñal. El infeliz joven sucumbió de sus resultas, pocos meses después, en Licia (21 de Febrero de 758). Diez y ocho meses antes había muerto en Marsella Lucio, hermano menor de Cayo, que estaba allí reuniendo las legiones de España; y aunque no había fundamento para creer que estas dos muertes no habían sido naturales, causaron, sin embargo, sospechas generales contra aquellos á quienes aprovechaban, y se acusó como su autora á Livia: lo que demuestra el concepto en que era tenida la antigua esposa de Claudio Nerón ¹.

¹ Tácito expresa su sospecha con estas palabras: *Mors fato propterea, nec novercae Liviae dolus abstulit*, *Ann.*, I, 3.

La fatalidad dirigía, pues, á Augusto, á pesar suyo, hacia Tiberio. Quedaban, sin embargo, todavía en su casa retoños que al viejo príncipe eran caros: quedaba Agripa Póstumo, y quedaba Germánico, hijo de Druso; pero el primero sólo tenía entonces 16 años, y 18 el segundo; y la avanzada vejez del príncipe aconsejaba poner en fuertes manos el porvenir del Imperio. Á esta presión se debió la adopción de Tiberio; pero acompañaron al gran favor tales restricciones y reservas, que desvirtuaban la merced misma: la adopción comprendió también á Agripa Póstumo, y Tiberio fué á su vez obligado á adoptar á Germánico; á pesar de tener hijos propios. Por Germánico tenía Augusto especial predilección, como la había tenido por su padre Druso; y para verlo siempre cerca de sí, después que le hizo adoptar por Tiberio, le dió por mujer á la menor de las hijas de Agripa y de Julia, Vipsania Agripina (759).

La cuestión de la sucesión no podía darse por definitivamente resuelta, mientras que hubiera dos herederos. Agripa Póstumo la resolvió por su parte, haciéndose excluir; y Augusto, disgustado por sus maneras altivas y provocadoras, lo envió á vivir en la isla de Pianosa (761). Un año después tocó igual suerte á la hermana de Agripa y de Agripina, Julia, cuya depravación le valió, como á su madre, el destierro: Augusto la confinó en una isla del Adriático, Trimetro (hoy Tremiti). En la ruina de Julia fué envuelto el poeta P. Ovidio Nasón, último de la pléyade de escritores clásicos que habían glorificado al naciente Imperio y consagrádole su genio. Augusto le relegó á la extrema frontera oriental europea, en la región mortífera de la Dobrutcha, sin dejarse conmover por sus lamentos (*tristia*). Allí lo dejó también Tiberio, y el infeliz poeta murió en Tomi tres años después que Augusto. Aunque no sea evidente la razón de su desgracia, su coincidencia con el destierro de Julia equivale á una revelación, tanto más

cuanto que Ovidio se había hecho célebre por sus versos eróticos, sobre todo por su *Arte de amar*, y era tenido por un libertino peligroso.

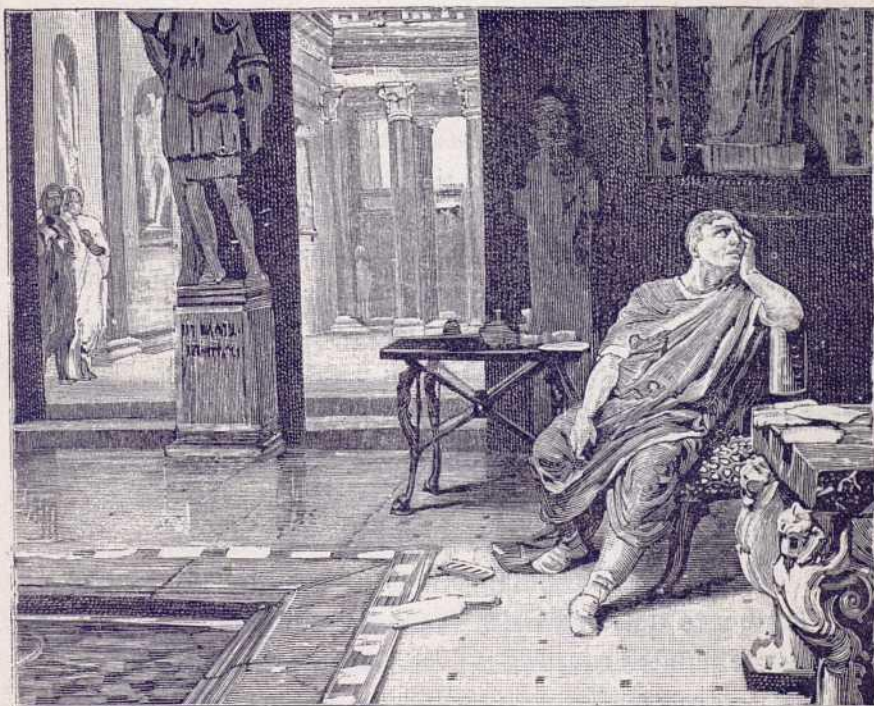
La fortuna había librado á Tiberio de un rival: los servicios que entonces prestó al Imperio acabaron por conquistar al fin en su favor al vacilante padrino y suegro.

Cuando Augusto creía definitivamente resuelta, por las empresas de Druso y Tiberio, la cuestión de las fronteras del Norte, resucitó ésta repentinamente y de manera que comprometía las conquistas de la Panonia y de los países alpinos.

VI. — Marbod y Tiberio.

El peligro partió del pueblo suevo de los marcomanos. Después de las conquistas de Druso en el valle del Rhin, aquellos bárbaros, incapaces de sufrir toda dependencia, habían dejado su antiguo país pasando á la región superior del Elba, cuyos habitantes sometieron en su mayor parte, haciendo huir á los demás: eran los boios, de quienes recibió el nombre que todavía hoy lleva su tierra la Bohemia. En esta expedición los capitaneaba un guerrero que había vivido algunos años en la corte de Augusto, de donde volvió á Germania educado en las armas y en la vida civil: era Marbod, á quien por esto vemos adversario igualmente de los romanos y de los germanos, como lo vemos también intentar fundar en Bohemia una monarquía despótico-militar, calcada sobre el sistema romano. Esta tentativa se frustró por haberse anticipado al tiempo: ni las luchas internas, ni la necesidad de la defensa ante los peligros exteriores habían llegado aún entre los germanos

á la proporción de exigir efectos liberticidas. El amor á la libertad fué mas poderoso que la ambición de Marbod, y la monarquía marcomana se hundió al nacer; pero si fué inútil á la libertad germánica, fué providencial para su independencia.



AUGUSTO LAMENTA EL EXTERMINIO DE LAS LEGIONES DE VARO.

Augusto, no presintiendo el rápido desarrollo que tendría el poder del jefe marcomano, limitóse primeramente á vigilarle. Su legado L. Domicio Enobarbo, hijo del famoso general de Antonio y abuelo de Nerón, tuvo el encargo de espiar desde la Recia los movimientos de Marbod; y viendo que los ermundurios se preparaban á sometersele, los tomó bajo su protección, estableciéndolos en el valle

del Meno, antes abandonado por los marcomanos; y fortalecido por esta alianza, intentó el año 756 una expedición á la Germania central. Esta empresa audaz deparó á Marbod la alianza de dos poderosos pueblos, que hasta allí habían vivido por sí mismos: los senonios y los longobardos. Al aparecer las armas de Domicio en la orilla media del Elba, proveyeron estos pueblos á su seguridad uniéndose con el jefe marcomano, y Marbod pudo formar con su refuerzo un ejército de 70.000 infantes y 4.000 caballos. Augusto comprendió entonces toda la gravedad del peligro, y mandó á Germania seis legiones conducidas por Tiberio, con quien acababa de reconciliarse.

Tiberio combinó un plan de operaciones con su legado Sencio Saturnino, sucesor de Domicio, al frente de las fuerzas del Rhin; y según aquel plan, el reino de Marbod debía ser simultáneamente invadido por dos partes opuestas. Ya Tiberio había llegado á *Carnuntum*, plaza de armas de Roma en la región danubiana, y Saturnino, partido de Maguncia, había entrado en el país de los catios, cuando llegó al campo romano el terrible anuncio de que la Pannonia y la Dalmacia estaban en plena rebelión (6 de J. C.). El momento de la revuelta fué oportunamente elegido: las tropas romanas acantonadas en aquellas dos regiones, estaban ya con Tiberio, y los panonios y dálmatas abandonados á sí propios. ¿Que ocasión más propicia para librarse de la servidumbre? Tiberio erró, no previendo que un pueblo en quien vivía aún el recuerdo de su libertad, no permanecería inerte el día en que viese á su opresor alejado.

Al anuncio de aquella doble rebelión, Augusto se atemorizó: creía que el movimiento de los panonios y dálmatas estaba en combinación con el de Marbod, y esto le hizo decir á los senadores que en un plazo de 10 días podían los bárbaros estar á las puertas de Roma. Así lo dice el escritor

Veleyo (*Hist. Rom. II, 110*), que servía entonces en el ejército de Tiberio, y ejercía un mando en la caballería. Pero el temible presagio no su cumplió: Marbod, falto de grandes ideales, no sintió entonces latir en su pecho el corazón de su patria. Satisfecho con su pequeño reino, no aspiraba á otra cosa que á conservarlo; y cuando Tiberio le habló de paz para poder tener libres sus manos, la aceptó gustoso. El abandono de Marbod era el sacrificio de la Panonia y la Dalmacia. Tiberio llevó contra los dos pueblos rebeldes sus legiones, acrecentadas por los auxilios que le envió Augusto. La resistencia de los enemigos fué tenaz, pero al fin, obligados por el hambre más que por las armas, después de una lucha de dos años se sometieron. En el estío del año 8 de J. C., la rebelión de la Panonia había concluido, y la de Dalmacia estaba próxima á extinguirse: Marco Lépidio, legado de Tiberio, lo consiguió al año siguiente. Roma respiró; y ya se preparaba á celebrar con solemnes fiestas el nuevo triunfo de sus ejércitos, cuando vino otro anuncio terrible á sumirle en profunda angustia: la muerte de Quintilio Varo y la destrucción de tres legiones.

Las provincias germánicas habían vuelto á la paz y á la obediencia, merced al sabio y enérgico gobierno de Sencio Saturnino; y Augusto creyó llegado el momento de que Roma ejerciese en ellas su soberanía. Quintilio Varo, sucesor de Sencio, recibió la orden de cobrar los tributos y administrar justicia con arreglo á las leyes romanas en los pueblos sometidos por Druso. La ejecución de este mandato provocó una rebelión que ha quedado como memorable en los anales romanos. Aquellos pueblos, sin mas tribunal que la asamblea de sus hombres libres, y que tenían á todo tributo por signo de esclavitud, no toleraron la doble vergüenza, y levantáronse en armas.

Para aquel movimiento de honor y patriotismo encon-



traron un jefe que con su talento, y más aún con su habilidad, supo imprimir á las águilas romanas una mengua que ni las lágrimas de Augusto, ni los soldados de Germánico y Domicio Corbulón bastarán á borrar: este hombre fatal á Roma era Arminio, que llegó á ser el héroe legendario de la nación germánica. Pertenecía á una familia regia del tiempo en que las monarquías de Germania conservaban su primitivo carácter patriarcal, y tenían por límites el cantón ó *gau*, estancia de una tribu. Arminio conocía la táctica militar romana, que había practicado combatiendo con Sencio contra los panonios, y alcanzando por ello la ciudadanía y la dignidad de caballero. Veleyo Patérculo lo describe así: «Arminio, joven de noble origen, osado y resuelto, de espíritu elevado mucho más que solía ser el de los bárbaros, de altiva mirada en que brillaba el fuego de su alma; hijo del príncipe Seginero, antiguo cliente nuestro, se aprovechó de la confianza del procónsul para urdir su formidable trama en la presunción de que ninguno es más fácilmente vencible, que el que vive en el descuido, y de que no hay cosa más ocasionada á la desgracia que la conciencia de la propia seguridad.»

Mientras Varo se disponía á conducir sus legiones á los cuarteles de invierno en Alisón, le llegó el anuncio de una revuelta de los catios: era la primer señal de la intriga de Arminio. El general romano, que nada sabía de ella y que en su orgullo no podía suponerla, no lo creyó cuando Segeste, rival de Arminio, se lo reveló, y ordenó, por el contrario, á los jefes de las tribus que lo siguieran contra los rebeldes: así se abrió con sus propias manos el abismo. Por tierra enemiga, con legiones nuevas que la desconocían y hasta en medio de la furia de los elementos, llegó á las selváticas alturas del Osning, que formaba, entre las fuentes del Ems y del Lippe, el *saltus Teutoburgensis*. Desplegábase á su alrededor un círculo de la gente bárbara que él

creía llevar consigo, y que Arminio llevaba á la venganza y á la reconquista de su patria. Era el 11 de Septiembre del año 763 (9 de C.) cuando en aquél sitio salvaje comenzó la carnicería hecha en las legiones. Varo, viéndose perdido, se dió la muerte: otros oficiales siguieron su ejemplo ¹: al caer el día, el exterminio de las legiones era completo, y aquel ejército de 27.000 hombres no existía. Los castillos levantados por los romanos fueron inmediatamente toma-



TIBERIO.

dos, y el mismo fuerte Alisón tuvo que rendirse: la frontera romana tuvo de nuevo por límite al Rhin.

Los historiadores hablan del sentimiento de Augusto al saber la destrucción de las legiones de Varo; y también

¹ Dión cuenta que todos los oficiales se dieron la muerte: *Floro*, por el contrario, no habla de otro suicidio que del de Varo: nosotros seguimos la opinión media de Veleyo.

nos dicen que sus esfuerzos para remediar el daño sólo tuvieron éxito imperfecto. Á duras penas pudo organizar dos nuevas legiones, con las cuales llegó á 25 el efectivo del ejército romano: número que quedó invariable por mucho tiempo.

Tiberio, á quien Augusto había en aquel año nefasto conferido la potestad tribunicia y vitalicia, volvió al Rhin para defender aquella línea contra los temidos asaltos de



CLAUDIO.

los germanos; pero éstos no pensaban entonces en conquistas, ni reinaba entre ellos la concordia necesaria: por lo cual pudo Tiberio, dos años después del desastre de Varo, pasar con sus legiones á la orilla derecha del Rhin y fortificarse en ella. En 767, el hijo de Druso, Germánico, obtuvo aquel mando juntamente con el de la Galia; pero antes de acabar sus preparativos guerreros, Augusto dejó de existir. En el estío del 768, cuando ya había dado la úl-

tima mano á sus *Memorias*, ó relación de sus empresas ¹, acompañó á Tiberio hasta Benevento en su salida para un viaje de inspección á Iliria. Á su regreso se sintió enfermo y murió en Nola el 19 de Agosto del 768, á la edad de 76 años.

TIBERIO (14-37) ²

I.—La transmisión del poder.

La muerte de Augusto señala un grave y difícil momento en la historia del principado romano. Una monarquía nacida sin instituciones propias, y circundada de formas republicanas, debe atravesar ahora su primera prueba en la transmisión del poder. Augusto había en realidad designado como su sucesor á Tiberio Claudio Nerón, ya introduciéndolo en su familia por la adopción, ya confiriéndole vitaliciamente la potestad tribunicia, ya en fin nombrándole por último, con asentimiento del Senado y del pueblo, su colega en el proconsulado. Pero esto no bastaba, ni con mucho, para determinar la sucesión, porque no era suficiente para constituir la soberanía personal que la acumu-

¹ Este memorial fué en gran parte encontrado con el título de *Monumentum ancyranum*, en la ciudad de Ancira (hoy Angora), de Galacia, donde en el siglo XVI (1554), se descubrieron sus primeros fragmentos epigráficos.

² Á las fuentes históricas ya indicadas débese añadir la obra histórica de Cornelio Tácito (54-119 de J. C.): *Ab excessu divi Augusti*, conocida comunmente con el nombre de *Annales*. Esta obra contiene la historia de la dinastía Julia después de la muerte de Augusto, ó sea de los reinados de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, y fué escrita bajo el de Trajano. De los 16 libros que la componían, sólo 4 han llegado enteros hasta nosotros.

lación de todas las magistraturas republicanas daba á Augusto. Así, pues, y no habiendo ley alguna que regulase la sucesión de este poder sin nombre, resultaba que lo único que se podía invocar en representación del principio legal que faltaba, era la ley natural de la herencia. Y la ley natural sólo daba á Tiberio un puesto secundario: el primero pertenecía á Agripa Póstumo, que, además de haber sido también adoptado por Augusto, pertenecía á su familia como descendiente de su hija Julia. Tiberio comprendió la peligrosa concurrencia que aquel joven le podía hacer; mas por fortuna suya, Agripa Póstumo, que siempre estuvo en desgracia de su abuelo, vivía desterrado en Pianosa; y así pudo Tiberio quitarlo de en medio sin que la desaparición de aquel infeliz levantase rumor alguno. El centurión que lo custodiaba recibió la orden de matarlo: cumplido el crimen, se explicó, anunciándose que Agripa Póstumo había sido muerto por orden de Augusto hallada entre sus papeles.

Sin rival ya á quien temer, Tiberio renovó la comedia de su padre adoptivo. Esta farsa ha sido adulada por Veleyo presentándonos la ciudad llena de conmoción, el Senado y el pueblo pidiendo que Tiberio recogiese el poder, y Tiberio mismo protestando querer retirarse á la vida privada ¹. Pero mientras éste no habla á los padres sino de los honores que deben tributarse á Augusto, se hace, sin embargo, prestar el juramento de fidelidad por los magistrados y por las cohortes urbanas, á las cuales da desde luego sus ordenes.

De este modo, la crisis de la transmisión del poder había sido, como se ve, fácilmente resuelta en la metrópoli: las dificultades se presentaron fuera de Roma. Á la muerte de Augusto las legiones romanas estaban distribuídas de esta

¹ Veleyo, II, 124.

suerte: 8 junto al Rhin, 3 en España, 7 en la Mesia, Iliria y Panonia, 4 en Oriente, 2 en Egipto y 1 en África. Las guarniciones más lejanas acogieron con gritos de júbilo la sucesión de Tiberio; pero en las de la Panonia y el Rhin provocó motines que pusieron en gran peligro el principado hereditario. Los sucesos militares de los últimos años habían exigido la renovación general de estas fuerzas: Augusto, para proveer á las necesidades de la doble guerra contra Marbod y Arminio, y sobre todo para llenar el vacío producido por el exterminio de las legiones de Varo, tuvo que admitir en las filas gran número de proletarios, que llevaron á ellas su tradicional espíritu de sedición. Pidió, pues, por todas partes la soldadesca el aumento de las pagas, la reducción de los años de servicio y la concesión de pensiones á los veteranos; sin lo cual negábase á prestar el juramento de fidelidad al nuevo soberano. Tiberio envió á Panonia á su hijo Druso, acompañado de varios senadores y con un cuerpo de pretorianos. Un afortunado accidente hizo esta misión mas fácil y expedita: el 26 de Septiembre (14 de J. C.) tuvo lugar un eclipse solar visible, y Druso se aprovechó del pánico producido sobre las tropas por el fenómeno celeste, para volverlas á la obediencia. Les hizo, sin embargo, algunas de las concesiones que solicitaban, y que habían de servir en lo futuro de impulso á más peligrosas intentonas.

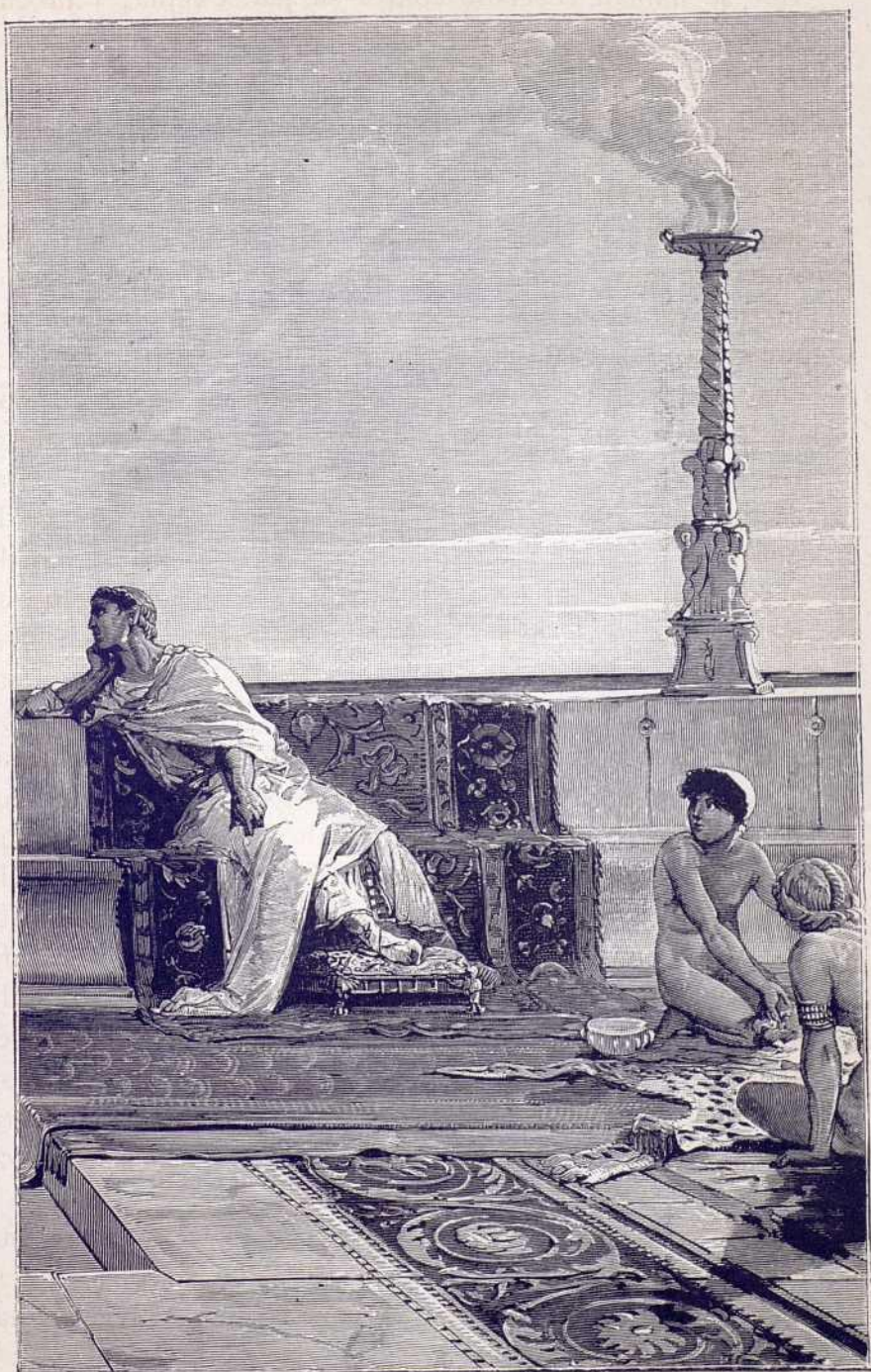
II.—Germánico.

La rebelión de las milicias romanas ofreció mayor obstáculo; Germánico, que las mandaba cuando murió Augusto, hallábase en Lugduno ocupado en hacer el censo gálico, y allí supo que las cuatro legiones del Rhin infe-

rior se habían rebelado contra su jefe Cecina, y proclamándole á él como emperador, en vez de Tiberio. El movimiento nació en la legión 21, compuesta en su mayor parte de proletarios romanos, los cuales conocían las intrigas de la corte y los secretos de la familia imperial, y sabían que Germánico, forzosamente adoptado por Tiberio, era por éste odiado y temido, sobre todo por ser aquél miembro más cercano que él de la casa del Imperio como marido de Agripina, la hija menor de Julia; sabían asimismo que Augusto aborreció á Tiberio, como era público en Roma, y que Germánico, por el contrario, era querido de todos por su noble carácter, por su valor y por su atractivo juvenil. Pero precisamente por esta nobleza de su carácter, rechazó con enojo el papel de usurpador y rebelde que se le ofrecía; ruegos, amenazas, concesiones, á todo acudió para llamar los revoltosos á su deber; y viendo que todo era en vano, acudió al medio de hacer ir á la Galia, escoltada por auxiliares celtas, á su mujer Agripina, á quien el ejército adoraba.

Esta humillación hizo someterse á dos legiones; las otras dos, la primera y la 21, que perseveraban en la rebelión, fueron sometidas por una imponente demostración militar; Germánico apareció ante sus cuarteles de Vetera con la flota y con un cuerpo de legionarios y auxiliares. Á su vista la parte mejor de los insurrectos volvió al orden, castigando por sí misma á los pertinaces. Para disipar el recuerdo de aquellas tristes escenas, Germánico condujo las legiones al lado allá del Rhin; los marcios, sorprendidos, fueron por ellas casi exterminados; y antes de que los pueblos más cercanos se aprestasen á vengarlos, repasó Germánico el río. Esto sucedió á fines del año 14 de J. C.

Tiberio se sintió entonces seguro en el trono; pero esta seguridad la debía principalmente al generoso sobrino; servicio que ni el nuevo emperador ni su esposa Livia olvida-



TIBERIO EN *Capri*.



ron, y cuya recompensa obligará á Germánico á arrepentirse de haberlo prestado, si es que la ingratitud ajena puede producir en un alma honrada tales arrepentimientos. Dejó Tiberio al sobrino el mando del Rhin, sofocando sus celos; y Germánico, sabedor de las discordias surgidas entre los cheruscios, se aprestó á vengar el desastre de Varo. Ya eran antiguas las enemistades de la familia regia de aquella nación; hemos visto al tío de Arminio, Segeste, revelar á Varo, aunque en vano, la trama urdida por su sobrino en contra suya. De esta malquerencia entre Segeste y Arminio son tenidos por causa los amores del segundo y Tusnelda, hija del primero, rehusada por él al amante y arrebatada por éste al padre. Pero la discordia no existía sólo entre tío y sobrino, sino también entre Arminio y su hermano Flavo. En la guerra romano-germánica, que ahora vuelve á encenderse, vemos á Flavo pasarse á Germánico y combatir con él; parece, pues, que la principal razón de la discordia era la ambición del poder, y la oposición de Segeste al matrimonio de su hija su consecüencia. Sea como quiera, los odios llegaron por una y otra parte hasta el punto de dividir á los cheruscios en dos campos hostiles. Ya Arminio llevaba ventajas sobre Segeste, á quien tenía bloqueado en una fortaleza, cuando éste llamó en su auxilio á Germánico; las legiones lo salvaron, haciéndole pasarse definitivamente á las banderas romanas. Su salvación produjo también la cautividad de Tusnelda, arrebatada á su adorado Arminio; la mísera joven volvió á la casa del padre para ser tratada como esclava por los libertadores. Tácito nos describe esta primera figura de mujer que aparece en la historia de los germanos; y las bellezas tudescas no deben desdeñar el recuerdo de aquel tipo de su sexo, á juzgar por el retrato que de él nos hace el gran historiador latino: «No vertió Tusnelda, dice, una sola lágrima; no hizo la menor súplica; con las manos cruzadas sobre el



pecho y los ojos fijos en tierra, permanecía en doloroso silencio.» Obligada á escoger entre el padre y el esposo, escogió á aquel con quien estaban su amor y el honor de su patria; y esto explica la diversa suerte que al padre cruel y á la valerosa hija depararon los vencedores romanos.

Arminio hizo inmensos esfuerzos para librar á su esposa y defender la independencia de su patria; reuniéronse nuevamente á él las tribus que llevara á la selva Teutoburga, y con ellas iban los senonios y longobardos, hasta entonces amigos de Marbod; pero esto no bastó á cambiar su fortuna. Germánico siguió para combatirle el camino de su padre; una flota condujo á cuatro legiones hasta la embocadura del Ems, desde donde se dirigió al Osning, cuyas alturas conservaban aún las huellas de la matanza de Varo. En ellas devolvió á la tierra los insepultos restos que allí se encontraron.

Arminio, fieramente perseguido, tuvo que batirse en retirada, hasta que en Agosto del año 16 se libró sobre la orilla derecha del Weser la gran batalla de *Idistaviso* ¹, que restauró plenamente el honor de las armas romanas. Arminio fué derrotado, y se salvó trabajosamente huyendo. Sobre el campo de batalla alzaron los vencedores un trofeo con esta inscripción: «El ejército de Tiberio César, vencedor de las naciones del Elba y del Rhin, consagra este monumento á Marte, Júpiter y Augusto.»

Germánico quiso quedar al frente de las legiones un año más, para acabar con los bárbaros y restablecer el orden de cosas que fundó su padre; pero Tiberio no se lo permitió, y lo llamó á Roma invitándole á celebrar el triunfo. «En cuanto á los germanos, decía la carta del emperador, lo que conviene, ahora que el honor de Roma está vengado»

¹ Los historiadores disputan sobre el sitio de la llanura de *Idistaviso*: la opinión que más prevalece es la que la fija cerca de los lugares de Petershagen y Bückeburg.

do, es abandonarlos á sus rivalidades y guerras intestinas» ¹.

Premió Tiberio la obediencia del sobrino mandando alzarle un arco triunfal y acuñar en su honor medallas que decían: *Signis receptis, devictis Germanis*; pero no pudo tolerar su presencia en Roma, donde, tanto él como la austera Agripina, gozaban de las simpatías del pueblo. Resolvió, pues, enviarle á Oriente, y ni siquiera le dejó tomar posesión del consulado. Justo es decir, sin embargo, que si esto era un destierro, la misión que se le confiaba lo hacía honroso y grato; el decreto del Senado le confería el mando de las provincias de ultramar, con autoridad superior á los gobernadores y el encargo de pacificar aquellas regiones. Al Danubio mandó Tiberio á su hijo Druso para velar sobre Marbod, y apresurar la ruina de su inseguro reino. Así, dice Tácito, con los dos hijos al frente de las legiones en las fronteras, y él cuidadoso en el centro, se sentía más seguro ².

Los presagios de Tiberio sobre la Germania iban á cumplirse; la guerra civil estalló en ella apenas cesó la lucha con las legiones; Marbod declaró inmediatamente la guerra á Arminio, y se dieron terrible batalla entre el Saal y el Elba. Ambos rivales se atribuyeron la victoria; pero la retirada de Marbod pareció á los suyos una fuga, le quitó el prestigio personal, produjo muchas defecciones en su campo, y le obligó en fin á refugiarse en Bohemia, donde pidió auxilio á los romanos. Tiberio le contestó negándolo, y mandó á Druso á completar su ruina. Ésta llegó en breve; un noble godo llamado Catualda, lleno de antiguos rencores contra Marbod, entró en Bohemia al frente de un

¹ Según Tácito, Germánico creyó que quien lo alejaba del campo de su gloria era la envidia de Tiberio. *Ann.*, II, 26.

² *Ann.*, II, 44.

cuerpo de guerreros. Á su vista los marcomanos que á Marbod seguían, se sublevaron; y el viejo adalid, viéndose perdido, se refugió en el Nórico pidiendo asilo á Roma. Tiberio le señaló por residencia á Ravena, donde vivió oscuramente 18 años más ¹.



GERMÁNICO.

El fin de Arminio fué más desastroso; los cheruscios llegaron á odiarle por su ambición, y murió á manos de sus propios parientes (21). Su muerte disolvió la liga de aquellos pueblos; la profecía de Tiberio estaba cumplida, y las tribus germánicas volvieron á su antiguo estado de separación.

¹ Tác., *Ann.*, II, 63.

Una tristísima tragedia tenía entretanto lugar en las regiones orientales; Germánico moría en Antioquía en medio de sus triunfos y después de haber pacificado aquellas provincias (10 de Octubre de 19). Las sospechas sobre la causa de su muerte alcanzaron al mismo Tiberio, cuya envidiosa



AGRIPINA.

conducta con el joven héroe las autorizaba. Ultimamente le había reprendido con aspereza por haber ido á Egipto sin su permiso. Pero lo cierto es que la muerte de Germánico quedó envuelta en sombras. Tiénese como probable que murió envenenado por Pisón y su mujer Plancina ¹. Si después éstos obraron por cuenta propia, animados por el

¹ Tácito no se atreve á afirmarlo. Los últimos historiadores de Tiberio opinan que Germánico murió de muerte natural.

júbilo que la muerte de Germánico produjo á Tiberio y á Livia, ó si fueron simples ejecutores de una nueva intriga del palacio imperial: sobre todo esto no se pueden hacer más que meras hipótesis.

Gneo Pisón era un noble orgulloso, de violento carácter: Plancina, su mujer, era confidente de Livia, y estaba al tanto de todas las intrigas cortesanas que aquella vieja astuta tramaba contra Agripina, á quien aborrecía. Cuando Germánico fué mandado á Oriente, Pisón fué también como gobernador de Siria para ayudarle. Plancina siguió al marido, y es lícito creer que le animase en la altiva y desafectuosa conducta, propia de su genio, que observó con Germánico. Soportóle éste algún tiempo, pero al fin le quitó el mando y le ordenó partir. Durante el viaje de Pisón, Germánico murió, y aquél se apresuró á volver al ejército y ponerse á su frente; pero una orden del Senado lo llamó á Roma para que diese cuenta al exacerbadó pueblo de la muerte misteriosa de su general.

Rara vez, ni aun bajo la república, se vieron en Roma tan excitadas las pasiones populares como lo estuvieron al anuncio de la muerte de Germánico. El pueblo pedía que se le devolviese su joven héroe, y lo pedía delante del palacio de Tiberio, como si lo acusase de aquella desgracia. La agitación pública fué mayor á la llegada de Agripina, que traía la urna con las cenizas del esposo amado. Tiberio supo ser prudente en este conflicto: no asistió á los funerales, pero mandó á su hijo Druso, é hizo votar á la memoria del finado honores que duraron más de un siglo. Puso, sin embargo, término á las manifestaciones del duelo público cuando las cenizas de Germánico fueron depositadas en el mausoleo de Augusto, y publicó un edicto recordando al pueblo otras mayores calamidades que sus antepasados habían sabido soportar con ánimo firme, invitándolo á volver á la vida ordinaria y á los placeres. El pueblo

obedeció, aunque esperando ansioso el regreso de Pisón, que debía explicar el misterio del llorado crimen. Pero su esperanza fué vana: las pruebas del homicidio faltaron, y la acusación de Pisón no pudo fundarse ¹. En cambio, la otra acusación que le culpaba de haber tomado arbitrariamente el mando del ejército, prosperó ²; pero él no esperó la sentencia, que ya le hacía temer la actitud severa de los jueces y del mismo Tiberio: una mañana se le encontró degollado en su estancia, con su espada al lado y una carta para el emperador en que le recomendaba á sus hijos y le afirmaba su inocencia. Trece años después su mujer Plancia tuvo un fin semejante.

La conducta del pueblo en la muerte de Germánico produjo un gran cambio en el carácter de Tiberio, que empezó á manifestarse siniestramente en sus obras. Hasta entonces había sido príncipe inteligente y cuidadoso de emplear para el bien público su poder soberano: en adelante será el déspota, el tirano que inicia la degeneración del poder imperial, y prepara la tiranía de Calígula y de Nerón.

Recordemos brevemente sus hechos anteriores á este cambio, comprendidos en los primeros 9 años de su principado.

III.—Gobierno de Tiberio.

La primera necesidad de Tiberio cuando llegó al trono, era hallar una fórmula definitiva para la constitución im-

¹ Tác., *Ann.*, III, 14.

² Tác., *Ann.*, loc. cit.

perial; y la halló en la aparente exaltación del Senado, donde concentró el gobierno sin perjuicio de haber destruído su independencia como cuerpo político, haciendo de la Asamblea una especie de consejo de administración sometido á la iniciativa del príncipe y sujeto á su interés personal. Rodeóle, sin embargo del mayor esplendor: la nobleza, la propiedad, la inteligencia, estuvieron en él numerosamente representados; una sola cosa faltaba en su seno: los grandes caracteres. Pero aun así, el Senado llegó á ser un alto representante del pueblo romano, y Tiberio pudo, sin aparecer liberticida, conferirle las facultades políticas que habían pertenecido á los comicios populares. El pueblo, dice Tácito, no se atrevió á quejarse sino muy débilmente de esta novedad, que lo despojaba de su soberanía ¹: y Tiberio, á la sombra de aquel testaferro, pudo continuar la comedia de Augusto, sacando del Senado su autoridad y protestando no querer usarla sino en servicio de la república ². Hizo en seguida lo bastante para que las provincias creyesen en la sinceridad de su protesta: prohibió las confiscaciones de bienes, y condenó á muchos gobernadores por concusionarios. Habiendo destruído un terremoto algunas ciudades del Asia Menor, declaró pública la calamidad, y mandó reconstruirlas á expensas del erario, eximiendo de los tributos á sus habitantes por cinco años.

Caracterizan también al principado de Tiberio los llamados *procesos de majestad*. Era antiguo canon de la república romana que todo atentado contra la magistratura debía ser considerado como cometido contra el Estado mismo: la muerte, ó el simple ultraje de un magistrado, se calificaba y castigaba como crimen de alta traición; y

¹ Tác., *Ann.*, I, 15.

² Suetonio, *Tib.* 32.



AGRIPINA LLEVA Á ROMA LAS CENIZAS DE GERMÁNICO.

una vez concentradas todas las magistraturas y potestades, sobre todo la tribunicia, en una sola persona, cualquier ofensa á ésta era un delito contra la república. Así se transformó el principio jurídico, que antes fué garantía de la libertad, en arma de tiranía puesta en las manos de un hombre ¹. Augusto la había usado con tal templanza y prudencia, que en el largo período de su reinado los procesos de majestad fueron rarísimos. En el de su sucesor fueron, por el contrario, frecuentes, y lo que es más grave, se incoaron y cumplieron bajo la responsabilidad del Senado: lo que puso de manifiesto el oculto fin de la repentina exaltación de aquella Asamblea, destinado á cubrir con la majestad de su nombre, no sólo el absolutismo del príncipe, sino también las venganzas y pasiones sanguinarias del déspota.

Los peligros de tal cambio en la ley, se acrecían con la falta de un ministerio público que diese alguna garantía á su aplicación. El derecho de acusación pertenecía, según las instituciones romanas, á todos los ciudadanos, y había sido la palestra de los grandes oradores, y el camino de la fama y del honor; pero en estos tiempos de depravación de las costumbres, su aplicación tenía que ser funesta; porque tenía que fomentar las iras de facción, y llegar á ser el instrumento de la tiranía creando la torpe raza de los *delatores*. Por medio de éstos, á quienes Tiberio colmó de riquezas y de honores, llamándolos públicamente «conservadores del orden y de las leyes», conoció y persiguió á sus enemigos, y ejecutó crueles venganzas.

Para esta obra de vengativas persecuciones halló Tiberio un poderoso ayudante en la persona de Elio Seyano, cuya siniestra figura aparece ahora en la escena. Era un caballero originario de Volsinio: su padre fué prefecto de la

¹ Tác., *Ann.*, II, 27.



guardia pretoriana, y él mismo consiguió desempeñar este cargo, á que dió nueva importancia haciendo acuartelarse á los 10.000 guardias en un campo fortificado entre las dos vías que arrancaban de las puertas Viminal y Colina, en vez de tenerlos esparcidos por la ciudad: de esta manera su comandante los tenía reunidos y disciplinados bajo su mano y podía servirse de ellos contra el mismo príncipe.

Seyano no pudo, sin embargo, recoger este último fruto de su reforma, porque apenas llegado á la cumbre, fué de ella precipitado por el mismo que lo levantara. Había ganado la confianza de Tiberio con humildes servicios desempeñados con gran celo, hasta el punto de ser considerado el depositario y el intérprete de sus pensamientos; y por esto se vió la casa de aquel medio ministro, medio bufón del príncipe, visitada por los más notables personajes, que acudían á ella para conocer los verdaderos designios del emperador. Era esta una de tantas anomalías creadas por aquel absolutismo disfrazado de república. El hijo de Tiberio, Druso, que veía á Seyano en palacio, y no sospechaba que fuera de allí se le tuviera por un hombre de Estado, lo trataba con el mismo desprecio que él aplicaba á sus inferiores. Un día, habiendo osado Seyano hacer á Druso una réplica viva, recibió de éste un bofetón. Desde aquel instante la ruina de Druso estaba decretada. El medio de que Seyano se valió para cumplir su venganza, ha hecho creer que aspiraba también á satisfacer su ambición, colocándose en el lugar de príncipe heredero; pero este pensamiento, que más tarde pasó por su mente, con dificultad pudo ser concebido entonces, cuando vivían todos los hijos de Agripina, y ésta no había caído aún en la desgracia del emperador.

Para perder á Druso se valió Seyano de la mujer de éste, Livila, hermana de Germánico y prima, por tanto, de su marido. Estos matrimonios entre parientes no eran

afortunados en la familia Julia-Claudia: Tiberio había repudiado á la hija de Augusto; su hijo Druso fué víctima de la adúltera esposa. Para traer á su poder la pérfida mujer, repudió también Seyano á la suya, Apicata; y entonces aceptó Livila el horrible encargo que le confió su amante, haciendo á su médico preparar un veneno lento, que quitó la vida á su marido sin excitar sospechas (23).

La muerte del hijo único fué una grande herida para el ánimo del emperador, que se vió obligado á tener por herederos los hijos de Germánico, Nerón y Druso, ambos de 15 años apenas. Los presentó, en su virtud, al Senado, pidiendo á los padres que los guiasen y sostuviesen, y recomendando á los dos sobrinos que fuesen obedientes á la Asamblea y tuviesen presente que, en la altura en que habían nacido, sus virtudes ó sus vicios trascenderían á la república. Son bellas estas palabras que Tácito pone en boca de Tiberio; pero dichas cuando lo fueron y por quien lo fueron, parecen sólo un recurso retórico, si es que no debe tenérselas por un ardid de hipocresía.

La situación de Tiberio en Roma empeoró mucho con la muerte de Druso: colocado entre su vieja madre, que pretendía siempre ser la que mandase, y la altiva viuda de Germánico, que no perdía ocasión de manifestarle su odio, se resolvió al fin en el duodécimo año de su reinado (26 de J. C.) á dejar la metrópoli, yéndose á vivir á la isla Caprea (Capri). Augusto había comprado ésta isla á la ciudad de Nápoles, y había construído en ella una casa donde se proponía pasar el estío; pero las circunstancias no se lo consintieron. Su sucesor, ya casi septuagenario, se refugió allí, llevando á aquel sitio de delicias el recuerdo de las infamias con que llenó los últimos años de su reinado.

Todavía mientras vivió su madre, se contuvo un tanto; pero cuando la muerte de Livia, acaecida el año 29, lo dejó dueño en absoluto de sí mismo, entonces dió libertad

completa á las malas pasiones que aún guardaba. La familia de Germánico fué la primera señalada por su odio: Agripina y sus hijos, molestados continuamente por Seyano, que, muerta Livia y alejado Tiberio, era el hombre más poderoso de Roma, supieron un día que el emperador, en una carta suya al Senado, acusaba á Agripina de arrogancia y al mayor de sus hijos de mala conducta. La Asamblea, no sabiendo ó no queriendo saber dónde estaba la falta, se desentendió; pero en su lugar habló el pueblo, y la defensa indirecta que la opinión pública hizo de la viuda y sus hijos, apresuró su pérdida: conmovióse toda la ciudad: los retratos de Agripina y de Nerón fueron llevados procesionalmente hasta la Curia, aclamándolos y llamando apócrifas á las cartas que los injuriaban. Si en aquel momento Agripina se hubiera presentado á las legiones mostrándoles los hijos de Germánico que habían visto nacer, el triunfo hubiera sido indudablemente suyo, es decir, de la casa Julia. Pero, aterrada, no se movió de Roma, y el Senado, bajo las amenazas de Seyano, instruyó contra ella y sus hijos un proceso de majestad, y los declaró enemigos públicos. Agripina fué desterrada á la isla de Pandataria, tristemente célebre desde entonces; Nerón su hijo á la de Ponza, y Druso á los subterráneos del Palatino; y los tres fueron sometidos á tormentos que les obligaron á quitarse desesperados la vida ¹. Pero el principal instrumento de aquella venganza, no tardó en sufrir la pena de su maldad. Ya había tenido algún indicio de que no podía seguir contando con el favor del príncipe. Al partir Tiberio para Capri, le pidió por esposa á Livila, viuda de su hijo, y Tiberio se la negó ásperamente. Esto destruía la esperanza oculta en su pretensión de prepararse

¹ Nerón se suicidó el año 31, Druso y su madre dos años después. Agripina se dejó morir de hambre.

la herencia imperial, y le hacía comprender que el solo camino de sus deseos era la violencia; y como Seyano no era hombre capaz de detenerse ante tal camino, urdió desde aquel día tramas y conspiraciones con senadores y generales, que al fin lo perdieron. Quiso la suerte que el golpe mortal partiese de la exterminada familia de Germánico contra su verdugo: Antonia, madre de Germánico y cuñada de Tiberio, mujer de severas costumbres y fuerte ánimo, vengó á los suyos revelando al príncipe las intrigas de su favorito. Tuvo entonces lugar un espectáculo que quedó famoso en los anales de la astucia humana: no osando el emperador castigar de repente al infiel ministro, cuya defensa temía, le colma de nuevos honores, se lo asocia en el consulado, lo eleva al pontificado y hasta le promete darle la potestad tribunicia; pero mientras adormece así al traidor, saca de la oscuridad al joven Cayo, último de los hijos de Germánico, á quien hace augur y pontífice; y al mismo tiempo nombra secretamente para mandar los pretorianos á Nevio Sertorio Macrón, á quien confía la ejecución de su gran golpe.

Con el decreto que le confería el nuevo mando, llevaba Macrón la carta del emperador al Senado condenando al antiguo favorito. En la puerta del templo de Apolo, sobre el Palatino, donde el cónsul Régulo había convocado la Asamblea, encontró á Seyano, á quien tranquilizó diciéndole que le traía la potestad tribunicia: el traidor, lleno de alegría, entra en el templo y va á sentarse entre los senadores; Macrón, en tanto, pónese de acuerdo con Latón, prefecto de los guardias nocturnos; los pretorianos son enviados á su campo fuera de la ciudad, con la promesa de un donativo, y los guardias nocturnos les sustituyen en las puertas de la Curia; y entonces Macrón entrega al cónsul la carta del emperador, saliendo en seguida para irse al campamento de los pretorianos y hacerse reconocer por

su nuevo jefe, impidiendo todo movimiento sedicioso.

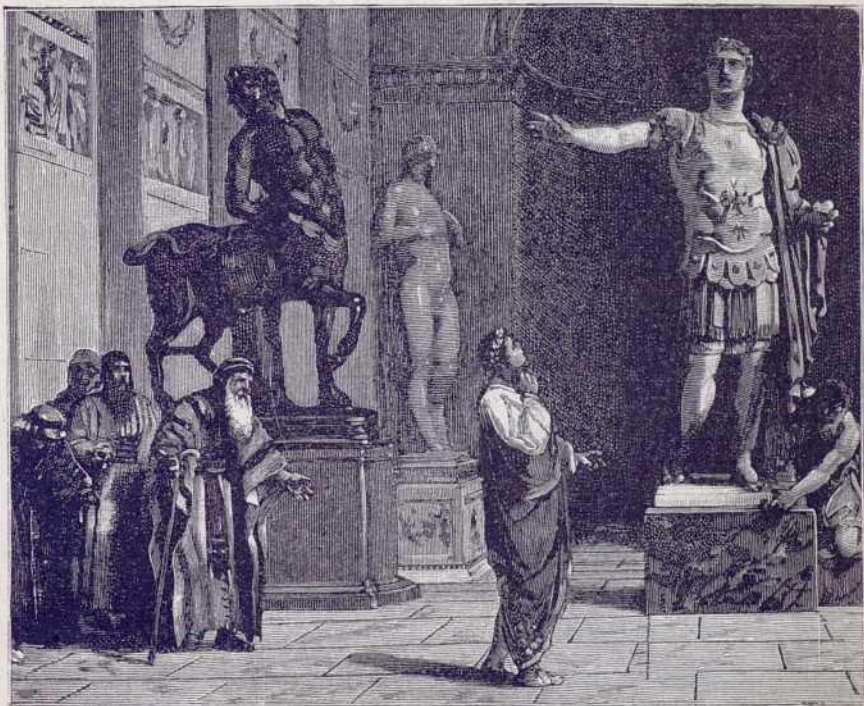
La carta era una obra maestra de astucia, y suficientemente extensa para dar tiempo á Macrón de asegurarse la obediencia de la soldadesca; empezaba tratando vagamente de cosas sin importancia, en que sólo por incidente citaba á Seyano; luego trataba ya concretamente del ministro, alabándole ó censurándole; y luego, en fin, abandonando el dédalo de las divagaciones, y atacando directamente al traidor, mandaba que fuese al punto arrestado con dos senadores amigos suyos. La escena que siguió á la lectura del fin de la carta, es más bien para imaginada que para descrita: los padres que estaban cerca de Seyano, y que le habían poco antes felicitado por su nuevo honor, se alejan de él como de un apestado; los tribunos y los pretores le circundan amenazantes, y el cónsul lo llama á la barra. Seyano, aturdido, quedó algún tiempo inmóvil y como invadido por una parálisis; después, y á un nuevo llamamiento del cónsul, se levantó para entregarse en manos de los guardias nocturnos, los cuales le llevaron encadenado á la cárcel. Aquella misma noche el Senado, en otra reunión celebrada en el templo de la Concordia, pronunció su sentencia de muerte, que fué ejecutada al punto (18 de Octubre del 31); y luego, aquella misma Asamblea que durante ocho años había estado pendiente de los labios del poderoso ministro, decretó fiestas y juegos anuales en memoria de su castigo, y una estatua á la libertad con un epígrafe en que se le llamaba «enemigo perniciosísimo» ¹.

Pero los que esperaban que la ejecución de Seyano aplacase la crueldad del príncipe, no tardaron en desengañarse. Ya la elección del nuevo favorito, que si no era inferior á Seyano en la perfidia lo superaba en la astucia ², demos-

¹ Suetonio, *Tib.*, c. 65.

² Tácito, *Ann.*, VI, 29.

tró que el ánimo de Tiberio estaba cerrado á todo impulso de piedad y de justicia. En seguida comenzaron las persecuciones en que se confundieron ferozmente á inocentes y culpables; las primeras víctimas fueron los parientes y amigos de Seyano; su casa fué destruida, y hasta sus hijos



CALÍGULA RECIBE Á LOS EMBAJADORES HEBREOS.

menores, al principio respetados, fueron presos después y condenados al suplicio. Eran dos, un niño y una niña; esta última preguntaba en su infantil inocencia á sus carceleros adónde la llevaban, y protestaba *que no lo haría más*; uno de sus verdugos, antes de matarla, la violó; y este fué el primer ejemplo de que una virgen sufriese la pena capital. Su madre, Apicata, á quien Seyano había repudiado para

poder casarse con Livila, vengó á sus hijos revelando á Tiberio que Druso había muerto envenenado; y luego se mató. Después de esta revelación, la crueldad de Tiberio, escribe Suetonio, no tuvo freno alguno; multiplicó horriblemente torturas y suplicios, y aun se enseña en Capri el lugar de las ejecuciones, en una roca desde la cual los condenados, á una señal suya, eran arrojados al mar, donde los remataban á golpes de remo los marineros apostados para recibirlos ¹. Pero las mayores venganzas cumpliéronse en Roma; en un solo día fueron llevadas á las gemonias más de 20 personas, entre las cuales algunos niños y mujeres (33). Una sola víctima deja entre ellas de inspirar compasión, es Livila, á quien se hizo morir de hambre. Después siguieron los sacrificios fundados en las viles delaciones convertidas en sistema. Renunciamos á dar sobre ellas más horribles detalles, y remitimos al lector á las tristes páginas de Tácito y de Suetonio.

Lo que más contrista el ánimo al considerar aquel inicuo régimen, es la pasividad de los pueblos que lo toleraban, pasando siempre indiferente de lo malo á lo peor; prueba suprema, á nuestro juicio, de la decadencia de la civilización antigua, que siguió á su difusión por el mundo. Pero la decadencia es sólo un período transitorio en la vida de la humanidad, seguido siempre por el renacimiento que la conduce á un más allá en el camino del progreso; y ya en este momento que historiamos, el alba de ese renacimiento despuntaba; el Nazareno cumplía en aquel tiempo su misión sobre la tierra, predicándola amor y fe. La venganza de la historia asoció el nombre de Tiberio al mayor delito cometido por los hombres.

La única esperanza de los atribulados súbditos, era la del fin cercano del déspota. No sólo su avanzada edad, sino

¹ Suetonio, *Tib.*, 61.

los síntomas deletéreos producidos en su persona por su vivir disoluto, sostenían esta esperanza, que tardó, sin embargo, algunos años en cumplirse. Y cuando al fin el monstruo libró al mundo de sí mismo, otra desilusión todavía más amarga se preparaba con su sucesor á los que se felicitaban por su muerte ¹.

De la hecatombe de la familia Julia-Claudia, sólo se salvaron dos individuos, únicos que podían señalarse como herederos del Imperio; Tiberio Gemelo, hijo del infeliz Druso, y Cayo, á quien se daba el sobrenombre de Calígula ², hijo de Germánico. Siendo el primero niño, Tiberio le antepuso en la sucesión á Cayo. Esta disposición no era, sin embargo, definitiva, y Cayo no se creía seguro de la herencia mientras el viejo viviera. Esta fundada inseguridad hizo al astuto joven unirse estrechamente con el jefe de los prætorianos, Macrón, para poder enmendar los sucesos cuando no fuesen á su gusto. Y Macrón, á quien urgía asegurarse el porvenir, aceptó la alianza. Hasta aquí el relato de los historiadores está claro y concorde; pero al llegar á los últimos hechos de Tiberio, se hace densamente oscuro. Nosotros adoptamos la versión de Suetonio, que es por lo menos la más verosímil: en una excursión hecha por Tiberio desde Capri al continente, en la cual llegó muy cerca de Roma sin atreverse á entrar, supo que el Senado había absuelto á varios ciudadanos acusados por él; y cuando se disponía á volver á su isla para castigar desde allí más seguramente á los rebeldes, enfermó en el cabo Miseno, y murió en la villa de Lúculo en 16 de Marzo del año 37.

La rehabilitación de la memoria de Tiberio, intentada en nuestros días por escritores que oponen al severo juicio

¹ Á la muerte de Augusto, Tiberio tenía 56 años.

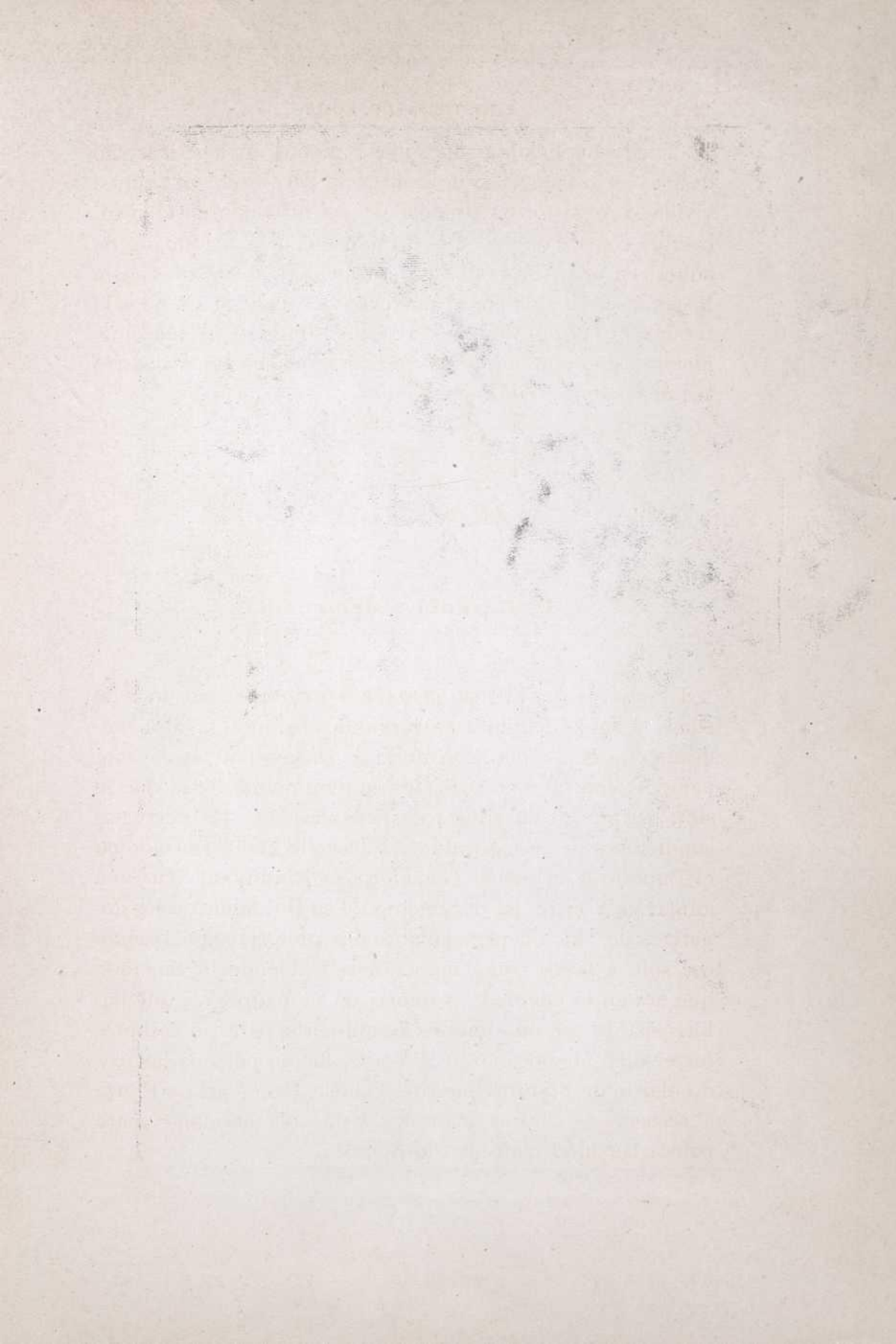
² Este nombre se lo pusieron las legiones porque su madre le hizo calzar desde niño los brodequines militares llamados *caligae*.

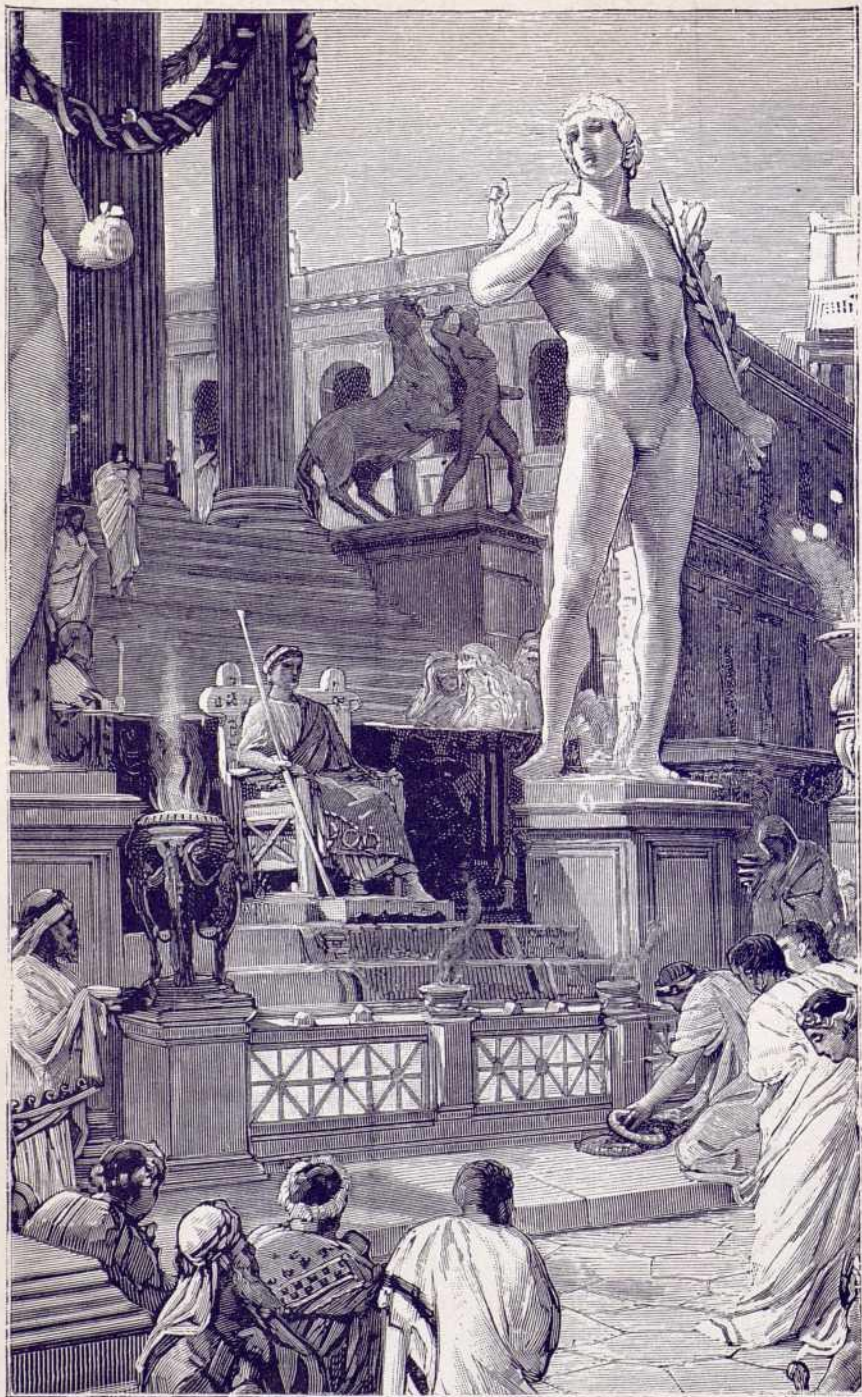
de Tácito sus lucubraciones más ó menos apologéticas, no destruyen lo inconcuso de la historia del tirano; el cual, si viviendo Augusto dió pruebas de ser un capitán valeroso, cambió como emperador el principado suave y humano de aquél, en una tiranía que fué creciendo con sus años hasta llegar á ser en su vejez la más feroz y espantosa. Y no sólo recae sobre él en absoluto la responsabilidad del mal que hiciera, sino también la del que hicieron sus tres sucesores á quienes dió el fatal ejemplo.

CAYO CALÍGULA (37-41)

I.—Tiranía y demencia.

El sucesor de Tiberio contaba á su muerte 25 años de edad, y había debido á su profundo disimulo y falsa modestia el salvarse del exterminio de su familia. Hecho emperador, continuó en sus artes de fingimiento hasta que se sintió firme en su trono; después desplegó las perversas condiciones de su naturaleza. Tiberio le había asociado en el Imperio á su primo Gemelo; Cayo indujo al Senado á anular esta parte del testamento de su tío, mientras los donativos de Macrón persuadían á los pretorianos á reconocer sólo á Cayo como emperador. Sabiendo lo venerada que era en el pueblo la memoria de su madre, él, que había asistido con ojos enjutos á su muerte para no comprometerse en el concepto de Tiberio, fué en persona haciendo alarde de póstuma piedad, á la isla Pandataria y Ponza á recoger las cenizas maternas y las del hermano, para colocarlas en el mausoleo de Augusto.





CALÍGULA ADORADO EN EL FORO, ENTRE LAS ESTATUAS DE CÁSTOR Y POLUX.

El pueblo conmovido por aquel acto piadoso, saludó al joven príncipe llamándole: *Sidus et pullum et pupum et alumnus*¹; y Cayo cultivó aquella popularidad aboliendo la ley de majestad de Tiberio y quemando las listas de sospechosos de éste y de Livia.

Así llegó al octavo mes de su reinado; entonces le acometió una enfermedad gravísima, que se creyó mortal. Cuando curó de ella, apareció completamente distinto de lo que había sido; el príncipe amable y prudente se convirtió en tirano insensato. Atribuyóse el cambio á la enfermedad, y no sin razón; porque habiendo Cayo padecido, siendo niño, de epilepsia, debió su cerebro resentirse con la última grave crisis; y así lo demostró desde luego el concepto vertiginoso que tuvo desde aquel tiempo de su poder imperial. Las fanáticas demostraciones del dolor público cuando peligró su vida, y las no menos exageradas de la alegría que produjo su curación, trastornaron por completo su cabeza; desde aquel momento se creyó, no ya un hombre, sino un dios, y su gran pretensión fué la de que el mundo entero lo reconociese como tal; esta fué su idea suprema y constante, de la cual provinieron así sus extravagancias como sus crueldades. Sin embargo, no en todas sus perfidias se ve por impulso á la locura; en algunas se ve al cálculo; señal de que, si la inteligencia está enferma, el ánimo está pervertido. El sacrificio de Tiberio Gemelo y de Macrón no fué obra de un demente; inmoló á su primo, porque era un rival peligroso; y á Macrón, autor de su fortuna, porque era un consejero molesto.

En cambio, cuando Cayo se sienta entre las estatuas de Cástor y Polux, para hacerse adorar públicamente sobre la gran plaza de Roma; cuando se viste los trajes de todos los dioses, y toma todos sus nombres, y va al templo Capi-

1 Suetonio, *Cal.*, 13.

tolino para conversar con su hermano Júpiter, y le habla en tono amenazador; entonces es el perfecto demente; así como es la verdadera embriaguez del poder la que inspira su insensatez cuando él exclama: «Todo y contra todos me es lícito ¹.»

Á este loco deseo suyo de ser adorado como un dios, debemos (aunque sea extraño el buen efecto de causa semejante) un documento histórico de bastante importancia, con el relato de Filón, filósofo hebreo, sobre la embajada que desempeñó en Roma. En él está el vivo retrato de Calígula y de sus costumbres, y la confirmación de lo que acerca del loco tirano escribieron Suetonio y Dión Casio.

Filón era un alejandrino: sus correligionarios de Alejandría, que rehusaron reconocer como dios á Calígula, le enviaron con los cinco legados que fueron á explicar al emperador su resistencia. Y he aquí cómo describe la escena de su encuentro con Calígula en la antigua casa de Mecenas. Al verlos llegar, el príncipe los apostrofó diciendo: «¿no sois vosotros los enemigos de los dioses que rehusáis reconocer mi divinidad, y preferís á mi culto el de vuestro dios sin nombre?» Filón trató de defender á sus correligionarios recordando los sacrificios celebrados en Judea en honor de César. «Sí, replicó Calígula, habéis sacrificado por mí, pero no á mí.» Luego, al recorrer las salas del palacio, dando órdenes al intendente para la colocación de las estatuas, se volvió de pronto á los legados que le seguían, y les dijo con aire grave: «¿y por qué no coméis vosotros carne de puerco?» «Señor, respondió Filón, cada pueblo tiene sus usos; hay gentes que no comen el cordero.» «Pues esas gentes tienen razón, dijo Calígula, porque la carne de cordero es una vianda desagradable.» Y después de llevarlos nuevamente por los salones, sin dig-

¹ *Omnia mihi et in omnes licere.* Suet., *Cal.*, 29.

narse oír sus lamentaciones y súplicas, los despidió bruscamente diciendo que los que no creían en él como dios eran más locos que culpables ¹. De allí á pocos días envió á Petronio, gobernador de Siria, órdenes para que se colocase su estatua en el gran templo de los judíos, jurando que iría él mismo á Jerusalén y á Alejandría para hacer reconocer á estas ciudades el dios verdadero. Por fortuna, no tuvo tiempo de cumplir el loco juramento.

El hombre que se apropiaba los atributos de la divinidad, debía tener la absurda pretensión de probar al mundo que ningún poder, el de la naturaleza inclusive, podía resistir al suyo. Sus vanas expediciones al Rhin y á la Manica, de donde volvió sin haber visto al enemigo y mostrando á Roma como trofeos de guerra las conchas que recogió en la playa, y algunas bandas de galos disfrazados de germanos; el puente de naves echado sobre el mar desde Baya á Pozzuoli, y la farsa que sobre él representó pasándolo en traje de Alejandro el Macedonio á la cabeza de su ejército; todas estas son extrañas demencias inspiradas por el orgullo ilusorio de la omnipotencia imperial. Otra de ellas fué su empeño en suprimir á Homero, Livio y Virgilio, por temor de ser por ellos eclipsado. Alguna vez sin embargo, este loco habla como cuerdo: habiendo sabido que varios senadores se habían permitido hablar mal de Tiberio, tomó en el Senado la palabra para defender á su tío; y después de haber demostrado, con documentos, que los verdaderos autores de los suplicios del último reinado fueron los senadores mismos acusadores unos, falsos testigos otros, todos aprobadores de las sentencias de muerte, terminó su discurso con estas palabras, que verdaderamente causan asombro en sus labios: «si Tiberio cometió injusticias, vosotros no debisteis colmarle de honores

¹ Filón, *legat.*



cuando era vivo, ni debíais ahora, ¡por Júpiter!, censurar después de su muerte lo que sancionasteis con vuestros decretos. Vosotros sois los que os condujisteis con él de una manera insensata y culpable; vosotros sois los que causasteis la perdición de Seyano, corrompiéndole con el orgullo fomentado por vuestro servilismo. Pues bien: todo esto me hace pensar y creer que nada bueno puedo esperar de vosotros.» ¿Quién diría, oyendo razonar así á este hombre, que fué el autor de las más inauditas locuras? La vida de Calígula es un problema psicológico cuya solución pertenece más bien á la ciencia que al crítico.

Uno de los más notables aspectos del reinado de Calígula fué el de la prodigalidad. Séneca cuenta que en una sola cena gastó 10.000.000 de sestercios. Para reponerse de sus derroches acudió á las proscripciones. Bajo Tiberio eran condenados á muerte todos los reos de lesa majestad: Calígula se ensañó principalmente con los ricos, entre cuyas víctimas hubo hasta un rey. Tolomeo, monarca de Mauritania, hijo de Yuba y sobrino del triunviro M. Antonio por parte de madre, fué llamado por Calígula á Roma, y ejecutado para despojarle de sus riquezas, el año 40.

Desde entonces comenzaron las conspiraciones para derribarle: si las locuras del tirano eran recibidas con desprecio ó con lástima, su rapacidad despertó un vivo temor en todos los que poseían algo. Las dos primeras tramas fueron descubiertas, y costaron la vida á sus autores: la tercera triunfó. Un tribuno de los pretorianos, Casio Cherea, ridiculizado por Calígula á causa de su voz femenina, se comprometió con algunos senadores y caballeros para quitar de en medio al demente, señalándose como ocasión los juegos *Augustales* que se celebraban el 24 de Enero. En este día, cuando Calígula se disponía á asistir á la recitación de un ditirambo que debían dirigirle algunos griegos

venidos de Asia, Cherea se le aproximó en una galería del palacio, con pretexto de pedirle la consigna, y le hirió con su espada. Calígula intentó huir, pero los otros conjurados cayeron sobre él, y lo derribaron con más de veinte estocadas (41). Al grito de éstos «¡Roma es libre!», la cohorte germánica acudió atropellando é hiriendo á cuantos hallaba en su camino; después, y con las cabezas de las víctimas en sus manos, entró en el teatro amenazando furiosamente á la muchedumbre. La pronta aparición de un heraldo, que anunció á los soldados la muerte del emperador, á quien ellos creían solamente herido, conjuró aquella terrible escena de sangre. Los oficiales sacaron del teatro á la soldadesca, diciendo que en vez de pensar en vengar al emperador, lo que urgía era pensar en salvar el Imperio; y verdaderamente, ellos lo salvaron.

CLAUDIO (41-54 de J. C.)¹

I.—Su carácter y sus obras.

Mientras el Senado declaraba en el Campidoglio abolido el imperio, y los cónsules daban á Cherea la *libertad* por orden del día, los pretorianos, al recorrer el palacio imperial, encontraron á un viejo que, lleno de miedo, se

1 Del emperador Claudio, autor de varios escritos, entre ellos el principio de una historia romana emprendida por consejo de T. Livio, ha llegado hasta nosotros su famosa oración pronunciada en el Senado el año 48 d. J. C., pidiendo la admisión de los nobles galos en las magistraturas (Tácito, *Ann.* IX, 24). En 1524 se descubrieron en Lyon dos tablas de bronce con una parte del texto de aquel discurso. En Abril de 1869, se halló en el Tirol un edicto de Claudio del 15 de Marzo de 803-46, relativo al derecho de ciudadanía concedido á los anaunios,

había escondido detrás de una cortina; y habiendo reconocido en él á Claudio, hermano de Germánico y tío de Calígula, lo aclamaron emperador y lo llevaron á su campamento ¹. El Senado, confiando en el apoyo del pueblo, mandó una diputación á los soldados para intimarles á obedecer la autoridad de los padres, á quienes pertenecía decidir sobre la suerte de la república. Claudio respondió á los mensajeros que nada podía hacer, porque no era dueño de sí mismo; y aconsejado por el rey de Judea, Herodes Agripa, que se hallaba entonces en Roma hospedado en el palacio real, para que aceptase el trono que los pretorianos le ofrecían, acabó por condescender ²; y mostrando un valor superior á su reputación, arengó á las tropas y se hizo prestar por ellas el juramento; en premio de lo cual, cada pretoriano recibió un donativo de 15.000 sesteracios (cerca de 4.000 libras), prometiéndose recompensa igual á los soldados de las legiones. Así se inauguraba el pernicioso sistema de comprar la fidelidad del ejército ³.

Al día siguiente entró Claudio en Roma como un vencedor, al frente de los pretorianos, y fué á tomar posesión del palacio imperial. Los guardias nocturnos, que hasta allí no habían tomado partido alguno, hicieron causa común con los soldados, y el Senado, sin defensa ya y sin apoyo por parte del pueblo, se sometió á Claudio.

El primer acto del nuevo emperador fué ordenar la muerte de Cherea. El matador de Calígula demostró que no era un asesino vulgar: dió su espada al soldado encargado de su ejecución, diciendo que quería ser muerto con aquel hierro que había abatido al tirano. Esta condena, impuesta á Claudio por la razón política, no fué, sin em-

¹ Tiberio Claudio César nació en León el 1.º de Agosto del año 10 ant. d. J. C.

² José, *Ant. Jud.*, XIX.

³ Suetonio, *Claud.*, 10,

bargo, señal de las venganzas á que el momento parecía prestarse. El pasado de Claudio no hacía esperar de él un reinado cruel, porque la crueldad reclama una fuerza de ánimo que á él le faltaba en absoluto.

Raquítico de cuerpo y balbuciente, había expiado las faltas que debió á la naturaleza, con el desprecio y el olvido que mereció siempre á sus parientes. Á los 46 años no era aún senador. De esta injuriosa postergación buscó desquite en el estudio, y escribió obras de historia y de gramática, que merecieron los elogios de Tito Livio y Quintiliano. Sus historias de los etruscos y de Cartago se perdieron, desgraciadamente; el trozo de su oración sobre los etruscos manifiesta su erudición rica, y es para nosotros más instructivo que las historias etruscas del mismo Livio y de Dionisio.

Pero si el estudio pudo enriquecer la inteligencia de Claudio, no pudo fortificar su carácter débil y pusilánime. Agravóse éste bajo el peso del desprecio ajeno, que lo echó, por decirlo así, de la sociedad, y le hizo vivir apartado del mundo, entre sus mujeres y libertos, como en un serrallo. Esta compañía fué la que llevó al trono; había contraído el hábito de dejarse dominar por ella cuando era un pobre despreciado, y se mantuvo bajo su dominio cuando llegó á ser omnipotente. Así se explica la predominante influencia que en su reinado tuvieron sus mujeres Valeria Mesalina y Julia Agripina, y sus libertos cesáreos. En breve conoceremos las impurezas de la primera, que hicieron de ella el prototipo de la iniquidad femenina, manchando ignominiosamente las páginas de un reinado que, sin ella, hubiera pasado de bien distinto modo á la posteridad. Roma vió, en efecto, durante el imperio de Claudio, surgir en su seno grandiosos monumentos, que asombraron al mundo y trajeron á su memoria la época gloriosa de los Tarquinos; y vió, además, aumentarse los laureles de las armas roma-

nas, y ensancharse los confines del Imperio con la conquista del país británico, que dió á Claudio el derecho de vanagloriarse por haber extendido del lado allá del Océano el romano poderío; y vió, en fin, honrada su legislación civil con sabias y liberales reformas. ¡Qué fortuna para Claudio y para la civilización romana, si la historia no pudiera decir más que esto de su reinado!

La primera de sus construcciones fué el *puerto romano* en la embocadura del Tiber. Después que la Italia, en otro tiempo exportadora de trigo, necesitó más del que producía, la vida del pueblo quedó á merced de los vientos y de los riesgos navales, teniendo, por tanto, precisión de buscar á sus buques un puerto más seguro que el de la antigua rada de Ostia, casi cegada por los aluviones del río. Julio César comprendió esta necesidad, pero no tuvo tiempo de satisfacerla; sus sucesores retrocedieron ante la dificultad de la empresa; Claudio la intentó y la realizó, y Roma tuvo por él un gran puerto, provisto de su correspondiente faro, que la ponía á seguro contra la carestía ¹.

Otro monumento insigne de Claudio fueron los dos acueductos, que aumentaron en un tercio la masa de agua potable de Roma. Elevado el Anio á un nivel más alto que las siete colinas ², fueron recogidos dos caudales, uno á la distancia de 40 millas de Roma, que tuvo el nombre de *Aqua Claudia*; el otro, á la distancia de cerca de 50 millas, que fué llamado *Anio Novus*. Esta obra, que Plinio contó entre las maravillas del mundo ³, costó 55 millones y medio de sestercios.

¹ El puerto, comenzado el año 42, fué concluido á fines del 46. Costó 30 millones de sestercios.

² Bajo Augusto poseía Roma 3.720.750 metros cúbicos de agua; los acueductos de Claudio la aumentaron con 1.401.451 metros cúbicos. Véase Frontino, *De aquis urbis Romae*, XIII.

³ Plinio, *Hist. Nat.*, XXXVI, 24.

Una tercera obra, bastante mas colosal que la del puerto y los acueductos de Roma, fué la prolongación del lago Fucino (Celano). También pensó Julio César acometerla, sin poder verificarlo. Claudio hizo trabajar durante once años á 30.000 hombres en la excavación de un canal á través del Apenino, en una longitud de 50.600 metros, para descargar las aguas del lago en el Liri. Concluído el canal, lo inauguró solemnemente dando sobre el lago el espectáculo de una batalla naval (*naumachia*). Tomaron parte en ella 50 barcos, donde iban 1.900 penados provistos de todas armas. Para impedir su fuga, se circundaron las orillas del lago con parapetos y catapultas. Una multitud inmensa acudió de todas partes de Italia, y se agolpó en anfiteatro sobre la orilla. El mismo emperador, vestido con el uniforme de los arqueros, asistió á la fiesta, teniendo á su lado, con clámide de oro, á su nueva esposa Agripina. Los combatientes, desfilando sobre sus naves ante el soberano, lanzaban el grito fúnebre de los gladiadores en la arena: *Ave Cæsar imperator, morituri te salutant*. Claudio, viéndolos tan bien dispuestos á cumplir con su deber, los animó devolviéndoles el saludo: *Avete et vos*, les gritó; y á estas palabras se siguió en las naves una inesperada escena: aquellos desgraciados, creyendo que las palabras del emperador significaban la concesión de su gracia, arrojaron las armas y se negaron á combatir; pero ante la amenaza del César, de que haría quemarlos vivos á todos, volviéron á tomar sus espadas y comenzaron el juego mortífero. Cuando el lago se tiñó con su sangre, mandó el emperador cesar la lucha, y perdonó á los que sobrevivían. El canal, sin embargo, no dió salida más que á una pequeña parte del agua; y visto que esto era efecto de la mala nivelación, se volvieron á emprender los trabajos. Cuando terminaron, se dió un nuevo espectáculo, que consistió esta vez en una lucha de gladiadores en los puentes echados sobre el lago;

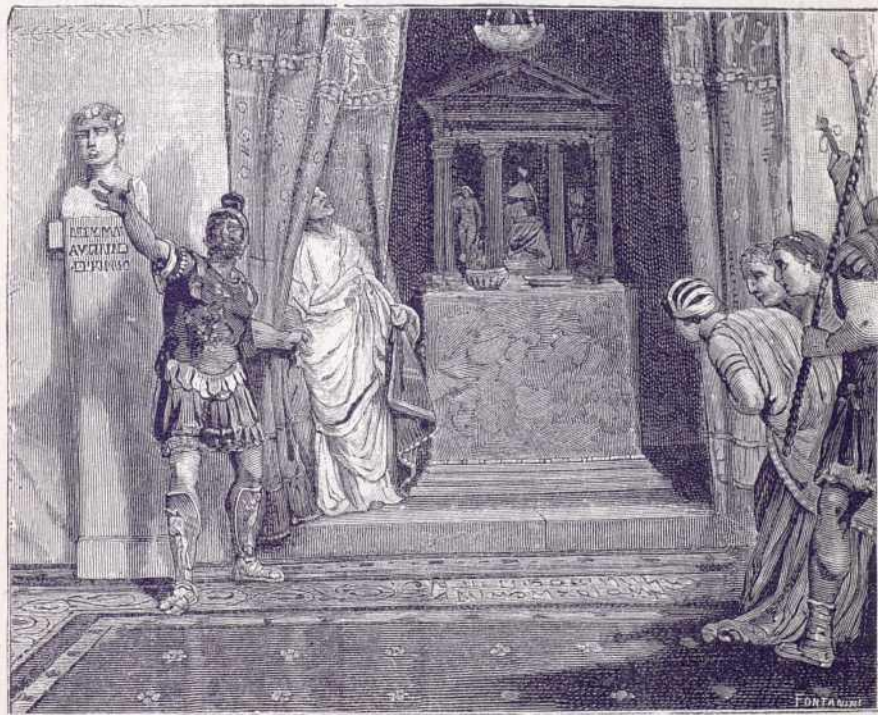
pero la escena fué interrumpida por la violenta inundación de las aguas, cuya impetuosa corriente rompió los débiles diques y las echó fuera del nuevo lecho hasta las inmediatas campiñas. Faltó á Claudio el tiempo para corregir el nuevo error, y la grande obra, abandonada por sus sucesores, quedó por hacer hasta nuestra época, en que ha sido definitivamente emprendida y terminada¹. Si Claudio tuvo la desgracia de llevar á su tálamo una esposa indigna, tuvo en cambio la fortuna de asociar á sus armas capitanes insignes, que hicieron revivir los laureles de las antiguas legiones: Suetonio Paulino y Osirio Geta en la Mauritania, Aulo Plaucio en la Bretaña y Domicio Corbulón en Germania, pelearon con honor y con fortuna.

Los mauritanos, después de la traidora muerte dada á su rey Tolomeo por Calígula, habían proclamado al liberto Edemón. Claudio declaró la guerra á este usurpador, y la Mauritania fué sometida en dos campañas (41 y 42): Paulino la conquistó hasta el Atlante; Geta llevó sus armas victoriosas hasta el Sahara. El país fué dividido en dos provincias, la Tingitana (su capital Tánger) y la *Cæsariensis* (su capital Cesárea).

La conquista de la Bretaña era un legado transmitido por César á sus sucesores. Las guerras germánicas impidieron á Augusto cumplirlo: Tiberio tuvo que mirar también al Rhin y al Danubio, sin perder de vista el Oriente; y cuando pudo moverse, la política interior absorbió su actividad. Claudio, el más despreciado de los emperadores, pensó en la Bretaña y unió su nombre á la conquista de aquella importante región. Un imprevisto accidente le dió ocasión de volver á empezar la empresa de César con esperanza de buen éxito: cierto jefe bretón, llamado Berico, arrojado de su país, vino á Roma á pedir venganza contra sus perseguidores.

¹ Sabido es que su realización se debe á la casa Torlonia.

Envió Claudio á Bretaña un ejército de 70.000 hombres al mando de Aulo Plaucio, el cual, favorecido también por otro jefe británico, Claudio Cagiruno, pudo acampar en el país de los regnios (hoy Chichester) y desde allí conquistó la región hasta el Támesis; y á la vez que vencía luego en



PROCLAMACIÓN DE CLAUDIO.

batalla decisiva á Catarato y Togoduno, hijos del rey Cunobellino, su legado Vespasiano conquistaba en el Sur la importante plaza marítima de Clausento (Southampton) y la isla de Vetti (Wight).

Llamado por tan espléndido éxito, Claudio acudió al teatro de la guerra, y permaneció en Bretaña 17 días, asistiendo á la brillante conquista de Camuloduno (Colches-

ter) (44). Á su vuelta á Roma celebró su triunfo y levantó en el campo Marcio un arco triunfal en memoria de la expedición ¹. El Senado le confirió el título de *Británico*; pero él lo rehusó para sí, cediéndolo á su hijo Germánico. Plaucio estuvo tres años en la isla asegurando la conquista. Una línea trazada desde *Aquæ Sulis* (Bath) á Londinio (Londres) y Camuloduno, señaló el primer límite de la provincia británica (47).

Antes de que Plaucio emprendiese la conquista de la Bretaña, ya había ganado fama de capitán animoso en las guerras contra las tribus germánicas de los catios y caucios, vecinos de los cheruscios y sus sucesores en el primado militar del Rhin. El alejamiento de su terrible enemigo animó á estas tribus á intentar la revancha. Claudio mandó contra ellas al valeroso general Domicio Corbulón (47). Éste continuó la obra de Plaucio, pasó el Rhin y venció en más de una jornada á los caucios y frisios; pero allí le detuvo una orden del emperador, que le ordenaba volver á sus cuarteles de la ribera, tuvo que obedecer á pesar suyo, envidiando la fortuna de los antiguos capitanes de Roma. Su disgusto era fundado; pero el emperador veía las cosas desde más alto: si al tratarse de Bretaña había podido olvidar el consejo de Augusto, este consejo se le imponía respecto á los germanos. Los confines de la Bretaña eran conocidos; pero de la Germania sólo se sabía que era una región vastísima, y que la sumisión de una ó de varias de sus tribus, más que un principio de conquista, era el peligro de una guerra terrible. Claudio temió á esta guerra, y no se puede censurar su temor, que era una sabia prudencia.

¹ Todavía se conservan restos de este arco: uno de ellos adorna el pórtico de entrada de la villa Borghese; su bajo relieve representa á Claudio pasando revista al ejército de Plaucio.

El tiempo que Corbulón no pudo emplear en combatir, lo empleó en obras útiles: hizo excavar á sus soldados un gran canal entre el Mossa y el Rhin. Su sucesor Curcio Rufo siguió su ejemplo, haciendo trabajar á las legiones en una mina de plata cerca de *Mattium* (Maden). Claudio honró á los dos generales concediéndoles las insignias de los triunfadores. Cuentan los historiadores que los romanos, enemigos desdeñosos de todo trabajo material, se burlaron de aquel honorífico triunfo: ellos no comprendían que la causa de su desdén era la misma que la de su ignominiosa decadencia. Un oficial romano, Columela, ante la torpe relajación de las costumbres en su patria, alzó valerosamente su voz contra ella, y excitó al orgulloso pueblo á volver á fomentar la abandonada agricultura; pero sonó su voz en el desierto, y el autor del tratado *de re rustica* debió convencerse de que los tiempos de Curio y de Cincinato habían pasado para siempre.

Mientras sus generales del Rhin ocupaban á sus tropas en aquellas provechosas obras, dedicábase Claudio á reforzar la frontera estableciendo algunas colonias militares en la línea del río. La primera fué enviada á la capital de los ubios, y se llamó *Colonia Agripina* (hoy Colonia) por el nombre de la última mujer del emperador, que había nacido en aquel país (51). La segunda colonia fué *Augusta Treverorum* (Treveri). En la Panonia fundó á *Claudia Savaria* (Stein) y á *Scarbantia* (Odemburgo); y tanto en aquella región como en los países alpinos, activó con grande energía la construcción de caminos que debían poner á la metrópoli en comunicación directa con sus nuevos dominios.

No menos notable que aquellas obras de Claudio, fué su legislación civil. Las antiguas leyes ponían la vida del esclavo en manos de su dueño; si caía enfermo, se le mataba ó se le exponía en la isla Tiberina á la puerta del templo de Esculapio. Claudio mejoró su suerte disponiendo

que su abandono equivaliese á la libertad, y declarando homicida al matador de cualquiera de aquellos desgraciados. Esta ley, observa Duruy, prueba el movimiento que se venía operando en las ideas, cuyo representante fué entonces en la sociedad pagana el insigne Séneca. Los esclavos no son todavía hombres, pero han dejado ya de ser cosa abandonada al uso y al abuso del propietario.

Protegió Claudio asimismo á los miembros de la familia romana contra su propio jefe. Una constitución imperial regulaba las sucesiones, llamando á la madre que hubiese perdido sus hijos á sucederle con los demás agnados. Otra constitución de Claudio prohibía el prestar dinero con interés á los hijos que tuviesen padre. Esta ley, dice Tácito, acabó con el vandalismo de los usureros.

Al asumir la Censura, que Tiberio había dejado caer en desuso diciendo que su tiempo era pasado ¹, Claudio se había proclamado restaurador de la antigua Roma. Pero las condiciones sociales estaban demasiado profundamente alteradas, para que fuese posible restaurar el pasado. Ya en las últimas crisis de la república, las barreras que por un lado separaban al ciudadano romano del extranjero, y por otro las clases y las condiciones en la gran metrópoli, habían recibido violentas sacudidas. Á medida que la dominación romana se hacía universal, la afluencia de los elementos extranjeros en la capital tomó proporciones siempre crecientes, y preparó en el seno de la república una confusión que no dejó de influir en el decaimiento moral del pueblo. Á esto se añadió la acción niveladora de la monarquía absoluta, que absorbía en la condición del súbdito toda distinción y todo privilegio; de manera que aunque hubiera sido materialmente posible el restablecer las antiguas diferencias, los intereses fundados en el nuevo

¹ Tácito, *Ann.*, II, 33.

orden de cosas le hubieran opuesto un obstáculo invencible. Prueba del rápido progreso de la mezcla de stirpes y clases fué el grande aumento que, en el espacio de pocos decenios, adquirió el número de los ciudadanos romanos. El censo del año 48 dió 5.984.072 ciudadanos, es decir, más de 1.000.000 de aumento respecto al año 14 ¹. Este extraordinario aumento se debió en gran parte á la liberación de los esclavos. Muchos provinciales que no podían conseguir directamente la ciudadanía, la obtuvieron por la emancipación, ó sea haciéndose esclavos de un romano, el cual, emancipándolos, hacía de ellos ciudadanos. Así llegó á pasar que el *ingenue*, como se llamaba al ciudadano nacido libre, se encontró en Roma perdido y confundido entre la muchedumbre de los libertos ². Considerado el hecho abstractamente, no se puede menos que aplaudir aquellas liberaciones, que disminuían la esclavitud; pero considerado en su naturaleza intrínseca, fuerza es reconocerlo como síntoma gravísimo de la decadencia moral de aquella sociedad. Con efecto: estas emancipaciones son rara vez debidas á motivos honrados y generosos; por lo general son el fruto de complacencias culpables; y el significado que en las lenguas modernas ha adquirido el nombre de *libertino*, demuestra cuán generales y escandalosas llegaron á ser. La delación era también un medio para emanciparse, que Calígula, como hemos visto, fomentó: Claudio trató de remediar esta ignominia abandonando á merced de sus dueños, ó mandando al circo á los esclavos delatores. Mas poco podía aprovechar este rigor, cuando del mismo palacio partían los ejemplos de las más torpes infamias cometidas por libertos, y toleradas, y aun premiadas, por el emperador.

¹ El censo del año 14 había dado 4.937.000 ciudadanos.

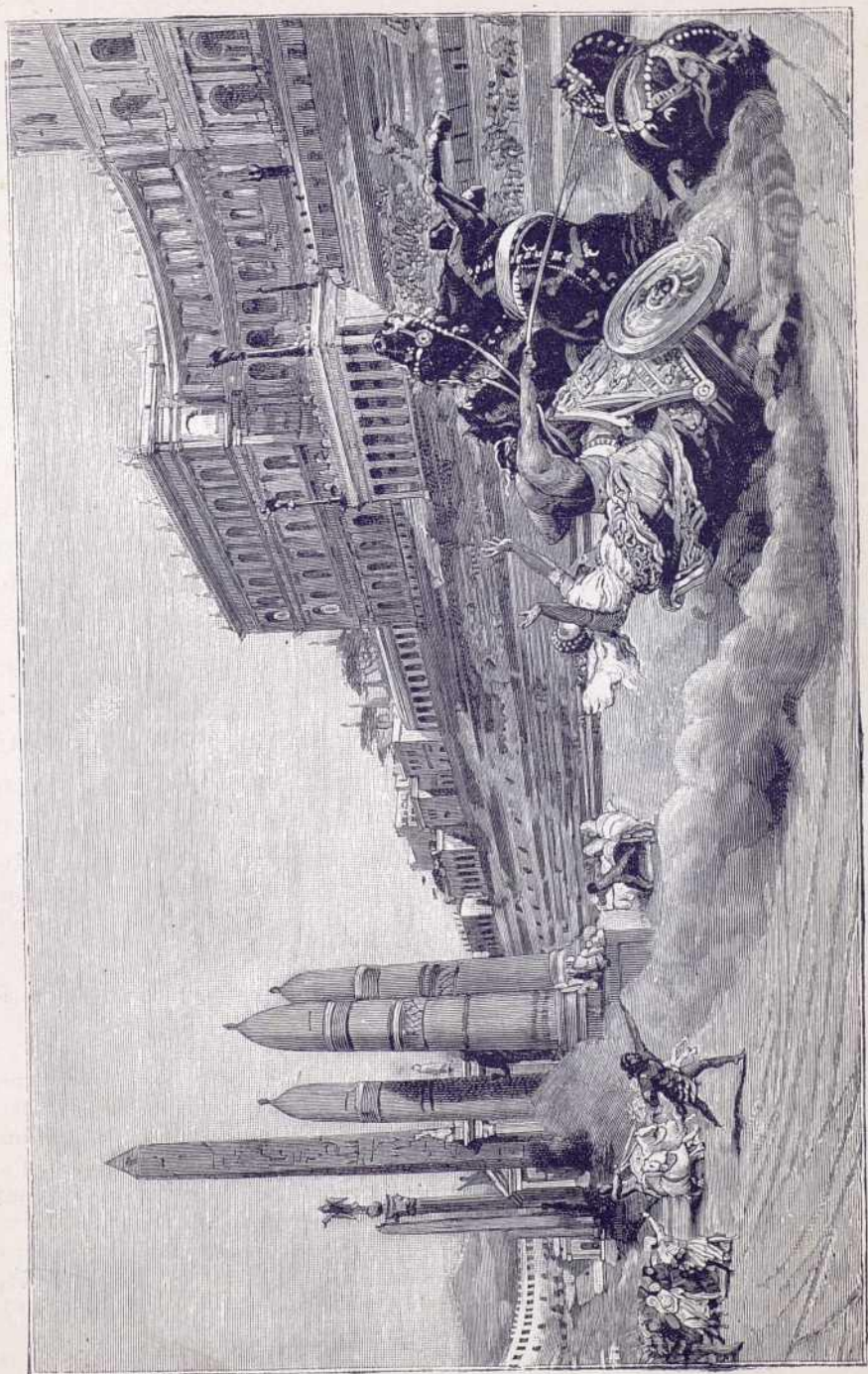
² Tácito, *Ann.*, XIII.

Debióse también á la censura de Claudio la reforma de la composición del Senado, cuya antigua constitución modificó admitiendo en su seno á los ciudadanos de la provincia gálica en que había nacido, y á los que, como á todos los ciudadanos provinciales, excluía la ley de la curia. El Senado servil, se atrevió, sin embargo, á oponerse á esta medida; pero el emperador impuso silencio á los opositores con un elocuente discurso, que los agradecidos lioneses hicieron grabar en tablas de bronce, y del que todavía se conserva un notable fragmento ¹. Hasta la religión fué objeto de las reformas de Claudio. Ganoso de resucitar la Roma de los antiguos en todo lo que no fuese la distribución del poder, abolió el culto de Calígula y puso en vigor los antiguos ritos. Respecto á los otros cultos, dió pruebas de una tolerancia sorprendente en aquel tiempo: no persiguió más que á una sola religión provincial, la de los druidas. Con los judíos fué generosísimo, y les concedió facultad de adorar á su dios no solamente en Jerusalén y Alejandría, sino en el Imperio todo. Este permiso concedido á los judíos dió ocasión á Suetonio para hablar de cierta secta judaica, poco antes nacida, que llevaba en su seno el sol de una nueva civilización. «Claudio, dice este escritor ², expulsó de Roma á varios judíos que promovían turbulencias por instigación de un cierto *Cristo*» ³.

¹ El fragmento fué descubierto en Lyon el año 1528, y se conserva en su palacio municipal.

² Suetonio, Claud., 25.

³ Es ya indudable que la introducción de la nueva fe provocó en el barrio judaico de Roma contiendas y escenas tumultuosas, que explican el rigor de Claudio. La mayor parte de la colonia judía habitaba en el Transtevere cerca de la puerta Portesa, que era el sitio donde desembarcaban las mercancías procedentes de Ostia. Un romano que se respetase, no podía pisar aquel cuartel infecto, que era como una especie de presidio de gente vil. Y así el desprecio mismo que los hebreos inspiraban, les daba plena libertad religiosa y civil, á cuyo amparo pudo allí ejercitarse fácilmente el apostolado cristiano. Los fundadores de la primera iglesia de Roma, destruida por edicto de Claudio, son, según Renán (*Saint Paul*, pág. 111), descono-



CAIDA DE MESALINA EN EL CIRCO MÁXIMO.



Era la vez primera que sonaba en Roma el nombre de Aquel que luego debía reinar en ella como Señor. Hasta aquí Claudio aparece como príncipe suavísimo, digno de figurar al lado de Augusto, cuyas inspiraciones emularon sus obras de paz y de guerra: desde ahora se nos presenta bajo aspecto bien distinto, que nos explicará el fundamento del ningún caso que en su propia morada se hacía de su persona antes de su elevación.

II. — Sus inspiradores.

En la parte sombría del reinado de Claudio figuran dos clases de inspiradores, los libertos y las mujeres. Ya desde el tiempo de Tiberio existía en la corte imperial la costumbre de emplear á los libertos, no sólo en los servicios domésticos, sino en la administración de los bienes de la casa regia, y hasta en la gobernación pública. De este modo, mientras que por un lado la corte imperial mantenía ante el pueblo la apariencia de una casa particular, por el otro se ponía al seguro contra todo peligro, confiando á tal gente la dirección de los asuntos. Por lo demás, ob-

cidos. Sabemos, sin embargo, los nombres de dos hebreos que fueron desterrados por aquellos tumultos: Aquila, natural del Ponto y tapicero como San Pablo, y su mujer Piscila. Ambos se refugiaron en Corinto, donde fueron amigos íntimos de San Pablo y sus secuaces. La leyenda, siempre injusta porque siempre está dominada por motivos políticos, no ha incluido en el Pantheon cristiano aquellos dos modestos actores para atribuir el honor de la fundación de la Iglesia de Roma á un hombre más ilustre y que respondía mejor á las orgullosas pretensiones de dominio universal, que la capital del Imperio, aun hecha cristiana, no podía abdicar. Para nosotros no es en la Basilica de San Pedro, sino en la puerta Portesa, en el cuartel judaico de Roma, donde debe señalarse el punto de origen del cristianismo occidental, y encontraríamos justo que se alzara allí una modesta capilla á los dos buenos hebreos del Ponto, que fueron expulsados por la policía de Claudio como partidarios del Cristo.



serva hábilmente un escritor moderno, nada tan conforme con la naturaleza del cesarismo, sobre todo en su primer período, como este modo de demostrar el exiguo valor que para él tenían las diferencias sociales, y esta adopción de un sistema que todo lo nivelaba, ya para abatir á la vieja aristocracia, ya para demostrar que la voluntad del prín-



cipe lo dominaba todo, y que podía á su antojo levantar al hombre más humilde á la más alta posición del Estado ¹. De las regiones de Oriente, de Grecia, del Asia Menor, de la Siria y del Egipto solíanse con preferencia traer los *libertos cesáreos*, por ser en aquellos países donde mas fácilmente se encontraban hombres de bellas formas,

¹ Friedländer (Leipzig, 1864).

de espíritu vivaz, aptos para la adulación y para el disimulo, dotados, en fin, de las cualidades más propias para formar esclavos aparentes y dominadores efectivos. Por esto, pues, mientras el Norte y el Occidente suministraban los guardias de las personas imperiales, los orientales eran preferidos para el servicio particular y los destinos públicos. De Oriente habían tomado Tiberio y Calígula sus libertos; y de allí hizo también Claudio venir los suyos. Pero con Tiberio sólo habían sido instrumentos útiles, y con Calígula habían estado sometidos á sus tiránicos caprichos, y bajo el débil Claudio llegaron á ser influyentes y poderosos hasta el punto de hacer decir á Séneca que aquel reinado fué el tiempo de las saturnales para los libertos. ¹ Y el maestro de Nerón nos describe las bribonadas de los famosos cortesanos de Claudio, entre los cuales, no era la menor su rapacidad ². El pueblo lo veía y lo sabía todo, pero callaba por temor: el que nada sabía ni veía era Claudio: ceguedad que envalentonaba á los desalmados, haciéndoles burlarse de cuanto les rodeaba. Pallante rechaza un donativo de dinero que el Senado le ofreciera, diciendo que estaba contento con su pobreza; y esta pobreza consistía en la friolera de 300.000.000; pero acepta en su lugar la proclamación hecha por los padres de su descendencia del rey de Arcadia ³. Cuando Virgilio escribió sobre Evandro y Pallante, no pensó, ciertamente, que preparaba tal genealogía.

¹ Séneca, epist. 47, 9.

² Eran estos cortesanos cuatro: Narciso, Pallante, Calisto y Polibio. El primero funcionaba como secretario de Estado y dirigía la correspondencia imperial; el segundo presidía el fisco; el tercero era maestro de ceremonias, el cuarto bibliotecario de corte y ayudaba al emperador en sus estudios literarios. Séneca recurrió á Polibio para que se le alzase su destierro en Córcega.

³ Pallante, según la leyenda, es hijo de Avandro, rey de Arcadia, el cual, 60 años antes de la guerra de Troya, emigró de su país con un grupo de arcadios, y llegó al Lacio se estableció en el Setimonio sobre el Palatino.

Conociendo los libertos el lado débil del carácter de Claudio, que era el miedo, hicieron de él su mejor arma para dominarle. Y no les faltaron ocasiones: una conjuración urdida en Roma por Pomponio y Viniciano; una revuelta militar intentada sin éxito en Iliria por el procónsul Scriboniano, les facilitaron el arrancar á Claudio decretos sanguinarios, en los cuales fueron confundidos sus propios enemigos con los del emperador. Entre las víctimas de estas persecuciones se hizo célebre la mujer del cónsul Peto, llamada Arria. Comprometido Peto en lo de Scriboniano, fué conducido á Roma para ser juzgado. Los amigos le aconsejaban que se suicidase, y él vacilaba. Arria entonces, blandiendo un puñal, se lo hundió en el pecho, y después se lo alargó á su marido diciéndole: «esto no hace mal, Peto.» El saber morir era el único honor que había quedado á la envilecida sociedad aquella.

Al lado de los libertos cesáreos aparecen como compañeras de oprobio en la corte de Claudio sus dos mujeres, Valeria Mesalina y Julia Agripina. Á ningún príncipe mejor que á Claudio se puede aplicar el título de *uxorius* que Virgilio da al Tíber. Tuvo Claudio dos prometidas y cuatro esposas. Las prometidas fueron: Emilia Lépidia, sobrina de Augusto, cuyo matrimonio no se efectuó por disidencias de familia; y Livia Medulina, que murió antes de la boda. Su primera mujer fué Plaucia Urgulanila, hembra soberbia y voluble, de la cual tuvo dos hijos, Druso y Claudia: el primero murió niño; la segunda no fué reconocida por Claudio, que la hizo llevar desnuda á la puerta de su suegra. Á Plaucia sustituyó Elia Petina, que fué también repudiada por Claudio después de haber tenido en ella una hija. Antonia Valeria Mesalina sucedió en el tálamo imperial á las dos anteriores.

Mesalina, hija de Valerio Mesala Barbato, descendía por parte de su madre Domicia Lépidia, de Octavia, la

hermana de Augusto y del triunviro Marco Antonio. Recordábanse las malas costumbres de su madre; pero Mesalina la superó en todo género de torpezas, y dejó un nombre que fué á la vez la expresión de lo feroz y de lo corrompido. Esclava de la materia (*lassata viris, non satiata*), la voluptuosidad fué su única conciencia: ninguna traza en ella de afición á las artes ó á las letras, ni de espiritualismo alguno, ni de esa delicadeza intelectual que puede suplir al sentimiento, ni de la altivez femenina cuyo disfraz puede tener la apariencia de la virtud ¹. Por estas brutales tendencias, fácil es presentir el uso que Mesalina hará del poder que su posición le ofreciera, y comprender que será funesta para cuantos la rodeen ó se encuentren en su camino. Y en efecto, ella sacrificó lo mismo á sus amantes que á los que no quisieron serlo; y aliada estrechamente á los libertos de la corte, se aseguró la impunidad cerca del esposo. Pero incapaz de gobernar por sí misma, acabó por abrirse con sus propias manos el abismo. Después de haber llenado de sangrientos dramas el palacio, y de haberlo convertido en lupanar, puso el colmo á sus audaces torpezas desposándose con su amante Silio Silano. Las bodas se celebraron en los jardines de Pinchio, con arreglo á los sagrados ritos, en pública y solemne ceremonia, mientras Claudio se hallaba en Ostia. Los libertos, aunque atemorizados por tanta audacia, temblaban también ante el porvenir que les prometía la sustitución de Claudio por Silio, recordando la suerte de uno de ellos, Polibio, que después de haber sido amante de Mesalina fué inmolado por ésta; y al fin Narciso tomó la resolución de ir á contarle todo al emperador. Claudio, más temeroso de perder el trono que indignado por la vergüenza, se apresuró á refugiarse en el campo de los pretorianos, y allí hizo venir á su rival

1 Beulé, *Etudes et portrait du siècle d'Auguste*. Paris, 1869.

Silio; el cual, no sabiendo qué decir en su defensa, pidió y obtuvo que se apresurase su muerte. Igual fin tuvieron sus cómplices, entre los cuales se contó Mnester, un histrión que en vano alegó como disculpa el haber sido obligado á obedecer á la emperatriz.

Durante estas ejecuciones, Mesalina esperaba en los jardines de Lúculo la vuelta de sus hijos y de la gran vestal á quienes había mandado á pedir su perdón al ofendido esposo. Pero Narciso evitó que llegaran á presencia del emperador; y cuando vió á éste inclinado á la clemencia, y recibió su orden de advertir á Mesalina que al día siguiente oiría sus disculpas, tomó el partido de darle muerte inmediatamente. Claudio no preguntó siquiera qué mano la había matado.

Aunque el emperador juró á los pretorianos mantenerse en la viudez, tardó poco en contraer nuevas nupcias, á lo cual le indujeron los libertos que temían las futuras venganzas de los hijos de Mesalina. Pallante fué quien le propuso la nueva esposa: era Agripina, hija de Germánico y sobrina del mismo Claudio. Las leyes romanas prohibían como incestuoso el casamiento entre tío y sobrina; pero un senadoconsulto allanó el obstáculo, y Agripina fué emperatriz. Era entonces viuda de dos maridos: el primero, Domicio Enobarbo, la había hecho madre de un hijo que á la sazón contaba 12 años de edad; el segundo, Crispo Pasieno, hombre consular y riquísimo, la dejó viuda después de haber instituído su heredero al hijastro ¹.

«Desde los primeros días del nuevo matrimonio se sintió generalmente, dice Tácito, que el poder había pasado á otras manos. El aspecto de las cosas se cambió; todos obedecían á una mujer, pero su dominio no era aquel desor-

¹ Suetonio (*Nerón*, 6), acusa á Agripina de haber envenenado al segundo marido para recoger más pronto la herencia.

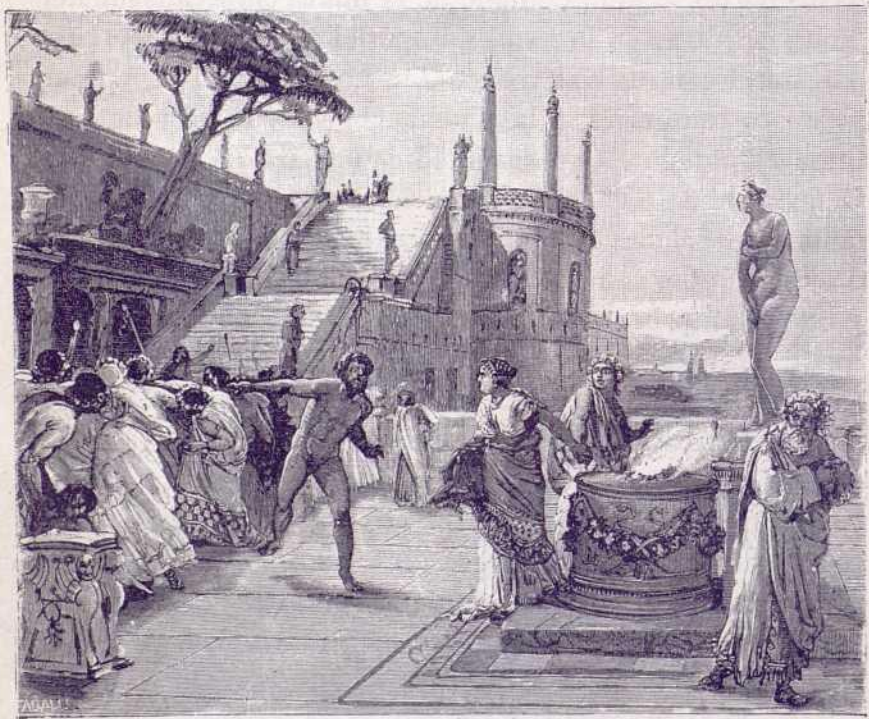
den de Mesalina, que afrentaba y desdeñaba al Imperio entero: era un gobierno civil, una tiranía más suave y calculada, severa y arrogante en lo exterior, y en lo interior ordenada; una ambición hipócrita que sólo se desenfrenaba cuando tenía que pescar en el río revuelto, una sed insaciable que fingía inspirarse en las necesidades del trono ¹.

Primero y capital cuidado de la nueva emperatriz fué el de hacer entrar en la familia imperial á su hijo, para prepararle el camino del trono. Tratábale con áspero rigor para acostumbrarle á la obediencia y dominarle cuando fuese emperador. Comenzó pidiendo para él la mano de Octavia, hija de Claudio. Octavia estaba prometida á Silano, hijo del famoso Silio; pero habiendo sido arrojado del Senado por el censor Vitelio, el infeliz se dió la muerte, y esto facilitó la intriga de Agripina y de su favorito Pallante para inducir á Claudio á adoptar al yerno (25 de Febrero de 50). Por entonces el hijo de Mesalina, Británico, falleció y quedó como sucesor presunto de Claudio su hijo adoptivo Tiberio Nerón. Agripina, en fin, arrastrada por el ansia de asegurar el trono de su hijo, y espiando á cuantos podían para ello influir cuando Claudio muriese, supuso que el prefecto del pretorio era partidario de Británico, y lo hizo deponer sustituyéndole con uno de sus amigos, Afranio Burrho (51).

Pero había un hombre que velaba en defensa de los derechos de Británico; era Narciso, omnipotente sobre Claudio después del fin de Mesalina. Desgraciadamente, en el momento decisivo, cuando se trataba de aprovechar un movimiento de ternura paterna en el ánimo de Claudio hacia Británico, Narciso cayó enfermo y tuvo que estar

¹ Tác., *Ann.*, XII, 7. Durante su destierro en la isla de Ponza, adonde la relegó su hermano Caligula por sospechosa de conspiración, Agripina escribió los comentarios de su familia. Tácito los consultó y aprovechó para su relato circunstanciado sobre la emperatriz.

largo tiempo alejado de Roma para curarse. Agripina utilizó esta circunstancia para poner término á su infame ansiedad; hizo componer por Locusta, famosa preparadora de venenos, un tósigo que fué suministrado á Claudio en un plato de setas; pero no viendo determinarse pronto sus



MESALINA SORPRENDIDA POR CLAUDIO.

efectos, llamó al médico Chenofonte, el cual, bajo pretexto de desembarazar el estómago al emperador, lo mató con otro rápido veneno (13 de Octubre de 54) ¹. Ya era cadá-

¹ Así cuenta Tácito el fin de Claudio. Suetonio (*Claudio*, 44), refiere dos versiones que corrían en su tiempo: según una de ellas, Claudio murió envenenado por el copero Aloto en un banquete sacerdotal; según otra, fué asesinado en la misma fiesta por los sicarios de su mujer. Juvenal y Plinio aceptan la versión de las setas envenenadas.

ver cuando el Senado, los cónsules y los pontífices hacían votos en los templos por su salud, y se llamaban á Roma comediantes para que lo distrajesen en su enfermedad.

Bien distinta escena tenía entretanto lugar en el palacio. Agripina, fingiendo profundo dolor, estrechaba en sus brazos á Británico cubriéndole de besos y llamándole imagen viva de su padre. Junto á Británico estaban sus hermanas Antonia y Octavia; en aquel momento se abrieron las puertas y apareció Nerón seguido por Burrho; á una señal de éste, la guardia del palacio aclamó al hijo de Agripina. Desde allí fué Nerón al campo de los pretorianos, les arengó y prometió hacerles el donativo de Claudio: ante esta promesa, ninguno de ellos se acordó de Británico, y Nerón fué proclamado emperador. El decreto del Senado confirmó á poco la decisión de la soldadesca, y las provincias confirmaron en breve el decreto de los padres.

El primer acto de Agripina fué tributar honores divinos á Claudio, para desmentir los rumores que la acusaban de su asesinato. El Senado prestóse también á esta comedia, y Nerón pronunció en la tribuna el elogio del padre adoptivo, que le compuso Séneca. Este último completó después la farsa escribiendo su *apoteosis del divino Claudio*, sátira mordaz y maligna en que el mismo Claudio hace el papel de bufón entre los dioses ¹.

1 Séneca, escribe Dión Casio, condenó en sus libros la tiranía, y fué sin embargo institutor de un tirano; censuró á los cortesanos, y jamás salió de la corte: condenó la adulación, y nadie fué más adulator que él: condenó la pobreza y era riquísimo. Un viejo procónsul dijo en pleno Senado, cuando Séneca estaba en auge, que deseaba saber por cuál procedimiento filosófico había Séneca podido adquirir en cuatro años trescientos millones de sestercios.

NERÓN (54 68).

I. — «*Il quinquennium Neronis*». — Primera tragedia.

La ambición de Agripina estaba, por el momento al menos, satisfecha; y empezó desde luego á ejercer la soberanía, mandando orden al aborrecido Narciso de que se suicidase, y quitando también de en medio á Silano, un descendiente de los Césares que podía llegar á ser su rival. Pero aquel poder que tanto había ambicionado, y que tantos delitos le había hecho cometer, se escapó de sus manos apenas creía tenerlo asegurado.

De su propio hijo vinieron las primeras dificultades: lo había educado con gran rigor para habituarlo á la obediencia, y obtuvo un rebelde que odiaba á su madre, en la cual veía un obstáculo á su independencia. Nerón se echó en los brazos de Burrho y de Séneca, quienes á despecho de su austeridad favorecieron sus pasiones para combatir la influencia de Agripina. La severidad de la educación materna sólo consiguió avivar las inclinaciones viciosas del príncipe; y sus ministros, para dominarlo mejor, favorecieron sus tendencias sin cuidarse de la corrupción del palacio, con tal de que el Imperio fuese por ellos bien administrado. Y así resultó, en efecto: mientras el príncipe se abandonaba á sus pasiones, los ministros regían con fuerte mano el gobierno, y añadían nueva gloria á las armas romanas. En medio de este dualismo transcurrió el primer lustro del reinado de Nerón (*quinquennium Neronis*);

después degeneró en una tiranía cuyos excesos escandalizaron el mundo ¹.

Nerón tenía una mujer virtuosísima en Octavia, hija de Claudio; pero bien pronto la abandonó para entregarse á obscenos amores. Su primer manceba fué una liberta griega llamada Atte; y á ella se aficionó de tal manera, que hasta trató de desposarla: los dos ministros le dejaban hacer; pero el orgullo de Agripina se ofendió por aquella pasión vulgar, y le reconvino agriamente. El efecto fué que Nerón depuso á Pallante y confió el gobierno de la Hacienda á Claudio Etrusco, un liberto inteligente y sensato que, manteniéndose extraño á las intrigas de la corte, supo conservar su empleo hasta el tiempo de Domiciano.

Irritada Agripina por esta ofensa, amenazó á Nerón con hacer valer los violados derechos de Británico; y Británico fué la víctima de esta amenaza: Nerón le hizo dar en un banquete un veneno preparado por Locusta, que le mató instantáneamente. El emperador asistió, dice Tácito, recostado en su triclinio á la horrenda escena con la impasibilidad de verdugo. El pueblo recibió silencioso la noticia de la repentina muerte del hijo de Claudio, y para no pensar en vengarlo, aceptó la versión, por Nerón propagada, de que Británico sucumbiera á un acceso de epilepsia ².

El asesinato de Británico era un reto lanzado por Nerón á su madre: aceptólo ésta con fiereza, y trató de formarse un partido; pero no tardó en convencerse de que era vano

¹ No es una especialidad de Nerón, sino más bien una cualidad común á la mayor parte de los emperadores, el tener dos historias. «Si se les considera, dice Suetonio, entre aquella nobleza de Roma que constantemente conspira contra ellos, aparecen como tiranos execrables: si, por el contrario, se les considera con relación al Imperio, aparecen como príncipes severos y vigilantes.» Necesario es, pues, tener presente ambos aspectos para conocer bien la historia del Imperio.

² Esta explicación de la muerte de Británico tiene hoy mismo sostenedores. Véase Stahr, *Agripina*, pág. 247.

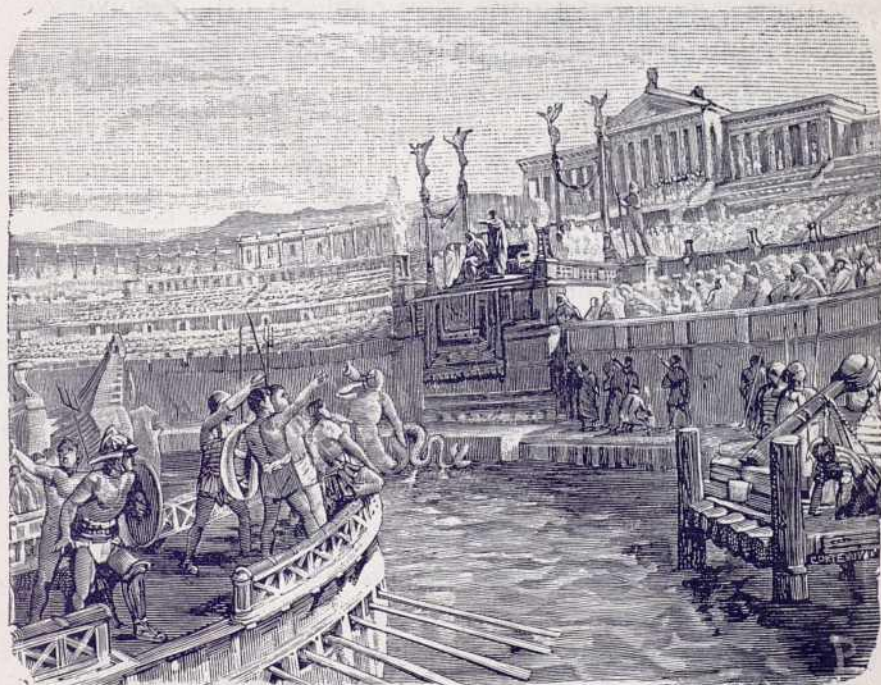
el luchar contra quien disponía de todo poder, y salió del palacio arrojada por su hijo y sin guardia de honor, oponiendo sólo alguna protesta inútil. Sin embargo, cuando Agripina consiguió probar su inocencia respecto á la acusación, que más tarde se le hizo, de haber conspirado contra Nerón para dar el imperio á Robiello Plauto, sobrino de Tiberio, las persecuciones cesaron, y se pactó entre la madre y el hijo una tregua, que debía al cabo resolverse por horrible tragedia.

Aprovechemos esta tregua para dirigir una mirada al Imperio, y apreciar la gestión de los ministros Séneca y Burrho, cuya administración es indudable que demostró su extraordinaria capacidad y excelentes intenciones. Propusieron, en efecto, principalmente devolver á la justicia su perdido prestigio: así lo atestiguan los castigos impuestos á los gobernadores concusionarios, la falta de procesos de majestad, la condonación de los impuestos atrasados y el restablecimiento de la apelación al Senado en materia civil.

II. — Últimos fastos militares.

Tampoco faltaron las glorias militares á la gobernación de aquellos ministros. Los parthos habían puesto un príncipe suyo, Tiridates, en el trono de Armenia (54); y abatida la influencia de Roma en aquel país, Séneca y Burrho aconsejaron á Nerón mandar á Oriente el valeroso general Domicio Corbulón, confiándole el gobierno de la Capadocia y de la Galacia, con seis legiones, para que volviese la Armenia al vasallaje del romano Imperio; y Corbulón cumplió felizmente su cometido, entrando con

30.000 hombres en aquel reino, y desbaratando el ejército armenio bajo los muros de Artasata, cuya importante plaza tomó (30 de Abril de 59). Tiridates se refugió en la Media, y su fuga hizo á Corbulón dueño del país. Después de haber ocupado su capital Tigranocerta, dió la corona al



LA NAUMAQUIA DE CLAUDIO.

príncipe Tigranes, sobrino de Herodes el Grande, que había sido educado en Roma, y que aceptó sin esfuerzo la dependencia (60).

Pero no por esto se resolvió la cuestión armenia. El rey de los parthos, unido con los ircanios, fué en socorro de Tiridates, y aprovechando la ausencia de Corbulón, ocupado en Siria, entró en la Armenia con numeroso ejército

y derrotó en Randeya al legado Cesenio Peto (62). Entonces Tiridates volvió á entrar en el reino, arrojando de él á su rival, y Corbulón, después de intentar derrotarle, tuvo que reconocerlo por rey con la promesa de ser vasallo del Imperio.

Á los éxitos militares de Corbulón en Asia correspondieron los de Suetonio Paulino en Bretaña. Valiente hasta la audacia, y severo hasta la ferocidad, Paulino tomó el mando de las legiones de Bretaña el año 59 y se dedicó á dominar la última resistencia de los indígenas de la costa occidental. Entró en el país de Gales, sitió y tomó á Castra, hoy Chester, fortificó á Segoncio (Caer Sciont), y pasando el Menay, llevó la devastación á todas partes. En Gales recibió noticia de una insurrección estallada en la región oriental de la isla. Capitaneábala una mujer de formas atléticas y de origen regio, llamada Budica, que quería vengar en los romanos el honor ultrajado de su familia y su propia ruina producida por las concusiones del procurador imperial y por la rapiña de los soldados ¹. Habiendo quedado viuda de Prasutago, jefe del pueblo de los icenios, en vez de predicar á sus súbditos la resignación como había hecho su marido, predicó la guerra y la venganza, á que se dispuso con ánimo varonil. La revuelta se propagó también á los tribonantios, hallándose Budica en breve al frente de 100.000 hombres armados. Sus primeros hechos correspondieron á sus fuerzas; los insurrectos tomaron á Camuloduno (Colchester) destruyendo las fuerzas de Petilio Cerial, que la mandaba. Pero cuando Paulino apareció en el teatro de la insurrección, aquella gran masa de bárbaros no supo resistir á la disciplina y á la táctica de las legiones. Cerca de la misma Camuloduno sufrieron los rebeldes plena derrota, y Budica, no habiendo hallado la muerte en

1 Mommsen, *Rom., gesch.*, V, 163.

el campo, se mató envenenándose. El rigor excesivo usado por Paulino en el castigo de los insurrectos, indujo al nuevo procurador imperial, Julio Clasiciano, á pedir á Roma la deposición del legado, y Nerón envió en su lugar á Petronio Turpiliano, que siguió con los bretones una política conciliadora, y afirmó entre ellos la conquista romana (62).

Mientras Corbulón en Asia y Paulino en Bretaña hacían renacer la gloria de las armas de Roma, la corte era en ésta teatro de los crímenes más atroces; el principio de su serie fué un parricidio.

III.—El parricidio.

La tregua establecida entre Nerón y su madre Agripina se rompió con la aparición en la corte imperial de una endiablada mujer que tenía, según Tácito, todas las condiciones imaginables, menos la de la virtud. Llamábase Sabina Poppea; dotada de una extraordinaria y distinguida belleza, hacía alarde de poseerla y vivía dedicada á cultivarla. Cuéntase que mantenía 500 burras para bañarse en su leche y conservar así más fresco y cándido el cutis. Antes de conocer á Nerón había tenido dos maridos, Rufo Crispino y Salvio Otón. Al primero lo repudió para casarse con el segundo, que era riquísimo y acompañaba al emperador en sus orgías. Nerón al verla se enamoró locamente, y para hacerla suya mandó al marido á gobernar la Lusitania (58); pero Poppea no se contentaba con ser la concubina del emperador, sino que aspiraba á ser su mujer y soberana suya, y para ello resolvió, lo primero, la ruina de Agripina y de Octavia, que eran el más grave obstáculo á sus planes.

Aunque Agripina viviera, muchos años hacía, solitaria-

mente, y hubiera perdido toda influencia sobre el hijo, Poppea conocía que mientras aquella terrible mujer existiera, sería siempre una amenaza para ella y un freno para Nerón. Por esto imaginó en su perverso ánimo un parricidio, que el emperador, enervado por sus seductores atractivos, no vaciló en aceptar. Pero ¿qué medio adoptar para realizarlo? Esto era lo difícil; al veneno no podía acudir, por estar Agripina rodeada de gente fiel, y preparada con toda suerte de antidotos; la muerte por el puñal revelaría el delito. La cuestión fué resuelta por el monstruoso ingenio de Aniceto, jefe de la flota de Miseno, el cual halló el medio de disfrazar el crimen ofreciendo á Nerón una galera construída de modo que mediante ocultos resortes, se abría y precipitaba entre las ondas las personas que llevase dentro, haciendo aparecer el desastre como obra del acaso. Nerón, contento del hallazgo, fué á celebrar en Baya las fiestas de Minerva, y llamó allí á su madre con cartas llenas de afectuosidades para quitarla toda sospecha. Después de colmarla de fingidas ternuras la condujo á la nave fatal que debía llevarla á su quinta de recreo entre Baya y el cabo Miseno. Navegaba el buque entre el silencio de la noche, cuando un ruido espantoso anunció á Agripina la infame asechanza que se tendía; pero la maniobra, mal ejecutada, permitió á los pasajeros salvarse. Sólo perecieron el piloto, aplastado en el hundimiento de la cubierta, y Acerronia, sirvienta de Agripina, muerta á golpes de remos cuando pedía socorro y gritaba, por miedo ó por cariño á su ama, que ella era la madre del emperador. Agripina, recogida en una barca, fué conducida en salvo al lago de Lucrino.

Aunque el atroz proyecto fuera evidente, Agripina fingió no comprenderlo y mandó á su hijo un mensajero anunciando que, por bondad de los dioses y para fortuna suya, se había librado de un gran peligro. Nerón, al saber esto, se llenó de terror, y llamando á Burrho y á Séneca, que acaso

habían ignorado el complot ¹, les pidió consejo sobre lo que debía hacerse en tales circunstancias. Fué decidido que el propio Aniceto terminase la horrible empresa; y el péfido sicario, para encubrir el crimen, puso un puñal á los pies del enviado de Agripina, y lo acusó de haber venido para asesinar á Nerón. Luego se puso en marcha para la ciudad de Bauli, en la Campania, donde Agripina moraba, anunciándose como vengador de un atentado contra la vida del emperador. Al aparecer ante Agripina, uno de sus secuaces le dió un palo en la cabeza; ella entonces, señalando á su vientre, dijo á otro que se le acercaba blandiendo un hierro: «Hiere aquí»; y cayó sobre su propia sangre (19 de Marzo del 59).

Dado el golpe, era necesario impedir que el público sospechase el parricidio, para lo que los dos ministros aplicaron su influencia y su astucia. Burrho mandó á Nerón los centuriones y los tribunos militares para felicitarle por haberse salvado del asesinato, y con él el Imperio; Séneca emplea su vendida pluma para denunciar al Senado la trama criminal de Agripina contra su hijo, y para hacer creer al mundo que ella se había quitado la vida horrorizada de sí misma. La fábula fué oficialmente creída, y Nerón subió, entre las aclamaciones del pueblo, al Campidoglio para dar gracias á los dioses. Pero no faltó quien resistiese dejarse engañar por aquellas torpes ficciones; el senador Peto Trasea, cuando se empezó á dar lectura del mensaje de Séneca, se salió protestando de la Curia; y el día después del regreso triunfal de Nerón se leyeron sobre los muros de Roma los nombres de Alemeón y de Orestes, célebres parricidas, y se vió á la estatua de Nerón en el Foro con el saco de cuero de los parricidas en el brazo derecho. Pero si estas protestas eran señal de valor, su inutilidad demostra-

¹ *Incertum an et ante ignaros.* Tác. Ann. XIV, 7.

ba la impotencia de los que la abrigaban y la loca alegría con que el pueblo asistió á los juegos y fiestas ordenados por Nerón para hacer olvidar la catástrofe, demuestra que Roma era tan digna de su tirano como éste de ella.

Con Agripina no desaparecía todo obstáculo á los deseos



INCENDIO DE ROMA.

de Poppea; quedaba Octavia, abandonada y despreciada; pero siempre emperatriz. Nerón había querido varias veces repudiarla; pero desistió ante la oposición de sus ministros. Un día osó Burrho decirle que restituyese á Octavia el Imperio que ella le llevó en dote; poco después Burrho dejó de vivir, probablemente envenenado (62). Séneca, atemorizado por la muerte del colega, evitó, al menos por entonces, un

fin igual, retirándose espontáneamente de la corte y de los asuntos. Pasaron éstos á manos del liberto Sofonio Tigelino, el cual ayudó á Poppea á desembarazarse al cabo de Octavia. Nerón la había por último repudiado bajo pretexto de esterilidad, y enviádola á vivir á la Campania; pero el pueblo la compadeció y abogó clamoroso por ella, demostrando al par su odio á Poppea derribando las estatuas de la prostituta, y Nerón acobardado volvió á llamar á Octavia. Poppea, sin embargo, le obligó á vengarla del ultraje público haciendo matar á latigazos á los que habían derribado sus estatuas. Después se urdió contra Octavia una cábala infernal que debía perderla irremisiblemente. El infame Aniceto la acusó de haber sido su amante, y obtuvo como premio de esta nueva villanía un lujoso destierro en Cerdeña. Octavia fué relegada á la isla Pandataria, donde pronto la alcanzó sentencia mortal. Según Tácito ¹, los que la vieron ir á su destierro lloraron lágrimas de profunda compasión. Cuando recibió la orden de su muerte, no supo resignarse á dejar su amarga vida, é imploró la clemencia de Nerón; pero todo en vano; abrieronle las venas, y para hacer salir más rápidamente la sangre contenida por su estado de terror, la sumergieron en un baño caliente, que la sofocó. La crueldad llegó hasta el extremo de cortar su cabeza, que fué enviada á Poppea. Decretáronse por este asesinato acciones de gracias y donativos á los templos, viniendo á ser desde entonces uso constante el dar gracias á los dioses por todo destierro ó suplicio que el príncipe decretaba.

¹ Tác., *Ann.*, XIV, 64.

IV.—Nerón artista.

El hombre que había manchado sus manos con la sangre de su madre y de su casta esposa, llegó también á ser despreciable por sus locuras, y sobre todo por su manía de parecer un grande artista, imitando las costumbres de los griegos. Para éstos los juegos públicos eran un noble recreo, como nuestros torneos lo fueron en la Edad Media, y habían determinado para ellos en la época de su grandeza un sistema de educación física que tenía el alto fin patriótico de formar guerreros valientes. Por esto los ciudadanos más distinguidos se disputaban el honor de figurar en aquellos espectáculos y de obtener la corona del triunfo. En Roma, por el contrario, los juegos, como las artes todas, eran tenidos por viles, y abandonados á los esclavos, considerándose como ignominioso el figurar en ellos. Nerón, el menos romano de los emperadores, como le ha llamado justamente un historiador moderno ¹, despreció este concepto público, y se dió á la imitación griega: creía copiar la vida de aquella gran nación, pero no hacía más que la parodia. Sus primeras pruebas como auriga las hizo en la llanura Vaticana en un circo reservado, después de la muerte de su madre; porque mientras ésta vivió, no se atrevió él á atentar contra las costumbres romanas, de que ella fué austera guardadora. Libre de este freno, apareció Nerón públicamente como artista, y estableció los *juegos neronianos*, remedo de las Olimpíadas, que debían celebrarse cada cinco año á expensas del Estado: eran certáme-

¹ Duruy, *Hist. des. Rom.*, IV, 480.

nes abiertos entre poetas, oradores, músicos, jinetes y gimnastas. En el primer concurso, los jueces dieron á Nerón la palma de la elocuencia y de la poesía, y el Senado decretó un público testimonio de gratitud á los dioses por esta victoria que daba á Roma nueva grandeza. Y entonces se vió surgir entre los jóvenes de la nobleza romana una emulación febril para imitar el ejemplo del príncipe, y la ciudad llenóse de toda suerte de espectáculos; y el pueblo, que en cada uno de ellos recibía distribuciones de trigo, de dinero y donativos de toda especie, aplaudía las nuevas costumbres, sin curarse de la ignominia que le deparaban.

V.—Incendio de Roma.

En medio de estos espectáculos, un terrible infortunio cayó sobre la metrópoli. En la noche del 18 al 19 de Julio del año 64 estalló un incendio en las inmediaciones del circo Máximo, nutrido por un fuerte viento y por los almacenes de aceite existentes en aquel cuartel, extendiéndose á gran parte de la ciudad y abrasando en pocos días á 10 de sus 14 regiones ¹. Al estallar el incendio, Nerón se hallaba en su *villa* de Ancio, y cuando llegó á Roma ya el fuego había destruído el palacio imperial. Ante un desastre tan terrible, su ánimo se conmovió, y Tácito afirma que recorrió durante toda la noche, y sin escolta, la ciudad dirigiendo los socorros ². Á los pobres que quedaron sin asilo abrió los monumentos de Agripa y los jardines

¹ El incendio duró nueve días. Las tres regiones comprendidas entre el Circo y el Esquilino fueron hechas cenizas, las demás sufrieron también en mayor ó menor escala.

² *Ann.*, XV, 50.

regios, socorriendo á los menesterosos y reduciendo para ellos el precio del trigo á tres sestercios la fanega (8,53 libras el hectolitro). Pero nada de esto bastó á disipar la sospecha de que Nerón fuese el autor del incendio. Sospecha indudablemente calumniosa y absurda, pero notable como muestra de la opinión pública, que creía al emperador parricida y fratricida capaz de todo crimen. El gobierno, inspirado probablemente por Tigelino, ayudó al emperador dirigiendo sobre la secta judaica de la religión de Cristo la acusación de la catástrofe.

VI.—Primera persecución de los cristianos.

Ya vimos á los cristianos sufrir una primera persecución bajo Claudio, siendo excluidos del edicto de tolerancia publicado en favor de los judíos; persecución que no pudo menos de disminuir su número en la metrópoli, pero no hasta el punto de hacer desaparecer su iglesia. Muerto Claudio, ésta se rehizo, y la famosa epístola dirigida por San Pablo desde Corinto á los romanos, en el año 4.^o del reinado de Nerón, promovió la restauración. En aquel tiempo se hallaba Pablo en Roma, venido prisionero de Jerusalén por haber ocasionado grandes tumultos en aquella ciudad con sus predicaciones. En Roma debía ser juzgado por el tribunal imperial ante quien, como ciudadano romano, había apelado; y allí estaba hacía dos años bajo la custodia de un soldado esperando á que se le juzgase ¹. Fácil es, pues, comprender que su presencia contribuyese

¹ El fin de San Pablo ha quedado incierto. Las *Actas de los Apóstoles* y las *Epístolas* terminan al dar cuenta de su prisión,

al incremento de la Iglesia romana, la cual fué sorprendida en medio de sus esfuerzos por sus nuevas persecuciones.

La de los cristianos, más aún que el parricidio, legó á infamia eterna el nombre de Nerón. Aunque los prosélitos de aquella religión eran entonces objeto del general des-



LAS ANTORCHAS DE NERÓN.

precio (Tácito llega hasta decir que el odio del género humano los condenaba) ¹, las torturas feroces que entonces se les hicieron sufrir, suscitaron, sin embargo, como el mismo Tácito atestigua, un sentimiento de pública compasión; y Séneca, que pudo asistir al horrendo espectáculo de las «antorchas vivientes», aludió sin duda á los márti-

¹ *Odio generis humani convicti, Ann., XV, 44.*

res cristianos, cuando, describiendo los instrumentos del castigo á que llama las «pompas del suplicio», dice que en medio de ellas se presentaban las víctimas serenas, sonrientes, sin gemir, ni hablar, ni responder, mirando heroicas su propio dolor ¹. Mas á pesar de aquella compasión, los cristianos viéronse obligados á esconder durante 15 años su existencia. El cristianismo se refugió durante ellos en las catacumbas, y el mundo, creyéndolo acabado, lo olvidó. Tácito y Suetonio hablan de él como de un muerto, y Epicteto lo confunde con el judaísmo. Pero el gobierno no ignoraba que los cristianos existían aún, y no había de tardar en renovar contra ellos el feroz ejemplo de Nerón.

VII.—La casa Áurea.

Dada con el suplicio de los cristianos satisfacción al furor popular, pensó Nerón en reedificar la ciudad incendiada. Roma surgió más bella y espaciosa, con arreglo á un plano regular trazado por los arquitectos Severo y Celere; tuvo calles más anchas y derechas, y casas menos altas construídas con piedra de Alba; las ruinas sirvieron para cegar los pantanos de Ostia. En la nueva área se reservó Nerón un vastísimo espacio para construir su casa, y la construyó con tal magnificencia, que eclipsó á todos los palacios del mundo. Extendíase desde el Palatino al Celio y al Esquilino hasta los jardines de Mecenas. Ante ella había un gran lago rodeado por tantos edificios, que parecían una ciudad. Entre el lago y la entrada, un gran vestíbulo, destinado á lugar de espera para los clientes; y

¹ *Epist.* 85.

en medio del vestíbulo se alzaba la estatua colosal del emperador en oro y plata, de 110 pies de alto. El pórtico medía 1.478 metros de largo, con tres órdenes de columnas; en su interior frisos de pinturas con oro y piedras preciosas en tal profusión, que hicieron á Nerón darle el nombre de «casa Áurea». Los templos del Imperio fueron puestos á contribución para suministrar materiales y adornos á la maravillosa morada ¹. Impusieronse á las provincias tributos extraordinarios, que pesaron principalmente sobre las familias más ricas; se emplearon 30.000 penados para fabricar al emperador «una casa digna de un hombre», como él decía cáusticamente. El pueblo, en cambio decía que Roma entera se había convertido en la casa de un hombre.

Este hombre no tuvo, sin embargo, la satisfacción de ver concluída la obra portentosa. Otón dedicó una suma de 50.000.000 de sestercios para terminarla; mas parece que se terminó mal, porque Vitelio la encontró imperfecta. Bajo Vespasiano se comenzó á demoler el pórtico, volviendo á construirse en su lugar el templo de Claudio, que Nerón había destruído. Bajo Tito los jardines fueron convertidos en las Termas, que de él tienen su nombre. Bajo Adriano desapareció el atrio para dar lugar al templo de Venus y Roma; y una parte del lago fué aplicada al Coliseo. La grande estatua de Nerón tampoco fué perdonada: Vespasiano le quitó la cabeza sustituyéndola con la del sol; y Cómodo hizo con ella su propia estatua.

La conspiración urdida contra Nerón el año 65, y que hizo abortar el gran número de los que en ella tomaron parte, fué el grito de venganza de la Roma epicúrea contra el fundador de la *domus Aurea*. Los estoicos, fieles á sus principios, se abstuvieron de tomar parte en la conjura;

¹ Este sacrilegio promovió una revuelta en Pérgamo, cuyos ciudadanos impidieron á un liberto de Nerón llevarse sus estatuas. Tác., *Ann.*, XVI, 23.

pero su abstención no les libró de la furia del tirano. Si se consideran las personas que intervinieron en la conspiración, no puede atribuirse su origen al odio contra el déspota; los conjurados eran epicúreos, á los cuales interesaba la duración del Imperio; y si se conjuraron para hacer desaparecer á Nerón, fué porque veían comprometidos por el tirano los intereses del imperio mismo. Alma de la conjura era Cayo Calpurnio Pisón, hombre dado á los placeres, pero generoso, elocuente y rico. Si el plan no hubiese abortado, él hubiera sido alzado al solio. También había entre los conjurados oficiales y senadores. Fenio Rufo, que ejercía con Tigelino el mando de los guardias, tenía celos del favor que su colega gozaba cerca del principe, y hacía entre los otros oficiales propaganda en su contra. El senador Plaucio Naterano, cónsul electo y poseedor del soberbio palacio que debía dar nombre á la iglesia principal de la cristiandad ¹, era acaso el único conjurado que al entrar en el complot tuviese el propósito de hacer reformas en el Estado. Séneca conocía el plan, pero evitó comprometerse en su ejecución. Su sobrino Anneo Lucano, que con su *Farsalia* había despertado la envidia de Nerón, á pesar de las bajas adulaciones que le prodigaba al principio del poema, y que había recibido el permiso de leer en público sus obras, se vengó representando en aquella sedición el papel de Bruto y Casio. El demasiado celo de Epicaris, liberta de uno de los conjurados, la cual quería llevar á la conspiración un oficial de la flota de Miseno, dió á Nerón el primer indicio de la trama; el oficial delató á la liberta, pero ella lo negó todo aun en medio del tormento, y el secreto

¹ Los palacios de la regia familia romana, pasaron en el siglo IV de la Era cristiana á poder de Fausta, mujer del emperador Constantino. Uno de aquellos edificios es conocido con el nombre de *domus Fausta*, que Constantino erigió en basilica y dió al obispo de Roma Silvestre I. Á esta donación se redujo probablemente la famosa *donatio Constantini*.



NERÓN HUYE DE LA Casa-Aurea.

se salvó; pero se salvó por poco tiempo, porque el senador Flavio Scevino, que pretendió el honor de dar el primer golpe al tirano, fué vendido por su liberto Milico. Y en vano lo negó todo también: otros hablaron por él, y en breve fueron conocidos todos los nombres. Nerón los condenó á todos, sin averiguar los verdaderos culpables, y en su rápida venganza fué comprendido el mismo Séneca, á quien no valieron los antiguos servicios. Éste demostró, por lo demás, al morir, que el retórico era inferior en él al filósofo, y que no en vano había estudiado el problema de la inconstancia de la fortuna. Su mujer Paulina, que quiso morir á su lado, fué perdonada, y recibió parte de la gran fortuna del marido, que se calculó en 300.000.000 de sestercios.

Con Séneca fué proscrito el estoicismo, y la filosofía tuvo que tomar el camino del destierro; los filósofos fueron acusados de magia, de igual suerte que los cristianos lo habían sido de sortilegio. Entre ellos y los Césares comenzó una lucha que llegó á ser el suceso culminante de la siguiente generación, hasta que el estoicismo, muchas veces desterrado, volvió por último á los pies del trono, y acabó por dominarlo ¹. La ciudad se llenó de funerales, y el Campidoglio de víctimas inmoladas á los dioses. Y después de haber sacrificado, con el pretexto de la conjura, á tantos hombres insignes, el tirano quiso también suprimir á la misma virtud, dando muerte á Trasea Peto y á Borea Sorano ². El primero, acusado de no comparecer en la Curia tres años hacía; de ser admirador y panegirista de Catón de Útica; de despreciar toda religión, porque no adoraba á Nerón, fué por el Senado condenado á la última pena. Él mismo se abrió las venas, y murió con la sereni-

¹ Véase *Champagny*, ob. cit., II, 154.

² *Tác., Ann.*, XVI, 34.

dad del justo, entre los brazos de su mujer Azzia y del filósofo Demetrio, su amigo hasta la muerte. Sorano, acusado de manejos sediciosos durante su gobierno del Asia, tuvo igual suerte. En su ruina fué envuelta su hija Servilia, mujer de un desterrado, acusada de haberse dado á la adivinación para saber el desenlace del proceso de su padre. Á entrambos dejó Nerón la elección del género de muerte (66).

En medio de estas sangrientas venganzas desapareció del mundo la malvada mujer que las había suscitado. En un acceso de brutal cólera, Nerón la mató de una patada en el vientre; después la deificó. Quiso luego llevar á su tálamo de viudo á la hermana de la infeliz Octavia, Antonia, último vástago de la casa de los Césares; pero ella, que debía su propia viudez á la crueldad de la justicia neroniana, rechazó el enlace, y obtuvo también la muerte en cambio (67).

Para sofocar sus remordimientos, y desterrar la soledad de su palacio, que le daba miedo, el tirano se entregó entonces con mayor ahinco á su pasión de artista, y fué á Grecia, á la tierra clásica del arte, á ostentar sus talentos. Los degenerados descendientes de Milciades y Pericles aplaudieron al imperial cantor é histrión; y su servilismo les produjo la exención del tributo, concedida con el nombre de libertad. La Acaya dejó de ser provincia en dependencia directa, y pasó á la del gobernador de Macedonia, como había estado bajo Augusto.

Las fiestas de Grecia fueron turbadas por una nueva maldad neroniana. El más valiente general del Imperio, Domicio Corbulón, fué llamado del Asia, y obligado á darse la muerte para librarse de los sectarios imperiales que lo acechaban. ¿Qué causa deparó tan mísero fin al vencedor de germanos y parthos? Tácito habla de una denuncia hecha por uno de sus oficiales, llamado Arrio Varo; y

Suetonio de una conjura urdida en Benevento por un yerno de Corbulón, y descubierta por imperialistas. Sea ó no verdad esta trama, que nadie más menciona, no es verosímil que Corbulón la favoreciese desde Asia: ni que, de haberlo hecho, hubiera ido á ponerse en manos de su verdugo, á quien no llegó á conocer bastante. De aquí sus palabras: «lo merezco», que pronunció al verse perdido ¹. El fin de Corbulón sirvió de aviso á los otros generales; y de ellos fué luego de donde partió la señal de la catástrofe vengadora.

VIII.—Guerra judaica.

Pero antes de relatar la catástrofe neroniana, debemos recordar la furiosa guerra que en los últimos tiempos de Nerón estalló en la Judea y preparó el exterminio y la dispersión por el mundo del pueblo de Israel. Este pueblo, indignado por las concusiones de los procuradores imperiales, y excitado por las contiendas religiosas, había el año 65 vuelto á emprender heroicamente la guerra de los Macabeos contra la dominación extranjera. Al lado de los fariseos y saduceos se había formado un nuevo partido, el de los zelotios, propagado particularmente en los campos. Los zelotios creían que era llegado el tiempo del Mesías prometido por las Escrituras sagradas, y rehusando reconocerlo en Jesús Nazareno, esperaban que su salvador aparece-

¹ Acaso la acusación de Varo, dice Mommsen, tuvo por causa la conducta de Corbulón en la guerra pártica del año 63. En vez de seguir la lucha á todo trance, como su gobierno lo mandaba, celebró paz con el rey de los parthos, por lo cual la Armenia, constituida en dependencia pártica, no quedaba respecto á Roma más que en una obediencia ilusoria.



ría glorioso y potente entre el estrépito de las armas.

Ante la amenaza del procurador Gesio Floro de apoderarse del tesoro del templo si no se pagaba el tributo pendiente, toda Jerusalén se rebeló. En vano el rey nominal Herodes Agripa II, hechura del Imperio, intervino para detener el movimiento con su influencia. Los zelotios no escucharon otra voz que la del fanatismo que los excitaba, y en pocas semanas hicieron libre á la ciudad. El presidio romano de la roca de Sión tuvo que rendirse, y los fanáticos vencedores, capitaneados por el sanguinario Eleazar, hijo de Anania, dieron muerte á los soldados violando la capitulación que les aseguraba la vida (Septiembre del 66). Así la guerra vino á tomar desde su principio un carácter feroz, que los judíos debían pagar especialmente, por ser los más débiles. Una tentativa hecha por el legado de Siria, Cayo Cestio Gallo para tomar á Jerusalén, fué infructuosa; después de haber ocupado una parte de la ciudad, fué arrojado de ella por los enardecidos judíos (Noviembre del 66).

En medio de sus fiestas teatrales en la Grecia recibió Nerón las graves nuevas de Judea. El legado de Siria fué sustituido por el consular Cayo Licinio Muciano; y después fué dado el mando de la guerra judaica á Tito Flavio Vespasiano, que se había cubierto de gloria en Bretaña combatiendo á las órdenes de Suetonio Paulino, y que había sido cónsul el año 51, y gobernador del África diez años después. Entonces acompañaba al emperador en su expedición teatral.

Al anuncio de la llegada del nuevo jefe enemigo, los judíos se prepararon gallardamente á la defensa. La región fué dividida en cinco distritos militares. En la distribución de mandos tuvo su parte el histórico José, destinado al distrito de Galilea, que con sus numerosas y fuertes ciudades era el principal baluarte de Jerusalén. Pero el joven fariseo era más bien hombre de pluma que espada, y su

elección sólo contribuyó á apresurar los desastres de aquella guerra de exterminio. Vespasiano entró en Judea con 60.000 hombres en la primavera del año 67. Las tropas de José se desbandaron á su aparición; los más animosos se encerraron en la fortaleza de Yotopata, donde se defendieron 40 días con un heroísmo digno de mejor suerte: 40.000 judíos perecieron en aquel asedio. José, hecho prisionero, fué ganado á la causa romana por Vespasiano,



NERÓN.

que lo hizo liberto y cliente suyo; y después, siguiendo las banderas imperiales, empleó contra su mísera patria su instrucción y sus talentos. La caída de Yotapata decidió la suerte de la Galilea; pero los judíos disputaron fieramente al enemigo el suelo patrio. Vespasiano usó medios feroces contra su fanatismo; tomó á Tariquea, donde mandó al suplicio 12.000 ancianos y vendió como esclavos 30.000 judíos. Pero, como era fácil prever, el efecto de su crueldad fué contrario; el partido de los fariseos, inclinado á la

paz, volvió en Jerusalén á su hostilidad, y lo mismo hicieron los zelotios. Un segundo Eleazar, hijo de Simón, organizó en la ciudad el terror y llamó en su ayuda á los bravos montañeses de Idumea. Jerusalén fué saqueada sangrientamente; 12.000 fariseos, entre ellos el sumo sacerdote Anano, fueron degollados en las calles; los fanáticos imperaron en todas partes. Vespasiano asistía gozoso á esta obra suicida de las facciones judaicas de la metrópoli; y dejando que cumpliesen su obra de exterminio, llevó sus armas á la Idumea, convirtiendo en estaciones militares las ciudades que iban sucesivamente cayendo en su poder. La última fué Jericó, que se rindió en Mayo del año 68, y con la cual toda la Judea, menos Jerusalén y algunos castillos, fué sometida. El anuncio de la revolución romana detuvo en este momento las operaciones militares, dando á Jerusalén un inesperado respiro.

Por el liberto Elio, su confidente, tuvo Nerón la primera noticia de los primeros anuncios de la tempestad que se le preparaba: obligado á volver á Roma, lo hizo, sin embargo, con afectada lentitud, para demostrar que nada temía. Entró en Nápoles sobre un carro tirado por caballos blancos y por una brecha abierta en la muralla; y para entrar en Roma se sirvió del carro triunfal de Augusto, se ciñó la corona olímpica y mostró en su mano el lauro pítico. Para facilitar su entrada se demolió toda una arcada del gran Circo. Terminada la procesión triunfal, fué á deponer al pie del obelisco en el circo Máximo ¹, las coronas que había ganado en los certámenes de Grecia, y el pueblo lo acompañó hasta la casa Áurea aclamándolo «César Apolo, César Hércules, divino Augusto eterno.» Pero la ridícula apoteosis debía ser desmentida bien pronto.

Lo que los estoicos y los epicúreos de Roma no habían

¹ Es el obelisco que hoy se ve todavía en la plaza del Popolo.

sabido hacer, lo hicieron las provincias, en las cuales se habían concentrado las fuerzas vivas del Imperio. Á ellas se refieren las famosas palabras de Suetonio de que «el mundo, después de haber soportado 14 años al tirano, lo abandonó.» Las provincias, en efecto, expuestas continuamente á los malos tratamientos de los gobernadores rapaces, ó de la insolente soldadesca, no se inficionaron del servilismo innoble de Roma. Tácito nos describe la sencillez de los provinciales, presentándonos uno de ellos en el teatro; «llega el espectáculo, dice el historiador, en el momento de estar César cantando, y aturdiéndose á la vista del histrión imperial y del pueblo, entusiasmado forzosamente, aplaude cuando debe callarse, y calla cuando debe aplaudir; por lo cual es tratado á palos por los centuriones ¹.

No menos impopular que en las provincias, lo era Nerón entre las legiones. ¿Ni cómo podía el soldado amar á un emperador que pasaba su vida entre cómicos y cortesanas, que cantaba y bailaba en la escena, y que se abstenía de arengar á sus tropas por temor de ponerse ronco? El tirano sabía que las legiones, cuyas pagas estaban siempre en atraso, no lo amaban; y él por su parte les correspondía prefiriendo á ellas los soldados germánicos y los conscriptos. Así se explica la causa común que las legiones hicieron inmediatamente con las provincias rebeldes.

IX. — Guerra civil.

De la Galia partió la señal de la rebelión. C. Julio Vindice, que mandaba en la Lugdunense, se propuso librar al mundo del monstruo. Su iniciativa fué seguida por las

¹ *Ann.*, XVI, 3.

poblaciones célticas de la Galia meridional, con las cuales pudo reunir un ejército de 100.000 hombres. La divisa de los insurrectos era el juramento de obediencia al Senado y al pueblo romano (1.º de Marzo de 68).

Fué, pues, el movimiento republicano al nacer; pero al propagarse perdió en breve aquel carácter y quedó sin más objetivo que el de sustituir á Nerón con otro emperador. Las legiones de la España tarraconense proclamaron á su jefe Servio Sulpicio Galba, viejo septuagenario emparentado por su madre adoptiva Livia Ocella con la casa imperial. Al principio vaciló en aceptar; pero habiendo sabido que Nerón, sospechando de él había dado orden á sus procuradores de matarlo, entró en la rebelión. Otón, que mandaba en Lusitania, y á quien el emperador había quitado 10 años antes su mujer Poppea; Cecina, cuestor de la Bética, y L. Clodio Macro, se asociaron al movimiento.

La causa de Nerón no estaba, sin embargo, perdida aún; y si aquel loco tirano no se hubiese aterrorizado desde la primera noticia de la revuelta, hubiera podido salvarse. Con efecto, el numeroso ejército del Rhin no se había pronunciado, y todo dependía de lo que hiciera. Al principio se pronunció contra los rebeldes: el jefe del Rhin superior, Virginio Rufo, llamado en socorro de los de Lyon, que tampoco se rebelaron, entró al frente de 30.000 hombres en el país de los secuanios, y bajo los muros de Vesoncio (Besançon) deshizo al ejército de Vitiges (Mayo del 68), el cual, desesperando de su causa, se dió la muerte. Era claro que si en este momento Nerón se hubiese puesto al frente de las tropas, la rebelión estaba vencida. Galba y sus socios se conceptuaban muy poco seguros; pero de Roma llegaban al campo de Galia noticias que inclinaban las legiones á la rebelión, haciéndoles saber los tumultos populares ocasionados por la carestía, y la actitud hostil de la misma guardia imperial, cuyos jefes veían ya en Nerón un cadáver.

Tigelino conspiraba con un amigo de Galba, y su colega Ninfidio Sabino prometía, en nombre de Galba mismo, un donativo de 30.000 sestericios á cada soldado. Ante estas noticias, que presentaban perdida la causa de Nerón, las regiones romanas ofrecieron la púrpura á Virginio; pero éste, hombre prudente, la rehusó, y, de acuerdo con Galba, declaró que se debía remitir al Senado la elección del nuevo emperador.

El Senado había hecho ya su elección: envalentonado por la ruindad de Nerón y por su fuga de palacio, trató de enmendar su anterior conducta declarando al tirano «enemigo público». En la *villa* del liberto Faonte, situada á cuatro millas de Roma, y escogida por Nerón para su accidental refugio, conoció éste el decreto del Senado que lo destinaba á perecer en el suplicio según la antigua ley ¹. No se resolvía, empero, á darse la muerte, y necesitó oír el galopar de los caballos enemigos para que él se decidiera: ayudado por el liberto Epafrodites, su secretario, se hundió un puñal en la garganta. Era el aniversario de la muerte de Octavia (9 de Junio del 68).

GALBA - OTÓN - VITELIO (*Junio del 68*
y Diciembre del 69).

El hombre llamado á recoger la herencia universal de la casa Julia-Claudia, descendía de una gente cuyos orígenes se confundían con la mitología romana, y había ocupado altos puestos: había sido gobernador de la Aquitania

¹ Este suplicio consistía en echar al cuello del reo un lazo y apalearlo públicamente el desnudo cuerpo hasta que expirase.

y de la Germania superior, después procónsul de África, y por último gobernador de la España tarraconense; pero estos títulos no bastaban á justificar la audacia de sentarse sobre el trono de Augusto. Los sucesores del fundador del Imperio habían tenido el prestigio del nombre cesáreo que hasta hizo posibles sus monstruosas extravagancias. Galba, aunque hiciese remontarse hasta Júpiter el origen de su estirpe, no tenía ni aquel prestigio, ni cualidad alguna personal que lo compensase ¹: era, en suma, un viejo gotoso de 73 años, sin entusiasmos é incapaz de inspirarlos. Toda la sabiduría de su política la hizo consistir en premiar á los que lo exaltaron, y en castigar á los que se le habían opuesto: política vulgar, propia sólo para aumentar ambiciones y enemistades. La Galia fué la primera en experimentarla: los cantones que habían seguido á Vitiges obtuvieron la condonación de la cuarta parte de sus tributos y la ciudadanía romana; los que lo habían combatido, sobre todo Lyon, vieron agravada su servidumbre con la confiscación de una parte de sus posesiones. Este tratamiento ofendió á las legiones del Rhin, que creían haber salvado el Imperio en Vesancio; y su disgusto creció cuando su jefe Rufo fué sustituido por el débil y anciano Ordeonio Flacco. No es, pues, maravilla que en la primera ocasión manifestasen su hostilidad contra el nuevo emperador. La fortuna, sin embargo, parecía sonreír á éste: reconocieronlo las legiones del Danubio y de Asia, y Vespasiano mandó al campo imperial su hijo Tito á felicitarle y recibir instrucciones para la guerra judaica. Á Tito acompañaba Geliano, amigo de Ninfidio, mandado por éste para tratar de conocer los propósitos del César. Geliano llevó al regreso á su amigo la noticia de que se le había quitado el mando de los guardias, y de que Cornelio Lacón era el

¹ Véase el retrato moral que Tácito hace de Galba. *Hist.*, I, 49.



MUERTE DEL EMPERADOR VITELIO.

designado para sucederle. Ninfidio intentó entonces sublevar á los guardias contra Galba; pero ellos no quisieron secundarlo, é insistiendo aquél, lo mataron. En cuanto á Tigelino, debió su salvación á su retraimiento en aquellos días, y á la protección de Tito Vinio, uno de los favoritos del nuevo emperador. Fueron también muertos dos jefes que no lo habían querido reconocer; Fronteyo Capitón en la Germania inferior, y Clodio Macro en África.

Con estos auspicios apareció Galba en Roma dos meses después de su exaltación; pero no tardó más que esto en oscurecerse, por un acto de su inútil crueldad, un horizonte que parecía sereno. Los remeros que Nerón había sacado en los últimos años de su reinado de las galeras para formar con ellos una legión, presentáronse al nuevo César pidiendo conservar sus águilas é insignias legionarias. Galba negó al principio con dulzura su demanda; pero después, viendo que de nada servían las buenas palabras, lanzó sobre los peticionarios su caballería, que hizo en ellos horrible matanza. La legión primera *Adjutrix*¹, formada por él con remeros de España, se conmovió con la noticia del sacrificio de sus antiguos compañeros, y concibió contra Galba una malquerencia que no había de tardar en hacer explosión. Para hacerse perdonar aquella barbarie el emperador concedió más tarde diplomas militares á los veteranos de la *Adjutrix*; pero era ya demasiado tarde.

La señal del levantamiento vino de las legiones de Germania: las del alto Rhin prestaron juramento el 1.º de Enero del 69, no al emperador, sino al Senado y al pueblo romano, significando con ello claramente que querían otro príncipe. Animadas por este ejemplo, las legiones de la Germania inferior proclamaron emperador á su nuevo jefe Aulo Vitelio, que fué al punto reconocido también por

1 Véase Borghesi, *Ob.*, IV, 204 y siguientes.



aquéllas. Galba, aterrado por estas noticias, trató de fortalecerse con el apoyo del Senado, adoptando como hijo á C. Pisón Liciniano, un descendiente de Pompeyo Magno y del triunviro Craso, hombre austero y de carácter. Al presentarlo el 10 de Enero al Senado y á los pretorianos como sucesor del Imperio, dijo que la elección de un emperador que gozaba de la estimación pública, era la mejor garantía que él podía dar á la república.

La elección de Pisón era, en verdad, un homenaje al Senado; pero era á la vez un reto lanzado á los pretorianos y á las legiones. Los primeros, ya irritados contra Galba porque les habia negado el donativo que Ninfidio les prometiera, viendo ahora que se les quitaba también el privilegio de disponer del Imperio, se rebelaron y proclamaron emperador á Salvio Otón (15 de Enero del 69). El golpe habia sido preparado por Otón mismo: frustrada su esperanza de ser designado por Galba para la sucesión, se decidió á ser su rival, no pudiendo cumplir sus promesas de otra manera que subiendo al solio.

Galba, al anuncio de la rebelión de los pretorianos envió á Pisón á palacio para que mantuviese fiel la guardia que lo custodiaba. La precaución fué vana, porque en aquel momento entraba Otón en la ciudad al frente de las tropas rebeldes. Á su aparición en el Foro, el pueblo huyó y Galba y Pisón se encontraron casi solos al llegar allí. Un soldado clavó su espada en la garganta del mísero viejo al sacar éste la cabeza de la litera. Pisón logró refugiarse en el templo de Vesta; pero no le salvó el asilo, porque encontrado en él, fué arrastrado hasta el atrio, donde le asesinaron. Ya lo habia sido también Vinio, y las tres cabezas fueron llevadas en picas por la ciudad. El pueblo volvió al Foro gritando: «Otón César Augusto», y el Senado lleno de terror acudió al Campidoglio para sancionar esta elección que daba el último golpe á su autoridad.

Esta sumisión pronta de la Asamble desarmó la cólera de Otón contra ella. Á los pretorianos les dió la facultad de escoger sus jefes. De los favoritos de Galba murieron sólo los tres más comprometidos: Vinio, Celón y Lacón. Tigelino se anticipó á la venganza pública suicidándose.



VITELIO.

Comenzó, pues, Otón mejor de lo que su fama hacía esperar. Pero mientras él sorprendía á todos con su moderación, presentábase un rival á disputarle el poder: Aulo Vitelio, el elegido por las legiones del Rhin, que había mandado á Italia á sus legados Cecina y Valente contra Galba, disponiéndose él mismo á seguirles con los contingentes de la Galia. Cecina atravesó la Helvecia con 32.000 hombres y bajó por el gran San Bernardo; Valente cruzó

por la Galia Amica y bajó por los Alpes buscando el paso del Cenisio.

El mundo romano se dividió entonces como en las otras guerras civiles, en dos campos: el Oriente se declaró por Otón, el Occidente por Vitelio. El primero se había preparado á la defensa: hizo venir de Oriente las siete legiones danubianas, formó otras dos más con gladiadores y siervos, y mandó la flota á las costas de la Narbonense para impedir las operaciones de Valente. Cuando se creyó preparado, se ciñó la coraza y corrió al Po, donde debió decidirse la lucha. Las primeras pruebas le fueron favorables: Valente, batido sobre el mar, se retiró á Antipolis, y su colega Cecina, que quiso asaltar á Piacenza con el grueso de sus tropas, tuvo que repasar el Po, y perseguido por Suetonio Paulino, fué derrotado á pocas millas de Cremona.

Pero allí cesó, aunque fué por su propia culpa, la fortuna de Otón: desoyendo el consejo de Paulino de permanecer á la defensiva para cansar al enemigo y dar lugar á la llegada de las legiones del Danubio; y estimulado por su hermano Tiziano y por el prefecto de los pretorianos, Licinio Procolo, ordenó que se diese al punto la batalla. De *Bedriaco*, pueblecillo situado entre Verona y Cremona recibió nombre la jornada que costó á Otón el trono y la vida. Cediendo al parecer de sus generales, cometió el error de retirarse el día de la batalla á *Brixellum*, á la derecha del Po, con una grande escolta; y esto hizo más fácil la victoria de los vitelianos. Al primer encuentro las tropas de Otón se desbandaron, y al día siguiente los vencedores entraron triunfantes en el campo enemigo.

Sin embargo, la causa de Otón no era aún desesperada. Además de las tropas que había dejado en Piacenza, contaba con sus legiones danubianas que habían llegado á Aquileya; y los soldados los rodearon excitándole á resis-

tir. Pero Otón había perdido la fe en su fortuna, y sentía que ésta se había ya decidido en Bedriaco. «Basta con una batalla», contestó friamente á los que lo excitaban, y en la noche del 16 de Abril del 69, después de despedirse de sus parientes y amigos, se atravesó con su propia espada: tenía 37 años de edad, y había reinado tres meses y cinco días.

La desaparición de Otón acalló por un momento la guerra civil, sin entrar por esto en paz el Imperio. Las tropas de Brescello se sometieron á Cecina, y el Senado se apresuró á reconocer á Vitelio, decretándole grandes honores. Éste venía en tanto sobre Italia al frente de un nuevo ejército que organizó en la Galia. Sus legados Valente y Cecina fueron á encontrarle en Lyon, dejando á la indisciplinada soldadesca saquear todo el valle del Po.

El primer cuidado de Vitelio fué alejar de Italia las que se llamaban legiones de Otón, dándoles orden de volver á sus antiguas estancias: el cuerpo de los pretorianos recibió un donativo y licencias, y la legión levantada por Galba en España volvió á este país. De este modo, cuando el emperador llegó á Italia, no vió en su derredor más que soldados fieles: eran 60.000 hombres, entre los cuales había 34 cohortes de tropas auxiliares. Toda esta muchedumbre armada acompañó al nuevo Augusto en su viaje á Roma.

Vitelio no era un sanguinario; y si hubiese podido reinar, tampoco hubiera sido un tirano. Tenía, sin embargo, una afición brutal que á despecho de sus buenas inclinaciones, hubiera hecho insoportable su reinado. Esta afición era la glotonería; en pocos meses tuvo el valor de gastar para los placeres de su mesa 900.000.000 de sestercios. Su viaje á Roma fué una continua bacanal. «Toda la Italia del uno al otro mar, escribe Tácito, fué saqueada para proporcionar al gran glotón viandas exquisitas; los ciudadanos más acomodados de las ciudades, y las ciudades

mismas, fueron por esto arruinadas; y las tropas, ya entregadas á la violencia por el mal ejemplo del príncipe, acabaron por corromperse del todo¹.

Roma sufrió los efectos de esta depravación: los soldados la trataron como á ciudad conquistada, invadiendo y despojando las casas con el pretexto de buscar en ellas enemigos, y mientras tanto Vitelio se embriagaba en un banquete que su hermano le ofreciera para celebrar su llegada á la metrópoli.

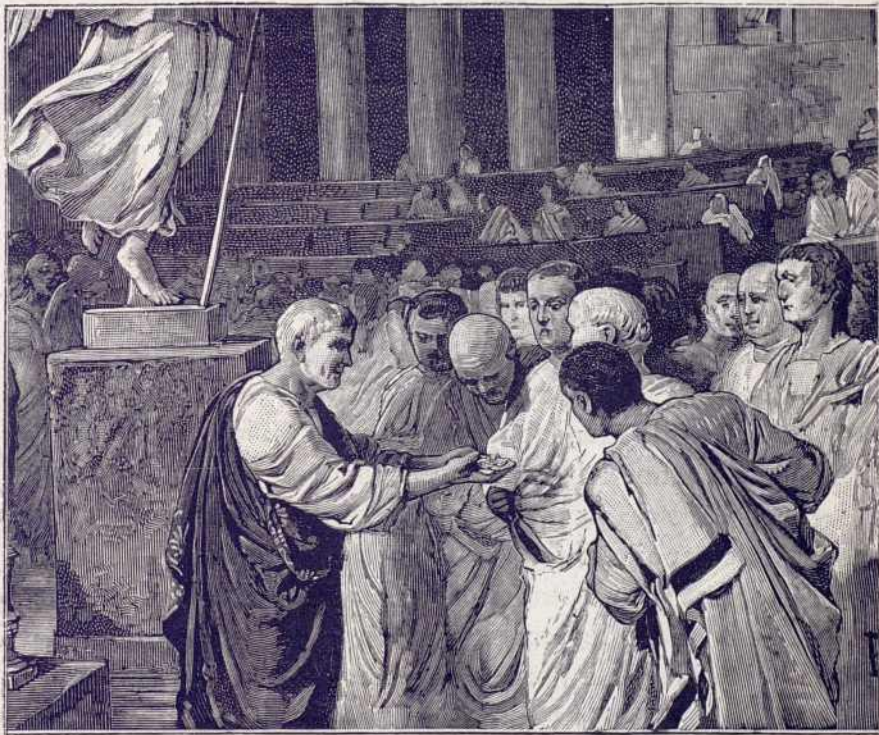
La administración fué abandonada por completo en manos de Cecina y de Valente, reservándose sólo el emperador la recomposición de la guardia imperial y de la guarnición de Roma. Formó á entrambas con soldados legionarios sacando para él del ejército 20.000 de sus mejores soldados: reforma peligrosa, que pronto había de experimentar su autor.

Mientras el gran glotón daba en Roma rienda suelta á su apetito, gritos de guerra se alzaron en las lejanas provincias de la Germania inferior, de la Iliria y de la Siria; y muy pronto todo el Imperio vino á ser teatro de sublevaciones militares, dando la señal las legiones de Oriente. Éstas habían adquirido en la guerra judaica la conciencia de su fuerza, sentían el valor de sus servicios prestados al Imperio, y murmuraban al ver que en Occidente se hacían y deshacían emperadores sin pedirles el consentimiento. La escasa reputación militar de los últimos elegidos aumentaba su disgusto, y no tardaron en preguntarse á sí mismas por qué en vez de un vulgar libertino y de un glotón brutal no se había de sentar en el trono de Augusto su general, que era el primer estratégico de su tiempo. Vespasiano no ignoraba esta actitud de sus soldados; pero sea que quisiera evitar la guerra civil, ó que á sus 60 años no le entu-

¹ Tác., *Hist.*, II, 62.

siasmasen ni el poder ni las vanidades mundanas, disimuló, y al anuncio de la nueva mutación de príncipe hizo jurar á sus tropas fidelidad al vencedor.

El gobernador de Siria, Licinio Muciano, le hizo cambiarse propósito, prometiéndole todo su apoyo si se pres-



VESPASIANO LLEVA AL SENADO EL DINERO RECOGIDO POR LA TASA DEL ORÍN.

taba á aceptar la púrpura y á levantar la dignidad imperial de la abyección en que la tenía puesta un glotón miserable. En este punto las dos legiones alejandrinas mandadas por Tiberio Alejandro proclamaron, por excitación de éste, emperador á Vespasiano (1.º de Julio del 69); y entonces las legiones de Judea y de Siria hicieron lo mismo, secun-

dándolas á poco todo el Oriente. En un consejo de guerra celebrado en Berito se acordó el plan militar que había de seguirse: Tito, hijo de Vespasiano, proseguiría hasta su término la guerra judaica con la conquista de Jerusalén, y Muciano iría sobre Italia para abrir el camino al nuevo César. Vespasiano se encargó de someter á su poder las provincias de Egipto y de África, para hacer presión en Roma impidiendo la exportación del trigo, tan necesario á la metrópoli.

Pero antes de que este plan empezase á cumplirse, la suerte de Roma y de Vitelio había sido decidida por otro enemigo. Las legiones danubianas, que habían vuelto á sus antiguos cuarteles con la memoria de la derrota de Bedriaco, acogieron con entusiasmo el llamamiento de la rebelión que les llegaba de Oriente; y sin esperar á Muciano resolvieron moverse sobre Italia para vengarse de Vitelio. Á esta resolución las indujo un soldado audaz, originario de Tolosa, que mandaba la 7.^a legión galbiana. Llamábase Antonio Primo. Al frente de su legión, reforzada por un fuerte cuerpo de tropas ligeras y con una numerosa caballería, descendió Antonio en el otoño del 69 por los Alpes Julianos, y su movimiento fué en breve seguido por los jefes de las otras legiones; con lo que la Italia se vió repentinamente invadida por un verdadero ejército.

Vitelio salió entonces de su inacción y se aprestó á la defensa; mandó á Cecina al Po para hacer frente á Antonio, y envió á Valente á reclutar fuerzas en toda Italia para ir con ellas en ayuda del colega. Pero entonces pudo comprender el error cometido al licenciar las guardias pretorianas y urbanas sustituyéndolas con legionarios; los licenciados corrieron á engrosar las filas enemigas, y él no tuvo tiempo de completar sus huestes.

Cuando llegó Cecina al Po, ya Antonio había bajado de los Alpes, sometido las ciudades vénetas y acampado cerca

de la fuerte Verona. Cecina llevó sus legiones hacia Cremona ocupando el campo construido pocos meses antes por los otonianos. La guerra civil no había, pues, cambiado de teatro, y las miserables regiones del Po y del Adigio, no repuestas aún de los desastres de la reciente lucha entre otonianos y vitelianos, se vieron expuestas á nuevos desastres. Pero Cecina no tenía ánimo de combatir; sea por celos de Valente, á quien Vitelio colmaba de preferencias; sea por presentimientos del éxito de esta guerra en que el enemigo se presentaba con fuerzas muy superiores, púsose á tratar secretamente, desde su llegada, con Antonio, é intentó sobornar al prefecto de la flota de Ravena, Lucilio Basso, para que lo siguiese en la desertión; Basso lo siguió, pero no sus legiones; las cuales, poniendo entre cadenas al traidor, se eligieron nuevo jefe, y se dirigieron á Cremona para unirse á las dos legiones de su guarnición y marchar desde allí contra el enemigo.

Antonio lo evitó, sin embargo. Antes de que aquella reunión se efectuase, apareció entre Cremona y batió á las dos legiones acampadas extramuros. Al declinar el día llegaron las otras seis legiones, y entonces comenzó una mortífera batalla nocturna que acabó por la victoria de los flavianos. La infeliz Cremona expió su fidelidad á Vitelio con un horrible saqueo, que duró cuatro días, y que acabó con un incendio que destruyó casi enteramente la ciudad. La piedad fraternal de otras poblaciones vecinas vino en socorro de tanto estrago, y después de haber dado hospitalidad á los fugitivos, y de rescatar los prisioneros, contribuyeron á la reedificación de la ciudad. Vespasiano contribuyó luego también, para reparar en lo posible aquel acto de ferocidad cometido en su nombre. Llegaba entonces Valente á Pisa con sus tropas auxiliares; allí supo la derrota de Cremona, y suspendió su marcha dirigiéndose luego á la Galia para seguir allí la guerra; mas al llegar junto á Marsella

cayó en manos de los de Flavio, que lo volvieron á Italia, y Antonio lo hizo matar en Urbino. Vitelio tenía aún esperanza; dueño de los valles del Apenino, salió de Roma con 14 cohortes de guardias, y fué á acampar en Menabia, lugar de la Umbria, de gran importancia estratégica. Pero allí supo la desertión de la flota de Miseno, y el pronunciamiento de Puteolis y Terracina; y entonces, perdiendo el ánimo, condujo á Narnia parte de sus cohortes, y con el resto regresó á Roma pensando sólo en conservar la existencia. Por mediación de Flavio Sabino, hermano de Vespasiano y prefecto de la ciudad, pactó con Antonio, que en este momento rebasaba el valle del Apenino y venía sobre Roma, el poder retirarse á la vida privada en una de las villas de Campania (18 de Diciembre del 69). Celebraba Roma con fiestas el anuncio del término de la guerra civil, cuando una inesperada catástrofe vino á sumirla en espantoso luto; los pretorianos, encontrándose con Vitelio cuando éste se dirigía al Senado para deponer las insignias del poder, se insurreccionaron, y secundados por el populacho le cerraron la vía y le obligaron á volverse al palacio imperial. Al anuncio de esta violencia, el prefecto Sabino acudió con algunas fuerzas; pero los rebeldes le hicieron frente y le forzaron á refugiarse en la roca Capitolina. Siguiéronle allí, y por la Tarpeya y los edificios contiguos llegaron hasta el templo y lo incendiaron. Los soldados de Sabino amedrentados, tiraron entonces las armas y se dieron á la fuga. Su mísero jefe cayó en poder de sus perseguidores, y llevado al Palatino recibió la muerte á la vista del impotente Vitelio.

Mientras las llamas devoraban el gran templo del Imperio, Antonio, fiando en el pacto con Vitelio, se había detenido en Otricoli para celebrar las saturnales. Cuando supo allí la revuelta de los pretorianos levantó inmediatamente el campo, pero no llegó á tiempo de salvar al hermano de su

emperador; no podía pensar sino en vengarlo. En vano el débil Vitelio le pidió la tregua de un día para arreglarlo todo, según aseguraba; Antonio avanzó sobre Roma, y con un triple asalto la tomó. Toda aquella jornada (20 de Diciembre) transcurrió en la matanza; los pretorianos fueron literalmente exterminados por las hordas ilíricas. El mismo Vitelio, descubierto en un rincón del palacio, fué llevado, con las manos atadas á la espalda, hasta el Foro, para hacerle presenciar, entre los insultos de la muchedumbre, la destrucción de las estatuas que los representaban. Aquel suplicio despertó en él el sentimiento de la dignidad del príncipe, y dijo al tribuno Julio Plácido, que lo maltrataba: «He sido tu emperador.» Al fin fué muerto, y su cadáver, hecho pedazos por la turba, arrojado al Tíber. Con esta catástrofe se inició un paréntesis, aunque breve, de aquellos vergonzosos y largos desastres que fraguaban la destrucción del gran Imperio, y que parecían encadenados por la fatalidad.

Al día siguiente el Senado dictó un decreto que confería á Vespasiano todos los poderes de Augusto, incluso el legislativo, que el pueblo sólo tenía. Era un acto sensato que daba sanción civil al poder imperial creado por las legiones, trayéndolo al terreno legal y haciéndolo emanar del exclusivo derecho de la Asamblea ¹. La metrópoli no quedó, sin embargo, pacificada, ni las hordas ilíricas de Antonio cesaron en el saqueo hasta que no apareció en Roma Muciano. Este valeroso lugarteniente de Vespasiano había sido detenido en su marcha por el bajo Danubio por el asalto de una banda de sármatas. El Senado le decretó los ornamentos del triunfo por su victoria sobre aquellos bárbaros. Muciano restableció pronta y enérgicamente la dis-

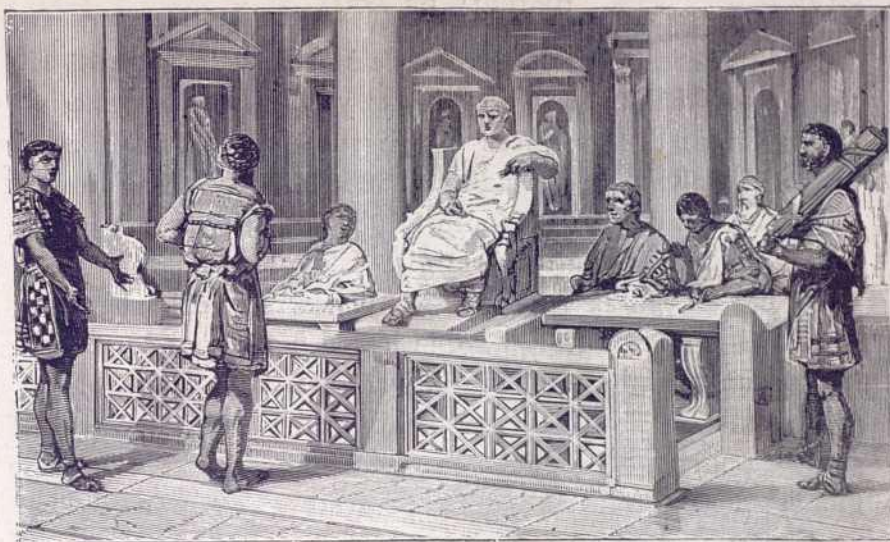
¹ Los juristas posteriores dieron á este senadoconsulto el nombre de *lex regia de imperio Vespasiani*. De la tabla de bronce en que fué grabado, consérvase aún un fragmento en el museo Capitolino.

ciplina militar, y libró á Roma de sus saqueadores enviando al Rhin y á Siria las legiones de Antonio y componiendo con sus tropas una nueva guardia pretoriana. Roma al fin respiró.



AUGUSTO.

(Estatua existente en el museo Vaticano, hallada junto á la villa de Livia.)



EL TRIBUNAL.

CAPÍTULO XI

EL IMPERIO LIBERAL ⁱ

Claudio Civil y la insurrección celto-germánica; fin de la guerra judaica. — IX. Vespasiano; su política. — X. Tito; la erupción del Vesubio; monumentos romanos. — XI. Domiciano; primera guerra dácica; actos de crueldad. — XII. Nerva; nueva época del Imperio. — XIII. Trajano; alianza del principado con la libertad; segunda guerra dácica; Trajano y los cristianos; guerra párthica. — XIV. Adriano; su política; conjuraciones; la nueva cancillería imperial; monumentos y reformas. — XV. Antonio el Piadoso. — XVI. Marco Aurelio y Lucio Vero; los Recuerdos; nueva guerra párthica; la peste; los cristianos; guerra del Norte; rebelión de Abidio Casio; monumentos.

I. — Claudio Civil y la insurrección celto-germánica.



CONCLUYÓ la guerra en Italia; pero en el Rhin y en Judea duraba todavía con nuevo encarnizamiento. Al partir Vitelio de la Galia, la frontera renana había quedado casi indefensa. Para llenar el gran

ⁱ En el reinado de Vespasiano, escribió Plinio el Viejo su *Historia Natural* en treinta y siete libros. Después narraron también los sucesos del mismo reinado, en el cual desempeñaron altos oficios, el consular M. Cluvio Rufo (de cuya obra, hoy per-

vacío producido en los cuadros de las legiones, se habían tenido que reclutar soldados celtas y germanos, confiando la vigilancia de las líneas á peligrosos auxiliares. Llegó entonces al Rhin la noticia de la rebelión de Vespasiano y dió ocasión á un audaz aventurero bátavo ¹, para proseguir contra Roma la obra de Arminio. Llamábase Claudio Civil, y era de estirpe regia. Tenía justas razones de rencor contra el Imperio: Nerón había hecho matar por sospecha de traición á su hermano Julio Paolo, y lo había traído á él prisionero á Roma: Galba lo había perdonado. Escapado de este peligro, vióse luego en Galia amenazado por las legiones que querían su muerte por creerlo cómplice de la de Fonteyo Capitón; pero la protección de Vitelio le puso á salvo entre sus bátavos.

Allí el recuerdo de sus pasadas adversidades despertó en él un ardor germánico de libertad, y el hundimiento á que parecía próximo el Imperio le inspiró el propósito de fundar junto al Rhin un poderoso reino y que sus bátavos tuviesen la primacía. Para facilitar su obra procuró atraerse los rezagados elementos flavianos. En nombre de Vespasiano se acogieron á sus banderas los auxiliares bárbaros de las legiones; y éstas, reducidas por tanta defección á escaso número, fueron batidas en el campo y perdieron además sus buques.

Este primer éxito, y la noticia del incendio del Campidoglio, que era mirado como el *paladium* del poder romano, hizo acudir de toda la Galia béglica aliados á Civil. Julio Clásico y Julio Tutor le llevaron á los trevirios; Julio Sa-

dida, créese que tomó Plutarco los materiales para sus biografías, de Galba y de Otón), el orador U. Mesala, amigo de Tácito, y Fabio Rustico, amigo de Séneca. El hebreo José con su *Historia de la Guerra judaica*, da luz también sobre este período.

¹ Los bátavos eran una rama de los catios, situada en la moderna Holanda meridional.

bino, que se alababa de descender de un bastardo de J. César, le llevó los lingonios. Poco después la importante plaza de *Vetera Castra* (Santén) fué obligada á rendirse, y la Bélgica y la Germania romana quedaron momentáneamente perdidas para el Imperio.

Pero entonces estalló la discordia en el campo de los insurrectos, destruyendo en un instante los frutos de sus precedentes victorias; los aliados rechazaron la hegemonía de los bátavos, y sus jefes no quisieron reconocer á Civil por soberano.

Así estaban las cosas cuando Muciano tomó en Roma las riendas del poder. Destinó en seguida siete legiones contra la insurrección celto-germánica trayendo una de la Bretaña, dos de España y tomando las otras cuatro de las de Italia al mando de Petilio Cerial, soldado valeroso y político astuto. En dos batallas fué la insurrección vencida, la una librada bajo los muros de Trévere, la otra cerca de Vetera. Civil, oculto en la isla bátava y obligado á buscar su salvación del otro lado del Rhin, se dió por afortunado cuando el vencedor le ofreció la amnistía y la vuelta de su pueblo á la condición de aliado del Imperio (otoño del 70).

Si al valor de Cerial se debió el feliz éxito militar de la empresa, á su moderación se debió también el pronto restablecimiento de la paz. Después de vencer en todas partes la insurrección, Cerial reunió en asamblea á los mayores de la Galia, y con astuta palabra trató de convencerlos de que Roma, más bien que imperar sobre su país, dividía con él el dominio del mundo; y de que, manteniendo en obediencia á sus pueblos, más que á mandarlos miraba á protegerlos contra sus enemigos y contra sí mismos. De esta manera se continuaba el antiguo arte de hacer aparecer á Roma como pacificadora de las naciones. Tácito no dice si los grandes de la Galia quedaron convencidos de la sinceridad de esta declaración; pero convencidos ó no, que-

daron definitivamente tranquilos y sometidos, y esto era lo que á Roma importaba ¹.

II.—Fin de la guerra judaica.

Bien distinto término tuvo la guerra judaica. La insurrección del Norte acabó por la pacificación del pueblo rebelde: en Judea acabó por su destrucción.

La suspensión del asedio de Jerusalén, impuesta á Vespasiano por las vicisitudes del Imperio, había infundido nuevo ardor al fanatismo de los judíos, que, atribuyendo esta tregua á la impotencia del enemigo, dieron nueva expansión á sus odios. Dejamos á Jerusalén dominada por la facción de los zelatios, que quería la guerra á todo trance. La llegada de los idumenios, capitaneados por Simón, hijo de Yora, aumentó las discordias interiores. Cada uno de los tres jefes quería ser dueño de la ciudad, librarla de los romanos y ser reconocida por el Mesías prometido en los hijos de Israel. Juan de Giscala ocupaba las inmediaciones del templo y el paso del monte Moriah; Eleazar acampaba dentro del templo mismo, y Simón ocupaba la ciudad alta ó sea la montaña de Sión. Para las fiestas de Pascua del año 70, Eleazar abrió á los fieles las puertas del templo; Juan y algunos de sus guerreros armados entraron confundidos con la turba: una sangrienta lucha se trabó en el recinto sagrado, y Eleazar fué muerto. Desaparecido aquel rival, Juan y Simón se reconciliaron y

¹ Con la sumisión de Civil y de las tribus germánicas, acaban las *Historias* de Tácito. De los catorce libros que formaban la gran obra, sólo los cuatro primeros y la mitad del quinto nos han llegado. Los libros perdidos contenían los reinados de Vespasiano, Tito y Domiciano, es decir, de la época en que vivió el autor (54-119).

volvieron sus fuerzas unidas en defensa de la patria.

Tito marchaba entretanto sobre Jerusalén con cinco legiones, algunas cohortes de las egipcias y un fuerte cuerpo de auxiliares: en todo 60.000 hombres (Abril del 70).

Defendía á Jerusalén un sistema de fortificaciones comprendido en un circuito de 12 kilómetros, que interiormente se dividían en una serie de fortalezas especiales capaces de defenderse por separado. Era, pues, necesario conquistar la plaza palmo á palmo. Tito asaltó primero la ciudad nueva ó baja, la Bezetha, como los judíos la llamaban, defendida por una muralla con 90 torres, teniendo que invertir seis semanas para abrir brecha en sus muros, y nueve días más para hacerse dueño del cuartel. Dentro de esta parte de la ciudad se alzaban dos colinas comunicadas entre sí por un gran viaducto: sobre la mayor surgía el soberbio *templo*, protegido por la ciudadela de Sión; en la otra colina estaba la ciudad inferior, llamada *Acra*. Ésta fué luego asaltada también por Tito; y después de colosales esfuerzos, que duraron ocho días, también la tomó. Quedaba lo más difícil, y Tito adoptó para conseguirlo el medio más seguro, aunque más lento: el bloqueo de la plaza para rendirla por hambre. Construyó en tres semanas un bastión para batir la ciudad de Antonia, que ganó asimismo á primeros de Julio; y entonces obró contra el templo. En vano invitó varias veces á sus defensores á rendirse: el fanatismo le contestó siempre con una negativa. Los soldados, impacientes por acabar esta guerra de exterminio, se abrieron al fin camino incendiando el magnífico santuario entre los gemidos de los hijos de Israel, que veían cumplirse las terribles predicciones sobre la suerte de su mísera patria (8 de Julio). No quedaba ya más que la ciudadela de Sión por conquistar, y en ella se concentró la desesperada defensa de Juan y de Simón, decididos siempre á no entregarse. En los primeros días de Septiembre

cayeron al cabo los muros de Sión bajo los golpes de las armas romanas, y toda resistencia fué vencida. Aunque en este terrible asedio perecieron 500.000 hombres, hubo, sin embargo, un número colosal de prisioneros: el historiador José los fija en 100.000. Tito vendió parte de ellos, y mandó otros á Egipto á trabajar en las minas, ó los destinó al anfiteatro de Roma. Á los notables los llevó consigo para celebrar su triunfo. Entre éstos se hallaban Juan y Simón; el segundo fué ejecutado poco después del triunfo; al primero se le perdonó la vida, destinándole á prisión perpetua.

Jerusalén quedó en ruinas, con la guardia de una legión y sus auxiliares de Tracia y de España: dos colonias de veteranos fueron mandadas á la Judea (á Emmaus y Cesárea), cuya región fué separada de la Siria y erigida en provincia. En honor del destructor de Jerusalén se alzó en Roma, sobre el Velia, un arco triunfal de mármol pentélico, que todavía existe. En sus bajos relieves, se ve historiada una parte de la pompa triunfal con que celebró Roma el gran suceso: vense los despojos más preciosos del templo y el gran candelabro de siete brazos, que se logró sustraer á las llamas devoradoras; vese también al vencedor coronado por la victoria sobre su carro. Los despojos del templo de Jehová fueron depositados en el Capitolino, que se estaba entonces reedificando, y al cual se aplicaron también las rentas que poseía el judaico.

Durante el sitio de Jerusalén por Tito, su padre zarpaba, á fines de Mayo del 70, de Alejandría, y costeando á Rodas, la Jonia, la Acaya y Corcira, llegaba el 21 de Junio á Brindisi, donde habían ido á recibirle Muciano y los principales miembros del Senado.

VESPASIANO

I.— Su política.

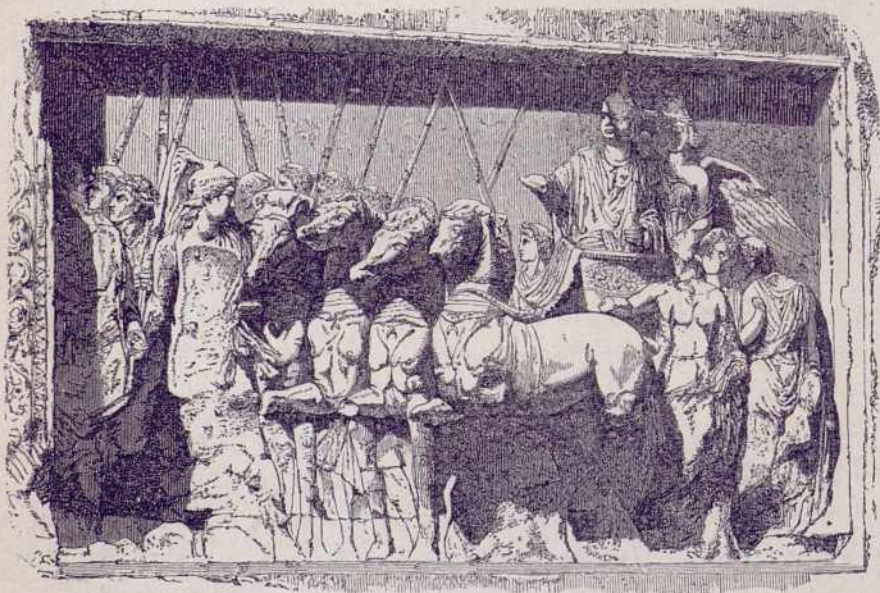
El hombre que sucedía á la casa Julia-Claudia en el imperio del mundo, y fundaba en nombre de César y de Augusto una nueva dinastía imperial, había tenido humilde origen: era un plebeyo de la Sabina, hijo de pobre familia. Debía, pues, Vespasiano su posición á si mismo, lo que constituía una grata promesa para el Imperio, el cual esperaba de él la paz que tanto necesitaba: Vespasiano le dió más: le dió la libertad en el orden, y en cuanto era entonces compatible con la monarquía.

Siguiendo el ejemplo de Augusto, transfirió al Senado el centro del gobierno: y como bajo los últimos tiranos la Asamblea de los padres había decaído en dignidad y en número de miembros, Vespasiano llevó á ella y al patriado romano las familias más conspicuas de las provincias ¹. Entre estas familias escogerá Roma, después de extinguirse la casa Flavia, sus emperadores; de ellas tomará al español Trajano y á Antonio el Galo, es decir, sus mejores soberanos después de Augusto.

Esta parcial abdicación del poder hizo al emperador más celoso de la autoridad que conservaba; y de aquí el rigor con que castigó á sus opositores, ya lo fuesen en nombre de los principios filosóficos, ó ya por ambición personal. El-

¹ La renovación del Senado fué hecha por Vespasiano, como censor, con su hijo Tito, el año 73.

vidio Prisco, yerno de Peto Trasea, que hacía alarde de sus sentimientos republicanos, omitiendo hasta mencionar al príncipe en sus edictos de pretor, fué desterrado después de una serie de inútiles advertencias; y no bastando esta pena para enmendarle, fué muerto. También pagaron con la vida Cecina y Eprio Marcelo, famosos delatores bajo Nerón, su tentativa de destronar á Vespasiano por medio

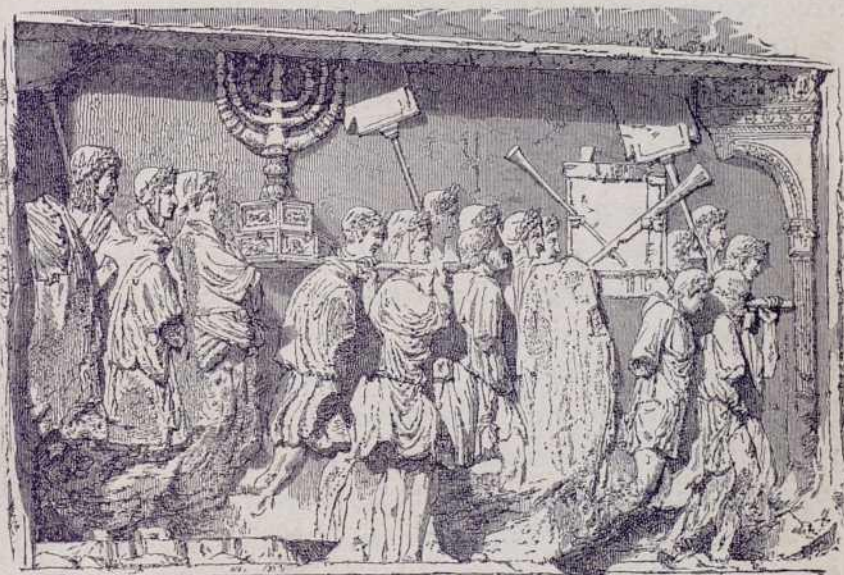


BAJO RELIEVE DEL ARCO DE TITO EN ROMA, REPRESENTANDO SU TRIUNFO.

de los pretorianos. Alieno Cecina, traidor de oficio, después de haber escapado milagrosamente á las legiones vitelianas, había sido por mediación de Muciano admitido en la corte imperial. Cuando Vespasiano supo su nueva traición, dió á su hijo Tito el encargo de castigarlo. Éste lo invitó á comer, y lo hizo matar á puñaladas al salir del banquete.

Un rigor tan inútil como excesivo fué el que se aplicó

contra Julio Sabino, jefe de los lingonios en la última rebelión gálica. Después de la ruina de los suyos, se había escondido con su mujer Eponina en una caverna, donde estuvo oculto nueve años en unión de su fiel compañera, que le dió allí dos hijos. Descubiertos al fin ambos infelices, fueron llevados entre cadenas á Roma, y Vespasiano los condenó á muerte, á pesar de haberse conmovido por las



BAJO RELIEVE DEL ARCO DE TITO, REPRESENTANDO EL CANDELABRO Y LAS TABLAS
DEL TEMPLO DE JERUSALÉN LLEVADOS EN TRIUNFO.

súplicas de la heroica mujer hasta derramar lágrimas; pero le parecía peligroso perdonar á un hombre que se había declarado hijo natural de Julio César.

No menos notables que la reforma del Senado, fueron las referentes al ejército y la Hacienda, que formaron parte del programa imperial y explican la quietud que sucedió á tanta agitación y la estabilidad del poder en la familia Flavia.

Siguiendo el consejo de Muciano, que fué para él un Agripa y un Mecenas á la vez, Vespasianó fijó las fuerzas militares del Imperio en 30 legiones, alguna de las cuales renovó por completo para reparar la desorganización del ejército renano; por lo cual hubo desde este reinado dos legiones con el nombre de *Flavia* (la IV y la XVI). Respecto á la guardia, restableció el sistema de Augusto, reclutándola fuera del ejército y fijando su cifra en nueve cohortes de pretorianos y cuatro de las guarniciones ¹.

En relación con las reformas militares estuvo la reorganización de las provincias, necesaria para asegurar la paz en el interior y la seguridad fuera.

En Oriente la Cilicia fué separada de la Siria, y erigida en provincia bajo un legado imperial, y la Siria igualmente con la Panfilia. La Capadocia fué unida á la Galacia, otra gran provincia militar, alcanzando la jurisdicción de su legado consular hasta la pequeña Armenia.

Procuróse la romanización de las provincias occidentales, y el complemento de la conquista de Bretaña. Para lo primero concedió el emperador á todos los hispanos la ciudadanía latina, en premio de haberlo reconocido á raíz de la batalla de Cremona. La conquista británica fué confiada á Gneo Julio Agrícola, suegro de Cornelio Tácito, que escribió su biografía ². Antes que él, los generales Petilio Cerial y Julio Frontino, habían continuado la empresa de Plaucio y de Suetonio Paulino, sometiendo las poblaciones de los brigantios y silurios. Agrícola, mandado á la isla el año 78, sometió á los ordovicios en el centro del Gales, y conquistó á Mona (Anglesey), que desde el tiempo de Paulino estaba perdida para Roma. Llegado al istmo que separa al

¹ Bajo Domiciano se elevó á diez el número de las cohortes pretorianas y á cinco el de la guardia urbana.

² Es esta biografía una obra escrita con el corazón, y por esto falta en ella la serenidad majestuosa del autor de los *Anales*.

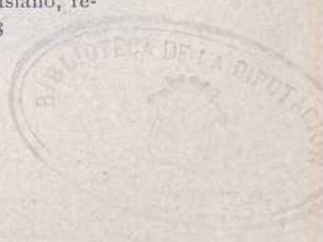
Atlántico del mar del Norte (entre los dos golfos de Clyde y Forth), lo fortificó para proteger la provincia contra las incursiones de los montañeses de Caledonia. Vinieron éstos, sin embargo, á provocarlo, y sobre el monte Graupio, que erróneamente se ha confundido por algunos ¹ con los montes Grampianos, libráronse batallas. Tácito pone en boca del jefe de los caledonios, Galgac, un discurso que ningún latino pudo entonces comprender. Los caledonios fueron deshechos, y Agrícola entró en Escocia, mientras su flota salvaba la punta septentrional de la región, llevando al mundo el cierto anuncio de que la Bretaña era una isla. En este tiempo el hijo menor de Vespasiano, Domiciano, que entonces reinaba, hizo volver de la Bretaña á Agrícola, movido, más que por celos, como Tácito insinúa, por el intento de inaugurar en Bretaña una política de paz, que le permitiese á la vez introducir economías en su presupuesto de guerra.

Tanto como el ejército, halló Vespasiano la Hacienda en supremo desorden. El historiador Suetonio le hace decir al empezar su gobierno, que necesitaba 40.000.000.000 de sestercios para levantar de su postración á la república ². Prescindiendo del fundamento de este juicio y de esta cifra, racional es creer que el inmenso derroche de dinero de los últimos emperadores exigiese un aumento proporcionado de ingresos, para restablecer el equilibrio del tesoro del Estado. Con este intento, Vespasiano quitó á Rodas, Samos y Bizancio la autonomía, apropiando al fisco sus rentas. Restableció además los impuestos suprimidos por Galba, y creó otros nuevos ³. La renovación del catas-

1 Duruy entre ellos.

2 Suet., *Vesp.*, XVI.

3 Entre éstos es famoso el llamado del *urin*, que multaba á los que hiciesen aguas fuera de los receptáculos colocados en las calles de la ciudad. Es curiosa la anécdota que á propósito de este impuesto refiere Suetonio, de haber Vespasiano, re-



tro le dió el modo de descubrir que un gran número de ciudadanos nada pagaban, ó pagaban menos de lo que debían al Erario; lo que motivó que algunas provincias vieran dobladas sus contribuciones.



VESPASIANO.

Las nuevas rentas fueron aplicadas á la construcción de los monumentales edificios que hoy todavía son objeto de

convenido por su hijo Tito por no pararse en los medios de hacer dinero, acercado á la nariz de éste las primeras monedas recaudadas por la tasa, preguntándole si se conocía por el olor su origen.



DIONISIA LEE SU NOMBRE ENTRE LOS PROSCRITOS.



inmenso asombro: entre ellos el arco triunfal de Tito, y el Coloseo, saludado por el poeta Marcial como la mayor maravilla del mundo. Este colosal anfiteatro, que contenía á 87.000 espectadores, fué alzado sobre el lago neroniano de la casa Áurea, y otra parte de aquella superficie fué designada también por Vespasiano para la construcción del templo de la Paz, que tenía un foro propio en que se alzaban una basílica y una biblioteca.

Las nuevas rentas fueron asimismo empleadas en socorrer á senadores y consulares pobres, pensionar maestros de elocuencia griega y latina, y premiar poetas y artistas. Entre éstos se contó Plinio el Naturalista, que escribió de Vespasiano en las siguientes palabras, el mayor elogio posible de un príncipe: «la grandeza y la majestad sólo le sirvieron para tener un poder de hacer el bien igual á su deseo de hacerlo.» Y Suetonio lo alaba en otro concepto «de haber impreso solidez y esplendor al Estado,» en cuyas palabras se resume toda la historia del gran emperador, que murió el 23 de Junio del 79, en el décimo año de su reinado y 70 de su vida.

TITO (79-81)

Vespasiano dejaba dos hijos, Tìto y Domiciano, que heredaron sucesivamente el Imperio, mereciendo bien distinta fama. Tito, que en el asedio de Jerusalén había parecido hombre cruel y sanguinario, desplegó como príncipe un carácter blando y generoso hasta el punto de merecer ser llamado por sus contemporáneos «Amor y delicia del género humano.» Dos circunstancias auxiliaron á este concepto: primero, la breve duración de su reinado (del 23 de



Junio del 79 al 13 de Septiembre del 81); segundo, las espantosas calamidades públicas que en aquel corto periodo se desencadenaron sobre Italia. El ánimo del príncipe no podía dejar de conmoverse al ver en la Campania desaparecer súbitamente del mundo dos ciudades, Roma devastada por un incendio y toda Italia sufriendo el azote de la peste. Fué, pues, la caridad su profesión, y empleó las acrecentadas rentas del Imperio en socorrer á la inmensa multitud de infelices castigados por aquellas plagas.

I. — La erupción del Vesubio.

Aunque los antiguos conocían la naturaleza volcánica del monte de dos cumbres que domina al encantador golfo de Nápoles, mirábanlo, sin embargo, con gran despreocupación, por el tiempo inmemorial que había pasado sin que diera señales de actividad. Un terrible terremoto que el año 63 (5 de Febrero) conmovió la Campania y destruyó gran parte de la ciudad de Pompeya, vino á anunciarles que el volcán que creían extinguido no lo estaba. En el 76 tuvo lugar un segundo sacudimiento que destrozó á Herculano. Por último, el 23 de Agosto del 79, una inmensa nube, semejante á un pino gigantesco de 3.000 metros de altura apareció sobre el Vesubio, difundiendo en sus alrededores las tinieblas que sólo los relámpagos disipaban fugitivamente. Plinio el Naturalista, que mandaba la flota del Miseno, sorprendido por el extraño fenómeno, quiso estudiarlo de cerca; pero el embravecido mar le impidió tocar la próxima orilla, y tuvo que desembarcar en Stabia. Allí el volcán le apareció como una gran masa de fuego: la lava descendía del nuevo cráter, del cual salía también un

gas que se inflamaba al contacto del aire: parecía la catástrofe final del mundo. «Algunos, dice Plinio el Joven, invocaban á la muerte, por temor á la muerte misma; otros invocaban á los dioses; y otros, que pensaban que los dioses no existían, creían que había llegado el último día de la tierra» ¹. Bien pronto alcanzó el desastre á Stabia, llenándose su atmósfera de gas y de ceniza. Plinio quiso evitarlos embarcándose, pero las olas le arrojaron á la playa, donde inmediatamente murió asfixiado.

Otras dos ciudades quedaban con Stabia sepultadas, la una bajo un torrente de lava, la otra bajo una lluvia de ceniza y grava volcánica: fueron éstas Herculano y Pompeya. La primera ostenta hoy sobre sus ruinas la ciudad de Resina; la segunda es hoy monumento único en su género.

El emperador Tito, apenas tuvo noticia del horrible accidente, envió á Campania dos consulares para socorrer á los míseros sobrevivientes de las destruidas ciudades, donándoles también los bienes que habían ido al fisco por falta de herederos.

No habían sido aún reparados los daños de la erupción vesubiana, cuando acaecieron otras calamidades. Un nuevo incendio estallado en Roma el año 80, devoró seis templos, dos teatros y la biblioteca de Augusto. Al incendio siguió una epidemia que hizo estragos en toda Italia. Y en todas partes la mano piadosa del emperador estuvo pronta para el socorro de los desgraciados, á quienes abrió el Erario y cedió el producto de los ornamentos de sus casas. La caridad había llegado á ser su única costumbre, y llamaba día perdido aquel en que no pudo ejercerla.

1. Plinio el Joven, sobrino é hijo adoptivo del Naturalista, nos transmitió en la sexta de sus *Epistolas* una descripción del gran desastre, que presencié, contando igualmente la desgracia de su tío. De las *Epistolas* de Plinio se hicieron muchas ediciones. La primera completa es la de Aldo Manucio, Venecia, 1508.

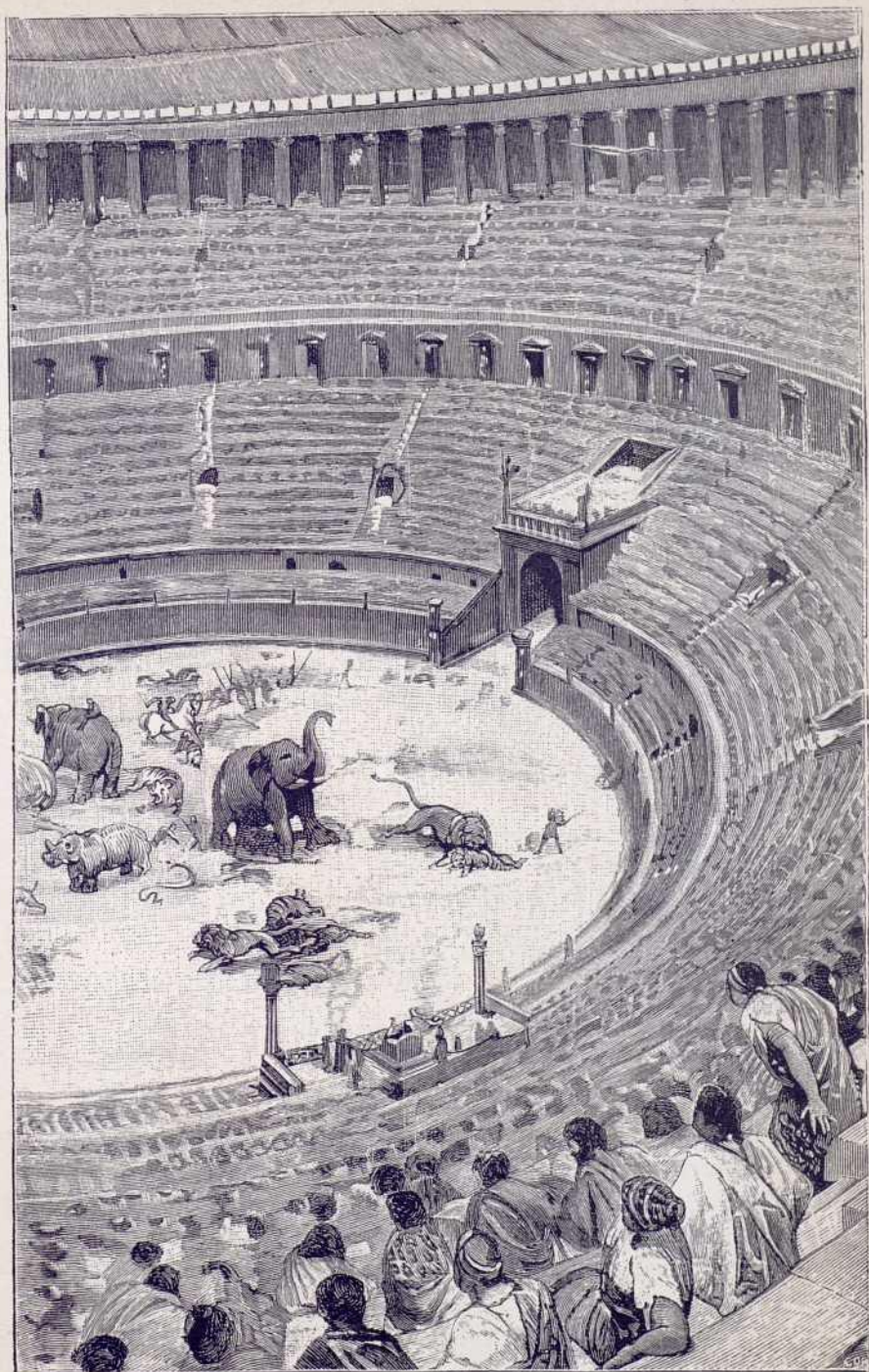
II. — Monumentos.

El reinado de Tito es también famoso en la historia monumental de Roma: este príncipe acabó y dedicó el



UNO DE LOS TROFEOS LLAMADOS DE CAYO MARIO EN EL CAMPIDOGLIO.

Coloseo, añadiéndole las *Termas*, que aun llevan su nombre. La inauguración del gran monumento fué acompañada de fiestas y juegos que duraron 100 días. Pero la alegría



INAUGURACIÓN DEL COLISEO.

pública no tardó en convertirse en luto, porque apenas concluídas las fiestas, llegó á Roma la triste nueva de que el amado príncipe había muerto en sus tierras de Sabina. Tenía sólo 42 años.

Su luto no fué, sin embargo, llevado por todos: no lo llevaron los judíos, que no podían olvidar al destructor de Jerusalén: no lo llevó su propio hermano Domiciano, que siempre había tenido celos de él y abrigado el deseo de sucederle.

El odio de Domiciano á Tito creó la sospecha de que éste hubiese muerto envenenado por su hermano. Pero Suetonio, tan fácil en creer otras siniestras acusaciones, no cree en ésta; y además fué desmentida por los médicos de Tito, que declararon á Plutarco haber muerto el emperador de un baño imprudente.

DOMICIANO (81-96) ¹

Desde su primera juventud había Domiciano revelado su índole perversa y su insana ambición del poder. Escapado de milagro en el asalto del Campidoglio, donde se vió asediado por los vitelianos con su tío Flavio Sabino, cuando

¹ Bajo Domiciano escribió C. Silio Itálico su poema sobre la segunda guerra púnica, lleno de abyectas alabanzas de aquel tirano, á quien osa llamar superior á su padre y á su hermano. Otro adulator servil de Domiciano es su contemporáneo P. Papinio Stacio, autor de la *Tebaida* y de las *Selvas*. En estas últimas pondera la bondad de Domiciano, y ruega *sidera, undæ et terræ* que lo conserven para la felicidad del Imperio. Un cuadro de la vida social de aquel tiempo y de sus miserias nos ofrece otro contemporáneo, M. Valerio Marcial, en los quince libros de sus *Epigramas*, y también él alza á las nubes al César. De estas serviles costumbres no se libró el mismo Quintiliano, autor de la *Institutio oratoria* y preceptor de los sobrinos de Domiciano, por más que en esta obra brille su equitativa honradez.

supo la muerte de Vitelio salió de su escondite; y oyéndose saludar César por los soldados, hubiera usurpado el trono á su padre, si Muciano no lo hubiera impedido. Esta tentativa y sus actos de insolencia en Roma, cuando Vespasiano estaba todavía ausente, le enajenaron el ánimo del padre y del hermano, quedando relegado á cierto olvido durante los reinados del uno y del otro, abandono que avivó sus malas pasiones naturales, sobre todo la ambición; y así se comprende que la muerte de Tito, llorada por Roma como una calamidad pública, fuese para él una liberación. Y aun antes de que Tito exhalase su último suspiro, corrió al campo de los pretorianos, les hizo un donativo, y obtuvo que lo reconocieran como sucesor del hermano. Nadie, por lo demás, intentó disputarle una sucesión que el sistema hereditario del Imperio, restablecido por Vespasiano, le destinaba.

También los primeros tiempos de su reinado, como los de Nerón, fueron inesperadamente mejores que su fama. Apasionado por la arquitectura, adornó con magníficas columnas de mármol pentélico el templo Capitolino, cuya reedificación terminara; alzó en el campo Marcio un templo á Minerva, su diosa predilecta, con un recinto de pórticos (Foro Paladio), cuyas ruinas subsisten. Cultivador de las letras, á las cuales en sus ocios forzosos se había dedicado, mandó copiar en Alejandría y otros puntos manuscritos destinados á restaurar las bibliotecas de Roma, despojadas por los incendios. Aficionado á la poesía, llamó á la corte á Stacio y á Marcial, de quienes recibió adulaciones. Marcial le alaba por haber, como censor perpetuo, restituido los templos á los dioses, las buenas costumbres al pueblo y el pudor á las familias. No sabemos, empero, si cuando Marcial escribía estas alabanzas y Quintiliano le llamaba *sanctissimus censor*, Julia, hija de Tito, estaba ya seducida y deshonorada por el tío, emperador, y

si Ramia había sido ya robada por él á su marido Elio.

Mas al par que esos encomios de los escritores vendidos, escribíanse en aquel tiempo sobre Domiciano juicios bien diferentes. Juvenal componía entonces su *primera sátira* (VII); y Tácito, que dejaba la pretura, preparábase á escribir la *Vida de Agrícola*; y entrambos, especialmente el segundo, fueron jueces severos, inexorables para este emperador. Tácito exhala contra él un rencor personal: Domiciano había hecho volver de Bretaña á su suegro Agrícola, pagando con un despreciable abandono los grandes hechos del ilustre capitán.

Bien diferentes de las de Agrícola fueron las empresas militares del nuevo César. Para atraerse á los soldados les aumentó las pagas, subiendo á 300 dineros la anualidad del legionario, que hasta entonces había sido de 225 ¹.

La Germania y la Dacia ² fueron el teatro de las empresas de Domiciano. En Germania combatió á los catios, pueblo turbulento que perturbaba con sus incursiones la frontera del Rhin. Al aparecer el ejército imperial, aquellos bárbaros se retiraron á sus bosques; de modo que el triunfo que Domiciano celebró en Roma, tomando el nombre de *Germánico*, fué por victorias quiméricas. Cesó, sin embargo, en el Rhin el ruido de las armas, debiéndose esto principalmente á la activa vigilancia de la frontera por el nuevo jefe y futuro conquistador de la Dacia, Ulpio Trajano, que extendió hasta el Danubio sus trabajos de fortificación. Estos trabajos aseguraron contra las incursiones germánicas los *agri decumates*, como se llamaba al terri-

¹ En tiempo de Polibio, el legionario recibía la paga de cinco sestercios diarios: César la dobló; Domiciano la subió de 10 á 13 y un tercio.

² La fecha de la guerra dácica es incierta. Una inscripción cartaginesa hace creer que comenzó antes de la de los catios, puesto que nos habla de un soldado decorado tres veces por Domiciano en la guerra dácica, en la germánica y otra vez en la dácica. Eusebio fija la primera expedición contra Decébalos entre los años 85 y 86. Véase Mommsen, V, 200.

torio situado en la frontera del Rhin y del Danubio superior, cuyos habitantes galos pagaban, en recompensa de la protección romana, el décimo de sus cosechas.

I. — Primera guerra dácica.

Los dacios, ascendientes de los modernos moldo-valacos y transilvanos, eran entonces regidos por un valeroso príncipe que, uniendo á la fortuna un gran talento, fundó en la frontera danubiana un numeroso pueblo unido y potente. Además de los dacios le obedecían los cuadios y marcomanos, con los cuales llegó á reunir fuerte y aguerrido ejército. Los historiadores dan á este rey bárbaro el nombre de Decébaló; pero más que nombre propio parece este título de honor, como lo eran el de Lucumón, Breno y otros. Como Marbod el marcomano en tiempo de Augusto, así Decébaló el dacio pensaba en fundar un gran Imperio á expensas de Roma.

Cuando se creyó preparado, pasó el Danubio y derrotó á la legión que guarnecía la Mesia inferior, depredando la provincia entera y dando muerte al gobernador Opio Sabino. Domiciano mandó entonces contra él grandes fuerzas conducidas por el prefecto del pretorio Cornelio Fusco, y para infundir mayor ánimo á los soldados, marchó él también al campo (85); pero apenas vió al enemigo reparar la frontera, se volvió á Italia.

Animado Fusco por esta retirada de Decébaló, que creía temor y que sólo era astucia, pasó al año siguiente el Danubio con el intento de vengar en Dacia el saqueo de la Mesia. En mal hora lo intentó: Decébaló, después de hacer internarse al enemigo, lo asaltó y desbarató inespera-

damente. Fusco pagó su audacia con la vida: era el segundo general romano muerto por los dacios. Pero no quedó impune su derrota, porque el gobernador de la Mesia superior, Calpurnio Pisón, ganó al fin á los bárbaros sangrienta batalla, devastando parte de su territorio. Esta victoria fué, sin embargo, estéril: Domiciano, ganoso de salir pronto de una guerra tan llena de sacrificios como vacía de compensaciones, celebró con el rey de los dacios, hacia fines del 89, un acuerdo por el cual Decébaló se obligaba á respetar la frontera del Imperio, prestando aparente homenaje al César ¹ y recibiendo de él preciosos donativos y algunos artesanos puestos á su disposición.

II. — Crueldad de Domiciano.

No fué de sus empresas militares, ni gloriosas ni desastrosas, de donde Domiciano recogió la infamia que los siglos han conservado á su nombre: la recogió de sus crueldades. Suetonio las atribuye á dos impulsos, la rapacidad y el miedo. El miedo le invadió grandemente ante la rebelión del jefe de la Germania superior, Lucio Antonio Saturnino. Preciábase éste de descender del famoso triunviro, y como tal descendiente aspiraba á la silla imperial. Al

¹ Suetonio, en su *Vida de Domiciano* cuenta que un hermano de Decébaló fué á Roma para recibir de manos de Domiciano la corona simbólica de la soberanía del Imperio sobre la Dacia. Mas como sobre este relato está el hecho de que aquella alta soberanía no fué jamás reconocida por el rey bárbaro, lógica es la sospecha, confirmada por la falta absoluta de medallas referentes á la primera guerra dácica, de que sea una simple fábula lo de aquel homenaje. Díón (LXII, 6) habla en cambio de un tributo anual que Domiciano se obligó á pagar á Decébaló; pero ni Suetonio ni Plinio, que son contemporáneos, dicen nada sobre el particular, y debe igualmente sospecharse la falta de verdad del relato de Díón.

efecto se sublevó con las dos legiones que mandaba, y pidió ayuda á los germanos; pero en tanto que el deshuelo retenía á éstos en la orilla derecha del Rhin, el gobernador de la Aquitania cayó sobre el rebelde en la orilla opuesta, y lo deshizo.

Desde este momento Domiciano no creyó ver á su alrededor más que traidores: recordando lo sucedido á Tiberio, cuyos *Comentarios* tenía siempre á la vista, cambió frecuentemente los prefectos del pretorio para no darles tiempo de ganarse los guardias, y confirió á 12 magistrados las funciones del prefecto de la ciudad. Acabó entonces para todo el mundo la libertad de pensar, y los estoicos pagaron el mayor tributo á este martirologio del pensamiento: Erenio Seneción, por haber escrito la vida de Elvidio Prisco, y Junio Rústico por el elogio de Peto Trasea, fueron llevados á las *gemonías*, y sus libros quemados en el Foro, en aquel mismo Foro donde otras veces se reunía el pueblo libre: «aquel lugar fué escogido, dice Tácito, como si se quisiera sofocar á un tiempo entre las llamas la voz del pueblo, la libertad del Senado y la conciencia humana ¹.

El Senado no tenía ya entonces libertad que perder: Domiciano, para hacerlo instrumento aun más dócil de su tiranía, mantenía á la curia rodeada de sus guardias; y los padres, convertidos en verdugos por el miedo, dictaron todas las sentencias de muerte que les pidiera, y con un solo decreto expulsaron de Italia toda la referida secta de los estoicos ². La secta judaica fué también perseguida por el tirano. Vespasiano había impuesto á los judíos el tributo del *didrammo*, extendiéndolo aún á los que vivían á la ma-

¹ Tácito, *Agr.*, II.

² Sulpicia, mujer de Galeno y contemporánea de Domiciano, compuso sobre la expulsión de los filósofos una sátira de 70 exámetros, titulada: *De edicto Domitiani quo Philosophos ex urbe exegit*. Véase la edición de Jahn, Berlín, 1863.

nera judaica aunque no hubiesen hecho profesión pública de tal fe ¹ y entre los cuales fueron comprendidos los cristianos, mirados siempre como una secta judía. Domiciano, deseoso de acabar con la escasez á que las construcciones, los espectáculos y el aumento de las pagas militares lo habían reducido, adoptó el mayor rigor para que la contribución judaica fuese recaudada. Una medalla de aquel emperador con la inscripción: *Fisci judaici calumnia sublata*, atestigua los esfuerzos hechos por una parte para librarse de la carga, y por la otra para asegurar la exacción.

Los escritores eclesiásticos atribuyen también á Domiciano un edicto de persecución contra los cristianos. Los escritores paganos nada dicen sobre ello, mencionando por el contrario algunas ejecuciones capitales por delito de lesa religión de Estado, entre ellas las de Flavio Clemente, sobrino del emperador por parte de su mujer, que fué muerto al salir del consulado, y la de Acirio Glabrión. Estamos por lo demás, todavía lejos del tiempo en que esta secta inspirase al Imperio el miedo bastante á dispensarla el honor de una persecución general.

Llegaba Domiciano al décimoquinto año de su reinado, y la larga quietud que siguió á la rebelión de Saturnino empezaba á tranquilizarle, cuando en su mismo palacio se formó la conjuración que lo perdiera. Tenía el tirano por costumbre escribir en una lista los nombres de las personas á quienes se proponía condenar, para que no se le olvidase alguna; y sucedió que una de estas listas fué perdida por él y descubierta, en la cual figuraban, con otros muchos, su propia mujer Domicia, los prefectos del pretorio Norbano y Petronio, y su ayuda de cámara Partenio. El peligro común hizo aliarse á las víctimas designadas, juramentándose para dar muerte al déspota. La ejecución

¹ Suet., *Dom.*, XII.

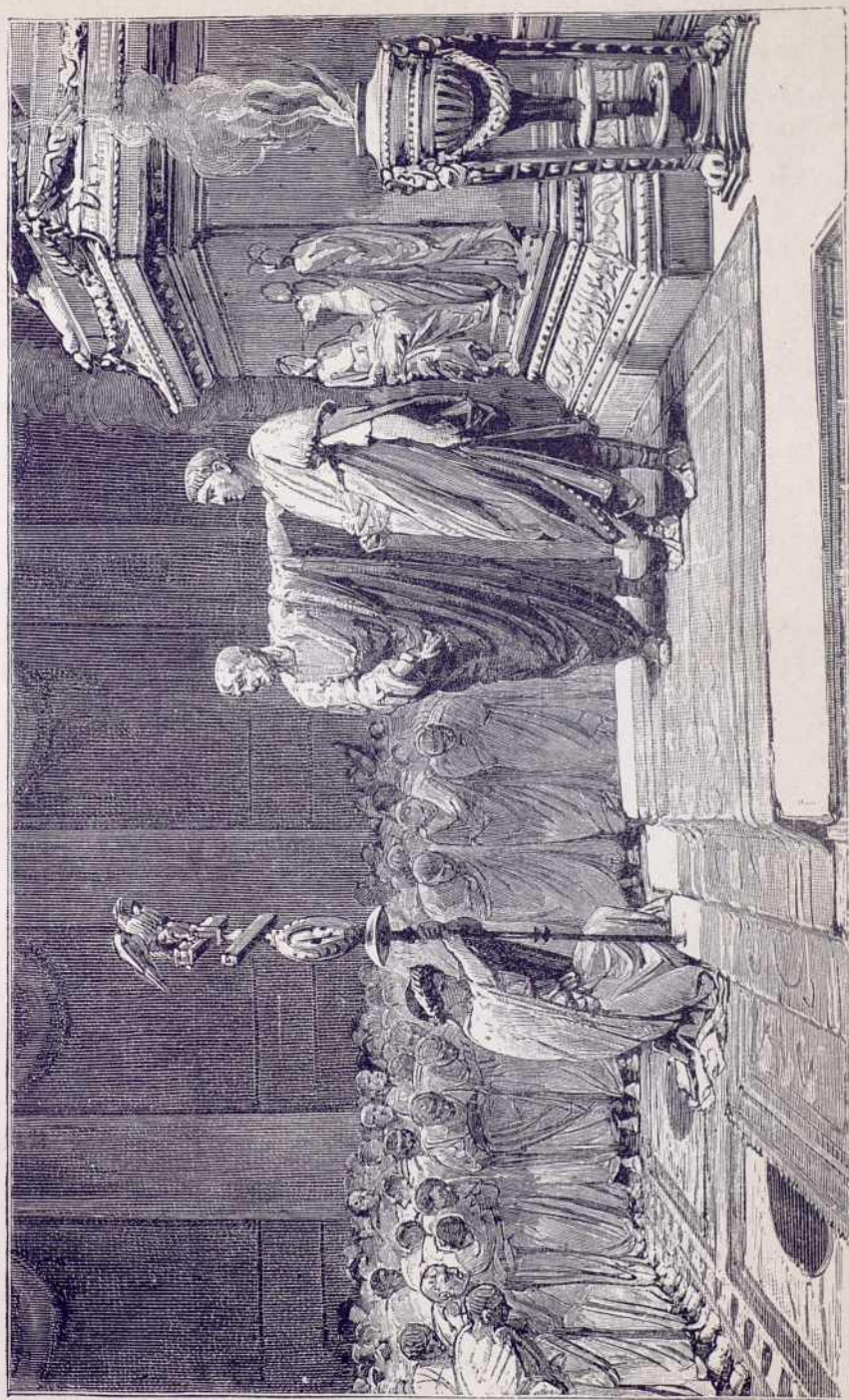
del golpe fué confiada al liberto Stefano, que había estado al servicio de Domitila, mujer que fué del sacrificado Flavio Clemente, y á quien Domiciano desterró á la isla Pandataria. Para evitar sospechas fingió Stefano tener estropeado el brazo izquierdo, que se hizo vendar, y apareció en la mañana del 18 de Septiembre del 96 ante el emperador, pretextando que iba á revelarle cierta conspiración; y mientras Domiciano estaba leyendo un papel que Stefano le diera como documento perteneciente á la trama, el liberto sacó un puñal que llevaba escondido, y le hirió en el vientre. Á los gritos del tirano, que luchaba fieramente con su agresor, acudió el camarero Partenio, que era también del complot, con algunos gladiadores, y Domiciano cayó sin vida á los nuevos golpes de sus aceros.

NERVA (96-98) ¹

I.—Nueva época del Imperio.

La noticia del fin de Domiciano fué recibida por todos con júbilo, menos por los pretorianos; pero los prefectos del pretorio Norbano y Petronio, que eran del complot regicida, impidieron á los guardias obrar rápidamente, y el Senado se apresuró á recobrar su derecho de disponer

¹ Las *Vidas de los Césares*, de Suetonio, concluyen con la muerte de Domiciano: las fuentes principales para los reinados de Nerva y Trajano están en la *Historia romana* de Dión Casio. Bajo estos dos emperadores continuó Juvenal la publicación de sus *Sátiras*, de las cuales sólo diez y seis, divididas en cinco libros, nos han llegado; y Tácito escribió ó acabó de escribir su *Vida de Agricola*. Las principales obras de este gran historiador, la *Germania*, los *Anales* (XIV, 68), y las *Historias* (LXIX, 96), fueron escritas en el reinado de Trajano.



ADOPCIÓN DE TRAJANO.



del Imperio. Olvidando los padres que habían sido cómplices de las infamias del tirano, pronunciaron toda clase de vituperios contra el muerto, é hicieron derribar sus estatuas; y luego saludaron como emperador al viejo consular Marco Coceyo Nerva, natural de Narni, desterrado á Tarento por Domiciano, á quien daba envidia su honradez. La elección de este hombre era, pues, una revancha de la razón y de la conciencia sobre las depravadas costumbres. Tácito dedujo de ella un grato pronóstico para el porvenir del Imperio. «Al fin, dice en el proemio de su libro sobre *Agricola*, respiramos en la aurora de un siglo que promete la difícil reconciliación del poder y la libertad. Nuestros padres habían visto los excesos de la licencia; nosotros hemos visto los de la tiranía, grande como nuestra paciencia. Después de 15 años de un reinado en que perecieron los más ilustres y valerosos de nuestros conciudadanos, puede decirse que sobrevivimos á nosotros mismos; porque justo es descontar de nuestra vida el tiempo que, en medio de un silencio sepulcral, transcurrió para llevarnos de la juventud á la edad madura, y de la madurez á la senilidad.» Con Nerva empieza, en efecto, una época nueva para la historia del Imperio romano: es la época mejor, en que figuran los nombres de los Antoninos, y que comprende cinco reinados en los cuales la justicia no fué una vana palabra, ni la gloria militar un recuerdo vano.

Apaciguados los guardias con la promesa de un donativo y con la elección de un prefecto del pretorio á su gusto, Nerva inauguró su reinado protestando que, mientras él viviese, ningún senador sería condenado á muerte; y tomó algunas medidas que hicieron nacer la esperanza de un período reparador: castigó con la muerte á los esclavos y libertos que bajo Domiciano habían hecho traición á sus dueños y patrones: suprimió los procesos de majestad y

amenazó con penas severas á los falsos delatores: fundó tres colonias en beneficio de los pobres de Roma, concediéndoles tierras por valor total de 15.000.000 de dracmas ¹, y ordenó que los niños italianos nacidos de padres pobres, fuesen mantenidos á expensas del Estado, hasta la edad en que pudiesen ganarse con el trabajo el sustento ². Estas obras benéficas atestiguaban su bondad; pero no tardó en conocerse que la edad le había quitado toda energía. Los pretorianos, unidos á los legionarios, seguían creyéndose árbitros del Imperio; y por miedo ante ellos Nerva abandonó á su venganza los matadores de Domiciano, incluso su propio jefe Partenio. Pero esta violencia dió un buen resultado: Nerva, comprendiendo su impotencia, tomó una resolución que le aseguró la inmortalidad yendo al Campidoglio y adoptando como hijo, al pie de la estatua de Júpiter y en presencia del Senado y de los caballeros, al general Marco Ulpio Trajano, á quien desde luego asoció á la potestad tribunicia é imperial (Octubre del 97).

Tres meses después de la adopción de Trajano, el viejo Nerva murió (28 de Enero). Su hijo adoptivo, por gratitud, lo divinizó.

(TRAJANO 98-117) ³

I.—Alianza del principado con la libertad.

El nuevo emperador era natural de Itálica, en la Bética española, y debía su inesperada fortuna á su fama militar.

¹ Dión Casio, XXVIII, 2.

² Una de sus medallas representa á Nerva sentado en silla curul, extendiendo una mano á un muchacho y una muchacha que van acompañados por su madre. La medalla tiene además la leyenda: *Tutela Italiae*. Eckel, VI, 407.

³ Son importantes para la historia de Trajano el discurso de Plinio el Joven, en que le dió gracias por su consulado, y su correspondencia epistolar.

Era Trajano el hombre de las legiones: como Anníbal, había crecido entre las armas siguiendo á su padre. Le había acompañado á Oriente en la guerra judaica, y le había visto recoger en ella los honores debidos á su valor. El ejemplo paterno no podía ser infructuoso para aquel joven que por su genio, y hasta por la tradición de su familia, se sentía llamado á la carrera militar. Su hoja de servicios, cuando Nerva lo adoptó, era brillante: había servido diez años con el grado de tribuno en Siria y en el Rhin; había sido el año 85 pretor en España, el 91 cónsul, y, cuando su proclamación, era tres años hacía gobernador de la Germania superior, y se ocupaba en los trabajos de fortificación de la frontera renana por encargo de Domiciano. Y daba tal importancia á estos trabajos, que ni el anuncio de su adopción ni el de la muerte de Nerva fueron bastantes para que abandonase su dirección, quedándose en aquella región hasta el estío del año 99, y dejando al Senado y á los cónsules el cuidado de gobernar á Roma y al Imperio. Esta permanencia en el campamento aumentó para Trajano el favor de las legiones; y la paz mantenida en Roma y en el Imperio mismo durante todo el tiempo de su ausencia de la metrópoli, demostró que la soberanía imperial, falta de instituciones, tomaba su fuerza del ejército. Y sin embargo, este soldado que durante 30 años había vivido bajo la tienda, apenas llegó á Roma admiró al mundo con la sencillez de sus costumbres y su profundo sentimiento del deber y de la justicia. Al entregar su espada al prefecto del pretorio Licinio Sura, «te doy, le dijo, este arma, para que la esgrimas por mí si lo hago bien y contra mí si lo hago mal;» y á las preces anuales á los dioses para la continuación de su reinado, quiso que se añadiese la frase «mientras lo merezca». La mujer de Trajano, Plotina, de severas costumbres, emulaba al marido en la modestia. En el acto de entrar en el palacio imperial se volvió hacia el

pueblo para decirle: «quiero salir de aquí tal como entro:» y cumplió su promesa.

Esta noble emulación en la práctica de virtudes, rara en los poderosos; la aplicación constante de la justicia, y el respeto á la autoridad del Senado, hubieran debido merecer á Trajano la alabanza que con menor fundamento tributó á Nerva llamándole fundador de la alianza entre la monarquía y la libertad, hasta allí irreconciliables ¹.

Pero la realidad de esta alianza no bastó á cambiar las costumbres. Su misma razón de ser lo impedía: en vez de provenir de instituciones que fuesen garantía de su emulación, se fundaba sólo en las cualidades personales de un hombre que de un momento á otro podía desaparecer. Siguiéron, pues, los hábitos de servilismo que habían dominado á tres generaciones. Cuando el príncipe invitó al Senado á recobrar sus antiguas prerrogativas, los padres le dijeron: «tú quieres, oh César, que nosotros seamos libres, y lo seremos; tú quieres que manifestemos nuestras opiniones, y lo haremos así.» Estas serviles palabras anuncian que cuando la tiranía vuelva encontrará otra vez la sumisión. Un documento demostrativo de esta indigna humildad es el *panegírico de Trajano* escrito por el buen Plinio; el cual desarrollando en todo un volumen la oración senatorial dirigida al emperador al asumir el consulado, se extiende en enfáticos elogios ilimitados. Esta oración, en efecto, fué escrita en el otoño del año 100, cuando todavía Trajano no había tenido tiempo de hacer ver lo que era como emperador.

¹ *Res olim dissociabiles miscuerat, principatum et libertatem.* Tác., *Agr.*, 3.

II.—Segunda guerra dácica.

Mientras el Senado abrumaba de adulaciones al nuevo príncipe, éste pensaba en recoger nuevos laureles en teatro bien distinto del palacio y de la curia. El hombre que había crecido entre sus compañeros de campamento, debía hastiarse bien pronto de la ociosa vida que la dignidad imperial le imponía, y que el servilismo de todos le hacía más pesada y odiosa. Por esto al expirar el segundo año de su venida á Roma, dejó á la metrópoli y partió para la guerra dácica. Era esta guerra una herencia transmitida al Imperio por Domiciano. Aunque no se crea lo que Dió Casio dice de haber Domiciano consentido en pagar un tributo de paz al rey de los dacios, es indudable que su guerra con éste no tuvo nada de gloriosa; y Trajano oyó decir con fundamento á sus oradores que la mengua depurada por Domiciano al Imperio, en las orillas del bajo Danubio, necesitaba ser borrada.

El pensamiento de la guerra dácica había ocupado la mente de Trajano desde su advenimiento al trono. Antes de regresar á la metrópoli había ido á la Panonia y á la Mesia para inspeccionar la frontera danubiana, y ordenar la continuación del camino militar de la orilla derecha del Danubio inferior, comenzada por Tiberio. La inscripción de la roca cortada á pico sobre la orilla izquierda para abrir á las legiones permanente camino, es anterior en un año á la primera expedición contra los dacios ¹. El 25 de

¹ La inscripción dice: *Montibus et fluvii anfractibus superatis, viam patefecit*, Mommsen, *Corp. Insc. lat.*, t. III, N. 1699.

Marzo del año 101 partió Trajano de Roma en dirección al bajo Danubio, llevando consigo diez cohortes pretorianas y dos cuerpos de caballería, el uno de bátavos y el otro de maurios. En la orilla del Sava se unió al grueso del ejército, compuesto de cinco legiones ¹. Eran en todo 60.000 hombres los que Trajano conducía á combatir contra el fiero Decéballo. Echando un puente de barcas sobre el Danubio en *Viminacium* (Kostolatz), entró en el moderno Banato, donde pasó el invierno ocupando á sus tropas en trabajos que le asegurasen una base de operaciones. En la primavera del 102 prosiguió su marcha é invadió la Transilvania, que era el centro del Imperio dácico, y derrotó en Tapé á Decéballo, que le salió al encuentro. Una segunda derrota sufrida por éste en Sarmicegetusa (hoy Varhely), que le costó la pérdida de la capital, le obligó, para evitar una total ruina, á aceptar las duras condiciones que el vencedor le impuso: entrega de las armas y los desertores; desmantelamiento de las fortalezas; establecimiento de un presidio romano en la capital; alianza con Roma.

Este fin tuvo la segunda guerra dácica, que duró dos años (101 y 102). Trajano celebró su triunfo en Roma, y el Senado le confirió el título de *Dácico*. Pero la sumisión de Decéballo no era sincera: apenas el enemigo se alejó, dedicóse á reorganizar su ejército y buscar nuevos aliados, invitando á serlo al rey de los parthos. Trajano, sin embargo, volvió á tiempo de desbaratar la trama: cerca de la moderna plaza rumana de Turnu-Severinului, en la orilla izquierda, y de la ciudad serbia de Kladova, en la derecha, hizo el arquitecto Apolodoro de Damasco echar un puente de piedra sobre el Danubio, obra maravillosa cuyas colo-

¹ Sobre la línea de Carnunto hasta Tresmi, en la Dobruscha, estaban acampadas ocho legiones; Trajano se llevó cinco á la guerra dácica.

sales ruinas se ven todavía cuando las aguas bajan ¹. Concluida la grande obra, la conquista de la Dacia quedaba expedita; y si en la primera guerra necesitó Trajano dos años para hacer de aquel país un reino vasallo del Imperio, entonces le bastó un año para hacer de él una provincia. Decébalo, vencido en todos los encuentros, al anuncio de que su última fortaleza había caído en manos del enemigo, se mató con su propia espada (106) ². Para proteger la nueva provincia, fundó en ella Trajano algunas colonias militares, llevando á poblarlas veteranos de todas las legiones. La principal de estas colonias fué mandada á Sarmicegetusa, que cambió su nombre por el de *Ulpia Trajana*; para guardar el puente del Danubio fundó en la orilla derecha á *Oescus* y á *Ratiaria*; y en la confluencia del Alouta fundó la ciudad de la victoria, Nicópolis, que aun hoy conserva su histórico nombre.

Si estas colonias no fueron una fuerza bastante para asegurar al Imperio el dominio estable de la Dacia, tuvieron en cambio la aptitud de asimilarse la raza indígena, latinizándola. La Dacia fué una nueva Italia (*Tzarea Roumanesca*); y hoy todavía, después de tantos siglos transcurridos y tantas invasiones de que la antigua Dacia fué teatros, aquel país se llama *Rumania*, y la lengua de su pueblo tiene por base el latín.

Monumento vivo de la conquista de la Dacia tenemos aún en la *columna Trajana*, obra también del arquitecto Apolodoro, la cual enseña, historiados en sus admirables bajos relieves, los principales sucesos de las dos guerras. Esta columna, de orden dórico y 30 metros de alto, se alza en el Foro construido por Trajano entre el Quirinal y el

¹ El puente se apoyaba sobre 20 pilares, y tenía una longitud de 3,570 pies romanos, que equivalen á 1.100 metros.

² Al principio de la campaña trató Decébalo de hacer asesinar á Trajano, pero inútilmente.

Capitolino. En las 2.500 figuras que la adornan, demuestra las costumbres de los bárbaros dacios, ya representándolos en el acto de incendiar sus fortalezas, ya recordando los crueles tratamientos usados por sus mujeres con los prisioneros romanos. Es asimismo esa columna un monumento de la gloria militar de Roma, que Trajano hizo revivir ¹.

Cuando Trajano conquistaba la Dacia, su legado Aulo Cornelio Palma llevaba por orden suya sus armas á la *Arabia Petrea* ². Aconsejaba la ocupación de aquel país la necesidad de asegurar la Palestina contra las incursiones de los beduinos árabes y de proteger las relaciones comerciales entre el Éufrates, la Siria y los puertos del mar Rojo. La expedición de Palma tuvo pleno éxito: el Imperio ganó una nueva provincia, que recibió el nombre de *Arabia* (22 de Marzo de 106), y envió para administrarla un legado pretorio, residente primero en Petra, más tarde en Bostra. Palma conquistó también la ciudad de Damasco, que dependía del principado árabe de Petra, y que fué agregada á la provincia de Siria (106).

Á su vuelta de la última guerra dácica, pasó Trajano ocho años en Roma. En este período practicó todas las virtudes civiles, que le valieron el nombre de *Óptimo* dado por el Senado, y le clasificaron entre los mejores emperadores romanos. Él no dotó al Imperio de instituciones que lo preservasen contra la tiranía: le faltaban el genio y la audacia del reformador. Su misión fué más modesta: "cuidó, dice Plinio, de que el Estado no debiese su destrucción á las leyes que lo debían conservar." Este elogio, que no

¹ Sobre la columna fué colocada más tarde una estatua colosal de Trajano, de bronce dorado. Esta estatua fué destruida en la Edad Media, no se sabe cuándo ni por quién. Sixto V, restaurador de la columna, sustituyó la estatua de Trajano con la de San Pedro (1587).

² Lleva este nombre la parte de la región arábica que se extiende al Oriente de la Palestina, desde Damasco al mar Rojo.

es adulator, compendia el programa político de Trajano, que confirmaron sus edictos severos contra los falsos delatores, las garantías que se prestó á las leyes de majestad para que no sirviesen, como en el pasado, de instrumentos de venganza. Á este fin tendía también la restablecida prohibición á los esclavos para acusar á sus dueños.

Demuestra igualmente el acierto del gobierno de Trajano el no haberse aumentado durante su imperio tributo alguno, y el haberse disminuído los existentes. Y sin embargo, debiéronsele obras colosales. Recuérdanse entre ellas: el puente de piedra sobre el Danubio; la red de caminos militares que comunicaban entre sí á las nuevas ciudades de la Dacia; los puertos de Ancona y *Centumcellæ* (Civitavecchia); el Foro Trajano de Roma con su soberbio arco triúnfal, sus pórticos, bibliotecas y basílicas; el déci-mo acueducto, que conducía á Janículu el agua del lago *Sabatinus* (lago de Bracciano), hoy llamada *Acqua Paola*.

Simultáneamente con estos grandes trabajos, sostuvo Trajano el de tres grandes guerras; y todo esto no obstante, halló también el medio de ocuparse en la beneficencia pública dotando á Italia de una institución que las sociedades modernas no han conseguido imitar, aunque las necesidades del proletariado no sean hoy menos vivas y sentidas que en aquel tiempo: esta institución fué su *ley alimenticia*.

Ya Nerva había tenido el designio de hacer concurrir el Estado al mantenimiento de los hijos de ciudadanos pobres, á fin de asegurar, como dice una inscripción, la eternidad de Italia ¹. La muerte impidió su realización al viejo emperador. Trajano hizo suyo el pensamiento, extendiendo la próspera institución á la Italia entera. Y en el año 100, que fué el primero de la ley alimenticia, el número de

¹ Orelli, N. 784.

niños mantenidos por el Estado subió á 5.000 ¹. No se crea, sin embargo, que aquella era una ley exclusiva de beneficencia: la proporción mínima en que las mujeres aparecen en las listas de los socorridos, hasta el punto de no sumar la décima parte de éstos, nos demuestra que el



TRAJANO.

Estado se propuso con la ley alimenticia un objeto superior. Plinio, hablando de ella, nos delinea así el objetivo: «Estos niños, dice el panegirista de Trajano, son nutridos

¹ Plinio, *Paneg.*, XXVIII. Por la *tabula alimentaria Bavianorum*, descubierta el año 1832 en Campolactari, cerca de Benevento, y por la extensa *inscripción* de Veyes, descubierta cerca de Piacenza en 1747 (Veyes fué destruida por el derrumbamiento de una montaña en el reinado de Probo), sabemos el sistema adoptado por Trajano para hacer fecunda la filantrópica institución y asegurarla contra los caprichos y la avaricia de los futuros emperadores. El fisco prestaba dinero sobre

á expensas del Estado para que sean su apoyo en la guerra y su ornamento en la paz. Ellos llenarán un día nuestras estaciones militares y nuestras tribus, y de ellos nacerán hijos que ya no tendrán necesidad de la pública asistencia. » Pero ya fuese la beneficencia objeto de la ley ó simple medio para conseguir otro, esto no quita su carácter providente á la institución, la cual, imitada luego por los provinciales, hizo sentir su benéfico influjo sobre toda la extensión del Imperio. Los sucesores de Trajano la conservaron y la observaron; y existen inscripciones y medallas que lo recuerdan hasta la segunda mitad del siglo III ¹: Después desapareció, envuelta en las calamidades que se condensaron sobre el Imperio.

III.—Trajano y los cristianos.

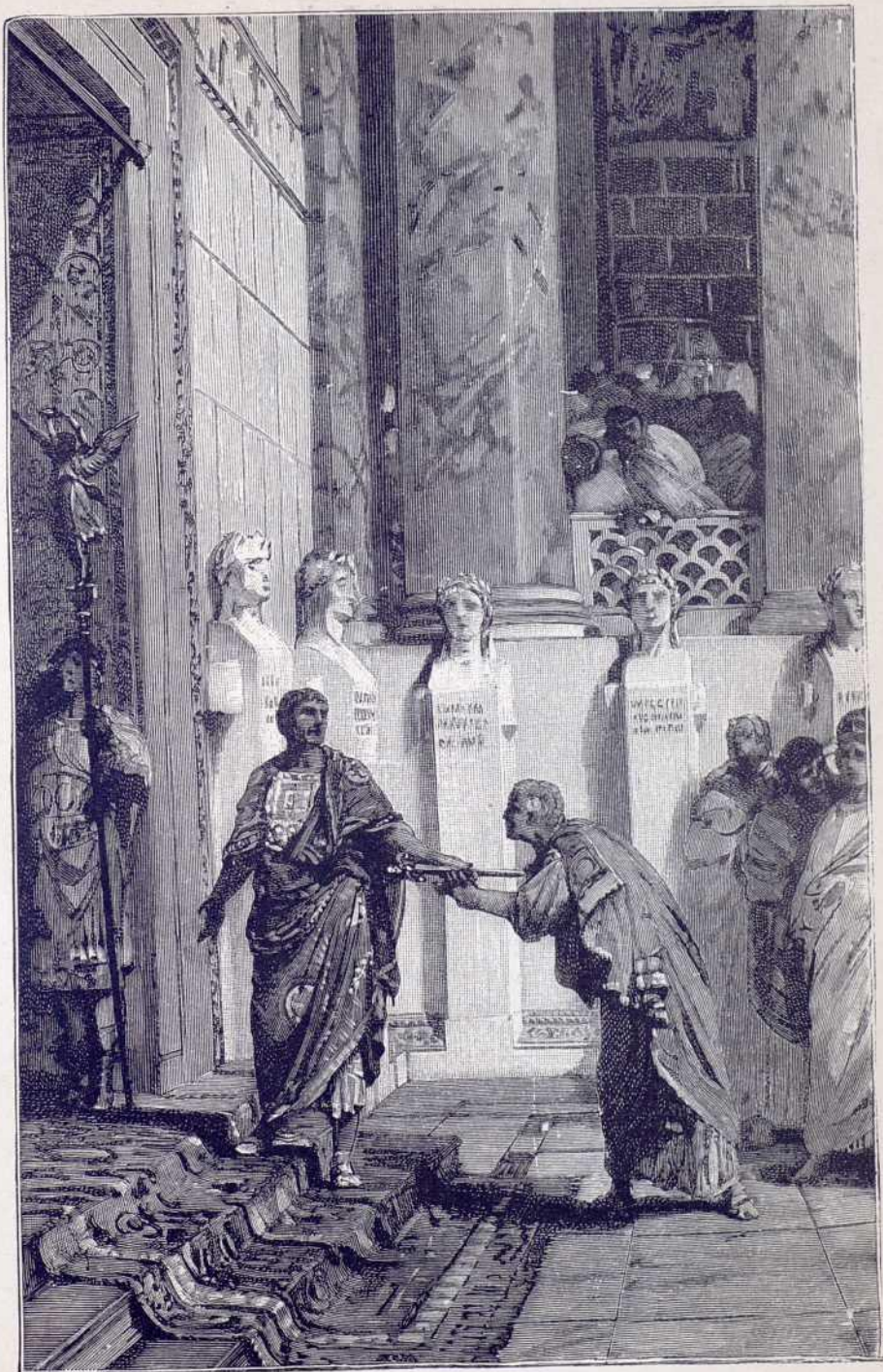
De la atención puesta por Trajano en el gobierno de las provincias tenemos interesante prueba en su correspondencia con Plinio el Joven, cuando éste, después de haber sido cónsul, fué á desempeñar el gobierno de la Bitinia ². Desde aquella tierra asiática el gobernador consulta á su soberano hasta sobre cosas minuciosas, como la restauración de un templo (de Cibeles), ó de un baño, la absolución ó la condena de algún oscuro delincuente, y otras análogas. Dos cartas de esta correspondencia tienen especial importancia, porque tratan de los cristianos. Trajano, al subir al trono, había probado su espíritu de tolerancia aboliendo

hipoteca á los propietarios. El interés módico que éstos pagaban al Estado por el capital recibido en préstamo (5 y aun 2 $\frac{1}{2}$ por 100), debía ser invertido en provecho de la institución misma.

1 Eckel, VI, 406. Medallas de Galieno y de Claudio II.

2 Plinio tuvo el gobierno de la Bitinia desde el 17 de Septiembre del 111 hasta fin de Enero del 113.

el crimen de ateísmo y de judaísmo, en los cuales habían sido comprendidos los cristianos. Pero si no podía inquietarle el que una parte de sus súbditos adorasen á Cristo y no á Júpiter, le perturbaba la costumbre de reunirse para orar, que los nuevos sectarios practicaban como condición esencial de su culto. En estas reuniones veía algo amenazador contra el Estado, sus leyes y su religión; por esto las prohibió con un edicto. Plinio, al darle cuenta de haber cumplido el mandato imperial, expone al soberano algunas dudas que revelan la honradez y el humanitarismo de su ánimo. «¿Se castiga en los cristianos, pregunta el gobernador, únicamente el nombre, ó los crímenes que bajo ese nombre se sospechan? ¿Debe tenerse en cuenta la edad de los delincuentes, y debe perdonarse á los arrepentidos? Yo sigo esta norma: les pregunto si son cristianos; si recibo respuesta afirmativa, repito segunda y tercera vez la pregunta, amenazándoles con el suplicio; si persisten los condeno, porque cualquiera que sea el objeto de su confesión, siempre resultan reos de obstinación y desobediencia.» Á esta consulta respondió Trajano invitando al gobernador á no hacer averiguación alguna contra los cristianos, y á no castigarlos sino cuando resultasen confesos, absteniéndose de recibir acusaciones anónimas y de condenar por simples sospechas. Vese, pues, en esta respuesta un espíritu de indulgencia que ciertamente no se advertiría si se tratase de una verdadera persecución. Trajano no permitía á los cristianos ser un elemento perturbador de la sociedad romana; este era, en rigor, su criterio. Por lo demás, la Iglesia no hizo á Trajano cargo alguno por el rigor con que trató á los cristianos; y de ello es buena prueba la rehabilitación celeste que obtuvo luego por intercesión de Gregorio Magno. Esta leyenda del siglo VII fué autorizadamente sostenida por Santo Tomás de Aquino, de quien Dante la tomó eternizándola al poner á Trajano en su *Paraiso*.



«TE DOY ESTE ARMA PARA QUE LA ESGRIMAS EN MI FAVOR, SI OBRO BIEN; Y CONTRA MÍ.
SI OBRO MAL.»

IV.—Guerra pártica.

Á fines del año 113 dejó Trajano á Roma, donde había permanecido diez años, y se encaminó á Oriente, donde la eterna cuestión armenia reclamaba de nuevo la intervención de las armas. El rey de los parthos, Cosroe, que sucediera el año anterior á su hermano Pacoro II, desentendiéndose de los derechos de soberanía que las victorias de Corbulón habían dado al Imperio sobre aquel reino, mandó un hermano suyo, Asidare, á ocuparlo. Trajano, que no había ignorado la secreta alianza del predecesor de Cosroe con Decébalos, se aprovechó de la nueva ofensa para declarar la guerra á los parthos. Cosroe, temeroso de lo que le amenazaba, mandó á Trajano, que estaba en Atenas, una embajada con ricos donativos y el ruego de que diese la corona armenia á Partomasiris, otro sobrino suyo. Trajano rehusó los presentes y dijo á los embajadores que les haría conocer su voluntad en las orillas del Éufrates. Como en la segunda guerra dácica, así en esta de Armenia la expedición romana pareció una marcha triunfal. Partomasiris, que ya había sustituido á Asidare, después de intentar en vano detener la invasión, pidió paz. Trajano le invitó á presentarse en su campo.

El emperador estaba sentado en su tribunal, con su ejército desplegado á la espalda, cuando en aspecto humilde pareció ante él Partomasiris, el cual se quitó de la cabeza la corona y la puso á sus pies; y todavía esperaba el armenio la respuesta, cuando se oyó un estruendoso grito de las legiones: era el grito que solían exhalar después de la victoria, la proclamación del *imperator*. Fuese aquello

una escena preparada, ó efecto natural de la situación, Trajano la aprovechó para declarar la Armenia provincia romana, y despidió á Partomasiris. El fin de este infeliz rey es incierto; un fragmento de Frontón hace sospechar que pereció en su regreso, acaso por la voluntad de Trajano ¹; pero esto no es más que una presunción de aquel historiador, contra la cual está el carácter de Trajano opuesto á cobardes bajezas, y está aquella situación misma, en la cual nada importaba que Partomasiris viviese ó no.

La Armenia estaba recobrada; necesitábase asegurarla para el porvenir. En Septiembre del 114 Trajano entró en la Mesopotamia, dividida entre príncipes vasallos del rey de los parthos. El de Edesa, que había vacilado entre Cosroe y Trajano, al aparecer éste ante los muros de su capital se le sometió; Trajano lo dejó en su principado, aunque dependiente de la soberanía de Roma; los otros príncipes, que resistieron, fueron vencidos y desposeídos, y esta suerte tocó también á Mebarsape, soberano del Adiabena (Asiria septentrional, entre el Lico y Tigris). Trajano tomó á Nisibe, y su legado Lusio Quieto, sin combatir, á Singara. Cumplida la conquista de la Mesopotamia, volvió el emperador á Antioquía para pasar allí el invierno del 115-116 y prepararse á la expedición contra el reino pártico. Durante estos preparativos un horrible terremoto destruyó gran parte de la capital de la Siria, haciendo gran número de víctimas humanas (13 de Diciembre del 115). La presencia del emperador disminuyó la gravedad del desastre; y por orden suya fueron inmediatamente reconstruídos muchos edificios. Después de una estancia de cuatro meses en la infeliz ciudad, que quedó tristemente memorable por el martirio de su obispo Ignacio con que

¹ Frontón era amigo de Marco Aurelio. *Trajano cædes*, escribe, *Parthomasiri regis supplicis haud satis excusata*. Ed. Naber, 1867, pág. 209.

Trajano castigó las ofensas que de él recibiera, prosiguió el emperador la guerra contra los parthos. Atravesando nuevamente la Mesopotamia, pasó el Tigris sobre barcas construídas en los bosques de Nisibe, y en poco tiempo hizo suya la Adiabena entera. Desde allí, para herir al enemigo en el corazón, embarcó en el Éufrates su ejército,



INSCRIPCIÓN TRAJANA.

fué á ocupar á Seleucia, repasó luego el Tigris y asaltó á Ctesifonte, capital párthica. Cosroe no intentó siquiera la defensa, y al aproximarse el enemigo huyó á buscar refugio en la extremidad de la Media; y de este modo Ctesifonte cayó en poder del emperador (116). Susa y Seleucia sufrieron la suerte de la capital. Trajano, sentado en el trono aurífero del rey de los parthos, proclamó la Mesopo-

tamia y la Asiria provincias del Imperio. Pero la reacción no tardó en producirse, y el reino pártico, que parecía moribundo, desplegó de improviso una vitalidad que hizo expiar amargamente su audacia al invasor. La señal partió de Seleucia, y Nisibe y Edesa siguieron su ejemplo sublevándose, y con ellas las ciudades todas del Norte de Mesopotamia. El ejército romano estaba á punto de verse encerrado en el desierto, y pensaba con terror en lo sucedido á Craso, cuya repetición le amenazaba. Pero su jefe era bien diferente de aquél; las principales ciudades rebeldes, Nisibe, Edesa y Seleucia, fueron reconquistadas, é incendiadas en pena de su rebelión. Á pesar de esto, Trajano perdió la fe en la eficacia de sus conquistas; y así lo demuestra el haber restaurado allí la monarquía, ciñendo en Ctesifonte la corona del rey de reyes á Partomaspates. Después tomó el camino de la Siria, donde sintió el temor de su debilidad; faltó delante de Atra de agua y de forrajes, asaltó sus fortalezas para procurárselos. Pero fué rechazado; un legado y muchos legionarios perecieron; algunos de su escolta cayeron á su lado. Llegado, en fin, á Antioquía, se separó del ejército y se dirigió á Roma para celebrar el triunfo. Mas los estragos de la fatigosa marcha habían minado aquel organismo ya debilitado por los años, y el valiente emperador falleció en Selinunte (Cilicia) de la fiebre contraída en la travesía del desierto. Murió el 7 de Agosto del 117, después de diez y nueve años y medio de reinado.

La política conquistadora resucitada por Trajano contra los memorables consejos de Augusto, había fructificado del lado allá del Danubio, pero quedó plenamente condenada del lado allá del Éufrates. El Imperio debió convencerse una vez más de que su fuerza expansiva se esterilizaba al llegar á las orillas de aquel río. Roma, sin embargo, no culpó á Trajano por aquel resultado, y en memoria de las

virtudes civiles de este príncipe, tan raras en un conquistador, tributó merecido honor á su nombre haciendo decir al Senado en el advenimiento de todo nuevo César, que deseaba que fuese «más feliz que Augusto y mejor que Trajano.» (*felicior Augusto, melior Trajano*).

ELIO ADRIANO ¹ (117-138)

I.—Su política.

El hombre llamado á recoger la herencia del Imperio tenía con Trajano doble parentesco; una tía de Trajano era su abuela, y la mujer del mismo Adriano era sobrina de una hermana de aquél. Estos vínculos no bastaban á crear entre ellos relaciones íntimas, ni mucho menos á dar á Adriano la sucesión. Más que el parentesco contribuyó acaso á aproximar estos dos hombres la patria común. Lo mismo que la gente *ulpia*, así la *elia* vivía desde el tiempo de los Escipiones establecida en Itálica de España. Trajano y Adriano eran, pues, paisanos, y parece natural que en medio de la agitada vida del campamento, el pensa-

¹ Con Adriano comienza la colección biográfica de los llamados *Scriptores historiae Augustae*. Sábese quiénes fueron los autores de esta colección, pero se ignora cómo se distribuyeron entre ellos el trabajo. Los códices están sobre esto desacordes: los autores indicados por el *Codex Palatinus* y por el *Bardengensis* son distintos de los que citan otros manuscritos. Entre los conocidos está el biógrafo de Adriano, que fué Elio Espartiano. Su *Vita Hadriani Imp.* fué tomada en gran parte de la autobiografía de Adriano: de aquí su importancia histórica (véase Knaut). Bajo Adriano escribió Suetonio Tranquilo su obra *De Viris illustribus*, de la que sólo nos han llegado fragmentos, y los ocho libros *De Vita Caesarum*, que nos han llegado casi enteros. Julio Floro compuso sus *Bellorum omnium annorum DCC, libri duo*, ó sumario de la historia romana desde el origen de Roma hasta Augusto.

miento de la patria despertase en ellos gratos recuerdos, que debían unirlos.

Adriano había nacido el año 76, y tenía, por lo tanto, cuatro lustros menos que Trajano. Dotado de eclético ingenio, había cultivado en su juventud todos los ramos del saber, sin profundizar ninguno. Era, pues, una especie de erudito á la violeta; sus contemporáneos le llamaban *græcolus*, para expresar á la vez la superficialidad de su cultura y su pasión por la literatura griega. Había seguido á su imperial primo en todas sus expediciones guerreras; y Trajano no le perdía de vista, y se complacía en señalar siempre sus actos notables. Después de la segunda guerra dácica, le mandó el anillo de diamante que él había recibido de Nerva en el acto de su adopción; esto era la promesa de sus altos destinos. Todavía hoy se ignora si Trajano lo adoptó efectivamente antes de morir. Adriano se hallaba en aquel tiempo en Antioquía y Trajano murió en Selinunte. Pero si faltó la formalidad del acto, para nadie era un misterio que esta fuese la intención del emperador; y Plotina interpretó ciertamente la voluntad del marido, si es que no la recibió de los labios del moribundo, cuando mandó á decir á Adriano que Trajano le había adoptado.

Las condiciones en que Trajano dejó el Imperio, hacían más que difícil la obra del sucesor; los judíos rebeldes en Chipre, Egipto y Cirene; los parthos preparados á la revancha; las fronteras de Occidente amenazadas por los sármatas en Dacia, por los celtas en la Bretaña septentrional, y en la Mauritania por las tribus indígenas ¹. Ante estos peligros, Adriano adoptó la política de Augusto renunciando á conquistas que no se podían defender y restableciendo en Oriente el antiguo confín del Imperio. El rey Partomaspates recibió un pequeño dominio en Armenia, y Cos-

¹ Espartiano, *Hadr.*, 5.

roe fué reconocido como rey de reyes. La Armenia volvió á tener su autonomía política bajo la alta soberanía de Roma. La Asiria y la Mesopotamia fueron evacuadas, y el límite del Imperio vuelto á fijar en el Éufrates. De las conquistas orientales de Trajano sólo la Arabia fué conservada.

Adriano vaciló algún tiempo en abandonar también la Dacia y restablecer la frontera del Danubio; pero no osó imponer este sacrificio á la gloria de su antecesor, aunque desconfiase de la estabilidad de la conquista dácica. Limitóse á destruir la parte superior del puente del Danubio para asegurar la Mesia contra las incursiones de los sármatas ¹. Un pueblo nómada de aquella raza, los rosolanios, establecidos entre el Don y el Dnieper, había vuelto á emprender entonces sus invasiones en la Dacia oriental. Adriano fué con gran aparato de fuerzas á la provincia invadida, y su presencia bastó para que los bárbaros se alejasen prometiéndolo respetar en lo sucesivo el dominio del Imperio.

Quedaban, pues, el Oriente y el Norte pacificados, y también la rebelión judaica fué reprimida; y el nuevo emperador pudo entonces hacer su entrada en la metrópoli y tomar en sus manos las riendas del gobierno. Ya el Senado había reconocido por cartas oficiales á Adriano, y éste se había apresurado á conceder á las legiones y al pueblo de Roma el acostumbrado donativo. Y así tenía asegurada una gozosa acogida cuando en Agosto del 118 entró en la ciudad ². El Senado quería que Adriano celebrase á la vez en su entrada el triunfo votado á su predecesor; pero él no

¹ La destrucción de una parte del puente de Trajano está comprobada por un pasaje del libro LXVIII, cap. XIII de Dión Casio. Queda, sin embargo, dudoso si ese pasaje pertenece al texto de Dión, ó si fué añadido por Sifilino. En este último caso, el relato merecería escasa fe.

² Seguimos en este punto la cronología de los *Viajes de Adriano*, de Dürr (Viena, 1881), que ha hecho sobre esta intrincada cuestión originales y activísimos estudios.

aceptó esta adulación, y la estatua de Trajano fué llevada triunfalmente al templo de Júpiter Capitolino.

Si la munificencia usada por el emperador con el pueblo de Roma le había ganado el favor de la metrópoli, otro acto de su generosidad al tomar posesión del trono le ganó el afecto de la Italia y de las provincias todas; fué este acto la condonación á los italianos de los impuestos atrasados desde el advenimiento de Trajano ¹, y redujo los de los provinciales; ordenó además que cada 15 años se hiciera una revisión de débitos para impedir la excesiva acumulación. De esta medida parecen traer su origen las indicciones ó señalamientos futuros de los tributos.

II. — Conjura.

Pero el entusiasmo suscitado por la generosidad del príncipe no había ganado todos los corazones: en las altas esferas sociales había hombres animados de un odio profundo contra Adriano, por ofensas que de él habían recibido y que querían vengar. Á la cabeza de éstos estaban A. Cornelio Palma, el vencedor de los árabes, y Lusio Quieto, la mejor espada del ejército de Oriente. El primero, caído en desgracia de Trajano y privado por éste de su mando, atribuía á la enemistad de Adriano su desventura. Quieto había sido trasladado de Palestina á Mauritania y privado también del gobierno de esta provincia por las intrigas que en ella urdiera. La comunidad de la ofensa los asoció para la venganza. Buscando en Roma cómplices, hallaron desde

¹ Este acto generoso está atestiguado por una medalla que representa á un lictor quemando un lio de papeles; de su inscripción resulta que los débitos condonados sumaron la cifra de 900 millones de sestercios.



EL REY PARTHO DEPONE SU CORONA ANTE TRAJANO.

luego dos consulares, Publio Celso y Avidio Nigrino, que aceptaron el tomar parte en la conjuración. El último, según cuenta Espartiano, había sido designado por Adriano para sucederle; no podía, pues, obrar por ofensas personales, y acaso lo hizo por el mismo beneficio que se le reservaba: el emperador tenía poco más de 40 años, y á Nigrino se le haría intolerable la larga espera; y viendo que el trono de Adriano no estaba seguro, quería apresurar un hundimiento. De esta suerte hasta el beneficio conspiraba contra el nuevo príncipe. Pero la vigilancia de los dos prefectos pretorianos Atiano y Sulpicio Simile descubrió la trama: los cuatro conjurados expiaron su intento con la muerte, que el Senado les hizo dar estando Adriano ausente de Roma. Así pudo éste hacer creer que si hubiera habido menos precipitación en la sentencia, habría perdonado á los reos: declaración que confirmó licenciando á los dos celosos prefectos, que fueron sustituidos por Seticio Claro y Marcio Turbón. Después renovó al Senado la promesa de que durante su reinado ningún padre sería condenado á muerte, y la Asamblea recibió luego del mismo emperador demostraciones de honor que hicieron menos sensible la disminución de autoridad que le imponía la nueva importancia concedida á la cancillería imperial.

III. — La nueva cancillería imperial.

Ya desde los principios del Imperio habían surgido, frente al Senado y á las magistraturas republicanas, nuevos funcionarios que bajo el nombre de dependientes del regio palacio, constituían el verdadero gobierno. Augusto había tomado la iniciativa en estos destinos creando su *consilium*

privatum, compuesto de amigos personales suyos, la mayor parte hombres de ley llamados á consultarle en los asuntos jurídicos. Y aunque la autoridad de estos consejeros tuvo rápido desarrollo, su cargo era tan humilde que cualquier ciudadano independiente tenía por indecoroso el desempeñarlo; de lo que resultó que los libertos fueron los que compusieron el *consilium principis*, y merced á la confianza del emperador, se apoderaron del gobierno. Adriano ennobleció la cancillería imperial escogiendo sus consejeros en la clase de los caballeros ¹, y haciendo sancionar por el Senado su nombramiento. Las largas ausencias del príncipe de la metrópoli contribuyeron á aumentar la importancia de aquellos oficios que, conservando sus nombres de *consilium privatum* y *consilium principis*, regían de hecho la gobernación del Estado ². Algunos de aquellos consejeros acompañaban al príncipe en sus lejanas peregrinaciones, para cuidar de la ejecución de los decretos imperiales; y los que quedaban en la capital mantenían con él correspondencia diaria. De este modo el Senado pasó, como órgano del poder, á segunda línea, y aunque fuese frecuentemente convocado para dictar sus providencias, los edictos imperiales manipulados por el consejo privado fueron la parte principal de la legislación.

IV.—Los viajes de Adriano.

Pero el hecho más importante del reinado de Adriano son sus viajes á las provincias, en los cuales invirtió 14 años

¹ Espartiano, *Hadr.*, 22.

² La cancillería imperial recibió de Adriano nueva organización dividiéndose en cuatro dicasteros (*scrinia*) ó secciones con funciones definidas y honorarios fijos. En tiempo de Marco Aurelio, el sueldo del jefe de un dicastero era de cerca de 25,000 liras, igual al de nuestros ministros,

de los 21 que reinó. Trajano había también sentido la necesidad de fijar su atención en el gobierno de las provincias para asegurar la obediencia al Imperio; y son famosas las palabras que en vísperas de una expedición dirigió al jurista Prisco, á quien juzgaba digno del Imperio: «Si me sucede alguna desventura, le había dicho, te recomiendo las provincias.» Su política belicosa y conquistadora le impidió realizar su pensamiento. Adriano, hombre de Estado más que guerrero, práctico y positivo, aprovechó aquel consejo y lo hizo el objetivo de su política.

Á pesar de las nuevas investigaciones hechas por Dürr, como continuación de las emprendidas años antes por Flemmer y por Greppo ¹, no se puede aún establecer claramente ni el tiempo preciso en que Adriano visitó á cada una de las provincias, ni la duración de sus visitas, pues donde faltan las medallas, las noticias son inseguras ². Algo, sin embargo, se ha obtenido, demostrándose, por ejemplo, que el primer viaje no se emprendió el año 119, ni el 120, como primero se había creído, sino el 121, después de la celebración del natal de Roma, en la cual el emperador estuvo presente.

Pero más que á estos hechos particulares, que interesan puramente al arqueólogo, conviene fijarse en los resultados de aquellos viajes. El ejército fué el primero á quien beneficiaron: como es sabido, el ejército romano no tenía guarniciones en el interior del Imperio, sino que estaba acampado cerca de las fronteras. Algún tiempo después de concluídas las largas guerras, la vida militar se había transformado, y los industriales de toda especie habían venido á esparcir en ellos la ociosidad. Una ley de Augusto

1. *Memoires sur les voyages de l'empereur Adrien, etc.*, Paris, 1842.

2. Las medallas mismas dan poca luz sobre la cronología de los viajes de Adriano, porque falta en ellas el título de la *potestas tribunicia*, desde cuya promoción solían los emperadores contar los años de su reinado.



que reservaba sólo para los hijos de senadores y caballeros los grados superiores del ejército, abrió el camino á esta decadencia, porque aquella juventud elegante, condenada á pasar cinco años en el campamento antes de llegar á los cargos y honores civiles, había llevado consigo las costumbres sibaríticas y afeminadas, y los *castra stativa* llegaron poco á poco á ser lugares de placer. Adriano combatió con inexorable rigor esta depravación; ante él huyeron de los campamentos los industriales, y con ellos desaparecieron los pórticos y grutas artificiales contruidos para defenderse de la lluvia y del calor. Pero más que la autoridad sirvió el ejemplo, para devolver á la vida militar la austeridad y la disciplina: cuando Adriano visitaba un campo, se sometía el primero á todas las fatigas; su armadura no se diferenciaba de la del oficial; la sola distinción que llevaba era la empuñadura ebúrnea, pero ni oro ni piedras preciosas en parte alguna. Iba siempre con la cabeza descubierta, lo mismo entre las nieves de la Caledonia que entre los ardores caniculares de África; su comida era frugal y sin vino. El resultado de su esmerada atención hacia el ejército fué que en 21 años de reinado sin guerras exteriores, tampoco hubo sedición militar alguna. Los soldados, dice Espartiano, amaban mucho al príncipe por el cuidado que de ellos le veían tener ¹.

Adriano no quería la guerra; pero si el interés del Imperio llegaba á exigirla, el ejército debía estar en condiciones de poderla hacer con honor y gloria. De esta política militar de Adriano nos da testimonio la *Poliorcética* de Apolodoro, de que aun se conserva un fragmento ². Adriano había encargado al insigne matemático escribir un tratado

¹ Espart., *Hadr.*, 21. De esta restauración de la disciplina militar, dan fe las medallas. Una de ellas lo representa marchando á la cabeza de los soldados, y tiene la inscripción: *Disciplina avg.* (Cohen, n. 210.)

² Fué dado á la estampa con dibujos y doble texto latino y griego en 1693.

sobre las máquinas de guerra. Apolodoro hizo más, escribió el tratado y dibujó y construyó las máquinas, mejorando la balística de la antigüedad ¹.

No menos provechosos que al ejército fueron los viajes de Adriano para las provincias; doce de ellas hicieron acuñar medallas con la leyenda: *Restitutori Britanniae, Galliae, Hispaniae, Mauritaniae, Achajae*, etc. Algunas dicen además: *Restitutori orbis terrarum*. Y si esta hipérbole demuestra el espíritu servil de los pueblos sometidos, los monumentos erigidos por Adriano en aquellos viajes, desde el *Vallum* de Bretaña á la nueva Atenas, demuestran también que la gratitud de aquellos pueblos no era sin fundamento. La primera provincia visitada fué la Galia. Un fragmento de inscripción contiene un voto de gratitud de la Asamblea de diputados de las tres Galias, convocada por Adriano en Lyon. Este voto se refería al término de ciertas obras de defensa (*limes agrorum decumatum*) entre el Rhin y el Danubio.

Más importante fué la obra de Adriano en Bretaña. Llamado á aquella provincia por una invasión de los caledonios, que habían exterminado la legión novena, resolvió fortificar la posición estratégica del dominio británico, abandonando militarmente la zona septentrional (Newcastle á Edimburgo), que por su configuración geográfica no se podía fortalecer; y llevando á la línea del Tine el sistema de defensa, construyó desde la embocadura de aquel río á la bahía de Solway una gran muralla (*Vallum Hadriani*) con fosos y castillos y con comunicación por una vía militar. Esta gran construcción, cuyos notables restos existen todavía, fué comenzada el año 122 y terminada el 124.

De la Bretaña pasó Adriano á España, atravesando la Galia, y permaneció en Tarragona durante el invierno del 122-123; desde allí corrió á Mauritania, por razón de

1 Véase De Rochas, *Balistique de l'antiquité*, 1877.

las revueltas que en ella surgieron. Las dominó con su presencia; y para impedir su renovación trasladó á Lambese el cuártel general de la tercera legión *Augusta*.

También el Oriente murmuraba. El rey Cosroe hacía nuevos aprestos de guerra. Adriano corrió á detenerle, y celebrando una conferencia con el rey de los parthos, le devolvió la hija que había quedado prisionera en la última guerra, y lo dejó tranquilo.

Desde el Asia pasó el incansable viajero á la Grecia, su provincia predilecta y más beneficiada que otra alguna. Después de haber visitado la Tracia, la Macedonia, el Epiro y la Tesalia, fué á descansar en Atenas, adonde llegó á fines de Agosto del 125. Admirador entusiasta de la antigua sabiduría helénica, demostró su admiración conversando con los filósofos y vistiendo el traje griego; y no contentándose con estas exterioridades, dió otras mejores pruebas de sus sentimientos: por obra suya vió la Grecia levantados grandes monumentos, que en el abandono en que tenía el gobierno aquel país, aparecieron como una reparación; en el istmo de Corinto fué trazada una ancha vía militar; Corinto mismo tuvo un soberbio acueducto, Nemea un hipódromo y Mantinea volvió á tener su antiguo nombre glorioso y un magnífico templo á Neptuno. Atenas fué la más favorecida; en la segunda visita que la hizo Adriano el año 129, acabó la construcción del templo de Júpiter Olímpico, comenzada por los Pisistratos y quedada seis siglos sin concluir, y añadió un barrio á la ciudad en su parte Sudeste, hacia el Iliso; un arco triunfal, que aun subsiste, lleva sobre el arquitrabe del lado Noroeste la inscripción: «esta es Atenas, la antigua ciudad de Teseo»; en el lado opuesto: «esta es la ciudad de Adriano, y no de Teseo». El nuevo barrio tuvo muchos y soberbios monumentos, obras en su mayor parte de Herodes Ático; recordaremos entre ellos el templo de la Fortuna, con biblio-

teca y pórticos, un gimnasio con 100 columnas de mármol cívico, y el Panelenio, ó sea el templo de Júpiter Panelénico, destinado á ser el teatro de una nueva fiesta nacional á que debían concurrir los griegos de la antigua Hélade y



ANTINOO.

de las colonias. Esta fiesta fué celebrada hasta fines del siglo III; desde entonces no se vuelve á hacer mención de ella; desapareció con los monumentos que la habían hecho nacer. En esta segunda visita hecha á Grecia, si es que no fué en la primera, hizo Adriano reedificar la antigua ciudad de Usudama, en el centro de la Tracia, que hoy toda-

vía se llama Adrianópolis, y es, por su importancia, la segunda ciudad de la Turquía europea.

En Abril del año 130 dejó el emperador su cara Atenas, después de un año de permanencia en ella, y pasó al Asia Menor. Numerosas medallas atestiguan los beneficios que



DESTRUCCIÓN DE POMPEYA Y MUERTE DE PLINIO.

hizo á aquellas provincias: ciudades destruídas por los terremotos fueron por él reedificadas; en otras hizo templos, puentes y caminos. Entre estos últimos se contaron el que desde Damasco conducía á Petra en Arabia, y el que desde Petra iba á Palestina: los restos de éste se ven aún, y aún son utilizados.

Después de haber recorrido la Arabia pasó Adriano á





ADHANO CONSULTA LA ESFINJE DE MENMON, ANTES DE SALIR EL SOL.

Egipto ¹. Apenas llegó, quiso visitar la famosa esfinge de Memnón y oír los oráculos matutinos. El hecho más notable de la visita á la tierra del Nilo fué la muerte de Antinoo, que dió origen á una nueva ciudad (Antinoópolis) y á un nuevo culto. Adriano había conocido á este joven en Claudiópolis de la Bitinia, su patria: prendóse de su belleza, lo tomó en su compañía y lo llevó consigo en todos sus viajes. Al remontar el Nilo, Antinoo se ahogó en sus aguas, bien por casualidad, ó por voluntario sacrificio que le impusiera un oráculo diciendo que su vida salvaría la del emperador. En memoria del joven amado, Adriano reedificó la aldea de Bese y dió á la nueva ciudad el nombre del amigo; y no contento con esto, erigió un templo para deificarle. El nuevo y extraño culto tuvo gran fortuna. Los artistas se emularon para retratar plásticamente las bellas formas de Antinoo; la Italia participó de esta emulación, y el mancebo bitiniense tuvo en ella también culto y estatuas con el traje de Baco.

Durante la estancia de Adriano en Alejandría estalló, el año 131, en la inmediata Palestina, una nueva insurrección judaica. Aquel pueblo infeliz no se resignaba á la suerte cruel que Roma le impusiera; suspiraba por su templo arruinado, y sus escuelas rabínicas manteniendo viva la fe de Jehová educaban las nuevas generaciones para la venganza. En medio de esta fermentación de odios contra Roma, llegó allí un edicto imperial que ordenaba la fundación de una nueva colonia sobre las ruinas de Jerusalén, con el nombre de *Elia Capitolina*, y la erección de un templo á Júpiter Capitolino en el sitio en que se levantaba el de Jehová. Este edicto determinó la rebelión, como doble ofensa al sentimiento nacional y al religioso (132). Un joven lleno de entusiasmo y de audacia se ofreció á dirigir el

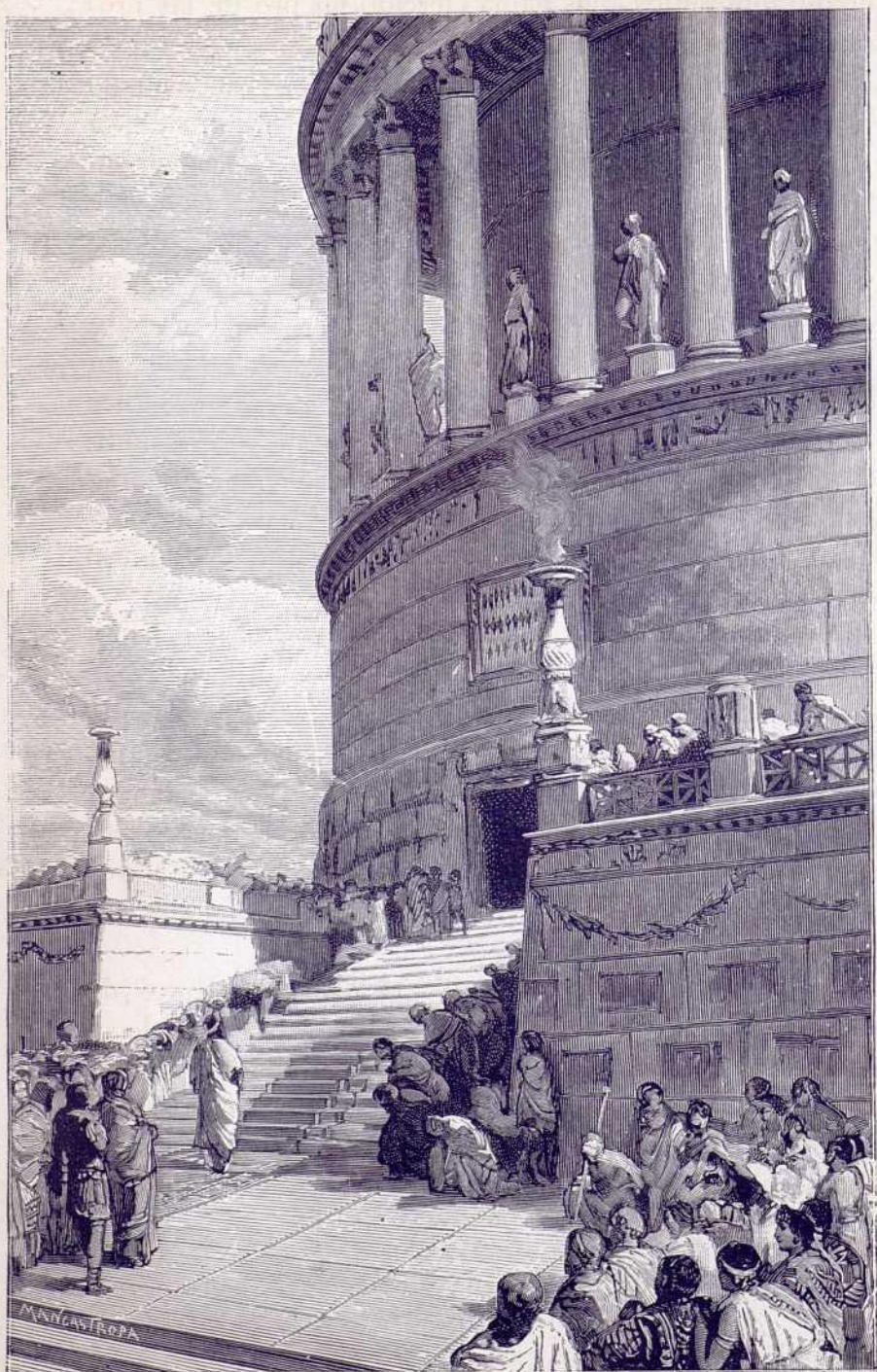
¹ Espartiano, *Hadr.*, 13;



movimiento: los hebreos vieron en él al Mesías prometido, y le llamaron Bar Kokaba, que quiere decir «hijo de la estrella». El anciano gran rabino Akiba le entregó el bastón de mando, y de toda la Judea acudieron los hijos de Israel á combatir bajo sus órdenes por la redención de la patria. El legado pretorio Q. Tineo Rufo trató en vano de hacer frente á la insurrección: fué vencido, y el emperador recurrió entonces á su mejor general, Cayo Julio Severo, legado de Bretaña. Pero ni aun éste pudo vencer inmediatamente: tuvo que emplear tres años en una lucha metódica, en que palmo á palmo conquistó el terreno á los rebeldes. Reducidos, al fin, á su principal fortaleza de Bethar, fué ésta también tomada el año 135; y desde entonces reinó en Judea la paz del sepulcro. El «hijo de la estrella» acabó como héroe cayendo acribillado por las saetas enemigas cuando dirigía la defensa de los muros de Bethar. En esta guerra de exterminio perdieron la vida 500.000 judíos: los que sobrevivieron fueron vendidos como esclavos en los mercados de Gaza y Terebinto; y la dispersión del pueblo judaico por el mundo, comenzada bajo Vespasiano, se cumplió. La colonia de Elia Capitolina fué poblada por griegos, prohibiéndose á los hebreos entrar en ella. De esta prohibición fueron exentos los cristianos, á pesar de seguir conceptuados como una secta judaica. Adriano no la escaseó sus injurias: transformó la gruta de Belén en un templo de Adonis, y alzó estatuas de Júpiter y Venus sobre el Calvario y el Santo Sepulcro.

V. — Monumentos y reformas.

Antes de que la guerra judaica terminase, volvió el emperador á Roma, de donde no volvió á salir; y desde entonces aplicó á la gran ciudad la laboriosidad monumental



INAUGURACIÓN DE LA *Mole-Adriana*.

que durante tantos años había ejercido en pro de las provincias. Ya seis años antes había levantado el grandioso templo de Venus y Roma en el atrio ático del palacio de Nerón ¹; y ahora levantó allí mismo su *mausoleo* y la *villa Tiburtina* ó *Hadriana*: esta soberbia mole fué erigida junto al Tiber sobre un ancho cimiento cuadrado de mármol, y coronada de estatuas, entre las cuales sobresalía la colosal del fundador. En la Edad Media fué transformada en una ciudadela, y como tal subsiste aún con la base y el nombre mudados, y sin las estatuas que fueron destruidas en el famoso asedio godo del 537. En vez de aquellas estatuas se ve allí ahora la de San Miguel en recuerdo de la tradicional aparición del Arcángel que anunció el fin de una epidemia. Queda también el puente Elio, que unía á la mole con la ciudad, y que hoy se llama el puente de Sant' Angelo.

La villa Tiburtina, llamada así por su situación sobre el declive de los montes Tiburtinos, la más gallarda construcción conocida. En su circuito de tres millas copió Adriano las obras más maravillosas que había visto en sus viajes: allí se alzó el *fac-simile* del Liceo, de la Academia, del Pritaneo y del Peciles de Atenas, donde se encerraban todas las obras de arte arrebatadas á la Grecia y al Egipto. Esta exposición magnífica suministró riquezas á todos los museos de Europa.

Tan notables como los viajes y los monumentos de Adriano son sus reformas civiles. Ya hemos hablado de su reorganización de la administración central; ahora recordemos sus reformas judiciarias. Durante su estancia en Alejandría (131), había dado orden al pretor é insigne jurista Salvio Juliano de compilar los edictos pretorios con las

¹ La base del templo, que aun se conserva, mide 167 metros de largo y 103 de ancho,

disposiciones en ellos contenidas. Terminada la obra, la publicó con el título de *Edicto perpetuo*, como una especie de código de jurisdicción pretoria y reglamento general de trámites.

En relación con esta reforma provocó un senadoconsulto que prohibía á los jueces hacer innovación alguna en el edicto, que á él no se llevase por medio de *constituciones* imperiales. El *Edicto perpetuo* quedó como fuente de todo el derecho romano hasta la publicación del código de Teodosio.

Para hacer más expedita la administración de justicia, y para iniciar el sistema descentralizador que acabase poco á poco con el dualismo entre el gobierno itálico y el provincial, creó Adriano una nueva categoría de jueces (*iuridici*) de rango consular á quienes confió los negocios en que entendían los magistrados romanos, tales como los fideicomisos, el nombramiento de tutores, la elegibilidad de los centuriones, etc. Estos jueces no tenían territorio jurisdiccional propio, ni número fijo; Adriano instituyó cuatro, pero este número se cambió muchas veces en lo sucesivo. Por lo demás esta es una de las reformas de Adriano de la que hay menos claras noticias, y las investigaciones de los críticos distan aún mucho del fin de la controversia.

Roma no vió, por cierto, con buenos ojos esta reforma, como no había visto la preocupación de Adriano por las provincias. De esta mala disposición de la metrópoli hacia el príncipe certifican las mezquinas acusaciones que se le hicieron, y que han mermado injustamente la fama de uno de los mejores emperadores romanos. Se le acusó de baja envidia y de crueldad, que se fundaron en pruebas incapaces de resistir á la crítica: por ejemplo, Dión Casio, para probar los celos que Adriano sentía hacia los ingenios superiores de su época, cuenta que intentó deshacerse de

Tavorino el Galo y de Dioniges de Mileto ¹. Pero Vespertiano afirma que Tavorino fué el mejor amigo del emperador ², y sabemos además que aquél vivió hasta el fin del reinado de Antonino. En cuanto á Dioniges, Adriano fué tan poco envidioso de él, que lo hizo caballero. Bajo Adriano vivieron además muchos otros ingenios; Fioriron Plutarco, maestro del emperador; Suetonio, su secretario; Tolomeo, geógrafo; Pausanias y Aulo Gelio. Mejor fortuna ha tenido otro relato de Dión encaminado también á denigrar á Adriano por envidioso y cruel: es el que se refiere al fin de Apolodoro. Cuenta Dión ³ que habiendo Adriano mandado al célebre arquitecto su diseño del templo de Venus y Roma aquél se lo devolvió acompañado de algunas censuras, entre las cuales una sobre las dos diosas, que decía ser demasiado altas respecto al edificio, añadiendo irónicamente que cuando quisieran salir del templo podían romper la bóveda con la cabeza: y esta censura, según Dión, costó la vida al gran arquitecto. Los profanos en la estatuaría antigua de los dioses, se han dejado convencer por esta particularidad, y Apolodoro ha pasado á las historias como víctima de su argucia audaz, aunque el biógrafo de Adriano no diga palabra sobre este trágico fin. Pero si estas acusaciones ostentan su sello de falsedad, hay desgraciadamente algunos actos de la crueldad de Adriano, de los cuales no puede dudarse. Y parece que le dió ocasión á cometerlos la elección de su sucesor. No teniendo hijos propios adoptó á un joven de depravadas costumbres llamado L. Ceyonio Cómmo Vero, sobrino de aquel Avidio Nigrino, uno de los cuatro consulares que á principios del reinado del emperador pagó con la vida el haber inten-

1 Dión, LXIX, 3.

2 Espart., *Had.*, 16.

3 Dión, LIX, 4.

tado derribarlo. Las murmuraciones que habían corrido sobre la intimidad de Adriano con el difunto Antinoo se renovaron con esta elección de su sucesor. Adriano preservó á su heredero de todo atentado mandándole á la Pannonia al frente de aquellas legiones, y se vengó de sus detractores enviándolos á la muerte sin consultar al Senado.

Entre estas víctimas inspiraron general compasión el viejo Serviano, de 90 años, su cuñado y su sobrino Fusco, que había crecido esperando poder un día subir al trono. Por lo demás la designación de Vero fué inútil: después de haber llevado dos años el título de *César* (nombre usado por primera vez para designar al heredero del Imperio), murió el 1.º de Enero del 138.

La precoz desaparición de aquel hombre fué una gran fortuna para el Imperio, porque abrió el camino al poder á uno de los hombres más insignes que Roma tenía entonces, y la deparó una dinastía que hizo olvidar por algún tiempo á la metrópoli su perdida libertad. El nuevo heredero llamábase Tito Aurelio Arrio Antonino. Su familia descendía de la Nemauso gálica (Nimes), y él había nacido en una villa cercana á la Lanuvio latina. Su carrera había sido de las más brillantes: el año 120 fué cónsul; más tarde *judex* en Campania ¹, después gobernador en Asia, y por último miembro del *consilium principis*. En todos estos cargos Antonino había demostrado gran rectitud é inteligencia. No tenía hijos, pero Adriano le creó una familia haciéndole adoptar á L. Aurelio Vero, hijo del difunto *César*, y á Annio Vero, sobrino de su mujer. Después de la adopción, Annio cambió su nombre por el de Marco Elio Aurelio Vero. El acta de triple adopción fué firmada el 25 de Febrero del 138, y el 10 de Julio murió Adriano de la hidropesía que hacía dos años lo trabajaba. Acabó sus días

1 Una de las cuatro judicaturas itálicas instituidas por Adriano.

en la villa Tiburtina, inútilmente espléndida, y con su vida acabó su reinado, cuya gloria debe buscarse en sus monumentos más que en las páginas de los biógrafos, los cuales se complacen demasiado en señalar las miserias del hombre, oscureciendo la grandeza del príncipe. Con razón dice un historiador moderno ¹ que cuando la gloria de los príncipes se aprecie por la huella de sus beneficios á los pueblos, Adriano será juzgado como el primero de los emperadores romanos.

ANTONINO EL PÍO ² (138-161)

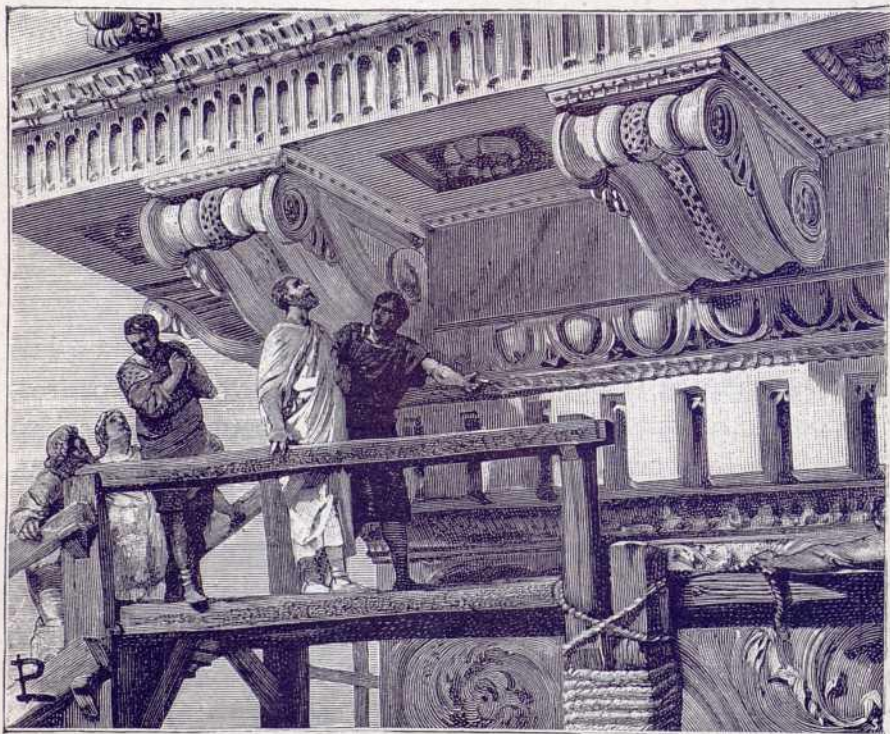
Antonino era una naturaleza completamente opuesta á la de Adriano. Á la energía inquieta y vertiginosa del padre adoptivo, oponía él la dulzura serena y afectuosa que sabe ganarse los corazones; Adriano había pasado la mayor parte de su reinado viajando; Antonino en 23 años de reinado no dejó á Roma más que una sola vez para hacer una breve excursión al Asia. Alábase su espíritu ordenado y económico que no degeneraba en avaricia, y que atestigua el tesoro que dejó á su muerte de más de dos millares y medio de sestercios (más de 600.000.000 de liras); y alábase asimismo la paz pública que imperó en todo su reinado. Justo es decir, sin embargo, que esto se debió principalmente á Adriano, autor de esa paz con sus reformas militares y con la tranquilidad que llevó á las provincias.

Antonino pasó á la historia con un nombre que no logró

¹ Duruy, *Hist. de Rom.*, V, 148.

² La principal fuente histórica para el reinado de Antonino, es su biografía, escrita por Julio Capitolino, uno de los *scriptores Historiae Augustae*. De la *Historia* de Dión Casio se perdió casi enteramente el libro LXX, que trataba de este reinado.

ningún otro emperador romano, y que conquistó sin trabajo ni gran mérito. El Senado, irritado contra Adriano por sus últimos actos crueles, quería negarle la apoteosis, lo que equivalía á declararlo tirano y á anular sus medidas. Antonino se opuso á ello vivamente, y apoyado en la



ADRIANO DIRIGE LOS TRABAJOS DEL TEMPLO DE VENUS.

actitud del ejército, hizo á los padres someterse á su consejo: Adriano se contó entre los dioses, y tuvo templo y sacerdotes en Pozzuoli. Y aunque esta conducta, más que por el amor filial, fuese inspirada á Antonino por el interés propio, puesto que la aprobación de los actos de Adriano implicaba el reconocimiento de su adopción y sucesión, le

valió, no obstante, el dictado de *Piadoso*, que le dieron unánimes los mismos que habían sido sus opositores.

Distínguense entre la escasez de hechos notables del reinado de Antonino, algunas constituciones suyas que brillan por su espíritu liberal, aunque también en ellas siguió el ejemplo de su predecesor. La mujer y el esclavo debían mucho á Adriano: aquélla recibió por él la facultad de testar, y el hijo de la esclava fué declarado libre siempre que la madre se hubiera manumitido durante su preñez. Antonino protegió más aun á la mujer, concediendo sólo al marido que hubiese sido fiel, el derecho de castigar á la infiel esposa. Adriano había transferido el derecho de muerte sobre el esclavo del dueño al magistrado, prohibiendo al primero vender á su siervo para el circo ó para la prostitución, sin haber probado antes al juez que el vendido era culpable. Antonino hizo todavía más: declaró homicida al que vendiese su esclavo. En virtud de este edicto el esclavo dejó de ser cosa y fué persona.

Parecerá extraño que bajo tal príncipe estallasen conjuraciones: hubo, sin embargo, dos, efecto acaso de la debilidad del soberano, que fomentaba las audacias, más bien que del odio contra su persona. De aquella debilidad dió Antonino peligrosa prueba en el amor que conservó á su esposa Faustina, á pesar de sus costumbres libres, y en los inmerecidos honores que le tributó á su muerte (141), hasta alzarle un templo en Roma. El Senado hizo el resto consagrandó aquel templo al morir Antonino, «al dios Antonino y á la diosa Faustina» ¹. Á la vez que el templo erigieron los padres una columna funeraria, cuya base subsiste aún con un bajo relieve que representa la apoteosis de la pareja imperial ².

¹ Quedan todavía magníficos restos del templo de Antonino y Faustina en la iglesia de San Lorenzo, construída sobre el área de aquél.

² Aun se encuentra un resto de está columna en los jardines del Vaticano.

Tras breve enfermedad murió Antonino el 7 de Marzo de 161, á la edad de 74 años. Falleció en Etruria en una quinta suya, donde había pasado los años de su adolescencia. Al sentir que la vida le abandonaba, hizo transportar al cuarto de su hijo adoptivo la estatua de oro de la Victoria, y dió al tribuno de los guardias por voz de orden la palabra: *Aequanimitas*. Esta palabra era la síntesis de su vida.

MARCO AURELIO Y LUCIO VERO (161-180) (161-169)

I. — Los recuerdos.

La filosofía estoica, después de haber brillado en la corte de Trajano, y de ser inspiradora de Antonino, se sentó ella misma en el trono imperial con la persona de Marco Aurelio ¹. Esta filosofía había por entonces recibido nueva dirección por obra de Epicteto de Hierápolis: de austera y rígida, él la había hecho dulce y benévola, reforzando su principio ético y fundando una escuela de alta moral y de sabiduría práctica para la vida: á la razón fría y solitaria en que primero se había exclusivamente inspirado, el estoicismo asoció un puro sentimiento que desde las regiones del corazón se alzaba, si bien todavía oscuramente, á la idea de un *Sér Supremo*, todo inteligencia y amor, cuyo espíritu

¹ Las fuentes sobre el reinado de Marco Aurelio y de su colega E. Vero, son: las vidas de los dos emperadores, atribuidas á Julio Capitolino; los fragmentos del libro LXXI de Dión Casio; las cartas de Marco Aurelio á Frontón, y los famosos *Recuerdos* de aquel emperador, escritos en griego y divididos en 12 libros. Véase la traducción italiana de Picchioni, Turin, 1853.



MARCO AURELIO ESCRIBE SUS RECUERDOS.

esparcido en la humanidad, formaba de ella una gran familia: el hombre, según la nueva doctrina, no estaba, pues, separado de un Dios que era parte integrante del mundo y asociado á su acción colectiva: el mundo aparecía como una inmensa ciudad, en la cual Dios y el hombre vivían bajo una misma ley. Era esta doctrina, en su esencia, la del cristianismo, salvo los misterios que, de haberlos el estoicismo tenido, le hubieran dado el triunfo. Las muchedumbres tienen necesidad del milagro, que impresioná los sentidos, dá rienda suelta á la fantasía y ayuda á la conversión. La filosofía que huye de la superstición, no puede extender su proselitismo sino entre las inteligencias superiores; y no podrá, por tanto, llegar á ser religión, por más pura y sublime que su moral sea.

Pero tampoco podrá esa filosofía ser regla de gobierno: si aquélla lo hubiese podido entonces, lo hubiera demostrado con Marco Aurelio, cuya alma llenaba. Digamos, en efecto, lo que él pensaba respecto á los deberes del príncipe: «la monarquía, escribe M. Aurelio, debe poner sobre sus deberes el respeto á la libertad de los ciudadanos. El verdadero Estado es aquel regido por la igualdad natural de los ciudadanos, por la igualdad de sus derechos.» Y definiendo el concepto de esta igualdad añade: «está en la naturaleza de todas las cosas, grandes y pequeñas, constituyendo su concierto y armonía.» Y levantando más adelante su pensamiento á ideas humanitarias, dice: «yo tengo una ciudad y una patria: como emperador, mi ciudad es Roma; como hombre, mi patria es el mundo. Enciérrate, pues, ¡oh alma mía! en la sencillez y en el pudor, para todo lo que no sea ni la virtud ni el vicio; ama con ardor al género humano, á la ciudad sagrada de Júpiter, y obedece á Dios, á ese Dios que, como dice el poeta, imprime en todo sus leyes.» La experiencia demostró luego que es más fácil profesar teóricamente estos principios humanita-

rios, que traducirlos en la práctica, sobre todo cuando el que ha de aplicarlos sea cabeza de un Estado universal con poderes no definidos por instituciones, y sostenido por las costumbres. Platón había creído hallar el tipo ideal del monarca en el filósofo. Marco Aurelio demostró que aquel tipo era un ideal vano.

Antonino había demostrado por diversos modos la estimación y el afecto que profesaba á su hijo adoptivo: después de haberle concedido el título de *César*, que ya equivalía al de príncipe hereditario, lo acercó cada vez más á su familia dándole por mujer á Faustina, la única hija que le quedaba (146); lo alzó tres veces al consulado, y el año inmediato á su matrimonio le confirió la potestad tribunicia y la proconsular; de modo que Marco Aurelio llegó á ser de hecho, si no de nombre, un colega del emperador. Con la muerte del padre adoptivo acabaron los bellos años del César filósofo, y las atenciones del Estado le obligaron á cambiar las especulaciones del mundo ideal por la vida experimental, que fué para él mucho más áspera y borrascosa que para sus antecesores. Sus primeros contratiempos le vinieron de su hermano adoptivo. Obedeciendo á un sentimiento de generosidad irreflexiva, lo asoció al Imperio que el Senado le había conferido á él solo, y lo hizo su yerno. Y así Lucio Vero pudo dar libertad á sus depravadas tendencias, por las cuales su padre adoptivo lo había tenido alejado. Cuenta el biógrafo de Vero, que en un solo banquete al que sólo asistieron 12 personas, gastó la enorme suma de 6.000.000 de sesteracios. Roma veía, pues, renacer con él las perversas costumbres de Nerón y las prodigalidades de la gula de Vitelio. Marco Aurelio tuvo que considerar como una ventura que las necesidades del Imperio le diesen modo de ausentar de Roma al funesto colega, y de librar á la corte de sus escandalosas costumbres.



ORGÍA DE LUCIO VERO.

II. — Nueva guerra pártica.

En Oriente, el nuevo soberano de los parthos, Vologeses III, había invadido la Armenia poniendo en grave estrechura á su rey Soemo. Marco Aurelio mandó á su colega al frente del ejército asiático (162); pero Lucio Vero, en vez de ir directamente al teatro de la guerra, se detuvo en Grecia con su amante Pantea, á quien el poeta Lucano tributó repetidamente serviles homenajes. Cuando Vero llegó á Siria, encontró la situación bastante empeorada: el gobernador de Capadocia, Elio Severiano, que había ido en ayuda del rey armenio con una sola legión, fué bloqueado en Elegea por Vologeses, y después de una lucha de tres días se le rindió con la mayor parte de sus soldados. Fiero de este éxito, Vologeses entró luego en Siria deshaciendo un segundo ejército romano y devastando el país. Al saber esto Marco Aurelio decidió mandar á Oriente los dos mejores generales del Imperio, Estacio Prisco y Avidio Casio, el primero para el mando de la Capadocia y el segundo para el de la Siria, quedando ambos bajo la dependencia nominal de L. Vero; el cual creyó poder entonces abandonarse tranquilamente á sus placeres pasando el invierno en la risueña Laodicea, y el estío en la voluptuosa Dafne, cerca de Antioquía, sin preocuparse de los sucesos de la guerra. Avidio Casio, á quien corresponde principalmente el mérito del feliz resultado que para Roma tuvo esta guerra pártica, era originario de Siria y se jactaba de descender de uno de los matadores de César ¹. Esta pre-

1 Vulcacio Galiano, *Vita Avidii Cassii*, cap. I.



tensión fué acaso el motivo que le obligó á ser republicano y á intentar de nuevo contra su príncipe la tragedia de los idus de Marzo. En esta guerra de Oriente no aparece, sin embargo, huella alguna de su republicanismo, y por el contrario, le vemos siempre como general severo que res-



MARCO AURELIO VENDE LAS VAJILLAS DEL PALACIO.

tableció la disciplina de las legiones, rota por el ejemplo del jefe supremo, y como el valiente estratégico que repara con su ingenio y con su energía las faltas de sus predecesores.

Estacio Prisco fué el que tomó la iniciativa en el desquite. Era éste un viejo general educado en la escuela de Trajano. Bajo Adriano se había cubierto de gloria en la

guerra judaica; después había mandado la Bretaña. Mientras Casio llevaba sus armas á la región media del Éufrates y á la Mesopotamia septentrional, él con marcha rapidísima entró en Armenia y ahuyentó al enemigo apoderándose de la capital Artasata. Con esto el expulsado Soemo pudo



MARCO AURELIO VIBRA LA LANZA DE MARTE.

volver á su reinado y tomar su corona de manos de Vero ¹.

Librada la Armenia, el principal teatro de la guerra fué por algún tiempo la Mesopotamia del Norte, donde el general Casio había desde su llegada obtenido grandes éxitos:

¹ En una medalla del 164 está representada la escena de poner L. Vero la diadema sobre la cabeza de Soemo, con la inscripción: *Rex Armeniis Datus*. Eckhel, VII, 91.

había derrotado á los parthos en dos batallas junto al Éufrates, ocupado á Edesa y á Nisibe, ido después junto al Tigris inferior y tomado la famosa metrópoli párthica, Ctesifonte, que saqueó, y cuyo palacio hizo cenizas, y destruído por fin á Seleucia, después de hacer horrible matanza en sus habitantes (165).

El rey Vologeses tuvo entonces que resignarse á la pérdida de la Mesopotamia hasta la antigua línea de la muralla Médica. El Imperio debía deplorar más tarde esta conquista; pero entonces se regocijó de haber llevado hasta el Tigris su frontera oriental, asegurando la parte Sur de Armenia y poniendo un fuerte baluarte á la provincia de Siria; y el Senado, que no sospechó el peligro del porvenir, se abandonó á la alegría decretando el triunfo á cada uno de los dos emperadores, y confiriéndoles los títulos de *Párthico*, *Arménico* y *Médico* (166).

III. — La peste y los cristianos.

Pero la alegría pública por el buen éxito de la guerra párthica, fué bien pronto turbada por una horrible calamidad. Con los trofeos de las batallas ganadas, las legiones llevaron consigo á Roma y á Italia una terrible epidemia que se extendió por todo el Occidente como un inmenso sudario. La metrópoli fué la más fieramente azotada. Hállabase en aquel tiempo en Roma Claudio Galeno, el más célebre de los médicos de la antigüedad después de Hipócrates. Era hijo de un arquitecto de Pérgamo, y á la vez que cultivaba la medicina, dábase también al estudio de la filosofía según la escuela de los peripatéticos. Llegado á Roma el año 164, cuando se declaró la peste, se aplicó á

combatirla con remedios racionales; pero los médicos romanos toleraron poco tiempo la concurrencia del extranjero que sustituía al sistema de curación por las supersticiones, el aconsejado por la ciencia; y le obligaron á volverse á Pérgamo (167).

Continuando la epidemia, Marco Aurelio recurrió á todas la expiaciones indicadas por los libros rituales para combatirla. Los cristianos fueron comprendidos entre las víctimas expiatorias: un edicto imperial imponía el destierro ó la muerte según su posición social á quien tratase de introducir nuevas religiones que agitasen y apasionasen los ánimos. El cristiano no era explícitamente mencionado en el edicto, pero evidentemente la medida se dirigía con especialidad á aquella religión. Y así lo entendieron los gobernadores de las provincias, que se entregaron á la persecución de los cristianos. Marco Aurelio no se conmovió por el anuncio de los suplicios que en todas partes se imponían á los secuaces del Evangelio. Su aversión hacia ellos sólo se justifica por su ignorancia de la doctrina evangélica; y estaba tan convencido de que los cristianos no eran más que unos fanáticos, que hasta el heroísmo con que sufrían el martirio era por él interpretado como una ficción teatral sin dignidad alguna.

Apartemos los ojos de este lúgubre cuadro en que un azote de la naturaleza produce otro más horrible aún, con la superstición que ofrece á los dioses una hecatombe expiatoria buscando sus víctimas entre los que profesaban como principios de fe religiosa las máximas filosóficas consagradas por el emperador en sus *Recuerdos*, y olvidadas en sus obras; y volvámoslos al Norte, donde otra tempestad tremenda se condensa sobre el Imperio romano, precursora de una catástrofe que éste podrá retrasar, pero no impedir. ¡Singulares vicisitudes las de aquel Imperio! Tras de un largo período de quietud, que duró medio siglo, hacién-

dose memorable por dos reinados fecundos en obras monumentales y sabias reformas civiles; dos terribles guerras le sorprenden, la una en el extremo Oriente, la otra en el Norte, y lo asaltan cuando en el trono imperial se sentaba el más pacífico de los soberanos, el prosélito ardiente de una filosofía que había erigido el amor al género humano en el primero de sus cánones.

IV. — Guerra del Norte.

Los intranquilos germanos amenazaban, entretanto, la frontera Norte del Imperio. Después de más de un siglo de guerra defensiva, los descendientes de Arminio y de Marbod iniciaron en la última mitad del siglo II de la Era cristiana la lucha ofensiva que conducida con indómita constancia y á través de todos los obstáculos debía producir tres siglos más tarde la desaparición del Imperio de Occidente.

Esta terrible explosión tuvo distintas causas: la principal fué el incremento de población producido por la inmovilidad á que los baluartes alzados por el Imperio en las fronteras del Rhin, de la Selva Negra y del Danubio, condenaba á toda aquella gran masa de pueblos que se extendían desde el mar del Norte á los Carpacios. No pudiendo avanzar hacia Occidente ni hacia el Sur, se vieron obligados á dedicarse á la agricultura aun antes de adoptar las costumbres de los pueblos sedentarios. Esta necesidad de buscar en la tierra el sustento que hubieran preferido pedir á las armas, dió por efecto que á las pocas generaciones la tierra habitada y mal cultivada no bastase á alimentar una población siempre creciente. Entonces aquellos pueblos

volvieron á entregarse á su ardor guerrero, resolviendo abrirse con él el camino.

Á ello les obligaba, además, el avance de los vecinos orientales, los godos. Este fiero pueblo comenzaba, en efecto, entonces aquella serie de incursiones que debía dar terrible fama á sus guerreros, y acarrear grandes desastres al Imperio. Circunscritos al territorio comprendido entre el Báltico y el Vístula inferior; contenidos al Norte por el mar, al Oriente por las gentes eslavas, volviéronse al Sur buscando el bajo Danubio. Largo tiempo pasó antes de que pudieran abrirse camino hasta el mar Negro; pero bastó este primer movimiento para que los vecinos de Occidente alarmados por él, se coaligasen para hacerles frente y para romper esta barrera que les impedía á la vez su propio avance. Esto explica las grandes confederaciones germánicas con que se inició aquella nueva guerra ofensiva. Asociadas al batallador pueblo de los marcomanos, que da el nombre á la gran coalición, vemos á las gentes germánicas de los cuadios, ermundurios, vándalos, longobardos, astingios, burios, alanos y bastarnios, y á las gentes sarmáticas de los yacigios y rosolanios.

El momento para lanzarse á la lucha era propicio: Marco Aurelio, para reforzar el ejército de Oriente, había disminuído los presidios de la frontera danubiana; y los marcomanos aprovecharon esta circunstancia para invadir la Panonia (167). El emperador, al saber el primer movimiento de los bárbaros, había mandado á las provincias alpinas al prefecto de los guardias, Macrino Vindice, el cual acampó en el valle del Mur (en la Estiria) para esperar al enemigo que avanzaba. La batalla fué feroz, pero los romanos fueron vencidos y Macrino quedó sobre el campo con 20.000 de los suyos (167). Esto abrió á los bárbaros la vía de los Alpes, y á ella se lanzaron poniendo sitio á Aquileya, que era custodia de Italia.

Cuando llegó á Roma la noticia de la invasión, la ciudad era diezmada por la peste, y Marco Aurelio tuvo que armar á los esclavos y á los gladiadores para tener un ejército cuyo mando asumió con su hermano Vero, yendo juntos á salvar á Aquileya. Las águilas de las legiones inspiraban aún profundo temor á los bárbaros, y bastó su aparición para que éstos repasasen los Alpes. Marco Aurelio los persiguió, les ganó una batalla y les hizo volver á sus antiguas regiones. La frontera danubiana quedó restablecida; ¿pero quién podía asegurar que los que una vez la habían pasado, no volverían á intentar la prueba?

Más empujado por su colega, que anhelaba volver á su vida alegre en la metrópoli, que satisfecho y tranquilizado por sus triunfos, dejó Marco Aurelio á fines del 168 las provincias alpinas y volvióse á Italia. En Altino murió repentinamente L. Vero de una apoplejía, sobre el mismo carro que lo conducía á Roma junto al hermano (Enero de 169). Nadie lloró aquella muerte: para Marco Aurelio era una liberación en aquel momento en que nuevas invasiones de los marcomanos le obligaron á volver al Danubio y á prolongar su ausencia algunos años (769-775).

Los trámites de esta larga guerra han quedado sin conocerse. Sólo se tiene vaga noticia de una estrepitosa victoria ganada por el emperador el año 170, y de la sangrienta excursión de los yacigios de la Panonia, en que habían entrado durante el invierno del 171, aprovechando el hielo del Danubio.

Más famosa y conocida es la guerra de Marco Aurelio contra los cuadios en la moderna Hungría superior, uno de cuyos principales sucesos conocemos por leyendas y monumentos ¹. El hecho tuvo lugar el año 173: un ejército ro-

¹ En uno de los bajos relieves de la columna Antonina se ve á Júpiter Pluvio, de cuya larga barba corre el agua, y rodeado de rayos que hieren y dispersan las hordas bárbaras.

mano había levantado su campo de las orillas del Granua (Gran), y se había audazmente internado en la región montuosa de la Sarmacia. En esta marcha viéronse las legiones bloqueadas por los bárbaros: el peligro era tanto más tremendo cuanto que los míseros soldados carecían de agua, y caminaban bajo un sol abrasador. Pero en aquel momento de desesperación, les llegó inesperada providencia: un deshecho temporal les dió el agua y la frescura que los reanimaron, y asaltando las filas enemigas se abrieron triunfalmente el camino. Historiadores paganos y cristianos han visto acordes en este hecho natural un milagro: los primeros lo atribuyen á la protección de Júpiter Pluvio; los segundos á los ruegos y oraciones de la legión XII, compuesta en gran parte de cristianos, aduciendo éstos como prueba el nombre de *fulminata* que dicha legión tenía, y que suponen le fuese dado por Marco Aurelio en aquella ocasión. Más tarde se citaron cartas del emperador que atribuían á las plegarias cristianas la salvación de su ejército ¹. Prescindamos empero de la invención de estas cartas, y observemos sólo respecto á lo de *fulminata* que ya en el tiempo de Augusto aparece una legión con este nombre, de que también hay recuerdos en tiempo de Nerón y de Nerva.

V. — Rebelión de Avidio Casio.

Duraba aún la guerra contra los bárbaros cuando llegó á Marco Aurelio la espantosa noticia de que el gobernador de la Siria, Avidio Casio, se había hecho proclamar emperador por sus soldados. Un falso rumor, inventado acaso

¹ Eusebio, *Hist. Eccl.*, V, 5.

por el mismo Avidio, sobre la muerte del príncipe, indujo á las legiones á proclamarle; y él, tomando desde luego el



ESTATUA DE MÁRCO AURELIO EN EL CAMPIDOGLIO.

título de Augusto, arrastró en su favor las provincias de Siria y de Egipto. Pero la Capadocia y la Bitinia, gobernada la primera por Marcio Vero y la segunda por Clodio Albino, permanecieron fieles al emperador, que sabían no

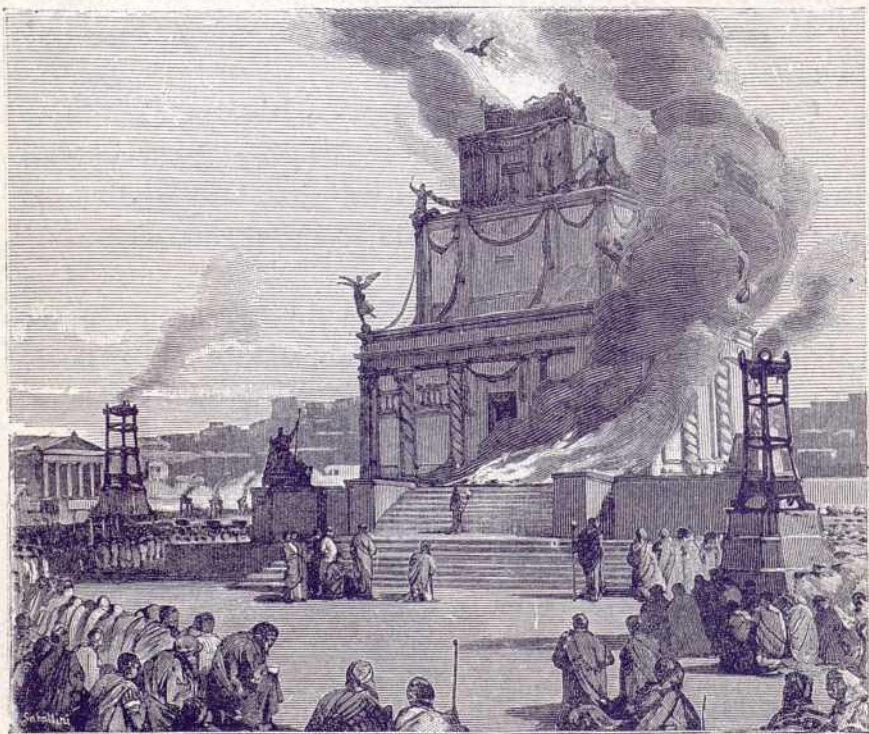
había muerto. Este inesperado suceso obligó á Marco Aurelio á hacer la paz presurosamente con los germanos para poder ir contra su rival, y lo hizo en condiciones forzosamente templadas: los bárbaros se obligaron á restituir los prisioneros, que eran más de 150.000, y á permanecer lejos del Danubio cinco millas al menos; además ofrecieron suministrar al Imperio las fuerzas auxiliares que les pidiese; y los yacigios dieron inmediatamente 8.000 jinetes, que fueron mandados á Bretaña.

Para desarmar mejor la formidable liga germánica, Marco Aurelio adoptó el sistema de acoger en el Imperio gran número de sus tropas, que fueron situadas en diversos puntos de la Dacia y de la Mesia, y aun mandó algunas á la misma Italia, procedentes del pueblo de los nariscios. Estos destacamentos se hicieron en diversas condiciones: algunos de ellos se formaron con muchedumbres errantes y sin patria, que se naturalizaron pronto en la italiana, y fueron la semilla de los valerosos guerreros que el Imperio debía llamar un día en su defensa contra sus antiguos conciudadanos. Á su número pertenecían los vándalos asdingios, acogidos por Marco Aurelio en la Dacia, que luego defendieron contra los bárbaros costubocios.

En diversa y menos favorable condición se hallaron los que entraron en el Imperio en calidad de prisioneros de guerra. Éstos fueron vendidos á los propietarios ricos, los cuales los repartieron en sus tierras, que debían cultivar (*gleba adscripti*), y donde, fuera de los servicios que habían de prestar al dueño, quedaron personalmente libres, pudiendo adquirir bienes y contraer matrimonios legítimos. Era, pues, esta una nueva forma de colonización peor que las antiguas, por cuanto implicaba la servidumbre de la gleba.

Al ir contra Avidio Casio, Marco Aurelio había dicho á las legiones «que esperaba demostrarles, con el favor de los

dioses; cuán ingrato era para con él aquel rebelde á quien se proponía perdonar después de vencerlo. No tuvo, empero, modo de ejercitar su magnanimidad, porque durante su marcha supo que Casio había muerto asesinado por dos oficiales de su séquito (Agosto de 175). Así el Imperio fué librado de la guerra civil, y Marco Aurelio pudo, al visitar



CONSAGRACIÓN DE MARCO AURELIO.

las provincias insurrectas, hacerlas arrepentirse, más con la generosidad y la dulzura que con el terror de las armas, del cometido error.

Cuando se disponía al regreso, dejó de existir su mujer Faustina, que le había acompañado á Oriente. El amor que conservó á aquella depravada mujer fué más debilidad que virtud; y con fundamento dice Gibbón que la excesiva

indulgencia del emperador hacia el hermano, la esposa y el hijo, pasó los límites de una virtud privada y llegó á ser una ofensa pública, por el ejemplo y las consecuencias funestas que produjo ¹. No contento de haber correspondido con amor fiel á la adúltera, después de muerta la deificó elevando al grado de colonia la villa de Halal en la Capadocia, donde muriera, con el nombre de Faustinópolis, y erigiéndole allí un templo (176).

VI.—Monumentos.

Á su vuelta á Roma, el Senado le tributó solemnes honores: celebró su triunfo con el hijo Cómodo, que ya le estaba asociado en la potestad tribunicia (23 de Diciembre de 176); le fué dedicada la estatua ecuestre que hoy se ve aún en el Campidoglio, y sobre el Campo Marcio se le alzaron el arco triunfal y la columna Antonina. El arco fué destruído en 1612, y de él sólo conocemos algunos restos ²; la columna subsiste y da nombre á una de las principales plazas de Roma (plaza Colonna): mide 29 metros y medio de altura y tiene, como la Trajana, la parte exterior adornada de bajos relieves que representan los hechos más notables de la guerra de Marco Aurelio contra los marcomanos; pero su composición artística es bastante inferior á la de aquélla. La estatua del emperador, que la coronaba, desapareció desde el siglo VII; acaso se la llevó Constante II á Bizancio (663). En el siglo XIV la columna Antonina fué destrozada por un rayo; restauróla en 1589 el pontífice Sixto V, poniendo en vez de la estatua del em-

¹ Gibbón, *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano*, vol. I, cap. 4.

² Del arco de Marco Aurelio consérvanse en el palacio del Conservatorio de Roma la inscripción dedicatoria y algunos bajos relieves, entre ellos el de la apoteosis de Faustina.

perador la del apóstol San Pablo, para que correspondiese á la otra columna que sostiene la de San Pedro, con menoscabo de la historia y del arte.

Después de su vuelta á Roma, Marco Aurelio se dedicó al arreglo de los asuntos financieros, hondamente perturbados por las guerras pártica y germánica ¹; y no bastando para ello la severa economía introducida en la administración, recurrió al mal expediente de disminuir el valor de la moneda, reduciendo el peso de la de oro á 7,3 gramos, y aumentando la liga hasta un 25 por 100.

Pero á poco se volvió á oír el grito de guerra en el valle del Danubio. Los bárbaros, que Marco Aurelio creía vencidos para siempre ², se habían vuelto á coaligar el año 177 por tercera vez, y se preparaban ciegamente á la revancha. Volvió, pues, el emperador al Danubio (5 de Agosto del 178 ³). Llevó consigo á su hijo Cómodo, después de haberse celebrado sus esponsales con Crispina, hija del consular Cayo Brucio Presente. Los principios de la campaña fueron halagüeños: el prefecto Tarrutenio Paterno, jurista y táctico de gran mérito, ganó á los germanos una victoria decisiva (179). La coalición fué rota una vez más; y Marco Aurelio pensaba en llevar la guerra al seno del país enemigo y en convertirlo en provincia, como Trajano había hecho con la Dacia, cuando murió súbitamente en Vindobona (Viena), invadido por la peste, á los 60 años de

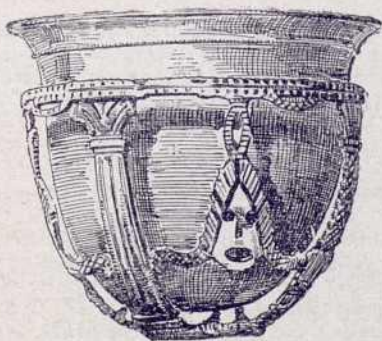
1 Para los gastos de la segunda guerra germánica vendió Marco Aurelio en subasta los ornamentos imperiales y las ricas vajillas y joyas del palacio, á pesar del gran tesoro dejado por su predecesor.

2 En las medallas hechas el año 176 en memoria de los triunfos de Marco Aurelio sobre los bárbaros, había él hecho poner la frase: *Pax aterna*.

3 Dió Casio menciona aquí el rito romano para declarar la guerra, que consistía en vibrar la lanza de Marte, que se hallaba en el templo de este dios sobre una columna. El emperador, vestido con su regio manto, iba á aquel templo, y después de la celebración del sacrificio, tomaba la lanza fatal, y la esgrimía en la dirección del país enemigo, por vía de intimación.

edad (16 ó 21 de Marzo de 180). Al morir expuso su pesar por dejar á su hijo, de 18 años apenas ¹, empeñado en la temerosa guerra, porque preveía que su muerte reanimaría á los bárbaros para volver contra su sucesor ².

Pero si los bárbaros estaban dispuestos á combatir al nuevo emperador, éste no lo estaba para llevar sus armas contra ellos. Su único pensamiento después de la muerte del padre fué volver á la metrópoli, y para hacerlo sin tardanza consintió en abandonar al enemigo las fortalezas construídas por el emperador. Á este precio los germanos aceptaron la renovación del tratado concluído con Marco Aurelio al concluir la segunda guerra.



TAZA DIATRETA, EN CRISTAL, DE LA COLECCIÓN CAGNOLA.

1 Cómodo había nacido el 31 de Agosto del 160.

2 Herodiano, I, 3.



EN LAS CATACUMBAS.

CAPÍTULO XII

EL IMPERIO MILITAR

XVIII. Cómodo: nueva tiranía; abyección del principado. — XIX. Elvio Pertinax. — XX. Didio Juliano: el Imperio subastado. — XXI. Septimio Severo: guerra civil; guerra párthica; gobierno de Septimio Severo; Fulvio Plauciano; guerra del Norte. — XXII. Caracalla: fratricidio; la Constitución del 212; los viajes de Caracalla. — XXIII. Macrino: nueva guerra civil. — XXIV. Heliogábalo: orgía del paganismo. — XXV. Alejandro Severo: Domicio Ulpiano; hacienda y economía; rescriptos; los sasanidios; fin de Alejandro Severo. — XXVI. Maximino: la anarquía militar. — XXVII y XXVIII. Los dos Gordianos. — XXIX y XXX. Balbino y Pupieno. — XXXI. Gordiano III. — XXXII. Filipo el árabe: el año rocoo de Roma. — XXXIII. Decio: restauración de la censura; persecución de los cristianos; guerra goda. — XXXIV. Gallo. — XXXV y XXXVI. Valeriano y Galieno: guerras de los bárbaros; guerra persa; Galieno y los germanos; los Treinta tiranos. — XXXVII. Marco Aurelio Claudio: los emperadores iliricos. — XXXVIII. Aureliano: abandono de la Dacia; los alemanes en Italia; muralla de Aureliano; Zenobia. — XXXIX. Tácito. — XL. Probo. — XLI. Caro. — XLII y XLIII. Numeriano y Carino.

CÓMODO (180-192)

I. — Nueva tiranía.



A historia de los emperadores romanos había ya ofrecido el espectáculo del repentino tránsito de un reinado inteligente y sabio á otro despótico y cruel; pero nunca este contraste fué mayor que el que se ofreció entre los reinados de Marco Aurelio y su hijo Có-

modo ¹. Á un emperador filósofo, que un siglo después de su muerte era aún venerado como un numen doméstico, sucedió un desenfrenado tirano digno de que su biógrafo Lampridio le llame «más cruel que Domiciano y más impuro que Nerón.»

Del natural feroz de su ánimo había Cómodo dado señales desde su infancia. Á los 12 años mandó echar en un horno á cierto esclavo suyo que calentó demasiado el agua de su baño. Por fortuna, la orden feroz no se cumplió; el encargado de hacerlo arrojó á las llamas, en vez del siervo, una piel de carnero, cuyo mal olor al quemarse engañó y satisfizo al niño cruel.

Marco Aurelio trató de curar las malas inclinaciones del hijo acostumbrándole constantemente á los honores: á los cinco años le había dado el título de César, equivalente, como ya hemos dicho, al de príncipe heredero, aunque el Imperio no fuese hereditario; pero faltando las instituciones fundamentales del gobierno, era lícito á los príncipes sustituir á ellas su voluntad. Á los 14 años le hizo ingresar en todos los colegios sacerdotales y lo creó príncipe de la juventud; á los 15 le confirió la potestad tribunicia, y á los 16 el consulado. Para aficionarle á la gloria, lo asoció á su triunfo sobre los germanos. Antes de morir creó un consejo de familia que pudiese dirigirle, y nombró para formarlo á personajes insignes por su ingenio y su virtud: entre ellos Claudio Pompeyano, su yerno, Salvio Juliano, los dos prefectos del pretorio, y los dos Quintilios, que eran modelo de amor fraternal y famosos por sus hechos militares y por su habilidad demostrada en los gobiernos de la

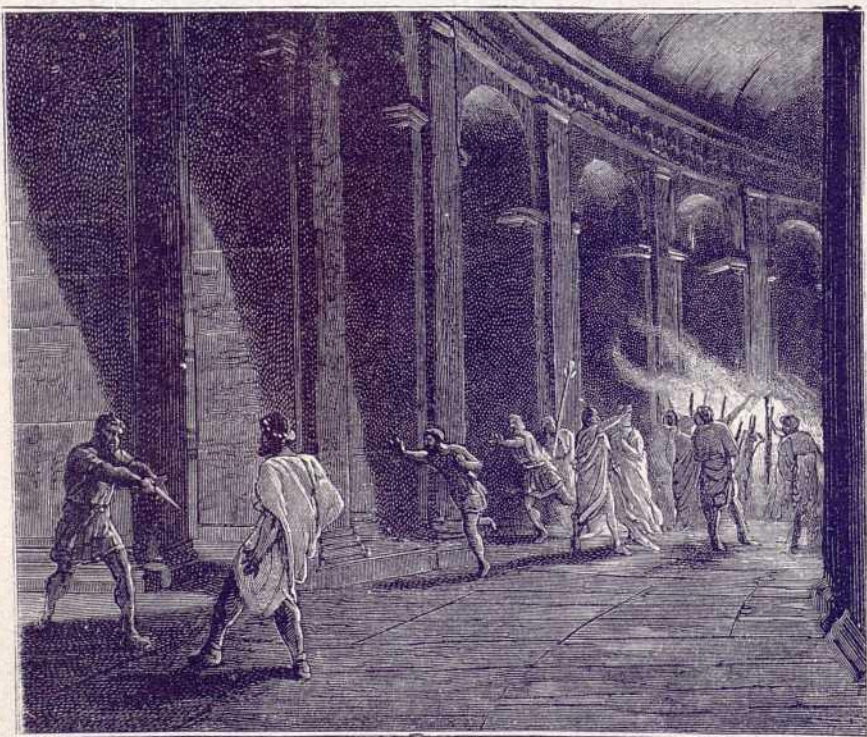
¹ Narran los hechos del reinado de Cómodo el historiador Dión Casio en el libro LXXII; Herodiano, en su *Historia de los emperadores desde la muerte de Marco Aurelio*, y Elio Lampridio en la *Vida de Cómodo*. Éste llevó hasta la muerte de su padre el nombre de Lucio Aurelio Cómodo: hecho emperador, se llamó M. Aurelio Cómodo Antonino; y á partir del año 191, Lucio Elio Aurelio Cómodo.

Acaya y la Panonia. Pero la influencia de estos consejeros no duró más que un día. Por su indicación presentóse Cómmodo ante el tribunal del campamento y recitó el discurso que se le había dado en alabanza de su padre. Opinaban aquéllos que debía continuarse la guerra contra los germanos para hacer más provechosa la reciente victoria; pero él se apresuró á concluir la paz, y en Octubre de aquel mismo año ingresó triunfalmente en la metrópoli, llevando sentado á su lado al esclavo Antero, cómplice de sus torpes amoríos y llamado ahora á ocupar el puesto de honor que pertenecía á la memoria de Marco Aurelio.

Roma tuvo en aquel espectáculo el primer anuncio de la depravación que volvía con Cómmodo á la corte y al trono que su padre había hecho ocupar por la virtud. Pronto sabrá también que esta depravación debía ser acompañada por la tiranía. Digno ministro de ella aparece aquel Perenne á quien Marco Aurelio, no siempre feliz conocedor de los hombres, había dado, juntamente con Paterno, el mando de los guardias. Éste último, que era bueno, fué desde luego desdeñado, aunque nominalmente conservase su puesto, y pronto se le hará desaparecer; de modo que el inicuo Perenne quedó solo en su mando y en la confianza del príncipe.

No es de extrañar que los extravíos del príncipe, cuyo ejemplo no veía el pueblo mucho tiempo hacía, hiciera estallar una conjuración contra él. Todos los historiadores atribuyen su iniciativa á su hermana Lucila, y sólo disienten en el motivo que indujo á la viuda de L. Vero en su intento. Herodiano, escritor anecdótico más que historiador severo, lo atribuye á bajos celos de mujer, por no tolerar aquélla que Crispina, esposa del emperador, ocupase en la corte un lugar superior al suyo. Pero si se considera la clase de las personas con quienes Lucila se concertó, no es fácil creer que éstas se prestasen á ser instrumentos de tan

mezquinos móviles. Nada sabe, además, el biógrafo de semejantes celos, afirmando sólo que las crueldades del emperador motivaron la conspiración ¹, en que tomaron parte Ummidio Quadrato, cuñado de Cómodo ² Claudio Pompeyano y el prefecto Paterno. La ejecución del golpe fué,



ASESINATO INTENTADO CONTRA CÓMODO, ¡Esta te envía el Senado!

según el mismo Lampridio, confiada á Pompeyano; y Herodiano cita como ejecutor al senador Quintiano. Pero fuese uno ú otro, faltó al ejecutor la resolución en el momento crítico. Antes de herir á Cómodo, le mostró el arma di-

¹ Lampridio, *Vida de Cómodo*, cap. IV.

² Ummidio Quadrato tenía por mujer á Annia Faustina, otra hija de M. Aurelio.

ciéndole: «esta te envía el Senado;» y mientras profería estas palabras, el emperador pudo evitar el golpe y los guardias acudieron á defenderle (183).

Aquellas imprudentes palabras hicieron concebir á Cómodo un odio implacable contra el Senado; y esta Asamblea, que con los Antoninos había recuperado gran parte de su antigua autoridad, fué, para el hijo indigno de M. Aurelio, objeto de la más cruel persecución.

La serie de las víctimas comenzó en Lucila: su hermano la desterró á Capri, y allí la hizo matar. Con ella desaparecieron luego del mundo su yerno Pompeyano, el cuñado Quadrato, el prefecto Paterno y Salvio Juliano, sobrino del gran jurisconsulto. Dión afirma que de todos los que habían gozado de alguna reputación bajo Marco Aurelio, sólo tres escaparon á la muerte.

Entre las víctimas, los dos hermanos Quintilio levantaron gran murmuración, á pesar de ser ya usuales aquellas escenas de sangre. La familia de los Quintilios era troyana de origen: representábanla entonces los hermanos Candiano y Máximo considerados por su saber y virtud militar, y celebrados por su admirable concordia fraterna. Nunca se habían separado: habían ocupado juntos cargos públicos, civiles y militares, sirviendo el uno de lugarteniente al otro. Esta concordia quitó el sueño al príncipe fratricida, envidioso también de sus riquezas; y los desterró y confiscó sus bienes ¹.

La repugnante figura del prefecto Perenne aparece como consejero é inspirador de estas sangrientas venganzas. Á él se atribuye, como título de alabanza, la severidad del gobierno cuya verdadera cabeza era. Mas el poder le despertó ambiciones que debían perderlo. Ya había lle-

¹ En la campiña de Roma, á la izquierda de la via Appia, se ven aún las ruinas de la villa de los Quintilios, llamadas en la Edad Media la *Roma vieja*.

gado repetidamente á Cómodo el rumor de que su ministro fraguaba su ruina; y el tirano sospechaba de él cuando la reclamación de unos enviados militares de Bretaña le ofreció el modo de desembarazarse de su enemigo. Aquellos soldados (eran 1.500) venían á quejarse de que Perenne confería á simples caballeros los cargos que debían ser dados á senadores. Cómodo les dió satisfacción mayor que la que pedían: les entregó el mísero ministro, á quien hicieron pedazos (185).

Á Perenne sucedió en el favor del príncipe un antiguo esclavo llamado Cleandro, de Frigia, el cual logró con sus astutas artes ser mayordomo del príncipe, y después de Perenne su primer ministro y uno de los prefectos del pretorio. Esta prefectura tuvo entonces tres titulares, y á Cleandro se encomendó el proteger la vida del emperador, por lo cual se le llamó «el liberto del puñal» ¹.

Bajo el gobierno del liberto Cleandro el Imperio presentó tales ignominias como no se habían visto en las más tristes épocas. Para saciar su pasión predominante de la avaricia vendió en públicas subastas las dignidades, llegando hasta crear en un solo año 25 cónsules.

Lo mismo que el consulado, la senaduría fué objeto de tráfico vil. Lampridio cita á un Julio Solón, que vendió cuanto tenía para pagar su nombramiento de Senador. Por estos medios acumuló Cleandro en tres años dinero bastante para adornar la ciudad con baños, pórticos y bellas construcciones, haciendo creer que tales obras las realizaban por voluntad y á expensas del emperador: traza con que cuidaba de que sus riquezas no hicieran pensar al príncipe. Intentó abrir á éste los ojos su cuñado L. Antistio Burrho; pero Cleandro le acusó de aspirar al principado, y obtuvo contra él un decreto de muerte. El astuto

¹ Lampr., *Vida de Cómodo*.

liberto, que sabía defenderse contra sus calumniadores, no supo hacerlo contra su avaricia. No contento con los tesoros que recogía en el mercado de los empleos, se aprovechó de una carestía que afligió á Roma el año 189, acaparando los cereales que venían de fuera. La plebe se sublevó abiertamente contra esta nueva infamia del ministro: en los juegos del Circo, y mientras se disponían los caballos para la séptima carrera, una turba de muchachos guiados por una joven de alta estatura y fiero aspecto, invadió la arena gritando furiosamente contra el acaparador del pan. Á sus gritos conmovióse el pueblo, y dejando el espectáculo corrió á la villa de Quintilios en las afueras de Puerta Capena, donde entonces moraba el emperador. En vano intentó Cleandro contener á la multitud atacándola con la caballería pretoriana: la infantería se unió al pueblo contra los jinetes, que fueron desbaratados. Cómodo supo por su concubina Marcia y por su hermana Fadila la revuelta de Roma; y lo mismo que cuatro años antes había sacrificado á Perenne entregándolo á los soldados bretones, así sacrificó entonces á Cleandro y á un hijo de éste, entregándolos al tumultuoso pueblo sin el menor remordimiento. Antes de que la muchedumbre llegase á la villa Quintilia, Cleandro fué muerto y su cabeza enviada sobre una pica á los del tumulto como prenda de paz y de amistad entre el pueblo y el soberano (189). Ante la triste experiencia Cómodo desistió de dar un sucesor á Cleandro; y entonces apareció en su desnudez la índole perversa del tirano. Sus pasiones sensuales eran las que hasta allí había principalmente mostrado: su casa era un serrallo, cuyas ignominiosas escenas se pueden ver en la descripción demasiado exacta que hizo de ellas su biógrafo, y cuyo recuerdo nos veda la decencia. Muerto Cleandro despertáronse en Cómodo apetitos sangrientos que empezó á satisfacer en su familia. Para destruir la estirpe de los *Césares* había sido

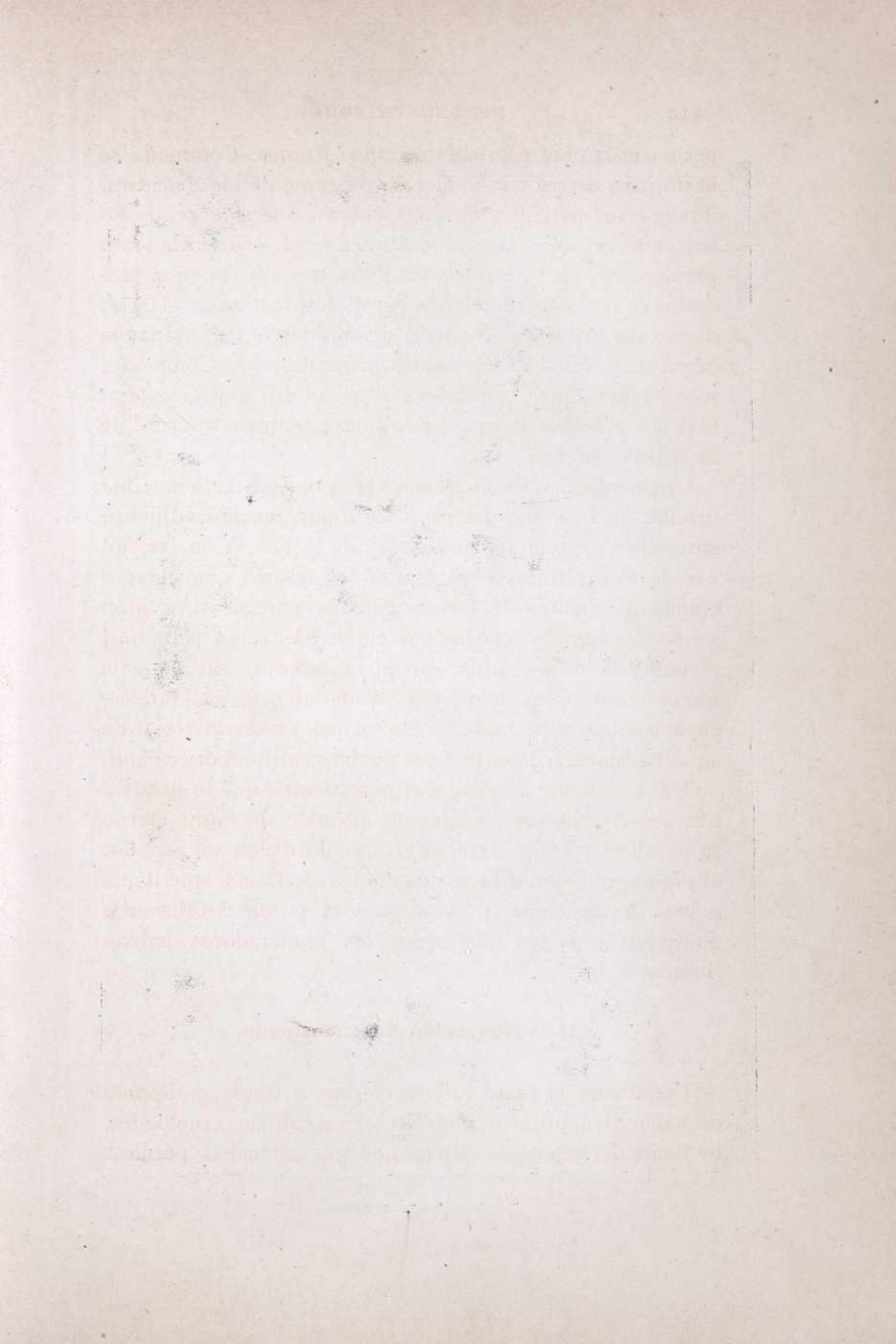


necesaria la obra parricida de cinco tiranos: Cómmodo se bastó para destruir la numerosa progeñie de los *Antoninos*. Tras de sus parientes tocó el turno á los senadores, de los cuales en un solo día mandó á muerte 23. Un sentimiento piadoso impide al historiador Dión registrar los nombres de los ciudadanos inmolados por el déspota feroz. «Haría, dice, esta historia demasiado desagradable y cansada, si describiera todos los asesinatos ordenados por Cómmodo, y escribiera aquí los nombres de todos los que la calumnia, las falsas sospechas, ó su riqueza, nobleza y virtud, le hicieron condenar.»

Otros desastres públicos agravaron el peso de la horrible tiranía: un incendio destruyó en Roma muchos edificios, entre ellos los templos de Vesta y de la Paz. Y en las ruinas de este último se perdieron los tesoros que algunos ciudadanos habían depositado en él para asegurarlos: luego sobrevino nueva y terrible epidemia. El tirano, para huir el peligro, fué á establecerse en Laurento, sitio que le aconsejaron los médicos, por su abundancia de laureles, cuya sombra y perfume se tenían por preservativo; y en aquella estancia, mientras sus pueblos sufrían tales calamidades, Cómmodo empleaba el poco tiempo que le dejaban libre sus quehaceres, en buscar el modo de hacer eterno su nombre; y creyó eternizarlo dándolo al siglo, al Senado, al pueblo romano, á la misma ciudad de Roma, que llamó *colonia Commodiana*, y dándose á sí propio títulos más pomposos que los que todos los emperadores habían llevado.

II. — Abyección del principado.

Terminada la peste volvió el tirano á Roma, y después de haber llenado el mundo de terror con sus crueldades, lo llenó de vergüenza alternando en las luchas públicas





CÓMMODO EN EL COLOSEO.

como gladiador. Cada uno de los tiranos de Roma había tenido su locura particular: Calígula la de creerse un dios, Nerón la de creerse un gran artista; y Cómodo, para dar prueba de la seguridad con que sabía herir, se hizo gladiador. De toda Italia acudieron las gentes á presenciar el extraño espectáculo. Cómodo apareció en el anfiteatro vestido con una túnica de blancos lunares. Después de recibir los homenajes del Senado, se vistió otra de púrpura recamada de oro, una clámide griega de la misma tela y puso en su cabeza una corona de oro guarnecida de pedrería indiana; y con este traje y llevando en sus manos el caduceo de Mercurio en lugar de cetro, bajó á la arena. Tres días duró la fiesta: al tercero, acabadas las fieras, empezó la lucha de gladiadores; para ella se ciñó Cómodo el traje y las armas del *secutor*, que eran el yelmo, el escudo y la espada. El adversario, desnudo, llevaba un tridente y una red, ésta para envolver y derribar al enemigo, y aquél para matarlo. Los combatientes con el *secutor* imperial, tenían orden de dejarse matar sin herir; y el haberse observado fielmente esta orden demuestra el sumo envilecimiento de la naturaleza humana, producido por aquella infame institución. Dió el historiador, que asistió como senador al repugnante espectáculo, confiesa su propia vergüenza y la del Senado al recordar el abyecto servilismo de los padres conscriptos ante el gladiador Cómodo. «Cuando el emperador volvía triunfante de la lid, dice, nos levantábamos y repetíamos las aclamaciones de ordenanza gritando: gloria á César, á Cómodo Hércules, invencible, Amazonio, siempre el primero, siempre el Señor, pío, victorioso.» Y continúa: «hubo un momento en que nos creímos cercanos á la muerte, porque Cómodo, habiendo cortado la cabeza á un avestruz, se lanzó hacia nosotros con el despojo del animal en una mano y en la otra la espada ensangrentada: nada decía, pero hacía signos para

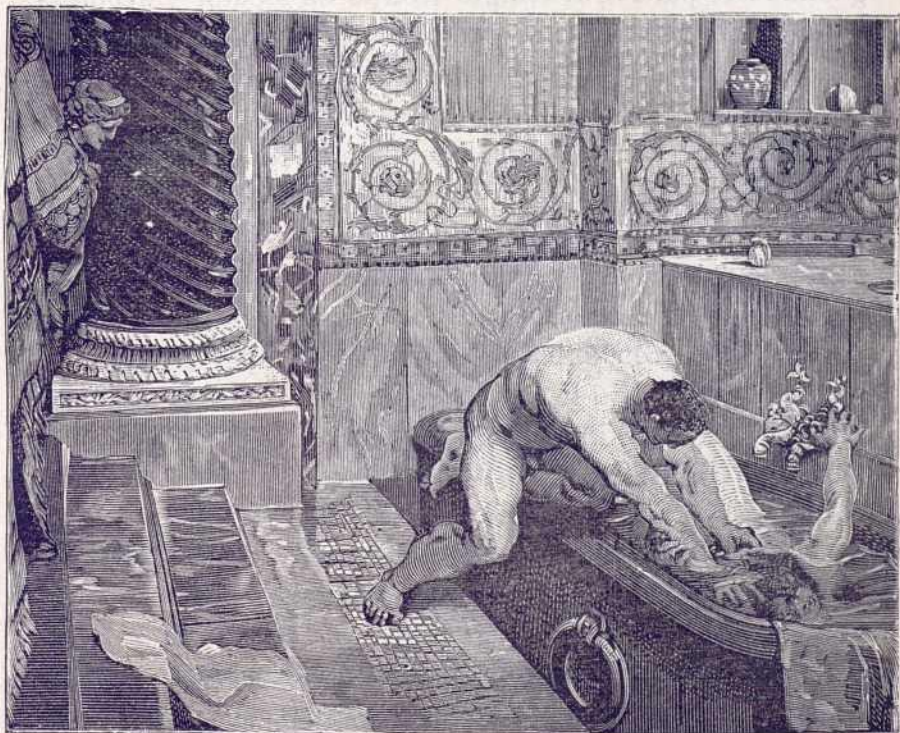


EL EMPERADOR CÓMODO.

(Busto encontrado en las últimas excavaciones de Roma.)

dar á entender que nos trataría como al avestruz decapitado.

Á pesar de su feroz actitud, parecía en aquel instante tan ridículo, que la sonrisa se asomó á nuestros labios; y no sé lo que nos hubiera pasado, á no haberme puesto á



CÓMMODO AHOGADO EN EL BAÑO POR UN ATLETA.

masticar algunas hojas del laurel que llevaba sobre mi cabeza, para refrenar la peligrosa hilaridad, y á no haber mis colegas imitado mi ejemplo.» Un solo senador, C. Pompeyano, el yerno y amigo de M. Aurelio, osó protestar contra aquella ignominia, negándose á asistir al anfiteatro; el emperador no le molestó por ello, y fué esta acaso la

más bella acción de su vida ¹. Pero ya apuntaba el día de la gran venganza, que no partió del pueblo ni del Senado, sino de la casa misma del tirano. Estando próximo el principio del nuevo año, Cómodo había decidido que la ceremonia del 1.º de Enero no se celebrase con arreglo á la antigua costumbre, sino que él saldría de la escuela de gladiadores para ir al templo vestido de secutor y acompañado de atletas en vez de pretorianos. En vano Marcia, su concubina predilecta, Leto, prefecto del pretorio y Eclecto su servidor, le conjuraron á desistir del proyecto: no acostumbrado á sufrir oposiciones, Cómodo prorrumpió en terribles amenazas, que en su boca nunca eran vanas. Espantados los cortesanos, resolvieron evitar la común ruina dando muerte al tirano. Marcia le dió veneno en la comida; pero no habiéndole hecho efecto, le hizo ahogar en el baño por un atleta con quien Cómodo solía ejercitarse en el pugilato ². Así dejó la vida á los 31 años, el 31 de Diciembre del 192, el último de los Antoninos, oprobio de aquella noble familia.

ELVIO PERTINAX ³ (193)

El hombre á quien los matadores de Cómodo ofrecieron la púrpura, hubiera por sus condiciones, si se le hubiese dejado vivir, hecho volver los buenos tiempos de los

¹ Se cita también como un hecho plausible de Cómodo la paz que concedió á los cristianos, á quienes sacó de las cárceles en que M. Aurelio los tenía. De esta conducta benévola hacia los secuaces del Evangelio, se dedujo también la razón del patrocinio de Marcia, á quien se supone cristiana; pero las costumbres de la concubina de Cómodo no son para hacer creer en su conversión.

² Así cuentan el fin de Cómodo, Casio y Lampridio. Herodiano (I, 17) añade algunos pormenores que parecen reminiscencias de la muerte de Claudio y de Domiciano.

³ La historia del reinado de Pertinax es referida por Casio en el libro LXXIII, por Herodiano en el II, y por G. Capitolino en la *Vida de Pertinax*.

Antoninos, y olvidarse el episodio sangriento del último de ellos. Este hombre era Publio Elvio Pertinax, prefecto de Roma, de humilde origen. Su padre fué un liberto de Alba Pompeya, leñador: Pertinax, por tanto, se lo debía todo á sí mismo, á su talento y á su valor. Marco Aurelio le llevó al Senado y le dió el mando de una legión. Una misión militar que le confió Cómodo en Bretaña le valió nuevos honores; á su vuelta obtuvo el proconsulado del Asia y la prefectura de Roma.

Contaba Pertinax, cuando se le ofreció la corona, 66 años; pero su vejez era profana, y Roma hubiera tenido en él un nuevo Nerva y más enérgico, si no se hubiese en él renovado el caso de Galba. Lo que hizo en tres meses escasos de reinado, dice bien lo que hubiera sabido hacer. Desde el primer instante de su advenimiento dió al Senado ejemplo de honesta moderación, impidiendo que se escarneciera el cadáver de Cómodo, cuya memoria había maldecido la Asamblea.

El reinado de Cómodo había producido dos grandes males: el desorden en la Hacienda y la corrupción de los soldados. «En este tiempo, dice Herodiano, comenzó la corrupción de los soldados, que se manifestó por una desenfrenada ambición y por un gran desprecio hacia el príncipe»¹. Pertinax creyó poder remediar ambos males; pero éstos eran superiores á su poder, y sucumbió en el generoso intento. Cuando subió al trono sólo halló en el Tesoro 1.000.000 de sestericios; y para reunir pronto dinero, ordenó la venta pública del rico mobiliario de Cómodo, con cuyo producto pagó la mitad del donativo prometido á los pretorianos. Provistas así las más urgentes necesidades, dictó una serie de reformas para mejorar el porvenir: la primera consistió en una severa economía, que empezó por

¹ Herodiano, II, 24.

el palacio, cuyos gastos redujo á la mitad: siguieron luego otras providencias que hubieran sin duda hecho renacer la riqueza pública, entre ellas la concesión de terrenos á los ciudadanos pobres, por 10 años, con la obligación de cultivarlos; pero le faltó el tiempo para practicarlas.

Para estimular al ejército había Pertinax instituido pre-



MUERTE DE PERTINAX.

mios á los soldados más distinguidos. Pero el ejército necesitaba bien distintos estímulos. Los pretorianos, á quienes había prohibido aparecer armados en las calles de Roma, y á quienes había dado por primera palabra de orden la de «*militemus*», se dieron por ofendidos con la prohibición, y amenazados en sus privilegios por la orden, comenzaron á murmurar, manifestando intentos sedicio-

sos. Excitábalos á ello su prefecto Leto, el cual había comprendido que el nuevo emperador no toleraba favoritos. Y después de dos tentativas para oponer á Pertinax un rival, en la mañana del 28 de Marzo declaráronse los pretorianos en abierta rebelión: doscientos de los más audaces invadieron el palacio, y llegados á la sala de Júpiter presentóse á ellos, lleno de majestad y fiereza, el viejo emperador. Ante aquella bravura, detuviéronse la mayor parte, y volvieron las espadas á la vaina; pero un miserable bá-tavo, llamado Tausio, esgrimió su acero contra el príncipe; el ejemplo del bárbaro fué seguido por otros soldados, y el infeliz Pertinax fué en un instante acribillado de heridas. Ecleto, que acudió en su ayuda, fué también muerto.

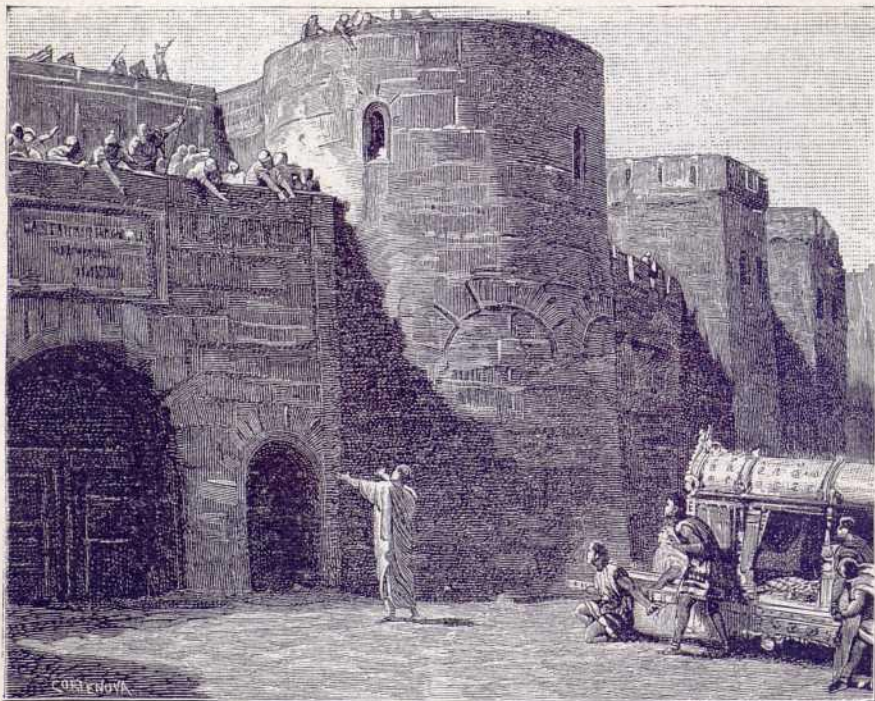
DIDIO JULIANO ¹ (193)

El Imperio subastado.

Tuvo lugar entonces una singular escena que arrojó nuevo desdoro sobre la dignidad imperial: los pretorianos, sintiéndose árbitros del Imperio como nunca, deliberaron sacarlo á subasta y dar la soberanía á quien les ofreciese mayor suma. Para colmo del oprobio, hubo dos personajes notables que concurrieron á la subasta: el uno era Flavio Sulpiciano, suegro de Pertinax; el otro Didio Salvio Juliano, consular y riquísimo. El primero se presentó candidato por miedo á los mismos guardias, porque era presidente de policía, y el día anterior á la catástrofe había ido al campamento para aconsejar á los pretorianos la disciplina en nombre del emperador. El segundo, viejo sexa-

¹ Díón Casio, LXXIII. Herodiano, II. Espartiano, *Vida de Didio Juliano*.

genario, se presentó estimulado, más que por su ambición, por la de su mujer Manlia Escantila y de su hija Clara. Sulpiciano ofreció 5.000 dineros por cabeza; Juliano 6.250, y el trono le fué otorgado ¹. El Senado, bajo la presión militar, ratificó el torpe mercado; pero su ratificación no bastaba para asegurar al nuevo emperador; más que con el



DIDIO JULIANO COMPRA EL IMPERIO EN SUBASTA.

Senado y con el pueblo, era preciso contar con las legiones, y aunque Juliano se apresuró á hacer batir medallas con la divisa de «concordia militaris,» pronto vió que esta concordia sólo existía para derribar al traficante del Impe-

¹ Siendo los pretorianos 12.000, el trono venía á costar al emperador la enorme suma de 300 millones de sestercios, equivalente á 75 millones de liras.

rio, y no para obedecerle. Las guerras de sucesión, terminadas desde Vespasiano, renacían, pues, entonces con la agravación de la inmoralidad militar y del dualismo entre el ejército y la guardia pretoriana.

El principal motivo que indujo á las legiones á rebelarse era el deseo de quitar á los pretorianos su pretensión de disponer del Imperio; prerrogativa que el ejército quería para sí, viéndola abdicada por el Senado. Las legiones de Bretaña, Panonia y Siria se alzaron como un solo hombre, y cada una de ellas proclamó emperador á su propio jefe: en Bretaña fué proclamado Clodio Albino; en Siria, Pescennio Negro; en Panonia, Septimio Severo. De estos tres émulos, sólo Negro era romano; los otros dos, africanos. Severo tenía sobre sus colegas la ventaja de estar más cerca de la metrópoli, y de inspirar más temor que aquéllos; y esta ventaja le dió el Imperio. En tanto que Negro recibía en Asia homenajes y donativos de reyes y sátrapas, Severo se atrajo las legiones de Bretaña, concediendo el título de *César* á su jefe Albino, y corrió en seguida sobre Italia. Juliano lo hizo declarar por el Senado enemigo público, y se preparó á la defensa, poniendo en armas á los marineros, construyendo bastiones en torno á la ciudad, cavando fosos y fortificando en lo posible hasta el mismo palacio, en la esperanza de defender esta última trinchera contra el victorioso invasor. Para atraerse á los pretorianos, que murmuraban por verse dedicados á trabajos que su ociosidad desconocía, sacrificó á los manes de Cómodo los dos principales autores de su muerte, Leto y Marcia.

Las noticias, entretanto, eran cada vez más alarmantes y siniestras: decían que Severo estaba ya en Italia y se había apoderado de Ravena, estación de la flota. Entonces el mísero Juliano cambió de táctica; ordenó á los senadores, cónsules, sacerdotes y vestales salir en solemne procesión contra Severo, llevando las sagradas insignias. Con

esto pretendía renovar el prodigio de Veturia y Volunnia; pero los tiempos eran otros, y Severo no era un Coriolano. Por otra parte, un augur dijo que el que no sabía defender á Roma no podía ser emperador. El Senado, además, se negó á tomar parte en la ceremonia, declarándola inútil ¹; era ya un principio de rebelión. Juliano, viéndose por todos abandonado, ofreció á Severo asociarle al Imperio; pero éste, temiendo una asechanza, mandó á la muerte al mensajero de tal oferta. Los pretorianos no se habían aún decidido, y Severo, por medio de emisarios, les prometió el perdón si abandonaban á Juliano y á los asesinos de Pertinax; y tranquilizados por la promesa, se apoderaron de sus compañeros y mandaron á decir al cónsul Silio Messala que los matadores de Pertinax estaban presos. El cónsul entonces reúne el Senado y le hace declarar á Juliano reo de muerte, conferir á Severo los derechos imperiales y decretar á Pertinax honores divinos. Juliano fué muerto en su lecho: al enviado que fué á noticiarle el decreto senatorial de muerte le dijo con extraña ingenuidad: «¿Pero qué mal he hecho?» (2 de Junio de 193). Estas palabras son, después de todo, su mejor defensa, porque demuestran que Juliano fué digno hijo de su tiempo, cuya influencia se reflejó en sus obras, y atenúa su responsabilidad.

SEPTIMIO SEVERO ² (193 — 211)

I. — Guerra civil.

El varón llamado á restaurar la majestad del principado romano era oriundo de Letti, en África, y descendía

¹ *Inane Præsidium*. Espartiano.

² Fuentes para este reinado: Dión Casio, libros del LXXIV al LXXVII.—Herodiano, libro II y III.—Espartiano, *Vidas de Septimio Severo y Pescennio Negro*.—Capitolino, *Vida de Albino*.



SETTIMIO SEVERO ANUNCIA Á LOS PRETORIANOS LA DISOLUCIÓN DE SU CUERPO,
Y LOS CONDENA AL DESTIERRO.

de una familia de opulentos caballeros. Aunque se dedicó muy joven al estudio del griego y del latín, conservó siempre el acento del idioma patrio, que era el de Anníbal, así como también el gran cartaginés era su ideal y su héroe, á quien levantó una estatua de mármol; honor tardío pero doblemente grato por recibirlo de un conciudadano y emperador. Severo se aplicó en Roma al estudio de la jurisprudencia bajo Q. Bruto Scévola, y tuvo por compañero al gran Papiniano, cuya amistad le vale la indulgencia de la historia. Bajo M. Aurelio, Severo comenzó su *cursus honorum* en que lo inició un tío suyo, consular. Fué cuestor en Cerdeña (172); después legado del procónsul de África; después tribuno de la plebe, pretor y legado de la España tarraconense; y en 179 tuvo, por fin, un mando propio en Siria. Habiéndose indisputado con Perenne, volvió á la vida privada, y siguió en ella hasta el 187, en cuyo año le vemos de gobernador en la Galia lugdunense. Ocupando este puesto, se casó con la bella y docta Julia Domna de Emesa, que conoció en Siria, y de ella tuvo en Galia su primer hijo Basiano (el futuro Caracalla), que nació en Lyon el 4 de Abril del 188.

En Interamna (Terni), en la vía Flaminia, supo Severo el fin de Juliano, y recibió á una diputación de 100 senadores, que fueron á rendirle homenaje en nombre de la Asamblea. Trasladándose luego á las afueras de Roma, invitó á los pretorianos á que fueran, en traje de gala, sin armas ni coraza, á ofrecerle su apoyo y recibir la promesa de los donativos. Y cuando los tuvo presentes, los hizo rodear por tropas escogidas de su ejército, mientras otro cuerpo de las mismas iba á apoderarse del campamento, verdadera ciudadela de la Roma imperial, entre las puertas Viminal y Colina. Entonces les anunció que quedaban disueltos, y que los condenaba á todos al destierro, con amenaza de muerte para el que fuese encontrado del lado



acá de la centésima piedra miliaria. El decreto fué inmediatamente ejecutado; y aquellos foragidos, que antes habían sacado el Imperio á subasta, huían temerosos de las miradas del pueblo, que los llenaba de imprecaciones y denuestos.

Roma respiró. La acogida triunfal que hizo á Septimio era la expresión de la gratitud general hacia el que la libró de los pretorianos. «Por toda la ciudad, escribe Dión, no se veían más que coronas de flores y laurel.» Pero el entusiasmo se atenuó bien pronto á la vista de los soldados que acompañaban á Severo, y que fueron acuartelados en los templos. Aquellos soldados, por sus violencias y modos brutales, se mostraron dignos sucesores de los guardias, y el pueblo unánime pidió que se alejasen. Á los treinta días partieron, en efecto. Severo hizo luego celebrar espléndidos funerales en honor del infeliz Pertinax, á quien deificó; y para asegurarse la fidelidad del Senado durante su ausencia, prometió que después de vencer á su rival en Oriente restablecería el gobierno de la aristocracia, y que en su reinado ningún senador sería condenado á muerte.

Fortuna fué para Severo que Albino, creyendo en su promesa de asociarlo al Imperio, no se moviese. Así pudo llevar todas sus fuerzas contra Pescennio Negro. Éste es citado como soldado valiente y de austeras costumbres; y si la victoria hubiera sido suya, el Imperio hubiese tenido por él un gobierno fuerte y justo ¹. Él creía seguro su triunfo: tenía por sí toda el Asia romana y el Egipto, y poseía un ejército de nueve legiones con gran número de auxiliares. Ya había puesto el pie en Europa, ocupando á Bizancio, y sus tropas marchaban sobre Perinto, por lo cual creía firmemente ganar la victoria y la inmortalidad ².

¹ Espartiano, biógrafo de Negro, cita el elogio que Marco Aurelio hizo de él en este sentido.

² Existen medallas de Negro, donde se lee: *Æternitas Augusta*; y en otras: *Invicto Imperatori*. Eckel, VII, 154.

Pero la confianza del jefe no era igualmente sentida por sus generales. Severo había tenido la hábil prudencia de llevar consigo las familias de los legados y pretores de Oriente, los cuales, teniendo que optar entre el sacrificio del príncipe ó el de sus hijos, prefirieron el primero. Conspiraba también contra Negro otra circunstancia: muchas ciudades de Oriente se habían mezclado en esta guerra para satisfacer sus pasiones locales, sus rivalidades municipales; y unas como Nicea, Laodicea, Tiro y Samaria, se declararon por Severo sin más razón que la de haberlo hecho por Negro Nicomedia, Antioquía, Berito y Jerusalén. Algunas de aquéllas pagaron amargamente su conducta: Negro lanzó sobre Laodicea y Tiro sus tropas mauritanas, que las redujeron casi á plena ruina.

Las legiones de Severo llegaron á tiempo de salvar á Perinto (193). Dejando á Bizancio pasaron el Helesponto, y encontrándose en Cicico con el ejército que mandaba Aselio Emiliano, procónsul de Asia, lo derrotaron, matando á su jefe. Quedaba aún intacto el ejército principal que mandaba Negro en persona; pero también éste fué vencido en dos batallas, la primera en Nicea, la segunda en Isso, famosa en los anales guerreros del Imperio macedónico. Negro entonces, viéndose perdido, trató de llegar al Éufrates y buscar asilo entre los parthos; pero los severianos lo alcanzaron y degollaron (194). Severo no asistió á ninguna de estas batallas, porque fiaba en sus generales, y se quedó en Perinto para vigilar á la vez sobre Europa y sobre Asia. Cuando supo la derrota y muerte de su rival pasó el Helesponto y fué á distribuir por sí mismo los premios y á imponer las penas, que fueron gravísimas: la rebelde Antioquía fué puesta bajo la jurisdicción de su rival. Laodicea y sus hombres principales pagaron con la muerte su adhesión á Negro. Los restos del ejército de éste se refugiaron del lado allá del Tigris, cerca de los príncipes alia-

dos; Severo les invitó á volver, pero no todos obedecieron, prefiriendo entrar en las milicias párticas, que á ellos debieron su recomposición.

Todavía estaba Severo en Mesopotamia, cuando le llegó la grata nueva de la rendición de Bizancio. Esta grande ciudad, situada entre la Tracia agrícola y el Asia manufacturera, entre el Ponto Euxino y el Mediterráneo, debía su prosperidad á su situación, contando su escuadra más de 150 velas. Abrazó y sostuvo hasta lo último la causa de Negro, resistiendo tres años (193-196) á un terrible asedio cuya dirección tenía el general L. Mario Máximo, jefe del ejército de la Mesia; los bizantinos confiaron su defensa á un valiente ingeniero niceano llamado Prisco, el cual, nuevo Arquímedes, utilizó en su provecho la mecánica. Pero luchaba con un enemigo contra el cual ni el ingenio ni el heroísmo tienen poder alguno: y este enemigo era el hambre. Después de los más crueles sufrimientos, que llegaron hasta alimentarse de carne humana, los míseros bizantinos tuvieron que rendirse. Severo tomó en ellos feroz venganza: todos los magistrados y soldados fueron mandados á la muerte ¹. También fueron destruidas las admirables murallas de la ciudad, sus monumentos derribados y Bizancio puesta en la dependencia de Perinto. El historiador Dión censuró esta venganza de Severo, que quitó á Roma su más fuerte baluarte contra los bárbaros del Ponto y del Asia; y no tardó la censura en hacerse buena: el desmantelamiento de Bizancio facilitó á los godos llegar al Euxino y penetrar por el indefenso Bósforo en el centro del Mediterráneo.

Vencido el rival de Oriente, debía Severo pensar en el británico, Clodio Albino. La conducta de éste es inexplic-

¹ De esta matanza se salvó, por su talento, el ingeniero Prisco, á quien Severo tomó á su servicio para servirse de él en sus futuras guerras.

able; no se comprende su confianza en las promesas del astuto Severo durante tanto tiempo, en que los hechos debían hacerle ver claro en el porvenir. Severo, desde que salió de Roma no se cuidó de él, y obró como quien á nadie debe rendir cuentas. Si Albino hubiese seguido el consejo de sus amigos del Senado, que preferían ver á la cabeza del Estado en vez de un tosco africano un patricio ilustre y culto, la victoria hubiera sido suya, porque Septimio no hubiera podido sostener á un tiempo dos guerras en dos extremidades del Imperio; pero la vacilación de Negro le hizo recobrar su libertad de acción y poder llevar contra él un ejército enardecido por sus recientes victorias.

Poco importa saber cuál de los dos tomó la iniciativa en la lucha. Después Severo, al volver de Oriente, hizo á su hijo mayor *César* en Viminacio sobre el Danubio, dándole el nombre de Aurelio Antonino ¹. Algunos historiadores (Capitolino y Herodiano) hablan de un atentado de Severo contra su rival, que no se logró. Parece que esta acusación nació en el campamento de Albino; pero si hubiera tenido el menor fundamento, Espartiano y Dión no lo hubieran pasado en silencio.

El encuentro de los dos ejércitos se realizó en la Galia. Albino, al entrar en ella, la prometió grandes recompensas, y vió acudirle de todas partes guerreros que hicieron subir sus fuerzas á 150.000 hombres. Este número era también el de las enemigas. Después de algunos pequeños combates favorables á Albino, vino el 18 de Febrero de 197 á una batalla decisiva, que fué librada en las orillas del Saona entre Lyon y Trevoux (*Trinurtium*). Severo condujo esta vez sus legiones al ataque; á su lado lucharon con valor los generales Mario Máximo, Cándido y Plau-

¹ Severo se hizo, *por arrogación*, declarar hijo de M. Aurelio. Y así entraba en la gran familia de los Antoninos, siendo heredero de aquel inmenso patrimonio que cinco generaciones de emperadores transmitieron á Cómodo.

ciano; el éxito quedó, sin embargo, bastante tiempo indeciso: los severianos eran vencedores en el ala derecha y sus adversarios en la izquierda; por último, la entrada en acción de la caballería de Severo con su jefe Leto, que hasta allí había vacilado entre el deber y la traición, decidió la victoria. Albino, viéndose perdido, se atravesó con su espada; respirando todavía fué llevado ante su rival: éste le hizo cortar la cabeza, y la mandó al Senado para espantar á sus enemigos. Y esto no era sólo una amenaza: después de pacificar las provincias occidentales, premiándolas ó castigándolas según su conducta con Albino, é imponiendo muchas proscripciones, el victorioso emperador volvió á Roma con el propósito de cumplir mayores venganzas (Junio del 197). Dión nos ha transmitido los principales puntos de su discurso ante el Senado, explicando su política, que no era ciertamente tranquilizadora para los padres; alabó la severidad de Sila, de Mario y de Augusto, y censuró la clemencia de Pompeyo y de César, juzgando á entrambos por sus resultados; hizo la apología de Cómmodo, reconviniendo al Senado por haber infamado su memoria. Y después de las palabras vinieron los hechos: setenta y cuatro senadores fueron objeto de un proceso capital por haber seguido la causa de Albino; de ellos, treinta y cinco resultaron inocentes y veintinueve culpables. Estos últimos fueron pronto ajusticiados, contándose entre ellos aquel Sulpiciano que, después del asesinato de Pertinax, concurrió á la subasta del Imperio.

II. — Guerra pártica.

En medio del terror que esto produjo en los senadores, llegó á Roma la noticia de que el rey de los parthos, Vologeses IV, había invadido la Mesopotamia, llamado por

sus antiguos súbditos, y tenía bloqueada la fortaleza de Nisibe. Los padres respiraron con este anuncio, porque á tales tiempos se había llegado, que las calamidades del Imperio debían ser recibidas por el Senado como un beneficio que lo libraba de la presencia del tirano.

Severo partió inmediatamente para Oriente y en el estío del 197 llegó al teatro de la nueva guerra ¹; y llegó á tiempo para salvar á Nisibe y poner en fuga á los bárbaros.

Una vez más se abría á las legiones el camino de la capital párthica Ctesifonte. Con madera de un bosque cercano al Éufrates, construyó Severo una flota en que embarcó sus bagajes, mientras su ejército le seguía marchando por la orilla. Así llegó á Babilonia, que sólo el nombre conservaba de su antigua grandeza. Desde allí, atravesando el canal que unía al Éufrates con el Tigris, ocupó á Seleucia y puso cerco á Ctesifonte. Después de algunos asaltos la ciudad se le rindió y fué entregada á horrible saqueo, llevándose de ella como esclavos á 100.000 habitantes (198). Pero no osó seguir á Vologeses hasta las inhospitalarias regiones del Irán, donde se había refugiado; y contento con la obtenida gloria, se aprestó al regreso.

Remontando el valle del Tigris, detúvose el emperador en Atra (El Hadr), el famoso oasis árabe que Trajano había asediado en vano, y que á la antigua ofensa había añadido la de adhesión á Negro. Pero Severo no tuvo en Atra mejor éxito que Trajano: dos veces la asaltó, y las dos fué rechazado (199).

Mientras Severo bloqueaba á Atra, su hijo Basiano An-

1 Antes de partir quiso Severo reconstituir la guardia pretoriana, como garantía de quietud durante su ausencia y de seguridad personal á su vuelta. Reorganizó, pues, aquella milicia, aunque con distinto carácter, pues la formó con los mejores soldados de las legiones. Antes de esta reforma, los pretorianos se refugiaban sólo en Italia, y después de ella vino á ser propiedad exclusiva de los bárbaros y Roma se vió llena de soldados asiáticos, africanos, dacios, panonios y tracios, cuyo fiero aspecto la mantenían en continuo terror.

tonino había ido por orden suya á Palestina á reprimir una nueva rebelión de los judíos. No se conoce ni la causa ni los pormenores de esta rebelión: sábese sólo que Basiano la deshizo pronto, y que celebró su triunfo en Roma.

La rebelión judaica se reflejó en daño de los cristianos. Severo, que fué también á Palestina, dió allí un edicto que prohibía bajo penas severísimas abrazar, tanto el judaísmo como el cristianismo. Este edicto dió origen á una nueva persecución de los cristianos, que duró veinte años y se extendió á todo el Imperio. Los anales eclesiásticos de esta triste época, han sufrido tantas mutilaciones, que no es posible hacer con ellos un cálculo ni aun aproximado de las víctimas castigadas por aquella disposición: únicamente sabemos que las provincias que más sufrieron el estrago, fueron la Galia, el África y el Egipto; patrias respectivas de tres insignes luminarias de la Iglesia, vivientes entonces, y que fueron Ireneo de Lyon, Tertuliano de Cartago ¹ y Clemente de Alejandría. El primero de éstos fué también una de las víctimas del edicto severiano.

El emperador permaneció, después de la guerra, tres años en Oriente. Esta predilección por aquellas provincias, que se manifestó en los especiales favores concedidos á ciertas ciudades, como Berito, donde fundó una escuela de derecho, y Alejandría, que volvió á tener el Senado y los concejales que le quitó Augusto, se explica no sólo por ser el país nativo de Severo y de su mujer Julia Domna, sino por la predisposición de su carácter á las supersticiones

¹ Tertuliano escribió el año 199 su *Apologético*, que contiene una magnífica defensa contra las acusaciones que se hacían entonces á los cristianos, especialmente de carácter político. En otro escrito suyo, compuesto diez años después de la muerte de Severo, y titulado *ad Scapulam*, porque se dirigía á Scapula procónsul de África, el célebre sacerdote cartaginés atestigua que Severo trató al principio de su reinado con benevolencia á los cristianos. «No solamente, dice, no persiguió á ninguna persona notable que pertenecía á aquella secta, sino que las honró con su estimación y las defendió contra el odio del pueblo.»

religiosas en que el mundo oriental abundaba. «Los dioses de Roma, escribe el historiador moderno de los Antoninos ¹, puede decirse que tenían carácter político; los de Grecia, creados por la poesía y el arte, llegaron á ser literarios; pero los dioses de Oriente eran entonces una especie de mina que tenía aún mucho que explotar.» En esta



JULIA DOMNA.

superstición le ayudaba su mujer Julia, nacida en Emesa de una familia de sacerdotes; su mismo matrimonio había sido efecto de aquella predisposición, puesto que Severo, viudo de su primera mujer Marcia, casó con Julia por la sola razón de que un amigo suyo le había predicho que el hombre que llegara á ser esposo de aquella mujer sería

¹ Champagny, *les Césars de III siècle*, I, 173.

emperador. No se crea, empero, que Septimio dedicó todo su tiempo en Oriente á satisfacer su curiosidad religiosa; porque aunque es notorio que en Egipto restauró el coloso de Mennon, el cual dejó desde entonces de hacer oír su voz divina, también nos da cuenta su biógrafo de nuevas disposiciones gubernativas tomadas por él en aquellas provincias; y por las medallas é inscripciones sabemos que reorganizó la Mesopotamia, dándola por guarnición dos de las tres legiones que había formado durante la guerra parthica ¹, y reforzando con colonias como la de Nisibe, que se llamó *Septimia*, la de Resena y la de Zaita, el elemento civil romano, dividiendo para él en dos partes la provincia de Siria, donde hizo construir nuevas vías militares.

III. — Gobierno de Septimio Severo.

Volvió Severo á la metrópoli después de cinco años de ausencia. Un rescripto imperial dado en Sirmio el 18 de Marzo del 202, nos hace conocer aproximadamente la fecha de su llegada á Roma, que debió ser á principios del estío de aquel año.

Pero el príncipe que volvía á presentarse ante el pueblo romano, era ya distinto del que antes conociera: humilde y humanitario había sido á su advenimiento, como convenía á su deseo de asegurarse la adhesión de los romanos durante sus luchas con su rival; después de la victoria, Roma había visto en él al tirano armado, vengándose de los senadores perjuros: ahora faltaba objeto á su venganza. La ciudad había permanecido durante el quinquenio de su ausencia, tranquila y fiel; y por esto pudo á su vuelta pro-

¹ Con éstas subió á 33 el número de las legiones, que habían sido hasta allí 30. La legión II *parthica* fué con Severo á Italia, y tuvo su cuartel en Albano para estar fácilmente al servicio del príncipe.

testar ante los ciudadanos de sus excelentes y favorables propósitos.

Roma se había preparado dignamente para recibir á su señor, y recibió de él á su vez fiestas y larguezas munificas ¹. Primero se celebró el triunfo judaico del hijo de Severo ²; después el décimo aniversario del advenimiento del emperador al trono; ó sean los *sacra decennalia* en que otras veces se renovaban los poderes imperiales, y que ya entonces una falsa política limitaba á una pomposa fiesta; después celebróse también la boda de Basiano con Plautila, hija del prefecto del pretorio, Fulvio Plauciano; y por fin, el centenario de Roma que, á causa de la incierta cronología, se celebraba cada medio siglo. El último, en efecto, se había celebrado por Domiciano el año 88.

Por su parte el Senado y el pueblo alzaron en honor de Severo y de su familia un arco triunfal al pie del Campidoglio, que subsiste aún y cuyo objeto expresa su inscripción.

Terminadas las fiestas, dedicóse Severo por completo á la obra legislativa y administrativa del Estado. Dión nos ofrece un cuadro de su vida cotidiana, que atestigua su gran laboriosidad y el orden de sus costumbres. «Antes del alba, cuenta el historiador, ya estaba levantado y trabajando; después paseaba tratando con sus consejeros de los negocios públicos; luego iba á presidir el tribunal, donde dejaba á los defensores todo el tiempo necesario, y á nosotros los jueces plena libertad de emitir nuestra opinión. Al medio día montaba á caballo, cuando la gota le permitía este ejercicio; después se bañaba, y á las dos se sentaba á la mesa solo ó con sus hijos. Después de la comida, reposaba un poco, y volvía á los asuntos, dando audiencias

¹ Se calcula en 220.000.000 de dineros los que en estas larguezas gastó Severo durante su reinado.

² Basiano Antonino fué proclamado Augusto por las legiones en Ctesifonte, cuando éstas recogían el botín de la ciudad, que les abandonó Severo.

particulares; por la noche se hacía leer los autores griegos y latinos, y tomando otro baño, cenaba con los suyos ¹. Quien hacía una vida tan regular, debía amar el orden en todas las cosas, y sobre todo en las del Estado.

Ayudaban al emperador en sus trabajos algunos amigos y compañeros suyos (*amici et comites*) escogidos con preferencia entre los juristas; los cuales, aunque no pueda negarse que dieron mayor autoridad y orden á la administración y á la justicia, es también indudable que contribuyeron grandemente á consolidar el despotismo, ya inculcando en las masas los deberes de una obediencia pasiva, ya exagerando intencionalmente los peligros de la libertad. «Los jurisconsultos y los historiadores, escribe Gibbon, se concertaron para afirmar y enseñar que la autoridad imperial no era en su ausencia una comisión delegada, sino que se apoyaba en la irrevocable renuncia del Senado; y que el emperador, libre del vínculo de las leyes civiles (*legibus solutus*), tenía pleno arbitrio sobre la vida y los bienes de los súbditos, y podía disponer del Imperio como de su patrimonio privado. Los más ilustres legistas, como Papiniano, Paulo y Ulpiano, florecieron bajo los príncipes de la familia de Severo, y la romana jurisprudencia llegó con la monarquía al más alto grado de madurez y perfección» ². Severo se había propuesto introducir el orden en el despotismo, y los jurisconsultos le enseñaron el camino para llegar á su ideal.

IV. — Fulvio Plauciano.

Entre los amigos de Severo hubo uno á quien distinguió entre todos, y á quien colmó de honores de tal modo que

¹ Dión, LXXVI, 17.

² Gibbon, *Historia de la decadencia*, I, 218.



MUFETE DE PLAUCIANO

le hizo sucumbir bajo su pesadumbre: fué Cayo Fulvio Plauciano. Su historia recuerda la de Seyano, si bien es difícil separar la verdad de la calumnia en las acusaciones de que fué objeto. La capital fué la que le atribuyó parte en una conspiración contra Severo y Basiano para sustituirle: Herodiano la cree verdadera, pero nosotros nos inclinamos á creer á Dión Casio, que afirma haber sido Basiano el inventor.

Plauciano era oriundo de África como Severo, y amigo suyo desde la infancia: acompañó al emperador en la guerra contra Negro; después fué á Roma para purgar la ciudad de las hechuras de aquél y de Albino. Severo le hizo prefecto del pretorio y cónsul á la vez por dos años; á su vuelta de Oriente casó á su hija Plautila con Basiano; pero estas bodas, que lo aproximaban al trono, fueron causa de su ruina. Plautila llevó á su esposo, según Dión, una dote digna de 50 hijas de rey; pero Basiano no la amó un solo día, viendo siempre en ella la hija del odiado favorito de su padre. Su madre Julia, que no podía soportar la viudez del omnipotente prefecto, la odiaba también. Y juntos urdieron la cábala que debía perderlo: cuando Plauciano se justificaba ante Severo de la acusación de haber conspirado contra su vida y la de su hijo, éste, que presenciaba la escena, le hizo atravesar el pecho por un lictor ante los ojos de su padre (23 de Enero del 204).

En la ruina del prefecto fueron envueltos sus principales amigos: la misma Plautila fué relegada con su hermano Plauto á Lipari, donde después recibieron la muerte por orden de Caracalla.

Severo, aunque no estuviese seguro de la culpabilidad de Plauciano, se resignó fácilmente á la pérdida de un hombre odiado por toda la familia imperial, y lo sustituyó con su compañero de estudio el eminente jurisconsulto Fulvio Papiniano (siriaco), cuyas obras (37 libros de *Cues-*

tionés y 19 de *Respuestas*) son á la vez un monumento de ciencia jurídica y de arte literaria. Dióle también Severo como auxiliares otros dos juristas que compartieron su gloria: Julio Paulo, también discípulo de Scévola, y Domicio Ulpiano, de Tiro, ambos miembros del consejo supremo del Imperio.

V.—Guerra del Norte.

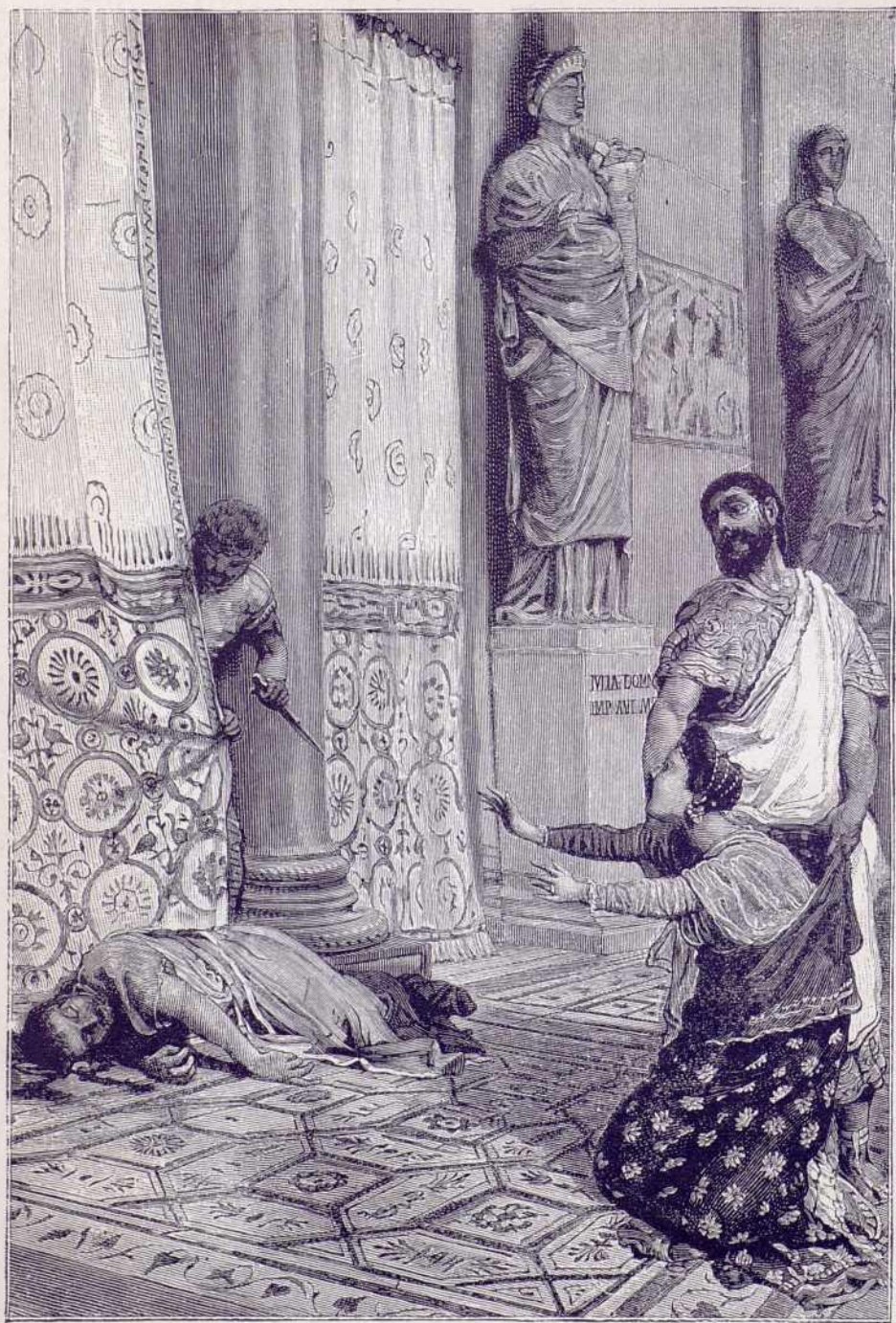
Como Marco Aurelio, así también Septimio Severo fué á morir entre los bárbaros. Las incursiones de los meatios y caledonios en las provincias británicas ¹, que los legados no podían contener, le indujeron á ir al teatro de la guerra á pesar de su avanzada edad y de los sufrimientos que la gota le ocasionaba (208). Llevó consigo á sus dos hijos Basiano y Geta, á su mujer Julia y al prefecto Papiniano. Vivió tres años en Bretaña confiando la dirección militar á sus hijos, mientras él en York (*Eburacum*) vigilaba la restauración del muro de Adriano. No hubo en todo aquel tiempo ninguna gran batalla, sino una serie de pequeños combates cuya victoria final quedó por los romanos, aunque comprada con el sacrificio de 50.000 hombres y sin el provecho de ningún nuevo dominio para el Imperio. En los días de una última tentativa rebelde de los meatios, el viejo Severo cesó de vivir en York el 4 de Febrero del 211.

Herodiano habla de un atentado de Basiano para suceder más pronto al padre; pero hay que desconfiar de aquel historiador novelista. Dión asegura que Severo recomendó á sus hijos en su lecho de muerte la fraternidad y la munificencia para con los soldados, sin cuidarse de lo demás ².

¹ Severo había dividido en dos, después de la derrota de Albino, la provincia británica, por la misma razón de prudencia política que le obligó más tarde á hacerlo con la Siria.

² Dión, LXXVI, 15.





BASSIANO HACE ASESINAR POR SICARIOS Á SU PROPIO HERMANO, DELANTE DE SU MADRE.

Dejando aparte la forma brutal del consejo, que probablemente fué inventado en Roma, nadie mejor que él podía darlo: él había hecho ricas donaciones á sus generales, llenado de privilegios á sus veteranos y aumentado la paga y hecho espléndidas larguezas á los legionarios. Ninguno tampoco tuvo más derecho que él para despedirse de sus soldados con la palabra *laboremus*; pues toda su vida fué un ejemplo de incansable laboriosidad, inspirada primero por su interés y después redundada en pro del orden público. Con razón, pues, pudo alabarse Severo al expirar de que dejaba en paz profunda al Imperio que había encontrado presa de generales y grandes discordias.

CARACALLA ¹ (211-217)

I. — Fratricidio.

La discordia se encendió de nuevo después de su muerte; pero no fué entre pueblos y provincias, sino entre príncipes y hermanos, entre sus hijos Basiano y Geta, cuyo amor fraterno había hecho lo posible por acrecentar, durando su ilusión hasta hacer batir medallas que los representaban dándose la mano, y con la inscripción: *perpetua concordia*. El incauto padre no vió la sierpe de los celos en el seno de su hijo mayor, cuando le equiparó el menor creándole también César, confiriéndole el año 208 la potestad tribunicia y haciendo que el Imperio tuviese entonces tres Augustos á un tiempo.

Pero un año escaso después de la muerte de Severo, ya el Imperio tenía un Augusto sólo: Basiano se deshizo del hermano haciéndole matar por sicarios en presencia de su

¹ Fuentes: Dión Casio, Herodiano y Espartiano.



misma madre, y consagró en el templo el arma que le hirió (Febrero del 212), diciendo cínicamente: *sit divus dummodo non sit vivus*, y se compró con un donativo de 2.500 dineros por cabeza el perdón de los guardias y de la legión de Albano. Seguro del favor de los soldados, poco le importaba el del Senado: la Asamblea se prestó á creer que Basiano había escapado por milagro á una trama de Geta; y que con él se había renovado el caso de Rómulo, divino fundador de la ciudad. Y no contento con la general aquiescencia á su crimen, pretendió el encomio é invitó á Papiniano á escribir la apoteosis del fratricidio. El gran jurisconsulto le respondió noblemente “que era más fácil cometer el delito que justificarlo,” y pagó con la muerte su generoso valor. El sacrificio de Papiniano abrió la serie de las proscripciones: la soldadesca fué lanzada como una fiera á las casas en que vivían los amigos de Geta, para matar y saquear. Díón calcula que en esta hecatombe perecieron 20.000 personas, entre ellas Hostilio Papiniano, hijo del jurisconsulto, una hermana y un sobrino de M. Aurelio y un hijo de Pertinax ¹.

Veía, pues, Roma empezar otro reinado de Cómodo. El nuevo tirano llevó dos nombres: hállase el uno en las monedas y monumentos epigráficos, y es el nombre oficial de *Marco Aurelio Antonino*; el otro se halla en los libros, y es el nombre tradicional de *Caracalla*, que el pueblo le dió tomándolo de una especie de túnica con mangas y capucha, usada por los galos, y llamada la *caracalla*, que el príncipe distribuyera á los guardias y á la plebe romana.

Es repugnante ver á la madre de Caracalla vivir en paz con el hijo fratricida; però esto la valió el tomar parte en el gobierno y el ver citado siempre su nombre en las comunicaciones dirigidas por el emperador al Senado (*Ego*,

¹ Díón, LXXVII, 4.

mater, exercitusque valemus). Esto quiere decir que la ambición era tan poderosa en Julia Domna que hacía enmudecer en ella á todo sentimiento humano. Á los contemporáneos pareció el hecho tan monstruoso, que para explicarlo imaginaron la existencia de relaciones incestuosas entre la madre y el hijo, añadiendo así monstruosidad á monstruosidad.

II.— La Constitución del 212.

Y sin embargo, este tirano que resucitó en la corte las costumbres de Cómodo, que humilló de todas maneras al Senado y que no tuvo atenciones y beneficios sino para los soldados, hizo señalarse á su reinado por dos hechos que parecieron imaginados por bien distinto cerebro, y que hubieran sido dignos de los mejores monarcas: el uno de ellos es la Constitución del año 212, que declaró ciudadanos romanos á todos los habitantes libres del Imperio ¹ y aunque este acto no fué para el emperador otra cosa que un recurso fiscal, puesto que los nuevos ciudadanos (*peregrini*) quedaron sujetos á los antiguos tributos, y tuvieron además las cargas de los *cives*, que consistían en la vigésima parte de las sucesiones y emancipaciones, es innegable que bajo el aspecto civil y político la Constitución de Caracalla tiene una especial importancia histórica. Por ella acabó el dualismo entre Roma y las provincias, es decir, acabó la tiranía de una ciudad sobre el mundo. Doloroso es, no obstante, que aquel acto de igualdad, en vez de cumplirse en nombre de la libertad, se efectuase en nombre del despotismo, y que el título de «ciudadano romano» fuera suplantado por el de «súbdito» en nombre de la ciudadanía universal.

¹ *In orbe Romano qui sunt ex constitutione imperatoris Antonini cives romani effecti sunt.* Ulpiano, *Dig.*, I, 5, 17.

El otro hecho de Caracalla es la construcción de sus termas públicas, cuyas ruinas colosales son, como las del Coloseo, una de las maravillas del mundo antiguo. El edificio constaba de dos partes: la una externa, consistente en amplísima columnata con jardines y palestra gimnástica; la otra interna, conteniendo un inmenso pabellón y 1.600 pilas de mármol, teatro, salas de estudio, cuartos particulares, museos y bibliotecas, con profusión de ricos mármoles, granitos, mosaicos y esculturas ¹.

III. — Los viajes de Caracalla.

Á fines del año 212 ó principios del 213, dejó Caracalla á Roma, de la que estuvo ausente cuatro años. No partió á la guerra, sino á vivir entre los soldados, sus verdaderos amigos, sus conmiltones, como él les llamaba. Para halagarles había aumentado en 70.000.000 de dracmas los gastos militares ², y á este fin principal hizo contribuir la Constitución del 212. Por Dión Casio sabemos cómo hacía el emperador sus viajes: «Cuando Marco Antonino partió de Roma, dice el historiador Senador, recibimos orden de prepararle palacios magníficos en las ciudades que iba á visitar, algunos de los cuales ni habitó ni vió siquiera. Además le habíamos visto hacer construir anfiteatros y circos en los sitios donde invernaba; cuyos edificios se derribaban después de su partida. En todo esto no tenía él más que un solo objeto: el de arruinarnos ³.»

El primer país que Caracalla visitó fueron las Galias.

¹ Muchas de las esculturas halladas en las termas de Caracalla, consérvanse en el museo de Nápoles.

² Cuenta Dión, que Caracalla solía decir: «nadie debe tener dinero más que yo, para que pueda darlo á los soldados.» LXXVII, 17.

³ Dión, LXXVII, 17.

Igual que en la frontera del Danubio, se habían agrupado en la del Rhin pueblos germánicos cada vez más amenazadores para el Imperio. Allí Marco Aurelio había encontrado á los marcomanos, y Caracalla encontró á los alemanes. Eran estos pueblos de estirpe sueva, en que preponderaban los senonios del Esprea y del Elba. Las causas de esta nueva confederación eran las mismas que



CARACALLA.

las de la liga marcomana: la necesidad de buscar el sustento en la guerra, ya que el producto del suelo no bastaba á darlo. Espartiano da á los confederados el nombre de *Alamanni* (*universi, conjuncti viri*); y Caracalla fué quien introdujo el primero en la historia este nombre, destinado á ser famoso, añadiendo á su título de *Germanicus* el de *Alamannicus*. Por lo demás las victorias que él se atribuyó sobre aquellos bárbaros son más que dudosas. Dión le

acusa de haberles comprado la paz con oro; y tampoco está probado que consiguiera echarlos enteramente de los *Campi Decumati*, que habían invadido.

No menos desgraciadas fueron las empresas de Caracalla en Oriente. Aprovechando las discordias de los arsacidios, intentó renovar la guerra contra los parthos, y añadir en ella nuevos laureles á los recogidos por su padre. El año 209 había muerto en Ctesifonte el rey Vologeses IV: sus hijos Vologeses V y Artabano V se disputaron primero la sucesión, dividiéndose después el reino. La ocasión era propicia para combatir al enemigo eterno de Roma; y animado por el pensamiento de ser un nuevo Alejandro, Caracalla compuso en Tracia una falange de 16.000 jóvenes macedonios, á quienes armó con la panoplia, la pica, el escudo y el yelmo forrado de cuero. Llevóles consigo al Asia, destinándoles por cuartel la Nicomedia; y mientras se terminaban los aprestos quiso visitar las ruinas de Troya, donde parodió á Aquiles renovando sobre la tumba de su liberto Festo, muerto recientemente, el sacrificio hecho por el héroe homérico sobre el sepulcro de su amigo Patroclo. Pero el ardor belicoso de Caracalla era tan fatuo como su espíritu, y le bastó la satisfacción que Vologeses le diera entregándole dos tráfugas reclamados, para que renunciase por el momento á la guerra. En cambio la emprendió contra un rey tributario de aquel Imperio, Abgares del Osroene, sospechado de relaciones secretas con los parthos: invitándole á ir á Nicomedia, lo hizo prisionero, y ganó luego por sorpresa su Estado, haciendo de la capital Edesa una colonia romana. Lo mismo intentó contra el rey de Armenia; pero los armenios no se dejaron sorprender como su soberano, y puestos á la defensiva obligaron á Caracalla á respetar su independencia.

En el otoño del 215 encontramos al emperador en Alejandría. Aquellos habitantes ligeros y burlones se acarrea-



CARACALLA PRESENCIA DESDE EL TEMPLO LA MATANZA DE LOS ALEJANDRINOS.

ron con sus frases satíricas una espantosa calamidad: habían dado á la emperatriz Julia Domna el nombre de Yocasta; la madre incestuosa de Eteocles y de Polinice; y á Caracalla el de *Alexander Geticus*, aludiendo al asesinato de Geta. Este mordaz desahogo les costó bien caro: Caracalla invitó á los notables de la ciudad á un banquete, terminado el cual fueron todos ellos pasados á cuchillo. Durante la matanza otros soldados iban por las calles haciendo horrendo estrago en los habitantes, y entretanto Caracalla miraba desde el templo al que mejor hería para premiarlo. Al dar cuenta al Senado de esta carnicería, la fiera imperial escribió cínicamente: «no sabré deciros ni cuáles ni cuántos hombres han perecido; pero esto importa poco, puesto que todos merecían la muerte ¹.» Al estrago sucedió el saqueo, y después fué la ciudad dividida en dos cuarteles separados por una alta y gruesa muralla y guardados por dos fuertes destacamentos para impedir que se comunicasen.

En el 216 hallamos á Caracalla nuevamente en Asia. Ya fuese para buscar un pretexto á la guerra, ya para unir amistosamente ambos Imperios, pidió á Artabano V la mano de su hija: negósela el padre, y el irritado emperador pasó el Tigris, asaltó á Arbela, necrópolis de los reyes parthos, y destruyó las tumbas. Devastada la Media volvió á Mesopotamia, de donde huyó ante él el rey párthico; pero Caracalla no tuvo el valor de perseguirlo en las montañas del Irán. Desde allí fué á invernar á Edesa, donde se urdió el complot contra su vida, que fué ejecutado en Carre, adonde Caracalla fué á consultar al dios Luno ². Esta fiebre de superstición contribuyó á su pérdida; un

¹ Dión, LXXVII, 22. Este historiador encontrábase entonces cerca del emperador y fué testigo ocular de los hechos que cuenta.

² Con este nombre llamaban los romanos á la luna misteriosamente adorada en Carre bajo la forma viril.

adivino africano consultado por él le anunció que el prefecto del pretorio Opelio Macrino estaba destinado al Imperio. Después de esta profecía, Macrino comprendió que su vida peligraba, y trató de salvarla quitando de en medio al tirano. Realizó su plan con tal astucia, que después del crimen nadie señaló en él á su autor. Había en la guardia imperial cierto Julio Marcial, ofendido contra Caracalla por haberle éste negado la promoción á que creía tener derecho. Macrino hizo de este odio su instrumento induciendo á Marcial á dar muerte al emperador; y el asesinato se llevó á cabo, costando también la existencia al regicida, mientras á su mandatario le dió el trono: Marcial fué perseguido y alcanzado en su fuga por un arquero escita de la misma guardia á que él pertenecía, y á cuyas manos sucumbió (8 de Abril de 217).

MACRINO ¹ (217-218)

Nueva guerra civil.

El Imperio estuvo entonces sin príncipe durante tres años. Los soldados ofrecieron la corona al prefecto Oclatino Avento, colega de Macrino; pero aquél la rechazó, y los amigos de éste trataron de hacer recaer la elección de los guardias en su favorito. Macrino favoreció su ambicioso designio afectando gran dolor por la muerte de Caracalla. Hecho emperador tomó el nombre de Severo, y confirió el de Antonino con el título de *César* á su hijo Diadumediano, que tenía entonces nueve años. El Senado sancionó la elección de las tropas, aunque Macrino era sólo simple caba-

¹ Fuentes: Dión, Herodiano, Capitolino, Lampridio. Dión es muy benévolo con Macrino, en odio á Caracalla; por el contrario, su biógrafo Capitolino lo trata con fanática severidad.

llero, y aprobó igualmente la apoteosis de Caracalla hipócritamente decretada por el nuevo soberano. Avento fué encargado de traer á Roma los despojos de Caracalla para colocarlos en el sepulcro de los Antoninos, y obtuvo también la prefectura de la ciudad en vez de Materniano, que era hostil á Macrino.

M. Opelio Macrino era africano como Severo, nacido en Cesárea; tenía fama de ser buen legista, pero era soldado mediocre y esto le perdió. Caracalla dejó en herencia otra guerra con los parthos, y en ella fué á Macrino imposible ocultar su falta de aptitud militar: al anuncio de que Artabano había invadido la Mesopotamia, fué á su encuentro y le propuso la paz; el pacto impuso duras condiciones, entre ellas la evacuación del país. Fué, pues, menester volver á las armas, y cerca de Nisibe se libraron dos batallas en que los parthos disputaron al enemigo la victoria; y entonces Macrino renovó los tratos, y Artabano, falto de víveres, vendió la paz en 200.000.000 de sestertercios.

De parte de los armenios sufrió Macrino nuevas humillaciones: tuvo que restituirles al rey Tiridates y á su madre, prisioneros de Caracalla, y señalar al primero una pensión anual, para que consintiera en recibir la corona de su mano. Y sin embargo, Macrino se alabó ante el Senado por sus estrepitosas victorias, y la crédula Asamblea las celebró haciendo acuñar medallas con las palabras: *Victoria Parthica*.

Fácil es pensar con qué ánimo los soldados soportaron aquellas humillaciones y mentiras; pero Macrino ya no se acordaba de que les debía el trono. Tres astutas mujeres de la Siria explotaron este malcontento de las tropas para derribar á Macrino y sustituirle con un candidato que les era caro.

La madre de Caracalla, Julia Domna, hallábase en Antioquía á la muerte de aquél con la hermana Julia Mesa. Macrino las mandó dejar la ciudad: Domna prefirió darse

la muerte á obedecer al advenedizo; Mesa volvió á su patria, Emesa, con propósito de venganza, y se unió allí á sus dos hijas, Soemi y Mammea, viudas entrambas y madre cada una de un hijo: el de Soemi se llamaba Vario Avito, y tenía 14 años; el de Mammea tenía 12 y se llamaba Alesiano.

Era la ciudad de Emesa célebre por un santuario consagrado al Sol, cuyo numen representaba una piedra negra descendida del cielo como la Caaba; este aerolito tenía la forma de un cono de redonda base, diferenciándose en esto del de la Meca, que la tiene cuadrada. La superstición oriental hizo de esta piedra un dios solar y le llamó *El Gabal*, que quiere decir, dios de la piedra; el sacerdocio de El Gabal era hereditario en la familia de Basiano, padre de Mesa; y el representante de la familia era entonces Vario Avito, al que, á pesar de su corta edad, confirió Mesa el supremo pontificado del dios Sol. El futuro Heliogábalo dió con este cargo su primer paso en la vida pública.

Acampaba cerca de Emesa una legión, cuyos soldados solían presenciar las ceremonias del templo del Sol, y admiraban al joven pontífice vestido de púrpura y ciñendo á su frente una diadema de piedras preciosas que le formaban luminosa aureola. Su nombre corría en boca de todos, y se notaba placenteramente su semejanza con Caracalla. La astuta Mesa sacó partido de esta semejanza para propalar que, en efecto, Avito era hijo de Caracalla, y Soemi pospuso su honra á esta ficción ¹. El oro hizo lo demás; y así que Mesa lo repartió á manos llenas entre los soldados, mandó á Avito entre las legiones con un vestido que Caracalla había llevado en su adolescencia. Los soldados lo

¹ Soemi fué mujer de Sedio Vario Marcelo. En una urna hallada en Velletri se lee una inscripción dedicada á Marcelo por su mujer y su hijo, *Marito et patri amatissimo*, Orelli, I, núm. 945. Heliogábalo tomó oficialmente el título de hijo de Caracalla.

aclamaron emperador con el nombre de Marco Aurelio Antonino (16 de Mayo de 218).

Macrino mandó al saberlo contra los rebeldes al prefecto del pretorio, Ulpio Juliano, con un cuerpo de caballería; pero sus soldados, al ver las bolsas llenas de oro que los rebeldes les enseñaron desde las trincheras, fraternizaron con ellos; y como Avito prometiera que daría á todo soldado que le llevase la cabeza de un oficial, el grado y los bienes de éste, mataron á su jefe y llevaron al usurpador su cabeza. La legión de Albano, que estaba en Apamea, se unió á los insurrectos.

Macrino comprendió entonces el peligro, y trató de conjurarlo proclamando Augusto á Diadumediano y revocando las ordenanzas militares de Severo; pero fué en vano: tal número de tráfugas fueron á engrosar el ejército de Avito, que éste pudo tomar la ofensiva. Mesa y Soemi le acompañaron en la guerra, mezclándose en la pelea para animar á los soldados. Cerca de Immo tuvo lugar el encuentro: los pretorianos lucharon con ardor por Macrino, pero abandonados por éste cobardemente, acabaron por rendirse, dándoles Avito la seguridad de que conservarían sus grados y privilegios (8 de Junio de 218).

Macrino se refugió en Antioquía, con el intento de ganar el Occidente; pero antes de que pudiera pasar el Bósforo, los emisarios de Ávito le alcanzaron y dieron muerte ¹. Igual suerte sufrió su infeliz hijo al querer pasar la frontera pártica, y su cabeza fué llevada con la de su padre á los pies de Avito. En manos de éste quedó, pues, todo el Oriente; respecto al Occidente, no era de temer oposición alguna á un príncipe exaltado por el ejército y vencedor de su rival.

¹ De Macrino queda un arco triunfal que sus paisanos le erigieron en Diana (hoy Zana).

HELIOGÁBALO ¹ (218-222)**Orgía del paganismo.**

Muchas veces había tenido el mundo romano ejemplos de corrupción moral en sus Césares, pero ninguno se lo ofreció como aquel joven, sumo sacerdote de un culto que pedía ritos lúbricos y sacrificios humanos. Como Calígula y Caracalla, sus dignos colegas, pasó también á la historia infamado por un seudónimo: los historiadores no le dan su nombre de familia, Avito Basiano, ni su nombre oficial, Marco Aurelio Antonio; le dan sólo el nombre de su dios Heliogábalo, y la idea de poner este nombre sobre el panteón greco-romano, en lugar del de Júpiter Capitolino, fué el solo pensamiento serio que agitó la mente de aquel insensato mozo ², que llevó su ídolo á Roma y le alzó dos templos. «Todos los años, cuenta Herodiano ³, llevaba á su dios de un templo á otro, sobre un carro adornado con oro y piedras preciosas, y tirado por seis caballos blancos. Iba el príncipe sentado en la parte delantera, con la espalda vuelta á los corceles y los ojos fijos en su ídolo. Detrás del carro se llevaban las estatuas de los otros dioses, los ornamentos imperiales y las obras de arte del palacio. La guarnición de Roma y el pueblo formaban la escolta con antorchas, esparciendo flores y coronas por el camino.» El príncipe había anunciado que suprimiría las religiones judaica, samaritana y cristiana, cuando el sacerdocio de Heliogábalo estuviese en posesión de los secretos religiosos

¹ Fuentes: Dión, Herodiano, Lampridio. (*Heliogábalo* es el nombre griego; *Elagabalo* el siriaco).

² Lampridio, *Vita Heliog.*, 7.

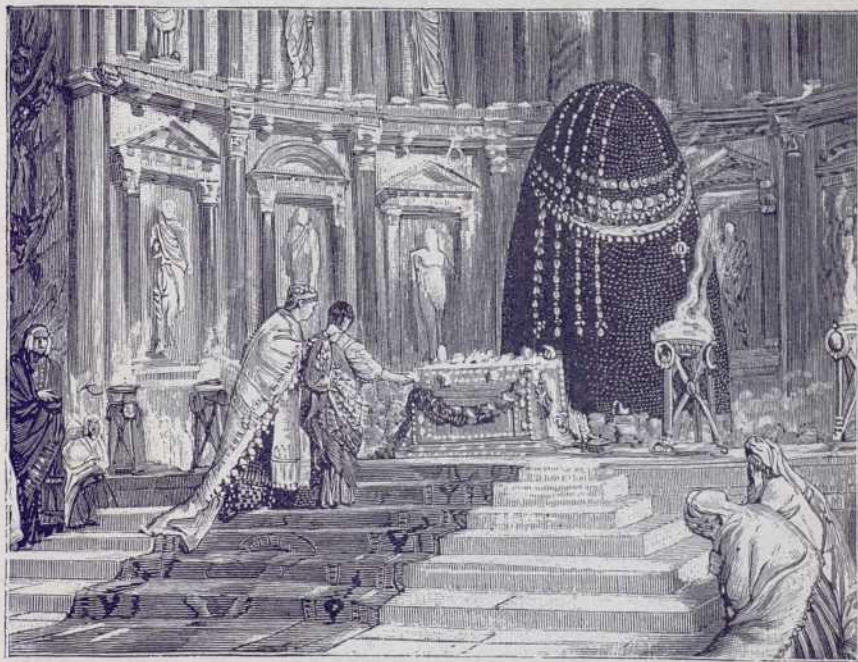
³ V, 5.



HELIOGÁBALO REPUDIA A SU MUJER JULIA CORNELIA, A QUIEN SUSTITUYE EN EL TALAMO
LA VESTAL JULIA AQUILIA SEVERA.

del mundo entero ¹; pero le faltó el tiempo para realizar el loco deseo.

El nuevo templo del dios de Emesa tuvo también un nuevo ídolo, el de la fenicia Astartea, la diosa lunar de los cartagineses. Heliogábalo lo hizo transportar de Cartago á Roma para unirlo con su dios; eran los númenes de Asia,



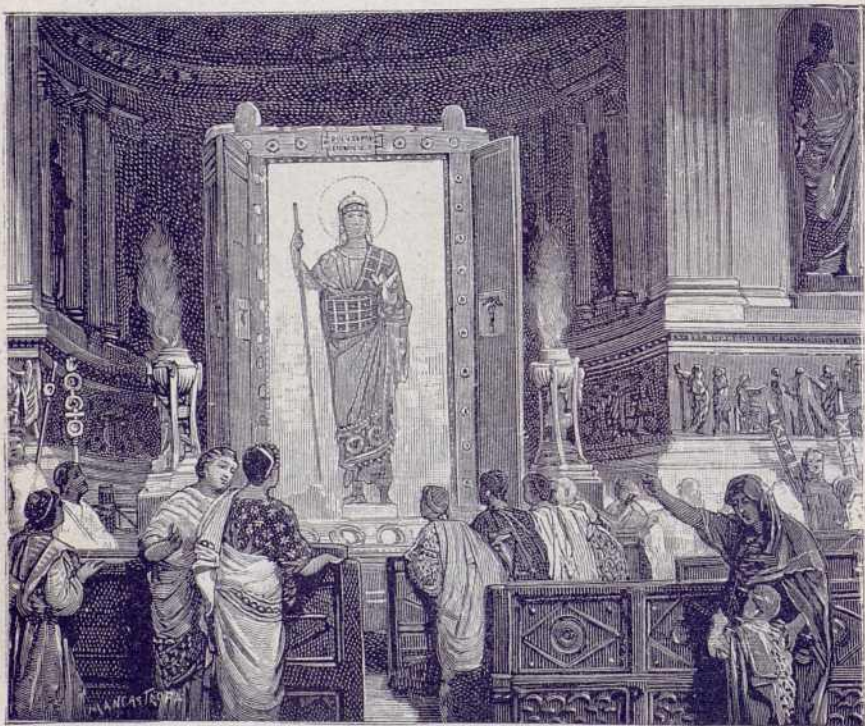
LOS SOLDADOS ADMIRABAN AL JOVEN PONTÍFICE VESTIDO DE PÚRPURA.

África, Oriente y Occidente que iban á unirse en místico himeneo en el panteón de Heliogábalo; y á los esponsales del dios de Emesa, siguiéronse los del sumo sacerdote repudiando Heliogábalo á su mujer Julia Cornelia Paula, y sustituyéndola con la vestal Julia Aquilia Severa, conculcando las leyes romanas que declaraban sacrílego tal ma-

¹ *Heliog.*, cap. IV.



rimonio. Cansado poco después de ésta, tomó por tercera mujer á Annia Faustina, sobrina de M. Aurelio, que también fué luego repudiada para tomar una cuarta esposa, y ésta á su vez para celebrar su quinta boda. Á la astuta Mesa no se ocultó el peligro que las enormes torpezas del

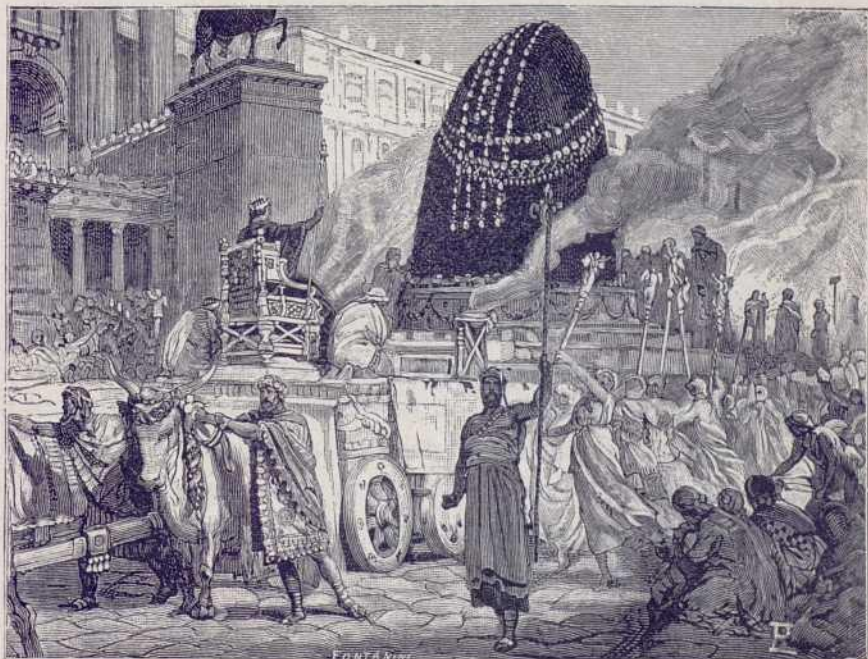


RETRATO DE HELIOGÁBALO EXPUESTO EN EL TEMPLO DE LA VICTORIA.

nieto acarreaban á la familia entera. Heliogábalo, para poder dedicarse á sus brutales placeres, abandonó á la abuela los trabajos del Estado, y entonces vió Roma el inusitado espectáculo de intervenir una mujer en las reuniones del Senado para emitir su opinión y firmar los senadoconsultos.

Soemi, la madre del emperador, presidia también otra

asamblea creada por ella, especie de Senado mujeril, en el que las madres conscriptas del Quirinal dictaban sus decretos sobre la moda, sobre la etiqueta, sobre la presidencia de las ceremonias públicas y sobre otros privilegios de esta especie. Los únicos que mostraban su disgusto ante tanta abyección eran los pretorianos; Heliogábalo, ocupado



EL ÍDOLO DE HELIOGÁBALO TRANSPORTADO Á ROMA.

en sus orgías, no oyó sus murmullos, ni se apercibió de que habían vuelto sus simpatías hacia Alesiano Basiano, joven entonces de 13 años, que también era tenido por hijo de Caracalla ¹. Mesa, para aprovechar la buena disposición de los soldados hacia su otro nieto, persuadió á

¹ Alejandro Severo reconoció oficialmente á Caracalla por su padre. *Pater meus constituit. Cod. Just., XII.* En las inscripciones se le da el mismo origen.

Heliogábalo, en un momento de filial ternura, á adoptar á su primo. ¡Extraña adopción de un mozalbete de 13 años hecha por un *hombre* de 17! Pero después de haber visto Roma á Septimio Severo hacerse adoptar por un muerto, no podía maravillarse. Alesiano, creado César por su padre adoptivo, cambió su nombre por el de M. Aurelio Alejandro (221).

Esta adopción apresuró la ruina de Heliogábalo, el cual, no pudiendo arrastrar á sus torpezas al severo Alejandro, y celoso del favor que gozaba entre las tropas, revocó la adopción y le quitó el título Augusto. Ante este acto, los pretorianos se insurreccionaron, y poniendo en seguro á Alejandro, á su madre Mammaea y á su abuela Mesa en su ciudadela, corrieron á la quinta llamada los *Jardines de Vario*¹, donde moraba Heliogábalo, para darle muerte; pero su arrepentimiento y las súplicas del prefecto Antíoco evitaron entonces la catástrofe. Mas al primer nuevo acto de hostilidad del príncipe contra su primo, que tardó poco, los guardias se rebelaron de nuevo, y en vano fué Heliogábalo con su madre al campamento para aquietarlos: recibieronlo con gritos de muerte, y persiguiéndolo hasta una letrina donde el miedo le hizo refugiarse, le mataron, y á la madre igualmente, arrojando al Tíber sus cadáveres (11 de Marzo de 222). El Senado, que poco antes recibiera la orden de dejar á Roma, se vengó del nuevo ultraje infamando la memoria del tirano, y borrando su nombre de las inscripciones públicas. Aquel miserable dejó, sin embargo, dos recuerdos suyos que no han podido borrarse: la restauración del anfiteatro de Vespasiano, devastado por un incendio en tiempo de Macrino, y la conclusión de las termas de Caracalla.

¹ De esta quinta se conservan aún algunas ruinas cerca de la moderna iglesia de Santa Cruz de Jerusalén.

ALEJANDRO SEVERO ¹ (222-235)

I. — Domicio Ulpiano.

Los soldados proclamaron Augusto al joven Alejandro, y lo llevaron triunfalmente á palacio. El Senado sancionó con gusto la proclamación del príncipe, á cuyo nombre añadieron los pretorianos el de Severo, y constituyó un consejo de regencia compuesto de 16 senadores y presidido por Domicio Ulpiano. Este eminente jurista se había retirado, después de la caída de Papiniano, á la vida privada y dedicándose enteramente á sus estudios de derecho; y en aquel tiempo compuso sus mejores obras, entre ellas la exposición dogmática del derecho pretorio y civil (*ad Edictum*).

Si Ulpiano no tenía la profunda originalidad del gran Papiniano, poseía, en cambio, completo conocimiento de toda la jurisprudencia romana, avalorado por el más fino é independiente juicio crítico; por lo cual, sus exposiciones jurídicas no sólo sirvieron á la instrucción y á la práctica, sino que dieron base á las Pandectas de Justiniano, en que figuran por un tercio de la obra total. La elección del insigne jurista para dirigir la educación política del joven Alejandro, tuvo grande influencia sobre el carácter templado y equitativo de este reinado. Ulpiano obtuvo á la vez el cargo de prefecto del pretorio, que desde entonces fué senatorial, como consecuencia racional de la competencia jurídica de los prefectos, que se extendía á los miembros de la Asamblea.

Mientras Ulpiano procuraba formar la mente del joven

¹ Fuentes: Dión Casio, en su último libro de la *Historia romana*; Herodiano, V y VI; Lampridio. Véase también la memoria de Carlos Salzer sobre los reinados de Heliogábalo y Alejandro Severo, Heidelberg, 1866.

príncipe, su madre Mammea se aplicaba á formar el sentimiento. Astuta como la vieja Mesa, que murió al segundo año de reinar Alejandro, no tenía los vicios ni la vanidad y ligereza pueril que perdieron á su hermana Soemi; su única vanidad consistió en hacer alarde de su influencia sobre el hijo, y en querer brillar siempre á su lado; pero esta influencia fué constantemente benéfica y encaminada á educar en el culto de la justicia y de la moral el ánimo del príncipe.

Y las pruebas no tardaron: el Senado, que todavía no creía haber salido de su abyección, decretó al nuevo emperador los títulos de Magno y de Antonino; pero Alejandro, aconsejado por su madre, rehusó este honor que ninguna obra suya justificaba aún, y su biógrafo dice que su negativa lo puso mucho más alto que lo hubiera puesto la aceptación ¹. Heliogábalo había dejado el palacio lleno de vagos, histriones y eunucos, enjambre que escogiera para instrumento de sus infamias. Mammea los arrojó á todos y devolvió á Emesa el ídolo famoso, para que no sirviese á su hijo como pretexto de otras orgías.

El biógrafo de Alejandro nos pinta el régimen de su vida, que basta para probar la bondad de aquel orden de cosas: el emperador se levantaba con el alba, y entraba en el *larario* (capilla doméstica), donde su madre había reunido, con las imágenes de sus antenados, las de los héroes y grandes legisladores de la humanidad. Allí estaban las estatuas de Orfeo, de Abraham, de Apolonio de Tiana, y también la de Jesús Nazareno ². Terminada la oración

¹ *Multo clarior visus est alienis nominibus non receptis, quam si recepisset.* Lampridio.

² La presencia de la imagen de Jesús en el larario del emperador nos anuncia que los cristianos no serán molestados durante su reinado; y en efecto; Lampridio dice que Alejandro *Christianos esse passus est*. Esto significaba que el cristianismo podía desde entonces profesarse á la luz del sol sin peligro de sus secuaces ni menoscabo de sus derechos. «Entonces, escribe Champagny, se vieron surgir en Italia y fuera de ella los grandes hipogeos donde los cristianos enterraban sus muertos, y aumen-



EL EMPERADOR ALEJANDRO SEVERO EN EL *Larario*.

pasaba Alejandro á ocuparse de los negocios de Estado con sus consejeros, después se ocupaba en la lectura, sobre todo de las obras de Platón, Cicerón, Virgilio y Horacio, alternando luego con la palestra, las unciones y el baño, los trabajos mentales. Á la lectura seguía una comida sobria consistente en pan, lacticinios, huevos y vino con miel. Después del almuerzo volvía á los asuntos, que lo ocupaban hasta la hora de la cena. En ciertas horas el palacio estaba abierto para todos los súbditos, pero en su puerta se situaba un pregonero que pronunciaba en alta voz el famoso consejo de los misterios de Eleusis: «ninguno éntre en este sacro recinto si no tiene el ánimo inocente y puro»¹. La sabiduría y la bondad fueron, ciertamente, los rasgos característicos del reinado de Alejandro Severo; pero aquella bondad suya carecía de nervio y de vigor, y en un Estado en que imperaba la soldadesca mercenaria, esa bondad tenía que ser estéril.

La debilidad siriaca de Alejandro comenzó á dar sus frutos en su propia casa, y su madre fué la primera que abusó de ella: no tolerando, en efecto, que allí hubiese otras Augustas, hizo que su hijo repudiase á su primera mujer, lo cual dió lugar á una sangrienta escena, porque el consular Vario Marciano, padre de la repudiada², intentó sobornar á los pretorianos contra Mammea, y fué condenado á muerte, yendo su hija desterrada al África.

Más tarde veremos, de parte de los pretorianos, nuevos y más crueles abusos de aquella debilidad del príncipe, siendo en verdad inexplicable que aquellos bárbaros, cuyo oficio era la violencia, y que no obedecían más que á los

tarse en Roma las catacumbas comenzadas en los anteriores siglos, llenas de mártires en los días de las persecuciones, y engrandecidas y adornadas en los de la libertad.» *Les Cés.*, II, 95.

1 Lampridio, *Alej. Sev.*, cap. XXX.

2 No se conoce el nombre de la primera mujer de Alejandro.

grandes generales, dejasen en paz durante seis años al inofensivo Alejandro. Y este fué el mejor período de su reinado, puesto que en él se realizaron sus memorables obras y las reformas inspiradas en el bienestar de sus súbditos.

II.— Hacienda y economía.

Su primer cuidado fué el de mejorar la condición de las clases pobres. La concisa precisión de Lampidrio sólo nos permite conocer algunas de aquellas medidas benéficas. Fueron éstas de dos especies, financieras y económicas: entre las primeras realizó la disminución de los impuestos (*vectigalia*) que gravaban á los menos ricos, y la creación de un tributo sobre los objetos de lujo, como las telas de hilo, las pieles y los objetos de oro, plata y cristal. Entre las segundas se contaron: la prohibición de la venta de vacas y marranas que tuvieran pequeñuelos en lactancia, lo cual abarató el precio de las carnes: la reducción del interés del dinero al 3 por 100: la creación en Roma de nuevas corporaciones artesanas y de nuevos centros industriales, cada una de las cuales tuvo luego su *defensor* y su jurisdicción especial: la restauración de la fundación alimenticia de Trajano, abandonada durante los dos últimos reinados, y que fué nuevamente dotada, dándose el nombre de la madre del emperador á los niños en ella acogidos.

Tratándose de un príncipe que no tenía aún 20 años, estas benéficas reformas son atribuidas á sus consejeros; pero esto no quita todo el mérito á Alejandro, puesto que aquéllos aparecen en ellas como intérpretes de su sentimiento.

Recuérdanse también con merecido encomio algunas obras urbanas de Alejandro: añadió á las termas de Caracalla el pórtico exterior: engrandeció las de Nerón, dando-

les su propio nombre y construyendo para el servicio de sus tierras un nuevo acueducto ¹; adornó los foros de Nerva y Trajano con colosales estatuas de los hombres ilustres del mundo y de los catorce Césares deificados; y erigió por último, sobre el Campo Marcio, una soberbia basílica sostenida sólo por columnas.

III. — Rescriptos.

Del reinado de Alejandro Severo no se conocen edictos ni senadoconsultos; pero tenemos, en cambio, algunos rescriptos que atestiguan su profundo y delicado sentido de justicia á la vez que su espíritu liberal. Un día supo que cierto juez había cometido un crimen de majestad, y prohibió al delator la acusación porque ya había abolido semejantes procesos: otra vez se le presentó la acusación de unos hijos contra su madre, y despidió á los demandantes diciéndoles: «los principios que profeso no me permiten oírlos.»

Roma y las provincias comenzaban á respirar viendo sobre el trono á un hombre liberal y justo en lugar del tiránico sacerdote de Emesa; pero la facciosa soldadesca no permitió que aquel respiro durase mucho. Mammea había dado el mando de los pretorianos á dos viejos militares, Flaviano y Cresto, asociándoles más tarde el jurisconsulto Ulpiano que, como era natural, fué mal recibido por aquellas cohortes enemigas del rigor y la disciplina. No tardó en estallar la contienda entre los dos prefectos y Ulpiano, y en tener una solución trágica. Sorprendidos aquéllos por el legista en los preparativos de una conspiración, pagaron con la muerte su criminal intento; y quedando solo Ulpiano en el mando de las tropas quiso disciplinar-

¹ Es el mismo acueducto que restauró Sixto V, dándole su nombre bautismal (*Aqua Felix*).



las, logrando únicamente que se rebelasen y dirigieran amenazadoras al palacio. Queriendo Ulpiano salvar al príncipe, recurrió al pueblo, y la ciudad se llenó entonces de tumultos y de sangre. Los guardias pegaron fuego á muchas casas, y el pueblo, acobardado ante el incendio, abandonó al prefecto y al soberano á merced de la furibunda gente armada. Refúgiase Ulpiano en el palacio: los soldados derriban las puertas, y le dan muerte á los pies del emperador: éste, para salvarse, tuvo que prometer la impunidad del delito, y aun premiar al principal autor de la rebelión, Epagato, liberto que había sido de Caracalla y entonces oficial de los guardias, enviándole con una misión á Egipto. Sólo más tarde, y cuando ya se había olvidado el suceso, lo hizo trasladar á Creta, en cuya isla fué procesado y condenado á muerte.

Después del asesinato de Ulpiano, el espíritu faccioso de los pretorianos no tuvo límites; y no sólo no toleraron á sus jefes rigor alguno, sino que no permitieron al emperador que les nombrase capitanes severos. El caso ocurrido al historiador Dión Casio, y referido por él mismo, nos demuestra hasta dónde llegó aquel despotismo anárquico: habiendo vuelto Dión del gobierno de la Panonia, en que había mandado á las legiones con sujeción á la buena disciplina antigua, los pretorianos pidieron su muerte, temerosos de que por su consejo se les aplicase igual régimen; pero Alejandro no los escuchó y confirió á Dión el consulado (229), aunque luego tuvo que ordenarle pasar fuera de Roma el año de su encargo para librarle del furor de los guardias. Dión se fué á su quinta de Capua, y terminado el año se retiró á Nicea, en la Bitinia, su país natal, donde permaneció hasta el fin de su vida ¹.

¹ Cuando Dión se retiró á Nicea, tenía ya 44 años; y el no pasar su historia del 229 hace presumir que murió poco después de su destierro. Comenzó su carrera pública bajo Cómodo, como abogado: fué senador el 180, y pretor el 193: el con-

No era sólo entre los pretorianos donde dominaba el espíritu de sedición: aunque Alejandro había dicho que amaba á sus soldados más que á sí propio, y lo demostrase con su solicitud en proveer á las necesidades del ejército, las legiones no perdonaban al emperador sus severas medidas para restablecer la disciplina militar, y nacieron entre ellas revueltas y conjuraciones que mantuvieron en peligrosa agitación su reinado, produciendo, al fin, la muerte del propio soberano. La catástrofe no hubiese tardado lo que tardó, sin las nuevas guerras exteriores que entonces sobrevinieron.

IV. — Los sasanidios.

En el cuarto año del reinado de Alejandro Severo, estalló en Oriente una gran revolución: el reino párthico, que se extendía desde el Indo al Éufrates, se había disuelto después de haber durado 470 años, y sobre su ruina se había formado un nuevo reino, compuesto, por decirlo así, de viejos restos, pero todavía fuertes é importantes: era el reino persa que volvía á la vida después de un letargo de cinco siglos; y la verdadera ó pretendida descendencia de su fundador de los Aquímenides y de Ciro, sirvió de lazo de conjunción entre el antiguo y el nuevo pueblo.

— sulado que le dió Alejandro fué el segundo que desempeñó: antes de componer su grande obra, publicó un ensayo sobre la historia del Imperio desde la muerte de Cómodo hasta la de Negro; y animado por el gran éxito, concibió el pensamiento de escribir una completa historia romana desde el origen de la ciudad. Empleó diez años en reunir los materiales, y doce en escribirla. De sus ochenta libros, sólo se conocen completos diez y ocho, los cuales abrazan un periodo de poco más de medio siglo (65-10 ant. de C.). De los primeros treinta y seis libros hay fragmentos, y de los otros compendios, no siempre exactos. Dión es historiador sincero y concienzudo: partidario de la monarquía imperial, no pedía al emperador otra cosa sino que gobernase con el Senado. Era, pues, hombre de orden y amante de la justicia; pero á pesar suyo debió reconocer que con el predominio de la soldadesca el reinado de la justicia era un vano ideal.

Desgraciadamente no se conocen los pormenores de esta revolución: los historiadores romanos apenas la recuerdan, y los orientales (árabes) son posteriores á ella en algunos siglos ¹.

El autor de la revolución de Persia fué un oficial partho oriundo de aquel país: llamábase Ardeschir ó Astajerjes, y era hijo ó nieto de Sasan, que dió el nombre á la nueva dinastía persa. Hallándose agregado á la casa del gobernador de Persia, utilizó su posición para proclamarse descendiente de los Aquiménides y erigirse en vengador de la independencia nacional. El desorden en que los arsacidios habían puesto el Imperio dejándole sin un ejército permanente y sin una administración central que dirigiese al Estado, facilitó la temeraria empresa. Artabano fué vencido por el usurpador en tres batallas, perdiendo la vida en la última (227). El victorioso Ardeschir ciñó entonces la tiara, y saludado por los suyos como libertador de la patria, reedificó á Persépolis para hacer de ella la metrópoli del nuevo reino. Cuidóse primeramente de la religión, á cuyos magos debió su fácil triunfo, anunciándose como restaurador de las olvidadas leyes de Zoroastro, y atrayéndose al sacerdocio, que conservaba aún mucha parte de su antigua influencia, y que se valió de la que volvió á tener para hacer proscribir del nuevo Imperio toda otra religión, especialmente la cristiana, que á la sombra de la tolerancia de los arsacidios se había difundido grandemente en aquellas regiones.

Pronto sintió Roma los efectos de aquella revolución: el nuevo rey persa, ganoso de imitar las empresas de su pretendido antecesor Ciro, invadió en el cuarto año de su rei-

¹ El único historiador que da más noticias sobre el origen del reinado de los sasanidios, es Agatias, escritor del siglo VI (*de rebus Justiniani imperatoris*, vol. IV); y entre los orientales es Mirkond, historiador árabe del siglo XV, en su *historia de los sasanidios*; véase también la *memoria sobre el gobierno de los parthos*, de Sainte-Croix.

nado la Mesopotamia romana (231): Las legiones de Oriente, enervadas por el ocio y la indisciplina, resistieron mal el choque de las hordas bárbaras: sólo la fortaleza de Atra cumplió su deber y rechazó á la soldadesca persa de Ardeschir. Al anuncio de esta invasión corrió Alejandro á Oriente con numeroso ejército formado en gran parte con las tropas del Rhin y del Danubio, y en el que iba también la falange macedónica, puesta de moda desde Septimio Severo.

La campaña de Oriente duró cerca de 18 meses, todo el año 232 y parte del 233. Tenemos de ella dos relaciones: una circunstanciada de Herodiano, en que cuenta las derrotas sufridas por Alejandro; otra concisa de Lampridio, que es una especie de himno de victoria. De estas victorias habla también el discurso pronunciado por el emperador ante el Senado á su regreso (28 de Septiembre del 233); pero es indudable que en ambas relaciones prevalece el espíritu de partido sobre la verdad: Herodiano por odio al emperador exagera los reveses, y Lampridio por entusiasmo exagera las ventajas. El resultado de esta guerra restablece la exactitud: el rey persa abandonó la provincia invadida, lo que demuestra que no fué vencedor; y el emperador se contentó por su parte con la liberación de la Mesopotamia, sin imponer sacrificio alguno al enemigo, lo cual no hubiera pasado de haber sido su victoria entera y fácil.

El principal fruto recogido en esta expedición fué que el Oriente, á pesar del ardor guerrero del nuevo rey persa, quedó por algunos años en paz; y esto confirma que no sólo la victoria no fué suya, sino que se retiró de la lucha con la convicción de la inferioridad de sus fuerzas y con mejor conocimiento de las romanas.

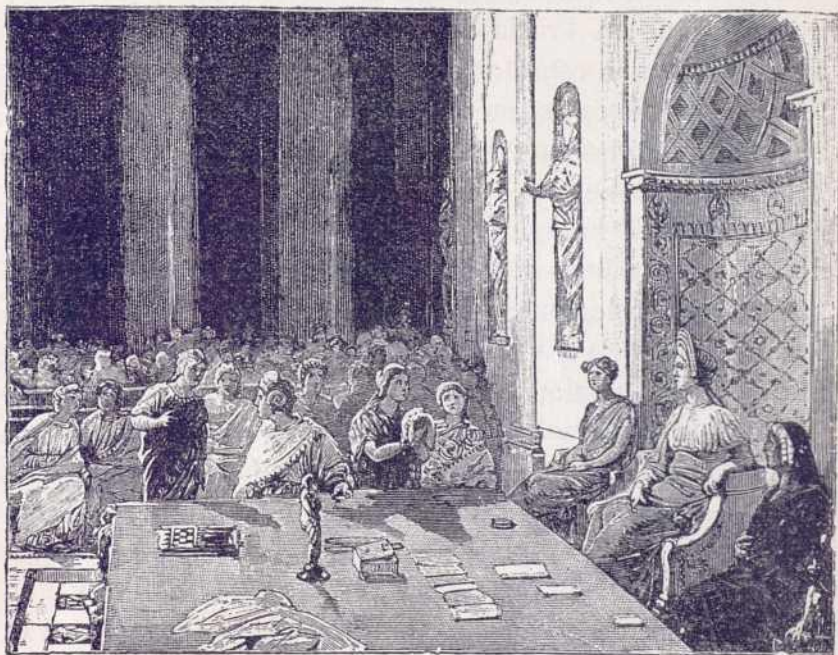
V. — Fin de Alejandro Severo.

Un nuevo rumor de guerra obligó á Alejandro, apenas vuelto á Roma, á emprender otra expedición. La disminución de las tropas del Rhin y del Danubio había expuesto las provincias de Iliria y Galia á nuevas incursiones de los bárbaros, y ambas legiones fueron repentinamente invadidas con tal furor, que hizo temblar á la misma Italia. La gravedad del peligro reclamaba urgente socorro, y Alejandro corrió á la Galia con un fuerte ejército, y la libró prontamente; pero este éxito, más que con las armas, fué obtenido con el oro que el emperador distribuyó entre los bárbaros. Esto puso en su contra el ánimo de las tropas, que querían el hierro para el enemigo y el oro para ellas; y querellaban al joven príncipe, cuya severidad no querían tolerar, y á cuya madre odiaban por su avaricia y su influencia en el Imperio; y no encontrando otro remedio á todo que la muerte de Alejandro, la decidieron. Alejandro no ignoraba el peligro; pero después del ejemplo de la legión de Antioquía, cuya tentativa rebelde logró dominar su firmeza ¹, le parecía que no volverían las cosas á tal extremo. Esta seguridad le perdió: estando tranquilo en Sicilia (Bretzenheim cerca de Maguncia), una turba de soldados invadió su tienda, y no pudiendo tener defensa, fué con su madre asesinado (20 de Marzo 235).

Renovóse, pues, junto al Rhin la tragedia que 13 años antes tuvo lugar en el palacio de Roma. Allí Soemi y Hellogábalo; aquí Mammea y Alejandro pereciendo á manos

¹ Recordando la conducta de César con las legiones que volvían de Farsalia, Alejandro Severo intentó reducir á los soldados rebeldes de Antioquía adulándoles también con la palabra *quirites*. Los soldados, sensibles al apelativo, obedecieron; y cuando, pocas semanas después, dió el emperador orden de marchar á Mesopotamia en busca del enemigo, le rodearon pidiéndole perdón; y volvieron á tener sus insignias.

de los soldados rebeldes. Pero en la tragedia de Roma la víctima fué un tirano disoluto que pagaba en ella sus infamias, y en la de Sicilia lo fué un príncipe virtuoso que deseaba sustituir la violencia con el derecho y librar el Imperio de la fuerza brutal de la soldadesca: allí hubo un delincuente; aquí hubo un mártir, cuya sangre caerá sobre



ASAMBLEA MUJERIL QUE DABA SUS DECRETOS SOBRE LA MODA Y SOBRE LA ETIQUETA.

todo el mundo romano, convirtiéndolo en teatro de la más espantosa anarquía que ha visto la tierra. ¡Desde el advenimiento de Maximino, sucesor de Alejandro Severo, hasta el de Diocleciano, es decir, en el espacio de sesenta años, hubo 54 Emperadores, de los cuales murieron asesinados cuarenta y cinco!

MAXIMINO ¹ (235-238)**La anarquía militar.**

Preséntase ahora sobre el trono de los Césares un hombre cuyo origen y cuyo aspecto anuncian el reinado de la fuerza brutal, que se inaugura. Cayo Julio Vero Maximino, nacido en Tracia de padre godo (Mica) y de madre alana, tenía una estatura de ocho pies, y estaba dotado de una fuerza física extraordinaria; y esta fuerza muscular sirvió de razón á su fortuna. Sus primeros pasos los dió bajo Septimio Severo, que lo admitió en la guardia imperial después de haberlo visto vencer cuerpo á cuerpo á siete de los más robustos soldados. Alejandro le confirió el mando de una legión de conscriptos. No quiso servir bajo Macrino, porque era el matador del hijo de su bienhechor, ni bajo Heliogábalo, á quien despreciaba. Ignórase si tomó parte en la conjuración contra Alejandro: los historiadores se limitan á decir que Maximino fué saludado emperador antes del asesinato; lo que indica que si no participó materialmente del complot, no anduvo lento en recoger el fruto. Los soldados exaltaron á la vez á Maximino y á su hijo Máximo, de 20 años no cumplidos, y dieron á éste el título de César y de príncipe de la juventud.

Pero no todos se conformaron con la elección imperial: las tropas africanas y asiáticas, que formaban parte del ejército llevado por Alejandro á la Galia, proclamaron en vez de Maximino á un consular cuyo nombre se ignora, y que fué muerto seguidamente por un envidioso compañero suyo. Entonces aquellas regiones se sometieron al tracio,

¹ Fuentes: Herodiano VII y VIII,—Capitolino—*Vidas de Maximino y de Gordiano*—Jordanis, *De rebus Geticis*.

el cual, deseoso de justificar ante el Senado y el pueblo su exaltación, en lugar de ir á Italia, donde un emperador soldado nada tenía que hacer, recomenzó la lucha contra los germanos, atacando á los bárbaros en su propio suelo. En una carta que envió á los padres, se alabó de haber saqueado en país enemigo, en un espacio de 400 millas, y se premió á sí mismo la audaz empresa, dándose y dando á su hijo los títulos de *Germánico*, *Sarmático* y *Dálico* (235-237).

Pero los hechos militares de Maximino no bastaron para cambiar en su favor el sentimiento del Senado y del pueblo, y aquél decretaba plegarias públicas para que el tracio no llegase á entrar en Roma. Pueblo y Senado hubiesen pagado cara la provocación, á no haber sonado á tiempo en África el grito de la revuelta que ocasionó el poco acierto del procurador imperial de aquella provincia. Dos jóvenes nobles fueron los que capitanearon el movimiento reuniendo á los malcontentos y armando á sus esclavos, con los cuales asaltaron la casa del gobernador y le dieron muerte: en seguida proclamaron emperador al viejo prócsul Gordiano, que se hallaba entonces entre ellos (Febrero de 238).

LOS DOS GORDIANOS (238)

M. Antonio Gordiano era un hombre ilustre por su nacimiento, riqueza y doctrina. Descendía por sus padres de los Gracos, y por su madre de Trajano. Su mujer, Fabia Prestila, era de la familia de Antonio el Pío: no había, pues, en el Imperio ciudadano alguno de mejor parentesco. Pero Gordiano era un viejo octogenario, que amaba más su reposo que la púrpura. Ésta se le impuso á la fuerza, y tuvo que aceptarla á pesar suyo para sí y para su hijo, escribiendo al Senado que se sometía á la resolución de tan

augusta Asamblea. Desde el tiempo de los verdaderos Antoninos, los senadores no habían escuchado tan respetuoso lenguaje, por lo cual se apresuraron á sancionar la exaltación de Gordiano y de su hijo, y proclamaron á Maximino enemigo público.

¿Pero qué valía el reconocimiento del Senado si las legiones no lo secundaban? El solo hecho de que éstas habían sido extrañas al advenimiento de los Gordianos, bastaba para disponerlas mal respecto á ellos; y de esta disposición de la soldadesca se aprovechó el legado de Numidia, Capeliano, para acabar con los dos emperadores. Al aparecer ante Cartago, las tropas de los Gordianos huyeron; el hijo cayó muerto á las puertas de la ciudad, y su padre se ahorcó con su propio cinturón; su reinado duró menos de un mes.

Vióse Roma expuesta entonces á dos asaltos: al Norte la amenazaba Maximino, Capeliano al Sur. El Senado, sin embargo, que ya no podía retroceder, creó dos Augustos, el uno para la dirección del gobierno en la ciudad, y el otro para el mando de las legiones, y deificó á los Gordianos (2 de Abril 238). Era un principio de resurrección de las instituciones republicanas. El Augusto militar se llamaba Clodio Pupieno Máximo, hombre de humilde origen, pero de gran talento y austero carácter. El Augusto civil era Décimo Celio Balbino, que se jactaba de descender de Gaditano Balbo, el amigo de Pompeyo y de César; y era también hombre recto y hábil magistrado. Pero esta división del Imperio no agradó á Roma ni á los pretorianos, sobre todo la elección de Pupieno, cuya severidad era notoria, se les hacía intolerable. El peligro exterior les hizo, sin embargo, venir á un acuerdo, que consistió en añadir á los dos Augustos otro *César* en la persona del joven Gordiano, descendiente de los dos emperadores.

Había que pensar ante todo, en la guerra contra Maxi-

mino. Éste había llegado con sus legiones, á pequeñas jornadas, al Isonzo, y había cercado á Aquileya, que le cerró sus puertas. La resistencia de esta noble ciudad salvó la Italia: Pupieno pudo tomar el mando de la flota de Ravena, é impedir que el enemigo la bloquease y recibiera víveres por el mar, reduciendo á Maximino y los suyos á sufrir el hambre. El Senado, por su parte, ordenó reclutamientos en toda Italia, y mandó 20 consulares á organizar la defensa en la península. Muchas provincias se pronunciaron por los elegidos de la Asamblea; en África mismo, donde prevalecía el partido de Maximino, sucedió lo propio: el gobernador de la Mauritania dió muerte á Capeliano; la legión III *Augusta* fué disuelta, y sus restos enviados á la Rezia. Maximino se vió, al fin, abandonado por el ejército; la legión II *Parthica*, que guarnecía á Albano, para salvar sus familias y sus bienes tomó la iniciativa contra el emperador, que la hacía sufrir hambre y vergüenza; las otras legiones la imitaron, y Maximino, al saber que la soldadesca había dado muerte á su hijo, se la dió tambien con su propia espada. Había reinado poco más de tres meses (Mayo de 238).

BALBINO Y PUPIENO ¹ (*Abril á Julio 238*)

Toda Italia celebró la desaparición del tracio bárbaro; mas por desgracia su muerte no era bastante para restablecer el orden y la seguridad del revuelto Imperio. Pronto vinieron los hechos que anunciaban una nueva catástrofe; los dos emperadores que habían vivido en paz ante el peligro común, rompieron su concordia á la muerte de Maximino, y se declararon en abierta rivalidad. Los guardias

¹ Fuentes: Capitolino, Herodiano,



se gozaban en estas contiendas de los dos príncipes, que les eran igualmente odiosos, y de los cuales querían librarse. Pero se les ofrecían para ello dos dificultades: la una, la devoción del pueblo hacia los elegidos del Senado; la otra, la presencia en Roma de las tropas germánicas que Pupieno llamó en su ayuda cuando se aprestaba á combatir á Maximino. Vencieron, al cabo, ambos obstáculos: aprovechando el día de los juegos capitolinos (9 de Julio), que tenían ocupada la muchedumbre, se declararon en rebelión y fueron contra palacio. Pupieno quiso llamar contra los amotinados á las tropas germánicas que acampaban fuera de Roma, pero su colega se opuso por temor de quedar solo y sin defensa; y mientras los dos príncipes se disputaban, los insurrectos invadieron el palacio y los mataron después de martirizarlos cruelmente.

GORDIANO III ¹ (238-244)

El último colega de los dos emperadores asesinados, recibió entonces la dignidad de Augusto, que le confirieron los mismos pretorianos que pocos meses antes obligaron al Senado á conferirle la de César.

Gordiano tenía entonces sólo 13 años, y la bondad ó maldad de su gobierno dependía de la elección del regente. La elección fué feliz, porque recayó en Aquila Timesiteo, gobernador imperial que había sido de varias provincias, donde había dado pruebas de su carácter íntegro y notable capacidad. Su entrada en palacio se señaló haciendo ordenar á Gordiano el alejamiento de la turba de eunucos que

¹ Fuentes: Capitolino, *Vida de Gordiano III*; Herodiano, VIII. Esta obra acaba con la muerte de Pupieno y de Balbino; de Gordiano III no comprende más que el primer período de su reinado, cuando era simple César.

su tío Gordiano II le dió en herencia ¹. Purificado el palacio, el joven príncipe tomó por mujer á la hija de su ministro (Sabinia Tarquilina) y nombró á éste prefecto del pretorio.

El biógrafo Capitolino nos ha transmitido la correspondencia del emperador con el ministro sobre las reformas del palacio, que da fe de la nobleza de sus sentimientos. «Es para mí motivo de grande alegría, escribía el ministro á su yerno imperial, el verte libre del oprobio del tiempo en que los eunucos y otros indignos hombres que tú mirabas como amigos, hacian de todo un tráfico infame.» En la carta del emperador transpira igual ternura hacia el suegro: en ella se excusa de no haber acabado antes con el impuro enjambre, diciendo que había sorprendido su buena fe, y deplora la suerte del emperador, á quien se oculta la verdad, y que no pudiendo saberla fuera de su casa, se ve obligado á creer lo que se le dice y á resolver por lo que se le cuenta.

Las constituciones de Gordiano III confirman el favorable juicio que hace de él concebir el epistolario: en ellas aparece principalmente su intento de realzar la condición de las clases humildes: unas favorecen la emancipación de los esclavos; otras á la mujer, que por primera vez se oyó llamar entonces «compañera del hombre en las cosas divinas y humanas» ². En esto se ve manifiestamente la influencia de las ideas cristianas en el mejoramiento social.

El emperador necesitaba, sin embargo, un general más

¹ Gordiano II llegó á tener hasta veintidós concubinas confiadas, según la costumbre oriental, á la custodia de eunucos.

² Código de Justiniano IV, 29. En este código se mencionan 240 constituciones de Gordiano III, que atestiguan la gran actividad legislativa de su gobierno; entre ellas es digna de recordarse la referente á los soldados que recibieran sin saberlo una herencia onerosa, y á los cuales se concedía el beneficio de pagar sólo lo que permitiera el activo recibido (VI, 22). De aquí vino la institución del *beneficio de inventario*.

que un reformador, que había heredado las guerras contra godos, sármatas y persas. Poco sabemos de la expedición danubiana: Capitolino nos habla de victorias ganadas por Gordiano en Tracia, y de una derrota sufrida en su lucha contra los alanos; pero de todos modos es indudable que en esta expedición se consiguió libertad á las provincias invadidas por los bárbaros, aunque para ello sirviera el oro más que el hierro.

De otra manera fueron las cosas de Oriente: Ardeschir, el fundador del reino persa, había muerto el año 240, dejando el trono á su hijo Samur, ó Sapor, que durante 30 años tuvo á Roma desvelada. Empezó éste su reinado invadiendo la Mesopotamia y la Siria; Nisibe y Carre habían ya caído en su poder, y Antioquía corría igual peligro, cuando apareció en Asia el ejército libertador. Los persas les ocuparon la Siria sin combatir, y en Mesopotamia sufrieron gran derrota, que les obligó á restituir Carre y Nisibe. Pero entonces llegó á faltar el principal autor de aquellos espléndidos éxitos, Timesiteo, de quien Gordiano decía al dar al Senado cuenta por escrito de sus operaciones: «él lo ha dirigido todo; á él debemos el grandioso resultado, y á él hemos de deber otro semejante. Votad, pues, suplicaciones á los dioses, y acciones de gracias á Timesiteo.» Y el Senado, en vista de esta relación, decretó para el príncipe una cuadriga de elefantes, y para el prefecto un carro triunfal tirado por cuatro caballos, con la inscripción «al tutor de la república». Pero ni uno ni otro pudieron disfrutar de aquel honor, ni volver á ver la metrópoli. Timesiteo murió repentinamente después de la liberación de Mesopotamia, sin que se sepa si sucumbió á enfermedad ó á veneno que le hizo dar su sucesor (243).

Fué éste un árabe de Bostra, llamado M. Julio Filipo. Su padre había sido jefe de una banda de aventureros, y él mismo ejerció algunos años el oficio. Entrado después

en el ejército romano, se había distinguido por un ingenio y un valor poco comunes, que explican su rápida carrera y su grande ambición. La muerte de Timesiteo le hizo prefecto del pretorio: su péfida astucia lo alzó al trono. Para hacer caer al joven príncipe en desgracia del ejército, desorganizó el servicio de las provisiones, y las tropas no tardaron en creer que era preciso dar á Gordiano un colega que supiese su insuficiencia, y en elegirlo en Filippo. Una tentativa hecha por los amigos de Gordiano contra el bárbaro insolente, causó la pérdida del mísero joven, que fué asesinado cerca de Zaita sobre el Éufrates (Marzo 244). Realizado el crimen, Filippo envió un mensaje al Senado anunciándole que Gordiano había muerto de enfermedad y que los soldados le habían dado á él el imperio. Y el Senado, aunque sabía á qué atenerse, confirió á Filippo el título de Augusto, y satisfizo á la vez su secreto dolor decretando la apoteosis del muerto. Filippo completó hipócritamente este tributo de honor haciendo levantar á Gordiano un soberbio mausoleo en el mismo sitio en que lo había hecho asesinar.

FILIPPO EL ÁRABE ¹ (244-249)

Los historiadores cristianos pretenden que Filippo el Árabe lo fué también. Eusebio habla de cartas escritas por Orígenes al emperador como de maestro á discípulo. Pero en todo caso lo cristiano de Filippo no pudo ser más que nominal, puesto que no aparece huella alguna de él en sus obras, y las medallas de su tiempo tienen un carácter en-

¹ Entre el advenimiento de Filippo y el de Valeriano hay un vacío en la *Historia Augusta*. Redúcense, pues, los datos sobre los tres reinados intermedios á los escasos compendios de Zosimo y de Zonara, que escribieron en el siglo V y en el XII respectivamente.

teramente pagano ¹. Lo único que hay en aquel sentido es el saber que dejó en paz á los secuaces del Evangelio; pero en esta tolerancia no fué, como es notorio, el solo emperador que la tuvo.

El valor militar fué el principal título de su exaltación; mas apenas fué soberano pareció renunciar á él concluyendo con el rey persa una paz más favorable al vencido que al vencedor. Los soldados murmuraron; pero los acalló con donativos cuantiosos. Importábale llegar pronto á Roma, para evitar la aparición de un rival, y esto le hizo, sin duda, obrar así. Pero esto no le impidió tomar el título de *Parthicus Maximus* (244). Al año siguiente fué á la Dacia para combatir á los carpios, que ayudados por sus vecinos germánicos devastaban la provincia; y pasó tres años más en la región del bajo Danubio, luchando no sin gloria, contra las bárbaros. Dejó, sin embargo, más en apariencia que en realidad, pacificado aquel país; y el Imperio vió bien pronto presentársele sus hordas más amenazadoras que nunca.

El año mil de Roma.

Cuando Filipo volvió de su expedición danubiana, Roma cumplía, según la cronología varroniana, el milésimo año de su existencia. Para honrar este gran recuerdo, desplegóse toda la magnificencia de las fiestas imperiales, á las que correspondió el popular entusiasmo. El historiador Orosio pretende que Filipo dedicó mentalmente la gran solemnidad á Jesús: ¡dedicación curiosa hubiera sido aquella, hecha con ceremonias paganas! Pontífices y sacerdotes celebraron durante tres días y tres noches, y en presencia del

¹ Una de ellas, que lo representa con su mujer y su hijo, lleva su inscripción: *Ex oraculo Apollinis*. Cohen, IV, 4.

emperador, sus sacrificios á orillas del Tíber, mientras que 27 parejas juveniles, cuyos padres vivían aún, pedían con sagrados himnos á los dioses la prometida eternidad de Roma.

Pero las fiestas romanas fueron bruscamente interrumpidas por las noticias de Oriente. Filipo había distribuído entre sus deudos los altos cargos del Estado, y un herma-



FILIPPO CELEBRA EL AÑO MIL DE ROMA.

no suyo, Prisco, desempeñaba el gobierno de Siria, y su cuñado, ó su yerno, Severiano, el de la Mesia. Los rigores de uno y otro provocaron la soldadesca á sedición. Dos nuevos emperadores fueron por ella proclamados: en Siria un Yotapiano, que decía descender de Alejandro el Macedonio; en Mesia, el tribuno Marino; y aunque los dos usurpadores desaparecieron á poco, el espíritu rebelde siguió subsistiendo en las tropas.

Filipo mandó á Decio para restablecer en Iliria la disciplina del ejército, y éste proclamó emperador á Decio mismo; el cual, por temor á los peligros de la negativa, aceptó, pero escribiendo al emperador que apenas llegase á Roma depondría la púrpura. Mas Filippo no se fió de la promesa, y reuniendo prontamente las milicias de Italia, corrió contra el nuevo rival. Encontróle en Verona; mas fué por él vencido y muerto. Con Filippo pereció su hijo de 12 años, que combatía á su lado ¹ (Octubre del 249).

DECIO ² (249-251)

I. — Restablecimiento de la censura.

Cayo Mesio Quinto Trajano Decio procedía de una familia romana, establecida en la Panonia inferior. Con él se abre la serie de aquellos varoniles emperadores ilíricos que demostraron que el Imperio, á pesar de la anarquía militar de que era presa, se bastaba aún para hacerse respetar de los bárbaros que por todas partes lo estrechaban.

El ideal de este emperador fué el contener la disolución interior del Estado, restableciendo la disciplina y las antiguas costumbres. Su obra primera fué el restablecimiento de la censura, olvidada desde el tiempo de Claudio y Domiciano, haciendo que el Senado nombrase el nuevo censor para darle más autoridad. La elección recayó en Valeriano, á quien en breve hemos de ver elevado al trono;

¹ Esta narración, que es la más verosímil del caso, es la que dan Zosimo y Zonara. Según la de Aurelio Víctor, el hijo de Decio no acompañó al padre en la guerra, y fué muerto en Roma por los pretorianos que allí habían quedado.

² Entre las fuentes para el reinado de Decio está el *Epistolario* del contemporáneo Cipriano, obispo de Cartago, que da importantes detalles sobre la persecución de los cristianos ordenada por aquél.

pero Valeriano era demasiado listo para no comprender el peligro á que el ejercicio de tal magistratura le exponía entre el predominio de la fuerza brutal, y declinó el insidioso honor observando que el cargo de censor debía ser inseparable de la dignidad imperial.

II. — Persecución de los cristianos.

La misma razón que indujo á Decio al restablecimiento de la censura, le decidió á decretar la persecución de los cristianos. El edicto que expidió contra ellos á principios del año 250, es el comienzo de aquel castigo con carácter universal y sistemático. Esta orden exterminadora se dictó, más que contra los sectarios religiosos, contra los adversarios políticos. La paz que los cristianos disfrutaron en los últimos 40 años, no sólo había aumentado mucho su número, sino fortificado también su organización social. El episcopado, que en los tiempos anteriores aparece como un campeón modesto de las sociedades cristianas, preséntase ahora con un verdadero elemento directivo que tiende á dilatarse siempre en menoscabo de las libertades sinodales. Por esto recomendó Decio en su edicto á los gobernadores que no perdiesen de vista á los obispos ¹. Pero aquella larga paz había producido á los cristianos mayor perjuicio; la corrupción de la vieja sociedad se había infiltrado en la nueva y difundido hasta el punto de apagar en ella el espíritu de disciplina y de abnegación que fué la gloria de los primeros tiempos cristianos. Cecilio Cipriano nos da

¹ Entre los obispos que fueron víctimas de la persecución de Decio, cuéntanse Fabriano, obispo de Roma, Babila de Antioquia y Alejandro de Jerusalén. En la cripta llamada de los Papas, cerca de san Calixto, se halla una inscripción referente á Fabriano, que puede considerarse como un monumento histórico de aquella persecución.

un lúgubre cuadro de la invasora corrupción de la Iglesia ¹, y las numerosas defecciones que hubo en su seno durante la persecución, confirman el siniestro relato del obispo cartaginés ². Considerando aquel estado de cosas, lícito es preguntarse: ¿qué hubiera sido del cristianismo á no haber sobrevenido la invasión goda que suspendió la ejecución del edicto, y si el reinado de Decio hubiera tenido mayor duración que la de sus dos años? Este corto período y los respiros concedidos por los procedimientos judiciales, encaminados más á la conversión del reo que á su castigo, no sólo hicieron menos cruenta la persecución ³, sino que la hicieron más provechosa que dañosa para los cristianos; porque, en efecto, las sucesivas persecuciones ofrecieron muchos menos casos de defección.

III. — Guerra goda.

Los godos invadieron las provincias danubianas del Imperio en el mismo año en que Decio expidió su edicto de persecución contra los cristianos. Ignóranse los motivos próximos que indujeron á los bárbaros, en la mitad del siglo III, á recomenzar su hostilidad contra Roma. El historiador Jordán nos habla de donativos señalados á los jefes godos por los anteriores emperadores, y suprimidos por Filipo el Árabe. Sin negar este hecho, opinamos que á la invasión goda dieron principalmente impulso las desavenencias nacidas entre las legiones situadas sobre la frontera danubiana. El mismo Jordán nos cuenta que algunas de aque-

¹ En su libro titulado *De Lapsis*.

² Cipriano, *Epístola*, XVIII.

³ Antes de aplicar el suplicio extremo, se ensayaban todos los medios, la tortura inclusive, para obtener la conversión del reo; y esto pedía largo tiempo, de que Decio no pudo disponer.

llas tropas, licenciadas por Decio, pidieron auxilio á los godos; y esto explica la creciente audacia de los bárbaros, los cuales no se contentaron ya con meras correrías, sino que aspiraron á conquistar territorios del Imperio donde establecerse.

La iniciativa de este nuevo objetivo de las hordas bárbaras, fué tomada por el numeroso pueblo de los godos. Ya antes de aquel movimiento aparecen éstos divididos en dos distintos grupos, el de los greutungios y el de los tervingios; el primero, que llevó más tarde el nombre histórico de *Ostrogodos* ó godos orientales, moraba entre el Don y Dnieper; el segundo, llamado más tarde de los *Visigodos*, ó godos occidentales, derramábase y llegaba hasta las pendientes suroestes de los carpacios. Sobre ambos grupos imperaba entonces el rey Cniva, el cual aprovechando la guerra civil provocada por la exaltación del general Decio, invadió la Mesia, que había quedado casi sin guarnición. La resistencia opuesta á los bárbaros por las fortalezas de Marcianópolis y de Cnova, y el pronto término de la guerra civil en Verona, les obligaron á dejar la Mesia, en cuyo socorro había ido desde el campo veronés el hijo del vencedor Decio, Erenio Etrusco, y á volver á Tracia atravesando las montañas del Emo (los modernos Balcanes), asaltando á Filipópolis. En defensa de esta ciudad acudió el gobernador de la Macedonia, Lucio Prisco; pero Cniva lo derrotó en Berve, y se lo atrajo luego halagando su ambición con la promesa de la púrpura. Por esta traición de Prisco cayó Filipópolis en poder de los bárbaros, que se bañaron en la sangre de sus habitantes.

Para reparar tamaño desastre, acudió el emperador Decio, á fines del año 250, al teatro de la guerra, y recogiendo los restos del ejército de Berve, dedicóse el valeroso estratégico á bloquear con hábiles maniobras al enemigo, para facilitar su exterminio. Al animoso tribuno

M. Aurelio Claudio, que 18 años después debía subir al trono y salvar el Imperio, confió la defensa del paso de las Termópilas para cubrir el Peloponeso; y á Treboniano Galo el encargo de cerrar al enemigo la retirada, guardando los del Danubio. Hechos estos aprestos, llevó al ejército contra los bárbaros, y los derrotó en algunos encuentros, pero en la jornada decisiva que se libró en *Forum Trebonii* (Abrito moderna), perdió la batalla y vida (Noviembre 251).

GALO (251-254)

Sobre el campo de Abrito murió junto á Decio su hijo Etrusco, á quien había asociado al Imperio. Las legiones proclamaron entonces emperador al legado Galo, á quien, como hemos dicho, confió Decio la custodia de los pasos del Danubio para cerrar á los bárbaros la retirada.

Cayo Vibio Treboniano Galo había nacido en Perugia. Los historiadores griegos (Zosimo y Zonara) atribuyen á una traición suya la derrota y muerte de Decio. Según estos escritores, Galo llevó insidiosamente al ejército á un paraje pantanoso donde el enemigo pudo fácilmente deshacerlo. La penuria de fuentes históricas no permite someter á un examen crítico este relato, pero es evidente que la conducta seguida por Galo con la familia de Decio lo contradice. Con efecto, apenas el nuevo emperador llegó á Roma, celebró la apoteosis de Decio y su hijo Etrusco, y creó César á su otro hijo Cayo Valente Hostiliano. Por el contrario, su conducta con los godos, á los que concedió volver á su patria con el botín y los prisioneros, y á los que dió gruesas sumas de dinero, parece comprobar el relato de aquellos historiadores. Lo probable es, sin embargo, que estas concesiones engendrassen las sospechas de

la traición, y que los escritores griegos se fundasen únicamente en este insuficiente dato.

Tres hechos han quedado tristemente memorables del reinado de Galo; el primero es la ignominiosa paz por él estipulada con los godos, que sirvió de aliento á nuevas invasiones bárbaras; el segundo, fué una terrible epidemia que hizo grandes estragos en el Imperio; el tercero un nuevo edicto de persecución contra los cristianos, acusados de haber traído con sus sortilegios la peste. Víctima de ella fué el joven *César* Hostiliano. Entre los mártires de la nueva persecución se contó el obispo de Roma, Cornelio, mandado al suplicio con 24 romanos convertidos por él á la fe de cristo ¹. Del primero de esos hechos se originó la terrible invasión de los escitas, vecinos de los godos, y animados por el éxito de éstos. Entraron por las provincias ilíricas, y las llenaron de depredaciones y ruinas.

Tenía entonces el mando de la Mesia un valeroso soldado mauritano, Emilio Emiliano, quien para realzar el ánimo de las legiones les prometió darles las sumas que, según el pacto de Galo, debían entregarse á los godos. La promesa hizo su efecto; los soldados, seducidos por la esperanza de la ganancia, combatieron con tal valor, que no sólo arrojaron á los bárbaros de las provincias invadidas, sino que los persiguieron hasta su país.

La derrota de Abrito estaba vengada; pero Emiliano no era hombre que se contentaba con la gloria militar, y pidió la corona, que le fué dada por su ejército; y de este modo la victoria sobre los bárbaros daba al Imperio una guerra civil. Al saber la rebelión de Emiliano, que volvió inmediatamente á Italia, Galo mandó al jefe del Norte, Valeriano, acudir con las legiones del Rhin; pero antes de

¹ En el cementerio de Lucina se ha encontrado el epitafio de aquel obispo, que es el primero escrito en lengua latina. Champagny, II, 375.

que hubiese salvado los Alpes, la suerte de Galo se había decidido. Emiliano avanzó sin obstáculo hasta Interamna (Terni), donde encontró al emperador al frente de las milicias itálicas. No llegaron, sin embargo, á batallar; los veteranos, seducidos por el oro de aquél, y desanimados por la inferioridad de sus fuerzas, rebeláronse contra el soberano y lo asesinaron con su hijo Volusiano (19 Febrero 254). Emiliano tuvo libre el camino de Roma. El Senado, que poco antes le había declarado enemigo público, lo saludó solícitamente emperador, recibiendo en cambio comunicaciones tranquilizadoras, en las cuales prometía Emiliano confiar á la providencia de los padres el gobierno civil, y asegurar la gloria de Roma, librando al Imperio de todos los bárbaros del Norte y del Oriente. Pero ya en el Norte se anunciaba su ruina. Valeriano había sido proclamado emperador por sus tropas. Hubo, pues, un momento en que existieron tres emperadores; quitado luego de en medio Galo, la cuestión debía decidirse entre los otros dos. Los oficiales de Emiliano hallaron modo de resolverla sin combatir; sea que, ante la superioridad de las fuerzas de Valeriano, viesen el presentimiento de su derrota, sea que les atormentase noblemente la idea de que las legiones iban á destruirse cuando las provincias estaban invadidas por los bárbaros, ello fué que pensaron en poner término á la discordia matando á su emperador; y Emiliano, en efecto, halló la muerte en su campamento de Espoleto, cuando se disponía á ir contra su rival (18 Mayo 254). Valeriano fué entonces proclamado por todas las legiones, y el Senado, no pudiendo hacer otra cosa, sancionó la nueva elección.

VALERIANO Y GALIENO ¹ (254-260, 254-268)**I. — Guerras contra los bárbaros.**

No costó al Senado esfuerzo alguno el reconocimiento del elegido por las legiones, porque éste era entonces su hombre predilecto.

Cayo Publio Licinio Valeriano era un romano de la antigua raza, que había quedado puro de la invasora corrupción social. Su elección para censor con poderes extraordinarios hecha por Decio, había ya demostrado la grande estimación en que se tenía su carácter, y su negativa á recibir aquella dignidad revelado su profunda desconfianza de poder reparar por medios morales la general depravación.

De tal soberano podía, pues, esperar el Imperio altos beneficios, á pesar de que la edad había ya quebrantado un tanto su antigua energía. Desgraciadamente su reinado fué harto proceloso para impedirle dedicarse á reformas civiles, y para obligarle á ejercer toda su actividad en la defensa de las fronteras, que por todas partes se hallaban invadidas ó amenazadas. Por un lado el alejamiento de las legiones del Rhin ordenado por Galo, había abierto la Galia á la nueva confederación germánica de los *francos* ², y los valles alpinos á los alemanes, con lo cual se rasgó el velo que cubría la débil majestad de Italia. Por otro lado la marcha de Emiliano sobre la península, había dejado las provincias danubianas á merced de los godos; los cuales, pasando el Bósforo y el Helesponto, se arrojaron so-

¹ Fuentes: Trebelio Polión, Zosimo, Zonara, Eutropio.

² La primera mención conocida del nombre *Francos*, es la de la Tabla Peutingeriana, cuya compilación remonta al tiempo de Alejandro Severo.

bre el Asia romana, saqueándola y devastándola. Á los bárbaros europeos se asociaron los asiáticos, los persas, para asaltar el Imperio, y parece en verdad milagroso que éste no dejase entonces de ser y sobreviviera á tal avalancha de invasores. Su salvación se debió á dos causas: la una, la condición misma de los bárbaros, que los hacía incapaces de resistir á ejércitos disciplinados y expertos; la otra, la capacidad extraordinaria de los generales que la combatieron, y cuya elección hace honor á la sagacidad de Valeriano. Ya hemos visto muchas veces á los despóticos emperadores perseguir al ingenio por miedo ó por envidia: Valeriano lo buscó y empleó para salvar el Imperio. Gracias, pues, á tal príncipe, las legiones, tuvieron jefes dignos de haber vivido en el tiempo de Fabios y Escipiones: tales fueron Crinito, Macriano, Póstumo, Ingenuo, Aureliano, Regaliano, Probo.

De las provincias danubianas partió el primer grito de guerra: los godos en Oriente y los marcomanos en Occidente pasaron sus fronteras, é invadieron la Tracia y la Macedonia llegando hasta los confines de Grecia y de Italia. Las poblaciones de las provincias se unieron á las tropas regulares concurriendo con sus milicias ciudadanas á la defensa de la patria. Muchos siglos hacia que los griegos y los macedonios no habían ofrecido al mundo espectáculo semejante: las Termópilas, las murallas de Atenas defendidas por ciudadanos armados; el antiguo muro del istmo de Corinto reconstruido por los del Peloponeso; Tesalónica, baluarte marítimo de la Macedonia, con sus bastiones defendidos igualmente por el pueblo contra las hordas germánicas y escíticas, que habían hecho de ellas el principal objeto de su movimiento; todo este entusiasmo patriótico dió sus frutos. Tesalónica se defendía aún cuando llegó de Occidente el suspirado auxilio.

El emperador Valeriano, no pudiendo acudir á todos,

confió á su hijo Galieno, asociado ya al Imperio, la defensa de las provincias occidentales, reservándose las de Oriente, en que estaba el mayor peligro. Con esto se iniciaba el sistema de la partición del Estado, que Diocleciano erigirá en breve en principio de la política imperial.

Para dar mayor vigor á la defensa, creó Valeriano un jefe superior de las provincias ilíricas (*dux*), bajo cuya dirección y dependencia quedaron todas las tropas de Pannonia, Dalmacia, Dacia, Mesia y Tracia. Gracias á esta unidad de mando, y al valor del nuevo jefe Crinito, la frontera danubiana fué pronto restablecida (256).

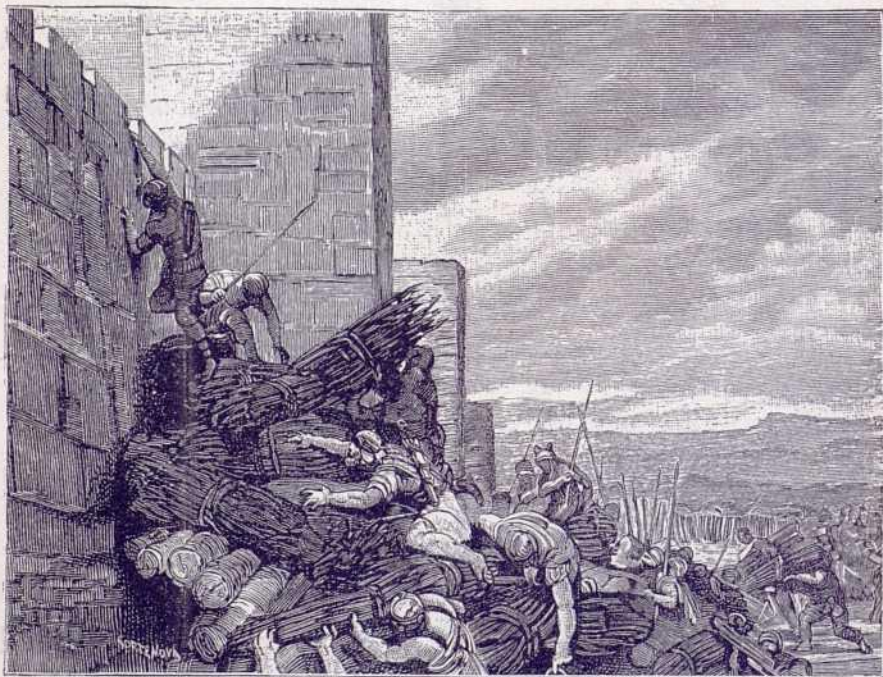
II. — Guerra persa.

Pero no estaba allí el peligro principal: el rey persa Sapor, al amparo de las turbulencias internas del Imperio había salido de nuevo á campaña, invadiendo la Armenia y la Mesopotamia. Una tragedia palaciega puso en sus manos el reino armenio, que confió bajo el mando de un sátrapa: un agente del rey Cosroe, llamado Anac, á quien las promesas de Sapor sedujeron, dió muerte traidoramente á su soberano y á toda su familia (253). Sólo un vástago de los arsacidios, Tiridates, pudo salvarse, y se encaminó á Roma, donde vivió algunos años como pretendiente.

Desde la Armenia pasó el rey persa á la Mesopotamia romana, que sometió en gran parte á su poder, ocupando las fortalezas de Nisibe y Carre (244). Después le llegó el turno á la Siria, que fué tambien devastada por los bárbaros: Antioquía fué tomada y destruída en gran parte por ellos (256).

Era, pues, tiempo de que Valeriano llegase: á su aparición, Sapor dejó la Siria, y Antioquía se vió libre; pero mientras el emperador se preparaba á perseguir á los per-

sas y á recobrar los otros dominios perdidos, se le anunció otro enemigo que le obligó á llevar á otra parte la defensa. Este enemigo eran los godos que, hechos señores del Bósforo, y en posesión de una numerosa flota, escogieron la costa del mar Negro como teatro de sus incursiones. Primero atacaron la plaza fuerte de Pizio, siendo rechazados



TREBISONDA ASALTADA POR LOS GODOs.

por el valor del jefe que la mandaba; pero trasladado éste de allí poco después para ejercer el cargo de prefecto del pretorio y dirigir los trabajos de reedificación de Antioquía, los godos asaltaron de nuevo la plaza y la tomaron (257). La caída de Pizio motivó la de Trebisonda. Esta ciudad, que debió á Adriano un puerto artificial pero seguro, y que florecía por las riquezas de su comercio marítimo, hubiera podido hacer frente al enemigo, de haber



EL EMPERADOR VALENTINO PRISIONERO DEL REY DE PERSIA.

abrigado á un pueblo valeroso y enérgico; pero su misma opulencia había enervado á sus habitantes, que confiaban en sus fortificaciones, y que vieron entrar por sus calles á los bárbaros, cuando menos lo esperaban: sirviéndose éstos de los árboles de un bosque vecino, escalaron de noche los muros de la ciudad. Á su vista, huyeron los ciudadanos hacia las puertas; pero los godos no le dejaron tiempo de escapar: mataron á unos, é hicieron esclavos á otros; y después de saquear la población, la incendiaron. Valeriano, al saberlo, se reforzó en Capadocia para impedir el avance de los godos y tenerlos separados de los persas.

Pero el designio de los bárbaros era otro: vueltos al Bósforo para poner en seguro el botín de Trebisonda, tornaron luego á invadir y devastar la Bitinia. Nicomedia, Nicea, Apamea y Prusa, fueron tomadas sucesivamente y las dos primeras incendiadas. Realizados estos saqueos, volvieron de nuevo al Bósforo para preparar otras incursiones.

Quedaba apenas librada de los bárbaros el Asia Menor, cuando una catástrofe hirió al Imperio en la persona de su soberano, que al dirigirse en socorro de Adesa cayó prisionero del rey persa (260). Los pormenores de este suceso se han historiado diversamente: según una versión, Valeriano fué sorprendido por el enemigo, y obligado á darse prisionero para salvar el ejército. Otra versión le hace víctima de una asechanza que el rey Sapor le tendiera invitándole á una entrevista que la falta de víveres le hizo aceptar. Hay, en fin, una tercera versión que atribuye el infortunio de Valeriano á sus propios soldados, ante cuyas amenazas de muerte se refugió en el campo contrario ¹. La segunda de estas versiones es la más verosímil teniendo por

¹ En las esculturas de los sasanídeos, que aun se conservan, recuérdase la prisión de Valeriano, y se representa de rodillas ante Sapor, que está montado en su caballo, pidiéndole gracia. Ma'colm, I, 556.

autor á Zosimo, que es el más respetable de los historiadores de aquel reinado.

III. — Galieno y los germanos.

Volvamos ahora hacia Occidente: mientras Valeriano se las había con godos y persas, su hijo Galieno combatía en el Rhin contra francos y alemanes. Su padre había destinado en su compañía al valeroso general galo M. Casiano Latinio Póstumo, á quien nombró gobernador de la Galia y jefe del ejército del Rhin. Los enemigos con quien las legiones tenían que combatir no eran nuevos para ellas, pero sí lo era un hecho ocurrido entre ellos que los hacía más temibles; y este hecho fué su confederación, á que dieron el nuevo nombre que habían tomado y que fué luego el nombre histórico de los futuros conquistadores de la Galia. Póstumo no pudo impedir que un cuerpo de *francos* entrase en este país, desde el cual fueron á España, donde tomaron la importante Tarragona, pasando luego á la Mauritania, y siguiendo en Occidente el ejemplo que en Oriente daban entonces los godos. Sin embargo, el grueso de la confederación fué tenido á raya, y Galieno, después de usar contra los enemigos las armas, recurrió á la táctica, tan usada después, de seducir con dinero á algunos de los bárbaros confederados, utilizándolos luego en la vigilancia de la frontera.

El año 258 fué Galieno llamado á la Panonia por una insurrección de las legiones de aquel país y de la Mesia, que habían proclamado emperador á su general Ingenuo. Era el primer síntoma de aquellos *pronunciamientos* que en breve debían infestar el Imperio, llenándolo de usurpadores y emperadores provinciales, y abriendo el período anárquico que tomó su nombre de la historia ateniense.

Estando Valeriano ocupado en Oriente contra los godos y persas, Galieno fué á Iliria á combatir á Ingenuo. Su desconfianza de Póstumo le hizo crear César, antes de partir, á su hijo de 13 años Cornelio Salonino, dándole por consejero al general Silvano. Póstumo no había de olvidar este insulto. Galieno, con ayuda del bravo general Aureolo, venció á los rebeldes en Mursa, y obligó á Ingenuo á quitarse la vida.

Mientras la Panonia era teatro de una guerra civil, la Italia lo fué de una invasión de bárbaros que hizo temblar á la metrópoli. Los alemanes, aprovechando la anarquía del Imperio y la ausencia de los dos emperadores, invadieron la Galia Cisalpina. Roma se aterroró al saberlo; pero el Senado demostró al mundo que, aunque envilecido, sabía en el momento del peligro alzarse á la grandeza de los antiguos padres. Armados prontamente los plebeyos de la ciudad, los Senadores mismos los condujeron, con los pretorianos, contra los bárbaros; y éstos, que no se esperaban tamaño esfuerzo, se retiraron prudentemente y repusieron los Alpes.

Galieno se alarmó ante el nuevo ardor belicoso que el Senado desplegara; y para evitarlo en lo sucesivo expidió un edicto que prohibía á los padres conscriptos desempeñar todo oficio militar, y hasta acercarse á los campamentos. No se sabe que alguien protestase contra esta *deminutio capitis* infringida por el receloso príncipe al primer cuerpo del Estado. Pensamos, no obstante, que Aurelio Víctor ¹ exageró al decir que los senadores aceptaron como un favor esta deshonrosa excepción del servicio militar, para poder gozar libremente de sus teatros, baños y quintas de recreo. Quien en la hora del riesgo sabía hacer lo que el Senado hizo ante la invasión alemana, merece ser juzgado con al-

1 En su obra *de Ces.*, capítulos XXVII-XXXIII.

gún respeto. Parece por lo demás, que Galieno llegó á tiempo de combatir junto al Po la retaguardia de los bárbaros ¹; pero lo que sí es cierto es que entonces tomó por esposa á Pipa ó Pipara, hija del rey marcomano Atilo, á quien concedió vastos territorios en la Panonia superior para que le vigilase desde allí la frontera danubiana ². Era el mismo sistema adoptado con tan buen éxito en el Rhin; pero los sucesos no tardaron en calificarle de peligroso.

IV. — Los Treinta tiranos ³.

Todavía luchaban Galieno en Panonia contra Ingenuo, cuando otro usurpador le tomaba las provincias occidentales. Ya indicamos la malquerencia existente entre el emperador y el gobernador de la Galia Póstumo; pero sin necesidad de este motivo, la manera con que Galieno había organizado el gobierno de aquel país, hacía inevitable un conflicto entre los que lo gobernaban; y á él dió ocasión el tutor del joven César, Salonino, el cual habiendo reclamado la entrega del botín tomado por Póstumo en la retirada de los germanos, dió lugar á que las legiones, para no perder la rica presa, proclamasen emperador á su general (258) ⁴. El haber nacido Póstumo en la Galia ha sido causa de que se haya dado á su exaltación un carácter nacional ⁵; mas contra esto hay que observar que aunque

¹ Zonara habla nada menos que de una estrepitosa victoria obtenida por Galieno sobre los bárbaros con 10.000 hombres contra 300.000.

² Trebelio Polión, *Vita Salonini*, cap. III. Pipara, sin embargo, no fué más que concubina del emperador: su mujer era Salonina, hembra virtuosísima. Véase De Witte, *La Emperatriz Salonina*, 1852.

³ Trebelio Polión, *Treinta tiranos*.

⁴ Las medallas de Póstumo consignan hasta diez renovaciones de su potestad tribunicia; pero habiendo ocurrido su muerte en el año 267, fuerza es fijar en el 258 la fecha de su exaltación.

⁵ Champagny, *ob. cit.*, III, 2.

los provinciales de la Galia acogieron gustosos su advenimiento, no fueron ellos, sino las legiones, quienes lo determinaron; y que las legiones, que tenían diversas procedencias, no representaban nacionalidad única alguna. Además, Póstumo no fué sólo emperador de Galia, pues su soberanía se extendió también á España y á Bretaña ¹, y si bien creó allá un Senado especial, tuvo, empero, constantemente fija su atención en la metrópoli, desde la que rigió el Imperio todo ². Data, pues, del advenimiento de Póstumo aquel período monárquico de la historia del romano Imperio, llamado, por iniciativa de Trebelio Polión, el de los *Treinta tiranos*, aunque los usurpadores que en el último decenio del reinado de Galieno se alzaron en todas las provincias del Imperio, ni fueron ³o, ni tiranos en el sentido que el Occidente dió á esta palabra ³. No deja, pues, de ser extraño que este apelativo haya tenido tal adopción, cuando para demostrar su absurdo fundamento basta el considerar que no puede existir la menor sombra de semejanza entre un grupo de personas que oprimieron juntas á una sola ciudad, y una incierta lista de rivales independientes que se alzaron y cayeron con sucesión irregular en el territorio de un vastísimo Imperio ⁴.

Póstumo aumentó sus fuerzas uniendo á las legiones que lo habían aclamado las tropas auxiliares levantadas en Galia. Trajo también á su lado algunos cuerpos de francos ⁵, acaso aquellos á quienes había confiado la guardia de la frontera romana; y con sus antiguos y nuevos sol-

1 El reconocimiento de Póstumo en Bretaña está atestigüado con una inscripción hallada en Breconk, de que habla el *Cuerpo de Inscripciones latinas*, VII, N. 1.160.

2 Sus medallas presentan la imagen de Roma con la inscripción: *Roma Aeterna*. Witte, *Rev. de Numism.*, XVII, N. 265.

3 Fueron 19, y en cuanto á su carácter personal, el mismo Polión reconoce que algunos de ellos eran personajes de mérito, y que hicieron bien al Imperio.

4 Gibbon, *ob. cit.*, II, 145.

5 Trebelio Polión, *Vida de Galieno*, cap. VII.



dados fué sobre Colonia, donde moraba el joven César con su ministro. Tomada la ciudad, Salonino y Silvano fueron hechos prisioneros y mandados á la muerte (259). Á pesar de este acto cruel, que quizás las mismas legiones impusieron á Póstumo, su advenimiento fué recibido con justa complacencia por las provincias occidentales. Él, en efecto, aseguró la frontera del Rhin contra las invasiones bárbaras, ya rechazando con las armas á los invasores, ya construyendo sobre la orilla derecha del río numerosos castillos para impedir su paso. Estos hechos constan en sus medallas, que llevan las leyendas de *Victoria Germanica*, *Restitutor Galliarum*, *Salus Provinciarum* ¹. Otra de ellas conmemora con la inscripción *Neptuno Reduci* su expedición contra los piratas sajones de que purgó el mar Británico.

Los sucesos de Oriente obligaron á Galieno á dejar en paz al usurpador de la Galia. Después de la prisión de Valeriano, invadió Sapor nuevamente la Siria, y se apoderó segunda vez de Antioquía. Desde allí fué sobre Cilicia y Capadocia ocupando á Tarso y á Cesárea, esta última por traición. Pero allí cesaron sus progresos: las legiones reorganizadas por el valeroso Fulvio Macrino, y por el prefecto del pretorio, Balista, ganaron, al fin del año mismo en que Valeriano cayó prisionero, una serie de victorias sobre los persas, y libertaron la Cilicia. Estos éxitos fueron continuados y aumentados por un noble asiático, ligado á Roma con vínculos de dependencia, que el interés, más que la adhesión, le obligaba á respetar: era el palmirense Odenato.

En los desiertos de la Arabia, junto á un oasis situado á igual distancia del golfo pérsico y del Mediterráneo, surgía una ciudad edificada por el rey Salomón para que

¹ De Witte, *ob. cit.*

sirviera de lazo de unión entre la Siria y la Arabia, y facilitase las transacciones comerciales de ambos países. Su fundador la llamó Thadmor; los griegos la llamaron Palmira, y con este nombre pasó á la historia ¹. Situada entre los Imperios párthico y romano, pudo, sin embargo, conservar, merced al desierto que la rodeaba, una semi-independencia, hasta que las armas de Trajano la sujetaron á Roma, más bien protectora que despóticamente. Septimio Severo acentuó estas protecciones constituyendo á Palmira en colonia romana con los privilegios del derecho itálico, magistrados propios (duunviros y ediles) y asamblea del Senado y del pueblo. Entonces fué cuando la familia de los Odenatos, la más insigne por su opulencia y sus tradiciones entre las suyas, fué elevada á cierto rango principesco por la concesión del mismo Severo para que usase su nombre aristocrático. Septimio Odenato II era el jefe de aquella familia en tiempo de Valeriano y Galieno, apareciendo más bien como príncipe de una monarquía que como prócer de una república. Después de la prisión de Valeriano, mandó al rey Sapor gran número de ricos donativos para hacerse perdonar el haberle combatido; pero inútilmente, porque Sapor hizo arrojar al Éufrates sus regalos. Y Odenato comprendió por esto la suerte que le esperaba si no lograba contener al altivo rey. Palmira tenía una guarnición permanente, y con ella formó Odenato la base de su ejército compuesto de los tráfugas de las vendidas legiones y con los árabes. Con ellos apareció oportunamente en el campo: Balista había arrojado de la Cilicia á los persas, y Macriano se reforzaba en Edesa con las milicias de Sasomata. Con el movimiento de Odenato, vió

¹ Las primeras ruinas de Palmira fueron descubiertas por algunos viajeros ingleses hacia el fin del siglo XVII. En 1882, se halló entre ellas una inscripción que prueba la dependencia en que la ciudad vivió con respecto á Roma desde el tiempo de Augusto.

Sapor comprometida su línea de retirada por el Sur, y se apresuró á pasar el Éufrates. Pero Odenato no le dejó en paz, sino que, invadiendo la Mesopotamia, libertó á Carre y á Nisibe, y persiguió al rey persa hasta Ctesifonte ¹.

Los sucesos del Asia Menor hicieron á Odenato interrumpir la guerra contra los persas para ir á combatir otros más peligrosos enemigos; eran estos Macriano y Balista; el primero había sido proclamado emperador por las legiones, y se había asociado al Imperio con sus dos hijos Cayo Macriano y Cayo Quieto (261). Al segundo lo dejó en Asia con Balista, y pasó á Europa contra Galieno con 45.000 hombres, precedido por el general Calpurnio Pisón, que invadió la Acaya, donde campaba el procónsul Valente. Las legiones de éste lo proclamaron también emperador, y con una sedición que urdió en Tesalia logró dar muerte á Pisón; pero él pereció á su vez en breve á manos de su misma soldadesca.

Galieno había enviado contra Macriano al jefe de las provincias ilíricas, Aureolo; la campaña fué corta, porque en una batalla perdieron Macriano y su hijo mayor trono y vida: 30.000 hombres de su ejército se sometieron á Galieno.

Cumplió Odenato en Asia la obra de Aureolo, y hecho por Galieno generalísimo del ejército de Oriente, asaltó á Emesa, donde se hallaba el otro hijo de Macriano, Quieto; tomola y dió muerte al joven Augusto. Poco después logró también matar al prefecto Balista, autor de todas estas sediciones, en su quinta cerca de Dafne (262). Renació, pues, la fortuna de Galieno; todo el Imperio, á excepción de la extrema provincia oriental, le obedecía. Pero Galieno no poseía las cualidades que su situación reclamaba; era víctima y presa de la pereza, á la que sacrificaba hasta sus

¹ Eutr., IX, cap X.

buenos instintos. Al anuncio de la prisión del padre exclamó con frialdad cínica: «¡era mortal!»; y cuando supo que la Galia y el Egipto se habían rebelado, preguntó si Roma se arruinaría por no recibir los paños de Arras, ó las telas de lino egipcias. Una sola cosa movía aquella alma de hielo: la literatura. Era Galieno, dice su biógrafo, versado en la elocuencia, en la poesía y en todas las nobles artes ¹. Realza el elogio la circunstancia de serle este escritor hostil. Los escritores cristianos le alaban también por haber hecho cesar la persecución; de modo que no falta á este reinado su parte buena, aunque la mala predomina en él agravada por la enorme tristeza de aquellos tiempos.

La anarquía del Imperio se extendió también á lo económico; una de sus consecuencias fué la crisis económica, ya preparada por la depreciación de la moneda de plata y por la pretensión fiscal de que los tributos se pagasen en oro. La moneda de plata, que todavía en tiempo de Gordiano III contenía una tercera parte de este metal, bajó hasta tener sólo una vigésima parte. Y fácil es comprender el estado ruinoso que esta situación monetaria engendrara; los que vivían de un sueldo buscaron en el abuso alivio á su miseria, á expensas de los administrados; la soldadesca centuplicó sus rapiñas en las provincias, las cuales creían estar siempre bajo la dominación de unos depredadores bárbaros, aunque distintos. La guarnición de Bizancio, cuyas pagas se habían retardado, llegó hasta saquear la ciudad (262); y este hecho indigno sacó á Galieno de su pereza, haciéndole correr con tropas al Bósforo y castigar terriblemente á los sediciosos. Las provincias, viendo esta inesperada energía del príncipe, respiraron; pero el respiro

¹ Treb. Pol. Existe un epitalamio compuesto por Galieno para el casamiento de una sobrina suya. Véase la memoria crítica de G. Thomas.

fué bien corto. Galieno volvió á Roma en 263 más preocupado de la celebración de su decenio imperial que de las calamidades del Imperio, y la anarquía siguió su camino. Pulularon por todas partes los emperadores provinciales; en Egipto tomó la púrpura el legado Alejandro Emiliano; en Panonia el comandante Publio Regaliano. Para evitar que en Asia ocurriese lo mismo, asoció Galieno al Imperio al valeroso Odenato (264), renovando así la separación del Oriente y del Occidente iniciada por su padre. Su único rival temible era Póstumo, porque de aquéllos triunfó fácilmente su general Teodato, que consiguió que sus propios soldados les dieran muerte. Fué, pues, Galieno personalmente contra Póstumo, acompañado de los dos generales más valientes del Imperio, Aureolo y Claudio, merced á los cuales ganó una victoria sobre aquél. Pero fué su triunfo inútil, porque mientras Claudio batía á Póstumo, otro general, Victorino, seducido por la promesa de ser asociado al Imperio gálico, desertó con sus cinco legiones. El mismo Galieno paralizó la obra de sus estratégicos volviéndose á Italia á curarse una herida que recibiera en el asedio de una fortaleza. Entre esta complicación de sucesos pasó casi inadvertida la repentina desaparición de Póstumo, muerto por sus soldados amotinados por no haberseles permitido el saqueo de Maguncia (267).

Quedó la Galia nuevamente dividida entre dos usurpadores, Leliano y Victorino; el primero sucumbió á manos de sus tropas compradas por el oro de Victorino. Éste pereció víctima de su desenfrenada lujuria, á manos de cierto empleado de cancillería que vengó en él la deshonra llevada á su familia. En la venganza fué envuelto también el inocente hijo del emperador (268). Y la Galia quedó entonces por algún tiempo á merced de una mujer llamada por su carácter fiero y viril la Zenobia de Occidente; era Victorina madre del usurpador homónimo. Los soldados

la llamaron madre del ejército, y aceptaron por ella un nuevo soberano en la persona de Esvio Tétrico, hombre consular y antiguo gobernador de la Aquitania. La elección era feliz, pero los tiempos no eran propicios á las testas coronadas, y Tétrico, que veía ante sí el espectro de las recientes tragedias, fué á establecerse en Burdigala (Burdeos), poniéndose bajo la protección de la diosa Tutela.

Semejante rival no podía dar miedo á Galienó; y en efecto, no fué de la Galia de donde vino para él la catástrofe. El valeroso Odenato pereció en Oriente el año 267. Antes y después de ser asociado al trono de Galieno había combatido incansable por la unidad y la independencia del Imperio, que fueron siempre el objeto de sus guerras; y se preparaba á combatir contra otros bárbaros llegados á las regiones orientales, cuando pereció víctima de una conjuración palaciega, cuyo autor aparente fué su sobrino Meonio, y acaso su mujer Zenobia la promovedora ¹; ella, al menos, recogió el fruto del crimen que Meonio pagó con la vida.

Septimia Bath-Zebinah, ó Zenobia, como se la llamó en Grecia, es una de las más espléndidas figuras femeniles que el mundo oriental recuerda. Preciábase de descender de los Tolomeos de Egipto, y fuese ó no cierta su fundada pretensión, de ella se valió para poner el país egipcio bajo su imperio después que, por voto de la soldadesca y del pueblo de Palmira, fué llamada á tomar el cetro de Odenato en nombre de su hijo menor, Vabalato. De bella figura, de costumbres castas, hablaba el griego y el latín, conocía á Homero y á Platón y amaba el conversar sobre filosofía y literatura con los doctos de su corte, especialmente con Dionisio Casio Longino, uno de los más insig-

1 Trebelio Polión en sus *Trenta tiranos* expresa esta sospecha.

nes representantes de la escuela platónica. Á diferencia de Odenato, que sacrificó á Roma su patria, su pensamiento fué hacer á ésta independiente y renovar el antiguo poderío de los Lagidios. Esta oposición á la política de su marido, y la preferencia que éste daba á un hijo tenido en otra mujer, determinaron acaso á Zenobia á tomar parte en la conjuración. Sea de ello lo que quiera, el hecho es que con la muerte de Odenato y el advenimiento de Zenobia, el Imperio tuvo en vez de un solo enemigo dos, Ctesifonte y Palmira. Contra esta última ciudad mandó Galieno al general Heracliano, pero éste fué vencido, y el emperador tuvo que olvidarse de Palmira para llevar las fuerzas imperiales contra los godos, cuyas formidables hordas aparecieron de nuevo, después de un reposo de pocos años, junto al Bósforo, en la primavera del 267. Venían del mar de Azof, en 500 naves; después de atravesar el Bósforo, entraron por la Propóntide en el mar Egeo, desde donde se derramaron sobre la Grecia. Atenas, Tebas, Argos, Corinto y Esparta fueron saqueadas y en parte incendiadas. Pero la tremenda invasión tuvo allí que pararse; en tanto que Galieno iba con el general Macriano desde Galia en socorro de los griegos, un valiente ateniense, el historiador Publio Erenio Decipo reunió á 2.000 voluntarios, y después de algunos pequeños combates sostenidos victoriosamente, logró libertar su patria y arrojar del Ática á los bárbaros. Al mismo tiempo el almirante Cleodamo se apoderaba en el Pireo de la mayor parte de la flota llamada de los enemigos, y éstos tuvieron que abrirse por la Iliria el camino del Danubio. Galieno los encontró y derrotó junto al río Nesto, y satisfecho con este éxito, en vez de proseguir la lucha, inició tratos de paz con los bárbaros, facilitándoles el regreso á su país. Algunos de ellos consintieron en entrar al servicio del Imperio, y Galieno no se avergonzó de conferir la dignidad de cónsul á un capitán

hérulo (Naulobado), como premio de su defección. La rebelión del general Aureolo fué el grito de venganza contra la torpe ofensa inferida á las patrias instituciones. Galieno corrió á Italia, encontró al usurpador junto al Adda, lo venció y lo hizo refugiarse en Milán. Pero fué victoria vana; los generales, cansados de servir á tal emperador, resolvieron dar la corona á su valeroso colega Claudio, y Galieno fué muerto por un conjurado bajo los muros de Milán, cuando se disponía á rechazar una salida de Aureolo (22 Marzo 268). Su hermano Valeriano sufrió igual suerte, para que no crease obstáculos al reconocimiento de Claudio. Un cuantioso donativo distribuído por Macriano, que disponía del tesoro imperial, á las legiones, las convirtió en favor del nuevo elegido. Aureolo, cuya causa ya no tenía remedio, fué muerto por sus soldados, á quienes sublevó el general Aureliano.

El 24 de Marzo anunció Claudio por escrito al Senado su exaltación. El pueblo, al saber que Galieno no existía ya, desahogó contra sus parientes y amigos el odio que por él sentía; pero Claudio puso término en breve á las cruentas saturnales, y con su energía logró también que el Senado decretase la apoteosis de su predecesor.

MARCO AURELIO CLAUDIO ¹ (268-270)

Los emperadores ilíricos.

Con Claudio II, llamado el Gótico, ábrese la serie de aquellos valientes emperadores *ilíricos* que salvaron al Imperio de la ruina que por todas partes lo amenazaba. Son así llamados por la región en que nacieron, y de la cual

¹ Fuentes: Trebelio Polión, Zosimo, Zonara, Jordán.

sacaba Roma sus mejores soldados. Valeriano había confiado á Claudio el año 265 el mando de la Iliria, que era el país más expuesto á las invasiones de los bárbaros. La última victoria conseguida por Galieno sobre los godes fué obra suya, como suyo fué el consejo dado al emperador de proseguir la lucha hasta el exterminio de los enemigos. El



EL BOTÍN DE NAISSO.

olvido de este consejo produjo una nueva invasión germánica más terrible que todas las precedentes: eran 320.000 bárbaros, sin contar siervos ni familias; es decir que no se trataba como otras veces de una simple incursión mero-deadora, sino de una verdadera transmigración de pueblos que iban á buscar nuevas estancias en las provincias del Imperio.

Esta guerra contra los godos ocupó entero el reinado de

Claudio, sin dejarle siquiera tiempo de pensar en los dos usurpadores, Tétrico y Zenobia. En la primavera del 269 comenzó el gran movimiento. Rechazados los bárbaros en Tomi y en Marcianópolis, y conociendo que sus grandes masas le perjudicaban más que otra cosa, se dividieron en dos cuerpos; el uno se dirigió á la Mesia; el otro, con la flota hizo vela hacia la Propóntide, y después de tener grandes pérdidas por una tempestad en la entrada del Bósforo, y de una vana tentativa sobre Cicico, se dirigió á la costa meridional de la Tracia y de la Macedonia. Allí se dividieron de nuevo; parte de los bárbaros desembarcaron para atacar á Tesalónica; los otros quedaron á bordo y fueron á infestar las costas de Grecia. Aquí los encontró el gobernador de Egipto, Probo, y desbarató por completo su escuadra. Las otras hordas que habían invadido el continente sufrieron también terrible derrota en el valle de la Moravia, en *Naisso* (hoy Nisch) por obra de Claudio, que los exterminó causándole 50.000 bajas. Este éxito fué debido principalmente al talento táctico del emperador; el cual, después de algunos triunfos en pequeños combates, logró embestir al enemigo formando con sus fuerzas un vasto círculo de grupos convergentes á un centro común, y los encerró en las inaccesibles gargantas del Emo, donde los tuvo asediados todo un invierno, haciendo perecer á su mayor parte de hambre.

Pero estos bárbaros dejaron tras sí un enemigo más dañoso aún que sus armas, la peste, que mató al propio emperador en Sirmio (Marzo del 270). El Senado le había poco antes conferido el título de *Gótico*, el más merecido de los que llevaron los emperadores romanos.

AURELIANO ¹ (270-275)**I. — Abandono de la Dacia.**

Para colmo de desgracias, el Imperio se vió entonces amenazado de nueva guerra civil. El Senado, saliendo de su letargo proclamó Augusto, después de rendir honores al difunto emperador, á su hermano Claudio Quintilo, que acampaba entonces en Aquileya defendiendo la Italia contra las invasiones amenazadoras de los alemanes. Pero la elección del Senado de nada servía al elegido si el ejército no lo confirmaba, y el ejército había ya hecho otra elección en la persona de L. Domicio Aureliano, soldado valeroso aunque de origen humildísimo. Las tropas le llamaban blande-hierro (*mano ad ferrum*), y lo exaltaban en sus cantares como terror de los enemigos ². Contra tal rival Quintilio no podía luchar: y cuando vió que sus tropas tenían el mismo temor, se quitó la vida; si es que no se la quitaron sus propios soldados ³.

Aureliano obtuvo el reconocimiento general y la sanción del Senado. Considerando el carácter de este príncipe, fuerza es reconocer que las legiones al proclamarlo se guiaron por el sentimiento de defensa contra los bárbaros. Sin esta circunstancia, su rigorismo para mantener la discipli-

¹ Vopisco, *Vidas de Aureliano y de Firme*, Zosimo, I, 47. Decipo. Este Decipo, como soldado y escritor, recuerda á Xenofonte. Además de una historia greco-macedónica en cuatro libros, escribió otra universal desde los tiempos primitivos hasta el reinado de Claudio el Gótico, y otra historia de las guerras godas del siglo III.

² Su biógrafo Flavio Vopisco, cuenta que siendo Aureliano simple tribuno derrotó en Maguncia con su legión á una horda de francos, matándoles 700 y vendiendo esclavos á 300. Este suceso fué celebrado por las tropas con una canción que el mismo Vopisco nos transmite.

³ Tanto el fin de Quintilio como su efímero reinado, son referidos dudosa y escasamente por los historiadores. Lo solo cierto es, que ya en Agosto del 270 no existía este emperador, y que, por tanto, su reinado sólo duró pocos meses.

na militar hubiera opuesto un obstáculo invencible á su elección. Y como él pensaba, en efecto, sobre la disciplina, nos lo atestigua una carta suya escrita á un oficial y que su biógrafo nos ha conservado: «si quieres ser tribuno, escribe en ella, y si amas la vida, ten á raya á los soldados: que ninguno de ellos se atreva á robar un pollo ni una oveja ni un racimo de uvas: que todos se contenten con su ración de víveres. La paga basta para el sostenimiento de todos: el botín debe tomarse al enemigo y no al llanto de los provinciales.» Causa maravilla el oír en estos tiempos de saturnales militares reproducido el lenguaje de Septimio Severo, pero el miedo á los bárbaros erá el autor de esta reacción y de que el Imperio tuviese otra vez soldados que anteponian á todo su defensa. Y esto explica los magníficos resultados que bajo tal jefe tuvieron.

Las primeras pruebas se hicieron contra los bárbaros de la región media del Danubio. Las hordas de los yuturgios, vándalos y godos habían salvado de nuevo aquella frontera: Aureliano la restableció derrotando á los invasores en muchas batallas.

Pero la continua repetición de las invasiones, y el creciente número de los enemigos, le obligaron á hacer un sacrificio que en otros tiempos hubiera parecido cobarde debilidad, pero que entonces demostraba una sagaz crueldad: este sacrificio fué el abandono de la Dacia, la conquista de Trajano. Después de haber poseído aquel país por 170 años, el Imperio lo abandonaba en manos de los bárbaros. Pero el largo dominio de Roma había dejado en él una huella que los siglos no han borrado: y los descendientes de los antiguos dacios, que hoy son una nación libre, siéntense aún orgullosos del nombre romano que llevan su patria y su idioma.

Al renunciar Roma á su dominio, no quiso renunciar á su nombre: una región de la Mesia se llamó también Da-

cia ¹, y el emperador transportó á ella los colonos de la provincia abandonada.

II.— Los alemanes en Italia.

Mientras Aureliano con el abandono de la Dacia restablecía en el Danubio la frontera del Imperio, los alemanes pasaban de nuevo esta frontera por Occidente, y se dirigían, como 11 años antes, sobre Italia. Acompañábanlos ahora gran número de marcomanos, sumando entre unos y otros más de 100.000 hombres.

Cuando Aureliano llegó á la frontera de Italia, los bárbaros habían ya saqueado la Galia Transpadana y pasado á la orilla del gran río. El emperador los encontró en Piacenza. Además de las legiones llevaba consigo un cuerpo auxiliar de caballería vándala. Una asechanza de los enemigos le causó allí graves pérdidas, y amenazó comprometer el resultado final de la lucha: mientras los romanos descansaban confiados por la noche, los enemigos salieron de un bosque vecino, y saquearon el campamento.

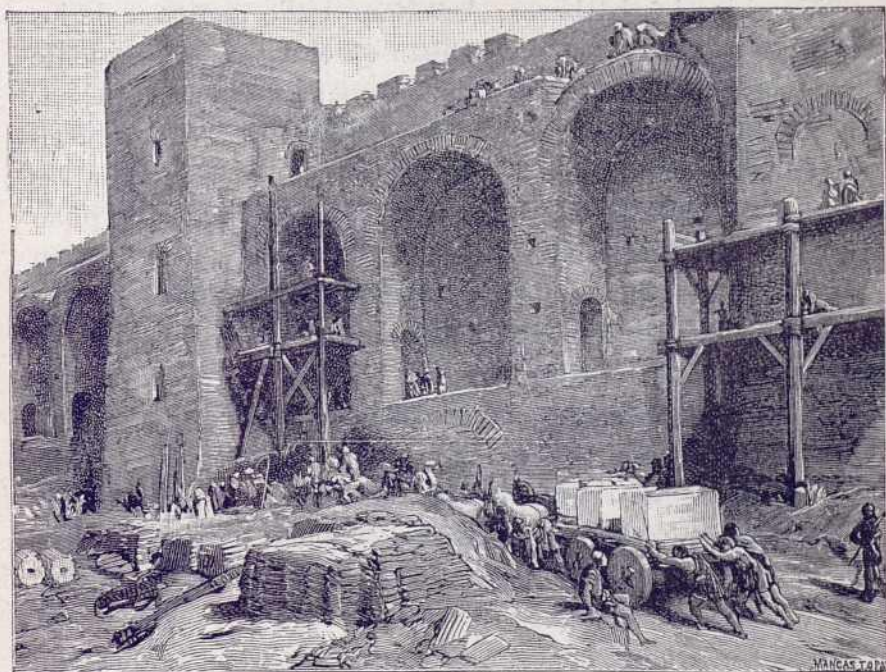
Roma tembló al saberlo: se consultaron los libros sibilinos, y salieron procesiones de rogativas como en los días de mayor peligro (Enero del 271). Pero Aureliano velaba; y encontrando á los bárbaros junto al Metauro, los derrotó y obligó á retroceder; y en Pavía les deparó también mayor derrota, hasta obligarles á repasar los Alpes diezmados y en el mayor desorden.

III.— Muralla de Aureliano.

Salvada la Italia, el emperador fué á Roma, no ya para

¹ La nueva Dacia fué dividida en dos distritos; el de la *Dacia Ripense* con *Raciaría* por capital, y la *Medierránea* con *Sérdica* (Sofía).

celebrar en ella pomposamente su victoria, sino para proveer á su seguridad. Los alemanes habían demostrado que ni los Alpes ni el Apenino eran baluartes suficientes para la metrópoli; por otra parte, desde la fundación del *agger* de Servio Tulio ninguna obra de fortificación se había construído al rededor de la ciudad, y la valla serviana, rota



LA MURALLA DE AURELIANO.

en muchas partes por la adhesión de innumerables edificios, perdiase entre la multitud de suburbios que aparecían como otras tantas ciudades. Aureliano rodeó entonces valla y suburbios con una nueva muralla que medía un perímetro de 50.000 pies romanos, es decir, 16 kilómetros. Esta obra comenzada el año 271, fué terminada el 276 por el emperador Probo; pero resultó de tan mala construcción, que un siglo después los nuevos muros tuvieron que ser

restaurados, casi de planta, por el emperador Honorio; y aun éstos sin fruto, como lo demostraron los tres asedios que pocos años más tarde hizo Alarico sufrir á Roma.

IV. — Zenobia.

Vencidos los bárbaros, Aureliano pudo ocuparse de los dos usurpadores que imperaban en el extremo Occidente y en Asia, Tétrico y Zenobia. Comenzó por esta última, la más temible; porque, en efecto, la famosa reina de Palmira había en aquel intervalo agrandado su reino con las conquistas del Egipto y del Asia Menor. Claudio no pudo impedirlo; Aureliano parece que vivió al principio en buena armonía con la reina, á juzgar por algunas medallas alejandrinas en que aparecen unidas las efigies de este príncipe y de Vabalto, hijo de Zenobia ¹, si bien esto puede explicarse como una oficiosidad de Zenobia para prepararse una paz definitiva. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Aureliano, apenas se vió en libertad de hacerlo, acudió á Oriente contra Zenobia; entró por la Bitinia, única provincia fiel al Imperio, é hizo de ella su base de operaciones (272); venció el primer obstáculo en Galacia con la resistencia de Ancira; logró, aunque con más trabajo, ocupar á Tiana, que guardaba el paso de la Cilicia, aprovechando el camino secreto que le enseñó un traidor para ocupar una altura que dominaba á la ciudad, la cual tuvo al fin que abrirle sus puertas. Las legiones pidieron el saqueo, pero el emperador no lo consintió; mandó, por el contrario, dar muerte al felón, diciendo que el que había vendido á su patria no podía serle fiel.

En Siria halló al fin Aureliano á Zenobia, que había ido

¹ Eckhel, VII, 496.

á defender á Antioquía, llave de la provincia. El grueso de su ejército, mandado por el general Zabda, el conquistador de Egipto, campaba á pocas millas de allí, en Dafne. La batalla se empenó junto al Oronte, y con ella comenzó la ruina del reino palmyreniano. La hábil táctica de Aureliano decidió en su favor la victoria; haciendo fingir á su caballería una retirada, separó la del enemigo, cargada de pesadas corazas de los infantes que la protegían, y la desbarató fácilmente. Este triunfo le abrió las puertas de Antioquía, que tampoco fué saqueada. Halló la ciudad perturbada por contiendas religiosas entre los cristianos, y las aprovechó en su favor. Era obispo de Antioquía Pablo de Samosata, autor de una herejía que pretendió explicar racionalmente la divinidad del Nazareno, afirmando que Jesús fué sólo un hombre animado por el Verbo divino. Un sínodo de obispos expulsó á Pablo de la comunión de los fieles; pero el poderoso apoyo de Zenobia lo confirmó en su sede episcopal, y le dió además la administración pública. Llevada la cuestión ante Aureliano, el astuto emperador rehusó decidir el que dijo ser asunto meramente eclesiástico, y mantuvo á Pablo en su puesto, granjeándose así el favor de los partidarios del obispo, que eran la mayor parte de los habitantes.

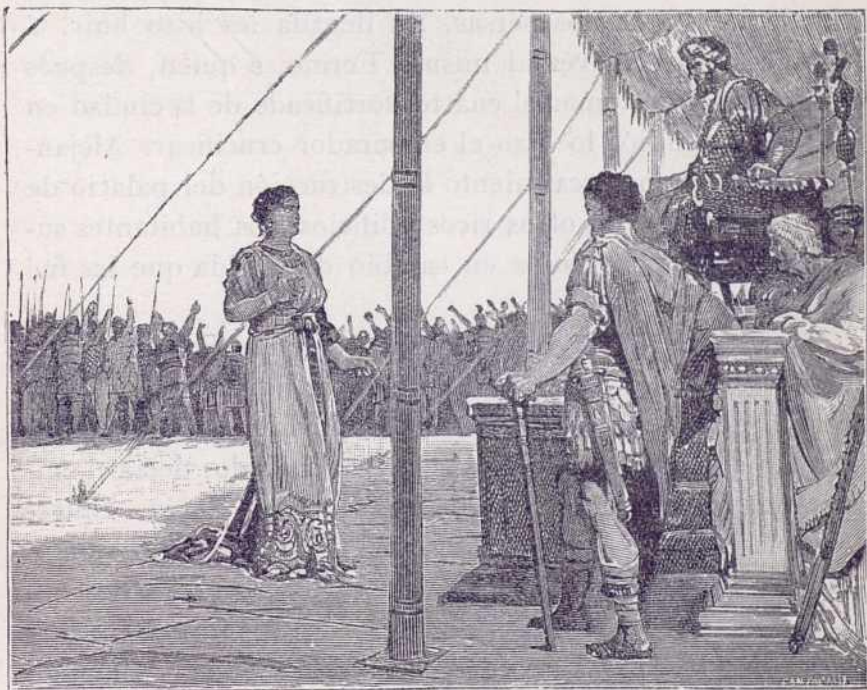
La segunda batalla se libró en Edesa, y fué decisiva. Á 70.000 hombres ascendían los de Zenobia; pero no le valieron contra la táctica superior del enemigo, y tuvo que renunciar á proseguir la guerra en campo abierto, yendo á encerrarse en su Palmira, cuyas fortificaciones, así como la vecindad de sus aliados los persas, la hacían confiar en el éxito de su resistencia. Aureliano, por su parte, comprendió también las dificultades de la lucha, y de aquí el que entablase tratos de paz con la vencida de Emesa. Según ellos, Palmira conservaría sus privilegios, y la reina, con la vida asegurada, obtendría un magnífico retiro, que

el Senado podría designar. Pero Zenobia respondió á estas ofertas con insultante negativa, y el emperador tuvo que seguir la guerra á toda costa. Por sus cartas escritas al Senado conocemos el ánimo que le llevaba contra Palmira. «Roma, dice, mira con desdén la lucha que sostuvo con una mujer; pero Roma no sabe qué mujer es esta, ni cuál su poderío, ni conoce los inmensos preparativos de piedras, dardos y toda clase de armas arrojadizas con que se apercibe á la defensa. Los muros de la ciudad están por todas partes defendidos con gruas y máquinas de fuego. El temor del castigo da á su defensora un valor desesperado; pero yo confío en que los dioses seguirán prestando su ayuda á las armas romanas.» Y con efecto, persecución celeste pareció la muerte, ocurrida á la sazón, del terrible Sapor ¹, que privó á Zenobia de la alianza persa. La rápida sumisión del Egipto, lograda por el general Probo, contribuyó también al éxito final de Aureliano. En breve la ciudad sitiada se vió sin víveres, y la reina, sintiendo la urgente necesidad de socorro, fué á pedirlo á los persas; pero alcanzada junto al Éufrates por la caballería ligera que en su seguimiento envió Aureliano, cayó prisionera. Al saberlo los sitiados, perdieron el ánimo y abrieron las puertas al emperador, el cual mantuvo en premio los privilegios de la ciudad, y se contentó con apoderarse del regio tesoro. Constituyó luego en Emesa un tribunal para juzgar á Zenobia y sus ministros. Al oír ésta los gritos de la soldadesca que pedía su cabeza, decayó también moralmente, y trató de hacer caer sobre sus servidores, especialmente sobre Longino, la responsabilidad de la guerra. Aureliano aceptó la excusa, y mandó dar muerte á los denunciados.

El vencedor de Zenobia se dispuso entonces á volver á

¹ El sucesor de Sapor, Ormisda I, fué retenido en Persia por contiendas interiores, que le hicieran á poco renunciar la corona en favor de su hijo Vararanes I (272).

Europa, adonde lo llamaba una invasión de los carpios en el país ilírico, creyendo que dejaba pacificada el Asia. Vana creencia; en Palmira y en Alejandría estallaron nuevas insurrecciones promovidas por los persas. Los palmirianos, después de ensangrentarse en la provincia romana, ofrecieron la corona á Marcelino, legado de la Mesopota-



ZENOBIA ANTE EL TRIBUNAL DE AURELIANO.

nia. Rehusando éste, la dieron á un pariente de la reina ¹. En Alejandría, un rico fabricante de papiro, llamado M. Fermo, hombre atlético, antiguo partidario de Zenobia, se proclamó su vengador, confiando en la ayuda de sus numerosos clientes, y en sus grandes riquezas, y empezó por tomar la púrpura. Mas la rápida llegada de las

¹ Vopisco da á este usurpador el nombre de Aquileo; Zosimo le llama Antioco.



tropas imperiales deshizo pronto el complot, y sus fautores lo pagaron caro.

Palmira mereció al príncipe mayor rigor. En una carta de aquél dirigida á Ceyonio Baso, confiesa no haber perdonado ni mujeres, ni ancianos, ni niños ¹. La ciudad fué para siempre exterminada; y después de dejarla reducida á un montón de ruinas, corrió Aureliano á Mesopotamia, donde ya estaban los persas. Su llegada les hizo huir. Y entonces llegó su vez al mismo Fermo, á quien, después de asaltar y de tomar el cuartel fortificado de la ciudad en que se defendió, lo hizo el emperador crucificar. Alejandría sufrió como escarmiento la destrucción del palacio de los Tolomeos y de otros ricos edificios; los habitantes sufrieron nuevos tributos en cambio de la vida que les fué perdonada.

Desde Alejandría dió Aureliano cuenta al Senado de sus rápidos triunfos. Su comunicación es notable por el concepto que en ella expone de los derechos del príncipe y del pueblo quiritario. «Pondré el mayor cuidado, decía el emperador, en conservar el orden público en Roma. Entregaos á los juegos y espectáculos del circo. Nosotros velaremos por las necesidades públicas; vosotros divertíos» ². Sometido al fin el Oriente, pensó Aureliano en Tétrico, que ceñía hacía tres años la corona de la Galia ³. Las medallas le representan llevado en triunfo por los soldados, vestido con la toga, con el cetro en una mano y en la otra un ramo de oliva, ó el cuerno de la abundancia. Había fijado su residencia en Burdeos, para vivir lejos de las legiones y de la frontera. Pero las legiones, libres de su presencia, se dieron al pillaje, y la Galia vivió en plena

¹ Vopisco, Aurel., 31.

² Ídem, Firm., 5.

³ Hay medallas de Tétrico, del año 273. Esto demuestra que fué vencido después que Zenobia, aunque Vopisco dice lo contrario.



ZENOBIA EN EL TRIUNFO DE AURELIANO.

anarquía. Autún, que quiso resistir á la soldadesca, fué cercada y saqueada, sin que el emperador lo impidiese.

Aparecía, pues, Aureliano en Galia como un libertador. Tétrico se puso secretamente de acuerdo con él en Châlons, donde le reveló su plan de batalla; y luego, en el momento de la acción, abandonó su campo. Aureliano pudo sin esfuerzo dominar el país, y devolver al Imperio su unidad perdida hacía 26 años (274). Roma lo celebró con un triunfo espléndido, en que Zenobia y Tétrico figuraron entre los prisioneros; aquélla adornada con sus mejores joyas, y llevando cadenas de oro; él con clámide de púrpura y calzas gálicas. Un fastuoso cortejo de embajadores de Etiopía, Arabia, Persia, Bactriana, y de la misma India, atestiguaba el poder del emperador romano y halagaba la vanidad de su pueblo. Pero la presencia de Tétrico amargaba la general alegría, porque ofendía al orgullo de Roma: era, en efecto, la vez primera que ésta veía á un senador arrastrando su cadena en pos del carro triunfal. Aureliano enmendó su error devolviendo á Tétrico su dignidad senatorial, y nombrándole *Corrector* de la Italia. Á Zenobia le señaló por estancia la villa de Tibur (Tívoli) donde pasó el resto de sus días. Después del triunfo hubo otras muchas y distintas fiestas: representaciones escénicas, fuegos, repartos gratuitos de dinero y de vestidos.

Pero el gozo público fué turbado por una sedición que tomó en breve proporciones de guerra civil. Aureliano había mandado en un edicto que la moneda de plata en circulación tuviese menos valor nominal que real; los que hacían gran negocio con la fabricación adulterada se rebelaron, y los que á la sombra de esta explotación habían adquirido pingües patrimonios, se les unieron, produciendo el motín del año 274. De su gravedad y alcance fueron buena muestra los soldados que perecieron luchando en las calles, y cuya cifra dió el mismo emperador en la relación

del trágico suceso que envió al Senado: «Los rebeldes, decía en ella, han sido al fin vencidos; pero el conflicto ha costado la vida á 7.000 de mis soldados, pertenecientes á las legiones de la Dacia y del Danubio.»

Otra invasión de bárbaros en Galia llevó á Aureliano al Rhin, en expedición que fué, como todas sus empresas militares, feliz. El general Probo venció á los francos en la embocadura de aquel río; Constancio Cloro, padre de Constantino, derrotó también á los alemanes. Luego se procuró tener á raya á las poblaciones gálicas fortificando Genabo, que desde entonces cambió su nombre por el de *Civitas Aurelianorum* (Orleans).

Desde Galia pasó Aureliano á la Iliria, con el propósito de batir en Oriente á los sasanidios, aliados de Zenobia, y vengar sus antiguas ofensas; pero cuando á ello se preparaba, perdió la vida, víctima de una conjuración tramada en su daño por uno de sus secretarios, Mnesteo, que temía el castigo de sus malversaciones (Enero del 275). Fueron fáciles cómplices del malvado todos los que habían abusado del mando en las provincias; y así aquel gran príncipe, que había con sus victorias restaurado la unidad del Imperio, y rechazado las invasiones bárbaras, halló en una violenta muerte el galardón de sus gloriosas empresas. ¡Triste lección para los que habían de sucederle!

TÁCITO ¹ (275-276)

El Imperio asistió entonces á un espectáculo nunca visto: durante ocho meses estuvo el trono vacante, sin detrimento de la administración pública. Esto hace el mejor elogio de Aureliano, porque fué el buen resultado del buen im-

¹ Fuentes: Vopisco, Zosimo, Zonara.



EL SENADO PROCLAMA A TÁCITO EMPERADOR.

pulso que su vigorosa mano imprimió al Estado. Aquellos meses pasaron en una especie de puja de modestia sostenida entre la plana mayor militar y el Senado: aquélla, para encubrir su participación en la conjura, quería conferir á la Asamblea la elección del nuevo príncipe; y así pasaron los días. Por último, las graves nuevas traídas por el cónsul Gordiano sobre otras invasiones bárbaras en el Asia Menor, decidieron la exaltación imperial del viejo consular Marco Claudio Tácito, hombre riquísimo y de suave carácter, aunque con el grave defecto de su ancianidad y de no ser soldado. El Senado sostuvo á todo trance, y contra él mismo, su elección, contestando á sus evasivas que también Trajano, Adriano y Antonino habían llegado viejos al trono, y que nada importaba su carácter civil, porque era emperador, y no soldado, lo que se hacía. Las legiones, empero, no eran de esta opinión; y cuando el nuevo soberano se les presentó, negáronse á obedecerle. El infeliz Tácito murió de disgusto, ó á manos de la soldadesca ¹ á los 200 días de su reinado (12 de Abril del 276). Dejó, sin embargo, perdurable memoria por dos conceptos: primero porque su elección fué el último acto político del Senado romano; y segundo, porque sin él no hubiéramos recibido las obras del gran historiador de su nombre, de quien se alababa de descender. Por orden suya todas las bibliotecas recibieron un ejemplar de los *Anales* y de las *Historias*, y todos los años debían hacerse de ambos libros diez y nueve copias. Á pesar de lo cual, sólo ha llegado hasta nosotros un códice de los primeros.

1 Según Zosimo y Zonara, murió á manos de los soldados. Aurelio Victor le hace morir de enfermedad.

PROBO ¹ (276-282)

El nuevo emperador había nacido en Sirmio, y venía á enlazar las gloriosas tradiciones de los Augustos sus paisanos. No había ambicionado la púrpura, aquella púrpura que tan fácilmente se convertía en sudario; pero habiéndosele ofrecido en un instante en que las fronteras estaban por todas partes invadidas por los bárbaros, y el Imperio expuesto además á una guerra civil, le pareció vileza el no aceptar: y aceptó.

Desembarazado del rival Florianio, pidió al Senado la sanción de su elección, proponiéndose restaurar la autoridad de la Asamblea separando el poder civil del militar, y confiriéndola nuevas prerrogativas ²; pero las circunstancias no permitieron que el poder se menoscabase en sus manos. Sin pérdida de tiempo fué á la Galia, y atacó y derrotó á los alemanes persiguiéndoles luego hasta el Rhin; reconstruyó las antiguas trincheras desde Ratisbona á Maguncia, y sometió otras tribus germánicas obligándolas á pagarle tributo en trigo, caballos y bueyes, su única riqueza. Añadió asimismo á sus banderas 16.000 de aquellos bárbaros, que diseminó en las legiones y provincias, para que, como él decía, no se percibiese su presencia (276-278).

De la pacificada Galia pasó Probo á la Iliria, donde combatió á la famosa liga bárbara cuya ferocidad recuerda Tácito ³, con éxito feliz para las romanas armas (278). Y luego fué contra los enemigos del Asia Menor, castigando á los isaurios, que se habían declarado libres, y poblando

¹ Fuentes: Vopisco, Zosimo, Zonara.

² Probo confirió al Senado la facultad de los juicios en última instancia, la de nombrar procónsules y legados y la de confirmar las instituciones imperiales. Vopisco, *Probo*, cap. XIII.

³ *Germania*, 43.



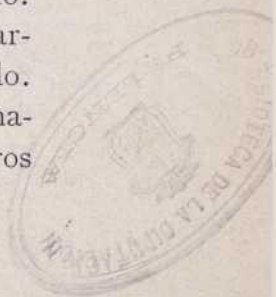
PROBO INTRODUCE Á LAS HORDAS BÁRBARAS EN EL IMPERIO.

su país con colonias de veteranos. Y después pasó á la Siria, obligando al rey Sasanides á firmar una paz que aseguraba las fronteras orientales del Imperio; y luego, en fin, el incansable emperador fué al Egipto contra las hordas etiópicas que lo habían invadido (279).

Al regresar á Europa detúvose en Tracia, con el grande intento de repoblar las devastadas provincias ilíricas. Aprovechando la hostilidad de los bastarnios contra los carpacios, decidió á los primeros á trasladarse á Tracia y cien mil de ellos pasaron, en efecto, á establecerse en territorio del Imperio. Con esto varió de objetivo la política romana, antes dedicada á latinizar los países conquistados, y entonces á germanizar las provincias; y con esto á la vez se apresuraba el derrumbamiento del Imperio.

Además de la Tracia y la Mesia, se germanizaron la Bretaña y el Asia Menor. Al Ponto Euxino había Probo enviado algunos cuerpos de francos, pero éstos, no queriendo tolerar el destierro, se apoderaron de algunas naves y, atravesando el Bósforo y el Helesponto, entraron en el Mediterráneo, que recorrieron en toda su longitud, devastando sus costas; desde allí pasando las columnas de Hércules, llegaron á las bocas del Rhin, sin ser molestados. Esta impune navegación destructora es una mancha en la historia de Probo, y patentiza la decadencia á que había llegado la marina imperial.

El fin de Probo manifiesta también la decadencia del ejército. Fiando en el ascendiente que había sobre sus tropas conquistado, intentó aquél someter la soldadesca al trabajo en tiempo de paz, creyendo que el soldado debía ganarse su pan y convertirse, pasada la guerra, en operario. Ocupó, pues, á las legiones en tareas agrícolas, particularmente en la plantación de viñas, de que era apasionado. Pero no tardó en convencerse de su inútil intento para hacer cambiar á los soldados sus costumbres. Los primeros



que protestaron fueron los de Oriente, los de Siria, que proclamaron emperador á su general Julio Saturnino, reconociéndolo la turbulenta Alejandría. Pero Saturnino, que no aspiraba al trono, y que lo aceptó por fuerza, ni siquiera se defendió cuando fueron contra él al Asia las legiones de Probo: se encerró en un castillo de Apamea, donde fué preso y muerto.



LOS MATADORES DE PROBO LLORAN SOBRE SU CADÁVER.

El ejemplo de Oriente halló imitadores en el extremo Occidente. Lión proclamó al general Procolo; y en Colonia tomó la púrpura un oficial llamado Bonoso, disoluto y borracho, que había dejado incendiar á los germanos la flotilla puesta á su custodia, y que se jactaba de haber desflorado en 15 días á 120 vírgenes sármatas hechas por él prisioneras. Su aventura imperial duró también poco:

los francos lo entregaron á Probo, y él, al verse perdido, se ahorcó de un árbol.

La facilidad con que venció estas rebeliones, hizo á Probo creer que eran casos aislados: grande error; eran, por el contrario, síntoma de un general descontento. Las legiones no le perdonaban el haberlas condenado á los trabajos de la paz, entre otros á la desecación de los pantanos de Sirmio, su tierra natal, adonde el mismo emperador había ido á dirigir las obras. Su presencia no hizo más que aumentar la irritación de la soldadesca, que acabó al fin por arrojar los utensilios del trabajo, tomar las armas, forzar la torre donde moraba el soberano, y darle muerte. (Septiembre del 282). Á la vista de la sangre del herido príncipe, sus matadores se arrepintieron; pero ya era tarde; y entonces tuvieron que contentarse con dedicarle un epitafio que decía: «Aquí yace el emperador Probo, verdaderamente probó, vencedor de todos los bárbaros y de todos los tiranos.»

CARO ¹ (282-283)

Marco Aurelio Caro, nuevo emperador proclamado por las legiones, era también originario del Ilírico. Había sido cónsul y procónsul en Cilicia, y cuando fué exaltado era prefecto del pretorio. Pertenecía, pues, al orden de senadores, y de ello se alabó al participar su elección á la Asamblea. Con este honor creía él que los padres debían darse por contentos, y les quitó en su virtud todas las prerrogativas que su antecesor les concediera.

¹ Vopisco.—Zonara.—También se encuentran entre las fuentes del reinado de Caro las églogas del poeta Nemesiano, su contemporáneo y apologista. Además de estas églogas suyas, que fueron cuatro, refundió las del poeta Calpurnio y las dió como propias. Véase M. Haupt, *de carminibus bucolicis Calpurnii et Nemesiani*, Berlin, 1854.

Los bárbaros, animados por la muerte de Probo, volvieron á invadir las fronteras; los francos aparecieron en la Galia, los alemanes en el Norte, los sármatas en Iliria, los persas en Mesopotamia. Caro confió al mayor de sus hijos, Carino, joven vicioso y violento, el gobierno de las provincias occidentales, marchando él con su otro hijo, Nume-



MARCO AURELIO CARO Y LOS ENVIADOS DE PERSIA.

«Caro respondió que dejaría á la Persia tan desnuda de árboles como su cabeza lo estaba de cabellos.»

riano, bien distinto de aquél, al Oriente. De la expedición de Carino, sólo sabemos que restableció la frontera del Rhin. Los éxitos de su padre fueron mayores; venció junto al Danubio á cuadios y sármatas, matándoles 16.000 hombres y haciéndoles otros tantos prisioneros; en el Asia arrojó con su sola presencia á los persas, más allá del Éufrates; el rey Varanares le envió sus delegados pidiendo

paz; y Vopisco nos describe la escena de su recepción; el emperador comía sentado sobre la hierba, y no tenía ante sí más que un poco de manteca y algunos peces. Cuando los enviados llegaron á su presencia, quitóse de la cabeza el birrete con que ocultaba su calvicie, y les despidió diciendo que si el rey persa no reconocía la soberanía de Roma, dejaría la Persia tan desnuda de árboles como su cráneo lo estaba de cabellos. Una victoria le abrió en breve las puertas de Seleucia y de Ctesifonte, y le prometió la total del reino; pero sus soldados no participaban de su ardor bélico, y para librarse de él, lo asesinaron en su tienda, haciendo luego correr la noticia de que lo había matado un rayo (Agosto del 283).

NUMERIANO (283-284). — CARINO ¹ (283-285)

Para hacer creer la fábula, las legiones proclamaron al joven Numeriano, aunque poniéndole por condición que las había de hacer volver al territorio del Imperio. El Senado exaltó á Carino, si bien dió también título de Augusto á su hermano. Y hubiera estallado una guerra fratricida, si el regicidio no lo hubiera impedido. El fin de Numeriano aparece tan oscuro como el de su padre; la voz pública lo atribuyó á Ario Apro, prefecto del pretorio y suegro del propio príncipe. Una enfermedad de la vista, que éste contrajo en Persia, le obligaba á no salir de su pabellón. El ejército regresaba lentamente, y el emperador lo precedía con sus guardias; y ya estaba cerca de Perinto, cuando el olor pútrido que salía de su tienda descubrió á todos su muerte. ¿Cómo había ésta ocurrido? Apro propaló que por enfermedad, pero nadie le dió crédito.

¹ Vopisco, *Vidas de Numeriano y de Carino*.

Los oficiales saludaron emperador al jefe de los guardias imperiales, Diocles. Hizo éste venir ante él á Apro, y llamándole asesino de Numeriano, le atravesó el corazón con su espada, sin darle tiempo de defenderse, y engendrando con esta precipitación la sospecha en su propio daño (Septiembre de 284). Después de derrotar á otro usurpador, Cayo Juliano, gobernador de Venecia, encontró Carino en Margo al ejército de Diocles, y se prometía nueva y fácil victoria, cuando un tribuno, cuya mujer había seducido, lo mató entre la refriega. Diocles fué entonces reconocido por el Imperio entero.



ANTIGUO VASO DE ONIX
(Museo Nacional de Nápoles.)



UN FUNERAL.

CAPÍTULO XIII

EL IMPERIO COLEGIADO

XLIV. Diocleciano y la tetrarquía. — XLV. Los tetrarcas. — XLVI. Constantino emperador; el arrianismo; concilio de Nicea; tragedia del año 326; fundación de Constantinopla; nueva organización del Imperio; últimos tiempos de Constantino. — XLVII. Los hijos de Constantino. — XLVIII. Juliano el Apóstata. — XLIX. Juan. — L. Valeriano I y Valente; partición definitiva del Imperio; Valentiniano y los bárbaros; Valente y los godos. — LI. Graciano y Teodosio. — LII. Valeriano II. — LIII. Máximo. — LIV. Eugenio.

DIOCLECIANO Y LA TETRARQUÍA ¹ (289-305)

DECHO característico de la historia del Imperio romano en esta época de su decadencia, es la facilidad con que subían al principado hombres de humildísima condición, sin otro título que el de la profesión militar. Ya hemos visto á libertos y colonos ceñir la

¹ Con Numeriano acaba la colección de la *Historia Augusta*. Diocleciano, que la inspiró, y que fué el que mejor mereció una biografía, no la tuvo, y el historiador tiene que acudir, para tratar de su reinado, á compendios de dudosa fe. Aurelio

púrpura, ahora vemos al hijo de un esclavo llegar al trono de los Césares, y al hijo de un colono asociado á su dignidad augusta. Esta base democrática de que emana la soberanía, parece que debiera ejercer una influencia liberal sobre las instituciones; y sin embargo, sucedía lo contrario; lo poco que quedaba de esas instituciones republicanas, desapareció, dando lugar al despotismo soldadesco, que no se cuida de disimularse siquiera exteriormente. No hay, por lo demás, que extrañarlo; el hijo del esclavo ó del colono no llega al Imperio por su origen; llega como soldado, como general, porque sólo de éstos es el Imperio, y sólo á sus manos está confiada su salvación. Si más tarde descúbrese en el soldado un estadista, un genio político, es por mera obra del acaso, y el estado recogerá el fruto sin el mérito de haberlo previsto ¹.

El sucesor de Numeriano había nacido en Dioclea de Dalmacia, hijo de un esclavo del senador Anulino. Entró muy joven en las filas del ejército, llegando en breve á los más altos grados. En tiempo de Probo le vemos cónsul; luego gobernador de la Mesia y comandante de los guardias del emperador. Desde esta última dignidad pasó á la suprema, donde cambió su nombre patrio por el de Diocleciano, dándole terminación latina ².

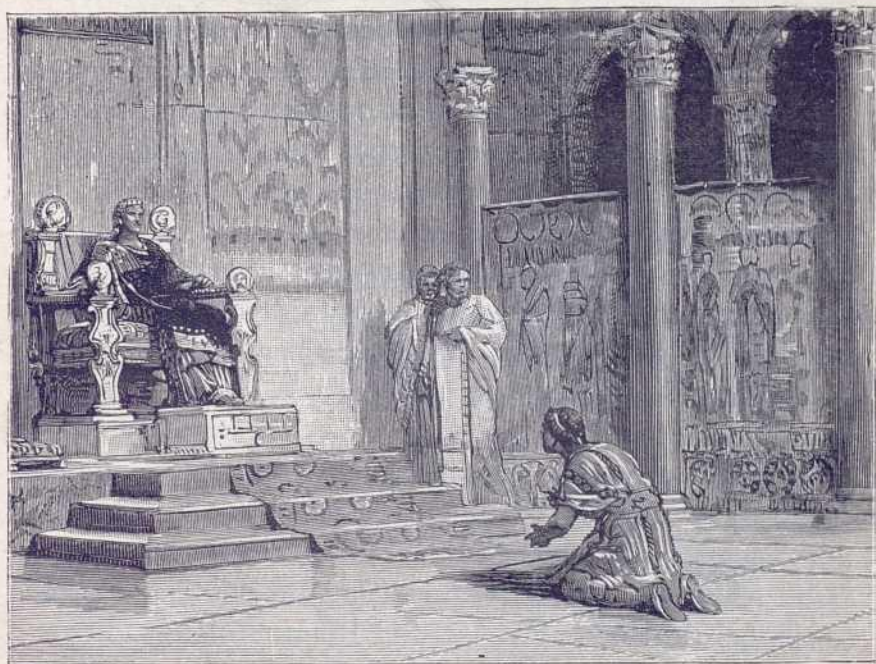
El Imperio había en fin encontrado un príncipe que, después de tantas conmociones, supo darle por muchos años paz y seguridad. Ya había demostrado en Marzo que

Victor, en sus *Césares*; Eutropio en su *Breviario*; Lactancio en su tratado *de mortibus persecutorum*, en que trata con odio fanático á los perseguidores del cristianismo, desde Nerón á Maximino Daza; y los retóricos Eumenio y Mamertino en sus *Panegíricos*, representan las únicas fuentes históricas sobre aquel emperador. Eumenio, su secretario, escribió su vida; pero su libro perdióse. Igual suerte tocó á la parte de la historia de Zosimo, que trataba de Diocleciano.

¹ Dice Aurelio Victor que Diocleciano fué exaltado al imperio *ob sapientiam*; pero esto no pasa de ser un juicio del escritor.

² Sus nombres eran: Cayo Aurelio Valerio Diocleciano. El de Valerio lo llevan sus inscripciones, pero no sus medallas.

no le faltaba, entre otras cualidades, la prudencia. Y era ésta en efecto, su virtud principal, la que impidió todas sus obras, desde la muerte de Apro hasta su abdicación. Ninguno de los secuaces de Carino fué molestado; todos siguieron en sus cargos. El mundo no tardará en saber que el hijo del esclavo de Dioclea rendía culto al saber. Nico-



UNA AUDIENCIA DE DIOCLECIANO.

media, su futura residencia, tendrá por él una escuela superior, en que figurará el mejor retórico de su tiempo, Lactancio.

Mas su primer cuidado tuvo que ser la defensa del Imperio: la guerra civil; las nuevas invasiones bárbaras; la aparición de los Blemios en Egipto, del nuevo usurpador L. Elpidio Aquiles en Alejandría, la insurrección de los campesinos en Galia, así lo exigían. Diocleciano creyó que

un solo emperador no bastaba para defender las fronteras, por doquiera amenazadas, y pensó en darse un colega, eligiéndole entre sus compañeros para estar más seguro de su lealtad. Nombró, pues, *César* al general Maximiano (1.º Mayo 285), un ilírico de oscurísimo origen, hijo de un colono de Sirmio. Y así que éste venció la rebelión de los bagaudios (*brevis praeliis*, como dice Eutropio), Diocleciano le confirió la dignidad de *Augusto*, y le dió el mando del Occidente (Abril 286) ¹, aunque haciéndole jurar que si él abdicaba, seguiría su ejemplo. Esto demuestra que la abdicación era en Diocleciano un propósito preconcebido. Los dos emperadores tuvieron igual poder; pero el Imperio no perdió su unidad. La legislación fué una sola: los edictos se daban en nombre de ambos Augustos; y la moneda fué también de una clase única. Á esta unidad contribuyó la inferioridad intelectual de Maximiano respecto á su colega y la gratitud conservó además entre ellos la jerarquía moral.

Pero si este orden de cosas fué conveniente desde el punto de vista militar, bajo otros aspectos fué funesto. La duplicación de los gastos de la corte agravó los tributos en las provincias, y con ellos el malcontento público, de que los bárbaros debían aprovecharse. Roma y el Senado sintieron también el perjuicio. Diocleciano señaló á su socio por morada á Milán, como punto más próximo á la frontera, y lo dispuso sin acordarse siquiera de la Asamblea. La legión situada en el monte Albano fué retirada, la guardia pretoriana reformada, dándole por jefe al prefecto de la ciudad.

Mientras Maximiano luchaba con los bagaudios, su colega lo hacía en Oriente con los persas. De Mayo á Agosto

¹ Las regiones de este mando fueron la Italia, el África, la España, la Galia y la Bretaña.

del 286 le hallamos en Tiberiades, desde donde dirigió la restauración de Tiridates en el trono armenio, es decir, la vuelta de este reino al vasallaje del Imperio. El rey persa lo aprobó temeroso, y mandó al emperador ricos dones en testimonio de sus propósitos pacíficos. Diocleciano aprovechó el respiro para ir en socorro de Maximiano contra alemanes y borgoñones en el Rhin. Los bárbaros fueron nuevamente arrojados de la región, la frontera imperial restablecida; y los trofeos erigidos por el emperador sobre el mismo suelo germánico prueban que también llevó sus armas al interior ¹.

La Galia continental estaba pacificada, y era preciso acudir á la marítima; la cual, como la Bretaña, infestaban piratas francos y sajones. Maximiano confió á su legado Carausio, antiguo remero bátavo, cuya mudanza de fortuna no le había hecho mudar de ánimo, el mando de la flota de Gesoriaco (Boulogne), que debía cerrar á los bandidos el canal británico. Pero Carausio, en vez de cumplir su deber, pactó con ellos y se repartió las presas. Condenado á muerte por Maximiano como traidor, se declaró en rebelión: la flota y guarnición de Bretaña se declararon por él, dándole título de *Augusto* (287); y al cabo ambos emperadores, dando una prueba de grande impotencia, lo reconocieron por tal. Después de una victoria alcanzada por Carausio sobre una nueva armada que Maximiano envió contra él (289), éste se vió obligado á dejarle el dominio del país usurpado (290), y Diocleciano accedió igualmente. Orgulloso de su triunfo, el bátavo rebelde hizo poner su imagen en las monedas al lado de las de ambos soberanos, con la inscripción: *Carausius et fratres sui*.

Diocleciano en tanto maduraba en su mente el designio

¹ En una lápida del año 291, encontrada cerca de *Augusta*, se da á Diocleciano el título de *Germanicus maximus*.

de completar la nueva ordenación del Imperio, dividiéndolo en cuatro principados constituidos de modo que no alterasen la unidad gubernativa. Varias razones le impelían á ello: la rebelión de Carausio le decía que los pronunciamientos militares no habían acabado aún, y que era preciso poner término á la anarquía. Para conseguirlo pensó en nombrar dos nuevos colegas que dividieron con él y con Maximiano la responsabilidad del mando y garantizasen la legitimidad: sistema que, además, ofrecía la notable ventaja de proveer á la transmisión del poder, sustrayéndola al arbitrio de la soldadesca. No puede negarse que el propósito era en teoría excelente; pero prácticamente tenía un defecto esencial, el de alimentar la lucha y rivalidad entre los dos *Césares* y los dos *Augustos*, sin que pudiera evitarlo su ascendiente; porque esta es prerrogativa del genio, y el genio, que él tenía, no abunda por desgracia en la tierra, y podía faltar con él para la resolución del problema.

Los dos nuevos Césares habían nacido en la región del Danubio inferior: el uno llamado Flavio Constanzo, descendía de una rica familia dardánica que contaba entre sus antenados á Claudio el Gótico: los griegos, por razón de su palidez, ó de su afición al color blanco, le llamaron *Cloro*, con cuyo nombre pasó á la historia. El otro, Valerio Galerio, era de Dacia: sus padres, gente de baja condición, huyeron de aquel país cuando Aureliano lo abandonó á los bárbaros, y se refugiaron en Sárdica, donde nació Valerio, que hizo su fortuna como soldado, pero sin mudar su violento carácter ni sus toscas maneras, que conservó siempre. Constanzo era todo lo contrario: la moderación con que gobernó en las provincias occidentales, y sus constantes delicadezas de obras y palabras, atestiguan su noble origen y su educación esmerada. Diocleciano se hizo cargo del brutal Galerio, y el brutal Maximiano del moderado Constanzo: con lo cual se completaban respectivamente.

El 1.º de Marzo del 293 tomaron los dos Césares la púrpura en Nicomedia y Milán. Un doble matrimonio puso el sello á su exaltación: Constancio, que vivía en concubinato ¹ con Julia Elena, de la cual tenía un hijo (Constantino, el futuro emperador), casó con Teodora, hijastra de Maximiano; y Valerio se desposó en segundas nupcias con Valeria, hija de Diocleciano. Á Galerio se confió el mando de las provincias danubianas, la Macedonia, la Grecia y Creta (Candia) con residencia en Sirmio: y Constancio obtuvo la Galia y la Bretaña, con residencia en Treveri ó en Jork ².

Tenían ambos *Césares*, como los *Augustos*, la potestad tribunicia y el *imperium*, si bien no podían expedir edictos. El poder legislativo quedó nominalmente á los dos soberanos, pero en realidad sólo en Diocleciano. Además, podían ambos colegas entrar cuando quisieran en las provincias gobernadas por los *Césares*, y ejercer en ellas la soberanía. De modo que los dos Césares eran, en el fondo, lugartenientes de los Augustos, salvo el título, las insignias y el derecho sucesorio á la dignidad augusta.

Después de la división del Imperio vino la de las provincias. La experiencia había demostrado el peligro de confiar á los generales el mando de vastos territorios, que regían como reyes. De aquí el fraccionamiento ordenado por Diocleciano: las 57 provincias se redujeron á 96, agrupadas en 12 diócesis ³. Al frente de las provincias fueron

¹ Los romanos llamaban concubinato el *conjugium inaequale*, como lo definió Teodosio, y lo tenían por deshonesto. Julia Elena fué conocida por Constancio en Bitinia, siendo gobernador de esta provincia; y fué el suyo una *conjugium inaequale*, porque la ley romana no conocía como *justæ nuptiæ* la unión de un gobernador con una mujer de la provincia de su mando.

² Juliano y Eutropio dan también á Constancio el gobierno de la España. Pero Victor y Lactancio afirman que esta provincia fué conferida á Maximiano.

³ Según la lista tomada por Mommsen de un documento veronés, que supone del año 297, las doce diócesis dioclecianas eran: el Oriente, con Egipto, Siria y Mesopo-

puestos magistrados que se llamaron presidentes; las diócesis tuvieron vicarios encargados de vigilar á aquéllos, excepto el África Cartaginense, la Grecia y el Asia, que quedaron administradas por procónsules, dependientes directos del emperador.

En esta organización tetrártica del Imperio, desaparecieron los restos de la republicana que aun se observaban en tiempo de Caro. Diocleciano suprimió la ficción de la delegación del poder del pueblo al emperador. La soberanía cambió segunda vez de centro: después de haber pasado del foro y de la curia al campamento, pasó á la corte: introdujéronse en ésta costumbres y pompas orientales: la corona imperial de laurel cedió el puesto á la diadema sembrada de piedras preciosas: la túnica y el manto militares se tornó en el vestido de seda y oro. Y al cambio de los signos exteriores correspondió el de las costumbres. Al emperador accesible á todos sucedió el monarca místico encerrado en su palacio para esquivar la vista pública, y para cuyas audiencias se estableció un trabajo ceremonial. Cuando un súbdito era admitido á su presencia, éste debía, fuese quien fuese, prosternarse en tierra como ante los dioses. Y tan sagrado como la persona del príncipe era cuanto le rodeaba: *sacrum cubiculum* llamábase su morada; *sacræ largitiones* su tesoro; *sacræ epistolæ* sus cartas; y así de lo demás.

Pero sería grande error el atribuir este alejamiento de Diocleciano respecto á la vida común, á una vanidad pueril. El hombre que abdicó voluntariamente la corona, y que acabó su vida con las sencillas costumbres de la juventud, no podía amar el ostentoso orientalismo. La razón de su conducta fué un hábil cálculo político: esperaba hacer

tamia; el Ponto; el Asia; la Tracia; la Mesia; la Panonia; la Italia; el África; la España, con la Mauritania Tingitana; la Vienense, con la Narbonense y la Aquitania; la Galia; la Bretaña.

más respetada y temida la autoridad real, rodeándola de brillante aureola; esperaba cerrar por este medio la era de las revoluciones. Pero su cálculo no comprendió lo que el nuevo sistema tenía de disolvente; no consideró lo gravoso que aquel lujo sería para el Tesoro, lo que hacía gravar los tributos, ni la impopularidad que sería su consecuencia; no consideró la corrupción cortesana que esto traería en pos de sí, ni su fatal influencia en un pueblo que debía sostener tan áspera lucha con sus bárbaros enemigos. Si algún medio de salvación existía, era sólo la restauración de la libertad. Diocleciano, en lugar de ello, lo buscó en el perfeccionamiento de la servidumbre. La creación de los dos Césares apresuró la pacificación de las provincias y el restablecimiento de las fronteras.

La empresa más difícil era la confiada á Constancio, á quien además de la defensa de la frontera renana contra los bárbaros se encomendó la reconquista de la Bretaña, que el usurpador Carusio hacía ya tiempo había constituido en reino independiente, revelando Diocleciano y Maximiano su impotencia contra el gran pirata al reconocer su soberanía, sin que tal reconocimiento, sin embargo, les librara de tener en él un enemigo. En la previsión de la guerra, que pudieran promoverle los imperiales asociados, Carusio se había fortalecido buscando alianzas. Ofreció á los Francos (salios) cederles la Batavia y el litoral belgico, pero Constancio Cloro impidió que esto se efectuase, cerrando con un dique el puerto de Gesoriaco, que era el cuartel general de Carusio, y obligando á rendirse por hambre la escuadra y la guarnición (293).

Antes de pasar á Bretaña, quiso asegurarse las espaldas inutilizando las alianzas de Carusio, y para ello rechazó del delta romano á los Francos, haciéndoles gran número de prisioneros, y estableciéndolos en la Galia como colonos, dándoles á cultivar los países del Somma y del Oise, que los

Bagadios habían convertido en un desierto. De este modo los futuros señores de la Galia iniciaron como siervos de la gleba, el apostolado, que facilitaría en breve á sus compatriotas la conquista.

En este medio tiempo Carusio desapareció del mundo. Su prefecto del pretorio, Aleto, aprovechándose del descrédito en que el usurpador había caído entre sus soldados, á causa de las ventajas conseguidas por Constancio, le hizo matar y ocupó su puesto (293); pero Aleto no tenía el talento del *archipirata* ¹, cuyo mando usurpaba; y si pudo mantenerse en él por tres años, lo debió á estar Constancio obligado á vigilar el Rhin; pero en cuanto Maximiano le libró de este cuidado y pudo Constancio revolver todas sus fuerzas contra el usurpador, la ineptitud de Aleto quedó manifiesta. Antes de que Constancio entrase en Bretaña, Aleto perdería trono y vida. Mientras estaba cerca de la isla de Wight en observación de la flota cesárea de Bolognia, el prefecto del pretorio arribaba, protegido por la niebla, á las costas de Bretaña (cerca de Brighthon). Al tener noticia de ello Aleto, dejó su puesto de observación y se dirigió contra el invasor. Donde tuvo lugar el encuentro no se sabe, pero de cualquier modo, lo esencial es que Aleto perdió el combate y la vida. Así la Bretaña, después de haber estado separada por diez años del Imperio, volvió á unírsele.

La entusiasta acogida hecha por el pueblo de Londres á Constancio, demostró que la independencía que había gozado bajo el mando de Carusio y Aleto, no le satisfacía más que la condición de ser provincia romana (296). Á la liberación de la Bretaña sucedió una terrible lucha sostenida por Constancio contra los Alemanes del alto Rhin. En medio de los trabajos de fortificación que Constancio

¹ Así llama á Carusio el panegirista de Constancio, Eumenio. (*Pan. vet.*, V, 12.)

estaba dirigiendo en la línea renana, de Maguncia al lago Lemano (de Constanza), le sorprendió la noticia de que los Alemanes habían entrado en la Galia y avanzaban hacia la tierra de los Lingones, esparciendo el terror en su camino. Constancio los detuvo. Una doble victoria conseguida sobre los invasores en Langres de los Lingones, y en Vindomissa (Windisch en el Bernese), libró á la Galia de su presencia y aseguró por algunos años la paz en la frontera del alto Rhin (298). Mientras Constancio peleaba en el Rhin victoriosamente contra los Alemanes, Maximiano se encontraba en África luchando con los moros rebelados y con un usurpador cartaginés. Todo el año 297 y parte del 298 los empleó el Augusto de Occidente en pacificar la provincia africana. El usurpador Juliano se vió reducido á darse muerte y los moros tuvieron que refugiarse en las gargantas del Atlas.

También el Oriente era un continuo campo de batalla. Galerio, durante cuatro años enteros (293-296) estuvo ocupado en el Danubio haciendo la guerra á los Quadios, los Yazigios, los Bastarnos y los Carpios. Estos últimos, que eran los enemigos más formidables, sufrieron en el año 296 tal derrota, que les obligó á rendirse á discreción del vencedor. Galerio llevó á la derecha del Danubio gran masa de aquel pueblo, estableciendo con ellos colonias en la Pannonia. La región asignada á los Carpios en los alrededores de Platensea, recibió en recuerdo y honra de su mujer el nombre de *Valeria*.

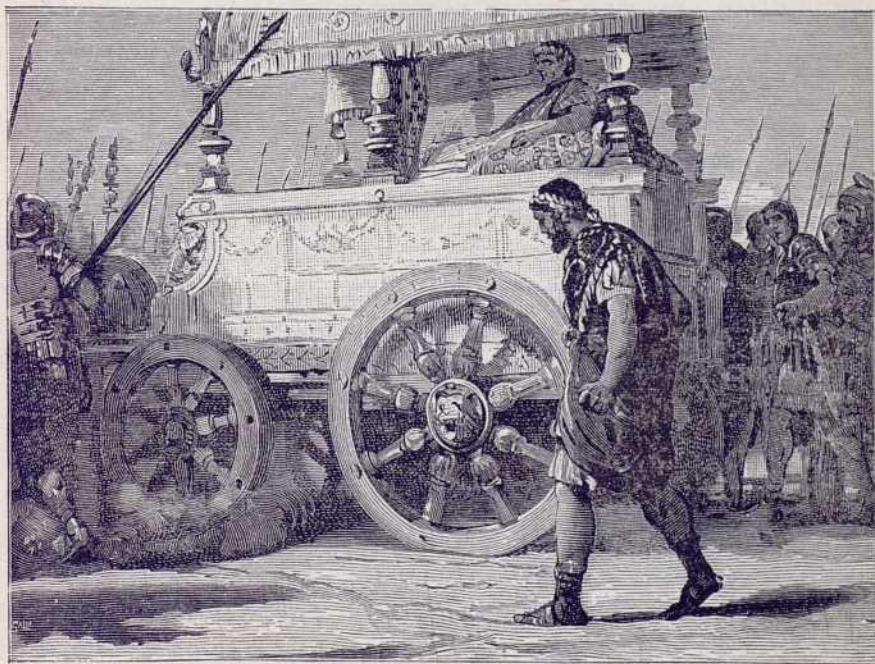
No menor éxito tuvieron los ejércitos de Diocleciano en el turbulento Egipto. Alejandría, siempre pronta á la rebelión, había alzado un nuevo usurpador. Diocleciano la bloqueó durante ocho meses, y no pudiéndola reducir por hambre, cortó los acueductos que conducían á la ciudad el agua del canal Canopeo. Forzándola así á rendirse, la abandonó al saqueo de las legiones quitándole para

siempre la gana de rebelarse. Algunos lugares, como Copto y Busiride, fueron arrasados; y la gran provincia fué dividida en tres menores (Tebaida, Jovea y Herculea), para poderla regir con mano fuerte y más segura (296).

Dominados los rebeldes, Diocleciano volvió sus armas contra los Blemmios, que infestaban la Tebaida con sus incursiones. Después de algunas ventajas militares obtenidas sobre los nuevos enemigos y del abandono de la Nubia inferior, que la proximidad del desierto tenía expuesta á las invasiones de las tribus africanas, ajustó un arreglo con aquellos bárbaros. Por él, los Blemmios se obligaban á respetar el comercio egipcio y á dejar en paz la Tebaida, concediéndoles Diocleciano en compensación, el libre acceso al templo de Isis y consentir á sus sacerdotes, llevarse todos los años, según antigua costumbre, el simulacro de su diosa y tenerlo algún tiempo.

No estaba el Egipto todavía pacificado, cuando en Oriente se sintieron nuevos rumores de guerra. Habiendo sucedido el año 292 el rey persa Narsetes al pacífico Bahram II entabló de nuevo la lucha contra el Imperio Romano, invadiendo la Armenia, de la cual expulsó al rey Tiridates, favorito de Roma; y después pasó el Tigris con el propósito de hacerse dueño del Asia romana (296). Diocleciano confió á su César la dirección de la guerra contra el invasor; pero Galerio, poco conocedor de aquellos lugares, y olvidándose de la prudencia, se dejó sorprender por el enemigo en la llanura de Carre y fué desbaratado. Diocleciano castigó al temerario César obligándole á seguir á pie, vestido con la púrpura, su carro por más de una milla. No le retiró, sin embargo, su confianza, y mientras en el verano del 297 estaba guardando el Éufrates, lo mandó á la Iliria para formar un nuevo ejército, que había de llevar en la primavera siguiente contra los Persas. Amaestrado por la experiencia de la campaña precedente, en lugar de

la peligrosa vía de la Mesopotamia, en cuya región le había sorprendido la caballería persa, siguió la de la montuosa Armenia, donde el mismo número de los soldados y de los bagajes que los Persas llevaban siempre consigo, eran para ellos elementos de perturbación. Las legiones y sus auxiliares alcanzaron de este modo una señaladísima victo-



DIOCLECIANO OBLIGA Á GALERIO Á SEGUIR Á PIE SU CARRO.

ria. Narsetes perdió el campo, el tesoro y el harén. Al tener noticia de este triunfo, Diocleciano se presentó rápidamente en Mesopotamia y fué á reunirse en Nisibe al victorioso Galerio. Éste habría querido renovar entonces la empresa de Alejandro y llevar hasta la India los confines del Imperio Romano; pero Diocleciano calmó aquellos ardores, y acogió sin perder tiempo la petición de paz que le dirigia Narsetes. En virtud de este tratado el rey persa renunciaba

á toda pretensión sobre la Armenia y la Mesopotamia, y cedía al Imperio la Iberia caucásica, y cinco provincias al otro lado del Tigris (297). Este tratado dió al Oriente cuarenta años de paz, é hizo brillar por última vez el esplendor y la gloria de las armas romanas.

Pero aquella gloria costaba muy cara. Además de la mayor complicación producida por el nuevo orden político, las provincias deberían sufrir nuevas cargas para el sostenimiento del ejército. Las fuerzas ordinarias del Imperio no bastaban ya para la defensa de las fronteras por las colosales proporciones que la invasión tomaba, y por realizarse éstas simultáneamente del uno al otro extremo. Fue, pues, necesario aumentar el presupuesto del ejército para poder reunir y sostener mayor número de auxiliares. Los servicios que prestó al Imperio la milicia auxiliar, se patentizaron en la última guerra contra los Persas, en la cual, el nervio del ejército de Galerio, lo formaban los veteranos de la Iliria.

Para hacer frente á los mayores gastos, Diocleciano tuvo que recurrir á una medida que le produjo gran impopularidad entre los Italianos. Quitó á la Italia el privilegio que gozaba desde tiempo de Augusto, de la exención del impuesto territorial. La sola *urbicaria regio*, ó sea el territorio de Roma y 100 millas á su alrededor (148 kilómetros) conservó el privilegio antiguo.

El rigor usado con los propietarios Italianos tuvo compensación en otra medida, con la cual Diocleciano trató de socorrer al comercio y á la industria agobiados por las continuas guerras. Libró á la *plebs urbana*, que formaba una gran masa de industriales, de la capitación. Dos calamidades sobre todo afligían por entonces la economía pública: la crisis monetaria y la carestía general de los más necesarios artículos. Diocleciano creyó combatirlas con dos actos autoritarios; benéfico el uno, y el otro perniciosísimo;

la reforma monetaria y el *maximum*. La reforma establecía tres tipos de moneda: el *aureus* ó *solidus*, con peso de 5,42 gramos, que equivalía á 17 liras 78 céntimos ¹; el *argenteus*, de 3,40 gramos, y el *follis*, moneda de bronce de valor de seis centésimos. Las monedas que estaban en curso, parte fué retirada de la circulación, y parte conservada como moneda fraccionaria. El otro acto económico de Diocleciano fué su edicto de *pretiis*, con el cual fijaba el máximo del valor de los artículos de primera necesidad ². Este edicto fué publicado en el año 301. El mal éxito que produjo, demostró que, en materias económicas, las leyes autoritarias son impotentes. Los negociantes, obligados á vender sus artículos á un precio menor que su coste, los retiraron del mercado, y la carestía aumentó; y Diocleciano, para evitar mayores males, tuvo que dejarlo caer en desuso. Es indudable que si Diocleciano hubiese abandonado el trono dos años antes de su efectiva abdicación, su nombre hubiera obtenido el homenaje de la humanidad entera, y su figura se habría mirado como una de las más eminentes en la historia del Imperio Romano. Las persecuciones contra los cristianos, con las cuales cerró su reinado, le acarrearón odios y malquerencias que turbaron la serenidad del juicio sobre el conjunto de sus obras, y comprometieron su fama ante la posteridad ³.

1 Constantino redujo el peso del *solidus* á 4,55 gramos. Esta moneda se sostuvo en los reinos de los bárbaros, que surgieron de las ruinas del Imperio.

2 Waddington en su docta memoria (*Edit. de Diocl. établissant le maximum dans l'Emp. Rom.*, Paris 1864), establece algunos cálculos de aquel *maximum* reducidos á pesos, medidas y monedas modernas. He aquí algunos ejemplos de las equivalencias dadas por el economista francés. El hectolitro de centeno 21,54 liras; el hectolitro de avena 10,75 liras; el litro de vino 0,95 liras; el kilogramo de carne de cerdo 2,28 liras; el kilogramo de carne bovina 1,52 liras; un par de pollos 3,72 liras. El jornal del trabajador del campo era 1,55 liras; el de los carpinteros y albañiles 3,10 liras. Los mismos precios próximamente que hoy se conservan en las ciudades principales de Italia; pero éstos eran inferiores á la tasa natural del comercio.

3 *Tamdiu summa felicitate regnavit*, escribe Lactancio, *quamdiu manus suas justorum in sanguine non quinarat* (*De mort. persecutorum*, cap. IX.)

No es fácil, en el estado informe y escaso en que se hallan las fuentes históricas sobre la materia, descubrir la razón inmediata que indujo á Diocleciano á dictar sus edictos contra los cristianos. La amplia tolerancia que antes tuvo con los que adoptaron la nueva religión, excluye toda idea de que un ciego fanatismo le moviera á perseguirlos. Mejor nos encamina á la verdad el hecho narrado por Lactancio ¹, de que los arúspices Etruscos le explicaron lo inútil de los sacrificios celebrados antes de la guerra pέρsica, afirmando que de todo tenía la culpa la gente incrédula que á dichos sacrificios asistiera; porque esto le demostró que la existencia de una religión contraria á los dioses era incompatible con la seguridad y prosperidad del Imperio. Los dioses, rehusando el homenaje, daban á entender que su paciencia estaba ya agotada, y el emperador no podía, sin gran peligro suyo y del Estado, permanecer indiferente ante tales manifestaciones celestes. El fanático Galerio aprovechó la nueva disposición de ánimo del Augusto para excitarlo á romper contra los aborrecidos cristianos, y acabar con una secta que no miraba como suyas las leyes del Imperio.

Á pesar de todo, Diocleciano no creyó que se debía derramar sangre y dar libre curso á la violencia: tenía tal confianza en su propia autoridad, que creyó bastaría una orden suya, y algún escarmiento para conseguir que desapareciera la gran secta.

La destrucción del templo cristiano de Nicomedia fué el anuncio de la persecución. Al amanecer del 23 de Febrero del 303, día de la fiesta *Terminalia*, el prefecto del pretorio, seguido de cierto número de oficiales y soldados, forzó la entrada del templo, y después de quemar los objetos sagrados, hizo demoler el edificio. Al día siguiente apare-

¹ *De mortibus persecut.*, cap. XI.



EL TEMPLO CRISTIANO OCUPADO POR LOS SOLDADOS DE DIOCLECIANO.

ció el primer edicto para la persecución, que ordenaba igualmente la demolición de las demás iglesias y la destrucción de los sagrados libros, y declaraba á los cristianos incapaces de toda dignidad, hasta de la ciudadanía romana, mandando volverlos libertos á la esclavitud.

Este primer edicto era menos severo que el de Valeria-



INCENDIO DEL PALACIO DE NICOMEDIA.

no; hacía de los cristianos un cuerpo de *parias*, pero no atentaba contra sus vidas. El repetido incendio del palacio de Nicomedia, con intervalo de pocos días, recrudenció la ira del emperador contra la secta aborrecida; y aunque faltaban las pruebas de su complicidad en el nuevo atentado, Diocleciano los creyó culpables, y se vengó expediendo dos nuevos edictos de persecución: el primero disponía que se hiciera una investigación severa de los

cristianos que existiesen en todas las ciudades del Imperio, y que á todos los que se encontrase se les obligara á sacrificar á los dioses, bajo pena de encarcelarles; el otro mandaba á las autoridades hacer uso de todos los medios, para obligar á los cristianos al abandono de su religión.

El rigor de los edictos fué por lo tanto progresivo. En el tercero no se habla de muerte, pero se la incluye tácitamente en la indeterminación de la pena. Los otros emperadores, aunque no habían sido consultados sobre el asunto, aceptaron las medidas y las aplicaron también en sus territorios. Pero, aunque la observancia fué general, hubo gradaciones distintas en el rigor de su ejecución. Galerio desplegó en Oriente verdadera ferocidad; mas su colega de Occidente, Constancio Cloro, convertido al monoteísmo por sus estudios filosóficos, aplicó los edictos con tal templanza, que mereció la gratitud de los perseguidos; sentimiento que su hijo había de aprovechar con otros propósitos.

Mientras seguía su triste curso la furiosa persecución, la olvidada metrópoli presenció un espectáculo que pareció devolverle, aunque transitoriamente, su antiguo esplendor. Diocleciano, que desde su elevación al imperio no la había visitado, fué en Noviembre del 303 á celebrar en ella, con su colega Maximiano, el triunfo que los senadores concedieran, algunos años antes, á los dos Augustos, y á celebrar también el vigésimo aniversario de su exaltación al trono (*Sacra Vicennalia*), con cuyo motivo se hicieron generosas larguezas á las principales ciudades del Imperio, generosidades que sumaron 310.000.000 de denarios, y fué concedida una amnistía general, con la única exclusión de los cristianos. El 20 de Noviembre entraron ambos emperadores en Roma sobre un carro tirado por cuatro elefantes. Detrás del carro se llevaron las imágenes del rey Narsetes, de sus mujeres é hijos que habían sido hechos prisioneros



TRIUNFO DE DIOCLECIANO.

en la última batalla, y los trofeos ganados á los bárbaros en las fronteras del Imperio.

Diocleciano sólo estuvo en Roma 28 días; pasó desde allí á Ravena para tomar posesión del noveno consulado, y volvió luego á Nicomedia, donde le hallamos en Agosto del 304. La enfermedad que allí le sobrevino, y que había de conducirlo al sepulcro, parece que fué debida al largo y penoso viaje hecho en el rigor del invierno. Tuvo alivio en lo físico, pero su espíritu quedó debilitado; y conociendo que le faltaba el antiguo vigor, el fiero príncipe se sustrajo á las penalidades que esto podía acarrearle, abdicando el trono. No era este, además, pensamiento nuevo en él; lo había abrigado desde el principio de su reinado, cuando obligó á Maximiano, en el acto de tomar la púrpura, á jurar que la dejaría al mismo tiempo que él. Y lo demuestra igualmente, la construcción, nueve años antes, de su palacio de Salona, en apartado lugar, lejos de los rumores del mundo. En el momento de abdicar hizo batir una medalla con la inscripción *Fatis Victricibus*. Para los paganos, la fatalidad era la voluntad superior de Júpiter «árbitro del destino», y la sabiduría humana una inspiración divina; y Diocleciano, descendiendo del trono, declaraba con aquella inscripción que obedecía la voluntad del dios ¹. Quiso por esto realizar el acto en presencia de su numen. Cerca de Nicomedia, en una altura, se alzaba una columna coronada por la estatua de Júpiter. Junto á ella hizo llevar, el 1.º de Mayo

¹ Duruy, *ob. cit.*, VI, pág. 618. Los nuevos estudios hechos sobre la abdicación de Diocleciano han puesto de relieve la necesidad de buscar la solución del problema fuera de las fuentes históricas. Lactancio, que estaba animado de un odio profundo contra Diocleciano por su persecución á los cristianos, atribuye su abdicación á las amenazas de Galerio. Según el autor de la *muerte de los perseguidores*, Galerio no podía tolerar por más tiempo su posición subalterna de César. *¿Quousque Caesar?* hace exclamar al vencedor de Narsetes al día siguiente de la victoria. Pero más adelante él mismo se contradice atribuyendo á Galerio la resolución de abdicar después de su *Vicennalia*. Esto podría hacer creer, que la abdicación después de veinte años de imperio, formaba parte de los planes de Diocleciano.

del 305, su trono, donde se sentó por última vez; y allí, en presencia de los grandes del Imperio, y de representantes de todas las legiones, anunció su vuelta á la vida privada, y proclamó *Augustos* á Galerio y Constancio, y *Césares* á Valerio Severo y Maximino Gaza. El primero fué asociado á Constancio, y el segundo á Galerio. En aquel mismo día depuso Maximiano la púrpura en Milán. Así podría verse si los buenos resultados obtenidos por el sistema de Diocleciano en aquellos veinte años, se debía al mérito personal de su fundador ó á su propia intrínseca virtud ¹.

Desde Salona el viejo Diocleciano asistió al gran experimento del nuevo gobierno, y aunque en los ocho años que pasó en aquel retiro dió pruebas de respetar á los que había exaltado ², no pudo menos de reconocer que la tetrarquía había acabado con él, y que por otro camino el Imperio marchaba á su salvación ó á su ruina definitiva.

LOS NUEVOS TETRARCAS (305-323)

En el sistema de Diocleciano no se reservaba puesto alguno en el poder á los hijos de los emperadores. Al principio, esta omisión pasó inadvertida, pero cuando acabaron vacantes en el trono, ó por muerte, ó por retirada de los antiguos emperadores, se comprendió que la exclusión de los hijos minaba el sistema, porque no se podía

1 «Con la doble abdicación, escribe G. Morosi y con las providencias que habían de seguirla, Diocleciano, al mismo tiempo que prácticamente enseñaba que desde entonces en adelante no se podría ascender al trono por otro camino que por el de la elección de los emperadores reinantes, ofrecía á los contemporáneos y á la posteridad un doble ejemplo de desinterés, y de cómo se rigen los Estados sin otro pensamiento que el de la utilidad común, etc.» *Intorno al motivo dell'abdicazione dell'imperatore Diocleciano*, Florencia, 1880.

2 Los nuevos emperadores hicieron acuñar medallas en honor de Diocleciano con la inscripción: *Domino nostro Diocletiano beatissimo seniori Augusto*, y cuando hicieron en Roma la inauguración de sus termas, dejaron su nombre al colosal edificio.

pretender que el que había nacido y crecido entre los esplendores de la vida regia, pudiera resignarse á la vida privada cuando les faltase el padre.

El primer ejemplo de esto lo dió Constantino, hijo de Constancio Cloro ¹, nacido de la primera mujer ó concubina de Constancio, la repudiada Elena. Diocleciano le había conservado cerca de sí, como garantía de la fidelidad de su padre, y le había colocado en el ejército con el grado de tribuno. Después de la abdicación de Diocleciano, Constancio llamó á su hijo, y vacilando Galerio en cumplir la petición de su colega, el joven tribuno partió sin licencia á reunirse con su padre en Bolonia, donde preparaba una expedición á la provincia británica invadida por los Pitios, bárbaros del Norte. Constantino tomó parte en aquella guerra, que tuvo un gran resultado. Los Pitios, batidos en campal jornada, tuvieron que retirarse á sus montes; pero el viejo Constancio no pudo gozar los frutos de su victoria, pues sucumbió en Eboraco (York) apenas terminada la expedición (25 de Julio del 306). Con arreglo á lo establecido por Diocleciano, correspondía á Galerio nombrar el sucesor de Constancio; pero el ejército se anticipó á la deliberación augusta proclamando emperador al joven Constantino; con lo cual, para evitar una guerra civil, tuvo que conformarse Galerio, y dar á éste la dignidad de César. Á la superior de *Augusto* fué exaltado Valerio Severo, que imperaba en Milán.

El ejemplo de Constantino tuvo bien pronto imitadores. Vivía en una *villa*, en las cercanías de Roma, el hijo de Maximiano y yerno de Galerio, M. Valerio Magencio; el cual, aprovechándose del descontento de la guardia por la pérdida de sus privilegios, y del pueblo romano por las

¹ Flavio Valerio Aurelio Constantino nació el año 273 á 274. Sus sucesores, á excepción de Máximo, tomaron todos su nombre gentilicio de *Flavio*.



nuevas contribuciones que Galerio le impusiera con pretexto de terminar las Termas de Diocleciano ¹, se formó en la metrópoli un gran partido que lo proclamó emperador (27 de Octubre, 306). El primer acto de Magencio fué llamar á su padre de la Lucania, donde vivía en forzado retiro, y tomar de nuevo la púrpura. De este modo resultó que hubo seis emperadores á un tiempo: Severo, Constantino, Magencio y Maximiano en Occidente; Galerio y Maximino en Oriente. Uno de ellos desapareció, sin embargo, muy pronto: Severo, que se dirigió á Roma para castigar á los dos usurpadores, al estar cerca de la metrópoli se vió abandonado por los veteranos, que no quisieron esgrimir las armas contra su antiguo soberano. En tal situación tuvo que refugiarse en Ravena; y bloqueado allí por sus rivales, después de breve resistencia, se entregó en manos de Maximiano, del cual dos años antes había recibido la dignidad de César, y del que ahora sólo pudo obtener la elección de muerte; dejando de existir abriéndose las venas el 16 de Agosto del 307.

En tal estado Galerio resolvió intervenir en los revueltos asuntos de Occidente. Maximiano intentó atraerse contra aquél á Constantino, yendo á ofrecerle en las Galias la mano de su hija Fausta y la dignidad de Augusto, mientras Magencio decretaba en Roma la apoteosis de Constancio Cloro. Constantino aceptó el honor y la esposa; pero en cuanto á los auxilios militares que se le pedían, se limitó á vagas promesas para no comprometer su libertad de acción.

La expedición romana de Galerio no tuvo mejor resultado que la de Severo. Habiendo ido á Italia con tropas reclutadas en la Iliria, conoció bien pronto la popularidad que el viejo Maximiano gozaba entre las legiones, y tuvo

¹ En un nuevo censo de las personas y propiedades, Galerio había abolido la exención de la *capitatio*, concedida por Diocleciano á la *plebs urbana*.

que limitarse á depredar la parte que pudo de Italia y á volverse pronto para no tener el fin que habia hallado Severo. Reducido á sus dominios, creó *Augusto*, en sustitución de Severo, á su antiguo comilitón Liciniano Licinio, y le confirió temporalmente el gobierno de las provincias ilíricas, esperando que los acontecimientos le llevaran á la



DIOCLECIANO EN SALONA.

posesión de Italia (11 de Noviembre de 307). La exaltación de Licinio despertó la ambición de Maximino, el cual se hizo conferir por los soldados la dignidad suprema para obligar á Galerio á no rehusársela. Así se vió el Imperio con seis Augustos á la vez, prontos á venir á las manos entre sí.

Desde su retiro de Salona, el viejo Diocleciano contemplaba tristemente la ruina de su sistema; pero no por ello

mudó de propósito. El poder ya no tenía para él encanto alguno; y la necesidad de reposo le hizo sordo á las vivas excitaciones que de común acuerdo le dirigieron desde Carnunto Maximiano y Galerio para que volviese al trono. «Si vieses las hermosas legumbres que con mis propias manos cultivo, escribía al primero, comprenderías que la púrpura no puede ya seducirme.»

Aquella púrpura, sin atractivos para el viejo horticultor de Salona, seguía atormentando, sin embargo, la ambición de Maximiano. Sordo á los prudentes consejos de su antiguo colega, prestaba grato oído á la adulación de venales oradores prontos á aplaudirle siempre. Cuando había depuesto con repugnancia la corona, aplaudían su filosófica moderación; cuando la recuperaba, aplaudían su generoso patriotismo. Pero el sueño de aquella fantasía excitada desapareció bien pronto ante una cruel realidad. Su mismo hijo fué el causante de su ruina. No pudiendo sufrir Magencio el freno que le pretendía imponer su padre, rebelóse apoyado por la guardia. Herido por tan cruel desengaño, el viejo Augusto bajó la cabeza y abandonó la Italia, buscando en la Galia refugio al lado de su yerno Constantino. Acogióle éste benévolo, pero le impuso como condición deponer la púrpura si quería permanecer en sus Estados. Maximiano se resignó á volver por segunda vez á la vida privada; pero su espíritu no había cambiado, y su ambición no estaba domada todavía. Aprovechando la ocasión de la partida de Constantino á la frontera del Rhin inferior para rechazar una nueva invasión de los Francos, se sublevó contra su yerno, y apoderándose en Arlés del Tesoro del Estado, lo repartió entre las tropas de la Galia meridional para atraérselas á su partido. El rápido regreso de Constantino hizo, sin embargo, abortar la pérfida trama. Al presentarse entre sus soldados éstos abandonaron al traidor, el cual huyó á encerrarse en Marsella. Vano refugio. La

guarnición y el pueblo marsellés abrieron las puertas á Constantino cuando éste llegó ante sus muros, y Maximiano cayó en manos de su yerno pagando con la vida su deslealtad (Febrero del 310).

Mientras en la Galia se consumaba esta tragedia, Magencio tenía que combatir con un nuevo rival que hacía dos años imperaba en África. Domicio Alejandro, vicario del prefecto del pretorio, había sido proclamado emperador por las legiones contrarias á Magencio; y éste, apenas se vió libre de su padre, envió contra el usurpador al prefecto del pretorio, Rufio Volusiano. Alejandro fué vencido y muerto, y las ciudades africanas pagaron con crueles represalias su defección (311).

En este mismo año dejaba de vivir en Nicomedia Galerio. El último acto de su vida fué la publicación de un edicto, poniendo término á la persecución de los cristianos (30 Abril del 311). Conocemos su texto que, en medio de una porción de contradicciones, revela la impotencia del Imperio para abatir por la fuerza, una asociación que ya se había extendido á las provincias todas y que dominaba además á todas las clases sociales. Y es ciertamente curioso el final de este documento, en que se invita á los cristianos á rogar á su Dios por la vida del emperador y la salud de la República. Bien puede decirse que este edicto fué el precursor del triunfo definitivo del cristianismo.

Pocos días después de la proclamación de este edicto de tolerancia, Galerio murió en Sárdica, y con su muerte la obra de Diocleciano recibió el golpe de gracia. Quedaban, es verdad, cuatro emperadores; pero todos eran *Augustos*, y cada uno de ellos pretendía ser el primero y regir todo el Imperio, sin embargo de tener tres compañeros y poseer de aquél una sola parte.

Las rivalidades estallaron primero en Oriente, donde Maximino se creía sucesor natural de Galerio, pretendien-

do por ello que Licinio le reconociese como superior y recibiera sus órdenes. No viéndose obedecido, se presentó armado en el Helesponto, y procuró atraerse á su partido las provincias de Asia haciéndoles concesiones favorables en los tributos. En Nicomedia se apoderó de la viuda y el hijo de Galerio, que guardaban los partidarios de Licinio, el cual, en tanto, había ocupado las costas de la Tracia. La guerra civil, parecía, pues, inminente, cuando se llegó á un arreglo entre ambos rivales; Maximino se dió por contento con el dominio del Asia y de Egipto, y Licinio con el de las provincias del lado acá del Helesponto.

En Occidente las luchas fueron más tardías; pero en cambio tuvieron una solución violenta é inmediata; que allí las condiciones especiales de la situación en que se encontraban los dos competidores, hacían ineficaz toda tentativa de arreglo. Los dos colegas representaban dos sistemas. Magencio era el representante del sistema antiguo, con el paganismo por religión y á Roma por metrópoli. Constantino, en cambio, representaba un sistema, en el cual el cristianismo se elevaba de religión tolerada á religión del Estado. En el sistema de Constantino, Roma quedaba definitivamente sacrificada; pues, aspirando como su rival á restablecer la unidad de mando en el Imperio, quería trasladar el gobierno á punto céntrico, desde donde fuera posible al príncipe dirigir con firme mano la defensa de las fronteras, del uno al otro extremo de sus Estados.

De los dos rivales, Magencio contaba con mayor número de soldados, pero Constantino compensaba la inferioridad de sus fuerzas, con la disciplina y el valor de los suyos. Había tenido continua ocasión de ejercitarlos en empresas guerreras, ya contra los Francos, ya contra los Alemanes para rechazarlos más allá de las fronteras, que no cesaban de romper con sus invasiones. Constantino hizo más todavía; después de haber lanzado á los bárbaros del territorio



EL LABARO DE CONSTANTINO.

del Imperio, pasó el Rhin y los persiguió en su mismo país. Los Brúteros pagaron los gastos de esta expedición. Un puente de piedra levantado por Constantino sobre el Rhin, cerca de Colonia, debió asegurar en lo porvenir la frontera por él restablecida ¹.

Este ejército, formado en la guerra y en la victoria, pasaba en la primavera del año 312 los Alpes (por Montcenis) para combatir al rival de su emperador. Éste, antes de moverse, procuró estar bien seguro por la parte del Oriente estrechando su amistad con Licinio, al cual prometió su hermana Constanza. La unión de estos dos príncipes inutilizaba para Magencio la alianza que le ofrecía el lejano Maximino. Antes de que este aliado pudiera haber llegado en su socorro, estaba ya resuelta su suerte. Los preliminares que precedieron á la lucha de ambos ejércitos demostraron al mundo, que en ella no sólo estaba empeñado el porvenir de dos ambiciosos, sino el destino de dos cultos y de dos civilizaciones. Magencio consultó á los arúspices, los cuales, para granjearse el favor del príncipe, que prefería los placeres de la regia estancia á las fatigas del campo, afirmaron que debía quedarse en Roma y dejar partir el ejército. Constantino, por el contrario, se apoya en los cristianos, que formaban la gran mayoría de su hueste, y para enfervorizarlos en la pelea, pone sobre el *lábaro* (asta atravesada por una antena) ², el monograma de Cristo, y les autoriza á llevarlo también en sus escudos ³.

El designio de los de Magencio era anticiparse á la llegada del enemigo, atacándole en la misma Galia; mas para

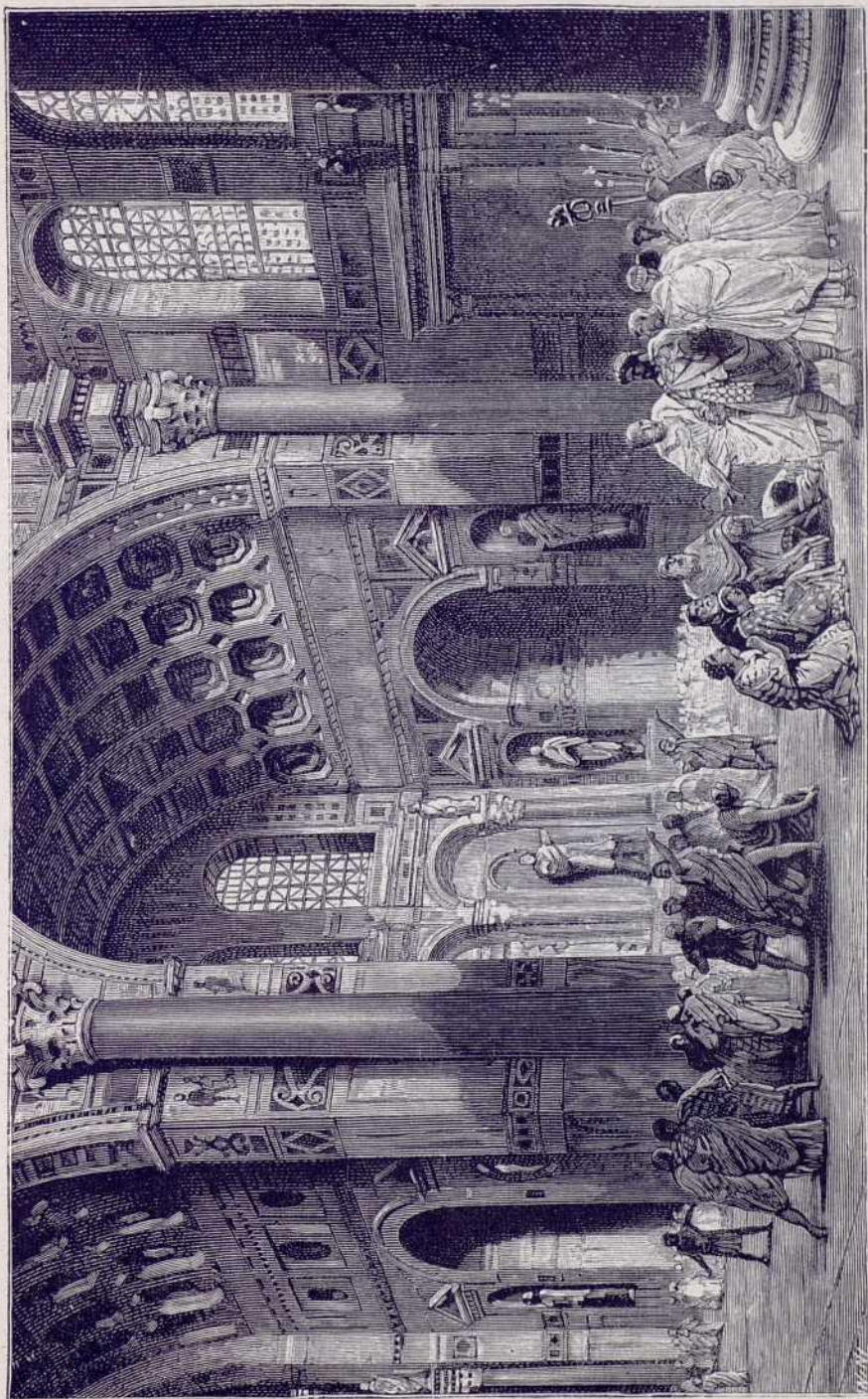
1 Las últimas ruinas de este puente duraron hasta el año 1766.

2 *Lábaro* es palabra asiria y significa eternidad. V. Oppert, *Études assyriennes*, pág. 166.

3 Á esta expedición itálica contra Magencio, se refiere la famosa leyenda cristiana, consignada por Eusebio en la *Vida de Constantino*, de la aparición en el cielo de una cruz con las palabras *In hoc signo vinces*. Esta leyenda está inspirada en la historia judaica saturada de apariciones celestiales.

realizar tal intento, se necesitaba gran celeridad, y anduvieron bien lentamente dejándose sorprender en el valle del Po. Allí tomó Constantino á Segusia (Susa), y entró en la tierra de los Taurinos, donde los de Magencio se presentaron á cerrarle el paso. Iba como vanguardia en el cuerpo de ejército enviado sobre Turín una columna de pesados jinetes (*catafratti*) armados á la oriental. Constantino comprendió por aquella clase de soldados la táctica del enemigo, y la hizo inútil aclarando el frente de sus propias filas y batiendo luego á los dispersos caballeros. La infantería, acobardada por la derrota de los famosos jinetes, quiso refugiarse en Turín, pero sus habitantes dieron con la puerta en el rostro á los fugitivos, que fueron exterminados por el enemigo.

La victoria de Turín dejó dueño á Constantino de toda la Galia Transpadana. Al Norte, sin embargo, quebaba otro ejército de Magencio acampado cerca de Verona, y mandado por el mejor de sus generales, Ruricio Pompeyano; pero una habilísima maniobra de Constantino quitó al enemigo la ventaja de sus fuertes posiciones. Pasando á su vista el Adige, y dejándose perseguir por él hasta la distancia de algunas millas de Verona, volvióse con marcha rapidísima y cayó sobre él aprovechándose de la oscuridad de la noche. Murió en aquella lucha el mismo Ruricio, y los suyos, diezmados y deshechos, huyeron á Verona, donde al saber que Aquilea se había sometido á Constantino, se sometieron también ellos, deponiendo las armas. Libre de enemigos la vía, prosiguió Constantino su marcha sobre Roma. Magencio, que al principio parecía querer esperarle atrincherado, tras de los muros de Aureliano, después animado por la promesa de los libros Sibilinos que habían declarado «que en la cercana lucha caería el enemigo de Roma», é impulsado por el clamor popular que comprendía, que con la suerte de Magencio iba unida la suerte de Roma, se puso al frente de las tropas, salió de



EL PUEBLO ACUDE Á MASSENZIO CONTRA CONSTANTINO.

la ciudad acampando en la vía Flaminia, en un paraje llamado *Saxa Rubra*, á nueve millas de Roma, y esperó la llegada del enemigo. Se presentó éste el 27 de Octubre del 312, y su jefe ordenó inmediatamente el ataque de las posiciones ocupadas por los de Magencio. La caballería de Constantino triunfó bien pronto de la de su rival, pero no



DERROTA DE MAGENCIO.

así de la infantería y de la guardia de Magencio, que disputaron tenazmente la victoria; pero cuando perdieron la esperanza de alcanzarla, cayeron los magencianos en un desaliento que les condujo á su perdición. Bajo el influjo del pánico, la retirada se convirtió en desordenada fuga. Muchos perecieron ahogados en el Tíber, y el mismo Magencio encontró en sus ondas la muerte. Constantino hizo sa-

car de las aguas el cadáver, y cortándole la cabeza, la expuso públicamente en Roma. Á su vista el pueblo lanzó gritos de salvaje alegría, pero Constantino, que miraba á lo porvenir, y sabía que con la venganza y la violencia no se fundan durables imperios, contuvo el furor popular publicando una general amnistía. Sólo los parientes y los consejeros del tirano fueron excluidos de ella, tanto para dar satisfacción al pueblo, cuanto por razones de política prudencia. Por la misma razón respetó al jefe de la guardia y no derribó la ciudadela; y por atraerse el favor del Senado le prometió restablecer sus antiguos privilegios. Los padres, conmovidos por tan inesperada magnanimidad, se apresuraron á demostrar al afortunado vencedor su gratitud, asignándole el primer puesto entre los tres Augustos y levantándole públicos monumentos, entre los cuales, el arco de triunfo que aun se conserva con el nombre de Constantino, es un doble testimonio de la decadencia del arte y de la abyección pública. Para decorar el monumento, no encontrando escultores que lo supieran hacer dignamente, se llevaron á él los bajos relieves del arco de Trajano.

Constantino había debido principalmente su triunfo á los cristianos. Aquel servicio merecía una recompensa, y los cristianos la tuvieron en el edicto de Milán, dado en el mismo año de la derrota de Magencio. En aquella ciudad se celebró también el matrimonio de Licinio con Constancia. Diocleciano fué invitado para intervenir en el convenio de los dos Augustos; pero el anciano se excusó por el mal estado de su salud, y en efecto, de allí á poco dejó de existir. Tanto sobre el motivo de su abdicación como sobre el de su muerte, se hicieron diversas conjeturas: quién habló de veneno, quién de suicidio, si bien hubiera sido más razonable hablar de senectud. Pero se trata de una época en que la leyenda vuelve á invadir el campo de la historia,

y no debe extrañarse que en esta invasión el gran perseguidor de los cristianos no fuese respetado.

El edicto de Milán marcaba un progreso comparado con el de Galerio. La tolerancia de este último aparecía como acto de gracia, y el politeísmo continuaba siendo la religión del Estado. Por el contrario, el edicto de Milán elevaba la tolerancia á la dignidad de derecho, proclamando la plena libertad de conciencia. «Queriendo, decía, fijar las reglas del culto divino, concedemos á los cristianos y á los secuaces de cualquiera otra religión, plena libertad de seguir su fe, á fin de que la Divinidad que reside en el cielo sea clemente y propicia para Nosotros y para cuantos viven en nuestro Imperio.» No se nombra al politeísmo, pero se le condena implícitamente, por la forma singular del nombre «Divinidad». El cristianismo, pues, toma lugar entre los cultos bajo la base de la igualdad, pero pronto se convertirá en jefe y señor de todos, aunque esta jefatura haya de engendrar, como todo privilegio, abusos que darán por fruto grandes males á las naciones cristianas. El edicto de Milán llevaba al lado del nombre de Constantino el de Licinio; y la ausencia del nombre de Maximino explica la situación de las cosas. El antiguo aliado de Magencio, no podía ser tolerado después de la derrota y de la muerte de éste; y Maximino por su parte exasperaba los rencores de sus colegas, continuando la persecución de los cristianos en sus provincias. En la evolución que Constantino y Licinio realizaban, Maximino se complacía en tomar el papel de defensor de los dioses y de las instituciones del Imperio. Habiendo crecido y permanecido en el lejano Oriente, ignoraba la gran revolución hecha en Occidente por la política astuta y previsora de Constancio Cloro y de su hijo.

Preparábase Maximino para atacar á su rival más próximo, sin perjuicio de proponerse también ir oportunamente contra el más lejano. La partida de Licinio para la Italia

indicó á Maximino el momento de entrar en acción. Hacia fines del año 312, hizo pasar el Bósforo á sus legiones asiáticas y entró en Bizancio y en Perinto, avanzando luego hacia las provincias ilíricas. Cerca de Adrianópolis, encontró al enemigo decidido á detenerlo en su marcha (30 de Abril del 313); y como en la precedente guerra itálica, no eran iguales las fuerzas de ambos enemigos. Allí Constantino tuvo que combatir contra un ejército más numeroso, y había vencido; aquí Licinio se encontraba también inferior en fuerza, y venció de igual modo. También en su ejército predominaba el elemento cristiano, como lo atestigua la plegaria que Lactancio les atribuye en la víspera de la batalla: «Oh sumo Dios, te rogamos santo Dios, escuches nuestras plegarias»¹. Lo mismo que en el edicto de Milán, esta oración se presenta como una confesión monoteísta, aunque no se hable en ella de Jesús ni de la Cruz, sino de una sola Divinidad. La batalla que se libró en las llanuras de Adrianópolis, tiene la misma importancia histórica que la precedente batalla de *Saxa Rubra*. En ella, las armas habían de resolver, si el paganismo debería continuar siendo la religión del mundo, ó si el cristianismo debería ocupar su puesto. La táctica superior de Licinio y el entusiasmo de sus legiones, lograron la victoria. Maximino, fugitivo del campo de batalla, encerróse en Capadocia, y cuando se preparaba á impedir al enemigo el paso del Tauro y en reunir un nuevo ejército, le sorprendió la muerte (Diciembre del 313).

Quedó todo el Oriente sometido á Licinio, el cual, para evitarse nuevos rivales en lo futuro, no vaciló en realizar un acto de feroz brutalidad que revela el estado de su ánimo. Acordó, pues, el exterminio de las tres familias de

¹ *Summe Deus, te rogamus... sancte Deus, preces nostras exaudi.* Lactancio, *De Mort. persecut.*, cap. XLVI.

Diocleciano, Severo y Maximino, sin dejarse ablandar ni aun por el llanto de los niños. Entre las víctimas inmoladas á su feroz suspicacia, se contaron las viudas de Diocleciano y de Galerio, á las cuales no sirvió de nada la persecución que habían sufrido de Maximino, para obtener su perdón. Una y otra fueron ajusticiadas en Tesalónica (315).

Pero si esta hecatombe de tres familias pudo librar á Licinio de presuntos pretendientes, no le libró del solo hombre para él terrible y pretendiente verdadero, Constantino. Apenas habían transcurrido pocos meses desde la muerte de Maximino, cuando entre Licinio y Constantino surgieron las hostilidades. La razón aparente que hizo nacer la discordia, estaba en ocultas intrigas de familia; pero en realidad era superior á la voluntad de los hombres: era una necesidad suprema de aquel gran momento histórico por el que entonces atravesaba el mundo; el tránsito de una forma á otra de civilización, que exigía la necesidad de que se encontrase la dirección de todo en las manos de un solo hombre, de firme y decidida voluntad. En la reforma de Constantino, Bizancio tenía reservada una gran parte, y aquella ciudad se encontraba en el corazón de los dominios de su rival. En la intriga que dió ocasión á los principios de la guerra, figura un cuñado de Constantino, de nombre Bassiano, marido de su hermana menor, Anastasia, y su hermano Senecione. Parece que entrambos conspiraron de acuerdo con Licinio en contra de Constantino, resultando que Bassiano fué condenado á muerte y que su hermano tuvo que refugiarse en la corte de Licinio.

Antes de que su rival pudiera apercibirse á la lucha, Constantino invadió sus Estados al mando sólo de unos 25.000 hombres. Era un acto de audacia que podía serle fatal; pero Constantino confiaba en su genio, en su popularidad, en el entusiasmo de sus legiones, y el éxito justificó su confianza. Riñó con su enemigo dos batallas: la una en



Cibali (Sevilei), en la Pannonia (8 de Octubre del 314); la otra en la llanura de *Mardia*, en la Tracia, y en ambas quedó vencedor. El vencido Licinio pidióle la paz, y Constantino, que no estaba preparado para una larga campaña, se la concedió, á condición de que le cediera las provincias ilíricas y la Grecia, y el sacrificio del general Valente, elevado por Licinio durante la guerra á la dignidad de César.

¿Sería duradera esta paz? Los primeros en no pensarlo así, debían ser los mismos que la habían ajustado. Las fuerzas que entrambos pusieron en campaña cuando se empeñó la lucha, demostraban con sus grandes preparativos de una y otra parte, que el tratado del año 314 no había de ser muy duradero.

El hecho de que desde el año 319 los nombres de Licinio y de su hijo ¹ no aparecen en los fastos consulares, demuestra que las relaciones entre los dos Augustos, estaban interrumpidas. Licinio había cambiado su política religiosa. Cuanto más Constantino se acercaba á los cristianos, tanto más Licinio se alejaba de ellos; y arrepentido de haber puesto su nombre al pie del edicto de Milán, los perseguía no permitiéndoles desempeñar cargos militares, y prohibiendo las reuniones sinodales de sus obispos. Así, la última guerra entre Constantino y Licinio tomaba, como la que se había seguido contra Magencio y contra Maximino, una importancia religiosa. Licinio combatía por los dioses, y Constantino por la Divinidad sin nombre, pero que pronto habría de tenerlo perdurable.

Antes de que los dos rivales acudiesen al campo de batalla, Constantino tuvo que sostener empeñada guerra contra los bárbaros. Los Francos y los Alemanes habían invadido nuevamente la frontera renana; los Sármatas (Jazigi) y los

¹ Según el acuerdo tomado en la primera guerra, Licinio nombró César á su hijo Liciniano, y Constantino confirió esta dignidad al suyo llamado Crispo, que había tenido de su primera mujer Minervina.

Godos, la del Danubio. Al Rhin, mandó á Crispo á cubrirse de gloria (320): al Danubio fué él mismo; y batidos los bárbaros en *Bononia* (en la Mesia superior cerca de la moderna Viddino) los persiguió hasta más allá del río, obligándoles á pedir la paz.

Licinio no se aprovechó de las invasiones de los bárbaros, para entrar en campaña cuando su rival se encontraba empeñado en la lucha contra ellos. ¿Fué por magnanimidad ó por impotencia? La historia de aquellos tiempos está tan alterada por la pasión religiosa, que acaso es vana empresa buscar la verdad. Los historiadores cristianos, por ejemplo, atribuyen á Licinio la iniciativa de las hostilidades; en cambio los paganos la asignan á Constantino ¹. Los hechos dan la razón á los segundos.

Después de la paz ajustada con los bárbaros, Constantino se estableció en Tesalónica, para dirigir la construcción de un gran puerto militar; y al mismo tiempo, reunía en el Pireo gran número de naves de guerra y de carga, no dejando duda del fin á que se encaminaban aquellos trabajos, ni de la persona contra la cual se juntaban las fuerzas reunidas en el Pireo y en las cercanías de Tesalónica.

En la primavera del año 323, rompiéronse al fin las hostilidades. Si damos fe á las cifras de Zosimo, hallábanse reunidos sobre la llanura de Adrianópolis 300.000 hombres entre los ejércitos de ambos combatientes. En el número llevaba la ventaja Licinio, pero en la calidad de los combatientes la tenía Constantino. Las tropas del primero, compuestas de asiáticos y de egipcios, estaban debilitadas por muelles costumbres, y no tenían confianza en su jefe anteriormente derrotado: por el contrario, las fuerzas de Constantino se componían en gran parte de veteranos, acos-

¹ *Constantinus tamen vir ingens et omnia efficere nitens quae animo preparasset, simul principatum totius orbis affectans Licinio bellum intulit.* Eutr., X, 6.

tumbrados á las fatigas de la guerra y á los rigores de la disciplina, y llenos de fe en su jefe, hasta entonces nunca vencido.

Licinio tomó una fuerte posición cerca de Adrianópolis; pero no le permitió su rival aprovecharse de ella. Constantino repitió en Adrianópolis la astuta maniobra que adoptó en Verona contra Pompeyano. Allí había pasado el Adige á larga distancia del campo enemigo; en Adrianópolis pasó el Hebro (Maritza), y amenazando al enemigo por la espalda, le obligó á abandonar sus posiciones. Conseguido este intento, fué segura la victoria, completándola la expugnación del campo de Licinio (3 de Julio del 323). Licinio buscó entonces refugio en Bizancio, confiando en la protección de la flota que tenía preparada en el Helesponto; pero aquella protección le faltó también. Mientras Constantino bloqueaba la ciudad por la parte de tierra, su hijo Crispo, siguiendo sus órdenes, entraba con sus naves en el Helesponto y desbarataba en Galípoli la armada enemiga. Abanto, jefe de ella, refugióse con las naves que le quedaron en Calcedonia, donde también fué á refugiarse Licinio antes de que el enemigo cerrase el bloqueo de Bizancio; y dejando al maestro de los Oficios, Martiniano, elevado entonces á la dignidad de César, la guardia del Helesponto y de la Propóntide, se dedicó á hacer nuevos aprestos militares para intentar la revancha. Antes, sin embargo, de que lo pudiera conseguir, Constantino, dueño del mar, transportó al otro lado del Bósforo su ejército y obligó al enemigo á aceptar la batalla. Tuvo ésta lugar cerca de *Crisópolis* (Scutari) el 18 de Septiembre de 323, y en ella fué también vencido Licinio y obligado á refugiarse en Nicomedia. Bizancio y Calcedonia siguieron el partido del vencedor, y Licinio se encontró bloqueado en su último refugio. Habiendo prometido Constantino y jurado á su hermana Constanza, mujer de Licinio, que respetaría la vida de éste, el vencido Augusto

depuso la púrpura y se entregó en manos del vencedor (23 de Septiembre de 323). Constantino le relegó á Tesalónica, y poco después le hizo matar con su hijo Liciniano y con el otro César Martiniano *contra religionem sacramenti*, como dice Eutropio. Ninguno, ni aun de los enemigos de Licinio habla de tentativas hechas por el desterrado para recuperar la corona, ninguno de traiciones ó de conjuras. Su muerte fué sólo decretada por la sospecha de que quien había sido 12 años emperador, intentara volver á serlo. Pero entonces, ¿por qué jurar y prometer conservar la vida al rival vencido? ¿Por qué añadir al homicidio el perjurio? Estas preguntas no tienen contestación. El hombre que envió á la muerte por una simple sospecha á su hijo Crispo vencedor de los Francos y de los Alemanes, al héroe de Galípoli, no era de los que se detienen en su camino por temor al perjurio.

CONSTANTINO ÚNICO EMPERADOR ¹ (323-337)

El historiador cristiano Eusebio, fija la conversión de Constantino en el año 312, cuando marchaba contra Magencio: por el contrario, los historiadores paganos Libanio y Zosimo fijan más tarde la fecha de esta conversión; el primero la pone en el año 323 después de la derrota de Licinio; el segundo, en el 326 después de la condenación de su hijo Crispo. La diversidad de estas fechas demuestra

¹ Las fuentes para la historia de Constantino son: Zosimo, II, 29-39; Eutropio, X, 7-8; Zonara, XIII; A. Vittore, *De Caes.*, XLI, 10-21; Vittore il Juniore, *Efitome*, XLI, 8-17; Anonimo Valesiano, *Exc. de Constant.*, § 30-35; Eusebio en la *Hist. Eccl.*, VIII, y en la *Vita Constantini*; siendo esta última un gran plantel de preciosos datos acerca del primer protector del cristianismo.

la falta de un documento positivo y verídico, que dé testimonio del hecho. Tenemos en cambio una serie de documentos, los cuales demuestran, que la protección concedida por Constantino al cristianismo, nunca fué más allá de lo que le aconsejaba su interés político, guardándose bien de llevarle, hasta la persecución del paganismo ¹. Si se sirvió para sus fines políticos, de la fuerza representada por la Iglesia cristiana, guardóse bien de comprometer con aquellos actos su posición hacia el paganismo. Éste era todavía demasiado poderoso, para que un príncipe pudiera declararle la guerra, sin exponerse á su propia ruina. Constantino estudió por tanto, la manera de sostener una especie de equilibrio entre las dos religiones. Aceptó el dogma fundamental de los cristianos, que es: la fe en un Dios único, pero se guardó bien de dar un nombre á esta *Divinitas*, para no irritar demasiado á los paganos ². Á la vez reconocía

1 La legislación y las monedas de Constantino, atestiguan su constante estudio, de no sacrificar un partido al otro. Á cada paso encontramos, así leyes que favorecen al partido de los cristianos, como al partido de los paganos. En el año 312 le vemos autorizar al Senado romano, para grabar su nombre sobre un templo, y en el de 334 concederle la facultad de reconstruir el templo de la Concordia. Prohibió la *Aruspina* privada, pero conservó la pública *, y una de sus leyes del año 321 ordenaba, que cuando un edificio fuese herido por el rayo, se consultasen los arúspices, los cuales deberían decir su parecer al príncipe **. Otra de sus leyes consignaba el respeto á las sepulturas, que el fanatismo de los dos partidos exponía á continuas violaciones; y entre las causas de divorcio ponía, la de que el marido fuese un *sepulcrorum dissolutor* ***. Respecto á las monedas de Constantino, el insigne numismático Eckhel afirmó ser toda la historia monetaria de este reinado la de un emperador pagano. Abundan en efecto las monedas de Constantino con la efigie de Júpiter, Marte, la Victoria, y sobre todo del Sol. Hay sin embargo, también, cierto número de monedas con tipo cristiano, y aun algunas en que las dos religiones aparecen reunidas. Una de ellas, por ejemplo, lleva la cruz con la leyenda: *Marti patri conservatori*. V. W. Madden, *The numism. Chron.*, XXII, 242. Duruy, *Hist. de Rom.*, VII, 81.

2 Si Constantino hubiese podido dar un atributo á la *Divinitas*, según su conciencia religiosa y la tradición de su familia, le habría con toda probabilidad llamado *Apollinaris*. El dios Sol, en efecto, era el divino patrono de la segunda casa Flavia; y el orador Eumenio, en una solemne circunstancia, no tuvo escrúpulo en llamar pú-

* *Cod. Theod.*, IX, 16, 1 y 2.

** *Cod. Theod.*, XVI, 10, 1.

*** Ley del año 321. *Cod. Theod.*, III, 16, 1.

á los obispos, como funcionarios del Estado en el orden religioso, y conservaba á los sacerdotes paganos sus prerrogativas, continuando en el ejercicio del sumo pontificado del paganismo ¹.

Esta manera de tratar igualmente á las dos religiones, la conservó hasta el fin de sus días; y si á última hora consintió en hacerse bautizar, también realizó un acto de príncipe pagano confirmando los privilegios de los *Flamines* perpetuos, y ordenando que el decreto en que lo disponía, se grabara en tablas de bronce, para que fuera conservado á perpetuidad.

I. — El arrianismo. — Concilio de Nicea.

Con las victorias de Adrianópolis y de Crisópolis, Constantino había restituido la paz al Imperio. Con su eclecticismo religioso y con la proclamación de la libertad de cultos, esperó poder conseguir viviesen pacíficamente juntos, paganos y cristianos. Pero con todo esto, su misión no estaba aún cumplida. Necesitaba dar la paz á la misma sociedad cristiana, agitada años hacía por agria contienda. El origen de la discordia provenía de la Iglesia africana. Ya dejamos anotado más arriba, cómo uno de los efectos de la persecución sufrida por el cristianismo, fué la transfor-

Ilícitamente á Apolo dios hereditario de Constantino (310). Muchísimas monedas de este emperador llevan la leyenda: *Soli invicto*. Bajo la influencia de esta predilección de Constantino por el culto de Apolo, nació la idea de comparar la venida del Redentor con el nacimiento del Sol; de donde la Iglesia fijó la natividad del Dios de los cristianos en el día 25 de Diciembre, en cuyo día el paganismo celebraba en sus templos los *natales invicti Solis*. Á esta mezcla se debe en puridad, el nombre del Sol, que en muchas inscripciones cristianas se da al domingo, día del Señor. Los Tudescos llaman todavía al domingo «día del Sol» (Sonntag). V. Munter, *Sinnbilder und Kunstvorstellungen der alten Christen*, pág. 75, y Duruy, ob. cit. VII, 52.

¹ *Ut perpetua observatione firmetur*, Cód. Theod., XII, 5, 2.

mación de la constitución democrática de la Iglesia, en una constitución jerárquica. Después de la persecución de Decio, aquella transformación se generalizó, y el episcopado salió de aquel nuevo bautismo de sangre, más fuerte y más potente que antes lo había sido. El primer uso que hizo de esta fuerza fué la intolerancia. Á pretexto de que durante la persecución habían renegado de la fe y entregado á los funcionarios imperiales los libros santos algunos cristianos, se formó una inquisición contra ellos, llamándoles *traidores*, y no se les recibió en el gremio de la Iglesia, sino á condición de que hiciesen penitencia. Sobrevenida la persecución de Diocleciano, se abrió nueva inquisición con el mismo objeto, y se formó un gran partido que se oponía á la vuelta de los *traidores* al seno de la Iglesia, aunque hicieran penitencia. Ocurrió en el año 311 la vacante de la sede episcopal de Cartago, y esto hizo que se declarase la discordia. Habiéndose elegido para aquel cargo un sacerdote de ánimo tímido y tolerante, los intransigentes, al frente de los cuales estaba el diácono Donato, no le quisieron reconocer, alegando que habían tomado parte en su elección *traidores*, y nombraron un nuevo obispo. En tal estado de cisma se encontraba la Iglesia africana, cuando la victoria de *Saxa Rubra* puso la Italia y el África bajo el cetro de Constantino, el cual para terminar la discordia formó una comisión de obispos, á quienes sometió la cuestión de la Iglesia cartaginesa. La comisión, presidida por el obispo de Roma, dió la razón á Ceciliano; pero perseverando los de Donato en su oposición, Constantino convocó en Arlés un nuevo sínodo como tribunal de apelación (314). También los jueces de Arlés quitaron la razón á los donatistas; pero tampoco éstos se sometieron, y Constantino se vió obligado á tratarlos con rigor para contener sus violencias.

Duraba todavía en la Iglesia africana la discordia producida por los donatistas, cuando nueva y más grave con-

tienda se suscitó en la cercana Iglesia de Alejandría, desde la cual se propagó en breve á todo el mundo cristiano, teniendo dividido por espacio de siglos. Nació la nueva contienda que produjo un cisma, de la tendencia que hacía tiempo prevalecía en el sacerdocio cristiano, de anteponer al principio ético, que en los dos primeros siglos del cristianismo había sido la parte esencial, el principio dogmático. Ya en el siglo III la relación de la segunda Persona de la Trinidad con la primera, había sido objeto de disputas filosóficas, y ahora, un sacerdote alejandrino llamado Arrio se propuso resolverla racionalmente. Atribuyendo á la teogonía cristiana la distinción de los neoplatónicos sobre el *Logos* que corresponde al *Verbo* de los cristianos, impugnó la igualdad de naturaleza y de sustancia del Hijo y del Padre, sosteniendo que el primero participaba de la dignidad del segundo, sólo para servirle de instrumento en la creación de los seres, concluyendo con que el Hijo no existía *ab aeterno* como el Padre. Esta doctrina suscitó asperísima contienda en el seno de la Iglesia oriental. El obispo Alejandro, bajo cuya jurisdicción estaba Arrio, reunió un sínodo de obispos africanos para excluir al heresiarca de la comunión de los fieles (321). Pero Arrio tuvo también secuaces á cuya cabeza estaba Eusebio, obispo de Nicomedia; y cuando Constantino apareció en Oriente llevado por la guerra contra Licinio, halló á la Iglesia cristiana dividida en dos contrarios y turbulentos campos, y en camino de entrar en la más destructora discordia. El hombre que se había declarado protector del cristianismo no podía tolerar tal estado de cosas, que contrariaban su política y turbaba la paz que había dado al Imperio. Ciñéndose por tanto á la jurisprudencia eclesiástica, que establecía que las cuestiones de doctrina fuesen resueltas conciliarmente por los obispos, convocó á éstos á un gran concilio que debía celebrarse en Nicea de Bitinia (325).

Más de trescientos obispos respondieron al llamamiento del emperador: siendo mayor el número de los orientales, porque los occidentales no gustaban gran cosa de sutilezas teológicas; y además el lugar escogido para celebrar el concilio, contribuyó al escaso concurso de los obispos de Occidente: el mismo obispo de Roma no acudió al sínodo. En él recibió la Iglesia cristiana el símbolo del *Credo* y las principales reglas de su disciplina, que todavía sigue. El emperador que lo había convocado, intervino en él y lo presidió. Todavía la Iglesia no vivía por sí; formaba parte del organismo del Estado, y dependía del que en el Estado mandaba. Esta dependencia de la Iglesia fué proclamada por el mismo Constantino en el *agape* de Nicomedia, con que festejó reunido con los obispos, la clausura del concilio niceno: «También yo soy obispo, dijo á aquellos magnates. Vosotros sois obispos para las cosas interiores de la Iglesia; á mí Dios me ha instituído obispo para el régimen exterior»¹. De este modo Constantino se arrogaba la suprema dirección de la Iglesia, y mientras le hacía creer que la prestaba un eminente servicio introduciéndola en el organismo jurídico del Estado, daba un golpe mortal á sus instituciones, haciéndola servidora de un Imperio despótico, del cual recibiría norma é impulso su reforma constitutiva. La presencia del emperador en el concilio niceno produjo el efecto de que la Iglesia pudiese restablecer su unidad doctrinal con la proclamación de la *omousia*, ó sea la consustancialidad del Hijo con el Padre, sostenida con dialéctica magistral por el joven diácono del obispo de Alejandría, Atanasio. Cuando Constantino vió á la mayor parte de los padres inclinarse hacia esta solución, queriendo que se acogiese por la cristiandad entera, ejerció presión sobre los disidentes y los vacilantes para

1 Eusebio, *Vita Const.*, IV, 24.



CONCILIO DE NICEA.



que la suscribiesen. Sólo Arrio y dos sacerdotes egipcios permanecieron firmes en su parecer ¹; pero estos tres bastaron para suscitar una revolución en la Grecia, que extendiéndose del Imperio al mundo bárbaro, dió al cisma formidable desarrollo, haciendo que prevaleciese el arrianismo entre algunos pueblos durante siglos. Ya en tiempo del mismo Constantino volvió el arrianismo á levantar la cabeza, y la levantó á causa del orgullo de los ortodoxos, que hizo volver á la gracia del emperador á los modestos herejarcas. Constantino, que no conocía en su Imperio más que súbditos, y que en materia de religión predicaba la tolerancia, no podía oír sin desdén el lenguaje de los obispos ortodoxos, que tenía ciertos visos de independencia, por lo cual les impuso silencio enviando desterrado á Tréveris al jefe de ellos, Atanasio, elevado recientemente á la silla patriarcal de Alejandría.

II. — Tragedia del año 326.

En el año siguiente al del concilio niceno, Constantino fué á Roma, donde no había estado desde su victoria sobre Magencio. Fué á ella para celebrar sus *Vicennali*, y señaló su estancia en la misma con una tragedia que le dejó infamia y remordimientos perdurables. Fué teatro del trágico suceso el palacio del Palatino, y sus víctimas, un hijo, un sobrino, y la mujer del emperador. Sólo tenemos conjeturas acerca de las causas del terrible suceso. Crispo era hijo de Minervina, la mujer repudiada para que ocupara su puesto Fausta. Ésta dió á Constantino tres hijos llamados,

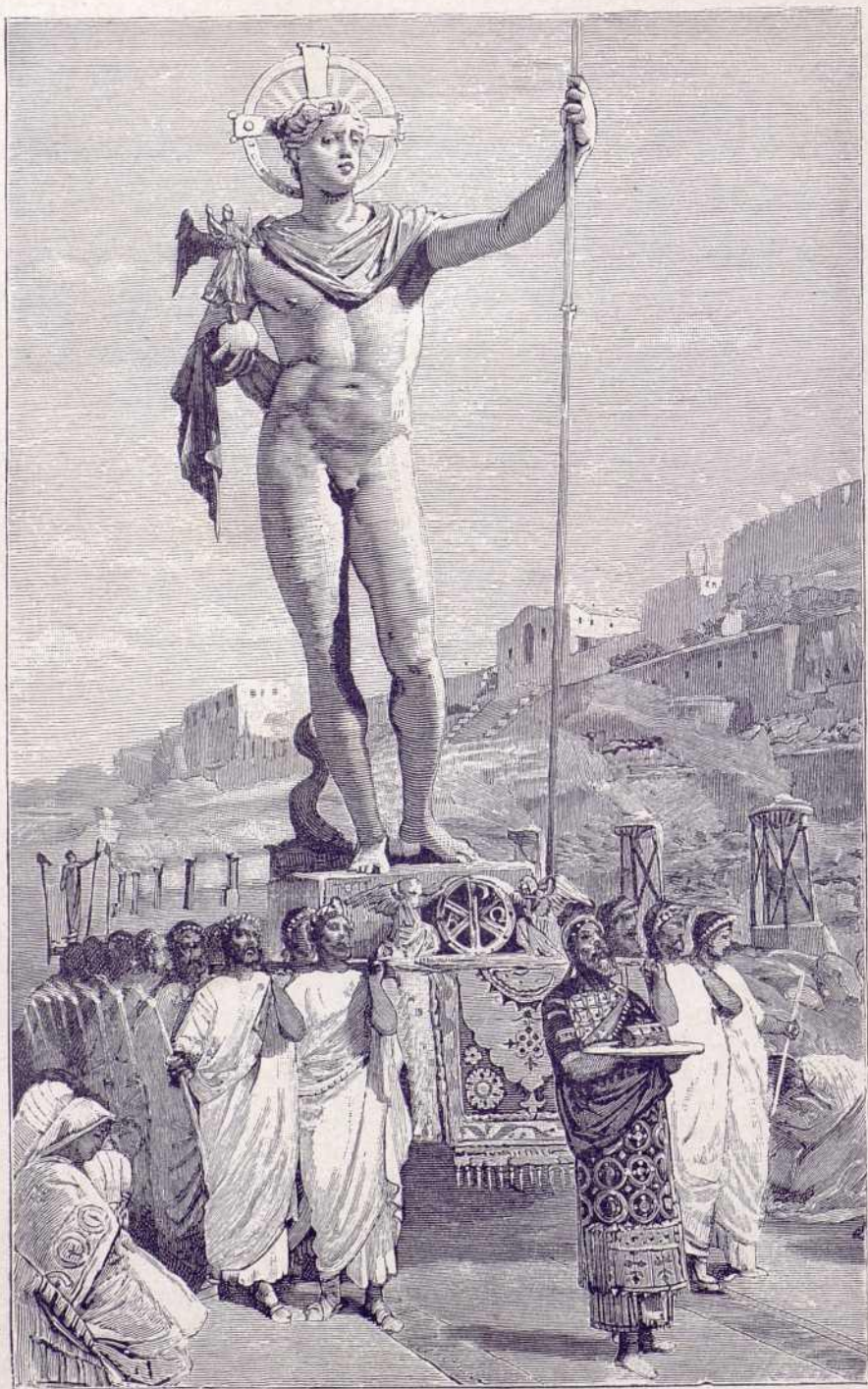
¹ El concilio de Nicea se reunió el 19 de Junio y se separó el 25 de Septiembre del año 325.



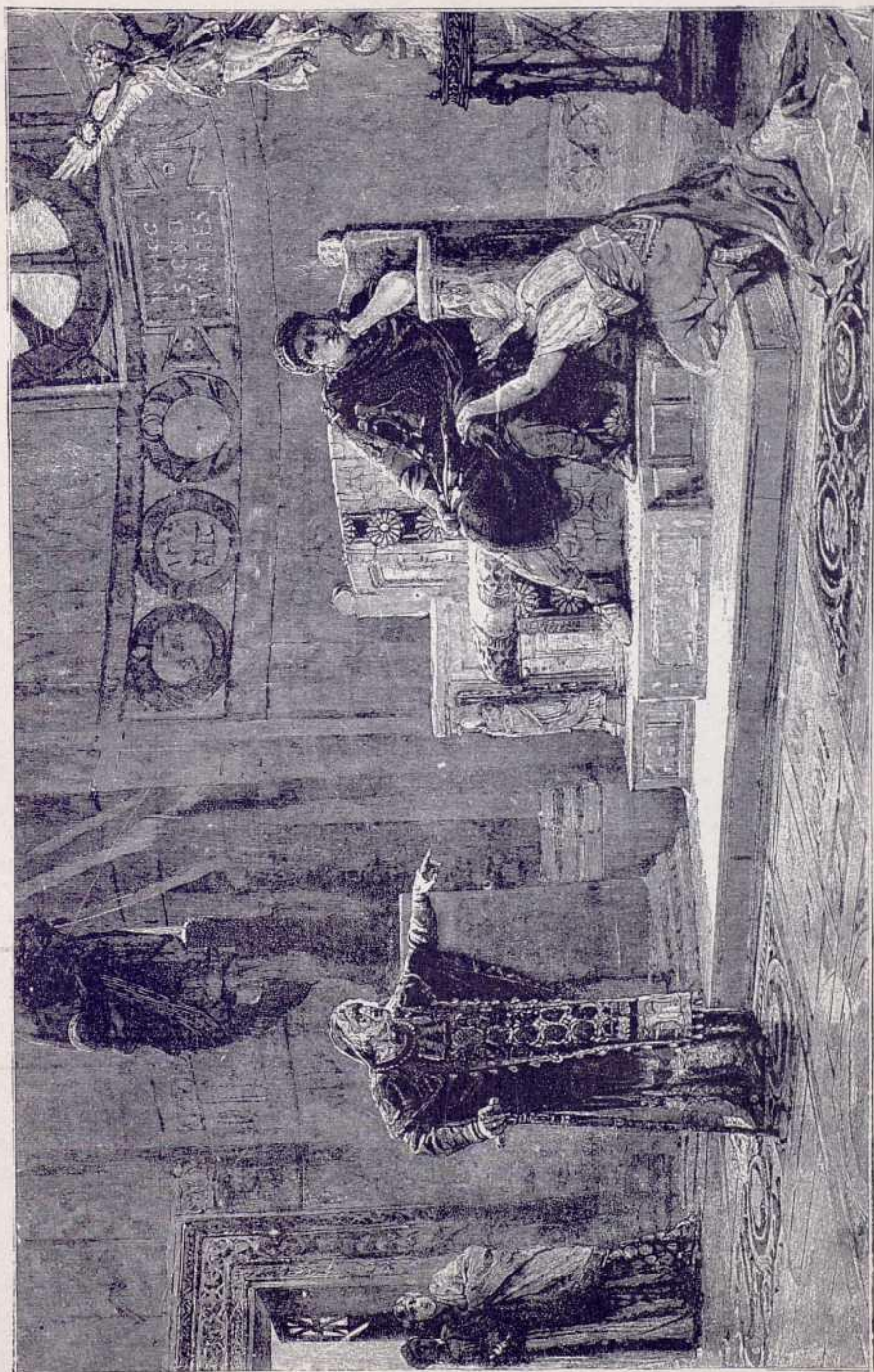
aunque muy jóvenes, á los honores de su rango; y Crispo, después de gloriosos servicios prestados al Imperio, había quedado casi oscurecido en Roma. ¿Qué extraño es que se volviesen hacia él las esperanzas de la nobleza romana, la cual no podía ver sin horror la política religiosa de Constantino? Favoreciese ó no estas esperanzas el joven príncipe, el hecho fué que recibió cuando menos lo podía esperar, la orden de ir á morir á Pola de Istria. En la ruina de Crispo fueron envueltos muchos personajes como presuntos cómplices, y entre ellos, el príncipe de los apolo-gistas cristianos, Lactancio, que también acabó sus días en miserable ostracismo.

La condenación de Crispo puede explicarse; ¿pero cómo se explica el sacrificio del adolescente Liciniano, hijo de Constanza, la hermana predilecta del emperador? Acaso se debiera á los celos de Fausta, y se le sacrificara por temores de que algún día pudiese aspirar al trono de sus hijos. Pero la defensa de los derechos de éstos, para lo porvenir hecha con la sangre de un inocente, reclamaba una expiación, y la anciana madre de Constantino, Elena, la repudiada esposa de Constancio Cloro, pidió á su hijo esta expiación con la vida de Fausta ¹. Constantino hizo morir en efecto, á su suspicaz esposa ahogándola en un baño caliente, consagrando su muerte á los manes del hijo y del sobrino por ella sacrificados. El emperador dió la casa de la que fué su esposa (*Domus Faustae*) al obispo de Roma para que la habitara, y los obispos Romanos vivieron en ella por espacio de cerca de mil años.

1 Al año siguiente de la tragedia romana, Elena emprendió la famosa peregrinación á Tierra Santa, que dió origen á la leyenda del descubrimiento de la Cruz de Jesucristo. Sobre esto conviene advertir, que el contemporáneo Eusebio, historiógrafo de la Iglesia y de Constantino, obispo de Cesárea y por ello metropolitano de Jerusalén, habla del descubrimiento del Santo Sepulcro, hecho por Elena, pero sobre el *inventio Crucis*, no dice nada, lo cual demuestra que la famosa fábula, se inventó después de su muerte.



FUNDACIÓN DE CONSTANTINOPLA.



ELENA PIDE Á CONSTANTINO EL SACRIFICIO DE FAUSTA.



De las orillas del Tíber, el emperador se vió llamado á las del Danubio, por la guerra que se había encendido entre los Godos y los Sármatas. Constantino se aprovechó de aquella coyuntura para vengarse del auxilio que los Godos dieron á Licinio. Los historiadores pasan en silencio esta guerra gótica, que fué terminada victoriosamente por Constantino en el año 328; pero las medallas llenan esta laguna; y por ellas se sabe, que no sólo el Emperador alcanzó la victoria sobre los Bárbaros, sino que construyó además un nuevo puente sobre el Danubio.

III. — Fundación de Constantinopla.

Durante esta empeñada guerra, se maduró en la mente de Constantino el propósito de fundar sobre el Bósforo trácico, la nueva metrópoli del Imperio. Aquel pensamiento no era nuevo. Lo había concebido cien años antes Piscinio Níger, el desgraciado rival de Septimio Severo; pero su ejecución adquiriría nueva importancia, por los acontecimientos que se habían sucedido en el último siglo. Ya el sistema de Diocleciano había variado el centro político del Imperio, creando cuatro nuevas metrópolis fuera de Roma, y asignando la primacia á Nicomedia, en la Bitinia. Pero llegaba el momento en que se sentía la necesidad de reforzar la defensa de las fronteras orientales, amenazadas en Asia por el reciente reino de los Sassanidas, y en Europa por la fiera nación de los Godos. Abatida la tetarquía y restablecida la unidad política del Imperio, presentábase á Constantino la gran cuestión de la defensa del Imperio mismo, cuestión que Roma no podía resolver, porque el centro del peligro no estaba ya en el Rhin y los Alpes, sino en el bajo Danubio y el Éufrates. Otra razón

quitaba á Roma la capitalidad. La revolución religiosa á que la política de Constantino había dado vida, reclamaba un centro de acción, virgen de tradiciones y de influencias paganas, para conseguir pacíficamente su triunfo. Roma, la ciudadela del paganismo, no podía ser el terreno neutral donde pudiera desarrollarse libremente. La elección de Bizancio, además de las condiciones políticas y religiosas, satisfacía á las militares y estratégicas á causa de su admirable posición geográfica, á la entrada de la Propóntide, entre el Bósforo trácico y el Helesponto, y sobre un golfo estrecho y profundo. Desde allí la flota romana podía vigilar á un tiempo la costa asiática y la europea del mar Negro, y enviar pronto auxilios allí donde fuera más grande el peligro.

La importancia histórica que esta ciudad se conquistó bien pronto, es la mejor prueba de la sabiduría que presidió á su elección. Si al surgir como metrópoli marcó una nueva faz en la vida del Imperio, su caída en manos de los Turcos marcó una nueva faz en la política de los Estados europeos. Son dos momentos decisivos en la historia de la civilización. El Occidente, lejos del centro de la defensa, queda pronto impotente para contener el ímpetu de los Bárbaros, y sucumbe ante ellos; el Oriente, en cambio, puede resistir largo tiempo á los asaltos del mundo bárbaro; y cuando una nueva potencia formidable se levantó contra él en el Asia occidental, supo defender contra aquella potencia sus provincias europeas, y conservó su vida por ocho siglos más. Roma, abandonada por sus emperadores, continuó por otra vía su gloriosa historia. Al desierto Palatino sucede el Vaticano; y desde allí, la civilización latina encuentra en el obispo de Roma su nuevo moderador. El Imperio ha caído, pero el fuego sagrado de la civilización no se extingue. La Iglesia lo recoge y lo difunde por todo el mundo bárbaro.

El 11 de Mayo de 330 tuvo lugar la dedicación de la nueva metrópoli. El emperador le puso el nombre de *Nueva Roma*; pero ya sus contemporáneos la llamaron *Constantinópolis*. Sus monumentos nos dan nueva prueba del eclecticismo religioso de Constantino. Al lado de los templos cristianos, la nueva Bizancio vió levantarse templos consagrados á los dioses. Por una parte, la iglesia de los Apóstoles y de Santa Irene; por otra, los templos paganos de la Fortuna de Roma y de Cibeles. En el hipódromo, principiado por Septimio Severo y terminado por Constantino, se levantaban las estatuas de Cástor y Polux; en el límite miliario veíase la estatua del Sol con la cruz sobre la cabeza; y en medio del Foro sobresalía sobre un monolito de pórfido de más de treinta metros de alto, la antigua estatua de Apolo, llevada de Heliópolis, y transformada, cambiándole la cabeza, en la estatua del emperador.

Los habitantes de la nueva Roma tuvieron distinciones y privilegios iguales á los de la antigua. Diversos edictos les concedían el derecho itálico y la distribución gratuita de grano, vino y aceite, é instituían en la nueva metrópoli un Senado igual en dignidad (y también en impotencia) al romano. Para atraer á los patricios Romanos á establecerse en las orillas del Bósforo, Constantino concedió á los inmigrantes notables ventajas. El alcanzar el favor del príncipe era ya suficiente incentivo para que los nobles Romanos acudieran á su llamamiento; y la vida ociosa y á expensas del Estado llenó bien pronto la ciudad privilegiada de una turba de vagamundos, que envenenaron con sus corrompidas costumbres y con su espíritu turbulento desde el principio la nueva población.

NUEVA ORGANIZACIÓN DEL IMPERIO

Á la traslación de la capitalidad uni6se el nuevo orden civil y militar establecido en el Imperio. La escasez de fuentes hist6ricas no permite distinguir la parte que en este nuevo orden de cosas corresponde á Diocleciano, y la que es propia de Constantino, sin embargo de que en una y otra fuese com6n el concepto de afirmar el despotismo imperial, con una s6lida sistematizaci6n de la jerarquía del Estado y la separaci6n de las dos potestades, civil y militar.

Creaci6n de Constantino fué indudablemente la divisi6n del Imperio en cuatro grandes *prefecturas*, en sustituci6n de las cuatro monarquías imperiales de Diocleciano. La nueva divisi6n tenía un caráctér puramente administrativo, y era independiente de la unidad 6 pluralidad del principado; sistema que tenía la ventaja, comparado con la tetrarquía de Diocleciano, de sustraer la administraci6n p6blica á las mudables vicisitudes del principado mismo. Las divisiones secundarias en *di6cesis* y *provincias*, establecidas por Diocleciano, se conservaron en el nuevo arreglo. Las cuatro prefecturas fueron designadas con los nombres de *Oriental*, *Ilírica*, *Gálica* é *Itálica*. La prefectura de *Oriente*, con la sede del gobierno en Constantinopla, comprendía los territorios situados entre las cataratas del Nilo y el curso del Fasi, y comprendía cinco di6cesis y cuarenta y seis provincias. La *Ilírica*, repartida en dos di6cesis y once provincias, comprendía la Pannonia, la Dacia, la Macedonia y la Grecia, y tenía por capital á Sirmio. La *Gálica*, con tres di6cesis y veintinueve provincias y con la silla del gobierno en Tréveris, se componía de la Galia Transalpina, de la Bretaña y de España; y finalmente, la *Itálica*, con cuatro di6cesis y cuarenta provincias, y con Milán por capital, además de la Italia, comprendía los dos Rezos, las islas

del Mediterráneo y los territorios africanos situados entre la Circasia y la Pentápolis Líbica (gobierno de Beganzy en la Tripolitana) por un lado, y la Mauritania Tingitana (Marruecos) por otro. En este arreglo se reservó una posición privilegiada á la antigua y á la nueva metrópoli; y se concedió igual dignidad á los cuatro prefectos.

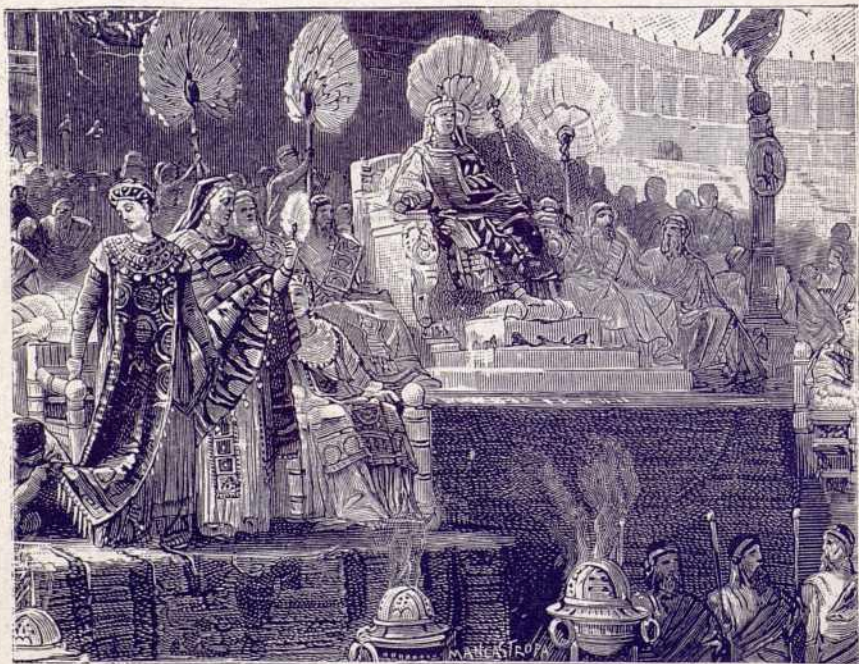
En armonía con la administración civil, fué ordenada también la militar. En cada una de las prefecturas habia un jefe general del ejército con el nombre de *magister militum*; á las inmediatas órdenes de estos cuatro jefes supremos, ocho oficiales generales con los nombres de *magistri equitum et peditum*; y de éstos dependían otros treinta y cinco jefes generales (*duces*). La completa separación de la infantería y caballería, y la reducción de la fuerza de las legiones de 6.100 hombres á 1.500, dieron el golpe de gracia á la antigua legión romana ¹. De este modo los *pronunciamientos* en lo porvenir serían más difíciles, porque podían ser más fácilmente reprimidos; pero también sería más difícil la victoria, porque los cuerpos militares llevarían al campo el sentimiento de su propia debilidad.

No fué más feliz la división de la milicia, en *palatina* y *confinante*, con trato y alojamiento diversos, porque esto produjo en el ejército un dualismo que en las futuras guerras daría funestos resultados. La palatina comprendía cerca de una quinta parte de toda la fuerza, y tenía mayor paga y menos cargos. Estaba acuartelada en los centros de las provincias, y no dejaban sus pacíficos alojamientos sino en caso extraordinario de guerra. En cambio, los confinantes estaban acampados en la frontera, y expuestos á los continuos asaltos de los bárbaros. Fácil es comprender cómo mirarían tan injusta diferencia. Si la antigua virtud militar desertó de las legiones, y si la resistencia á las invasio-

1 El número de las legiones se elevó á 175.

nes bárbaras perdió de día en día su eficacia, á la reforma Constantiniana puede atribuirse la responsabilidad de tan funestos resultados.

Relacionada con la nueva división del Imperio estaba la creación de la *divina jerarchia*, título oficial que llevaban los grandes y los pequeños dignatarios, activos instrumen-



LA TRIBUNA Ó PALCO IMPERIAL EN EL CIRCO.

tos del despotismo oficial. Eusebio justifica la creación de aquellos numerosos cargos, diciendo que Constantino quería con ellos honrar á gran número de ciudadanos ¹; pero la verdad es que con la multitud de los instrumentos del poder, se quiere principalmente consolidar el despotismo del príncipe.

¹ Eusebio, *Vita Const.*, IV., 1.

Al frente de la divina jerarquía, entre el cielo y la tierra, estaba el emperador, designado con los títulos de *eterno* y *divino*, que hacía sagrado todo lo que le pertenecía y cuya voluntad era la ley. Su imagen en las monedas aparecía con la aureola (*nimbus*) que la Iglesia daría como distintivo á sus Santos; y los individuos de la familia imperial llevaban título de *nobilísimos* y vestían la púrpura.

Después del emperador iba el *Sacrum Consistorium* ó Consejo supremo, que debía ayudar al soberano en el ejercicio de su poder legislativo y judicial. Componíanlo siete dignatarios, especie de ministros, designados con diversos nombres, según la naturaleza de las respectivas atribuciones: el *praefectus sacri cubiculi*, tenía la dirección del servicio privado; el *magister officiorum* ejercía su jurisdicción sobre el personal del aula regia, y era el órgano por medio del cual funcionarios y ciudadanos se entendían con el soberano; el *quaestor* tenía el encargo de preparar las leyes, y de refrendarlas después que el emperador las había firmado; el *comes sacrarum largitionum* dirigía todo lo referente á la explotación de las minas, á las casas de moneda y al erario de las ciudades más importantes; el *comes rerum privatarum divinae domus*, tenía la administración del patrimonio de la familia imperial; y finalmente, los *comites domesticorum equitum et peditum*, tenían el mando de la guardia de honor, compuesta de 3.500 hombres, dividida en siete *scholae* de 500 hombres cada una.

Después de los ministros iban los cuatro prefectos pretorianos, á quienes competía el gobierno civil y judicial de su respectivo departamento. Tenían á su cargo la publicación de las constituciones imperiales, y repartir anualmente los impuestos entre las provincias y las ciudades. No había apelación de sus sentencias, y sólo se permitía acudir á la gracia del soberano. Los prefectos estaban ayudados en sus diócesis por *vicarios*; y en las provincias los

gobernadores tenían títulos diversos, según la importancia del distrito de su administración (procónsules, consulares; correctores y presidentes). Á todos estos magistrados, grandes y pequeños, se daban títulos honoríficos según su categoría. Los miembros del sagrado Consistorio, los cuatro prefectos pretorianos, y los cuatro jefes supremos del ejército llevaban el título de *ilustres*; los vicarios de las diócesis y los otros jefes generales de la milicia recibían el de *spectabiles*, y los gobernadores de provincia el de *clarissimi* y aun el de *perfectissimi*.

Fuera de la jerarquía burocrática, encontramos el título de *gloriosus* dado á los dos cónsules de Roma y al procónsul de Constantinopla ¹: el título de *patricius* era título honorífico concedido por el emperador á los altos funcionarios, así como el de *comes*, que otorgaba á personajes de su confianza, y por punto general á sus consejeros privados.

En aquella *divina jerarquía* no quedaba naturalmente ningún puesto para el pueblo, en odio del cual había sido creada. Si todavía subsistieron asambleas provinciales, no eran más que el eco de los grandes ó pequeños dignatarios; y si alguna vez decían algo al emperador acerca de la enormidad de los gravámenes que sobre los pueblos pesaban, se les respondía que la administración del Imperio era costosa y que era preciso para sostenerla aumentar los impuestos. Así sucedió con el *chrysargirum*, impuesto que gravaba á las clases industriales y que no perjudicaba menos á la gente pobre; reservándose el derecho de aumentar la *capitatio terrena* ², estableciendo que cada quince años se hiciese el censo territorial. Esta operación, suministrando un cri-

¹ Constantinopla, en vez de los cónsules tenía el procónsul, que convocaba y presidía el Senado.

² Dos eran los impuestos designados con el nombre de *capitatio*, la *terrena*, que comprendía á los propietarios territoriales, y la *humana*, que comprendía á la plebe rústica ó sea á los colonos.

terio positivo para apreciar el valor de la propiedad de cada ciudadano, daba los datos para fijar la medida del impuesto en relación con las necesidades del Tesoro público. De este período quindicennal del censo tomó origen la era de las Indicciones, que al fin del siglo IV substituyó á la de las Olimpiadas ¹.

ÚLTIMOS TIEMPOS DE CONSTANTINO

Los últimos años de Constantino fueron escasos en sucesos notables. Después de la dedicación de la nueva metrópoli, no se registran más que dos hechos importantes. Una nueva guerra en el Danubio sostenida entre Godos y Sármatas, y que fué de mal resultado para los Bárbaros. Los Sármatas, trabajados por la guerra civil que había provocado la rebelión de los esclavos, emigraron en gran número de su país, acogiéndose, parte á los Quadios de más allá de los Cárpatos, y otros á la protección de Constantino. Aco-
gió éste en el Imperio 300.000 de aquellos Bárbaros, y los diseminó en las provincias de la Pannonia, Tracia, Macedonia é Italia.

El otro hecho notable de Constantino en estos últimos tiempos fué la división del Imperio entre sus hijos y sobrinos. Después de haber trabajado tanto para unificarlo, restableció en los últimos años de su reinado, y aun exagerándolo, el sistema de Diocleciano, pues hizo del Imperio una pentarquía. Á la muerte del desgraciado Crispo, quedaron á Constantino tres hijos que había tenido de Fausta, Constantino, Constancio y Constante. Cuando estableció la

¹ El primer país que usó las indicciones como dato cronológico fué el Egipto, que las introdujo en el año 312.

sucesión del trono, el primero de ellos tenía 20 años y el último 12. Los tres habían recibido ya el título de César, asignando al primero la prefectura Gálica, á Constanzo el Oriente del lado allá de la Propóntide, y á Constante la Italia, el África y las provincias Ilíricas. Llamó después á participar de la herencia á sus dos sobrinos Dalmacio y Annibaliano, vástagos del segundo matrimonio de Constancio Cloro con Teodora; al primero asignó la Tracia con Constantinopla, la Macedonia y la Acaya, y al segundo, que era además su yerno por haberse casado con su hija Constanza, le dió, bajó la alta soberanía de Constancio, el Ponto, la pequeña Armenia y la Capadocia. Esta división fué hecha en Septiembre del año 335 y mandada poner inmediatamente en práctica; de manera que Constantino, en los dos últimos años de su vida, pudo ver sin abdicar el trono, la manera de gobernar sus herederos, y bajó á la tumba con la ilusión de que la concordia no se turbaría entre ellos. ¡Apenas habían transcurrido tres meses después de su muerte, cuando Dalmacio y Annibaliano morían asesinados por orden de sus primos!—Constantino murió cerca de Nicomedia el 22 de Mayo de 337. Acerca de su bautismo ¹ en los últimos momentos de su vida, la historia juzga ocioso impugnarlo en el estado actual de la crítica, como tampoco entra á impugnar la famosa fábula de una donación territorial hecha por Constantino al obispo de Roma, Silvestre. La única donación documentada es aquella, de que ya hablamos, del palacio lateranense, que fué el palacio de su mujer Fausta ².

¹ San Agustín refiere, que Constantino, antes de morir, se hizo bautizar por Eusebio, obispo de Nicomedia. Siendo éste arriano, la narración de San Agustín adquiere cierto grado de verosimilitud, porque la Iglesia ortodoxa tenía más interés en ocultar tal hecho que en propalarlo.

² Si bien el nombre de *Domus Faustae* no se dió más que á uno solo de los palacios lateranenses, Fausta poseía otros que habían sido también de la familia Laterano, de la cual conservaba el nombre; y en medio de estos palacios Constantino hizo

El entusiasmo de los escritores eclesiásticos dió lugar á juicios contradictorios acerca de Constantino; y mientras los partidarios del papado lo enaltecieron hasta las nubes, los adversarios del dominio temporal de la Iglesia lo juzgaron con acerbo rigor.

Pero prescindiendo de unos y otros apasionados juicios, hay que formar de Constantino el juicio que le represente en realidad. Haciendo el resumen de sus cualidades morales, la que sobresale entre ellas y á la que parecía que todas las demás estaban subordinadas, era una suprema ambición de mando. Á tal pasión lo sacrificó todo, fama, conciencia, é hizo á veces que predominase en él el instinto sanguinario que tenemos de común con los animales. Cuando creyó que su hijo Crispo podía hacerle sombra, lo sacrificó como había antes sacrificado á Licinio. La fuerza intelectual superaba en él á la del ánimo. Su poderosa inteligencia le hizo prever el triunfo definitivo del cristianismo, como su genio político le sugirió la resolución felicísima de la nueva metrópoli. Al realizar este pensamiento no previó, como entonces no podía preverse humanamente, que con privar á Roma de sus emperadores la preparaba para la monarquía pontifical de sus obispos. El papado surge á pesar suyo. Su sistema político excluía desde luego la existencia de un poder autónomo en el seno del Imperio. El príncipe, único depositario del poder, debía imperar sobre el episcopado, de la misma manera que imperaba sobre el sacerdocio pagano; y Anastasio, que quiso alcanzar privilegios para los obispos, fué á sufrir en el destierro de Tréveris las consecuencias de sus pretensiones. La Iglesia romana se vengó de aquella autocracia negando á Constantino los honores de los altares. En cambio,

construir la Iglesia madre de la cristiandad: *Omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput*. En su origen, la basilica lateranense estuvo dedicada á Cristo Salvador, y hasta el siglo VI no mudó de nombre, recibiendo el de San Juan Bautista.

la Iglesia oriental, en la cual duró hasta en los siglos futuros la dependencia que tenía el episcopado del poder civil, veneró á Constantino como santo, y celebra con solemnidad religiosa el aniversario de su muerte.

LOS HIJOS DE CONSTANTINO ¹ (337-361)

El reinado de los hijos de Constantino inauguróse con una cruel tragedia. La rama colateral de los Flavios, es decir, la descendencia masculina de Constancio Cloro, procedente de su segundo matrimonio con Teodora, quedó exterminada. Dos solos vástagos escaparon del horrendo asesinato, Gallo y Juliano, hijos de Julio Constancio y sobrinos de Teodora: el primero tenía entonces 12 años y estaba enfermizo; el segundo apenas había cumplido el primer lustro; y á su enfermedad el uno, y á su tierna edad el otro, debieron su salvación.

¿Quién fué el autor del asesinato? ¿Por qué fueron inmoladas tantas víctimas? La reticencia de los historiadores contemporáneos ha echado un velo sobre el cruel suceso, confundiendo la parte del mandatario con la del mandante. Según Eutropio, fué la soldadesca de Constantinopla la

¹ Fuentes: Aurelio Victor, *Caesar.*, 41-42. La obra de Aurelio Victor termina con la muerte de Constancio. — Eutropio, *Breviarium*, X. — Ammiano Marcelino, *Rerum gestarum, libri XXXI*. El autor se propuso continuar la historia de Tácito. Comenzó, por lo tanto, en la muerte de Nerva y llegó en su narración hasta la muerte de Valente (96-378). Por desgracia, los primeros trece libros se han perdido, y los que nos quedan contienen la historia del Imperio desde el año 353 al 379. Marcelino era originario de Antioquia; sirvió honradamente en el ejército, y principió á escribir su obra hacia el año 391. Era pagano, pero su politeísmo no le apasiona ni le hace sectario: *Utrumque petuimus veritatem scrutari*, escribe, *ea quae videre licuit fer actatem vel perplexe interrogando versatos in medio scire narratimus ordine casuum exposito diversorum*. XV, 1.

que realizó aquellos crímenes ¹. Aquí evidentemente se trueca el papel del autor por el del ejecutor. ¿Qué razón, en efecto, tenía la milicia para odiar á la progenie de Teodora? ¿Qué mal les habían hecho aquellos inocentes? ¿Y cómo explicarse la presencia de Dalmacio y de Annibaliano en Constantinopla, si no hubiesen recibido una orden superior? Entre los escritores contemporáneos hubo, sin embargo, uno que consignó sin ambages la verdad sobre el trágico acontecimiento. Fué éste, Juliano, el futuro emperador, y uno de los que escaparon de la matanza. Cuando los príncipes bajaron á la tumba y el temor de la venganza no le obligaba á callar la verdad, denunció abiertamente á su tío Constancio como el autor de aquella tragedia ².

Puede concederse que la soldadesca fuese más allá en la ejecución del mandato, de lo que Constancio hubiera querido, y que la frase de Eutropio «sinente magis quam jubente», tuviera parte de verdad. Pero que la idea de la muerte naciera de él, y que el propósito fuera suprimir dos colegas intrusos y dos pretendientes terribles, no puede ponerse en duda. La fábula contada por Filostorgio ³ de que los hermanos de Constantino habían á última hora tratado de envenenarle, fué inventada entonces para destruir la odiosidad del hecho, en el caso de que no hubiera podido permanecer oculto.

Á la muerte de Constantino, Constancio encontrábase

¹ Eutropio, hablando de la muerte de Dalmacio, se expresa de tal modo que hace creer que Constancio consintió en aquella muerte contra su voluntad: *Dalmatius oppressus est factione militari, Constantio patruelli suo sinente potiusquam jubente*. X, 9.—Aurelio Victor se expresa sobre este particular en términos dubitativos: *Dalmatius incertus quo suatore interficitur*. *Caes.*, 41.

² Juliano, *Epist. ad Athen.*, pág. 270, ed. Spanheim. En el panegirico de Constancio encontramos una versión diferente del hecho, lo cual no puede causarnos maravilla; el panegirista no podía erigirse en acusador. También Atanasio, *Hist. Arian.*, cap. 33, 69, y Zosimo, II, 40, acusan á Constancio como autor del asesinato.

³ Filostorgio, II, 17.

en Mesopotamia al frente del ejército que debía combatir contra los Parthos, y dejando á otro el mando, corrió á Constantinopla para celebrar las exequias de su padre. Cumplida la piadosa ceremonia, en lugar de volverse á Oriente permaneció tres meses en la nueva metrópoli, durante cuyo tiempo urdió indudablemente la trama, que en el mes de Septiembre tuvo tan fatal desenlace. Todos los hermanos de Constantino con sus hijos, á excepción de los dos pequeños, Gallo y Juliano, los cuñados y el prefecto Ablavio, fueron degollados por la comprada soldadesca. Los asesinatos septembrinos de la Revolución francesa encontraron terrible precedente en Constantinopla, quince siglos antes. Después del crimen, los tres hermanos tomaron juntos el título Augustal (9 de Septiembre), y al año siguiente, reunidos en Sirmio, procedieron á un nuevo reparto del Imperio. Constancio agregó á sus dominios el Ponto y la Tracia con Constantinopla; Constante el Ilírico, y Constantino el Noroeste de África.

La concordia duró bien poco. El mayor de ellos, no satisfecho con la parte que le había tocado en la última división, tomó pretexto de la dificultad que había para trazar los confines de sus dominios africanos, y declaró la guerra á su hermano menor Constante. Aprovechándose de hallarse éste fuera de Italia, atravesó de improviso los Alpes para ocupar la península antes de que aquél tornase; pero los generales de Constante velaban, y reuniendo buen golpe de tropas acamparon en Aquilea esperando al enemigo. Constantino, fiando demasiado en sus fuerzas y en el prestigio de su nombre, atacó con gran ímpetu las tropas de su hermano, y cayó en una emboscada que le costó la vida (Abril de 340). Al volver Constante á Italia, ya no encontró ni á su hermano ni á su ejército, y ocupó sus dominios sin tener en cuenta los derechos de Constancio.

Hallábase éste por aquel tiempo ocupado en el extremo Oriente, en una empeñada guerra movida al Imperio por Sapor II, rey de los Parthos, habiendo sido la razón principal de aquellas hostilidades, la tentativa hecha por el rey asiático para recuperar las provincias de más acá del Tigris, perdidas por los Parthos en la última guerra romana. Nisibi, llave de la Mesopotamia romana y uno de los principales centros del comercio del Asia occidental, era la pérdida que más sentía. Por tres veces en el espacio de doce años, Sapor intentó su reconquista, pero fué siempre rechazado; y ahora formó el proyecto de quitar á Roma la Armenia, aprovechando las disidencias religiosas que agitaban aquella región. El rey Tiridates había abrazado la fe cristiana, y este abandono de la religión de sus abuelos suscitó contra el monarca el odio de la clase de los caballeros, la cual, por venganza, llamó á los Parthos. Así la guerra tenía un doble teatro, la Armenia y la Mesopotamia; pero sin embargo de su larga duración de doce años, no varió el estado de las fronteras orientales. Fué un gran estrago de vidas humanas de una parte y de otra, y grandes devastaciones en los dos Imperios, sin que ninguna de las dos partes pudiera atribuirse la victoria. La batalla más importante fué la que tuvo lugar el año 348 cerca de *Síngara* (Sindjar), al Mediodía de Nisibi, en los límites del desierto. En ella los Romanos llevaron la peor parte, pero el enemigo no supo sacar ningún provecho de ello, y Nisibi, sitiada por tercera vez, después de aquella jornada, rechazó victoriosamente el nuevo asalto de los Bárbaros. Por último, intereses mayores pusieron fin á aquel vano duelo. Sapor tuvo que acudir al Oriente de su Imperio para rechazar á los Masagetas que lo habían invadido, y Constancio se veía llamado á las provincias occidentales por una tremenda rebelión, que había costado á su hermano Constante trono y vida (350).

Ningún hecho notable refieren los historiadores de este emperador, que pueda justificar, ya las alabanzas que le tributa Atanasio, ya las fuertes censuras de Eutropio, de Aurelio Víctor y de Zosimo. El primero le pinta como un santo; los otros, por el contrario, como un libertino y un tirano. Nos faltan pruebas para decidir de parte de quién está la razón; y si la virulencia del lenguaje de los detractores induce á la sospecha, de que el espíritu de partido había recargado las tintas oscuras del cuadro, el lirismo del panegirista legitima la duda, de que los colores brillantes sean producto de espíritu apasionado. Constante, en verdad, era ardiente partidario del símbolo niceno, y de esto emanan las alabanzas que le tributa el fanático obispo Atanasio, que á Constante y á su hermano Constantino II debía la restitución de su silla episcopal de Alejandría; y de aquí también emanaba el odio que el pagano Zosimo alimentaba contra él. Lo que la historia puede afirmar de Constante, es que fué un príncipe inepto. Lo demostró la oscuridad de un reinado de 13 años, y lo innoble de su caída. Bastó una conspiración urdida por uno de sus ministros, Marcelino, conde de las *sagradas larguezas*, y de un general Bárbaro, Magnencio, jefe de las dos legiones palatinas instituídas por Diocleciano, para hacerle perder corona y vida, sin que ninguno se levantase en su defensa. Tuvo lugar el fatal suceso en *Augustodunum* (Autun). Un día en que Constante había ido á cazar á una floresta cercana, Marcelino, á pretexto de festejar el nacimiento de un hijo suyo, invitó á un banquete á los principales oficiales de la corte. Al ir á levantarse de la mesa, Magnencio apareció en la sala vestido con la púrpura y con la diadema imperial. Los convidados, medio ebrios, viéndolo con aquellas insignias le saludaron como emperador, y los soldados que estaban por la parte de afuera sancionaron con sus gritos aquel saludo (18 de Enero de 350). Constante,

al tener noticia de esta rebelión, no tuvo más que un pensamiento: salvarse huyendo; y ya había llegado á los Piri-neos, cuando los caballeros Francos enviados en su alcance por el usurpador, le alcanzaron en Elena ¹ y lo mataron.

Magnencio ² era Franco y Sajón de origen. Su familia era una de aquellas bárbaras que Constantino había llevado desde la Germania á la Galia, y de aquí la invectiva de Juliano contra Magnencio, á quien llama «residuo miserable de sangre germánica, engendrado en la servidumbre» ³. El encontrarse en las dos legiones palatinas puestas á las órdenes de Magnencio muchos soldados Bárbaros, facilitó el éxito de la usurpación, pues éstos consideraban más compatriota suyo á Magnencio que á Constante, en atención á que la larga servidumbre que venían sufriendo los Galos no les había reconciliado con Roma; y de aquí la facilidad con que fué reconocido en toda la Galia. Falta-ba que la Italia se sometiera al usurpador. Una tentativa hecha por Nepociano, hijo de una hermana de Constantino I (Eutropia), de apoderarse de la antigua metrópoli, falló al presentarse Marcelino delante de Roma con su ejército; y Nepociano, después de un reinado efímero de 28 días, expió con la muerte su tentativa (Junio de 350). El Occidente entero obedeció á Magnencio, el cual soñaba con seguir en la Galia el ejemplo de Constantino Magno, de dar al Imperio en su familia una nueva dinastía, cuando en el momento decisivo la fortuna le volvió la espalda, y le hundió con todos los suyos en irreparable ruina.

En tal estado de cosas fué gran fortuna para Constancio que el rey de los Parthos se viera obligado, por la invasión de los Masagetas, á suspender la guerra contra el Imperio.

¹ Es la antigua *Illiberis*, á la que Constantino había mudado el nombre, dándole el de su madre. Todavía se llama aquella ciudad *Elne*.

² Como emperador, Flavio Magno Magnencio.

³ *Jul., Paneg.*, I, 29.

Pudiendo obrar ya con libertad de acción, condujo Constancio á Europa sus legiones para restablecer en Occidente la dominación de los Flavios, encontrando en el Ilírico el primer usurpador. Era éste el anciano general Vetranión, á quien los soldados, al tener noticia de la rebelión de la Galla, habían aclamado emperador, ciñéndole con sus propias manos la diadema, la viuda de Annibaliano, incitándole á vengar en su hermano Constancio la muerte de su esposo. Constancio se desembarazó bien pronto de este rival. Después de haberle hecho creer que le reconocía como su colega en el Imperio, le invitó á una conferencia en Naisso para fijar definitivamente las condiciones de su convenio. Vetranión compareció en el lugar señalado con su ejército; pero ya emisarios secretos de Constancio habían cambiado el ánimo de los jefes para su nuevo soberano, y cuando Constancio, en una habilísima alocución dirigida á los dos ejércitos, evocó la memoria gloriosa de su padre, ante aquel oportuno recuerdo las legiones de Vetranión se sublevaron. El pobre viejo depuso entonces la púrpura y se entregó á merced de Constancio. Éste le concedió la vida, y lo relegó á Prusa (Brussa) en la Bitinia (25 de Diciembre de 350).

Constancio se encontró ya solo con Magnencio, que era un enemigo mucho más peligroso que Vetranión. Para alejar á su rival de Italia, Magnencio le salió al encuentro en Pannonia. Encontrólo acampado en fuertes posiciones sobre el Drava en *Mursa* (Essek), y de esta ciudad tomó nombre la batalla, que si no comprometió por el momento la unidad del Imperio, sí ejerció grande influencia para su suerte en lo porvenir. Fué aquel hecho de armas de los más sangrientos que la historia de Roma recuerda ¹. Entre una y otra parte perecieron 54.000 hombres, de los cuales

¹ *In quo bello*, dice Aurelio Victor (*Caes.*, 42), *paene nusquam amplius Romanae consumptae sunt vires, totiusque Imperii fortuna pessumdata.*

24.000 pertenecían al ejército de Constancio (28 de Septiembre de 351).

El vencido Magnencio se refugió en Aquilea, donde se mantuvo todo el invierno; pero al presentarse la flota de Constancio en las aguas del Adriático, las defecciones invadieron el campo del usurpador, viéndose obligado á huir de Italia y acogerse á la Galia. Allí se encontró en medio de enemigos. La aversión suscitada en Italia por la crueldad de Marcelino, contribuyó en la Galia á su desgracia. Tréveris, sede del gobierno pretorio, se rebeló á su hermano Decencio, y bien pronto el ejemplo de esta ciudad fué seguido por las demás de la Galia. Magnencio no encontró otro medio de sustraerse á la venganza del vencedor que el suicidio, y se atravesó en Lión con su propia espada (Agosto de 353). El mismo fin tuvo poco después su hermano Decencio. Con esto, el Occidente entero reconoció á Constancio; pero los pueblos no tuvieron motivo, á la verdad, de alegrarse por haber quedado bajo el mando del legítimo príncipe, porque si en Magnencio habían tenido un rudo soldado, en Constancio encontraron un tirano suspicaz y feroz, é intolerante con todos los que sintiesen la propia dignidad personal, puesto que él no sentía la suya de príncipe. Su ministerio estaba compuesto de eunucos, con lo que su corte se había convertido en una oficina de bajas intrigas. Entre sus cortesanos señalábase cierto Eusebio, cuyo poder omnímodo describe el honrado historiador Ammiano Marcelino, diciendo irónicamente que ejercía sobre él mucha influencia el emperador ¹. Aquellos eunucos recibieron del emperador la orden de averiguar quiénes habían ayudado á Magnencio en su rebelión, ó habían recibido de él cargos ú honores; y mientras la Galia

¹ *Apud quem (Eusebium), si vere dici debeat, multum Constantius potuit.* Amm. Marc., XVIII, 4.

se cubría de sangrientas venganzas, el tirano Constancio celebraba en Arlés con pompa fastuosa el trentenario de su *imperium* ¹.

Entre aquellas venganzas, dos adquirieron celebridad especial por los personajes que fueron sus víctimas: Gallo, primo del emperador, y el general Silvano.

Ya vimos, al hablar de la muerte de los sucesores de los Flavios, que habían escapado de ella dos niños, Gallo y Juliano, hijos de Julio Constancio, hermano del Magno. En los 14 años transcurridos desde aquella cruel tragedia, los dos hermanos habían vivido apartados del mundo en un castillo de la Capadocia, habiéndolos tenido ocupados en continuos ejercicios religiosos para abatir su inteligencia y su ánimo.

En el año 351, la política de Constancio varió respecto á sus primos. Obligado por las usurpaciones de Vetranión y de Magnencio á alejarse de Oriente, no teniendo hijos, dejó para que lo representara en aquella comarca, tan amenazada por los Persas, con el título de César al mayor de los dos primos, Gallo (15 de Marzo de 351). Puso á su lado personas de su confianza para que vigilasen su conducta, y le dió por esposa á su hermana Constantina, que había vuelto á su gracia después de la caída de Vetranión.

Gallo no era mejor que su augusto primo. También era de índole feroz y dado á los placeres, para satisfacer los cuales oprimía con impuestos á los pueblos, logrando al fin atraerse el odio universal. Ayudábale en aquella rapaz empresa su mujer Constantina, un demonio, como la llama el historiador Marcelino ². Informado el emperador de la mala conducta de su primo, encargó le amonestasen, al

¹ El *imperium* databa de su nombramiento de César, que tuvo lugar en Noviembre de 323.

² *Megaere quaedam mortalis, inflammatrix saevientis assidua, humani cruoris avida.* XIV, 1.

prefecto de Oriente y al cuestor del sagrado palacio; pero Gallo mandó á sus guardias que mataran á los dos enviados imperiales; después de lo cual no le quedaba otra cosa que hacer sino rebelarse abiertamente contra Constancio, proclamándose Augusto. El astuto primo supo prevenir este golpe. Disimulando todo enojo, le invitó con buenas palabras á pasar á Italia con su mujer Constantina para tratar juntos de los grandes intereses del Imperio, y al mismo tiempo llamó también al mejor de los generales de Gallo, Ursicino, jefe de la caballería, á pretexto de combinar con él un nuevo plan de guerra contra los Persas. Gallo no se apercibió del lazo que se le tendía; pero Constantina, más suspicaz que él, sospechó algo y quiso preceder á su marido para conocer por sí misma el estado de las cosas. Apenas emprendió su viaje cayó enferma, y murió en Bitinia. ¿Fué natural su muerte? Los historiadores, incluso el mismo Juliano, no consignan sobre ello ninguna sospecha, pero las circunstancias en que la muerte aconteció, justifican la duda de que, á la imprevista muerte de aquella astuta mujer no fuese extraña la perfidia de Constancio y de sus consejeros. De cualquier modo, aquella muerte no despertó recelos en Gallo. Llegado á Adriánópolis se encontró con la orden de que despidiera su corte. En Petovio (Pettau) fué más ingrata su sorpresa. Un general de Constancio se le presentó con la orden imperial de arrestarle y despojarle de sus insignias de César. De allí fué trasladado á Pola, teatro de otras tragedias de los Flavios, y después de un simulacro de proceso fué decapitado al terminar el año 354. En la ruina de Gallo se vieron arrastrados sus consejeros y amigos, y después de otro breve proceso, el célebre eunuco Eusebio sufrió también la muerte.

Pocos meses después tuvo lugar una nueva tragedia.

Mandaba la frontera del bajo Rhin, un general de ori-

gen Franco, que ya había estado al servicio de Magnencio, y que se le había desertado en Mursa la víspera de la batalla. Constancio le premió aquel servicio confiándole tan importante mando, pero la fortuna de Silvano hubo de producirle celos peligrosos. Otro general, tenido por el emperador en menos que él, le acusó de tramas sediciosas. Silvano pensó en probar su inocencia, pero sintiendo en aquel momento peligrosa su posición, quiso prevenir el desastre, siguiendo el ejemplo de Magnencio: en Colonia se hizo aclamar emperador por sus soldados; y como antes contra Gallo, se usó contra Silvano el arma de la astucia. Constancio mandó á su campo al general Urcisino con el aparente encargo de tratar con él, y trabajó secretamente para sublevarle las tropas. La maniobra dió su resultado, y Silvano fué muerto por aquellos mismos soldados que 28 días antes le habían proclamado emperador (Agosto de 355).

La muerte del general franco, llevó tras sí una formidable recrudescencia en las invasiones bárbaras de la Galia. Numerosas bandas de Francos, Sajones y Alemanes pasaron el Rhin y ocuparon la orilla izquierda, desde el lago de Constanza á Batavia, entrando á saco en las principales ciudades, entre las cuales se contaron Maguncia, Strasburgo, Tréveris y la misma Colonia, cuartel general de las legiones. El grito de la Galia desolada, llegó á los oídos de Constancio cuando estaba entretenido en Milán con cuestiones teológicas. La urgencia del peligro reclamaba el pronto envío á la Galia de un fuerte ejército. ¿Pero á quién fiarle su mando? Después de los ejemplos de Magnencio y de Silvano, el generalato de la Galia parecía á la corte imperial un oficio asaz peligroso. La emperatriz Eusebia, designó el hombre en quien se podía confiar sin temor. Aquel hombre era Flavio Claudio Juliano, el hermano de Gallo, el único vástago que quedaba de la descendencia de Constan-

cio Cloro. Era, en verdad, el heredero presunto del Imperio, porque Constancio no tenía hijos propios ni esperaba tenerlos ¹; pero el emperador no quería á su primo. Á la muerte de su hermano lo había llamado á Milán, donde lo había tenido por espacio de siete meses, más como prisionero que como huésped. Por la intercesión de Eusebia le había permitido volver al Asia, y después, temiendo que le sublevase las provincias orientales, le ordenó pasara á vivir á Grecia, fijando su residencia en Atenas. Allí Juliano se encontró en su centro. Helenista entusiasta por educación, por convicción y también por reacción, pues el cristianismo era para él la religión de sus perseguidores y de los encarnizados enemigos de su familia, encontró en Atenas lo que ni Alejandría ni las grandes ciudades asiáticas ocupadas en cuestiones y sutilezas teológicas, podían ofrecer á un filósofo neoplatónico, y á un dogmático del helenismo politeísta.

Consérvase de Juliano una especie de autobiografía repartida en diversos escritos suyos. En el *Discurso contra Heraclio* ², refiere la historia de su infancia con un candor que fascina: en el *Misopogono* habla de su lecho solitario, de su corazón insensible al amor, y de su aversión á los placeres de Venus. En una carta á los cristianos de Alejandría, consigna que hasta los 20 años había seguido su religión ³. Expresa después su extrañeza de que se tomase á Jesús, á quien ninguno había visto, por el *Theos Logos*, y que no se adorase en su lugar «la sustancia», que todos ven, la viva imagen de la suprema inteligencia del padre, el gran He-

¹ Eusebia, dama de rango consular fué la segunda mujer de Constancio, con el que se casó á fines del año 352.

² Ed. Spanheim.

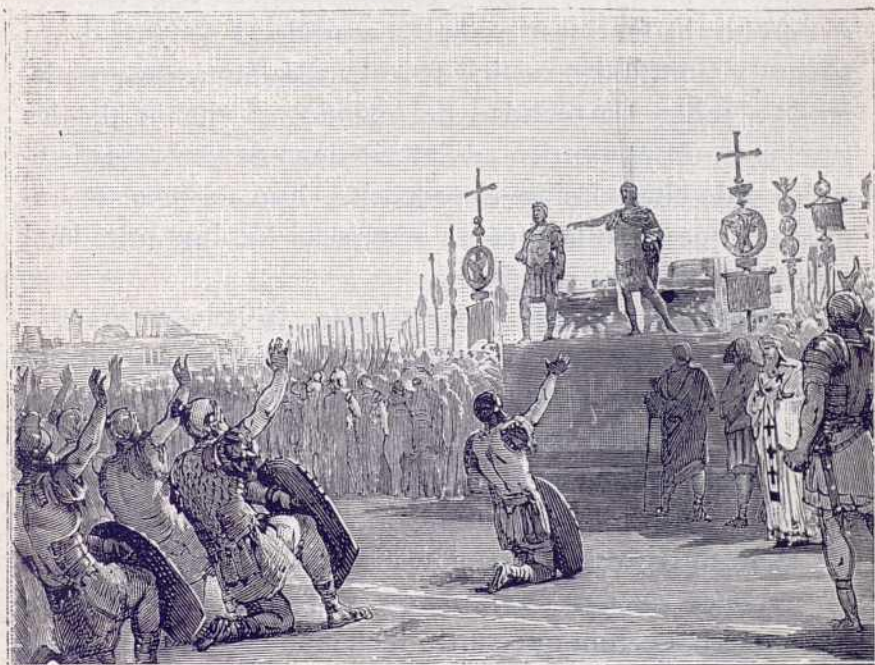
³ Es la carta LI de la colección de Spanheim. Las cartas de Juliano fueron recogidas y publicadas el año 1696 por Spanheim (Leypsik). Recientemente se hizo otra nueva edición por Heyller y Hercher (*Epistolographi graeci*, 1873), añadiendo algunas cartas descubiertas después de la publicación de Spanheim.



lios; y dedicó á «Helios», un escrito lleno de alestraciones filosóficas, en el cual llama al sol, padre colectivo de todos los mortales. Juliano admite un Sér divino, primitivo é invisible. Según su doctrina, el mundo que estaba unido á la providencia divina, desciende del Eterno, que no ha nacido y que durará siempre, y el sol es la emanación de este Sér eterno. Pronto veremos, que esta doctrina elevada al trono, suscitó una revolución, que habría detenido el triunfo del cristianismo, si el reinado de Juliano hubiera sido menos breve. El 6 de Noviembre de 355, Constancio presentó á las tropas el nuevo César, que lo aclamaron golpeando sus escudos sobre las rodillas. Para unirlo más estrechamente á su causa, el emperador lo desposó con su hermana menor Flavia Elena; pero este nuevo vínculo no bastaba para aquietar el ánimo suspicaz de Constancio, por lo cual renovó toda su *casa*, rodeándole de gentes de su confianza, que vigilasen la conducta del joven César, é impidiesen todo conato de rebelión.

Con Juliano renovóse la historia de su hermano Gallo. También Constancio, después de haberlo elevado, veía en él un rival, antes que un colega inferior, y estaba dipuesto á perderlo apenas el menor indicio alimentara sus sospechas. El 1.º de Diciembre, Juliano dejó la Italia y pasó á la Galia para asumir el gobierno de aquella región y el mando de las legiones renanas. El encargo que llevaba era de una dificultad extrema. Debía restablecer la frontera del Rhin invadida y saqueada por los Bárbaros, y devolver á la Galia la seguridad y la paz; y esto tenía que hacerlo un hombre extraño á las armas y criado en medio de los libros y de las especulaciones de la filosofía griega. Pero en aquel pensador solitario, con su manto y su aguda barba de estoico, alentaba el corazón del guerrero y el ingenio del estratégico. Bastáronle cuatro meses de estudio para conocer todo lo que se había escrito sobre estrategia y ejercicios de

campaña, y para saber el manejo de las armas y la gimnástica militar, tan bien como un veterano. La práctica no tardará en hacer de él un general de valía. Sus primeras hazañas revelaron pronto su genio. Con un éxito que suscitó el entusiasmo de las legiones, se abrió camino entre los Bárbaros y llegó al campamento de Marcelo en Reims.



PROCLAMACIÓN DE JULIANO.

En Alsacia arrolló una banda de Alemanes, y echó á los Bárbaros de Tréveris y de Colonia, reedificando sus muros; y de allí, orgulloso con tan buenos resultados de sus campañas, pasó á Sens sobre el Jonne, á pasar la invernada, conservando consigo pocas tropas, para que pudiesen estar más cómodamente alojadas. Aquella soberbia confianza, faltó poco para que le fuese funesta. Conocedores los Bárbaros del escaso presidio de Sens, asaltaron la

ciudad, y tuvieron sitiado al confiado jefe por más de un mes. La gallarda defensa de Juliano, frustró la tentativa de los Bárbaros, los cuales se vieron obligados á volverse con las manos vacías. Este nuevo éxito fué para Juliano de gran provecho, porque hizo que el emperador llamase al general Marcelo, á quien el emperador había puesto al lado de Juliano para que vigilase su conducta. Marcelo, aunque se encontraba en Sens, no había acudido al socorro de su César; y Constancio castigó su cobardía llamándolo y dejando á Juliano la realidad del mando, el cual le dió las gracias en un panegírico adulatorio lleno de verbosidad retórica y de citas clásicas al propósito. Fué un acto de humildad, que pudo fácilmente evitarse si hubiese mirado al hombre á quien se dirigía.

En la primavera del año siguiente, Juliano emprendió de nuevo con grandes alientos la lucha contra los Alemanes. No teniendo consigo más que 13.000 hombres, Constancio le envió un segundo ejército de 25.000 al mando del general Barbatio; pero este auxilio se convirtió bien pronto en daño de Juliano, porque Barbatio, ignorante y testarudo, quiso obrar por sí solo y sin combinar sus operaciones con las de Juliano. El resultado de tal proceder fué la derrota que sufrió luchando contra los Alemanes en el alto Rhin, después de lo cual Barbatio se retiró á cuarteles de invierno á Milán.

El momento era supremo para Juliano. Los Alemanes, envalentonados con la victoria conseguida, avanzaron con un ejército de 30.000 hombres mandados por el rey Cnodomaro, el más valeroso y potente de los soberanos de su nación, por la orilla izquierda del Rhin, con intento de apoderarse de la Alsacia y principiar desde allí la conquista de la Galia. Antes de romper las hostilidades, Cnodomaro intimó á Juliano para que abandonase aquel país, á lo que Juliano respondió estableciendo su campamento cerca de Stras-

burgo. De esta ciudad tomó nombre la batalla que reveló al mundo el genio militar del joven César. Seis mil Bárbaros quedaron en el campo, y entre los muchos prisioneros hechos por el vencedor estaba Cnodomaro, que Juliano envió á Constancio, que estaba en Italia, para que decidiera de su suerte. Constancio lo retuvo preso, y el anciano guerrero acabó miserablemente su vida en Roma (Agosto de 357 ¹). Al año siguiente encontramos á Juliano en la Fossandria (Holanda) para combatir á los Francos Salios, que se habían establecido allí como señores: les obligó á someterse á la majestad de Roma; y después que con este nuevo triunfo logró la libertad de la navegación del Rhin y restablecer las relaciones de la Bretaña con la Galia, pasó á la orilla derecha del Rhin para combatir á los Alemanes en su propio país. También en esta nueva empresa le fué favorable la fortuna, y los Bárbaros recibieron las condiciones para la paz que el vencedor les impuso, entre las cuales estaba la de devolver 20.000 prisioneros Romanos hechos por ellos en tiempo de la invasión de los Galos (359).

La Galia veía volver para ella los mejores tiempos del Imperio. Después de haber sido teatro de terribles invasiones de los Bárbaros, veía conseguida su seguridad, y el buen príncipe que la había librado de sus feroces enemigos, convertía su atención á curar las llagas de la mísera provincia, ya templando la gravedad de los tributos, ya restableciendo el orden en el gobierno, como había sabido restablecer la disciplina en el ejército. En tres años varió por completo el aspecto del país. Seiscientas naves romanas recorrían libremente el Rhin, y los Alemanes se veían rechazados lejos de sus orillas. Á la obra de la devastación

¹ *Ductus ad comitatum imperatoris missusque exinde Romam in castris peregrinis, quae in monte sunt Caelio, morbo veterni consumptus est.* Ammiano Marc., XVI, 12, 66.

y del saqueo sucedía la del trabajo y la reparación, y este milagro era debido al genio y á la actividad febril del joven César. Era un resultado demasiado grandioso para que dejara de turbar el sueño de Constancio. Los eunucos avivaban sus recelos y sus sospechas, y sugirieron al emperador la manera de cortar las alas al afortunado César. Se principió por quitarle al más valiente de sus generales, Salustio, que recibió la orden de ir á encargarse de un mando en la Tracia. Juliano sintió la partida de su mejor compañero, pero pronto experimentaría nueva y mayor sorpresa, pues se le ordenaba nada menos que el envío de la mitad de su ejército. Antes de decir cómo nació el conflicto entre los dos hermanos, debemos referir los hechos de Constancio después de la exaltación de Juliano á la dignidad de César. En el mismo año de la partida de Juliano para la Galia, Constancio honró la antigua metrópoli, que todavía no había visto, con su visita. Fué á ella en Abril del 357, y volvió en Mayo; su breve estancia en la ciudad de Rómulo demuestra que los Romanos, á pesar de su servilismo, no habían conseguido atraerse el ánimo del emperador. Dejó, sin embargo, en Roma un monumento que recuerda todavía su visita: el obelisco que adorna la plaza de San Juan de Letrán. Constantino había hecho trasladar el soberbio monumento granítico de Heliópolis, con intención de elevarle en Bizancio; pero habiendo muerto antes de que realizara su propósito, Constancio lo mandó trasladar á Roma, donde permanece. En el otoño de aquel mismo año, Constancio tuvo que acudir á la provincia ilírica para hacer la guerra á los Quadios y á los Jazigios, que la habían nuevamente invadido con sus incursiones. Derrotados los bárbaros, pasó el Danubio, persiguiéndoles en su mismo territorio. Los Quadios y los Jazigios del Septentrión á la primera derrota pidieron la paz y la obtuvieron, restituyendo los prisioneros y el botín cogido en el Ilírico. Los

Jazigios del Sur, los Limigantes, que quisieron continuar la guerra, se vieron diezmados por la peste. Constancio los arrojó más allá del Tibisco (Theis), y restituyó á los Sármatas la Pannonia oriental, de donde los habían expulsado los Limigantes (359).

Estando dirigiendo Constancio en Sirmio la guerra contra los Jazigios, recibió una soberbia carta del rey persa Sapor II, en la que le pedía la cesión de la Armenia y de la Mesopotamia, como antigua dependencia del reino párthico (358). En vano Constancio trató con lenguaje digno y mesurado de persuadir á aquel soberano, de que las provincias que le pedía estaban por título legítimo bajo el poder de Roma. Sapor, apenas recibió la respuesta, entró en territorio romano y puso sitio á la fortaleza de Amida (Diarbèkir), sobre el alto Tigris. La resistencia de aquella plaza superó las previsiones del déspota Persa, y vengóse de las grandes pérdidas que sufrió en el asedio, pasando á cuchillo los habitantes de la expugnada Amida (2 de Octubre de 359).

Al año siguiente de la conquista de Amida cayeron en poder del vencedor las fortalezas de Singara y de Bezabda, en las cercanías de Nisibi, con lo que en la Armenia la soberanía de Roma estaba en peligro.

El momento era decisivo. La impresión producida en la corte de Constancio por las noticias de Oriente, se revela en el *Itinerarium Alexandri Magni*, compilado en aquel tiempo para uso del emperador. Se consideraba á Sapor II como un nuevo Darío, y los eunucos completaban la analogía parangonando á Constancio con Alejandro el Macedónico. Si el parangón era risible, en cambio era indudable que los progresos de Sapor hacían en extremo difícil la situación del Imperio en Oriente.

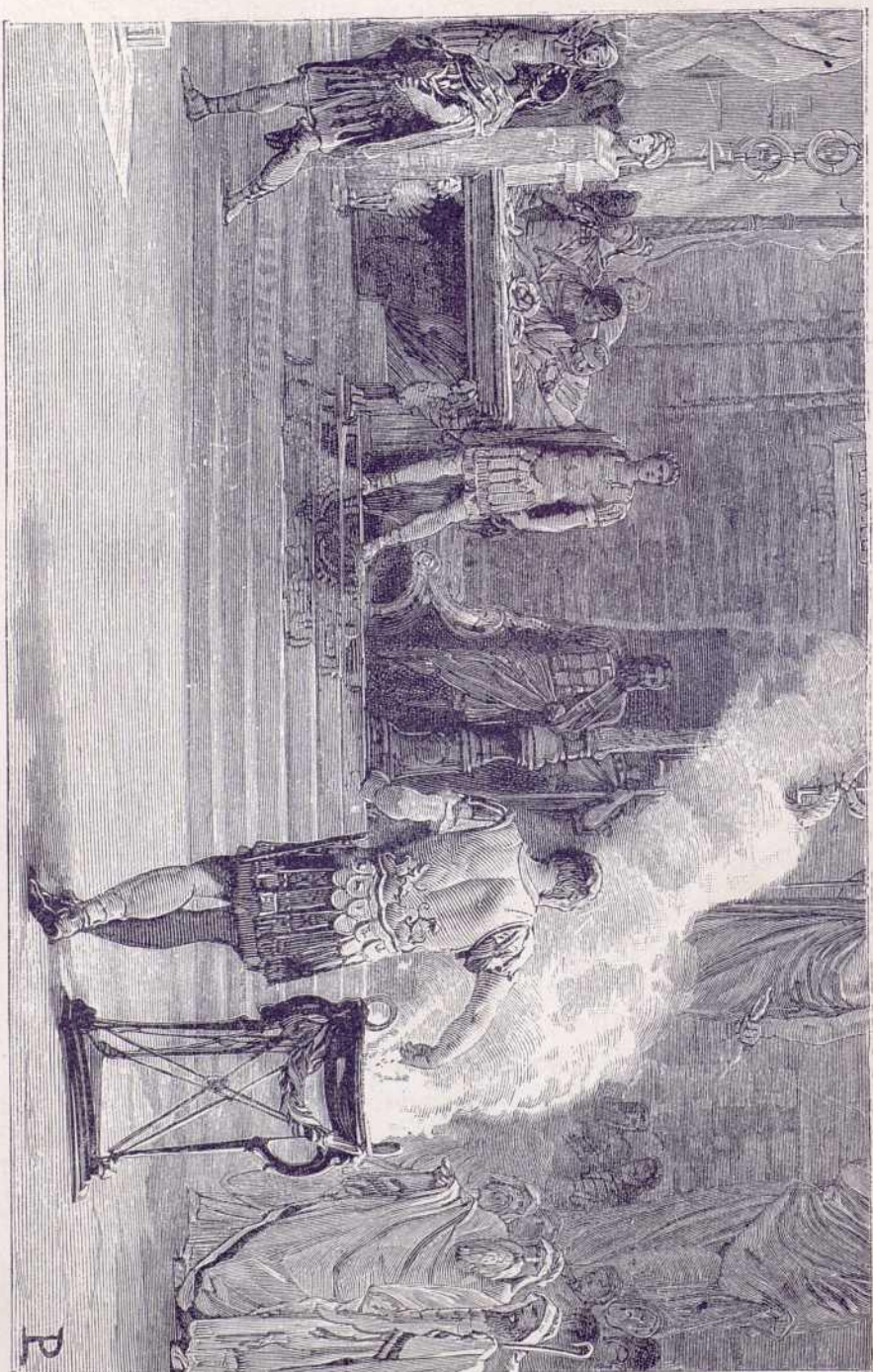
Bajo el influjo de tales circunstancias, Constancio resolvió llamar de la Galia una parte del ejército de Juliano

para que le ayudase en su expedición á Oriente. Escogió cuatro cohortes de auxiliares ¹ y 300 soldados por cada una de las legiones. Esta petición no tenía nada de extraña ni estaba fuera de lo justo, sino motivada por las condiciones gravísimas en que se encontraban las provincias asiáticas, y si se hubiera estado en circunstancias normales, no hubiera surgido ningún conflicto. Pero en los momentos en que se hacía la petición de Constancio, pareció á Juliano inoportuna y provocadora. En primer lugar, no se tenía en cuenta que la Germania occidental estaba amenazada de una gravísima conmoción, y que sería una verdadera imprudencia, en vísperas de la pacificación de la Galia, disminuir el cuerpo de ejército de sus fronteras; y en segundo lugar, Constancio no ignoraba ciertamente, que los auxiliares que pedía estaban adscritos al ejército del Imperio, á condición de que no se les llevara más allá de los Alpes, es decir, que no se les llevase lejos de la Galia, donde tenían sus familias; añadiéndose á todo esto las diferencias que existían entre el César y el Augusto, y á las cuales, la orden llamando parte de las tropas del primero, daba nuevo pábulo.

Á pesar de todo, Juliano se dispuso á obedecer; pero fué superior á su propósito la voluntad de las tropas. En lugar de partir, como les había ordenado, proclamaron *Augusto* á Juliano, y lo hicieron tan resueltamente, que tuvo que aceptar la dignidad por temor de que se rebelasen contra él.

El historiador Ammiano nos da á conocer la carta que Juliano, después de su nueva exaltación, dirigió á su imperial primo, en la cual claramente se ven sus deseos de evitar un rompimiento. Proponíale á Constancio, que conservase el nombramiento de los prefectos del pretorio, y le prometía enviarle un pequeño cuerpo de auxiliares, pero se

¹ Las cohortes pedidas por Constancio se componían de Hérules, Bátavos y Celtas.



JULIANO INVITA Á LOS SOLDADOS Á JURAR FE Á LOS DIOSSES.

reservaba la elección de los demás cargos civiles y militares, que debía ser de su exclusiva competencia ¹.

Constancio no aceptó tales condiciones, é intimó á su primo por medio del pretor Leona, volviese á su puesto de César, y que «si no lo hacía, tendría pronto que arrepentirse». Juliano acudió á su ejército para que le aconsejase, y el ejército respondió proclamándole Augusto, con lo cual el soñado rival se convirtió en real y efectivo á pesar suyo. Ya no era posible volver atrás; por lo cual Juliano se puso en movimiento dirigiéndose al Ilírico, de donde Constancio había quitado los presidios para conducirlos á Oriente ². No encontró la menor resistencia, y la misma Sirmio abrióle las puertas. Hizo profesión política de politeísmo, abriendo al culto los templos paganos que su primo había mandado cerrar. Ya antes de dejar la Galia había publicado un manifiesto en el cual consignaba que ponía su salvación en manos de los dioses, é invitaba á sus soldados á jurarles fe, si no querían privarse de las recompensas prometidas. Constancio había impuesto graves penas á los que perseverasen en la idolatría, y Juliano en cambio premiaba á los idólatras, y afirmaba haber vuelto á los dioses «porque los dioses acuden á quien los venera» ³.

Pero poco faltó para que los acontecimientos no desmintiesen bien pronto esta esperanza. Constancio, libre por la retirada de Sapor del cuidado de la guerra persa, se dispuso á marchar contra su primo, y al mismo tiempo llegaba á Juliano la noticia, de que las legiones de Sirmio enviadas á la Galia para sustituir á las que iban con él, se habían rebelado en el camino, ocupando la fortaleza de Aquilea. Juliano envió al general Jovino con parte de su ejército para

¹ Ammiano, XX, 8, 5.

² Guardando la Galia, dejó, en calidad de prefecto del Pretorio al general Salustio, que se había vuelto con él.

³ Carta de Juliano á Máximo de Éfeso, ep. 38.^a en la edición de Heyler.

que apagase aquel incendio, antes de que el emperador Constancio llegase al Ilirico; pero los rebeldes se defendieron bravamente en su plaza, y Jovino tuvo que recurrir al bloqueo, privando así á Juliano del concurso de sus fuerzas el día de la batalla.

Por ventura para Juliano, ésta no llegó á reñirse. Antes de que Constancio dejara el Asia, le sorprendió la muerte, y expiró en Mopsucrene, al pie del Tauro, el 5 de Octubre de 361, cuando apenas tenía 45 años. Los trabajos de la guerra périca le habían producido una enfermedad, que descuidó creyéndola de poco momento, y que sin embargo le costó la vida.

Había acentuado en extremo sus rigores contra los cristianos. Mientras su padre se había limitado á conceder al cristianismo una condición privilegiada en el Imperio, Constancio quiso que reinase exclusivamente, y declaró reo de muerte al que sacrificase á los dioses (20 de Febrero de 356) ¹. Entonces se trocaron los términos. El politeísmo tuvo que esconderse en los campos, antes asilo de los cristianos; y como después del breve reinado de Juliano, la proscripción fué renovada y no revocada, los campos fueron su refugio, de donde vino á los idólatras el nombre de *paganos* (de *pagus*) con que fueron desde entonces conocidos.

El servicio prestado por Constancio al cristianismo no nacía de fervor religioso. Era medida de política, porque fortificar el cristianismo equivalía en su juicio á fortificar su poder. En opinión de Constantino y de sus sucesores de Oriente y de Occidente, la Iglesia debía formar un todo con el Estado y obedecer á un solo príncipe; y así se explica la conducta imperiosa que observaron con los obispos, que á la autoridad del emperador se habían atrevido á contrapo-

¹ *Pœna capitis subjugari præcipimus eas quos operam sacrificiis dare vel colere simulacra constiterit. Cod. Teod., XVI; 10, 6.*

ner la autonomía de la Iglesia. En esta conducta hay que distinguir dos series de ideas: la una se refiere á la gran querella religiosa suscitada por el arrianismo, y la otra á las relaciones personales de Constancio con los obispos. En cuanto á lo primero vemos al emperador en extremo benévolo: convoca los concilios (en Sárdica, en Rimini, en Seleucia) pero no se interesa gran cosa en las sutilezas allí debatidas, sobre el *omusio* ó el *omiuisio*; pero en cuanto á lo segundo es inflexible. No admite más tribunal que el del príncipe, y acalla la oposición con la violencia, que experimentaron, entre otros obispos, Liberio, de Roma, que fué desterrado, y Anastasio, el gran enemigo de Constancio, que debió su salvación á refugiarse en la alta Tebaida, retiro que el concepto de santidad en que eran tenidos sus anacoretas, hacía inviolable. Constancio comprendió los elementos de antagonismo que existían entre la Iglesia y el Imperio, y quiso extirparlos incorporando la primera al segundo, de manera que participase de todas las obligaciones que la sociedad civil tenía con el principado. Pudo vencer la resistencia del episcopado á tal sumisión; pero el Imperio había caído en una decadencia sin remedio, y el episcopado no desistirá de renovar sus pretensiones de autonomía hasta hacerlas triunfar.

JULIANO EL APÓSTATA ¹ (361-363)

Con la muerte de Constancio varió la escena. El hombre que el día antes era calificado de rebelde, y contra el cual

¹ Ammiano Marcelino, XXII-XXVI, Eutropio, X. Este último formó parte de la expedición de Juliano contra los Parthos: *Julianus... Pharthis intulit bellum, cui expeditioni ego quoque interfui. Brev.*, X, 16, 1. Entre las obras modernas sobre Juliano, merecen mencionarse: J. Mücke, *Flavius Claudius Julianus nach den Quellen*, Gotha,

el legítimo soberano reunía las fuerzas del Imperio para combatirlo, se veía levantado sobre el escudo y venerado y saludado como emperador Augusto. Aquel repentino cambio había sido promovido por el mismo Constancio, el cual en su lecho de muerte nombró su sucesor á su primo Juliano, no teniendo ningún otro individuo de la familia á quien transmitir la corona ¹. El nuevo emperador se dirigió á Constantinopla, donde tuvo una triunfal acogida (11 Diciembre de 361), y allí recibió la grata nueva, de que las legiones de Aquilea, al tener noticia de la muerte de Constancio, habían abierto las puertas al general Jovino, invocando perdón. Juliano accedió á sus ruegos, y limitóse á castigar á los jefes que los habían incitado á rebelarse.

Si bien el reinado de Juliano fué de brevisima duración, adquirió una importancia extraordinaria por la tentativa hecha por el emperador de restablecer el paganismo como religión del Imperio. Fué á no dudarlo una tentativa inconveniente, porque el paganismo no era suceptible de ninguna sólida reforma, que lo fortificase y detuviera su caída. Pero, sin embargo, no puede negarse, que Juliano creía realizar una buena obra. Había escrito un tratado contra el cristianismo, del cual se conservan algunos fragmentos ², pretendiendo probar, que la doctrina cristiana contenía todo lo peor que se encontraba en la doctrina judaica y griega; lo cual á él mismo hubiera costado trabajo probar, si hubiese tenido libre la inteligencia y el ánimo de prevenciones odiosas. Debemos decir sin embargo en justifica-

1866-69. E. Zeidler, Julian, 1869. Adr. Naville, *Julien l'Apostat et sa philosophie du Polyéisme*, 1876. Fr. Rode, *Geschichte der Reaction Kaiser Julians gegen die christliche Kirche*, Jena, 1877.

¹ La nueva mujer de Constancio, Faustina, que subió al tálamo después de la muerte de Eusebia, quedó embarazada, pero tuvo una niña, Constanza, que fué después mujer del emperador Graciano.

² Han sido recientemente reunidos y ordenados por Juan Neumann, *Juliani Imperatoris contra Christianos quae supersunt*, Leypsik, 1880. Rode, *op. cit.* 50-51.

ción de Juliano, que él no era responsable de aquella especie de prisión en que se encontraba su espíritu. El abandono en que había vivido por odio y celos de su primo, lo había llevado á emplear en el estudio la actividad que no podía aplicar á los negocios de Estado; y el lugar en que estuvo por muchos años confinado, dió á sus estudios la materia y la dirección, haciéndolo un neoplatónico apasionado. Por otra parte, las crueles persecuciones que su familia había sufrido de Constancio, contribuyeron á alejarle del cristianismo, puesto que su moral no había sido bastante á detener en su camino criminal y cruel á su pariente.

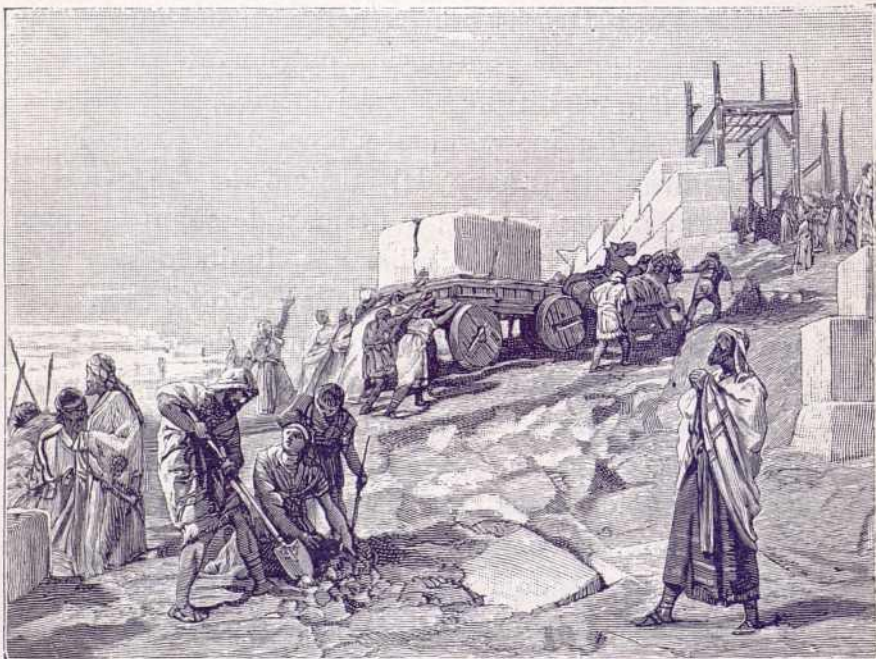
La separación de Juliano del cristianismo fué, sin embargo, sin odio y sin rencor; y después de subir al trono imperial no persiguió á los cristianos, limitándose á alejarlos de la corte, de los oficios y del ejército y á excluirlos de la enseñanza. Los veía contento empeñados en sus sutilezas teológicas, que ayudábanle á encerrarse en el silencio, y á permanecer fiel á sus creencias sobre la cuestión del *Omusianésimo*; así, observa Ammiano, no tenía ocasión de temer la oposición á sus convicciones, reservándolas para sí ¹. En suma, su designio era reducir el cristianismo á una secta, poniéndola fuera de la cultura general de la humanidad; y mientras alejaba á los cristianos de las escuelas y los condenaba á enredarse en sus cismas, reedificaba el templo de Jerusalén y abría de nuevo los templos paganos, poniéndoles en posesión de sus antiguos bienes, quitándolos para ello á la Iglesia cristiana, á que habían pasado, y amonestando á los sacerdotes á practicar la virtud y á vivir con dignidad y honor ². Al mismo tiempo, siguiendo la costumbre de los cristianos, fundaba hospicios

¹ *Illud erat inclemens, obruendum perenni silentio, quod arcebat docere magistros rethoricos et grammaticos ritus christiani cultores.* Amm., XXII, 10, 7.

² Véase su carta al sumo sacerdote de la Galacia. Es la 42 de la colección de epístolas de Juliano reunida por Heyler.

públicos para los extranjeros necesitados, y se disponía á abrir asilos cláustales para los que quisieran refugiarse en ellos lejos de las borrascas del mundo, viviendo en la soledad, cuando las noticias de nueva guerra persa le llevaron á muy distintos cuidados.

Los historiadores dejan en silencio la razón de aquella



TRABAJOS PARA RECONSTRUIR EL TEMPLO DE JERUSALÉN.

nueva guerra romano-pérsica. El sofista antioqueno Libanio, amigo de Juliano, habla de negociaciones entabladas por el rey Sapor antes de romper las hostilidades ¹, lo cual haría creer que la iniciativa de aquella guerra partió del mismo Juliano; inducción, por lo demás, que está en plena armonía con los acontecimientos. La guerra movida por

¹ 'Επιτάφιος ἐπὶ 'Ιουλιανῷ, ed. Reiske (*Libani orationes et declamationes*).

Constancio á Sapor no había mudado la situación del emperador de Oriente. Los Persas conservaban las conquistas hechas en Mesopotamia; y si Constancio había muerto sin haber tenido encuentros en aquella guerra, era porque había evitado tropezar con el enemigo. Una buena ocasión le había ofrecido Sapor de obtener glorioso resultado, y fué cuando se retiró del teatro de la guerra. Constancio, en vez de aprovecharse de aquella ocasión oportuna para reintegrar de lo que había perdido la dominación romana en Asia, se valió de la retirada del enemigo para correr á Occidente y combatir á su primo y rival.

Juliano, pues, había heredado una cuestión sin resolver en Oriente. El honor del Imperio exigía que la terminase arrojando á los Persas más allá de la frontera; pero ¿cuál no sería su sorpresa al ver á Sapor que en cuanto tuvo noticia de los aprestos de guerra del nuevo emperador, se apresuró á conjurar el conflicto entablando negociaciones con él? Así fueron inútiles las aspiraciones de Juliano, que emprendía aquella guerra con alientos de Alejandro. Figurábase ver al Imperio persa reducido á provincia de Roma, y al águila romana extender sus alas hasta la India y los países del Ganges, cuna del politeísmo que había restaurado. Y había emprendido aquella guerra con el corazón de antiguo Romano: «Bajo la protección de los dioses, como él decía, tengo fe en la victoria, y si mi desventura me llevase á la muerte, me habría sacrificado por el romano Imperio como los Curcios, los Mucios y los Decios ¹».

En Julio del 362 llegó á Antioquía y allí permaneció nueve meses ocupándose en los aprestos de guerra; y de aquel tiempo data un escrito satírico del emperador, en el cual, con fina acrimonia, criticó las licenciosas y afemi-

1. *Mihi pro Romano orbe memet vovisse sufficet, ut Curtii, Muciique veteres et clara profugia Deciorum.* Ammiano, XXIII, 5, 19.

nadas costumbres de los Antioquenos ¹. Al dejar la ciudad se dijo que al volver de su expedición cambiaría su residencia, trasladándola á Tarses en Cilicia, pero entretanto llamó para gobernar la Siria á cierto Alejandro, hombre severo hasta la crueldad, para que hiciese purgar á los ciudadanos de Antioquía los vicios de que estaban infestados.

El 5 de Marzo del año 363, Juliano levantó el campo de Antioquía y comenzó su expedición, que debía tener espléndido principio y trágico fin. Ascendía su ejército á 100.000 hombres y la escuadra constaba de 1.100 naves. Queriendo hacer creer al enemigo que trataba de traspasar la línea del Tigris por la vía de la Mesopotamia septentrional, envió á aquella parte un ejército de 30.000 hombres, dando á sus dos jefes, Procopio y Sebastián, instrucciones para que indujesen al rey armenio, Tirano, á unir sus tropas con el ejército imperial. Juliano no había previsto el caso, más que probable, de que el rey Arsacida, en vez de reforzar la columna de los dos legados con sus guerreros, la atacase para diezmarla. Era rey cristiano y amigo de Constancio. Juliano quiso darle órdenes, y le respondió tratándole como enemigo. Así, la división del ejército ideada para asegurar el buen éxito de la empresa, fué una de las causas de su fin desastroso.

El ejército imperial llegó sin obstáculo hasta las ruinas de Seleucia. Para realizar el paso del Tigris hizo abrir de nuevo el antiguo canal de Trajano, que ponía en comunicación el Éufrates con el Tigris, canal que los Persas habían cegado. Sapor había reunido sus tropas en el lado izquierdo del Tigris para impedir el paso al enemigo; pero Juliano, aprovechando la noche lo atravesó, y apenas tocó la orilla opuesta, aprovechando las sombras cayó sobre el

¹ Á este escrito dió Juliano el nombre de *Misopogon* (enemigo de la barba), aludiendo á su barba de estoico criticada por los naturales de la ciudad.

campamento persa é hizo un verdadero exterminio de aquellos bárbaros (27 de Junio de 363). Los que pudieron escapar del hierro enemigo se encerraron en Ctesifonte. Sapor, aterrado con tanto desastre, propuso al vencedor la alianza de los dos Imperios, proposición hecha antes por Caracalla á los Parthos. Ormisda, hermano del rey Sapor, que se encontraba como desterrado en el campo romano, debía apoyar cerca del emperador la proposición de su hermano; pero Juliano la rechazó desdeñosamente y ordenó á las tropas seguir adelante. La resolución de llevar la guerra á las provincias persas del interior, hacía necesaria la destrucción de la flota, á fin de que no fuera presa del enemigo, y á excepción de algunos barcos conservados para el servicio de los puertos, toda la escuadra fué quemada y no se conservaron víveres más que para 20 días, debiendo después mantener el enemigo al ejército invasor. Como se ve, Juliano estaba seguro de la victoria: sentíase animado del espíritu de Alejandro, y creía estar llamado á abatir el reino de los Sasanidas, como el héroe macedónico había abatido el de los Achmeniades. El desengaño fué terrible. Al cabo sólo de 15 días de marcha, Juliano pudo convencerse de que avanzando un día más, llevaba el ejército á su perdición. El calor y los insectos habían empezado ya á lograrlo; el hambre haría lo demás, porque el enemigo había hecho el vacío, lo había dejado todo desierto cerca del invasor. Hubo necesidad de disponer la retirada. Sapor, tomando entonces ánimo, envió contra el enemigo fuertes escuadrones de caballería para cerrarle la línea del Tigris y cortarle la retirada. Más de una vez habían venido á las manos, llevando siempre los Persas la peor parte, cuando en el combate que tuvo lugar en la mañana del 26 de Junio cerca de Samarra, el emperador cayó mortalmente herido. Un dardo lanzado por un caballero Persa le atravesó el pecho. Con el ardor del combate, Juliano no advir-

tió que estaba luchando sin coraza, y esta inadvertencia fué causa de su muerte. Á pesar de ello, los Persas fueron también derrotados en Samarra, pero Juliano ya no existía.

JOVIANO (363-364)

No dejaba heredero de la corona. La descendencia masculina de Constantino se había extinguido en él. Juliano, en sus rosadas ilusiones sobre el éxito de la guerra persa, no pensó en nombrar un César antes de dirigirse al Asia. El ejército tenía urgente necesidad de un nuevo campeón que lo sacara de aquel atolladero, y lo trajera al lado acá del Tigris. Reuniéronse los jefes al día siguiente (27 de Junio) en consejo para concertar la elección de nuevo emperador ¹. El prefecto del pretorio, Salustio Segundo, amigo de Juliano y estratégico valiente, hubiera obtenido todos los sufragios; pero él los rehusó alegando su mucha edad y su estado valetudinario, por lo cual, no teniendo tiempo que perder, se nombró á uno de los jefes de la guardia imperial, Flavio Claudio Joviano ², el cual, más que su propio mérito, tenía los de su padre Varroniano, que gozaba en honrado retiro el fruto de sus largos servicios. El ejército necesitaba un héroe que inflamase con sus virtudes militares el valor de los soldados. Joviano era una medianía que no tenía de guerrero más que el aspecto personal, faltándole el ánimo; y diez y seis días después de la muerte

¹ *Principio lucis secutae, quae erat quintum Kal. Iulias, hostibus ex omni latere circumfusis, collecti duces exercitus advocatisque legionum principibus et turmarum super creando principe consultabant.* Ammiano, XXV, 5, 1.

² Joviano desempeñaba á la sazón el oficio de *domesticorum ordinis primus*. El mando superior de la guardia correspondía al *comes domesticorum*. Después de él iba el *tribunus*, á cuya inmediata dependencia estaban los *decem primi*. Joviano era uno de los diez.

de Juliano, puso en tal extremo al ejército, que miró como una gran fortuna firmar una paz ignominiosa.

Sapor, apenas tuvo noticia de la muerte de Juliano, envió contra las legiones todas sus tropas. No era su ánimo dar nueva batalla. Quería sólo amedrentarlo para dictarle las condiciones de la paz. Al mismo tiempo que avanzaban sus tropas, enviaba á los Romanos sus plenipotenciarios; y la paz ajustada con Joviano, valía á la Persia la restitución de las cinco provincias de más allá del Tigris, conquistadas por Galerio cumpliendo órdenes de Diocleciano; la cesión de las importantes fortalezas de Nisibi y Niagara; y la renuncia de toda pretensión sobre la Armenia. Con estas condiciones, la Persia dejaría en paz al Imperio por dos años y facilitaría á las legiones víveres y naves para volver á su país. Aquel tratado fué la condenación irrevocable de todo proyecto de futuras conquistas del lado allá del Tigris, y demostró que si la Persia tenía un ejército que se dejaba vencer fácilmente, tenía en cambio un territorio y un pueblo que sabía convertir en perjudiciales para Roma las victorias de sus legiones.

Si Joviano dió mala prueba de sus condiciones como capitán, en cambio las dió óptimas como príncipe. Su predecesor le había dejado otra triste herencia además de la penuria de su ejército: las conciencias agitadas y convulsas. Cristianos y paganos encontrábanse animados de tal odio, que bastaba un pequeño impulso para que se convirtiera en guerra civil. Joviano los pacificó proclamando la libertad religiosa, poniendo así en vigor el edicto de Milán. Mas no pudo recoger los frutos de la paz, porque dejó de vivir antes de regresar á la nueva metrópoli del Imperio. Murió en Dadastana de la Bitinia la noche del 16 al 17 de Febrero de 364, ó asfixiado por el tufo del carbón, como afirma Eutropio, ó envenenado por las setas que comió aquella tarde, según escribe Zonara.

VALENTINIANO I Y VALENTE ¹ (364-375) (364-378)

I.— División definitiva del Imperio.

Por acuerdo de los generales y de los ministros palatinos, la elección del nuevo emperador se aplazó para cuando entrasen con el ejército en Nicea. Los soldados se avinieron á este acuerdo, y en todo el tiempo que duró la marcha permanecieron fieles á sus jefes. También fué ofrecida la corona al prefecto Salustio, que de nuevo la rehusó, pero dió el nombre de un candidato, que aceptaron todos, ministros, generales y soldados, y lo eligieron emperador.

El elegido descendía de una familia humilde en la Panonia y se llamaba Valentiniano. Su padre, Graciano, antes de ser soldado había sido modesto mercader, y á poco de haber entrado en la milicia se distinguió por su talento y valor, subiendo en breve á elevados puestos, y creándose un nombre y un patrimonio.

Aquel nombre y aquel patrimonio ayudaron á sus hijos. En tiempo de Joviano, el hijo mayor, Valentiniano, era jefe de la segunda escuela, *schola scutariorum* ². Cuando fué elegido emperador hallábase en Ancira. Allí recibió dos mensajes, uno tras otro, participándole que Joviano había muerto, y que había sido llamado á sucederle. Aceptó sin vacilar, y se dirigió en seguida á Nicea para tomar el mando supremo del ejército. Llegó en la tarde del 24 de Febre-

¹ Fuentes: Ammiano, XXVI-XXX. Victor, *Epit.*, XLV y XLVI. Zosimo, III y IV.

² Las llamadas *scholae* formaban la guardia del palacio. Eran nueve, y constaban en todas de 3.500 hombres bajo el mando del *magister officiorum*.

ro; y siendo el siguiente día *bisextil* ¹, esperó al otro para presentarse á las legiones. Más que á un ejército, parecía que Valentiniano se presentaba á los comicios del pueblo. Verificóse una votación ordenada, y todos los sufragios recayeron en su favor. Fué aquella la primera elección de príncipe hecha bajo la norma de la antigua constitución republicana. Los soldados habrían querido que Valentiniano nombrase su sucesor, para prevenir el peligro de que el Imperio pudiera quedar de repente sin soberano; pero él lo rehusó diciendo á los soldados que podían dejar de elegirlo, pero que una vez elegido, le correspondía proveer á todo lo que se refiriese á los intereses del Estado. Cuando su libertad estuvo libre de toda presión, proveyó á la necesidad del principado asociándose en Sirmio á su hermano Valente (28 de Marzo de 364). Dióle el mando de las legiones de Oriente, que equivalía á la dirección del gobierno, y se reservó para sí el del Occidente. Valente fijó su residencia en Constantinopla y Valentiniano en Milán, y aquella división del Imperio tuvo una importancia histórica que no alcanzaron las precedentes. Desde entonces, el Oriente y el Occidente continuarán teniendo cada uno su emperador propio, y la separación política promoverá la de los intereses y del desenvolvimiento histórico de las dos regiones.

Apenas había pasado un año desde la nueva división del Imperio, cuando en Constantinopla se levantó un nuevo pretendiente. Llamábase Procopio, y descendía de la familia de Constantino, habiéndolo indicado Juliano para que le sucediera en el trono, pero de cuya disposición no hicieron caso los árbitros del Imperio. Aprovechándose del

¹ Se daba el nombre de *bisextil* al día, y con él al año, en que se repetía el día sexto antes de las calendas de Marzo. La antigua superstición pagana miraba el día intercalado como de mal agüero. Por eso Valentiniano esperó á que pasara para tomar el mando.

disgusto que en Oriente producía la rigidez del gobierno del nuevo Augusto, Procopio se formó un partido entre la soldadesca, y se hizo proclamar emperador (28 de Septiembre de 365).

En breve Procopio se hizo dueño de Constantinopla y pasó al Asia, apoderándose de la Bitinia; pero aquí terminaron sus progresos. Mientras procuraba apoderarse también de la Frigia y de la Siria, los mismos soldados que algunos meses antes le habían levantado sobre el escudo, ó porque no estuvieran contentos de su proceder para con ellos, ó porque las seducciones del opulento general Arbezio, amigo de Procopio, hubieran mudado su ánimo, se rebelaron y lo entregaron á Valente, que sin pérdida de tiempo le hizo morir (20 de Junio). Con la muerte del usurpador, los países que lo habían reconocido volvieron espontáneamente á la obediencia del legítimo soberano.

II. — Valentiniano y los Bárbaros.

Acontecimientos más graves tenían lugar en Occidente. La ausencia por tres años de los emperadores había sido causa, de que las provincias occidentales cayesen en plena anarquía. La Galia se veía inundada por bandas de ladrones, que cometían todo género de rapiñas y de violencias: la Bretaña oprimida por gobernadores concusionarios, caía en poder de los Bárbaros del Norte (Pittios y Scotios), y las provincias de África por la misma causa, habían llamado á los Mauritanos; aquellas provincias que se había necesitado toda la energía del gran Teodosio, para que volviesen después de seis años de mando (368-374) á la obediencia del Imperio.

Valentiniano tenía que ocuparse por sí mismo de los

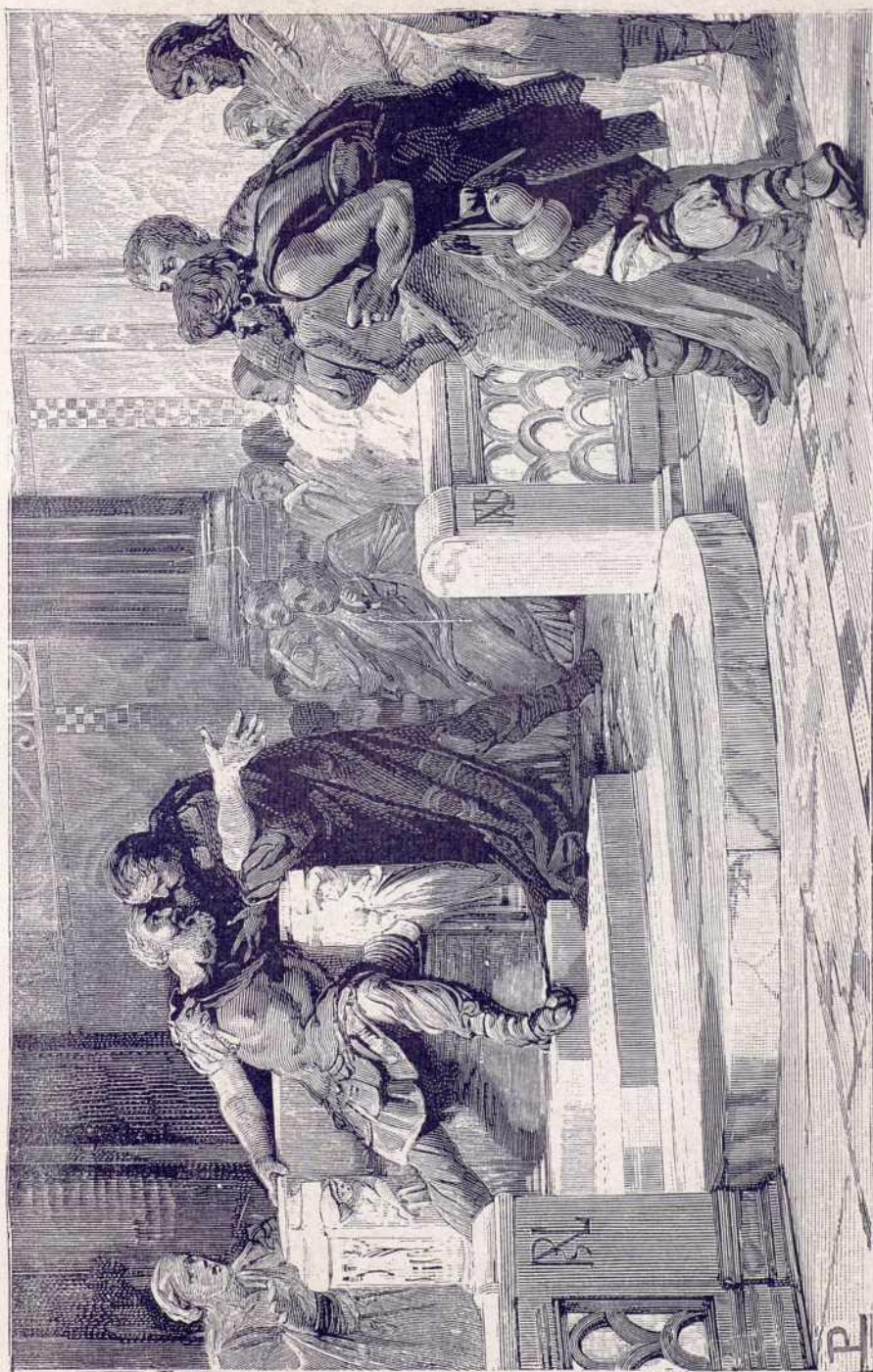
Alemanes, que eran á la sazón los enemigos más formidables del Imperio en Occidente. Después de la derrota de Strasburgo, habían aquellos Bárbaros rehecho sus fuerzas, con el fin de obligar al Imperio á comprarles la paz, con un tributo anual en forma de donativo. No habiéndolo concedido Valeriano en la medida que lo pretendían, vengáronse invadiendo la Galia. Todo el país que se extiende desde el Rhin hasta el alto Sena estaba devastado con sus rapiñas, cuando en Chalons sobre el Marne se presentó el vengador de tantas violencias. Era Jovino, jefe de la caballería de Valentiniano. Los Bárbaros habían experimentado ya el valor de aquel general: en Scarpona (Charpeigne sobre el Mosella) había exterminado una columna del ejército bárbaro, y en Chalons deshizo el ejército entero. La Galia respiró (366); pero Valentiniano no se contentó con tan buen resultado. Libre la Galia de los Alemanes, quería llevar la guerra el emperador al mismo país de los Bárbaros para reducirlos á la impotencia, evitando nuevas invasiones. Antes de emprender esta expedición atendió al porvenir del Imperio, haciendo reconocer por el ejército á su hijo Graciano, como Augusto y heredero del trono. Era la primera vez que el título máximo de Augusto se daba, casi á un niño, viviendo todavía el *Augusto* verdadero.

Al año siguiente presentóse Valentiniano en Alemania al frente de numeroso ejército. En Neckar, cerca de *Solcinio* (Sulz), los Bárbaros trataron de cerrarle el paso, pero fueron rechazados con grandes pérdidas. El emperador no quiso ir más allá, y concedió á los Bárbaros la paz, llevándose rehenes como fiadores de ella. De regreso á Tréveris, que erigió en metrópoli de la provincia Bélgica, ocupóse en la restauración de las fortalezas levantadas por Druso, y que completó extendiéndolas desde la Rezia al mar del Norte.

El propósito de fortificar además la ribera derecha del Rhin, tuvo que abandonarse por la resistencia que opusie-

ron los Bárbaros. En la primavera del 375, Valentiniano tuvo que acudir al Danubio para combatir á otros Bárbaros, que infestaban con sús incursiones las provincias del Imperio. Los Quadios de la Moravia habían invadido la Pannonia y la Iliria, entregándose en ellas á la rapiña. Al presentarse el ejército imperial los invasores se aterraron, abandonando aquellos parajes. Valentiniano los persiguió hasta el interior de su país, y después de devastarlo á su vez, volvió en el otoño á Aquinco (Buda). Estando ordenando sus tropas en cuarteles de invierno, se le participó que una diputación de los Quadios quería presentársele para concertar la paz. Al ver aquella gente sucia y mal vestida, Valentiniano prorrumpió en airadas palabras, encontrando indigno y humillante que por tales hombres se pudiera turbar la quietud y la seguridad del más poderoso de los Imperios del mundo; fué tanta la vehemencia de su enojo, que le produjo un vómito de sangre del cual murió. Tenía 52 años y llevaba doce de reinado (17 de Noviembre de 375).

La causa de la muerte de este príncipe revela una cualidad negativa en él, que muchas veces determinó sus acciones, no siempre de acuerdo con la índole de su ánimo: la iracundia; pareciendo que en el nombre de Valentiniano había dos personajes y dos principados, en una misma persona y un mismo principado, el cual, en lo que se refiere á las reformas legislativas, puede contarse entre los mejores, llevando aquéllas el sello de un gran espíritu de humanidad y de justicia. La institución del *defensor plebis ó civitatis*, magistrado popular electivo á quien estaba encomendada la defensa del municipio y del pueblo, contra las usurpaciones y las injusticias de los gobernadores de las provincias y de sus legados, principalmente en lo relativo á las vejaciones en el reparto de los impuestos; las leyes penales contra la exposición de los recién



MUERTE DE VALENTINIANO.

nacidos y los abusos de los patronos judiciales; la institución de los médicos pagados por el Estado, para la asistencia gratuita de los indigentes; la fundación de institutos académicos en Roma y en Constantinopla; todas estas y otras medidas de Valentiniano demuestran el elevado sentimiento que tenía de los deberes de su alto cargo. Cuando, por el contrario, se consideran los actos de Valentiniano respecto á las personas con él relacionadas, su figura toma otra forma, bajo la cual el tirano aparece dominado por sanguinarios instintos. Así en el gobierno de su propia casa como en el del Imperio, bastaba una pequeña falta, una palabra inconsiderada, una accidental omisión, una sospecha, para caer en su desgracia; y entonces no había esperanza para el desgraciado que incurría en ella, sin hacérsele más gracia que la de escoger la forma del suplicio.

No entraremos en detalles de este terrible rigor, para el cual Valentiniano encontró digno ministro en el tétrico Maximino, prefecto del pretorio. Recordemos en cambio otra obra buena de Valentiniano, que le valió el favor de los escritores eclesiásticos. El gran espíritu de tolerancia que tuvo para los asuntos religiosos. Sus leyes toleraron todos los cultos, fuera de la magia, contra la cual ejerció extremado rigor; y aunque profesaba el símbolo niceno, dejó vivir en paz á los arrianos. Cuando en el año 374, por la muerte de Aussencio quedó vacante la silla episcopal de Milán, Valentiniano se limitó á aconsejar al clero diese sus votos á un hombre probo, de conducta irrepreensible, guardándose bien de exigirle ninguna confesión teológica. Resultó elegido el gran Ambrosio ¹, que demostró su

1 Cuando Ambrosio fué elegido obispo, no pertenecía al sacerdocio ni había todavía recibido el bautismo. Descendía de una noble familia romana, notable en los fastos del Imperio. Su padre había sido prefecto del pretorio en la Galia, y él, cuando tenía poco más de 30 años, había ejercido el cargo consular de la Liguria, á cuya provincia pertenecía la imperial residencia de Milán. Ejercía este cargo cuando

gratitud al imparcial monarca, declarándole después de muerto, digno del Paraíso.

III. — Valente y los Godos.

Ocupan por entero todo el reinado de Valentiniano las guerras contra los Alemanes y los Quadios, así como el de su hermano Valente, las guerras contra los Godos y los Persas. Los primeros habían tenido relaciones de amistad con el emperador Juliano, dándole un cuerpo de auxiliares en sus guerras contra la Persia; relaciones que duraron hasta con el emperador Procopio, al cual prestaron auxilio

ocurrió la vacante de la silla episcopal milanese; y estando aquel clero dividido en dos confesiones, la nicena y la arriana, la elección del nuevo obispo dió lugar á escenas tumultuosas, en las que faltó poco para que tomaran parte todos los habitantes de la ciudad. El consular Ambrosio pensó entonces intervenir en la asamblea de los electores, para llevarlos á una concordia y que cesara el escándalo. ¿Quién había de pensar que en aquella Iglesia en la cual había entrado como magistrado, sin haber recibido todavía el bautismo, saliese elegido obispo? Pues esta circunstancia, que en una situación normal habría sido obstáculo insuperable para conseguir la suprema dignidad eclesiástica, fué precisamente la que decidió la elección de Ambrosio, porque ambos partidos podían lisonjearse con la esperanza de tener en él un protector; y así se explica la espontaneidad y unanimidad de su elección. Según la hermosa frase de Ambrosio, la elección de obispo debía hacerse por inspiración del Espíritu Santo y no por instantánea popular conmoción; y habiéndose cerrado la asamblea con la elección de Ambrosio, Valentiniano la sancionó. Ambrosio recibió el bautismo y fué consagrado obispo; contando la Iglesia cristiana con pocos luminares como el obispo milanés. Todavía hoy, después de quince siglos, y en medio del invasor escepticismo, su nombre forma la gloria de la ciudad en que tuvo su pontificado. Convencido de que debía su exaltación á sobrenatural impulso, desde este mismo punto de vista se dirigió en el ejercicio de su ministerio. De aquí la indómita firmeza que desplegó en defender los derechos de su Iglesia contra todos los que osaran atacarlos; de aquí aquel espíritu de intolerancia en materia de religión, que en él estaría justificada aun cuando le hiciera caer en violento despotismo. La fuente principal para la historia de San Ambrosio es su biografía, escrita por su secretario Paulino. La publicación más reciente sobre el célebre obispo es la de Th. Förster, *Ambrosius Bischof von Mailand. Eine Darstellung seines Lebens und Wirkens*. Halle 1884.

en sus intentos. Fallidos éstos, Valente cerró á los auxiliares Godos de Procopio la retirada, y los obligó á darse prisioneros. Esto dió origen á una guerra entre el Imperio de Oriente y los Godos, que duró tres años (367-369), la cual terminó con un arreglo por el cual quedaron abolidas las pensiones que el Imperio pagaba á la mayor parte de aquellos Bárbaros, excepto la del rey Atanarico, quedando limitada la libertad de comercio que gozaban los Godos en el Imperio á dos ciudades danubianas.

En este arreglo, los Godos estuvieron representados por uno de aquellos jefes, á quienes tan pronto se les da el nombre de reyes como el de jueces. Tenía por nombre Atanarico y pertenecía al partido de los conservadores, que rechazaban toda innovación en sus costumbres y en la religión de sus padres. Contra aquel partido se había formado otro, que abrió ancha brecha en las antiguas tradiciones godas, y que profesaba la religión cristiana siguiendo la doctrina de Arrio. Este partido tenía en su clero un obispo insigne llamado Ulfila, el vulgarizador Godo de la Biblia, y además un rey ó juez propio en Fritigerno. Atanarico y Fritigerno eran, pues, rivales; y la protección dada por el segundo á Valente demuestra, que en aquel entonces el partido de los conservadores era más poderoso que su contrario. El emperador de Constantinopla sólo podía ocuparse superficialmente de estas discusiones intestinas surgidas entre sus vecinos Bárbaros, obligándole la guerra persa que entonces renacía á concentrar en el Éufrates sus mayores fuerzas. Como otras veces, la cuestión armenia era causa de la hostilidad entre los dos Imperios, y la guerra duraba todavía, cuando á las puertas de Europa aparecía un nuevo pueblo bárbaro más formidable que el de los Germanos, y el cual debía ser no menos funesto que aquél al romano Imperio. Este era el pueblo de los Hunos. La causa inmediata que arrojase desde sus originarias mora-

das del Asia central sobre la mísera Europa las mongolas hordas de los Hunos, es asunto que escapa á la más investigadora diligencia. En medio de las muchas tradiciones legendarias, que envuelven la historia de los Hunos anterior á su aparición en Europa, sólo puede admitirse como hecho histórico, que sus movimientos de avance fue-



HORDAS DE LOS HUNOS.

ron unidos á las emigraciones occidentales de los pueblos Germanos y Slavos. Si estas emigraciones fueron causa ó más bien efecto del movimiento de los Hunos, es asunto sobre el cual toda discusión es vana. El considerable número de aquellas hordas y su salvaje aspecto ¹, llenaron de terror á los pueblos slavo-germanos establecidos entre

¹ Ammiano, XXXI, llama á los Hunos *hpidees bestiae*.

el Danubio y el Volga. Los primeros en sufrir la terrible acometida fueron los Alanos, que habitaban la región extrema de la Europa oriental, entre el Volga y el Don. Impotente para resistir el fiero asalto, aquel pueblo tan famoso por su caballería se dispersó para siempre: parte se refugió tras de las montañas del Cáucaso, parte encontró su salvación en las regiones Nordeste del Báltico; pero la mayor parte cayó en la esclavitud de los Hunos, y la misma suerte que sufrieron los Alanos cupo á los Ostrogodos, que confinaban con ellos.

Hacia una época que no se puede determinar con certeza, pero que puede referirse á la mitad del siglo III de la era cristiana, los Godos establecidos entre el Dniester y el Danubio estaban divididos en dos grupos separados de pueblos, que se distinguían con los nombres de Greutungios y Detervingios, á cuyos nombres correspondieron más tarde los de Ostrogodos ó Godos orientales y Visigodos ó Godos occidentales. Los de Atanarico pertenecían al segundo grupo, y los Ostrogodos seguían una política diversa de sus antiguos hermanos. Amaestrados con las lecciones del pasado, dejaron en paz al romano Imperio y fijaron su mira en crearse otro que comprendiese todas las poblaciones slavo-sármatas de la Europa oriental. El historiador Jordanis nos da el catálogo de los pueblos sometidos á las armas del valeroso Ermanrico. No podemos estimar el valor de estos datos, recogidos por un historiador posterior y panegirista de sus compatriotas; pero fuera la que quisiese la extensión del Imperio fundado por Ermanrico, no fué suficiente para resistir el asalto de los Hunos; y Ermanrico, cuando vió su causa desesperada, se dió muerte por no ver á su pueblo en esclavitud (373 ó 374).

Aquella servidumbre lo era, sin embargo, á medias. Los Hunos concedieron á los Ostrogodos continuasen viviendo con sus reyes propios, reservándose la alta sobera-

nía y el derecho de que acudiesen á servir en sus ejércitos.

La semisumisión de los Ostrogodos puso en gran peligro á sus hermanos de Occidente. Para conjurarlo abandonaron su residencia, y parte, bajo la conducta de Atanarico, fueron á refugiarse en las selvas de la Transilvania, y parte, mandados por Fritigerno, pidieron asilo al emperador Valente, el cual les concedió se estableciesen en la Mesia (376). Así el Danubio, que protegía el Imperio de los nuevos invasores, protegía también á los Visigodos. Pero ¿en qué condiciones habían éstos entrado? Los generales de Valente pretendían que debían ser tratados como súbditos, y al par que los otros pueblos del Imperio; y los Visigodos, por el contrario, que habían entrado en la Mesia por su voluntad y con beneplácito del emperador, pretendían ser mirados como pueblo aliado é independiente. La sórdida avaricia de los gobernadores imperiales impulsó á aquellos huéspedes á rebelarse; y al tener noticia de tan grave acontecimiento, el emperador Valente, que se hallaba á la sazón en Asia, cortó la guerra con los Persas abandonándoles la Armenia, y corrió á Constantinopla para ahogar la rebelión goda antes de que tomase incremento. Sea porque en la rapidez de obrar encontrase la principal garantía para la victoria, ó fuera que le pareciesen suficientes las fuerzas que tenía para obtenerla, no quiso esperar el auxilio que su sobrino Graciano, que acababa de vencer á los Alemanes, le ofrecía. En el gran día de la prueba reconoció la falacia de sus juicios. Cerca de la ciudad de Adrianópolis, el 9 de Agosto de 378, el Imperio romano experimentó una nueva catástrofe como la de Cannas. Desbaratada completamente la caballería imperial, las legiones quedaron sin apoyo y el enemigo las exterminó. El emperador mismo encontró la muerte en medio del estrago de los suyos.



BATALLA DE ADRIANÓPOLIS.



GRACIANO Y TEODOSIO (375-383) (379-395) ¹

La existencia del Imperio de Oriente hallábase en grave compromiso. Mientras la muerte del emperador, por una parte, promovía las cuestiones sobre la sucesión al trono, la victoria de los Bárbaros, por otra, deja á merced de estos invasores todas las provincias europeas, obligando á las miserables poblaciones á buscar refugio en las ciudades fortificadas.

Un acto afortunado de Graciano salvó aquel Imperio de la catástrofe que le amenazaba. No pudiendo él mismo acudir en su auxilio porque los Bárbaros de Occidente ejercían una vigilancia continua, encomendó al mejor de sus generales, Teodosio, la dirección de la guerra contra los Visigodos, y para empeñarlo más en la gran empresa y fortalecer al mismo tiempo su autoridad, lo elevó á la dignidad imperial en Sirmio, el 19 de Enero de 379.

¿Quién hubiera podido pensar tres años antes, cuando Graciano firmó el decreto de muerte del anciano general

¹ Las fuentes históricas sobre el reinado de Teodosio son muchas, si bien á la cantidad no corresponde su valor; que el espíritu de partido animó de tal suerte á los narradores, que antes produce su lectura la oscuridad que la luz. La religión es el campo, sobre todo, en que se manifiesta el conflicto y se encienden más las pasiones. Hay que distinguir, pues, las fuentes en dos clases: paganas y cristianas. Á la primera clase pertenecen los adversarios de Teodosio; á la segunda, sus apologistas. Fuentes paganas: 1.º Eunapio; en su *ἱστορία*, continuación de la de Dezippo, se encuentran trece fragmentos que comprenden el reinado de Teodosio (ed. L. Dindorf, *Hist. Graeci Min.*, 1870).—2.º Zosimo, IV, 24-59.—3.º Sulpicio Alessandro (fragmento en Gregorio de Tours, *Hist. Franc.*, II, c. IX).—4.º Libanio, *Orationes et declamationes*. 5.º Latino Pacato Drepanio, *Panegyricus* (ed. Em. Baehrens, Leipsik, 1874)—Fuentes cristianas: 1.º Sócrates (V).—2.º Sozomeno (VII).—3.º Teodoreto (V), continuador de Eusebio (véase Fr. Aug. Holzhausen, *Comm. de font., quibus Socrates, Sozomenus ac Theodoretus in scribenda historia sacra usi sunt*, Gottinga, 1825).—4.º Rufino, traductor y continuador también de Eusebio.—5.º Orcsio, *Historiarum libri septem adversus paganos* (VII).—Entre las obras modernas recordaremos la docta monografía de A. Güldenpfenning é I. Ifland, *Der Kaiser Theodosius der Grosse*, Halle, 1878.

Teodosio, que el hijo del condenado á muerte se vería elevado por el mismo príncipe á la suprema dignidad del Imperio? Sobre las causas que llevaron á Teodosio á su trágico fin no se tienen todavía datos que las esclarezcan. La historia del Imperio no registraba la de ningún otro general que hubiera prestado servicios tan insignes al Estado, como el español Teodosio. Había hecho volver á la obediencia del Imperio y pacificado dos provincias que llevaban dos años de vivir independientes: la Bretaña, que había caído en poder de los Bárbaros del Norte, y el África, ocupada por un príncipe Mauritano rebelde; y sin embargo, en aquel mismo teatro de su mayor gloria, Teodosio había sido condenado á muerte, acusado de alta traición.

Si bien las interioridades de aquella tragedia no son conocidas, es lícito deducir de algunos datos, que el anciano Teodosio fué víctima de alguna de aquellas intrigas cortesanas, cuya frecuencia es otro indicio de la inminente decadencia del Imperio. En África supo Teodosio las malversaciones de aquel gobernador Romano, y cómo su malvado gobierno había sido causa de que el rebelde Fermo encontrase en el país fácil acogida. Sin embargo, el gobernador no sufrió pena alguna por sus maldades, y lejos de ello, mientras el vencedor de Fermo era conducido al suplicio, aquel indigno administrador se veía elevado á la dignidad de prefecto del pretorio. Esta diversa suerte que cupo al mismo tiempo á dos hombres de tan distintas condiciones, autoriza para creer que Teodosio fué víctima de una trama urdida por su enemigo, el cual, en medio de la difícil situación en que se encontraba, halló medio de poder presentar á Teodosio ante el príncipe como traidor, y Graciano, que estaba lejos y sin experiencia por su corta edad, se dejó sorprender por el miedo de la rebeldía y sacrificó á su bienhechor (376). La desgracia del padre se reflejó en su hijo, el cual, despojado del mando de la Mesia, tuvo

que retirarse á la vida privada en su provincia de España, donde había nacido.

En los últimos meses del 378 encontramos al joven Teodosio nuevamente en el Danubio, revestido de un importante mando. La situación gravísima en que por la aparición de los Hunos en la frontera de Europa, habían llegado á encontrarse las provincias danubianas, hizo comprender á Graciano la necesidad de encomendar á un brazo poderoso la defensa; y de aquí el llamamiento á Teodosio, el cual tuvo bien pronto ocasión de justificar el acierto de la elección, librando al Imperio de nuevos invasores: los Sármatas. Escapados de los Godos de Atanarico en Transilvania para huir de la esclavitud, habían invadido la Panonia, y Teodosio los rechazó al lado allá del Danubio; y bajo la impresión de este feliz suceso, Graciano resolvió confiar al valiente general la liberación de las provincias orientales de los Godos, haciéndole al mismo tiempo partícipe de la dignidad augustal.

Cuando Teodosio, en la primavera del 379, se presentó en su cuartel general de Tesalónica, comprendió que la misión que se le confiaba era menos difícil de lo que se creía. Los Godos principiaban á sentir ya los frutos deletéreos del triste uso que habían hecho de su victoria. En los meses transcurridos desde la batalla de Adrianópolis, habían formado un desierto con sus devastaciones á su alrededor ¹. Tal estado de cosas reveló á Teodosio el sistema de guerra que debía seguir. En las oraciones apologéticas de Temistio no se habla de ninguna batalla dada por Teodosio á los Godos, ni de victoria alguna por él conseguida, y es que recurrió contra ellos al sistema de Fabio Máximo, y no al de Terencio Varrón; sin reñir batallas redujo á los

¹ En los *fast. Idat.*, año 378, se lee: *toto anno per dioecesim Thraciarum et Schythiae et Moesiae Gothi habitaverunt simul et eas praedaverunt.*

Bárbaros en pocos meses á tal punto, que tuvieron que pedir la paz. El prudente Teodosio la concedió, pero con tales condiciones, que la presencia de los Godos en el Imperio fué provechosa para él mismo. Dióles la Tracia; pero debiendo permanecer en ella, cultivando la tierra, y reconociendo la alta soberanía del Imperio, con el título de *foederati*.

Poco después de esta sumisión de los Godos, la cual tuvo lugar hacia el fin del año 379, Teodosio fué acometido por grave enfermedad, que lo condujo al fin de su vida. Al sentir aproximarse su última hora pidió el bautismo, y desde aquel momento aparece como el gran campeón de la ortodoxia católica representada por la doctrina nicena. Había crecido en esta fe, y si no estaba bautizado, fué porque en aquel tiempo se miraba el bautismo como un talismán contra el infierno, y se reservaba para acogerse á él en los últimos días de la vida. El obispo ortodoxo Acolio de Tesalónica, administró á Teodosio aquel primer sacramento, y poco después apareció el famoso edicto de Tesalónica dirigido al pueblo de Constantinopla ¹, en el que se proclama el principio de la intolerancia religiosa en nombre de la ortodoxia católica, con la sanción de penas corporales para los que permanecían fuera de ella (27 de Febrero de 380). En aquel ejemplo, que falseaba el espíritu del cristianismo y violaba la razón histórica, se apoyará la petición del Papado, con gran daño de la civilización cristiana. «Queremos, decía el edicto, que todos los pueblos regidos por nuestra clemencia vivan en la religión que el divino apóstol, Pedro, ha revelado á los Romanos, y que siguen el pontífice Dámaso y el obispo Pedro de Alejandría, de evangélica santidad, según cuya disciplina apostólica y doctrina evangélica creemos que el Padre, el

¹ *Cod. Theod.*, XVI, 1, 2.

Hijo y el Espíritu Santo, forman una sola divinidad con majestad igual y pía trinidad. Y ordenamos, por tanto, que todos los que sigan esta fe tomen el nombre de *Cristianos católicos*; y como consideramos que todos los demás son dementes ó insensatos, queremos que sufran las consecuencias de la herejía, y que sus conciliábulos no reciban la denominación de *Iglesia*. Además de la condenación de la divina justicia, deberán aplicárseles las penas severas, que nuestra autoridad, guiada por la celestial sabiduría, crea deba imponerles.”

Un nuevo levantamiento de los Godos, promovido por la enfermedad de Teodosio, le obligó á no llevar por entonces á efecto la amenaza lanzada contra los heresiarcas. En aquella nueva guerra gótica, que duró todo el año 380, hubo tres movimientos, dos hostiles al Imperio, y favorable el tercero. Alma de los dos primeros motines fueron el visigodo Fritigerno y los dos jefes ostrogodos, Alateo y Saffrases. Aquél cayó sobre el Epiro, la Tesalia y la Acaya, que sufrieron sus devastaciones, y los otros dos desde la Mesia superior invadieron la Pannonia, llevando sus excursiones hasta las últimas provincias del Imperio occidental. Aquella nueva guerra suscitó á Teodosio mayores dificultades que las que se habian presentado hasta entonces. Ni su ejército, ni el que en su ayuda le envió Graciano, podían detener al invasor, por donde el Imperio de Oriente se veía otra vez amenazado de irreparable disolución, cuando dos acontecimientos inesperados surgieron para salvarlo. Fué el uno la muerte de Fritigerno; fué el otro, haber entrado Atanarico en territorio del Imperio, no como enemigo, sino como aliado. Obligado á ir de una á otra parte para huir de la esclavitud de los Hunos, quiso buscar en el Imperio morada tranquila, que le permitiera vivir con los suyos en paz. Semejante resolución no podía haberse tomado en un momento más favorable para el Impe-

rio. Las gentes de Fritigerno, que quedaron sin jefe, aceptaron de buena voluntad el mando de su valeroso compatriota, y Teodosio procuró reforzar los sentimientos de Atanarico hacia el Imperio, dispensándole las más honrosas atenciones. El 11 de Enero de 381 lo recibió en Constantinopla casi como si fuera su igual, y habiendo muerto el rey Godo, pocos días después de su llegada, acaso por los desórdenes cometidos en las fiestas que se hicieron en su honor, celebró sus funerales con desusada pompa, depositando sus despojos en la tumba de los emperadores. Los Godos, conmovidos por tales honras dispensadas á su difunto rey, prestaron á Teodosio su auxilio para la pacificación de las provincias, y permanecieron en el Imperio como aliados. Teodosio los distribuyó entre la Dacia y la Mesia para que se dedicasen á la agricultura y estuviesen prontos á prestar al Imperio sus brazos, cuando tuviese necesidad de ellos.

En el mismo año en que el Imperio de Oriente, por obra de la gente de Atanarico recobraba la paz, el de Occidente sufría las consecuencias de una rebelión militar, que costaba la vida al emperador Graciano, y que colocaba sobre el trono de los Césares un oscuro soldado español, llamado Máximo.

Á pesar de su breve duración, el reinado de Graciano fué rico en buenas obras y se hubiera atraído todavía más las simpatías de la posteridad, si se hubiera dejado llevar mejor de los impulsos propios, que de los consejos de sus favoritos: era uno, su maestro y cristiano paganizante (Décimo Magno Antonio), y el otro el famosísimo obispo de Milán, conspirando ambos bajo su propio punto de vista á un fin común, que fué formar de aquel príncipe un déspota. Así se explica que aquel joven de ánimo bondadoso, modesto y probo, cuyo aspecto sereno y jovial contrastaba con el duro y severo de su padre, se dejase arrastrar á ac-

tos de rigor y de intolerancia, de que nunca habría sido capaz siguiendo sólo los impulsos de su corazón y de su inteligencia.

VALENTINIANO II (379-392)

De la nobleza de su carácter dió Graciano pruebas en los primeros días de su reinado. Las legiones de la Galia, aquellas mismas legiones que en tiempo de Valentiniano habían aprobado con sus aclamaciones la exaltación de Graciano á la dignidad de Augusto, cuando Valentiniano dejó de existir, se apresuraron á ejercer libremente su derecho reconocido de crear los emperadores, proclamando al general Sebastián. La pronta intervención del general franco Merobando salvó la nueva dinastía. Éste consiguió que los soldados derribaran á su favorito y levantasen sobre el escudo al segundo hijo de Valentiniano, niño de cuatro años y de su mismo nombre, tenido por aquel emperador en su segunda mujer Justina. Graciano, en lugar de ofenderse por aquel acto que atentaba á su soberanía, lo sancionó, asignando á su hermano la prefectura Itálica y parte de la Ilírica, reservándose la regencia hasta la mayor edad de aquél.

La residencia destinada para el nuevo Augusto y para su madre fué Milán, y esto fué causa de las frecuentes visitas de Graciano á aquella ciudad y de la gran familiaridad que contrajo con el obispo Milanés, Ambrosio. Al ascendiente del gran obispo sobre el joven y piadoso emperador se debió el espíritu de intolerancia, que distingue y caracteriza su legislación eclesiástica. Cada visita de Graciano al obispo de Milán producía como inmediata consecuencia un edicto concediendo privilegios al clero, ó persiguiendo

á los herejes, sobre todo á los arrianos. Memorable fué entre ellos el de 3 de Agosto de 381, dado en Milán, y que era el complemento de otro del precedente mes publicado por los tres Augustos, en el cual, asociándose á las resoluciones del último concilio de Constantinopla ¹, se declaraba la doctrina nueva como la única ortodoxa. Causa extrañeza el estudio de los dos Augustos para restaurar la unidad del Imperio por medio de la fe religiosa; propósito que inspiró la introducción del nombre del papa Dámaso como autoridad religiosa suprema en el famoso edicto de Teodosio, y la debilidad de Graciano con la Iglesia romana acerca de la imperial soberanía. En su reinado la corte papal fué teatro de turbulencias, que en los siglos futuros habían de ser más frecuentes, haciendo al pontificado objeto de vituperio á la vez que de veneración para la cristiandad. Los electores, divididos en dos bandos, elevaron al solio á la muerte de Tiberio (366) á dos papas, Dámaso y Orsino. Graciano quiso dirimir la discordia y se inclinó al parecer de Graciano, que decía: «Los sacerdotes sólo pueden ser juzgados por los sacerdotes.» Un concilio convocado en Roma aprobó el nuevo canon, y Graciano, lo ratificó con un edicto, despojando así al Imperio de la potestad jurisdiccional sobre una importante clase de sus súbditos.

MÁXIMO (383-388)

Mientras Graciano procuraba atraerse á la Iglesia, en el campamento se conspiraba contra su vida. Los historiadores dan por razón del trágico acontecimiento el favor con-

¹ El concilio de Constantinopla se celebró en Mayo del 381 con asistencia de 150 obispos, todos de la Iglesia oriental. En aquel concilio se estableció que la Iglesia de Constantinopla debía ir inmediatamente después que la de Roma.

cedido por Graciano á su guardia personal, compuesta de Alanos; y sin que excluyamos este vulgar motivo de celos, no debemos olvidar que los soldados que en el año 383 se levantaron contra Graciano, eran los mismos que ocho antes habían tratado de sustituirle en el trono con Sebastián. También las condiciones del usurpador añaden alguna luz sobre el triste suceso. El jefe que las legiones de Bretaña aclamaron en 383 era un antiguo compañero de Teodosio: llamábase Magno Clemente Máximo, y Zosimo ¹ afirma, que no podía soportar su escasa fortuna, tan diversa de la de su antiguo camarada. El haber sido la Bretaña el foco de la conspiración hace creer que fuera completamente obra de Máximo, y que las legiones romanas se le uniesen cuando vieron al usurpador acogido triunfalmente por las mismas poblaciones galas. Pero la causa de Graciano no estaba perdida. Á las legiones de la Galia y de Bretaña podía contraponer las tropas de España y de Italia y las que su colega de Oriente enviaría en su ayuda. Pero la traición del presidio de Lugduno (Lyon) le impidió emplear estos recursos, y precipitó la catástrofe. Sorprendido en aquella ciudad por Andragasio, general de caballería de Máximo, fué muerto por el mismo (25 de Agosto de 383) cuando apenas tenía 24 años. Merobando, previendo sufrir la suerte de su infeliz soberano, se atravesó el pecho con su espada.

La noticia de los acontecimientos de la Galia llenó de terror á la corte de Milán. La emperatriz Justina envió á Tréveris al obispo Ambrosio para sondear el ánimo del usurpador y para ofrecerle la paz; y para que la misión del gran prelado fuera más fácil, le dió por compañero al hermano de Máximo, que se encontraba en el ejército de Italia. Máximo pretendía que Justina misma se trasladase á

¹ IV, 35.

Tréveris con su hijo Valentiniano para tratar de la paz; pero la firmeza de Ambrosio al responder á la insidiosa petición, disuadió al usurpador de tal empeño, y acabó por reconocer al adolescente Valentiniano II como su colega en el Imperio.

También los tratos emprendidos por Máximo con el emperador Teodosio tuvieron un pacífico resultado. Teodosio, que no pudo enviar auxilios á su bienhechor, creyó prudente no alejarse de sus provincias, todavía no concluídas de pacificar, para vengarlo. Se estableció, pues, que Máximo mandaría en la Bretaña, la Galia y España, y que Valente conservaría los dominios que tenía asignados su hermano. Reconocida así por los dos emperadores su usurpación, Máximo siguió el ejemplo dado por Teodosio (de haber elevado á la dignidad augustal al mayor de sus hijos, Arcadio, que sólo tenía seis años), confiriendo la dignidad imperial á su hijo Víctor, más pequeño que aquél. Con esto el Imperio tenía cinco Augustos.

De tal estado de cosas, que hacía poco segura la suerte de Valentiniano, quiso sacar partido el Senado de Roma para intentar volverle al seno de la antigua fe pagana. Con este fin confió al docto Símmaco, prefecto de Roma á la sazón, el encargo de escribir en forma de relación la apología del paganismo. Es un trabajo hecho con dignidad y delicado arte ¹. La anciana Roma comparece postrada ante los tres Augustos (la relación va dirigida á Valentiniano, Teodosio y Arcadio), implorando le sea concedida la práctica de su culto, con el cual había dado sus leyes al mundo. En apoyo de su tesis, Símmaco invoca un gran principio de civilización, que sólo en la época moderna, y después de largas y sangrientas luchas, ha logrado triunfar: la libertad de conciencia. «La verdad, decía, quiere ser buscada

¹ Símmaco, *epist.* X.



SIMMACO LEE LA APOLOGÍA DEL PAGANISMO.



por diversos caminos, y debe el emperador sostener todas las religiones y dejar que las sigan á los partidarios que cada una tenga.» El obispo Ambrosio respondió á aquella exposición con el lenguaje apasionado y paradójico que el pontificado romano emplea como su gran arma, para imperar sobre las conciencias tímidas y supersticiosas ¹. Estas dos relaciones retratan á lo vivo la diversa condición en que las dos religiones, pagana y cristiana, se encontraban en aquel tiempo. El paganismo, que tenía su última fortaleza en el Senado romano, pide que se le deje vivir, é invoca su gloriosa antigüedad para conseguirlo. El cristianismo, en cambio, fuerte con su juventud y orgulloso con sus triunfos, rechaza con desdén la humilde súplica de su antiguo perseguidor, y por boca del prelado más grande de aquel tiempo declara apóstata al joven emperador si diese oídos á la demanda del prefecto de Roma. Valentiniano la negó.

Teodosio había triunfado y la intolerancia con él; y ésta debía llevarlo á más graves resultados. Tras del paganismo vino el arrianismo; tras del prefecto Símmaco la regente Justina. Ésta era arriana; y así como Símmaco había pedido que se concediese permiso para vivir al paganismo, también lo pidió Justina para su creencia. Ambrosio se opuso á esta petición, y la lucha que se empeñó entonces entre el obispo y la regente fué un gran triunfo obtenido por el pontificado sobre el Imperio; un triunfo que los papas no olvidarán. Justina se valió de todas las armas que le daba el poder. Para tener un templo en que celebrar su culto, rogó primero al obispo, después lo amenazó, por último, recurrió á la fuerza y se apoderó de él. Ambrosio obedeció á la notificación que se le hizo para que compareciera ante el consejo imperial, donde debía ser juzgado;

¹ Ambrosio, *Epist.*, XVII y XVIII.



pero con él compareció ante la regia morada tal multitud de pueblo, que la regente no tuvo valor para juzgarlo; y cuando Justina, después de haber ocupado violentamente la basílica porciana, quiso celebrar en ella la Pascua según el rito arriano, el fervoroso obispo tronó desde el púlpito de la catedral contra el acto sacrílego de la regente here-siarca, y la obligó á restituir la basílica para evitarse una revolución en la ciudad.

En aquella lucha entre la regente y el obispo de Milán hay una razón que considera y que explica los aconteci-mientos. La regente, sosteniendo el arrianismo, sostenía no sólo una doctrina herética sino también una causa ilegal; los últimos edictos de Teodosio y de Graciano no dejaban duda acerca de ello. Pero las monarquías absolutas ofrecen un medio fácil á quien tiene el poder, para librarse de esta dificultad jurídica. Un edicto revoca otro edicto; y Valen-tiniano, obedeciendo á las sugerencias de su madre, dió el 21 de Enero del 386 un edicto por el cual restablecía la tolerancia religiosa proclamada por el gran Constantino. Desde este momento varió la posición de los dos partidos. Ambrosio, perseverando en su resistencia, no era ya el defensor de la ley, sino el rebelde contra la ley. Contaba, sin embargo, con el pueblo, que era más fuerte que la ley misma, y emprendió este camino. Á la intimación de dejar á Milán respondió encerrándose en su palacio, y desde allí lanzó sus rayos contra la casa imperial. Es verosímil que si la lucha no se hubiera terminado con la interven-ción de Máximo, Ambrosio habría tenido que sucumbir. Mientras en Milán el edicto de 21 de Enero era llamado por el obispo, y así lo creía el pueblo, «ley de sangre y de tiranía», en toda Italia era recibido favorablemente; pero antes de que los secuaces del edicto corriesen á pres-tar su apoyo á la regente, el trono de Milán quedaba des-trozado.

Hacía tiempo que el emperador Máximo seguía la áspera contienda entre la corte imperial y el obispo de Milán con propósito de aprovecharse de ella; y cuando creyó había llegado el momento oportuno, se declaró partidario del símbolo niceno y se presentó á las puertas de Italia al frente de un ejército. Justina y Valentiniano, cogidos de improviso, refugiáronse en Tesalónica invocando el auxilio de Teodosio (Octubre de 387).

Aquel socorro no podía faltar. Si bien el interés religioso unía á los dos soberanos de Oriente y de la Galia, había otros intereses que debían determinar á favor de los prófugos de Milán la conducta de Teodosio. Máximo estaba siempre mirado como un usurpador regicida. Valentiniano, por el contrario, representaba la legitimidad del principado, y tenía además la ventaja de ser hermano de la prometida de Teodosio. La cuestión religiosa tuvo pronto arreglo. Valentiniano y Justina se dejaron convertir fácilmente á la fe nicena para poder recuperar el trono, y Teodosio envió al primero á Roma con una escuadra para contrarrestar en Italia las armas de Máximo, antes que éste se apoderase de ella. La presencia del joven Valentiniano en la antigua metrópoli como aliado de Teodosio, levantó de repente el ánimo de los pueblos itálicos contra el usurpador, por lo que éste tuvo que buscar fuera de Italia, en la Iliria, su campo de batalla. El primer encuentro tuvo lugar en Siscia (Sizgeg), sobre el Sava, y terminó con la derrota de Máximo. Igual éxito tuvo una segunda batalla reñida en la parte superior del mismo río. Y entonces empezaron las deserciones en el campo del vencido emperador, al cual no pudieron salvar, ni la fuerte Emona (Lubiana) ni los muros de Aquileia. Máximo, sentado sobre su trono en esta última ciudad, empezaba á distribuir dinero entre la poca soldadesca que le permanecía fiel, cuando invadieron la ciudad los vencedores. Teodosio lo abandonó al furor de los soldados, que

le despedazaron (27 ó 28 de Julio de 388). Mientras Máximo caminaba á su ruina, el primero de sus generales, Andragasio, el asesino de Graciano, navegaba con una flotilla por el mar Jonio buscando las naves que habían conducido á Valentiniano á Italia. Antes de encontrarlas tuvo noticia del trágico fin de su soberano; y como Merobando á la muerte de Graciano, no queriendo sobrevivir á su señor, arrojóse al mar. Quedaba sólo por suprimir al adolescente Víctor, hijo de Máximo. Teodosio dió este encargo al franco Arbogasto, que lo cumplió sin encontrar resistencia alguna.

De los cinco Augustos, dos habían desaparecido, y de los tres que quedaban uno solo tenía efectivamente el poder; que Valentiniano II ¹ era deudor á Teodosio del recuperado trono de Italia, y el otro, Arcadio, era hijo de Teodosio y niño todavía. En efecto, durante los tres años que Teodosio, después de la derrota de Máximo, pasó en Italia, le vemos mandar como si fuera el solo soberano de Occidente. De las muchas leyes que dió en Milán y en Roma, la mayor parte se refieren á materias religiosas y tienen por objeto restablecer la unidad de la fe cristiana. En el rigor con que persiguió la herejía no estaba comprendido el paganismo, porque no le producía temor; así es que con los paganos usó de una tibieza que debía sorprenderlos. Con motivo de la visita que hizo á la metrópoli acompañado del menor de sus hijos, Honorio, y de Valentiniano II (13 de Junio del 380), distribuyó honores á varios de los paganos más entusiastas. Citaremos entre ellos al senador Simmaco, que recibió de Teodosio la dignidad consular. El que había suscrito el exterminio de los arrianos no podía, sino por una razón política, tolerar á los paganos. Cinco años después, aquella razón ya no existía, y entonces publicó un

¹ Justina había muerto durante la guerra contra Máximo.

edicto que prohibía á los paganos los sacrificios bajo pena de lesa majestad ¹.

Durante la estancia de Teodosio en Italia tuvo lugar la famosa penitencia que le impuso el obispo Ambrosio. Entre el emperador Teodosio y el gran obispo Milanés habían existido relaciones cordialísimas; pero en el año 390 turbaronse de repente estas relaciones, y el mundo asistió á un espectáculo nunca visto: la exclusión del emperador, hecha por un obispo, de la comunión de la Iglesia, y la imposición de una pública penitencia para volverlo á admitir entre los fieles.

Y es que aquel obispo profesaba el principio de que el emperador estaba dentro de la Iglesia, pero no sobre ella ²; cuyo principio, conservado en los futuros siglos del Papado, será fuente de grandes conflictos entre éste y el Imperio. Puesto entonces en práctica por la primera vez con un emperador piadosísimo y por un obispo venerado por sus grandes virtudes, triunfó con estupefacción de los paganos, que no sabían explicarse aquella fuerza moral naciente que arrojaba en el polvo al soberano del mundo. La muerte de unos reos de Tesalónica, ordenada y aprobada por Teodosio en castigo de un homicidio por ellos cometido en el jefe de la ciudad, dió ocasión á Ambrosio para poner en práctica su principio ³. Después de haber vivido ocho meses fuera de la comunión de los fieles, Teodosio se resignó, en la fiesta de la Natividad del año 390, á hacer la pública penitencia que le había impuesto el obispo; penitencia que consistía en prosternarse en tierra en el umbral de la catedral, pronunciando compungido las palabras

1 *Cod. Theod.*, XVI, 10: *Ad exemplum majestatis reus excipiat sententiam competentem.*

2 Ambrosio, *Epist.* XII: *Imperator intra Ecclesiam non supra Ecclesiam est.*

3 En la oración *Obi tu Theodosii*, Ambrosio admite que el suplicio de los de Tesalónica no fué ordenado por Teodosio: *Peccatum, suum quod ei aliorum fraude obrepserat, gemitu et lacrimis orabit veniam.*

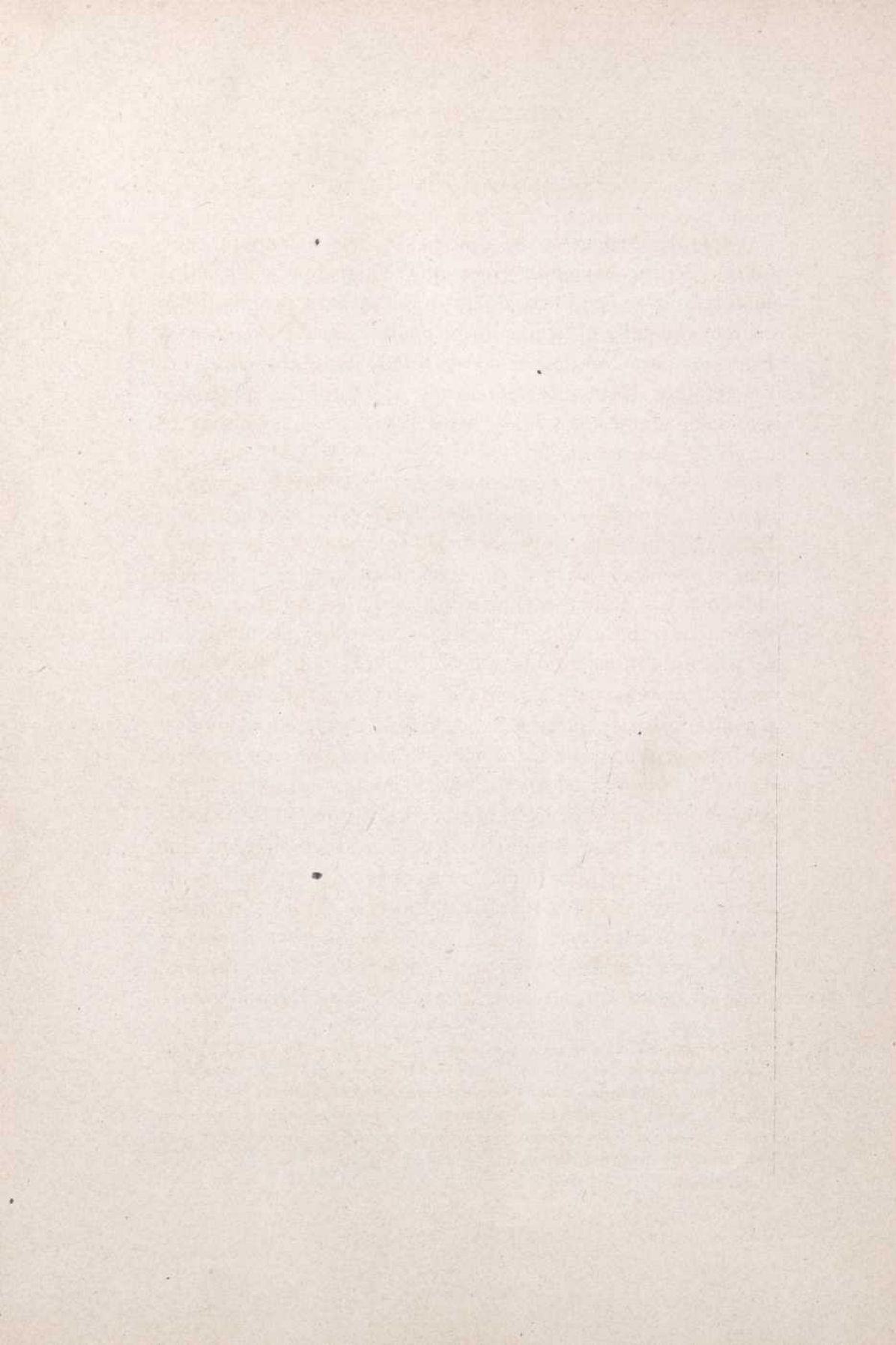
del salmista: «Mi alma yace en el polvo; Señor, confórtame según tu palabra ¹».

En Julio del año 391, Teodosio dejó la Italia y volvió á Constantinopla, quedando entonces Valentiniano, verdadero señor de Occidente; pero las condiciones en que su superior colega le había dejado, le impidió ejercer en efecto el poder soberano; y cuando quiso hacerlo, se labró su propia ruina. Teodosio había fiado el mando de la Galia á aquel Arbogasto de quien se había servido para hacer desaparecer al pobre joven hijo de Máximo. Entre Valentiniano y Arbogasto no podía existir buena armonía: el primero odiaba á los Germanos y procuraba tenerlos siempre lejos de la corte, componiéndola ésta, sólo de Romanos; el segundo, Germano, odiaba á los Romanos, á quienes el emperador prefería. Arbogasto, era además pagano, y se había erigido en protector de todos los que, por causa de religión, perseguía el emperador. La tensión entre los dos llegó á tanto, que un día Valentiniano declaró á Arbogasto, que le quitaba el mando: «tú no me lo has dado, tú no me lo puedes quitar» le respondió lleno de soberbia el Franco y se marchó airado á su tienda. Desde aquél día, la vida de Valentiniano no estuvo segura. La ciudad de Viena en que moraba, parecía un lugar sitiado. El mísero emperador, abandonado por su colega Teodosio, recurrió al patrocínio del obispo Ambrosio. Llamóle para que le ayudase á huir á Italia, pero apenas había pasado Ambrosio los Alpes, tuvo noticia de que Valentiniano había muerto. La mañana del 15 de Mayo del 392, encontraron colgado de un árbol de su jardín al pobre emperador: apenas tenía 21 años.

1 Ambrosio pretendió entonces de Teodosio que pusiera en vigor una ley de Graciano, caída en desuso, la cual prescribía que las penas capitales no pudieran ejecutarse sino después de 30 días de haberse publicado y de una sentencia confirmatoria del emperador. *Cod. Theod.*, IX, 40.



PENITENCIA DE TEODOSIO.



EUGENIO (392-394)

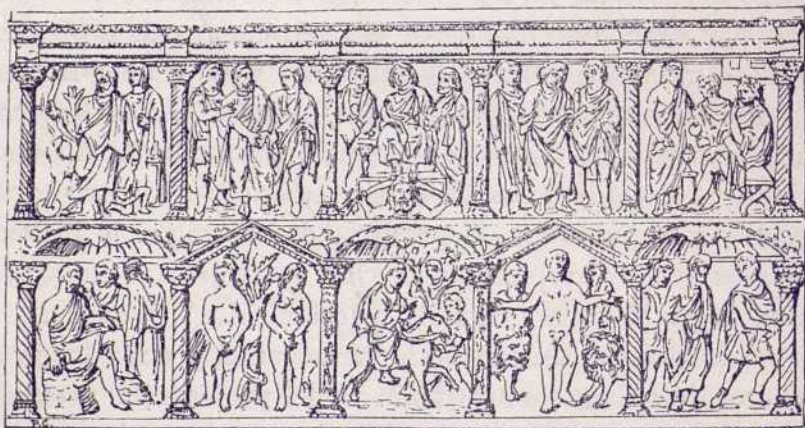
Esperaba Arbogasto de aquella artificiosa manera ocultar su delito, haciendo creer que Valentiniano se había suicidado; pero aun cuando no hubiera otra prueba de su crimen, bastaba el hecho de la exaltación de Eugenio al Imperio, para comprobar su realidad. Este Eugenio, era un retórico Romano, que desde el humilde empleo de secretario doméstico del general Franco había subido al cargo de maestro de los Oficios. Era el Augusto que convenía al ambicioso Bárbaro: el cual, como más tarde Ricimero, no osaba ceñirse la diadema, y dejando que otro llevase el nombre imperial y las insignias de la soberanía, se reservaba para sí el ejercicio del poder ¹. Aborreciendo á los Romanos elevó sin embargo un Romano al principado, para que el prestigio de su origen lo hiciera más fácilmente aceptable á la vieja metrópoli. Tenía otro motivo también para aquella elección. Eugenio era, si se permite la frase, un cristiano paganizante; y entre los propósitos de Arbogasto acariciaba el del prefecto del pretorio de Italia, que era Floriano, el cual quería resucitar el paganismo. Esto explica el entusiasmo con que el Senado de Roma acogió la exaltación de Eugenio, y el disgusto que produjo al obispo de Milán ², el cual, al tener noticia de que Eugenio se aproximaba á Italia, se alejó de su diócesis y retiróse á Florencia.

Á la vez que la noticia de la muerte de Valentiniano, llegó á Constantinopla la de la exaltación de Eugenio. Teo-

¹ *Arbogastes Eugenium tyrannum mox creare ausus est legitque hominem, qui titulum imperatoris imponeret, ipse actorus imperium.* Orosio, VII, 35.

² Cuando Ambrosio supo que Eugenio había restablecido en Roma el altar de la Victoria y ordenado la restitución á los templos paganos de sus bienes, y esto después de sus admoniciones para que no lo hiciera (*Epist.* LVII), le escribió una carta llena de acerbos reconvenciones.

dosio guardó con el nuevo usurpador la conducta que había observado con Máximo, cuando supo su advenimiento al poder. Disimuló su rencor para poder combatirle con pleno conocimiento y hacer sus aprestos para la lucha. Sabía que tenía que habérselas con uno de los más valientes generales que entonces tenía el mundo bárbaro, el cual contaba con la fidelidad de dos pueblos belicosos; los Alemanes y los Francos; y esto explica el gran número de fuerzas reunidas por Teodosio para esta guerra. Componíanse aquéllas de



FRENTE DEL SARCÓFAGO DE JULIO BASSO EN LA CRIPTA DE SAN PEDRO DE ROMA
(Escultura cristiana del bajo Imperio.)

Alanos, Hunos y Godos, y entre sus jefes hallábanse los dos futuros rivales, Stilicón y Alarico. Antes de marchar quiso Teodosio asegurar el porvenir de su hijo menor Honorio, creándole Augusto lo mismo que á su hermano (20 de Noviembre 393), lo cual era un preludio de la división del Imperio después de su muerte. En Mayo del 394, comenzó la expedición. Llegado Teodosio á los Alpes Julios, halló el paso franco y se estableció libremente en las llanuras del Isonzo. Floriano, viendo en aquel primer hecho marcada la

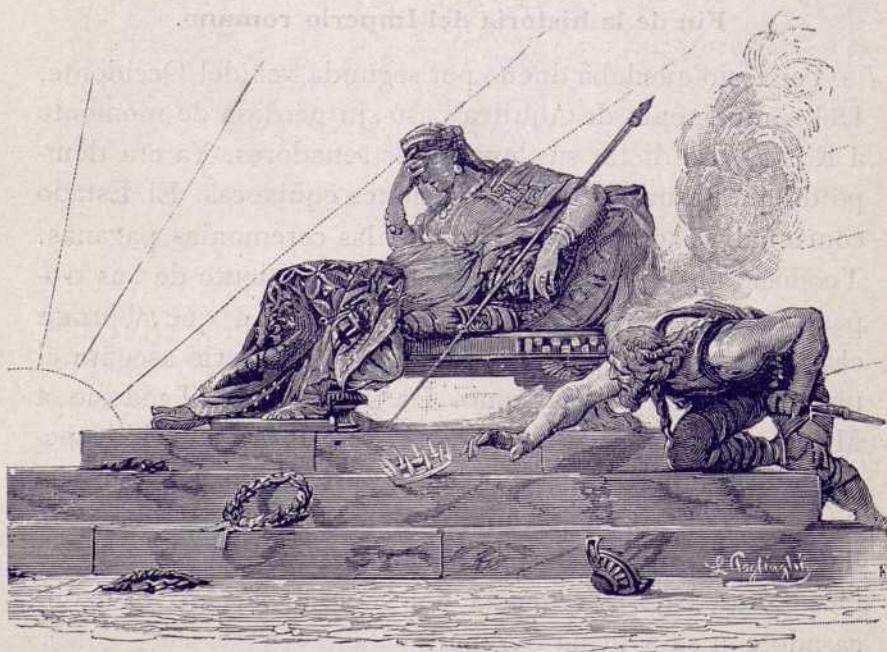
ruina de Eugenio, lleno de desesperación arrojóse entre los enemigos y encontró la muerte.

Á orillas del Frigido (Wyppach) afluente del Isonzo, encontró Teodosio el ejército de Eugenio, conducido por Arbogasto. La batalla principió el 5 de Septiembre y terminó al siguiente día; y si en el primero la victoria favoreció á los de Eugenio, en el siguiente dos circunstancias inesperadas cambiaron de improviso la suerte de las armas; fué la una el haberse pasado un cuerpo de tropas, que Arbogasto había colocado en una altura, al campo de Teodosio; fué la otra, un impetuoso huracán que puso en terrible desorden el campo de los de Eugenio que se encontraban al descubierto, mientras los de Teodosio estaban protegidos por los montes. En la derrota que siguió, Eugenio cayó en poder de las gentes de Teodosio y conducido á la presencia de su rival, recibió la muerte. Arbogasto se salvó aquel día huyendo, pero después de andar errante dos días, se dió la muerte.

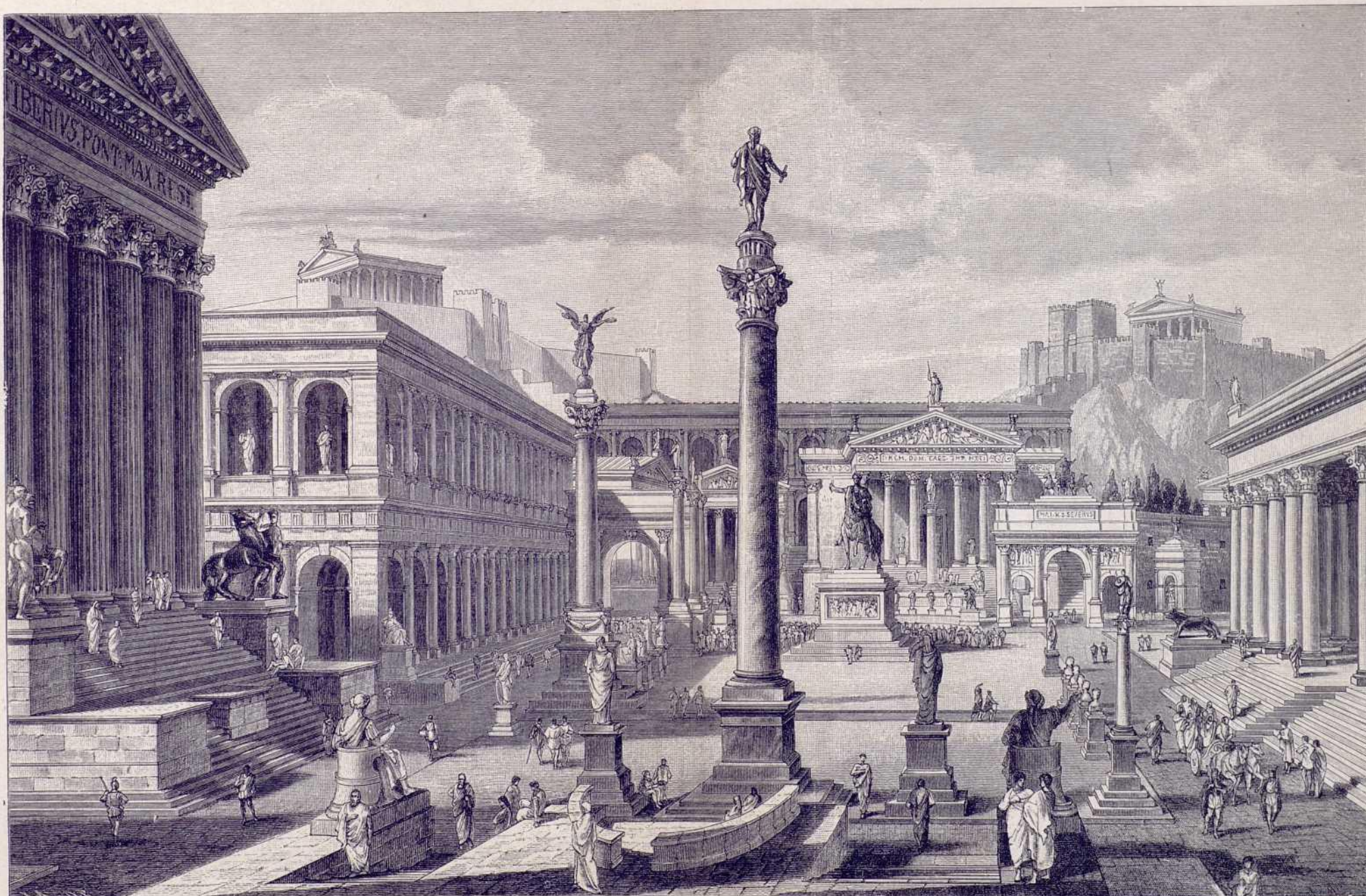
Fin de la historia del Imperio romano.

Teodosio quedaba dueño por segunda vez del Occidente. Del campamento de Aquilea pasó sin pérdida de momento á Roma para dictar sus leyes á los senadores. Ya era tiempo de que terminasen las situaciones equívocas. El Estado continuaba pagando los gastos de las ceremonias paganas. Teodosio destinó aquel dinero al sostenimiento de sus tropas, y al mismo tiempo invitó al Senado á que abjurase el paganismo. Desde aquel momento el Imperio asegura el predominio del cristianismo. De Roma pasó Teodosio á Milán, donde se le presentaron los efectos de una hidropesía, que le aquejaba, y que la fatiga de la última campaña desarrolló de un modo rápido y fatal. En su postrera hora llamó á su hijo Honorio y lo invistió con el Imperio de Occidente, bajo la regencia del general bárbaro Stilicon, casado con su sobrina Serena.

En la noche del 17 de Enero de 395 el gran príncipe dejó de existir. Fué el último de los emperadores Romanos dignos de este nombre, y con él se cierra la historia del Imperio romano de Occidente y comienza la de su caída bajo las armas de los Bárbaros. Algunos llevaron todavía el título imperial en Roma y Ravena después de Teodosio; pero no fueron ni sombra de lo que había sido éste y sus predecesores. No pudiendo defenderse de los ejércitos de los Bárbaros, que los cercaban por todas partes, pusieronse bajo la tutela de los mismos jefes enemigos, que hicieron escarnio y befa de la dignidad imperial, confiriéndola á hechuras suyas, hasta el día en que uno de ellos la dió á su propio hijo, todavía niño. Y en este niño, en quien por extraño accidente se encontraron reunidos los nombres de Rómulo y de Augusto, verá la humanidad desaparecer la sombra del Imperio y empezar una nueva época de la historia.







TEMPLO DE LOS DIOSCUROS BASÍLICA JULIA TEMPLO DE SATURNO TEMPLO DE VESPASIANO TEMPLO DE LA CONCORDIA CÁRCEL MAMERTINA
 ARCO TRIUNFAL DE TIBERIO ESTATUA ECUESTRE DE DOMICIANO ARCO TRIUNFAL DE SEPTIMIO SEVERO TEMPLO DE JANO
 COLUMNA ROSTRATA DEL TEMPLO DE CÉSAR BASÍLICA EMILIA

RECONSTRUCCIÓN DEL FORO ROMANO



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	Páginas.
CAPÍTULO X. — EL IMPERIO REPUBLICANO.....	5
I. Octaviano Augusto: su política; grandes hombres, grandes obras; conquista de los Alpes; guerra romano-germánica; la familia de Augusto; Marbod y Tiberio. — II. Tiberio: la transmisión del poder; Germánico; gobierno de Tiberio. — III. Cayo Calígula; tiranía y demencia. — IV. Claudio: su carácter, sus obras, sus inspiradores. — V. Nerón: primera tragedia; últimos fastos militares; el parricidio; Nerón artista; incendio de Roma; primera persecución de los cristianos; la casa áurea; guerra judaica; guerra civil. — VI. Galba. — VII. Otón. — VIII. Vitelio.	
CAPÍTULO XI. — EL IMPERIO LIBERAL.....	127
Claudio Civil y la insurrección celto-germánica: fin de la guerra judaica. — IX. Vespasiano: su política. — X. Tito: la erupción del Vesubio; monumentos romanos. — XI. Domiciano: primera guerra dácica; actos de crueldad. — XII. Nerva: nueva época del Imperio. — XIII. Trajano: alianza del principado con la libertad; segunda guerra dácica; Trajano y los cristianos; guerra pártica. — XIV. Adriano: su política; conjuraciones; la nueva cancillería imperial; monumentos y reformas. — XV. Antonio el Piadoso. — XVI y XVII. Marco Aurelio y Lucio Vero: los Recuerdos; nueva guerra pártica; la peste; los cristianos; guerra del Norte; rebelión de Abidio Casio; monumentos.	
CAPÍTULO XII. — EL IMPERIO MILITAR.....	207
XVIII. Cómodo: nueva tiranía; abyección del principado. — XIX. Elvio Pertinax. — XX. Didio Juliano: el Imperio subastado. — XXI. Septimio Severo: guerra civil; guerra pártica; gobierno de Septimio Severo; Fulvio Plauciano; guerra del Norte. — XXII. Caracalla: fratricidio; la Constitución del 212; los viajes de Caracalla. — XXIII. Macrino: nueva guerra civil. — XXIV. Heliogábalo: orgía del paganismo. — XXV. Alejandro Severo: Domicio Ulpiano; hacienda y economía; rescriptos; los sasanídeos; fin de Alejandro Severo. — XXVI. Maximino: la anarquía militar. — XXVII y XXVIII. Los dos Gordianos. — XXIX y XXX. Balbino y Pupieno. — XXXI. Gordiano III. — XXXII. Filipo el Árabe: el año 1000 de Roma. — XXXIII. Decio: restauración de la censura; per-	

secución de los cristianos; guerra goda. — XXXIV. Gallo. — XXXV y XXXVI. Valeriano y Galieno: guerras de los bárbaros; guerra persa; Galieno y los germanos; los Treinta tiranos. — XXXVII. Marco Aurelio Claudio: los emperadores iliricos. — XXXVIII. Aureliano: abandono de la Dacia; los alemanes en Italia; muralla de Aureliano; Zenobia. — XXXIX. Tácito. — XL. Probo. — XLI. Caro. — XLII y XLIII. Nume-
riano y Carino.

CAPÍTULO XIII. — EL IMPERIO COLEGIADO 321

XLIV. Diocleciano y la tetrarquía. — XLV. Los tetrarcas. — XLVI. Constantino emperador; el arrianismo; concilio de Nicea; tragedia del año 326; fundación de Constantinopla; nueva organización del Imperio; últimos tiempos de Constantino. — XLVII. Los hijos de Constantino. — XLVIII. Juliano el Apóstata. — XLIX. Joviano. — L. Valentiniano I y Valente: división definitiva del Imperio; Valentiniano y los bárbaros; Valente y los godos. — LI. Graciano y Teodosio. — LII. Valentiniano II. — LIII. Máximo. — LIV. Eugenio; fin de la historia del Imperio romano.



ÍNDICE DE LOS GRABADOS

LOS GRABADOS DE PÁGINA ENTERA SE INDICAN CON LETRA CURSIVA

	<u>Páginas.</u>
Los baños	5
<i>Augusto manda colocar la estatua de Apolo en su antecámara</i>	16
Agripa dedica á los dioses el Panteón.....	25
Augusto echa de su casa á su hija Julia.....	31
Augusto lamenta el exterminio de las legiones de Varo.....	35
Tiberio	39
Claudio.....	40
<i>Tiberio en Capri</i>	44
Germánico	48
Agripina.....	49
<i>Agripina lleva á Roma las cenizas de Germánico</i>	52
Caligula recibe á los embajadores hebreos	59
<i>Caligula adorado en el Foro, entre las estatuas de Cástor y Pólux</i>	63
Proclamación de Claudio.....	73
<i>Caída de Mesalina en el Circo Máximo</i>	78
Mesalina.....	80
Mesalina sorprendida por Claudio.....	86
La Naumaquia de Claudio.....	91
Incendio de Roma.....	96
Las antorchas de Nerón.....	101
<i>Nerón huye de la Casa Aurea</i>	104
Nerón	112
<i>Muerte del emperador Vitelio</i>	114
Vitelio.....	117
Vespasiano lleva al Senado el dinero recogido por la tasa del orin.....	121
Augusto. — (Estatua existente en el Museo Vaticano, hallada junto á la villa de Livia).....	126
El tribunal.....	127
Bajo relieve del arco de Tito en Roma, representando su triunfo.....	134
Bajo relieve del arco de Tito, representando el candelabro y las tablas del templo de Jerusalén llevados en triunfo.....	135
Vespasiano.....	138
<i>Dionisia lee su nombre entre los proscritos</i>	138
<i>Inauguración del Coloso</i>	142
Uno de los trofeos llamado de Cayo Mario en el Capitolio.....	142
<i>Adopción de Trajano</i>	150

Trajano.....	160
«Te doy este arma para que la esgrimas en mi favor, si obro bien; y contra mí si obro mal».....	162
Inscripción trajana.....	162
El rey parto depone su corona ante Trajano.....	170
Antinoo.....	177
Destrucción de Pompeya y muerte de Plinio.....	178
Adriano consulta la esfinge de Memnón antes de salir el sol.....	179
Inauguración de la Mole Adriana.....	181
Adriano dirige los trabajos del templo de Venus.....	186
Marco Aurelio escribe sus recuerdos.....	189
Orgia de Lucio Vero.....	191
Marco Aurelio vende las vajillas del Palacio.....	192
Marco Aurelio vibra la lanza de Marte.....	193
Estatua de Marco Aurelio en el Capitolio.....	200
Consagración de Marco Aurelio.....	202
Taza diatrete, en cristal, de la colección Cagnola.....	205
En las catacumbas.....	207
Asesinato intentado contra Cómodo. (¡Esta te envía el Senado!).....	210
Cómodo en el Coloseo.....	215
El emperador Cómodo. (Busto encontrado en las últimas excavaciones de Roma).....	216
Cómodo ahogado en el baño por un atleta.....	217
Muerte de Pertinax.....	220
Didio Juliano compra el Imperio en subasta.....	222
Septimio Severo anuncia a los pretorianos la disolución de su cuerpo y los condena al destierro.....	225
Julia Domna.....	233
Muerte de Plauciano.....	237
Bassiano hace asesinar, por sicarios, a su propio hermano, delante de su madre.....	239
Caracalla.....	243
Caracalla presencia desde el templo la matanza de los alexandrinos.....	245
Los soldados admiran al joven Pontifice vestido de púrpura.....	251
Heliogábalo repudia a su mujer Julia Cornelia, a quien sustituye en el tálamo la vestal Julia Aquila Severa.....	251
Retrato de Heliogábalo, expuesto en el templo de la Victoria.....	252
El idolo de Heliogábalo transportado a Roma.....	253
El emperador Alejandro Severo en el Larario.....	256
Asamblea mujeril que daba sus decretos sobre la moda y sobre la etiqueta.....	265
Filipo celebra el año mil de Roma.....	275
Trebisonda asaltada por los godos.....	286
El emperador Valeriano prisionero del rey de Persia.....	287
El botín de Naisso.....	300
La muralla de Aureliano.....	305
Zenobia ante el tribunal de Aureliano.....	309
Zenobia en el triunfo de Aureliano.....	311

<i>El Senado proclama á Tácito emperador</i>	313
<i>Probo introduce á las hordas bárbaras en el Imperio</i>	314
Los matadores de Probo lloran sobre su cadáver.....	316
Marco Aurelio Caro y los enviados de Persia. «Caro respondió que dejaría á la Persia tan desnuda de árboles como su cabeza lo estaba de cabellos» ..	318
Antiguo vaso de Onix. (Museo Nacional de Nápoles)	320
Un funeral.....	321
Una audiencia de Diocleciano.....	323
Diocleciano obliga á Galerio á seguir á pie su carro	333
<i>El templo cristiano ocupado por los soldados de Diocleciano</i>	336
Incendio del palacio de Nicomedia	337
<i>Triunfo de Diocleciano</i>	338
Diocleciano en Salona	343
<i>El lábaro de Constantino</i>	347
Derrota de Magencio.....	349
<i>El pueblo impulsa á Magencio contra Constantino</i>	349
Concilio de Nicea.....	362
<i>Elena pide á Constantino el sacrificio de Fausta</i>	364
Fundación de Constantinopla	365
La tribuna ó palco imperial en el Circo.....	370
Proclamación de Juliano.....	389
<i>Juliano invita á los soldados á jurar fe á los dioses</i>	395
Trabajos para reconstituir el templo de Jerusalén	400
<i>Muerte de Valentiniano</i>	410
Hordas de los Hunos	414
<i>Batalla de Adrianópolis</i>	416
<i>Simmaco lee la apología del paganismo</i>	426
<i>Penitencia de Teodosio</i>	432
Frente del sarcófago de Julio Basso en la cripta de San Pedro de Roma. (Escultura cristiana del bajo Imperio).....	434
<i>Reconstrucción del Foro romano</i>	436



CORRECCIONES IMPORTANTES

En todos los lugares de esta traducción donde se ha escrito «Campidoglio» debe leerse «Capitolio.»

En el sumario del capítulo XIII, pág. 321, línea 7, donde dice «Juan», debe decir «Joviano»; en la línea 9, donde dice «Valeriano», debe decir «Valentiniano»; donde dice «partición», debe decir «división»; en la línea siguiente, donde dice «Valeriano», debe decir «Valentiniano»; y en la última del mismo sumario, después de la palabra «Eugenio» debe añadirse: «Fin de la historia del Imperio romano.»

En la lámina pág. 349, donde dice «el pueblo acude á Massencio contra Constantino», debe decir «el pueblo impulsa á Magencio contra Constantino.»











397



HISTORIA
DE
ROMA



TOMO III.

3971(III)

